

PONTIFICIA COMMISSIO PRO AMERICA LATINA

APARECIDA 2007

Luces para América Latina

50 años

21 de abril de 1958 – 21 de abril de 2008

Ciudad del Vaticano



LIBRERIA EDITRICE VATICANA

2008

© Copyright 2008 – Libreria Editrice Vaticana
00120 Città del Vaticano – Tel. 06.698.85003 - Fax 06.698.84716

ISBN-978-88-209-8052-8

www.libreriaeditricevaticana.com

Introducción:
Líneas maestras de Aparecida

S.E.R. CARDENAL GIOVANNI BATTISTA RE

Prefecto de la Congregación para los Obispos
Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina

Hacer memoria de Aparecida es recordar un momento intenso de gracia y una fuerte experiencia de Iglesia marcada por el empeño de encontrar en Cristo la luz y la fuerza para ser capaces de dar la justa respuesta a los desafíos de nuestro tiempo en América Latina.

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en el corazón de Brasil, en el Santuario mariano de Aparecida, fue un evento importante en el cual todos los participantes trabajaron con gran espíritu de comunión y de colaboración, deseosos de ayudar a los hermanos latinoamericanos y caribeños a reforzar la propia fe y a vivirla con profundidad y gozo.

Creo que se puede afirmar que el único criterio que guió los trabajos de la Conferencia fue el amor a Cristo, a la Iglesia y a la población del continente.

Todo se desarrolló en armonía y cordialidad y fue también una bella experiencia de oración. Cada día teníamos la celebración de la Eucaristía en el Santuario al inicio de la mañana, unida al rezo de laudes; recitación del "*Angelus*" en común a mediodía, y de las vísperas al caer la tarde, con frecuencia seguida por la adoración comunitaria al Santísimo Sacramento.

Fue determinante la presencia del Santo Padre, al que todos se sentían unidos. Su Discurso Inaugural fue acogido con fervor y entusiasmo y constituyó un punto de referencia constante a lo largo de la V Conferencia. Dicho discurso sirvió no solo de orientación fundamental para profundizar sobre la misión de la Iglesia en los nuevos escenarios latinoamericanos y mundiales, sino que también sirvió de guía para algunos núcleos temáticos importantes y de actualidad. El amor al Vicario de Cristo sigue siendo una de las características del pueblo y de los pastores del Continente de la esperanza.

Con esta publicación la Pontificia Comisión para América Latina quiere ofrecer unos aportes para la reflexión sobre algunos de los temas centrales que encontramos en el documento conclusivo de Aparecida y, al mismo tiempo, poner el acento en aquellas líneas maestras que salieron a flote en la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe: la fe en Dios, el encuentro con Jesucristo —Camino, Verdad y Vida—, la Palabra divina, la Eucaristía, la formación para el discipulado y la misión.

1. Robustecer la fe en Dios

Si el objetivo primordial de la V Conferencia de Aparecida fue «*robustecer la fe del pueblo de Dios*»¹, hemos de preguntarnos: ¿qué es la fe? ¿Qué nos da la fe? ¿Cómo la vive hoy el pueblo de América Latina y del Caribe? ¿Hacia dónde hemos de orientar la fe del pueblo de Dios?

1.1 *Qué es la fe*: la fe cristiana es un don que viene de lo alto, el don más grande que podamos recibir, pues nos abre a la vida de gracia y al conocimiento de Cristo, el Señor de la vida. Don que los pueblos americanos recibieron al inicio de la evangelización, que acogieron con gozo —superados los primeros traumas de la conquista— y que, como dice Puebla, ha marcado su identidad cultural y ha producido los admirables frutos de una nueva sociedad². La cultura de esta nueva sociedad latinoamericana está plasmada en una profunda religiosidad que permea la vida de los pueblos latinoamericanos y que se expresa en sabias tradiciones familiares, en instituciones, en un estilo y modo de ser rico en humanismo y valores familiares y cívicos.

Esta fe del pueblo es amor a Cristo, amor a la Santísima Virgen de Guadalupe, de Aparecida o de otras advocaciones marianas; también se traduce en amor al Papa y en acogida cordial de su persona, así como en respeto y obediencia a sus pastores. Fe que impregna de sentido y de sabiduría todos los momentos de la existencia del creyente, de su vida familiar y social, y le da fuerza para afrontar las dificultades de la vida. Es una fe que se vive con sencillez, pero que nutre, como savia al árbol, toda la existencia del creyente.

Como dijo el Papa en su Discurso inaugural: «*Los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas... Estos pueblos anhelan, sobre todo, la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural*»³.

1.2 *Qué nos da la fe*: la fe en Dios nos da no solo la vida eterna, como se dice en el rito del bautismo, sino también el sentido de la vida terrena, la fuerza para afrontar las dificultades de la condición humana, la esperanza cierta mientras nos encaminamos hacia el umbral de la eternidad.

La fe nos da el tesoro de la revelación y nos permite conocer el designio salvífico de Dios por medio de su Hijo Jesucristo. En América Latina los

¹ *Discurso inaugural*, 3.

² *Puebla*, 445; cf. *Aparecida*, 264.

³ *Discurso inaugural*, 4.

obispos ven la fe «*como acontecimiento fundante (de su identidad histórica) y como encuentro vivificante con Cristo. Él se manifiesta como novedad de vida y de misión en todas las dimensiones de la existencia personal y social*»⁴.

Antropólogos, teólogos y pastores admiran la fe del pueblo latinoamericano traducida a las mil formas de religiosidad popular que forman el entramado del rico manto de su cultura y que ha sido la correa de transmisión de su fe católica en medio de las vicisitudes de la historia a lo largo de cinco siglos.

1.3 *Cómo se vive la fe hoy en América Latina: aunque la fe cristiana es todavía el alma de los pueblos latinoamericanos y la impronta profunda grabada en su cultura, sin embargo, en las últimas décadas se ha venido debilitando mucho. El Documento de Aparecida señala que la religiosidad tradicional y la cultura cristiana se van erosionando. Con una elocuente fenomenología el Documento muestra que la globalización está afectando el sentido religioso y ético de nuestros hermanos que buscan infatigables el rostro de Dios, interpelados por lenguajes ajenos y opacos de tipo técnico, económico, político o científico; además, la cultura del consumo está volviendo insignificante el sentido de la trascendencia y de la fe en Dios. De allí surge una profunda crisis de sentido. A esto hay que añadir la labor devastadora de otras confesiones cristianas o de sectas pseudo religiosas. Todo ello debilita la fe cristiana del pueblo con una suerte de neopaganismo tranquilo y sin sobresalto*⁵.

1.4 *Hacia dónde ha de tender la fe cristiana y cuál ha de ser su meta: el debilitamiento de la fe de muchos en América Latina y el Caribe se debe al desconocimiento de la misma fe, a la separación entre la fe y la vida real, a la fascinación de la sociedad moderna de consumo y placer, al relativismo secularista.*

Los educadores en la fe han de fijarse hoy unas metas claras: conocer mejor la fe, vivirla e irradiarla.

Han de procurar que el cristiano de América Latina *conozca mejor su fe*. Es necesario intensificar una catequesis metódica, adaptada a edades, estados o categorías. De aquí también la necesidad de un conocimiento cercano y vivencial de la Palabra de Dios y la urgencia de ayudar al creyente para que también la experimente de manera personal en la oración, la liturgia, los retiros y en sus compromisos de acción apostólica y de solidaridad.

Han de ayudarle a *vivir la fe coherentemente*, haciendo que sea fermento de su vida personal, familiar, profesional; que tome conciencia de que la fe es luz no para ocultarla bajo la mesa, sino para ponerla en lo alto del candelero para que ilumine a quienes caminan de noche.

⁴ *Aparecida*, 13.

⁵ Cf. *Aparecida*, 34-40 passim.

Aquí se requiere el contagio de la alegría por el gran don de la fe, que lleva a irradiarla en torno nuestro. Para ello hay que comprometer a cada cristiano en acciones apostólicas y en el testimonio de la propia vida, para que haga de la fe el motor de su existencia.

Han de enseñar a cada creyente a *irradiar su fe en Cristo* en todos los ámbitos de la sociedad: en los modernos areópagos del pensamiento y de la cultura, del arte y la literatura, de la política y la finanza, de la universidad y la investigación científica. En una palabra, cada creyente debe sentirse responsable de impregnar con la propia fe el mundo en que vive.

2. Promover el encuentro con Cristo, Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6).

La fe del cristiano latinoamericano es fe no en un Dios abstracto, sino en el Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, en quien nos ha permitido ver su rostro. El puente entre Dios y el hombre ya no es un profeta, un sacerdote, un chamán o un santón; sino solamente Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado: la fe del cristiano es fe cristológica. Por esto el núcleo de la V Conferencia, reflejado muy bien en el Documento Conclusivo, es el encuentro con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

San Pablo decía algo que cada uno de los cristianos debería decir de sí mismo: «¡lejos de mí gloriarme si no es de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!» (Gál 6,14). San Pablo se nos muestra en sus Cartas y en el libro de Los Hechos como un hombre profundamente enamorado de Cristo, convencido de que él es el único Salvador que trae la vida nueva y definitiva al hombre. Por eso dedica su capacidad y su vida a anunciarlo al mundo judío y al mundo gentil. Y no tiene otro anuncio ni otro evangelio, sino el de Cristo crucificado.

¿A qué se debió la transformación del fariseo celoso de la ley, Saulo de Tarso, en Pablo, anunciador incansable del evangelio de salvación traído por Cristo? A su encuentro en Damasco con Jesús viviente (cf. Hch 9,1-20). En este pasaje de los Hechos tenemos todos los elementos del *encuentro*: la iniciativa de Jesús, que lo llama a ser su enviado para que anuncie su nombre; la respuesta de Saulo, en total disponibilidad y obediencia de fe: «Señor, ¿qué quieres que haga?»; el resultado del encuentro: Saulo se convierte en discípulo que ha creído en Cristo y lo sigue; en misionero que anuncia a los demás lo que ha visto oído, recibido y creído.

En el capítulo sexto de la Segunda Parte del Documento Conclusivo de Aparecida, hablan los obispos del *encuentro con Cristo*: presentan una espiritualidad trinitaria del encuentro con Cristo y lo fundan en un texto admirable de la

Escritura: «cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para liberarnos del dominio de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios. Y porque ya somos sus hijos, Dios mandó el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, y el Espíritu clama: “¡Abbá!, ¡Padre!” (Gál 4,4-5)⁶. Y citando a Benedicto XVI, presentan la vocación cristiana como un encuentro con Cristo: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.⁷»

Por ser el Camino para ir al Padre, Cristo nos está mostrando la Verdad que es Dios tal como él lo enseña en sí mismo, en su ser encarnado. Jesús de Nazaret no sólo dice cosas verdaderas, ni sólo vive y dice la verdad como persona veraz, sino que él es la verdad. Y puesto que es la Palabra encarnada de Dios, es la verdad y espejo de la verdad en el mundo. Y al mostrarnos el camino verdadero hacia el Padre, nos está dando la vida en abundancia. Porque «ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). La aspiración más honda de todo hombre y de toda mujer es la vida: quiere vivir esta vida humana, terrena, disfrutarla sanamente en todas sus posibilidades; y gozar de la vida del más allá, al pasar el umbral de la historia y del mundo; no quiere volver a la nada ni tampoco vivir en un lugar de mentira y tormento; quiere vivir a fondo una vida verdadera que no perezca. Cristo se adelanta y le ofrece el agua de vida que salta hasta la vida eterna, el pan vivo bajado del cielo (cf. Jn 4,14; 6, 33-34). Y Jesús entrega al hombre en la Eucaristía su propio cuerpo y su propia sangre como alimento para la vida eterna.

El encuentro con Cristo, Camino, Verdad y Vida, atraviesa el Documento como espina dorsal, dándole unidad y coherencia.

3. Ser discípulos y misioneros de Jesucristo

Columna vertebral de la V Conferencia es la invitación a cada creyente a ser y vivir como *discípulos y misioneros de Jesucristo*. El núcleo de la Asamblea de Aparecida queda bien reflejado en el tema de la misma: «*Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que en él tengan vida. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn 14,6): núcleo denso, con una recia lógica teológica, que le da una trabazón consistente.

Ser discípulo: significa seguir a Cristo, escucharlo, aceptar su Palabra, que es Palabra de vida eterna; significa considerar a Jesucristo el único y verdadero

⁶ Cf. *Aparecida*, 240-241.

⁷ *Deus caritas est*, 1.

modelo en el cual inspirarse para vivir en la obediencia de la fe; significa tomar a Cristo en serio, fundar la propia vida sobre la roca de la Palabra de Dios y nutrir la propia fe con la Eucaristía. El discípulo tiene un verdadero amor a la Iglesia, fundada por Cristo para nuestra salvación, y está pendiente de los hermanos, es solidario y sensible con los pobres, promueve la justicia y la bondad hacia todos y contribuye a la edificación de una sociedad más humana.

Ser misioneros: una vez acogido el mensaje, convencidos, entusiasmados, enamorados del Señor, los discípulos sienten el deber y el impulso de anunciarlo a otros. La luz no puede quedar escondida bajo el celemín: Andrés lo anuncia a su hermano Simón: «*hemos encontrado al Mesías, al Cristo*» (Jn 1,41), y lo lleva donde Jesús. Felipe, ganado para la causa de Jesús, lo comunica a Natanael: «*Ése de quien escribió Moisés en la ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús de Nazaret*». Le responde Natanael: «*¿de Nazaret puede haber cosa buena? Le dice Felipe: «Ven y lo verás»*» (Jn 1,45-46).

Y Saulo, en Damasco, «*en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era el Hijo de Dios*» (Heb 9,20). Ser misionero, por lo tanto, significa anunciar a Cristo, hacerlo conocer y amar, testimoniario en la vida cotidiana con coherencia, con claridad, con humildad, con alegría y con coraje. Significa anunciarlo en la fidelidad y la integridad de cada una de sus enseñanzas, así como han sido transmitidas por la Iglesia.

El discípulo auténtico se convierte en misionero, en uno que es enviado a anunciar y a dar testimonio de Cristo. Quien se encuentra con Cristo llega a ser discípulo y misionero de Jesucristo; el Papa Benedicto XVI las llama «*la dos caras de una misma medalla*»⁸. Por esto el Documento de Aparecida, especialmente a partir del capítulo 5, une los términos: discípulos misioneros.

Este es, pues, el mensaje central de la Vª Conferencia, el cristiano es discípulo y misionero: verdad tan antigua como el nacimiento de la Iglesia; pero mensaje tan nuevo como el gran desafío que hoy tienen ante sí los hombres y mujeres de América Latina y del Caribe. En efecto, todo bautizado, en virtud de la vida nueva recibida en el bautismo, es marcado de por vida con el sello de Cristo, que lo ha hecho renacer como hijo de Dios, como hermano de Jesucristo a cuya imagen está configurado. Por lo mismo, ha de tomar conciencia de que ha llegado a ser discípulo de Jesucristo. Y por lo mismo, ha de obrar en coherencia, anunciando al mundo la gran noticia, la Buena Nueva, de que Jesucristo es el Salvador que todos anhelamos.

Tal es la lógica teológica del encuentro con Cristo de todo hombre, y tal es el programa pastoral que los obispos se proponen llevar a cabo en la gran misión en cada una de las jurisdicciones eclesíásticas de todo el continente.

⁸ *Discurso Inaugural*, 3.

4. Acoger y vivir la Palabra de Dios.

Para poder hacer realidad todo lo anterior y a fin de que la religiosidad innata y extendida del pueblo latinoamericano pueda profundizarse y convertirse en una fe madura es necesario nutrirse de la Palabra de Dios.

Quien acoge y observa la palabra de Jesús «*permanece en él y llega a ser verdadero discípulo*» (Jn 8,31) y esta observancia lo llevará a la plenitud de la verdad y de la libertad: «*si permanecéis en mi palabra ..., conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*» (Jn 8,31).). La palabra de Jesús tiene un dinamismo propio: purifica y juzga (Jn 12,48).

En el momento en que los obispos de América Latina y del Caribe se disponen a iniciar una gran misión continental para renovar la fe y la vida de los cristianos, se proponen intensificar, además de la catequesis y la vida eucarística, también el conocimiento de la Palabra de Dios.

«Ningún latinoamericano, varón o mujer, sin una Biblia en la mano», dijo un obispo en el aula de Aparecida. De este modo se proponen llenar el vacío dejado durante años entre el pueblo católico y superar el desconocimiento de la Sagrada Escritura, conscientes de que «*ignorantia Scripturae ignorantia est Christi*», «ignorar la Escritura es ignorar a Cristo», como dijera San Jerónimo.

En su Discurso inaugural de Aparecida, el Papa se preguntaba: «*¿cómo conocer a Cristo para poder seguirlo como discípulos y anunciarlo como misioneros?*» Y se respondía: «*ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la Palabra de Dios. Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y del Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia General en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo de la palabra de Dios.*

Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (Jn 6,63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar el mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios. Para ello animo a los pastores a esforzarse en darla a conocer»⁹.

Los obispos en Aparecida desean, a su vez, «*proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión, de renovada comunión y solidaridad”*»¹⁰. Esta propuesta será mediación de encuentro con el Señor si se presenta la palabra revelada, contenida en la Escritura, como fuente de evangelización. Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse del pan de la Palabra; quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, emplearlos como mediación

⁹ Discurso Inaugural, n. 3.

¹⁰ Iglesia en América, 12.

de diálogo con Jesucristo, y que sean alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos. Por esto, la importancia de una 'pastoral bíblica', entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, y de evangelización inculturada o de proclamación de la Palabra. Esto exige, por parte de obispos, presbíteros, diáconos y ministros laicos de la Palabra, un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea sólo intelectual e instrumental, sino con un corazón "hambriento de oír la Palabra del Señor" (Am 8,22)»¹¹.

Por todo ello, urge difundir entre los fieles el conocimiento y la acogida de la Palabra de Dios. Aquí está uno de los grandes retos de los evangelizadores: ¿cómo hacer llegar esta Palabra de vida al pueblo? Las respuestas son varias: ante todo, a través de la *liturgia*, donde la Palabra es celebrada y actualizada; en la *oración*, cuando la Palabra se transforma en luz y para el fiel que la medita llega a ser espíritu y vida; en *círculos bíblicos* que enseñen a conocer los métodos serios y aprobados por la Iglesia de interpretación de la Sagrada Escritura. Si hay una labor bien planteada y perseverante, la Palabra de Dios, como la semilla de la parábola que cae en tierra buena, producirá el ciento por uno en términos de evangelización y de vida cristiana.

5. La Eucaristía, centro de la vida cristiana: La Misa dominical

En el momento de la misión, cuando la comunidad creyente de América Latina se pone en marcha para llevar el evangelio de Cristo a todo el mundo y para sacudir benéficamente la vida de fe del pueblo de Dios, vuelve sus ojos a su mayor tesoro, la Eucaristía. La comunidad cristiana no es un simple grupo que cree en unas verdades o que se esfuerza por vivir según determinadas normas éticas, o un grupo de gente sensible a las necesidades de los demás y que se compromete en iniciativas de caridad. Es eso, pero mucho más: es una comunidad de discípulos que se reúnen en la fracción del pan y se alimentan del cuerpo y sangre del Señor. En la comunidad primitiva era uno de los signos que los caracterizaba: «*acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión (de bienes), a la fracción del pan y a las oraciones*» (Hch 2,42).

Antes de subir al cielo, Jesús deja a sus discípulos y amigos un don impensable, el don de sí mismo. La sabiduría y el poder de Jesús se ponen al servicio de su amor, y nos deja su cuerpo y su sangre, su santa humanidad unida a su divinidad, es decir, nos deja su persona divina bajo las especies del pan y del vino. Jesús se queda con nosotros como pan para ser comido y como vino para ser bebido. Lo entrega para que repitamos su gesto y lo entrega

¹¹ *Aparecida*, n. 248.

actualmente resucitado y, a la vez, en estado de víctima por nuestros pecados. No somos comunidad que recuerda a un difunto, sino comunidad que adora a un Viviente y se alimenta de su cuerpo resucitado.

Los últimos Papas vienen insistiendo en esa antigua y novísima verdad de la presencia viva de Jesucristo en la Eucaristía. Dice Pablo VI: «*la Eucaristía es conservada en los templos y oratorios como centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial, más aún, de la Iglesia universal y de toda la humanidad, puesto que bajo el velo de las sagradas especies contiene a Cristo Cabeza invisible de la Iglesia, Redentor del mundo, centro de todos los corazones, por quien son todas las cosas y nosotros por Él*»¹².

Y Benedicto XVI: «*toda gran reforma está vinculada de algún modo al redescubrimiento de la fe en la presencia eucarística del Señor en medio de su pueblo*»¹³. Y refiriéndose a la misión dice: «*cuanto más viva es la fe del pueblo de Dios, más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos*»¹⁴. Y en la Tercera Parte de la misma Exhortación Apostólica, «*la Eucaristía, misterio que se ha de vivir*», dedica un acápite precisamente al tema: «*la Eucaristía y la misión*», cuyo mensaje central es este: «*la Eucaristía no es sólo fuente y alma de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera*»¹⁵. «*En efecto, si el contenido y el sentido de la misión es llevar a Cristo, nadie mejor que el discípulo para dar a los demás no una idea o una ética inspirada en Cristo, sino el don de su misma persona*»¹⁶.

En el culto a la Eucaristía hay que subrayar la importancia del precepto dominical, del Día del Señor. En los programas pastorales es necesario dar prioridad a la valoración de la Misa dominical, cuya participación constituye el distintivo del cristiano: hace parte de su identidad.

El cristiano es aquel que asiste y participa en la Misa el domingo. En efecto, sigue diciendo Benedicto XVI: «*La vida de fe peligra cuando ya no se siente el deseo de participar en la celebración eucarística, en que se hace memoria de la victoria pascual*»¹⁷. La celebración eucarística el día domingo siempre ha sido —y hemos de esforzarnos por que lo siga siendo— escuela de catequesis y fuente de vida cristiana para toda la familia, punto de irradiación del cristianismo, momento fecundo en que se refuerzan los lazos y vínculos del cristiano con la comunidad eclesial.

¹² PABLO VI, “*Mysterium fidei*”, 3 de septiembre de 1965, n. 68.

¹³ *Sacramentum caritatis*, 6.

¹⁴ *Sacramentum caritatis*, 6.

¹⁵ *Sacramentum caritatis*, 84.

¹⁶ *Sacramentum caritatis*, 86.

¹⁷ *Sacramentum caritatis*, 73.

6. La misión.

«*Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva*»¹⁸.

El Documento Conclusivo, al hablar del proceso de formación de los discípulos misioneros, alude a cuatro aspectos fundamentales: el encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado y la misión. De ésta dice lo siguiente: «*el discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros la alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación, aunque se realice de diversas maneras de acuerdo a la propia vocación y al momento de maduración humana y cristiana en que se encuentra la persona*»¹⁹.

La misión nace de la Trinidad: recordemos que la misión tiene su inicio en la Trinidad, donde el Padre es fuente de todo envío o misión del Hijo y, junto con el Hijo, del envío del Espíritu Santo. El Padre manda al Hijo al mundo para «*anunciar a los pobres la Buena Nueva [...]. Y proclamar un año de gracia del Señor*» (Lc 4,18-19; cf. Is 61,1-2). Jesús es el “apóstol”, enviado o misionero por antonomasia, el cual a su vez envía a los Apóstoles: «*id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda creatura*» (Mc 16,15). Los Apóstoles, por su parte, mandan a otros discípulos a los cuatro puntos cardinales del imperio romano y de todo el mundo entonces conocido. Y se forma una cascada de envíos. Cada bautizado, al ser iluminado por Cristo Resucitado y recibir de él la gracia y la vida nueva, está llamado a ser su testigo e irradiarlo al mundo. No podemos entonces hablar de períodos de misión y períodos de descanso e inactividad en la Iglesia. Ella ha sido, es en la actualidad, y lo será siempre una Iglesia en estado de misión.

Juan Pablo II lo reafirmó vigorosamente en *Redemptoris missio*, cuyo subtítulo subraya esta verdad: «*Carta encíclica sobre la permanente validez del mandato misionero*» (7 de diciembre de 1990). Más aún, afirma que «*la misión está aún en sus comienzos*»²⁰ y que el mundo de hoy ofrece nuevas y numerosas oportunidades para la misión. Si algo cambia en la actividad misionera no es su perenne validez, ni sus contenidos eternos, sino la forma y el modo como hoy se puede y se debe llevar a cabo la misión.

¹⁸ *Discurso inaugural*, 3; *Aparecida*, 146.

¹⁹ *Aparecida*, 278 e.

²⁰ *Redemptoris missio*, 30.

En efecto, la realidad de una sociedad profundamente cristiana, como es la latinoamericana, actualmente sometida a diversos factores de erosión y debilitamiento de su fe —los medios de comunicación, el proselitismo de las sectas, el secularismo ambiental con sus secuelas de relativismo religioso y moral, de hedonismo y de consumismo—, hace más urgente que nunca la misión y el testimonio de vida coherente de todo bautizado.

Tal es el sentido de la «gran misión» que los obispos preparan en toda América Latina y el Caribe. Aunque será coordinada por el CELAM, sin embargo corresponde a cada Conferencia Episcopal señalar aquellos aspectos comunes en cada nación. Pero es en cada una de las Iglesia Particulares, bajo la responsabilidad y orientación de su propio obispo, en donde se ha de preparar la misión, con el fin de que sea vivida en cada parroquia y en las distintas comunidades eclesiales. Así será como un toque de trompeta para despertar la conciencia y el ímpetu evangelizador en el corazón de todo hombre y de toda mujer, de todos los adultos, jóvenes y niños en América Latina y el Caribe. Los pastores aspiran a hacer de Latinoamérica un continente en estado de misión.

Pienso que en América Latina estamos en el alba de una nueva etapa de la evangelización, que renovará eficaz y profundamente la vida cristiana de los pueblos de América Latina y del Caribe. Con la misión continental se abre un nuevo horizonte de esperanza.

I.
LAS GRANDES PERSPECTIVAS TEOLÓGICAS
DE APARECIDA

*Jesucristo Camino, Verdad y Vida:
eje transversal de Aparecida*

REV. P. DARÍO VITALI

*Profesor de Teología Dogmática
Pontificia Universidad Gregoriana de Roma*

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). La expresión joanea constituye un poco el *leit motiv* del *Documento Conclusivo*, al juzgar por el número de repeticiones en el texto. La insistencia excluye la casualidad: la fórmula expresa con evidencia casi inmediata la dinámica de vida del discípulo misionero, puesta como tema de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

Pero si la opción es querida, se pone la cuestión de si la expresión pueda constituir, en efecto, la clave hermenéutica para la comprensión de un texto tan complejo y difícil.

La presente intervención quiere indagar esta posibilidad como contribución a la lectura del *Documento Conclusivo* de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, que se propone «la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo»¹. El tentativo es aquel de mostrar cómo todo el *Documento Conclusivo* puede encontrar en el dinamismo constituido por la secuencia de los tres títulos cristológicos —*Camino, Verdad, Vida*— su lógica interna. Y cómo tal lógica corresponde en último análisis a aquella de las virtudes teologales, que sostiene y hace crecer hasta la plena madurez la vida teologal, a la cual se pueden añadir también los tres momentos —*ver, juzgar, actuar*— sobre los cuales está estructurado el *Documento*.

Si la respuesta se muestra aceptable, se podrán indicar las condiciones que determinan el crecimiento hasta la madurez del discípulo misionero. La atención estará sobretodo a la doble dimensión de este crecimiento: personal, en la configuración con Cristo; eclesial, en la participación de la vida de la Iglesia, «lugar» del crecimiento en Cristo y del servicio a los hermanos. Se trata de un desarrollo del desafío que la V Conferencia indica para el inicio del nuevo milenio: «Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y

¹ *Aparecida*, 10, que cita *Discurso inaugural*, 3.

mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de la vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu»².

1. Jesucristo Camino, Verdad y Vida

En el discurso inaugural de la *Conferencia General*, Benedicto XVI formula las preguntas fundamentales para el discípulo misionero: «¿Qué nos da Cristo realmente? ¿Por qué queremos ser discípulos de Cristo? Porque esperamos encontrar en la comunión con Él la vida, la verdadera vida digna de este nombre, y por esto queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en Él. Pero, ¿es esto así? ¿Estamos realmente convencidos de que Cristo es el camino, la verdad y la vida?»³. Contra la idea de que se trata de una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual, una especie de abandono hacia el intimismo, el Papa afirma que la realidad sería falseada y reducida a esquemas reducidos si prescindiera de Dios. «De aquí la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad. Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad»⁴.

El mensaje final, retomando idealmente las preguntas de Benedicto XVI, fija a *Jesús Camino, Verdad y Vida* como principio y fundamento de la *V Conferencia General* y de la vida misma de la Iglesia en América Latina y en el Caribe: «Ante los desafíos que nos plantea esta nueva época en la que estamos inmersos, renovamos nuestra fe, proclamando con alegría a todos los hombres y mujeres de nuestro continente: somos amados y redimidos en Jesús, Hijo de Dios, el Resucitado vivo en medio de nosotros; por Él podemos ser libres del pecado, de toda esclavitud y vivir en justicia y fraternidad. ¡Jesús es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida!»⁵.

Al inicio del *Documento conclusivo*, los obispos reunidos en Aparecida afirman inmediatamente, dando el tono al texto completo: «Con la luz del Señor resucitado y con la fuerza del Espíritu Santo, Obispos de América nos reunimos en Aparecida, Brasil, para celebrar la *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*. Lo hemos hecho como pastores que queremos seguir impulsando la acción evangelizadora de la

² *Aparecida*, 11.

³ *Discurso inaugural*, 3.

⁴ *Discurso inaugural*, 3.

⁵ *Mensaje final*, 1.

Iglesia, llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él»⁶.

La fórmula joánica se presta para constituir la estructura vertebral de una propuesta de vida cristiana⁷. A cuantos lo siguen —«¿Cómo podemos conocer la vía?» pregunta Tomás— Jesús se manifiesta y se ofrece como *el camino* y *la verdad* y *la vida*. Los tres predicados, estructurados en una parataxis con un doble *kaí*, constituyen el contenido de la autorevelación de Jesús a sus discípulos, hecha más absoluta por la frase que concluye el versículo: «ninguno viene al Padre si no por mí»

Muchas pueden ser las combinaciones de este ternario: los padres griegos en general entienden que el camino y la verdad conducen a la vida, identificada con la eterna; San Agustín y la mayor parte de los padres latinos interpretan la verdad y la vida como una realidad escatológica, alcanzable mediante el camino. La fórmula “camino de la vida” presente en el Nuevo Testamento (*Mt* 7,14) insinúa la posibilidad de que el término “verdad” haya sido insertado para contrarrestar interpretaciones gnósticas de la salvación cristiana.

Tal vez, la lectura más acertada es aquella que identifica el significado con el primer término —como demostraría todo el contexto del párrafo— especificado por dos adjetivos: “yo soy el camino, aquello verdadero y viviente”. Y sin embargo, aunque la propuesta tiene el mérito de respetar la estructura de la lengua semítica, corre el riesgo de empobrecer la unidad y la plenitud de la mediación de Cristo, dada por la riqueza de los tres términos típicos del vocabulario joánico.

“Camino” es un término que en el cristianismo primitivo identifica los cristianos como discípulos: en *Hcb* 9,2 los cristianos son “aquellos del camino”. Seguir el camino de Dios, caminar por la vía de la vida es el tema que recorre toda la Escritura: «Mira, yo pongo hoy delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal; pues yo hoy te ordeno de amar el Señor tu Dios, de caminar por sus vías, de observar sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos, para que vivas y te multipliques y el Señor tu Dios te bendiga en el país en que estás para entrar y tomar en posesión» (*Dt* 30,15s; cfr también *Sal* 1).

“Camino” es, por tanto, sinónimo de “ley”, con los mandamientos de Dios como indicadores de un camino de fidelidad, en el contexto de la teología de la Alianza y luego del camino hacia la tierra prometida. Los creyentes ven realizada la alternativa entre la vía del bien y la vía del mal, la vía de la vida y la vía de la muerte en el seguimiento de Jesús: «Entrad por la entrada estrecha; porque

⁶ *Aparecida*, 1.

⁷ El ejemplo más significativo es la encíclica de León XIII, *Tametsi futura* (1. 11. 1900): *AAS* 33 (1900-1901) 487-512.

ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran!» (Mt 7,13-14). Se entiende en esta dirección porque el cristianismo es llamado simplemente “el Camino” (cfr. Hcb 18,26; 19,9.23; 22,4; 24,14.22). Todo esto encuentra su síntesis en la fórmula de autorevelación de Jesús, única en su género y sin embargo, en línea con este lenguaje dinámico, que explica el camino cristiano como seguimiento obediente detrás de aquel que nos conduce al seno del Padre, en la plena comunión con Él.

“Verdad” es un término típicamente joánico: el Verbo es «*el Hijo unigénito, lleno de gracia y de verdad*» (1,14), porque «*la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo*» (1,17). Si el verbo es «*la luz verdadera*» (1,9), «*quien practica la verdad va a la luz*» (3,31). «*Los verdaderos adoradores adoran el Padre en Espíritu y verdad*» (4,23), es decir aquellos que siguen a Jesús y conocen la verdad, que los hace verdaderamente libres (cfr 8,31ss). La petición de Jesús, de que sus discípulos sean santificados en la verdad (17,17), será realizada con el don del Espíritu de verdad (que es el Espíritu de Cristo), el cual los conducirá a la verdad completa (16,13). Bastan pocas citas para mostrar el valor teológico de “verdad”, insinuada además por la raíz semántica del término. *Alētheia*, efectivamente, deriva de *lanthanō*, “esconder”: lo que viene revelado es Dios mismo y su misterio, escondido desde la eternidad pero cumplido ahora en el Hijo, por lo cual Jesús puede decir a Felipe: «*quien me ha visto, ha visto al Padre*» (14,9). Frente a Jesús-Verdad, el hombre es llamado a «*hacer la verdad*» (3,21; 1 Jn 1,6), que equivale a «*ir a la luz*» (3,21): «*yo soy la luz del mundo: quien me sigue tendrá la luz de la vida*» (8,12). Como se ve, la verdad no consiste en un sistema de doctrinas, sino en un evento, porque en el Logos hecho carne “se realiza” la verdad, continuamente revelada en sus palabras y en sus obras, y sobretodo en su muerte y resurrección. Verdad que no se penetra y no se posee mediante la razón humana, sino mediante la fe, como demuestra el hecho que *alētheia* traduzca a *'emet*, término hebreo que significa la fidelidad de Dios, y por tanto una relación con él se funda sobre su confiabilidad, sobre la confianza que el hombre puede tener en el Dios fiel a la Alianza.

También “vida” es término joánico: Jesús es “el verbo de la vida”, es decir, «*la vida misma que se muestra visible*» (1 Jn 1,2); «*en Él era la vida, y la vida era la luz de los hombres*» (1,4), por lo que quien lo sigue tendrá la luz de la vida (8,12). «*Quien cree en Él tiene la vida*», que no es una vida cualquiera, sino «*la vida eterna*» (3,15s; 6,40). Quien escucha su palabra, «*ha pasado de la muerte a la vida*» (5,24) y no verá jamás la muerte (8,51). Más aún, él es «*el pan de la vida*» (6,35), que da vida eterna, él es «*la resurrección y la vida: “quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá y quien vive y cree en mí no morirá para siempre”*» (11,25). Él es «*el buen pastor que da la vida por las ovejas*» (10,11). «*Por esto el padre me ama: porque yo ofrezco mi vida para retomarla de*

nuevo» (10,17). Él es aquel que tiene el amor más grande, porque da la vida por sus amigos (15,13). Él es el grano que caído en tierra muere y produce mucho fruto (12,24). En Juan no solo Jesús da la vida, sino que es la vida misma y lo es en el don total de sí, cuando se entrega a sí mismo al Padre e, inclinando la cabeza, esparce el Espíritu (19,30), fuente de la vida que lleva a quien escucha a Jesús a «nacer de lo alto» (3,3). También aquí, su condición para recibir la vida es el seguimiento bajo la cruz, donde la vida se revela en toda su profundidad: «Mirarán al que traspasaron» (19,37). A la mirada de la fe él aparece como «el Primero y el Último y el viviente. Estaba muerto, pero ahora vivo por siempre y tengo el poder sobre la muerte y sobre los infiernos» (Ap 1,17s).

Como se ve, es posible delimitar un significado bien preciso de cada predicado de la fórmula joánica. Sin embargo, en su unidad, estos describen la complejidad de la vida cristiana en su relación constitutiva con Jesús. Se puede aquí útilmente recordar el comentario de San Agustín al evangelio de Juan: «Era por tanto necesario que el dijese: “Yo soy el camino”, para demostrar que ellos, conociéndolo, conocían el camino que creían de no conocer, pero era igualmente necesario que él dijese: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, porque una vez conocido el camino, quedaba por conocer la meta. El camino conducía a la verdad, conducía a la vida. Él, por tanto, iba a sí mismo a través de sí mismo. ¿Y nosotros, dónde vamos si no donde él? ¿Y por cuál vía caminamos, si no por él?»⁸ Palabras que expresan la dimensión radicalmente teológica de la vida cristiana: «Al inicio del ser cristiano no hay una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un evento, una Persona, que da a la vida un nuevo horizonte, y con esto la dirección decisiva. En su evangelio Juan había expresado este evento con las palabras: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna”» (3,16)⁹.

2. La vida teologal como vida en la fe, esperanza y caridad.

La relación de la fórmula joánica con la vida teologal es evidente. No está, por tanto, fuera de lugar suponer una relación con las estructuras fundamentales de la existencia cristiana: la fe, la esperanza y la caridad. Tampoco el acercamiento debe parecer una operación de laboratorio: los contactos entre las dos ternas son múltiples y abren perspectivas interesantes para la comprensión de la vida teologal.

⁸ S. AGUSTÍN, *In Io. evang.* Tr. 69, 2.

⁹ BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, 1.

Ya la perícopa en que Jesús se revela como Camino, Verdad y Vida contiene llamados insistentes a la fe, a la esperanza y a la caridad. La fe, sobre todo: el capítulo es construido como una gran inclusión, constituida por la invitación de Jesús a no tener temor: « *no sea turbado vuestro corazón* » (14,1.27). La solicitud inicial de tener fe en Dios y de tener fe también en él (14,1) encuentra realización en la promesa de Jesús: « *os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis* » (14,29). El contenido de esta promesa es el hecho de que en la casa del Padre hay muchos puestos y que Jesús va a preparar uno para sus discípulos: no se trata inicialmente de un lugar de fe como conocimiento intelectual, como adhesión conceptual a una verdad, sino de un acto de confianza en Jesús que se refiere a la suerte misma de los discípulos. Por tanto esta fe es también esperanza: el puesto que Jesús prepara para los discípulos se puede fácilmente identificar con el Reino de Dios. De otra parte, el capítulo contiene dos promesas del Espíritu (14,16. 26), que es don escatológico por excelencia. Promesas que están acompañadas de la referencia al *agapē*: « *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos... El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él... El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado* » (14,15.21.24).

También fuera de las perícopas joáneas, las referencias a las virtudes teologales son frecuentes. En el evangelio la idea de “camino”, con los verbos típicos de movimiento, expresa el dinamismo del seguimiento detrás del Maestro; y sin embargo, este es aquel que “camina decididamente hacia Jerusalén” (Lc 9,51) donde debe cumplirse “su hora” (cfr Mc 14,41; Gv 12,23; 17,1): es con el ofrecimiento de sí mismo al Padre en la cruz, « *por este camino nuevo y viviente que él ha inaugurado para nosotros mediante el velo, es decir, su carne* » (Heb 10,20), que Jesús introduce a los salvados en el santuario del cielo. Estos pueden finalmente acercarse « *con corazón sincero en la plenitud de la fe* », « *mantener sin vacilar la profesión de su esperanza* », « *estimularse recíprocamente en la caridad y en y en las obras buenas* » (Heb 10,22-24). De este modo, los creyentes que se encuentran « *en la dispersión* » de este mundo (1 Ped 1,1), también caminando « *en la fe y no ya en visión* » (2 Cor 5,7), son llamados a comportarse con temor en el tiempo de su peregrinaje (1 Pt 1,17) « *en vista de la esperanza que los espera en los cielos* » (Col 1,5; cfr 1Pt 1,4).

Este “camino” que conduce al Reino, es « *el camino de Dios* » que Jesús enseña « *con verdad* » (Mt 22,16). “Verdad” es término que se asocia inmediatamente a la fe, a través de la escucha de la parola de salvación: aquella de Jesús durante su misión Mesianica: « *Si permanecéis en mí, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres* » (Jn 8,31-32); aquella de la predicación apostólica después de la

Pascua: «ahora, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados?» (Rm 10,14-15). Por esto cada apóstol debe ser un «fidel dispensador de la palabra de la verdad» (2 Tm 2,15): «La fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo», dice San Pablo (Rm 10,17), por lo cual quien escucha «la palabra de la fe que nosotros proclamamos» (Rm 10,8) obtiene la salvación, en cuanto acepta el evangelio, «potencia de Dios para todo el que cree» (Rm 1,16). Esto porque «el evangelio de nuestra salvación» es la «palabra de la verdad» (Ef. 1,13), en la cual es necesario creer, conduciendo una vida digna de ciudadanos del evangelio «y luchando unánimes por la fe del evangelio» (cfr. Fil. 1,27).

La fe es principio de vida nueva, que es vida en el *agapē*. La cual depende del Espíritu derramado en los corazones de los creyentes (Rm 5,5) por Cristo mismo, «príncipe de la vida», muerto por nuestra salvación (Hch 3,15), que glorificado a la derecha del Padre, se hizo él mismo «Espíritu dador de vida» (1 Cor 15,45). Cuantos han sido «sepultados con Cristo en la muerte» mediante el bautismo —argumenta San Pablo en la carta a los Romanos— están en la condición de «caminar en una vida nueva» (6,4), porque están «muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (6,11). Esto equivale a «ofrecer vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida; y vuestros miembros, como armas de justicia al servicio de Dios» (6,13), al fin de fructificar para la santidad teniendo como destino la vida eterna (6,22).

Ahora, el fruto inicial y principal del Espíritu es el *agapē*. Que es «el camino más excelente» (1 Cor 12,31), porque conduce a esto que no tendrá fin (cfr 1 Cor 13,8). De otra parte, «en Cristo Jesús no es la circuncisión lo que cuenta, sino la fe que opera por medio de la caridad» (Gál 5,6)

En cuanto al hecho que los términos aislados de la fórmula joánica evoquen la fe, la esperanza y la caridad en su unidad, como complejo de actitudes sobre las cuales se basa la vida cristiana —pudiendo ser de otro modo, porque los hagiógrafos del Nuevo Testamento no establecen *ex professo* una relación entre las dos ternas—, es posible tomar una correspondencia profunda entre “camino” y esperanza, “verdad” y fe, “vida” y *agapē*.

La objeción puede derivar de la modificación de la secuencia fe-esperanza-caridad, y del primado conferido a la esperanza, en correspondencia con Jesús-Camino. Es seguramente cierto que la tradición teológica, sobre todo después de Santo Tomás¹⁰, ha preferido la secuencia encabezada en 1 Cor 13,13: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la

¹⁰ Cfr *Summa Theologiae*, II-II, q. 62, art. 4: «Utrum fides sit prior spe et spes caritate», donde se prefiere *ordo generationis* (fe-esperanza-caridad) a *ordo perfectionis* (caridad-fe-esperanza).

caridad». Muchos textos, sin embargo encabezan otras articulaciones como fe-caridad-esperanza (1 Ts 1,2s; Col 1,3-5; Ga 5,5s; Rm 5,1-5) y esperanza-fe-caridad (Ef 4,1-6). Las variantes de la terna dependen del hecho que la vida teologal se estructura sobre dos dinamismos bien distintos: fe-esperanza y fe-caridad, en los cuales la fe es siempre «el principio de salvación humana, el fundamento y la raíz de toda justificación»¹¹.

Cuando habla de la «fe que actúa por medio de la caridad» (Gál 5,6), San Pablo describe en términos concretos la existencia cristiana: por cuanto la fe es principio de identidad y de pertenencia, sin embargo, es “nada” (cfr 1 Cor 13,1), al contrario peligra ser una ideología, si no se especifica y no se actúa en la forma de vida de Cristo mismo, que es el amor *eis télos*, «hasta las extremas consecuencias» (Jn 13,1). Sin la caridad, la fe no tiene consistencia: porque la vida en Cristo es posible y fecunda sólo con la condición de la “fe que ama”. Es este el primero de los dinamismos fundamentales de la vida teologal sin el cual la fe permanece letra muerta. Lo ha subrayado con fuerza Benedicto XVI, cuando ha escrito que «la derivación de toda la existencia de fe de la centralidad de este precepto del amor hacia Dios y hacia el prójimo no es simple moral, por lo que pueda subsistir autónomamente junto a la fe en Cristo y a su reactualización en el Sacramento: fe, culto y ethos se compenetrán recíprocamente como una única realidad que se configura en el encuentro con el agape de Dios»¹².

Pero existe también un segundo dinamismo, aquel descrito en el binomio fe-esperanza, que confiere profundidad a la fe. «Esperanza, de hecho, es palabra central de la fe bíblica —al punto que en diversos pasos las palabras «fe» y «esperanza» parecen intercambiables»¹³. Si se prescinde de *'aman*, término típico de la fe, todo el vocabulario veterotestamentario sobre la fe incluye siempre la dimensión de la esperanza al punto que se puede hablar de “fe que espera” y correlativamente, de “esperanza creyente”. El Nuevo Testamento introduce en esta unidad una tensión desconcertante: Cristo es el “sí” de Dios (cfr 2 Cor 1,19) en el cual se cumplen sus promesas. Así el creyente se encuentra entre el “ya” del evento-Cristo y el “todavía no” del Reino que vendrá definitivamente instaurado con la *Parusía*. Su fe en Cristo no puede ser sino esperanza de la comunión con Dios; y la espera del Reino no puede más que fundarse en el evento anticipado de la vida-muerte-resurrección de Cristo. La vida en Cristo es siempre espera de aquel que ya ha venido en la historia y en el misterio pascual ha inaugurado los tiempos nuevos: la tensión escatológica es constitutiva de la identidad cristiana. La esperanza no es algo que sobreviene a la fe: se dan a tal punto

¹¹ Cfr CONCILIO DE TRENTO, *Decretum de justificatione*, cap. 8: DH 1532.

¹² BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, 14.

¹³ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 2.

juntas, que forman una realidad única, casi como si fuesen el derecho y el revés de una misma medalla¹⁴.

Se podría visualizar el dinamismo interno de la vida cristiana en este modo: fe-esperanza-caridad, o correlativamente: esperanza-fe-caridad: las dos formulaciones tienen en cuenta el nexo indivisible entre fe y esperanza. Por tanto es del todo plausible la terna a partir de la esperanza, estableciendo una estrecha correspondencia con los títulos cristológicos de *Jn* 14,6.

3. Dimensión personal y dimensión eclesial de la vida en Cristo

Antes de releer el *Documento Conclusivo* a partir del dinamismo de la vida teologal expresado en la unidad dinámica de esperanza-fe-caridad, es útil subrayar la ventaja de este acercamiento para la comprensión de la identidad cristiana del discípulo misionero.

Es bastante difusa, en efecto, una concepción reducida de la vida cristiana, que insiste unilateralmente sobre la dimensión crística, descuidando la eclesial. En otras palabras, se entiende la vida teologal sobre todo como vínculo personal con Cristo, donado en el bautismo y desarrollado en el proceso de crecimiento espiritual, que sólo en un segundo momento —y no necesariamente— se abriría también a un compromiso eclesial. Como decir que el vínculo con Cristo sería en el orden del ser, aquel con la Iglesia en el orden del hacer. Pero esta lectura contradice la naturaleza misma de la regeneración en Cristo y hace adicional la pertenencia a la Iglesia. El bautismo opera siempre y conjuntamente la incorporación a Cristo y a la Iglesia: no se da nunca un efecto sin el otro. La única vida en Cristo se especifica como configuración a Cristo en la pertenencia a la Iglesia. No podría ser de otro modo: un hombre es siempre bautizado «en la fe de la Iglesia».

Detrás de la fórmula «*fides Ecclesiae*» está sobretodo la imagen de la Iglesia cuerpo de Cristo, del cual Cristo es la cabeza (cfr *Ef* 1,22; *Col* 1,18) y los bautizados son los miembros (cfr *1 Cor* 12,27; *Rm* 12,5). En esta Iglesia que preexiste al individuo, es incorporado cualquiera que llega a la fe: el bautismo es un acto de la Iglesia que determina siempre la pertenencia al cuerpo eclesial. Pertenencia que es constitutiva de la identidad cristiana: es siempre un miembro —mejor, uno de los miembros— del cuerpo de Cristo que es constituido en una relación única con Cristo y es llamado, mediante el camino de crecimiento espiritual, a la santidad como personal configuración a Cristo mismo. Se trata de una verdad firmemente reforzada también en el *Documento conclusivo*:

¹⁴ Me permito remitir, para estas consideraciones, a D. VITALI, *Esistenza cristiana. Fede, speranza e carità*, Brescia 2001.

«El bautismo no sólo purifica de los pecados. Hace renacer el bautizado, confiriéndole la vida nueva en Cristo, que lo incorpora a la comunidad de los discípulos y misioneros de Cristo, y lo hace hijo de Dios, le permite reconocer a Cristo como Primogénito y Cabeza de toda la humanidad»¹⁵.

Pero ser bautizados en la fe de la Iglesia significa también que en el bautismo el hombre recibe la fe de la Iglesia: como decir que la Iglesia es el sujeto de la fe. No por caso la tradición teológica ha afirmado siempre que la *universitas fidelium* —esto es la Iglesia como totalidad de los bautizados— no puede equivocarse en el creer¹⁶. Por que es siempre la Iglesia, y nunca la persona sola, la que posee y profesa la fe en su totalidad y la custodia indefectiblemente «hasta que alcancen cumplimiento las palabras de Dios»¹⁷. La demostración más evidente de este hecho está propio en el *Símbolo*: el sujeto que cree no es nunca el individuo, sino que es la Iglesia. Si así no fuese, la fe terminaría en una opinión personal.

Pero si la fe, esperanza y caridad están en una relación de reciprocidad y de mutua interioridad, esto que vale para la fe se debe aplicar también a la esperanza y a la caridad. Las cuales, por esto, son sobre todo dones de la Iglesia comunicados a la persona en el evento de la regeneración¹⁸. Para la esperanza, la afirmación es de evidencia inmediata: si fe y esperanza están así íntimamente unidas, el sujeto de una es también el sujeto de la otra. De otra parte, el *agapē* es la condición misma de la vida de la Iglesia Cuerpo de Cristo¹⁹.

Pero ¿cuáles reflexiones se deducen de la vida teologal —y por tanto de la identidad y la misión del discípulo misionero— del hecho que la iglesia sea una «comunidad de fe, esperanza y caridad?»²⁰ El primero y más inmediato: el Espíritu y todos sus dones descienden del Cristo glorificado a la Iglesia, según el principio de la *gratia capitis*:²¹ todos los dones son de la Iglesia y de cada uno en cuanto pertenecen a la Iglesia como miembros del cuerpo; por lo cual la vida teologal,

¹⁵ *Aparecida*, 349.

¹⁶ Sobre esta doctrina se funda la función eclesial del *sensus omnium fidelium*, que ha tenido una parte esencial en la fundación de los dogmas marianos de la Inmaculada Concepción de María y de su Asunción al cielo. El concilio Vaticano II ha subrayado fuertemente esta doctrina, sobre todo in *LG* 12.

¹⁷ *DV* 8.

¹⁸ Es cuanto ya precisaba el Concilio de Trento, en el *Decretum de justificatione*: «en la justificación del hombre, junto a la remisión de los pecados, recibe por medio de Jesucristo, en el cual es insertado, todos estos dones infusos: fe, esperanza y caridad»: *DH* 1530.

¹⁹ En *1 Cor* 12-14, san Pablo comprende la variedad de los carismas en el cuadro de la Iglesia Cuerpo de Cristo y fija como condición de vida de la Iglesia — y por tanto como condición de ejercicio de los carismas el precepto de la caridad.

²⁰ *LG* 8.

²¹ Cfr S. Tomás, *Summa Theologiae*, III, q, 8: «De gratia Christi secundum quod est caput Ecclesiae».

que se funda sobre los dones de la fe, esperanza y caridad, implica siempre a la Iglesia como cuerpo y a cada uno de sus miembros. De esto resulta que la vida teologal del cristiano es también y siempre un acto de la Iglesia. Y esto no solo porque él, como todo hijo, expresa la educación en la fe que ha recibido de la Iglesia su madre; sino que, por razón de su pertenencia al cuerpo, cada hecho personal de fe-esperanza-caridad que él cumple es actuación y prolongación de la fe-esperanza-caridad de la Iglesia. La sustancia de la afirmación se basa en la correspondencia y la reciprocidad de dos términos en juego: la vida santa de sus hijos manifiesta e ilustra la santidad de la Iglesia, porque la santidad de la Iglesia funda y alimenta la vida santa de sus hijos. Para convencerse basta mirar la vida de los santos, los cuales han sido al máximo grado “hombres de Iglesia” o, como dirían los Padres, *viri ecclesiastici*.

Una siguiente consecuencia: la necesidad de comprender de nuevo la vida cristiana sobre la correlación de dos dimensiones estructurantes, aquella personal y aquella eclesial. Si en el bautismo el hombre es conjuntamente inmerso en Cristo e incorporado a la Iglesia, las dos dimensiones —constitutivas del ser cristiano— existen siempre juntas. Es cierto que sin la madurez personal no es posible desarrollar responsablemente cualquier función eclesial, por lo cual es justo insistir sobre la formación humana, cristiana, vocacional, ministerial del discípulo misionero, si se quiere un testimonio del Evangelio que sea auténtico y eficaz. Y sin embargo, tal aspecto personal es también eclesial, porque el discípulo que vive su proceso de configuración con Cristo es miembro de la Iglesia. Lo que significa que no puede existir un crecimiento en Cristo que no sea también desarrollo del sentido de pertenencia a la Iglesia como aspecto decisivo e irrenunciable, que no consiste en hacer algo para la Iglesia, sino sobre todo en el “ser Iglesia”. Si se quiere, esta aquí la dimensión radicalmente relacional de la vida teologal: «*Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte*» (1 Cor 12,27); «*Así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros*» (Rm 12,5).

Existe, por tanto, una proporcionalidad entre el aspecto personal de la configuración con Cristo y el aspecto eclesial de la pertenencia a la Iglesia. Lo demuestra el dinamismo de la vocación —al ministerio ordenado, a la vida religiosa, pero también al matrimonio— que no depende de una decisión de cada uno que la Iglesia acepta, sino sobre todo de una llamada de Dios que es reconocida a través del discernimiento necesario de la Iglesia²². La vocación

²² En esta prospectiva se puede interpretar la constatación de las intenciones de los novios, que entra como parte integrante de la posición matrimonial.

universal a la santidad madura y se especifica en las diversas vocaciones, suscitadas por el único Espíritu que es principio de unidad y de vida en la Iglesia. Lo expresaba bien el concilio Vaticano II: «*Nosotros creemos que la Iglesia es indefectiblemente santa. En efecto, Cristo, Hijo de Dios, el cual con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado “el solo Santo”, ha amado la Iglesia como su esposa y se ha dado a sí mismo por ella, a fin de santificarla, y la ha unido a sí como su cuerpo y la ha colmado con el don del Espíritu santo, para la gloria de Dios. Por tanto, todos en la Iglesia sea que pertenezcan a la jerarquía, sea que de ella sean regidos, son llamados a la santidad. Esta santidad de la Iglesia constantemente se manifiesta y se debe manifestar en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles; se expresa en varias formas en cada uno, los cuales en la vida que les es propia, alcanza a la perfección de la caridad edificando a los demás*» (LG 39).

El *Documento Conclusivo* se mueve en esta dirección, cuando insiste sobre «*la vocación de los discípulos misioneros a la santidad*»²³ como un «*“sí” que compromete radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo Camino, Verdad y Vida*»²⁴: «*El Espíritu Santo, que el Padre nos regala, nos identifica con Jesús-Camino, abriéndonos a su misterio de salvación para que seamos hijos suyos y hermanos unos de otros; nos identifica con Jesús-Verdad, enseñándonos a renunciar a nuestras mentiras y propias ambiciones, y nos identifica con Jesús-Vida, permitiéndonos abrazar su plan de amor y entregarnos para que otros tengan vida “en Él”*»²⁵.

Se aclara a la luz de esta idea la insistencia del *Documento Conclusivo* sobre la vida misma del discípulo misionero como vocación: «*La condición del discípulo brota de Jesucristo como de su fuente, por la fe y el bautismo, y crece en la Iglesia, comunidad donde todos sus miembros adquieren igual dignidad y participan de diversos ministerios y carismas. De esto modo, se realiza en la Iglesia la forma propia y específica de vivir la santidad bautismal al servicio del Reino de Dios*»²⁶. Se entiende que el *Documento* enumere las vocaciones particulares que especifican la vocación universal a la santidad, aclarando también su perfil a partir de su función en la Iglesia. Así, se habla de los obispos, discípulos misioneros de Jesús Sumo Sacerdote; de los presbíteros, discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor; de los diáconos permanentes, discípulos misioneros de Jesús servidor; de los fieles laicos y laicas, discípulos misioneros de Jesús, Luz del mundo; de los consagrados y consagradas, discípulos misioneros de Jesús Testigo del Padre. Y porque se trata de la Iglesia que vive y camina en América Latina y en el Caribe, todos ellos, cada

²³ *Aparecida*, capítulo 4.

²⁴ *Aparecida*, 136.

²⁵ *Aparecida*, 137.

²⁶ *Aparecida*, 184.

uno en su propio estado y en su propia parte, llamados a ser discípulos misioneros, serán manifestación viva de la incansable vitalidad de aquellas Iglesias en la medida en que llegarán a ser testigos creíbles de Cristo Camino, Verdad y Vida.

4. Los discípulos misioneros, testigos de esperanza, fe y caridad

Delante de sus discípulos misioneros está puesto el amplio campo de la misión de la Iglesia con el testimonio de la palabra y de la vida. El método que debe usar, según su condición y función en el cuerpo eclesial, es aquel mismo de la Iglesia: “ver-juzgar-actuar”. *«Este método —dice el Documento— implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que, en la vida cotidiana, veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del Reino de Dios, que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el Cielo»*²⁷.

La primera tarea del discípulo misionero es ver la realidad que nos circunda a la luz de su providencia²⁸. Se trata de una mirada que ve en la historia del hombre el cumplimiento de las promesas de Dios. No basta ver la realidad, se necesita interrogarla a la luz de las preguntas de sentido que interpelan al hombre: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Solo así es posible inserir el anuncio cristiano de salvación “dentro” de la vida de los hombres, fijar las experiencias, los deseos, las esperas, los proyectos con el evangelio. Es ésta la tarea de la esperanza cristiana, que muestra la distancia entre el presente provisorio y el futuro definitivo, entre un mundo que promete sin sostener y la vida eterna que cumple definitivamente las promesas de Dios y las esperanzas del hombre, entre la Jerusalén de aquí abajo y aquella *«de allá arriba, que es libre, y es nuestra madre»* (Gál 4,26), pero indica también el camino a recorrer para llegar desde la condición presente al cumplimiento definitivo del Reino.

La tarea de leer la realidad con ojo penetrante (cfr Nm 24,3) es más que necesaria en un tiempo como el actual, en el cual el hombre cree y decide por sí no a partir de su origen, sino desde su futuro, si acaso podrá tener futuro. En efecto, la representación del planeta en construcción puesta en escena en la estación optimista del progreso ha sido sustituida por el cuadro desolador de un ambiente devastado, explotado, violentado en sus leyes y en sus equilibrios,

²⁷ *Aparecida*, 19.

²⁸ *Ibidem*.

que pone en riesgo la supervivencia misma del hombre. Frente a este riesgo, ventilado por todas partes, el hombre no puede menos que ponerse la pregunta última y radical: ¿qué puedo esperar?²⁹

En esta pregunta se inserta la visión cristiana de la historia, que no hace una previsión del futuro a partir del presente, con cálculos de probabilidades frecuentemente desmentidos por la realidad, sino que juzga el presente en vigor del futuro ya definitivamente anticipado en Cristo. Por esto, el discípulo misionero no teme juzgar las obras de este mundo, valorándolas según el criterio de la conformidad o no con el Reino de Dios y su justicia (cfr. *Mt* 6,35). Es esta dirección se puede leer completamente el capítulo II del *Documento conclusivo* que en el intento de «discernir los “signos de los tiempos”, a la luz del Espíritu Santo, para ponerlos al servicio del Reino, anunciado por Jesús»³⁰, analiza el fenómeno de globalización. Sin un análisis pertinente de la situación sociocultural, faltaría el primer e indispensable momento del “ver”, que haría imposible cada pretensión de “juzgar” y de “actuar” en un contexto como América Latina, en la cual la globalización más que en otras partes parece alimentar situaciones de desigualdad y de injusticia social³¹. Pero a este examen es necesario unir, casi en un díptico donde los dos cuadros se iluminan recíprocamente, la tercera parte sobre «la vida de Jesucristo para nuestros pueblos», en particular las indicaciones del capítulo VIII sobre «Reino de Dios y promoción de la dignidad humana», con la clara opción preferencial por los pobres y los excluidos. Se encuentra aquí aquella que con una fórmula feliz ha sido definida «reserva escatológica»³²: «Ser discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida, nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las

²⁹ «Todo el interés —sea especulativo que práctico— de la razón si centra en estas tres preguntas: ¿qué puedo saber? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo esperar? La primera pregunta es puramente especulativa... La segunda es solamente práctica... La tercera es simultáneamente práctica y teórica»: I. KANT, *Kritik der reinen Vernunft*, WW, III, Berlin 1904, 522-523. La pregunta ha sido retomada recientemente por Benedicto XVI en la encíclica *Spe salvi*: «Así nos encontramos nuevamente delante a la pregunta: ¿qué podemos esperar? Es necesaria una autocrítica del la edad moderna en diálogo con el cristianismo y con su concepción de la esperanza. En tal diálogo también los cristianos, en el contexto de sus conocimientos y de sus experiencias, deben aprender nuevamente en que consiste verdaderamente su esperanza, qué tengan para ofrecer al mundo y que cosa en cambio no puedan ofrecer»: *SS* 22.

³⁰ *Aparecida*, 33.

³¹ Se deberían mencionar a propósito las palabras de Pablo VI en la *Populorum progressio*, que estigmatizaban un desarrollo económico fundado sobre la explotación de los pueblos en economía débil de parte de los grandes grupos hegemónicos, siempre listos a imponer lógicas de mercado que premian los intereses privados de pocos en vez del bien común: cf. PAOLO VI, *Carta encíclica «Populorum Progressio»*, 26. 03. 1967: *AAS* 59 (1967) 257-299.

³² La fórmula es si J. B. METZ, *Zur Theologie der Welt*, Mainz 1968.

tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, y a trabajar junto con los demás ciudadanos e instituciones en bien del ser humano»³³.

El segundo trabajo del discípulo misionero es juzgar: trabajo de vincularse con toda evidencia a la fe, que encuentra en Cristo-Verdad su criterio discriminante. El *Documento Conclusivo* es claro a propósito: «*Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo [...]. Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, inundados de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo»³⁴. «*La importancia única e insustituible para nosotros, para la humanidad, consiste en que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable: no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad»³⁵.**

Es del encuentro con Cristo que nace el anuncio como «*parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma. Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro»³⁶. Como dice el Papa Benedicto XVI: «*El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar que sólo Él nos salva. En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay futuro»³⁷.**

No se trata por tanto, de una estrategia pastoral, de una cruzada que contraponen una verdad a la otra, terminando por reducirlas a ambas a ideologías que alimentan el enfrentamiento, sino de la «*alegría de ser discípulos misioneros para anunciar el Evangelio de Jesucristo»*: «*Los discípulos de Jesús reconocemos que Él es el primer y más grande evangelizador enviado por Dios y, al mismo tiempo, el Evangelio de Dios. Creemos y anunciamos la buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios. Como hijos obedientes a la voz del Padre, queremos escuchar a Jesús, porque Él es el único Maestro. Como discípulos suyos, sabemos que sus palabras son Espíritu y Vida. Con la alegría de la fe, somos misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo y, en Él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de solidaridad con la creación»³⁸.*

³³ *Aparecida*, 384.

³⁴ *Aparecida*, 14.

³⁵ *Aparecida*, 22, que cita *Discurso inaugural* 3.

³⁶ *Aparecida* 144-145.

³⁷ *Discurso inaugural*, 3, citado también en *Aparecida*, 146.

³⁸ *Aparecida*, 103.

Para hacer esto, el *Documento Conclusivo* solicita recomenzar desde el conocimiento de la Sagrada Escritura, como subrayaba el Papa Benedicto XVI en el discurso inicial: «*Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia General de Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios [...]. Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios*»³⁹. Experiencia vivencial que se radica en el *kerigma*, que «*no sólo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo. Sin el kerigma, los demás aspectos de este proceso están condenados a la esterilidad, sin corazones verdaderamente convertidos al Señor. Sólo desde el kerigma se da la posibilidad de una iniciación cristiana verdadera. Por eso, la Iglesia ha de tenerlo presente en todas sus acciones*»⁴⁰.

«*El anuncio del kerigma invita a tomar conciencia de ese amor vivificador de Dios que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado*»⁴¹: en esta toma de conciencia se abre la tercera tarea de la Iglesia y de cada discípulo misionero. En efecto, es en el mandamiento del amor donde se manifiesta el modo más sublime de actuar. La imagen más bella a propósito contenida en el *Documento Conclusivo* es aquella de la *Iglesia Samaritana*, que se hace compañera de camino de los hombres, sabedora de que: «*la evangelización siempre ha estado unida a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana*»⁴². «*Ser discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida, nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, y a trabajar junto con los demás ciudadanos e instituciones en bien del ser humano*»⁴³.

Así, actuar es actuar en el amor, que se hace servicio a la vida como servicio al Dios de la vida. En este ámbito, la Iglesia Latinoamericana ha tomado tareas fuertes y coherentes en continuidad con las Conferencias precedentes y con el concilio Vaticano II: la defensa de la dignidad humana, las opciones preferenciales por los pobres y los excluidos, «*la promoción humana y la auténtica liberación "sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad"*»⁴⁴. En estas opciones se hace evidente la lógica de la Encarnación, que encuentra su

³⁹ *Discurso inaugural*, 3, citado también en *Aparecida*, 247.

⁴⁰ *Aparecida* 278/a. En *Aparecida* 289, los Obispos dicen: «Sentimos la urgencia de desarrollar en nuestras comunidades un proceso de iniciación en la vida cristiana que comience por el *kerigma*, guiado por la Palabra de Dios, que conduzca a un encuentro personal, cada vez mayor, con Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre, experimentado como plenitud de la humanidad, y aquel lleve a la conversión, al seguimiento en una comunidad eclesial y a una maduración de fe en la práctica de los sacramentos, el servicio y la misión».

⁴¹ *Aparecida*, 348.

⁴² *Aparecida*, 26, que cita *Discurso inaugural*, 3.

⁴³ *Aparecida*, 384.

⁴⁴ Cfr cap. 8: «Reino de Dios y promoción de la dignidad humana».

cumplimiento en la *kénosis* del Hijo de Dios «*hasta la muerte y muerte de cruz*» (Fil 2,8): «*os he dado ejemplo, para que como he becho yo, hagáis también vosotros*» (Gv 13,15). Para que del grano de trigo que cae en tierra y muere, nazca mucho fruto (cfr Gv 12,24).

Conclusión

Una palabra de conclusión, resumida en la imagen de la comunidad primitiva. Si se quiere que la Iglesia de los orígenes sea aquel «*modelo paradigmático de esta renovación comunitaria*»⁴⁵ que el *Documento Conclusivo* propone, es necesario que también hoy la Iglesia entre en la lógica de Pentecostés, y con ella todos los discípulos misioneros, de los cuales se espera mucho para la renovación de la Iglesia. Según la narración de Pentecostés, la comunidad de «*aquellos que eran asiduos en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones*» (Hch 2,42) nace de la predicación de Pedro, escuchando la cual los presentes «*sintieron el corazón traspasado* » (Hch 2,37); pero aquel anuncio es eficaz y convierte los corazones porque se realiza en la potencia del Espíritu derramado sobre los que estaban reunidos en el cenáculo; pero el Espíritu ha sido derramado porque «*todos eran asiduos y unánimes en la oración*» (Hch 1,14).

También aquí, una terna —Iglesia-Espíritu-Palabra— en unidad dinámica, en la cual un término supone y exige el otro: sin la invocación incesante del Espíritu, la Iglesia es entregada a sus solas fuerzas; sin el Espíritu, la palabra es vacía de eficacia y se hace «*discurso de sabiduría humana*» (cfr 1 Cor 2,1-5); sin la Palabra no hay conversión y se interrumpe la comunicación que renueva continuamente la Iglesia. En cambio, la palabra proclamada con la potencia del Espíritu convoca la Iglesia; la Iglesia constituida en *koinonía* invoca al Espíritu como principio y fundamento de su vida y de su misión; esta Iglesia que recibe el Espíritu, envía a sus discípulos misioneros para que proclamen hasta los confines de la tierra la palabra de salvación. En el continuo repetir de estos tres momentos inseparables está la fuente de la vida incansable de la Iglesia; y está el secreto del entusiasmo de tantos discípulos misioneros, que podrán recorrer las calles del mundo para anunciar a Cristo a los hermanos. Pero hoy como entonces, es necesario invocar del Espíritu el don difícil de la *parresía*: el ánimo y la libertad de proclamar, con la palabra y con la vida, que «*Jesús es el Señor*» (1 Cor 12,3; Fil 2,11) y que «*en ningún otro hay salvación*» (Hch 4,12). Porque solamente Él es Camino, Verdad y Vida.

⁴⁵ *Aparecida*, 369.

Alcance eclesiológico de Aparecida

S.E. MONS. OCTAVIO RUIZ ARENAS

*Arzobispo emérito de Villavicencio
Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina*

El encuentro de Obispos de todas las Conferencia Episcopales de América Latina y el Caribe, juntamente con algunos representantes de los episcopados de Estados Unidos, Canadá, España y Portugal, como también un grupo no sólo de sacerdotes, diáconos permanentes, religiosos, religiosas, laicos de las naciones latinoamericanas, sino además, de delegados de los distintos Movimientos eclesiales y de los organismos internacionales de ayuda, una serie de teólogos y pastoralistas y algunos observadores de distintas confesiones cristianas constituyó, sin duda, un acontecimiento eclesial de gran magnitud, cuyas repercusiones no solamente abarcarán toda Latinoamérica, sino que también tendrán su eco en muchas otras naciones de fuera del continente americano.

El alcance eclesial y evangelizador de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano fue relanzado a todo el mundo por el Santo Padre Benedicto XVI el 21 de diciembre de 2007, cuando al dirigir el saludo navideño a la Curia Romana dedicó la parte central de su alocución al acontecimiento de Aparecida. En este discurso el Papa justificó la elección del tema elegido para su reflexión y análisis: « *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida* ». Explicó que no fue un giro excesivo hacia la interioridad de la Iglesia, sino que allí se deliberó sobre lo fundamental de su misión en favor de la humanidad. Por este motivo el tema central versó sustancialmente sobre el anhelo que todo ser humano tiene de encontrar la vida, la vida verdadera, la cual sólo se logra viviendo un auténtico discipulado en torno a Jesús. Ser discípulos supone que cada uno de nosotros lo encuentre personalmente en la propia existencia, lo conozca, lo siga, camine junto con él y lo ame con su misma entrega y generosidad, para poder llegar a conocer la verdad de Dios y comprender en profundidad al hombre. Este encuentro personal con Jesús nos conduce a experimentar la alegría de su presencia y a proclamarlo como la mejor y más feliz noticia que podamos anunciar. Más aún, el encuentro con él nos debe llevar a sentir el gozo de esos otros dones que nos ha regalado el Señor y que se expresan en la dignidad humana, la vida, la familia, los adelantos científicos y tecnológicos, el trabajo humano y los bienes de la tierra. Estos dones tenemos que experimentarlos, compartirlos y vivirlos en un ambiente de rectitud, fraternidad y solidaridad que permita crear enormes fuerzas de reconciliación, de paz, de amor y de

justicia. El Santo Padre recordó, además, que ese encuentro es fundamental para que todos los programas de orden social no se queden en teorías abstractas, sino que mediante dicho encuentro con Jesucristo y su Evangelio se susciten fuerzas que nos capaciten para dar la respuesta adecuada a los desafíos de nuestro tiempo.

1. Aparecida, una expresión de comunión vivida

En realidad estamos apenas comenzando a estudiar y digerir la riqueza del gran acontecimiento y vivencia eclesial de Aparecida, como también de sus reflexiones y conclusiones, pero sintiendo aún la gozosa experiencia de comunión, de diálogo, de respeto y fraternidad que vivimos quienes tuvimos el privilegio de tomar parte de esta Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Durante todo el tiempo de su realización siempre existió un gran ambiente de oración que enmarcaba todas las reflexiones y discusiones de grupo, ya que, por una parte, había una inmensa cantidad de personas que en sus parroquias o comunidades diariamente acompañaban a los Obispos por medio de la oración, y por otra, por la atmósfera de espiritualidad e intimidad con el Señor que se vivía cada mañana al celebrar la Eucaristía en el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida y en otros momentos en los que todos los participantes nos uníamos en el canto y la recitación de algunas partes de la Liturgia de las Horas. Estos momentos quedaron impresos en todos los participantes por la belleza de sus cantos, la alegría de sus melodías, la liturgia solemne e impecable pero que tenía a la vez un buen tinte latinoamericano.

La presencia permanente del Señor en cada sesión y en el trabajo de grupos fue la que permitió tejer ese espíritu de comunión y participación entre todos los que estábamos en Aparecida. Podríamos decir que fue una experiencia muy rica de comunión con Dios y con los hermanos. Esa comunión se expresó de manera especial cuando los Obispos acogimos con inmenso gozo y cariño al Santo Padre Benedicto XVI, quien fue a Brasil para inaugurar la Vª Conferencia General durante la celebración de una solemne Eucaristía y pronunciar una bella y profunda homilía y un sentido y orientador discurso al inicio de la Asamblea, cumpliendo así su tarea de “confirmar a sus hermanos en la fe”. A través de la cálida acogida de los participantes de Aparecida se expresaba, una vez más, el afecto colegial de los Obispos y el respeto y sentido de comunión con el Obispo de Roma que tiene toda la Iglesia en América Latina y el Caribe y que constituye uno de sus rasgos particulares¹.

¹ Cf. *Puebla*, 454.

Las conclusiones de Aparecida, entonces, no son sólo fruto de reflexiones y discusiones, sino también, y podríamos decir sobre todo, de oración, de fe vivida y de fraternidad compartida. Quienes en algún momento tuvieron la tentación de pensar que Aparecida se iba a desarrollar en medio de grandes tensiones, debieron quedar sorprendidos al ver que el espíritu que reinó fue el mismo que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, cuando narra la experiencia del concilio de Jerusalén (cfr. *Hch* 15) y que terminó con aquellas palabras tan elocuentes: «*Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros*» (15,28). Estas mismas palabras fueron las que pronunció el Santo Padre en su homilía de la Misa de inauguración de la Vª Conferencia y que indicó como el método por excelencia para todo encuentro verdaderamente eclesial, pues la presencia del Espíritu Santo, su acción iluminadora y su suave conducción son elementos básicos para vivir el misterio de comunión. Así lo entendieron igualmente los Obispos en Aparecida que, al introducir la conclusión del documento final, recuerdan estas palabras².

Es cierto que no se podía pretender una unicidad de criterios y puntos de vista en las discusiones, pues en total éramos 260 personas que intentábamos colocar nuestro granito de arena, con respeto y con una actitud de atención y escucha a los demás, pero también con nuestros particulares modos de pensar y, cada uno, con sus propias experiencias en las diócesis o en la acción pastoral desarrollada en las comunidades, grupos o movimientos. Esto explica en gran parte que el documento no sea homogéneo, que tenga repeticiones, acentos diversos y que los capítulos, aun teniendo una cierta lógica y organicidad, sin embargo dejan ver los rastros de diferentes manos en su elaboración, de variadas mentalidades, de preocupaciones pastorales diversificadas e incluso de disímiles modos de concebir el ser y hacer de la Iglesia. A pesar de todo ello, el documento, que se preparó en algo más de una semana y se redactó en su fase final prácticamente en tres días, muestra una grandiosa unidad, que algunos han llegado a calificar de “milagro de comunión”.

2. Telón de fondo de las conclusiones de Aparecida

Pretender el delineamiento de un marco eclesiológico propio del documento constituye, por consiguiente, una tarea prácticamente imposible. Pero esta señalación no quiere decir que Aparecida no contenga una riquísima mina de reflexión eclesiológica, de lineamientos pastorales muy precisos y de gran

² Cf. *Aparecida*, 547.

alcance para la comprensión y renovación de la Iglesia en América Latina. Por eso podemos decir, sin ambages, que Aparecida señala un sendero eclesial que enriquecerá su acción pastoral y que marcará el comienzo de un nuevo modo de ser Iglesia, más fiel y creíble³, profundamente misionera, consciente de que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre⁴ y que ha de llevar a la renovación de las parroquias y de todas las comunidades e instituciones eclesiales para que sean verdaderas escuelas de discípulos misioneros⁵. Asimismo sus conclusiones apuntan a que la Iglesia no se quede encerrada en las sacristías o despachos parroquiales, sino que salga al encuentro de sus fieles⁶, con los brazos abiertos para acoger y valorar a cada uno de sus miembros⁷ y ser cercana a todos, servidora y solidaria, en otras palabras, una Iglesia “samaritana”⁸ que viva en autenticidad la comunión y la participación y en la que todos sus miembros sean activos y se sientan llamados a cooperar, según su propia vocación, en la misión de la Iglesia, participando en el discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución de los proyectos pastorales⁹.

Estas indicaciones muy programáticas, que responden a lo que el documento llama “conversión pastoral”¹⁰ y en la cual deben involucrarse todos los miembros e instituciones de la Iglesia, no dejan de lado sino que reafirman las grandes líneas eclesiológicas y las opciones pastorales que habían tomado las anteriores Conferencias Generales. Ciertamente Aparecida tiene a éstas como telón de fondo¹¹, pero también al concilio Vaticano II, al Sínodo de Obispos para América y algunos documentos Pontificios de gran envergadura¹². Al respecto es importante lo que señala el Documento en su introducción:

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño es un nuevo paso en el camino de la Iglesia, especialmente desde el Concilio Ecuménico Vaticano II. Ella da continuidad y, a la vez, recapitula el camino de fidelidad, renovación y evangelización de la Iglesia latinoamericana al servicio de sus pueblos, que se expresó oportunamente en las anteriores

³ Cf. *Mensaje final*, 5.

⁴ Cf. *Aparecida*, 347.

⁵ Cf. *Aparecida*, 170-174.

⁶ Cf. *Aparecida*, 370.

⁷ Cf. *Mensaje final*, 3.

⁸ Cf. *Aparecida*, 135.

⁹ Cf. *Aparecida*, 371.

¹⁰ Cf. *Aparecida*, 365-372.

¹¹ Cf. *Aparecida*, 9. 16. 369. 402. 446. 526.

¹² Cf. *Aparecida*, 369.

Conferencias Generales del Episcopado (Río, 1955; Medellín, 1968; Puebla, 1979; Santo Domingo, 1992). En todo ello reconocemos la acción del Espíritu. También tenemos presente la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América (1997)¹³.

En ese texto aparecen tres expresiones muy significativas: reconoce, en primer lugar, que Aparecida quiere dar *un nuevo paso* en el camino de la Iglesia, pero que no se da como algo aislado e improvisado, puesto que, en segundo lugar, *da continuidad* y, en tercer lugar, *recapitula* ese camino de fidelidad eclesial, de renovación y de compromiso evangelizador que ha tenido la Iglesia de América Latina, en favor de sus pueblos, lo cual se fue fijando de manera clara en las conclusiones de cada una de las anteriores Conferencias Generales. Todas ellas, dentro de sus propios objetivos, quisieron también buscar el modo de hacer actual el Evangelio en cada uno de los pueblos de América Latina y en las circunstancias concretas de sus gentes, para contribuir a que en Jesucristo pudieran encontrar la vida verdadera.

3. Aparecida recoge el espíritu eclesial de la Conferencia de Río de Janeiro

Cuando el papa Pío XII convocó la I Conferencia General realizada en *Río de Janeiro* en 1955 buscaba que se estudiaran en forma concreta y se sugirieran algunas soluciones a aquellos problemas más fundamentales y urgentes que aquejaban a la Iglesia en América Latina. En ese momento, como lo expresaba el Romano Pontífice en la Carta Apostólica *Ad Ecclesiam Christi*, del 29 de junio de 1955, allí la Iglesia representaba «más de la cuarta parte del orbe católico, escuadrón compacto de generosa fidelidad a las tradiciones religiosas de sus padres». En dicha carta el Santo Padre exponía los principales problemas que se percibían en Latinoamérica y exhortaba a los Obispos para que asumieran con realismo y con esperanza la tarea de renovar la vida católica en el continente. En el mismo escrito pontificio hay dos párrafos que expresan la esperanza que tenía Pío XII en relación con lo que pudiera surgir de esa I Conferencia General:

Abrigamos la gozosa esperanza de que la América Latina se dispondrá, en breve, con vigoroso empeño, a cumplir la misión que la Divina Providencia parece haber confiado a ese inmenso continente, que se enorgullece de su fe católica, de tomar parte preferente en la nobilísima tarea de comunicar tam-

¹³ *Aparecida*, 9.

bién, en el futuro, a los demás pueblos los preciosos dones de paz y de salvación.

Llegará un día en que América Latina podrá restituir a toda la Iglesia Católica lo que haya recibido; cuando, como se espera, pueda felizmente contar con las amplias y poderosas energías, que parecen estar aguardando la mano sacerdotal para consagrarse con entusiasmo activo al honor y culto de Dios y al fomento del Reino de Cristo¹⁴.

Una de las grandes preocupaciones que se estudiaron en Río de Janeiro fue lo referente a la escasez de sacerdotes y lo que ello implicaba en el campo de la evangelización, ya que estaba en juego la conservación de la fe, frente a la cada vez mayor presencia del protestantismo y de algunos movimientos anticatólicos, como también al incremento de graves problemas de tipo social y la continua infiltración de ideologías materialistas.

Es importante tener en cuenta que una de las acciones muy positivas de la Conferencia de Río de Janeiro fue la de que, con el fin de salir al paso a toda la problemática que aquejaba a América Latina, como también de coordinar de manera apropiada la acción pastoral para lograr así una mayor eficacia en su labor apostólica, los Obispos, acogiendo las sugerencias de Pío XII, votaran positivamente la iniciativa de crear un Consejo Episcopal Latinoamericano¹⁵.

4. Aparecida acoge el espíritu de comunión del Vaticano II

No podemos desconocer que el *Concilio Vaticano II* (1962-1965) dio un fuerte impulso a la recta comprensión del ser y la misión de la Iglesia, al recordar y poner en evidencia su cristocentrismo y su profundo entronque trinitario. Por ello no dudó en subrayar su dimensión misteriosa, que lejos de contraponerse a la misión que tiene en el mundo, le da su fundamento, sin el cual no tendría sentido su compromiso con la humanidad.

Bien sabemos que el “misterio” se refiere esencialmente al misterio de Dios y al misterio de Jesucristo y sólo en un segundo lugar hace relación al

¹⁴ Cf. Pío XII, Carta apostólica *Ad Ecclesiam Christi*.

¹⁵ Una vez constituido el CELAM, la Comisión Central que había formado el Santo Padre para la fase preparatoria de *Río de Janeiro* consideró oportuno pedir al papa que se creara un organismo de la Santa Sede, para que, aprovechando la visión de conjunto sobre América Latina que podían brindar los diversos Dicasterios, apoyara y ayudara mejor la actividad de ese Consejo Episcopal y siguiera y coordinara los esfuerzos e iniciativas que habían surgido desde otros países para responder a las peticiones de los episcopados latinoamericanos. Así, pues, el 21 de abril de 1958 nació la Pontificia Comisión para América Latina, cuando Mons. Samoré recibió el acta con la respuesta pontificia a la solicitud que se le había presentado en este sentido.

misterio de la Iglesia, fundada sobre el Salvador. Por esta razón en los documentos conciliares se hace ver que la importancia de la Iglesia radica en su íntima conexión con Cristo y, por consiguiente, que ella es creíble y convincente cuando habla con fuerza y entusiasmo de aquello que constituye su “objeto” propio, es decir de Jesucristo, el Crucificado y Resucitado y cuando da testimonio de él como la vida del mundo.

El ser “misterio”, en el más genuino sentido paulino, es lo que ayuda a entender todas las afirmaciones que hizo el Concilio acerca de la Iglesia, entendida como *Pueblo de Dios*¹⁶, llamado a la santidad, al mismo tiempo *misterio de comunión*¹⁷ y *sacramento universal de salvación*.¹⁸ Cuando leemos la Relación final del Sínodo Extraordinario de los Obispos, realizado en 1985, vemos que precisamente articulaba el mensaje del Vaticano II en la fórmula: «*La Iglesia (constitución Lumen gentium), bajo la palabra de Dios (constitución Dei Verbum), celebra los misterios de Cristo (constitución Sacrosanctum Concilium), para la salvación del mundo (constitución Gaudium et spes)*». Estas afirmaciones no la encierran en una dimensión mística, por lo demás ciertamente necesaria, sino que la lanzan a un compromiso social, de caridad y de justicia. A través de la asunción de los “signos de los tiempos”, expresión muy indicativa de los documentos conciliares¹⁹, la Iglesia tiene que ofrecerse a todos y a cada uno como compañera en la búsqueda de la voluntad real de Dios y por tanto del bien de la humanidad. Así, pues, debe estar siempre atenta, en espíritu de solidaridad con todos, a ofrecer la salvación que proviene de Cristo. Con actitud humilde y de servicio ha de cumplir su tarea de ser maestra ante el mundo, pero consciente de que ante todo ella es discípula del Señor, que es el único Maestro.

Todas estas enseñanzas conciliares se han ido asimilando poco a poco y, en particular, la Iglesia en América Latina ha tratado de incorporarlas en las

¹⁶ Cf. *Lumen gentium*, 9-17.

¹⁷ Cf. *Lumen gentium*, 1-8.

¹⁸ Cf. *Lumen gentium*, 48.

¹⁹ Cf. *Gaudium et spes*, 4. 11; *Presbyterorum Ordinis* 9; *Unitatis redintegratio* 4; *Dignitatis humanae* 15. Mons. Rino Fisichella en el *Diccionario de Teología Fundamental* (pág. 1365) trata de sintetizar muchas de las ideas constitutivas de los «signos de los tiempos», ofreciendo la siguiente definición: «Acontecimientos históricos que crean un consenso universal, por los que el creyente es confirmado en la verificación del obrar inmutable y dramático de Dios en la historia, y el no creyente se orienta hacia la individuación de opciones cada vez más verdaderas, coherentes y fundamentales a favor de una promoción global de la humanidad». La asunción de los signos de los tiempos compromete a la Iglesia, en su enseñanza, a la atención permanente ante las diversas situaciones de vida y las diferentes culturas que subyacen a los modelos de las sociedades. De ahí la importancia que se le ha dado en América Latina.

orientaciones pastorales que han surgido como fruto de las Conferencia Generales que se han celebrado después del Concilio.

Los Obispos reunidos en Aparecida no podían dejar de lado las enseñanzas conciliares. Todo lo contrario, el Concilio ha sido y sigue siendo una fuente inagotable para la comprensión del ser y la misión de la Iglesia. En efecto, uno de los aspectos que se subrayan en el documento de Aparecida, particularmente en el capítulo 5, es precisamente el que la Iglesia es comunión²⁰, «llamada a reflejar la gloria del amor de Dios, que es comunión, y así atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo». Pero al mismo tiempo se presenta como aquella que está llamada a renovarse permanentemente y a tener una nueva actitud pastoral que haga posible que se escuche con atención y se discierna «lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias» (Ap 2,29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta²¹. Teniendo en cuenta ambos aspectos, la Iglesia, en su peregrinar histórico, debe mostrar con claridad que ella «vive anticipadamente la belleza del amor, que se realizará al final de los tiempos en la perfecta comunión con Dios y los hombres»²². El anhelo y la comprensión de estas realidades han llevado a que se impulse y crezca en América Latina una «espiritualidad de comunión»²³.

La vocación de los discípulos misioneros es justamente vivir en comunión, tanto con Dios en su realidad trinitaria, como con la comunidad concreta en la que cada uno debe estar insertado, ya que esta realidad de pertenecer a una comunidad es una dimensión constitutiva de todo cristiano²⁴. Esta vocación recoge el designio maravilloso de Dios que quiere que todo ser humano, hombre y mujer, viva en comunión con Él, en comunión entre ellos y con toda la creación²⁵.

La Iglesia-comunión es la que da razón del porqué se tiene que trabajar incansablemente para que la Iglesia sea de verdad una “comunidad de amor”²⁶, en otras palabras “comunión en el amor”. Esta característica es imprescindible para manifestar la esencia y el signo por el cual la Iglesia está llamada a ser reconocida como seguidora de Cristo y servidora de la humanidad²⁷. En ella

²⁰ La palabra «comunión» es una de las que con más frecuencia aparece en el documento, recorriéndolo prácticamente en su totalidad.

²¹ Cf. *Aparecida*, 366.

²² Cf. *Aparecida*, 159-160.

²³ Cf. *Aparecida*, 307.

²⁴ Cf. *Aparecida*, 155-156.

²⁵ Cf. *Aparecida*, 470.

²⁶ Cf. BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 19.

²⁷ Cf. *Aparecida*, 161.

todas sus estructuras, a partir de las diócesis hasta la más pequeña comunidad eclesial²⁸, como también las vocaciones específicas de sus miembros²⁹ son lugares para hacer realidad la comunión, que debe estar alimentada y alentada con el Pan de la Palabra de Dios y con el Pan del Cuerpo de Cristo. La Eucaristía, por consiguiente, no es sólo la fuente y el culmen de la vida cristiana, como señalaba el Concilio³⁰, sino que es la expresión más perfecta y el alimento de la vida en comunión. Al respecto nos dice Aparecida: «*En la Eucaristía se nutren las nuevas relaciones evangélicas que surgen de ser hijos e hijas del Padre y hermanos y hermanas en Cristo. La Iglesia que la celebra es « casa y escuela de comunión » donde los discípulos comparten la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora*»³¹.

Esta comunión debe entonces vivirse concretamente en la realidad de América Latina, la cual presenta un fuerte desafío a causa de la pluralidad étnica y cultural, como también del complejo mestizaje de sus pueblos:

«La Iglesia de Dios en América Latina y El Caribe es sacramento de comunión de sus pueblos. Es morada de sus pueblos; es casa de los pobres de Dios. Convoca y congrega todos en su misterio de comunión, sin discriminaciones ni exclusiones por motivos de sexo, raza, condición social y pertenencia nacional. Cuanto más la Iglesia refleja, vive y comunica ese don de inaudita unidad, que encuentra en la comunión trinitaria su fuente, modelo y destino, resulta más significativo e incisivo su operar como sujeto de reconciliación y comunión en la vida de nuestros pueblos»³².

Algo urgente en la actualidad es que América Latina vuelva a tomar conciencia, con renovado empeño, de que la fe católica es la que teje y deberá seguir tejiendo su unidad. Lamentablemente poco a poco se ha ido erosionando esa convicción y se ha permitido que aparezcan falsas e ilusorias fantasías que pretenden mostrarse como dadoras de sentido a muchas aspiraciones pasajeras, porque pueden ofrecer momentánea y prontamente una respuesta al vacío que se ha creado, por la crisis de sentido que acompaña el momento en que vivimos³³. No existe ningún otro elemento que pueda darles esa configuración de unidad a tantos países, en medio de la variedad y riqueza de las culturas latinoamericanas. El encuentro con Cristo, la fe en su mensaje y la

²⁸ Cf. *Aparecida*, 164-183.

²⁹ Cf. *Aparecida*, 184-224.

³⁰ Cf. *Lumen gentium*, 11.

³¹ *Aparecida*, 158.

³² *Aparecida*, 524.

³³ Cf. *Aparecida*, 37-39.

vivencia en la comunidad eclesial es fundamental porque son realidades que están profundamente enraizadas en todos nuestros pueblos y culturas.³⁴

Esa realidad de sentido profundo de comunión lleva también a reflexionar sobre un aspecto que es muy importante en la actualidad de América Latina: la relación de la Iglesia con otras comunidades eclesiales. Vivir e impulsar el ecumenismo ciertamente es una tarea inaplazable para todo el continente. Por esto Aparecida reconoce que:

«La comprensión y la práctica de la eclesiología de comunión nos conduce al diálogo ecuménico. La relación con los hermanos y hermanas bautizados de otras iglesias y comunidades eclesiales es un camino irrenunciable para el discípulo y misionero, pues la falta de unidad representa un escándalo, un pecado y un atraso del cumplimiento del deseo de Cristo: “Que todos sean uno, lo mismo que lo somos tú y yo, Padre y que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21)»³⁵.

El ser Iglesia-comunión constituye, a su vez, un elemento de importancia capital para entender e impulsar la llamada que hace el Señor para que seamos verdaderos discípulos suyos. Aparecida nos dice que la vocación al discipulado es “con-vocación” a la comunión en su Iglesia, ya que no hay discipulado sin comunión y sólo así puede también convocar y atraer a los demás, es decir, ser misionera, pues la Iglesia “atrae” cuando vive en comunión, y a través de ella los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. Rm 12,4-13; Jn 13,34)³⁶.

5. Reafirmación de las grandes opciones de las anteriores Conferencias Generales

Sin duda alguna las pautas que han ido señalando el caminar propio de la Iglesia en América Latina y el Caribe han surgido de manera muy especial de las grandes opciones que han tomado las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Todas ellas han ido teniendo un desarrollo y un crecimiento, como también algunos ajustes para que respondan con fidelidad al quehacer evangelizador de la Iglesia.

³⁴ El número 43 de Aparecida, refiriéndose a la realidad social que interpela a la Iglesia, dentro de un marco de globalización, apunta en este sentido, haciendo ver, además, que el talante mariano de la religiosidad popular ha sido capaz de fundir las historias latinoamericanas diversas en una historia compartida: aquella que conduce hacia Cristo, Señor de la vida, en quien se realiza la más alta dignidad de nuestra vocación humana.

³⁵ *Aparecida*, 227.

³⁶ Cf. *Aparecida*, 156. 159.

Medellín asumió con entusiasmo el concilio Vaticano II y quiso aplicar de la mejor manera la rica eclesiológica que de allí había surgido. El salto de una Iglesia que vivía en régimen de cristiandad a la conciencia de ser misterio de comunión, sacramento de salvación y pueblo de Dios convocado a la santidad, conllevaba la necesidad de aterrizar todos esos conceptos y hacer posible su realización en la vida concreta de los pueblos. Los Obispos reunidos en Medellín en su *Mensaje a los pueblos de América Latina* decían: «*Creemos que estamos en una nueva era histórica. Ella exige claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar*»; y añadían a continuación: «*A la luz de la fe que profesamos como creyentes, hemos realizado un esfuerzo para descubrir el plan de Dios en los “signos de los tiempos”. Interpretamos que las aspiraciones y clamores de América Latina son signos que revelan la orientación del plan divino operante en el amor redentor de Cristo que funda aspiraciones en la conciencia de una solidaridad fraternal*». Para responder a esas aspiraciones veían que era necesario una purificación de todos los miembros e instituciones de la Iglesia, con el fin de terminar la separación entre la fe y la vida, y lograr un compromiso de vivir la verdadera pobreza bíblica³⁷.

Es bien conocida la opción preferencial por los pobres que asumió Medellín al recalcar que no se podía permanecer con indiferencia «*ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cerca en muchísimos casos a la inhumana miseria*»³⁸. El compromiso de la Iglesia con los pobres debía pasar precisamente por la convicción de constituirse en una Iglesia pobre, que predique y viva la pobreza espiritual, como actitud de infancia espiritual y apertura al Señor, y se comprometiera ella misma en la pobreza material. Una Iglesia evangelizadora de los pobres y solidaria con ellos, que defienda sus derechos y denuncie los atropellos que se cometen contra los pobres, pero que al mismo tiempo luche por su promoción, de manera tal que vivan con dignidad y se les respete siempre³⁹.

Los Obispos reunidos en Medellín aceptaron el gran reto de optar por los pobres, con un profundo sentido evangelizador⁴⁰. Se trató de una opción que abría nuevos horizontes a la Iglesia y que exigía igualmente una revisión de su actuar pastoral, con el fin de dar pautas adecuadas para responder a esa opción. De allí brota entonces la urgencia de reflexionar con profundidad acerca de la dimensión liberadora del Evangelio, de vivir y compartir la experiencia de ser Iglesia en pequeñas comunidades capaces de dar un impulso a la evangeliza-

³⁷ Medellín, «*Mensaje a los Pueblos de América Latina*», §§ 3. 6.

³⁸ Cf. *Medellín*, 14,1.

³⁹ Cf. *Medellín*, 14, 8-11.

⁴⁰ Cf. *Medellín*, 14, 9-11.

ción⁴¹, de desarrollar una sólida promoción humana⁴² y de impulsar un compromiso político de los creyentes, todo lo cual fue encaminándose hacia el fortalecimiento de las Comunidades Eclesiales de Base⁴³.

PUEBLA tuvo como punto central de referencia el Sínodo de Obispos que trató lo relativo a la evangelización y, de manera muy especial, la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*. Su perspectiva fue colocarse en un ámbito estrictamente pastoral para estudiar, en espíritu de oración, los distintos aspectos que inciden en la evangelización de América Latina y ofrecer unas orientaciones que repercutieran en la acción pastoral de la Iglesia. Para ello los Obispos no ahorraron esfuerzos para ofrecer un gran y profundo soporte doctrinal, sobre las que se podían cimentar con solidez sus opciones pastorales. El pilar sobre el que se apoya todo el documento es su trípode doctrinal, en el que se quiere hacer una proclamación integral de la verdad sobre Jesucristo, sobre la naturaleza y misión de la Iglesia y sobre la dignidad y el destino del hombre⁴⁴. En relación con la Iglesia, subraya de manera muy especial todo lo que tiene que ver con su tarea evangelizadora, acogiendo el clamor de liberación que brota de las naciones pobres del continente y muestra las profundas relaciones que existen entre evangelización y promoción humana⁴⁵. En efecto, Puebla tampoco fue ajena a los signos de los tiempos. Por ello impulsa una evangelización liberadora que, por una parte, sea capaz de encarnar el Evangelio en la situación real y concreta del ser humano al que va dirigido⁴⁶ para convertirlo en motor de su propio desarrollo⁴⁷ y, por otra, que anuncie el Evangelio integralmente y sin reduccionismos, fiel a la Palabra de Dios, a la Tradición y al Magisterio⁴⁸. Asimismo al aplicar su enfoque de “comunidad y participación” al misterio de la Iglesia, Puebla presenta al pueblo de Dios, en cuanto sacramento universal de salvación, como enteramente al servicio de la comunión con Dios y con todo el género humano entre sí, de tal modo que la Iglesia viene a ser,

⁴¹ Cf. *Medellín*, 8, 10.

⁴² Medellín considera las CEBs como el primer y fundamental núcleo eclesial, fermento de la comunidad, responsable de la expansión de la fe y del culto. Asimismo afirma que deben ser foco de evangelización y factor primordial de promoción humana y desarrollo. Cf. *Medellín*, 15, 10.

⁴³ Los Obispos reconocen que las CEBs no son una invención propiamente dicha de esa II Conferencia General. Indican eso sí que en ese momento están surgiendo esas comunidades cristianas de base, las cuales han sido punto clave en la pastoral de los misioneros que han implantado la fe y la Iglesia en América Latina. Cf. *Medellín*, 15, 12.

⁴⁴ Cf. *Puebla*, «Mensaje a los Pueblos de América Latina», 3.

⁴⁵ Cf. *Puebla*, 27-31.

⁴⁶ Cf. *Puebla*, 1141.

⁴⁷ Cf. *Puebla*, 485.

⁴⁸ Cf. *Puebla*, 487-489.

por consiguiente, un pueblo de servidores, en el que todos –jerarquía, laicos, religiosos, según su papel y carismas propios- sean servidores del Evangelio⁴⁹. En Puebla surge, pues, la convicción de que hay que propugnar por una Iglesia que sea evangelizada y evangelizadora.

La celebración de los 500 años de la llegada del Evangelio a América Latina fue la ocasión para realizar la IV Conferencia General en Santo Domingo, en octubre de 1992. Esta celebración estuvo acompañada por una “novena” de años, en la que el Santo Padre además de propiciar una reflexión de tipo trinitario, lanzó a la Iglesia a la tarea de una Nueva Evangelización. Sabemos muy bien cuáles son los elementos esenciales de ese término acuñado por Juan Pablo II: “nueva evangelización”. Ésta no consiste en una re-evangelización sino que debe ser una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones, a fin de que la Buena Noticia arraigue en la vida y en la conciencia de todos los hombres y mujeres de América Latina⁵⁰.

Durante la inauguración de esta IV Conferencia, el Santo Padre, en su discurso inaugural, explicaba brevemente el significado de lo que se quería decir con «*nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones*», para señalar que «*una evangelización nueva en su ardor supone una fe sólida, una caridad pastoral intensa y una recta fidelidad que, bajo la acción del Espíritu, generen una mística, un incontenible entusiasmo en la tarea de anunciar el Evangelio. En lenguaje neotestamentario es la «parresia» que inflama el corazón del apóstol (cf. Hch 5, 28-29). Esta “parresia” ha de ser también el sello de vuestro apostolado en América*»⁵¹. He aquí el elemento central de la nueva evangelización, pues sin esa actitud apostólica, se quedaría como en una simple técnica, en la búsqueda de mejores mecanismos de transmisión, pero no en un espíritu que llene el proceso del anuncio de la Buena Nueva.

Santo Domingo acogió estas pautas trazadas por el papa Juan Pablo II y se propuso reflexionar no sólo sobre la necesidad de la “Nueva Evangelización”, sino que dirigió su pensamiento a otras dos preocupaciones fundamentales del Papa: la “promoción humana”, parte integral de la tarea evangelizadora, y la “cultura cristiana”, para hacer propia la urgencia de evangelizar las culturas. Tres realidades estrechamente unidas.

Aparecida no podía dejar de lado estas opciones asumidas en precedencia y que han constituido un rico patrimonio del entorno pastoral de la Iglesia en América Latina. Por ello reafirma su opción preferencial por los pobres, situándola al interior mismo de la fe cristológica y reconociendo que esta opción

⁴⁹ Cf. *Puebla*, 270-271.

⁵⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso en la apertura de la XIX Asamblea del Consejo del Episcopado Latinoamericano*. Port-au Prince, Haití, 9 de marzo de 1983.

⁵¹ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso inaugura* (en Santo Domingo), 16.

marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña⁵². Ahora bien, va más allá, pues al reconocer que la situación en América Latina ha sufrido grandes cambios y existen muchas personas marginadas, su opción los cubre también a ellos. Su formulación, por consiguiente ya no es solamente “opción preferencial por los pobres”, sino que añade: “y excluidos”⁵³. « ¡Cuántas veces los pobres y los que sufren realmente nos evangelizan! En el reconocimiento de esta presencia y cercanía, y en la defensa de los derechos de los excluidos se juega la fidelidad de la Iglesia a Jesucristo »⁵⁴. Como no se trata de una simple referencia retórica, Aparecida hace un llamamiento apremiante para que « Los discípulos y misioneros de Cristo promueven una cultura del compartir en todos los niveles en contraposición de la cultura dominante de acumulación egoísta, asumiendo con seriedad la virtud de la pobreza como estilo de vida sobrio para ir al encuentro y ayudar a las necesidades de los hermanos que viven en la indigencia »⁵⁵.

Las Comunidades eclesiales de Base, también fueron reafirmadas en Aparecida. En el Documento final se les reconoce su alcance eclesial y se indica que ellas realizan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, siendo, al mismo tiempo, expresión visible de la opción preferencial por los pobres; más aún son fuente y semilla de variados servicios y ministerios a favor de la vida en la sociedad y en la Iglesia⁵⁶. Su importancia evangelizadora queda ampliamente señalada el reconocerlas como « escuelas que han ayudado a formar cristianos comprometidos con su fe, discípulos y misioneros del Señor, como testimonia la entrega generosa, hasta derramar su sangre, de tantos miembros suyos »⁵⁷. Ahora bien, por cuanto « no han faltado miembros de comunidad o comunidades enteras que, atraídas por instituciones puramente laicas o radicalizadas ideológicamente, fueron perdiendo el sentido eclesial »⁵⁸, Aparecida recalca la necesidad de que ellas conserven la comunión eclesial, insertándose en el proyecto pastoral de cada diócesis y se conviertan así en signo de vitalidad de la Iglesia particular⁵⁹.

Como una de las propuestas que salen a flote en el documento de Aparecida es la de formar pequeñas comunidades, precisamente para poner en marcha el ímpetu misionero que debe animar todas las estructuras eclesiales y para formar

⁵² Cf. *Aparecida*, 391- 392.

⁵³ Cf. *Aparecida*, 396.

⁵⁴ *Aparecida*, 257.

⁵⁵ *Aparecida*, 540.

⁵⁶ Cf. *Aparecida*, 179.

⁵⁷ *Aparecida*, 178.

⁵⁸ Así ya lo había señalado *Puebla*, 630.

⁵⁹ Cf. *Aparecida*, 179.

auténticos discípulos misioneros⁶⁰, no duda en reconocer que existen otras válidas formas fuera de las comunidades eclesiales de base. Lo importante es que en todas ellas «*la Eucaristía sea el centro de su vida y la Palabra de Dios como faro de su camino y su actuación en la única Iglesia de Cristo*»⁶¹. Por esta razón solicita el apoyo de los pastores para el fortalecimiento de variadas asociaciones laicales, movimientos apostólicos eclesiales e itinerarios de formación cristiana, y comunidades eclesiales y nuevas comunidades⁶².

La opción por la Nueva Evangelización es prácticamente una realidad que abarca todo el documento de *Aparecida*. Más aún, todas las conclusiones en el fondo llevan a sugerir el modo concreto de llevarla a cabo, no con programas inconexos, ni con acciones aisladas, sino colocando a la Iglesia de América Latina en un estado permanente de misión. Es muy importante el siguiente texto, por su claridad y decisión:

«O educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora. Se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana que además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza. Así asumiremos el desafío de una nueva evangelización, a la que hemos sido reiteradamente convocados»⁶³.

Para evangelizar entonces es necesario optar por la vida, por la verdadera vida que sólo encontramos en Jesucristo. Únicamente impregnados de ella podremos dar un nuevo impulso a la evangelización. Una evangelización que sea “buena nueva” en todos los campos y haga relucir la acción maravillosa de Dios que nos da la vida, que enaltece nuestra dignidad, que se revela en la familia, que se vive en el trabajo humano, que se va descubriendo en los avances de la ciencia y la tecnología y que se nos entrega en los dones de la creación para que los compartamos de manera solidaria⁶⁴. De ese modo la Iglesia sigue viva y presente en medio de la sociedad, sembrando esperanza y amor, enriqueciendo toda la realidad humana con aquella que es la Realidad y Dadora de sentido. En otras palabras, haciendo presente al Dios-Amor, que se nos mostró maravillosamente en el misterio de la Cruz.

⁶⁰ Cf. *Aparecida*, 307.

⁶¹ *Aparecida*, 180.

⁶² Cf. *Aparecida*, 214.

⁶³ *Aparecida*, 287.

⁶⁴ Cf. *Aparecida*, 103 - 126.

6. La gran novedad de Aparecida: dibujar el rostro de una Iglesia misionera

Cada una de las anteriores Conferencias dejó, pues, a América Latina unas ricas opciones pastorales, que se han convertido en las grandes líneas de su reflexión y acción misionera. Aparecida no podía ni ignorarlas ni dejar de impulsarlas, pues todas ellas han sido fruto igualmente del decidido compromiso evangelizador de pastores que han querido responder a los grandes anhelos de sus pueblos y a los retos y desafíos del momento histórico en el que se han celebrado esos encuentros episcopales.

Una nota común, pero que ahora aparece con muchísima fuerza y centralidad, es lo referente a la *dimensión misionera* de la Iglesia. Medellín, Puebla y Santo Domingo, al subrayar diversas realidades eclesiales y poner algunos acentos en sus lineamientos pastorales, no hicieron otra cosa que tratar de impulsar la acción misionera de la comunidad cristiana. En Medellín se pedía con claridad «*que se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual*»⁶⁵. Puebla, por su parte, al querer profundizar sobre «*la evangelización en el presente y el futuro de América Latina*», para hacer eco a la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* del papa Pablo VI, dedica la IV parte de sus conclusiones precisamente a dar unas pautas precisas de lo que se debe realizar, a fin de que la Iglesia sea auténticamente una «*Iglesia misionera al servicio de la evangelización*». Santo Domingo expresa la urgencia de avanzar por el camino de la comunión y participación, tan subrayado en Puebla⁶⁶, ya que «*muchas veces es obstaculizado por la falta de sentido de Iglesia y del auténtico espíritu misionero*»⁶⁷.

Esta misma convicción se encuentra en Aparecida, cuando indica que la Iglesia en América Latina y El Caribe quiere ponerse en estado de misión, para lo cual requiere no sólo de la colaboración de los fieles laicos, sino que en la Iglesia ellos deben ser tenidos muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación⁶⁸. En otras palabras, la Iglesia misionera no puede dejar de lado a ninguno de sus miembros. Todos tienen que participar como discípulos misioneros en el cumplimiento de su tarea fundamental.

Sin duda alguna la toma de conciencia, o mejor, el relanzar con gran fuerza la convicción de que la Iglesia es y debe ser siempre misionera, como parte esencial de su realidad eclesial, ha sido uno de los grandes logros de Aparecida. No es que la Iglesia no hubiera tenido en cuenta esta dimensión, que desde su mismo comienzo es parte constitutiva de ella misma⁶⁹, sino que dejó de ponerse

⁶⁵ Cf. *Medellín*, 5,15.

⁶⁶ Cf. *Puebla*, 197, 211, 306, 326, 327, 329, 411.

⁶⁷ Cf. *Santo Domingo*, 56.

⁶⁸ Cf. *Aparecida*, 213; Exhortación Apostólica post-sinodal *Pastores gregis*, 11.

⁶⁹ Cf. *Aparecida*, 267.

de relieve, pues se consideraba que la dimensión misionera se refería casi exclusivamente a lo que entendemos por misión *Ad Gentes*, es decir el anuncio del Evangelio a aquellas personas o pueblos que nunca lo han recibido.

En su discurso inaugural el Papa ya había lanzado ese reto al indicar que «*al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia General en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios*»⁷⁰. Si la Iglesia quiere hacer una presencia efectiva en el mundo de hoy y cumplir su tarea evangelizadora tiene que ser misionera. Y para ser misionera necesariamente tiene que ser una comunidad de discípulos, sentarse a los pies de su Maestro y beber de la rica fuente de la Palabra Divina para salir a anunciar el Evangelio. Por esta razón Benedicto XVI recalca en la necesidad de que «*la Palabra se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida* (cf. Jn 6,63). *De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios*»⁷¹.

Iglesia misionera es, por consiguiente, una realidad que ha estado siempre presente, pero que al mismo tiempo hay que renovar y fortalecer. Tomar conciencia de esa realidad es caminar por el sendero de la conversión pastoral, ya que una Iglesia misionera es una Iglesia de brazos abiertos, acogedora, que sale al encuentro, que se arraiga profundamente en la Palabra de Dios y vive de la Eucaristía, que celebra el gozo de la presencia y el encuentro permanente de su Señor en medio de Ella y de cada uno de quienes hacen parte de ella.

Es interesante mirar con detenimiento lo que nos dice Aparecida al comienzo de sus conclusiones, al señalar que ser Iglesia misionera no es el fruto de estrategias pastorales, sino de una profunda convicción y de un encuentro personal con Jesucristo:

«La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales. No puede replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino,

⁷⁰ *Discurso Inaugural*, 3 .

⁷¹ *Discurso Inaugural*, 3.

protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu»⁷².

La realización de esta tarea no es fácil, pues supone volver a lo esencial para retomar aquello que la lanza a cumplir su tarea con decisión y profunda alegría. No podemos negar que en muchas de nuestras Iglesias particulares de América Latina hemos vivido con la convicción de contar con un número enorme de católicos, pero cuya mayoría, lamentablemente, se ha caracterizado por su frialdad y su indiferencia frente a la fe, alejada de los templos, sin convicciones profundas y colocando una enorme barrera de separación entre lo que pertenece al campo de la fe y lo que constituye el actuar diario de su vivir en la sociedad. Es por esta razón que Aparecida pone el dedo en la llaga y reconoce, de manera descarnada, que no puede resistir a los embates del tiempo «*una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados*»⁷³.

La Iglesia misionera, por lo tanto, tiene que partir de Cristo, como bellamente nos recuerda el Documento, al asumir cuanto había expuesto Juan Pablo II en la *Novo Millennio ineunte*⁷⁴: «*A todos nos toca recomenzar desde Cristo*»⁷⁵. En efecto, no podemos olvidar que Él es el único que da sentido a la existencia y presencia de la Iglesia en el mundo, pues Él es el Señor de la Vida, fuente y dador de ella; «*Él es el Viviente, que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta*»⁷⁶ y «*en quien se realiza la más alta dignidad de nuestra vocación humana*»⁷⁷. Sólo desde esta clave de lectura cristológica podemos entender los rasgos fundamentales de la eclesiológia que presenta Aparecida.

El camino entonces para que seamos y nos sintamos Iglesia misionera es lograr, particularmente a través de todo un proceso kerigmático, un encuentro personal con Jesucristo que ha de llevarnos a la madurez de ser discípulos suyos⁷⁸. En otras palabras hay que volver a mirar los orígenes de la Iglesia y recordar que ella nació del discipulado convocado por el Maestro.

⁷² *Aparecida*, 11.

⁷³ *Aparecida*, 12.

⁷⁴ Cf. *Novo Millennium ineunte* 28-29.

⁷⁵ *Aparecida*, 12.

⁷⁶ *Aparecida*, 356.

⁷⁷ *Aparecida*, 43.

⁷⁸ Cf. *Aparecida*, 278.

«El llamamiento que hace Jesús, el Maestro, conlleva una gran novedad. En la antigüedad los maestros invitaban a sus discípulos a vincularse con algo trascendente, y los maestros de la Ley les proponían la adhesión a la Ley de Moisés. Jesús invita a encontrarnos con Él y a que nos vinculemos estrechamente a Él porque es la fuente de la vida (cf. *Jn* 15, 5-15) y sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn* 6, 68). En la convivencia cotidiana con Jesús y en la confrontación con los seguidores de otros maestros, los discípulos pronto descubren dos cosas del todo originales en la relación con Jesús. Por una parte, no fueron ellos los que escogieron a su maestro. Fue Cristo quien los eligió. De otra parte, ellos no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (cf. *Mc* 1, 17; 2, 14). Jesús los eligió para «que estuvieran con Él y enviarlos a predicar» (*Mc* 3, 14), para que lo siguieran con la finalidad de «ser de Él» y formar parte «de los suyos» y participar de su misión. El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (cf. *Lc* 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas»⁷⁹.

Se trata, pues, de un encuentro íntimo a fin de ser configurados con él, ser animados por el Espíritu Santo y enviados a anunciar de manera atractiva el Evangelio del Reino de la vida, ya que Él ha venido a ofrecer a todo hombre y toda mujer una vida plena y más digna⁸⁰.

Ahora bien, si la Iglesia misionera tiene que renovarse constantemente por el testimonio personal de cada uno de los cristianos, es necesario que sea una Iglesia que haga resplandecer el gozo y la alegría de su pertenencia a Cristo. Es hermoso ver cómo Aparecida lanza ese mensaje entusiasta y lleno de gratitud, invitando a expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el gran tesoro del Evangelio⁸¹. Por esto invita a transmitirla a todos los hombres y mujeres heridos por distintas adversidades, pues «*la alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio*»⁸².

Iglesia misionera, impulsada por Cristo, cuyo reto fundamental está entonces en «*mostrar su capacidad para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría el don del encuentro con Jesucristo*»⁸³.

⁷⁹ Cf. *Aparecida*, 131.

⁸⁰ Cf. *Aparecida*, 361.

⁸¹ Cf. *Aparecida*, 28.

⁸² Cf. *Aparecida*, 29.

⁸³ Cf. *Aparecida*, 14.

*María, discípula y misionera
en el camino pastoral de América Latina*

REV. P. STEFANO DE FIORES, SMM

*Profesor emérito de Teología Dogmática
Pontificia Universidad Gregoriana de Roma*

América Latina vuelve a descubrir la figura de María en algunos rasgos poco conocidos, a partir de su situación socio-política, desde la historia de la evangelización y desde la atención a su propia cultura. En distintos períodos de tiempo surge la referencia a la Virgen según una perspectiva no académica o banal sino mas bien según una dimensión de autenticidad vital.

Volveremos a recorrer a vuelo de pájaro las cinco etapas del itinerario de la Conferencia Episcopal de América Latina vislumbrando en ellas la atención mas o menos sentida y lograda a la Virgen María, para detenernos en el tema de la V Conferencia que tuvo lugar en Aparecida (Brasil) en el 2007 en la que se concedió el espacio más adecuado a María, discípula y misionera, formadora de los discípulos y misioneros de Cristo.

1. Maria en el camino de la Iglesia Latinoamericana: de Rio de Janeiro hasta Aparecida (1955-2007)

Después de la primera conferencia de Río, que giraba alrededor de los problemas del continente, la pastoral latinoamericana pasa por una *triple orientación*. En primer lugar procede mediante análisis sociológicos de soporte para darse cuenta de la posibilidad de una maduración cristiana y de una promoción humana impostergable (Medellín). En segundo lugar se comprende que ninguna liberación es posible sin la cohesión nacional y la identidad eclesial, por lo que inaugura una pastoral de integración a la luz de la historia de la evangelización en America Latina (Puebla). Después se pasa a la comparación con el mundo y a la urgencia de una nueva evangelización (Santo Domingo) y luego se propone una mayor profundización de la conciencia del ser cristiano, que implica el seguimiento de Cristo y el compromiso misionero (*Aparecida*).

En este itinerario la referencia a María está siempre presente, pero no en la misma medida e intensidad. Medellín se limita a una alusión al Magnificat en un contexto de liberación, sufriendo el influjo de la secularización purificadora y a la vez iconoclasta, que da origen a una pastoral de carácter tipológico, que carece de vínculo afectivo y semejante a un imperativo cate-

górico¹. Puebla cambia de tono: subraya la obra evangelizadora de María en Guadalupe y refuerza el vínculo entre el pueblo y María inculcando el sentido de su maternidad e intercesión con acentos originales y profundos. Santo Domingo reanuda extrañamente la postura minimista de Medellín y se limita a alusiones marianas. Aparecida, en cambio, vuelve al planteamiento de Puebla y valoriza la presencia de María en los grandes temas del seguimiento de Cristo, del compromiso misionero y de la obra educadora. Pero vayamos a una mayor caracterización de las etapas del itinerario pastoral latinoamericano.

1.1. *Conferencia Episcopal Latinoamericana de Río de Janeiro (1955): Referencia esporádica a María.*

Convocada por Pío XII, la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se celebra en el 1955 en Río de Janeiro, con la finalidad de promover una renovada evangelización y el fortalecimiento de la fe en América Latina. Los principales temas de las reflexiones episcopales fueron la escasez de sacerdotes, el compromiso de los laicos, la instrucción religiosa de los pueblos («bautizado pero no catequizado»), la difícil situación socio-económica del continente, el compromiso de la comunidad eclesial en el ámbito de la educación y, por último, las grandes cuestiones de la situación de las poblaciones indígenas y de los fenómenos migratorios. Además de estos temas principales, los seis cardenales y los 95 obispos presentes, tomaron en consideración otras cuestiones, como los medios de comunicación social (vistos como un importante instrumento de evangelización y catequesis), los flujos migratorios, la penetración protestante y el resurgir de las prácticas espiritistas y similares. Se notó la necesidad de estimular una campaña vocacional y de promover una formación mas profunda e integral.

La presencia de María en el documento es esporádica y sin relevancia teológica. De ella se habla por primera vez en un inciso: «*confiando en el Santísimo Corazón de Jesús y en la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, Reina de América*». La segunda vez la Conferencia «*hace votos para que se establezca en todos los Países del litoral la Obra del Apostolado del Mar, bajo la advocación de la Virgen María, "Stella maris"*».

¹ Es una orientación justamente criticada: «Una piedad mariana puramente tipológica no tiene valor formativo; es una ilusión pastoral. No basta decir: la Virgen es ejemplo de fidelidad a la palabra, de fortaleza en el dolor... por lo tanto debemos imitarla. Si no se cultiva la unión, el amor, el afecto sano hacia la persona de María, la exigencia de imitación de un prototipo se traduce en un mero imperativo categórico. Para hacer fecundo el carisma de María se necesita hacer que la unión con María (que tiene la prioridad pedagógica) conduzca a la actitud mariana (que tiene la prioridad entitativa)» (J. ALLENDE LUCO, «Diez tesis sobre pastoral popular», en EQUIPO SELADOC, *Religiosidad popular*, Salamanca 1976, 122).

Una de las mayores contribuciones que surgieron de esta I Conferencia fue la iniciativa de pedir al Papa la creación del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) que habría asumido un rol importante en la coordinación y en el servicio a la comunión episcopal y eclesial. Después de ni siquiera dos meses Pío XII aprobó la creación del CELAM decidiendo que su sede fuera Bogotá (Colombia).

1.2. Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (1968): Silencio sobre María.

Esta II Conferencia, celebrada en la ciudad de Medellín (Colombia) desde el 26 de agosto hasta el 6 de septiembre de 1968, tiene como objetivo la aplicación de la renovación conciliar en la realidad latinoamericana. Son años muy difíciles, no sólo para América Latina, sino para todo el mundo. En el continente se está extendiendo el fenómeno del militarismo y de la guerrilla, mientras miles de personas viven en condiciones de pobreza extrema y aparentemente sin ninguna esperanza. El tema elegido «*Presencia de la Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio Vaticano II*» se desarrolla entorno a la necesidad del desarrollo integral de la persona. Se ha hablado de un “silencio inexplicable” sobre María en Medellín². En realidad en el documento encontramos solo alusión a la protección de María en la presentación del documento. Falta inclusive una referencia al Magnificat.

Inclusive entrados los años 1960-70 surge y se desarrolla en América Latina la “Teología de la Liberación”, cuyas connotaciones fueron descritas por G. Gutiérrez³. Esta recibe una primera decantación y aprobación en la Conferencia episcopal de Medellín (1968), que cualifica la condición histórica del neo-colonialismo y de aprovechamiento de los países de América Latina como “situación de pecado” y de “violencia institucionalizada”. De hecho, «*allá donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay rechazo del don de la paz del Señor; mejor, un rechazo del mismo Señor*»⁴.

La *Teología de la Liberación*, que surge como verificación del compromiso histórico-político y crítica de la praxis eclesial a la luz de la Palabra de Dios, recupera aspectos del mensaje bíblico eludidos durante largo tiempo. Entre

² R. ORTEGA, «Para una renovación y profundización de la mariología», en *Medellín 2* (1976), 152.

³ G. GUTIERREZ, *Teologia della liberazione. Prospettive*, Brescia 1972 (ed. originale in spagnolo, Lima 1971); ID., *Bere al proprio pozzo. L'itinerario spirituale di un popolo*, Brescia 1984 (ed. originale in spagnolo, Lima 1983).

⁴ «Documento «Paz»», en *Medellín. La Iglesia nueva*, Montevideo 1968, 71.

ellos se encuentra el cántico de la Virgen con toda su carga espiritual y liberadora:

«El Magnificat podría expresar a la perfección esta espiritualidad de la liberación. Texto de acción de gracias por los dones del Señor, expresa humildemente el gozo de saberse amados por él [...]. Pero, al mismo tiempo, es uno de los textos de mayor contenido liberador y político del Nuevo Testamento. Esta acción de gracias y este gozo están estrechamente referidos a la acción de Dios que libera a los oprimidos y humilla a los poderosos [...]. El futuro de la historia está en la línea del pobre y del explotado. La auténtica liberación será obra del mismo oprimido, en él el Señor salva la historia. La espiritualidad de la liberación tendrá como punto de partida la espiritualidad de los *anawim*»⁵.

1.3. Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla (1979): María y la identidad de América Latina

Se llega después a Puebla (1979), que une con fuerza la maternidad y la paradigmaticidad eclesial de María⁶. Bajo la expresión universalmente válida (“María, madre y modelo de la Iglesia”), Puebla escapa a la generalidad ahistórica, contextualizando tales títulos en relación a la realidad sociocultural del continente latinoamericano⁷. Nos urge recabar en el documento de Puebla *tres valores originales*, como ejemplo de mariología en contexto, atenta a la historia y cultura del pueblo.

1.3.1. *María signo materno del Dios cercano*. En el evento guadalupano, Puebla lee un “signo” que Dios ofrece en María al pueblo para hacerle percibir su cercanía y convertirlo en comunidad. Se trata de todas formas de un signo materno, porque una madre es adecuada para mostrar la ternura de Dios y realizar una misión unificadora:

«Desde los orígenes —en su aparición de Guadalupe y bajo esta advocación— María ha constituido el gran signo, con su rostro materno y miseri-

⁵ G. GUTIERREZ, *Teologia della liberazione*, 207. Cf. también A. PAOLI, *La radice dell'uomo. Meditazioni sul vangelo di Luca*, Brescia 1972, 196-209; J. MOLTSMANN, *Il linguaggio della liberazione. Prediche e meditazioni*, Brescia 1973, 122-131. La Congregación para la doctrina de la fe ha llamado la atención a no hacer de la «lectura profética del Magnificat» la dimensión «principal y exclusiva» (*Instrucción sobre la Teología de la Liberación*, 6-8-1984), ni tampoco a ceder «a las ideologías del mundo y a la presunta necesidad de la violencia» en contraposición con «aquel himno al Dios de la misericordia que la Virgen nos enseña» (*Instrucción sobre Libertad cristiana y Liberación*, 22-3-1986, n. 99).

⁶ Sobre las etapas de la mariología de América Latina, Cf. F. SERRANO, «La mariología secondo le istanze socio-culturali e pastorali della Chiesa latino-americana», en D. VALENTINI (ed.), *La teologia. Aspetti innovatori e loro incidenza sulla ecclesiologia e sulla mariologia*, Roma 1989, 299-314.

⁷ Cf. El análisis del documento de Puebla en S. DE FIORES, *María nella teologia contemporanea*, Roma 1991³, 386-391.

cordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo, con los cuales invita a entrar en comunión. María también fue la voz que estimuló la unión entre los hombres y los pueblos entre ellos» (*Puebla*, 282).

Por su vinculación a Cristo, María se convierte históricamente en motivo de fidelidad al Señor⁸ «*pedagoga del Evangelio en América Latina*» (*Puebla*, 290), así que cuando la «*Iglesia latinoamericana quiere dar otro paso adelante en la fidelidad a su Señor*» debe levantar «*la mirada a la figura viviente de María*» (*Puebla*, 294). Todo esto se fundamenta sobre el papel primordial de María, que consiste en relacionar a Dios con el hombre y en encarnar la Palabra en lo concreto de la historia:

«Por medio de María Dios se ha hecho carne, ha entrado a formar parte de un pueblo, se ha hecho centro de la historia. Es ella el punto de unión entre el cielo y la tierra. Sin María el Evangelio llega a desencarnarse, desfigurarse, convirtiéndose en una ideología, en un racionalismo espiritualístico» (*Puebla*, 301).

El pueblo latinoamericano, el cual no consigue aceptar una Iglesia que no sea una familia⁹, «*reconoce la Iglesia una familia que tiene por madre a la Madre de Dios*» (*Puebla*, 285). La presencia de María en la Iglesia no está bajo el signo del anonimato: ella suscita en los fieles una experiencia personal, que se traduce en diálogo y oración a partir de la misma vida:

«Se trata de una presencia femenina que crea el clima de familia, la voluntad de acogida, el amor y el respeto por la vida. Es una presencia y un sacramental de los rasgos maternos de Dios. Es una realidad tan profundamente humana y santa que suscita en los creyentes apasionadas invocaciones de afecto, de dolor y de esperanza» (*Puebla*, 291).

Lejos de detenerse en una relación afectiva, la maternidad de María está comprometida en formar a los hijos de Dios, para que lleven al pleno cumplimiento la gracia bautismal y vivan como verdaderos hermanos:

«María, la Madre, vuelve a despertar el corazón filial que duerme en todo hombre. En tal modo ella nos lleva a desarrollar la vida del bautismo, mediante el cual hemos sido hechos hijos de Dios. Al mismo tiempo, este

⁸ «El pueblo sabe que puede encontrar a María en la Iglesia católica. La piedad mariana a menudo ha constituido el vínculo tenaz que ha conservado fieles a la Iglesia aquellos sectores que carecían de cuidados pastorales» (*Puebla* 284).

⁹ Cf. J. MEJÍA, *Il ruolo materno di Maria nella teologia e nella missione della Chiesa latino-americana*, en AA.VV., *Il ruolo di Maria nell'oggi della Chiesa e del mondo. Simposio mariologico, Roma ottobre 1978*, Roma-Bolonia 1979, 145: aquí el autor remite a su artículo *La familia de Dios*, en *Criterio* 48 (1976), 743-750.

carisma materno hace que crezca en nosotros la maternidad. Así María hace que la Iglesia se sienta una familia» (Puebla, 295).

1.3.2. *María paradigma dinámico de la Iglesia.* La mirada dirigida a la Madre recupera la necesidad de seguir su ejemplo en sus actitudes durante su vida terrena, sobre todo en aspectos esenciales y particularmente urgentes. Ante todo María es *modelo de comunión* con Cristo en un entretejido de amor, que recorre todo el arco de su vivencia histórica:

«Toda su existencia es una comunión plena con su propio Hijo. Ella ha dado su Sí a este designio de amor. Lo ha aceptado libremente en la anunciación y ha permanecido fiel a su propia palabra hasta el martirio del Gólgota. Ha sido la compañera fiel del Señor en todos sus pasos. La maternidad divina la ha llevado a una entrega total. Ha sido un don lúcido y constante. Ha entretejido una historia de amor con Cristo, íntima y santa verdaderamente única, que culmina en la gloria» (Puebla, 292).

María camina en el rumbo de Cristo como «*creyente*» y «*discípula perfecta que se abre a la palabra dejándose penetrar por su dinamismo*» (Puebla, 296). Afronta momentos difíciles, pero supera incompreensión y dolor manteniéndose fiel al Hijo. En ella «*se cumple la bienaventuranza más importante: “Bienaventurada aquella que ha creído” (Lc 1, 45)*» (Puebla, 296). María es ejemplo de *cooperación y creatividad*, hasta el punto de actuar en la historia salvífica en dependencia de Cristo, pero como protagonista:

«Elevada a la más alta participación con Cristo, María es la estrecha colaboradora de su obra. Y ha sido “todo menos que una mujer pasivamente sumisa o de una religiosidad alienante” (MC 37). No es sólo el fruto admirable de la redención, sino también la cooperadora activa. En María se manifiesta de modo sublime que Cristo no anula la creatividad de aquellos que lo siguen. María es la creatura asociada a Cristo, que desarrolla todas sus capacidades y responsabilidades humanas, hasta llegar a ser la nueva Eva junto al nuevo Adán. Con su libre cooperación en la nueva alianza de Cristo, es la gran protagonista de la historia» (Puebla, 293).

Por el ligamen con Cristo, María se convierte históricamente en motivo de fidelidad al Señor, «*pedagoga del Evangelio en América Latina*» (Puebla, 290), así que cuando la «*Iglesia latinoamericana quiere dar otro paso adelante en la fidelidad a su Señor*» debe levantar «*la mirada a la figura viviente de María*» (Puebla, 294). Todo esto se funda sobre la tarea primordial de María, que consiste en unir a Dios con el hombre y en el encarnar la Palabra en lo más concreto de la historia:

«Por medio de María Dios se hizo carne, entró a hacer parte de un pueblo y se hizo centro de la historia. Ella es el punto del unión del cielo con la tierra. Sin María el Evangelio llega a ser desencarnado, desfigurado, transformado en una ideología, en un racionalismo espiritualístico» (*Puebla*, 301).

La ejemplaridad de María además se modela sobre las notas proféticas y liberadoras del Magnificat, que propone una espiritualidad distante de toda pasividad y alienación:

«El Magnificat es el espejo del alma de María. En este poema alcanza su punto culminante la espiritualidad de los pobres de Yahveh y el profetismo de la Antigua Alianza. El cántico que anuncia el nuevo Evangelio de Cristo es el preludio del Discurso de la Montaña. María se nos manifiesta aquí vacía de sí, poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre. En el Magnificat se presenta como modelo “para aquellos que no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la *alienación*, como se dice hoy, sino que proclaman con ella que Dios *es el vengador* de los humildes y, si es del caso, *derriba del trono a los poderosos...*”. (Juan Pablo II, *Homilía en Zapopan*, 4, AAS, LXXI, 230)» (*Puebla*, 297).

1.3.3. *María proyecto del hombre nuevo*. Puebla presta atención al significado antropológico de la figura de la Virgen, dado que la referencia a ella pertenece a la íntima identidad del pueblo latinoamericano. Es una identidad por perfeccionar, ya que se recorta en un contexto en el que se arraiga el «*pecado contra la dignidad humana, pecado próspero en América latina*» (*Puebla*, 330), que provoca un pasivo fatalismo y la marginación de la mujer. María constituye un camino para la reconquista de la dignidad humana, ya que en los dos dogmas de la Inmaculada y de la Asunción se presenta al hombre nuevo según el proyecto divino (Cf. *Puebla* 298).

Todos obtienen de María, además que de Cristo, «*los grandes rasgos de la verdadera imagen del hombre y la mujer*» (*Puebla*, 334); y avanzan así hacia una sociedad humana sin predominios. Los obispos latinoamericanos no olvidan un hecho de gran alcance antropológico, aunque a la vez muy sencillo y conocido: “María es mujer”. Desde esta afirmación, que se ilumina y enriquece a la luz del evangelio, surge la dignidad y grandeza de toda mujer, cuya vocación es vista desde el unir cuerpo y espíritu, elevando ambos, contra toda disociación en materialismo o angelismo:

«María es mujer. Es “la bendita entre todas las mujeres”. En ella Dios ha asignado una dignidad de dimensiones insospechadas. En María el Evangelio ha penetrado la feminidad, la ha redimido y exaltado. Todo ésto es de capital importancia para nuestro horizonte cultural, en el que la mujer tiene que ser mucho más valorada, mientras se va definiendo más claramente y amplia-

mente la parte que le compete en la sociedad. María es la garantía de la grandeza femenina, a la vez que indica el modo específico de ser mujer, donación capaz de espiritualizar la carne y de encarnar el espíritu» (*Puebla*, 299).

En conclusión, debemos concordar en el hecho que «*en Puebla la mariología ofrece un logrado ejemplo de nueva expresión decididamente asequible al específico auditorio latinoamericano, alcanzando una elevadísima concreción de aculturación zonal*»¹⁰. La Conferencia episcopal de América latina, sin ceder al populismo, supera el gran error de una pastoral iluminística, que separa «*las aspiraciones del pueblo del rol eclesial de María*» (*Puebla*, 43). La atención a María deriva ya sea de la tradición bíblico-eclesial, ya sea de haber asumido al pueblo como lugar teológico. Ahora se trata de asimilar las orientaciones de Puebla, que miran a unir los pueblos en el signo de María, en vistas de una liberación cristiana integral y de una civilización del amor.

1.4. Conferencia Episcopal Latinoamericana de Santo Domingo (1992): Alusiones a María modelo de la Evangelización de la Cultura.

La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano inaugurada por el Papa Juan Pablo II el 12 de octubre de 1992 en la ciudad de Santo Domingo, se desarrolla en el ámbito del V Centenario de la Evangelización de América, es decir, en el contexto de los 500 años del descubrimiento de América (12 de octubre de 1492) y del inicio de la Evangelización. El tema elegido «*Nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana, Jesucristo ayer, hoy y siempre (Hb 13, 8)*» pone el acento sobre la persona y sobre el mensaje del Señor, “Evangelio del Padre” y “evangelizador viviente en su Iglesia”. Aún proyectado hacia la nueva evangelización inculturada, el documento de Santo Domingo no descuida el dedicarse a la “promoción humana”, discerniendo los nuevos signos: derechos humanos, ecología, trabajo, integración, familia... Al acento cristocéntrico se añade la presencia mariana, vista más bien según una perspectiva trasversal. En realidad, Santo Domingo no dedica a María ningún número especial, sino que incluye la referencia a ella en el contexto de la vida consagrada:

«La Virgen María, que tan profundamente pertenece a la identidad cristiana de nuestros pueblos latinoamericanos (Cf. *Puebla 283*), es modelo de vida para los consagrados y apoyo seguro de su fidelidad» (*Santo Domingo*, 85).

¹⁰ A. AMATO, «Mariología in contesto. Un esempio di teologia inculturata: Il volto meticcio di Maria di Guadalupe», en *Marianum* 42 (1980), 469.

No obstante, en el horizonte de la promoción de las mujeres, se presenta a María como «protagonista de la historia por su libre cooperación, elevada a la máxima participación con Cristo» y, a la vez, como la mujer que inspira la virtuosa actitud de las mujeres latinoamericanas (*Santo Domingo*, 104). Igualmente, María reaparece en el capítulo de la cultura cristiana como aquella que, recibiendo el Espíritu de Pentecostés, se convierte en «modelo de la evangelización de la cultura»:

Es la mujer hebrea que representa al pueblo del Antiguo Testamento en toda su realidad cultural. Sin embargo, se abre a la novedad del evangelio y está presente en nuestra tierra, como Madre común, ya sea de los aborígenes, ya sea de aquellos que llegaron después, propiciando desde el principio la nueva síntesis cultural representada por América Latina (*Santo Domingo*, 229).

Al final el documento dominicano hace una profesión de fe «bajo la protección de Nuestra Señora de Guadalupe» siempre presente en los trabajos y en la misión (*Santo Domingo*, 289).

1.5. Conferencia Episcopal Latinoamericana de Aparecida (2007): María Discípula y Misionera, Formadora de los Discípulos y Misioneros.

Mucho más consistente es, en cambio, la presencia de María en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, que tuvo lugar en Aparecida en Brasil del 13 al 31 de mayo de 2007, y que produjo un amplio documento de 554 números, que representa un ulterior logro de orden teológico y pastoral, en el que María ocupa un lugar verdaderamente significativo¹¹.

Desde la introducción ya se reconoce la presencia de María en los trabajos de la Conferencia:

«María, Madre de Jesucristo y de sus discípulos, *ha estado muy cerca de nosotros*, nos ha acogido, ha cuidado nuestras personas y nuestro trabajo, acogiéndonos así como acogió a Juan Diego y a nuestros pueblos, *entre los pliegues de su manto*, bajo su materna protección» (*Aparecida*, 1).

Ante los problemas de América Latina y del Caribe, la Conferencia invita a «partir desde Cristo» (*Aparecida*, 41), quien ofrece una solución a problemas actuales improrrogables: «a una vida sin sentido», «al subjetivismo hedonístico», «a la exclusión de los débiles» y «a la naturaleza amenazada» (*Aparecida*, 109-113). Para identificarse con Cristo según el plan salvífico, emerge la figura ejemplar de María:

«Espléndida imagen de configuración según el proyecto trinitario que se realiza en Cristo, es la Virgen María. Desde su inmaculada concepción y

¹¹ Publicado en *Il Regno/Documenti* (2007) 505-520; 540-572; 623-648.

hasta su ascensión al cielo, nos recuerda que la belleza del ser humano reside totalmente en el vínculo de amor con la Trinidad, y que la plenitud de nuestra libertad está en la respuesta positiva que le damos» (*Aparecida*, 141).

Cuando trata del anuncio misionero, especialmente urgente en América Latina, el documento abre un espacio adecuado a María, considerada «*la más perfecta discípula del Señor*» y «*el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo*», «*mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo*» (*Aparecida*, 266). Además «*María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dió a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América*» (*Aparecida*, 269). No es sólo una madre para acoger como hace Juan a los pies de la cruz, sino la «*madre y hermana*» (*Aparecida*, 269) que el pueblo siente muy cercana.

La Conferencia de Aparecida no teme indicarla, en el contexto del discipulado y de la misión, como «*la seguidora más radical de Cristo y de su magisterio*» (*Aparecida*, 270), y repite con Benedicto XVI: «*Permaneced en la escuela de María. Inspiraos en sus enseñanzas, tratad de acoger y de conservar en el corazón las luces que ella, por mandato divino, os envía desde lo alto*»¹².

La referencia a María vuelve cuando se afronta el problema de la dignidad y participación de las mujeres en la vida de la comunidad, en un tiempo en el que «*urge escuchar el clamor, tantas veces silenciado, de mujeres que son sometidas a muchas formas de exclusión y de violencia*» (*Aparecida*, 454):

«La figura de María, discípula por excelencia entre discípulos, es fundamental en la recuperación de la identidad de la mujer y de su valor en la Iglesia. El canto del *Magnificat* muestra a María como mujer capaz de comprometerse con su realidad y detener una voz profética ante ella» (*Aparecida*, 451).

De forma similar se reconoce el rol de María en el unificar y reconciliar a los pueblos: «*María Santísima es la presencia materna indispensable y decisiva en la gestación de un pueblo de hijos y hermanos, de discípulos y misioneros de su Hijo*» (*Aparecida*, 524).

El documento termina con un llamamiento al magisterio o enseñanza de la Virgen y con ella fija los ojos en Jesús:

«Nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y ternura, de María Santísima. Que nos muestre el fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como ella lo hizo en el misterio de la anunciación y de la encarnación. Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en camino de

¹² BENEDICTO XVI, *Discurso al final del rezo del santo rosario en el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida*, 12.5.2007.

sacrificio, amor y servicio, como lo hizo en la visitación a su prima Isabel, para que, peregrinos en el camino, cantemos las maravillas que Dios ha hecho en nosotros conforme a su promesa» (*Aparecida*, 453).

2. María, «la mas perfecta discípula del Señor» (*Aparecida*, 266): Un itinerario bíblico

El valioso documento final de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano nos ofrece un denso texto en el que se presenta a María como «*la más perfecta discípula del Señor [...] primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo... mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo*». Después de haberlo citado integralmente, trataremos de fundamentarlo bíblicamente en una lectura diacrónica de los evangelios y de otros textos del Nuevo Testamento:

«La máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de “hijos en el Hijo”, nos es dada en la Virgen María, quien por su fe (Cf. *Lc* 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (Cf. *Lc* 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (Cf. *Lc* 2, 19.51), es la discípula más perfecta del Señor. Interlocutora del Padre en su proyecto de enviar su Verbo al mundo para la salvación humana, María con su fe llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos. Del Evangelio emerge su figura de mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo. Ella ha vivido por entero toda la peregrinación de la fe como madre de Cristo y luego de los discípulos, sin que le fuera ahorrada la incomprensión y la búsqueda constante del proyecto del Padre. Alcanzó así a estar al pie de la cruz en una comunión profunda, para entrar plenamente en el misterio de la Alianza» (*Aparecida*, 266).

La primera constatación ante el discipulado en el Nuevo Testamento es que María no entra plenamente en ninguna de las categorías en las que éste se subdivide. La Madre de Jesús no pertenece al grupo de los *doce apóstoles*, en cuanto que su nombre no figura en su lista, y ni siquiera forma parte de los *discípulos itinerantes* que siguen a Jesús por doquier, dado que es innegable «*el hecho de que ella no seguía a Jesús como una discípula durante el ministerio*»¹³. María no se confunde ni siquiera entre la multitud, sino que emerge de ésta como

¹³ R.E. BROWN ET ALII (ed.), *Maria nel NT*, Asis 1985, 307.

perteneciente al *grupo de parientes* de Jesús que no lo siguen pero se interesan por él según actitudes que hará falta especificar.

María es un discípulo *atípico* y a la vez *arquetipo* que, aún compartiendo muchas actitudes de los discípulos de Jesús, no es reducible a su medida: indudablemente los supera. No puede ser reducida ni al discipulado *residencial o doméstico* ni a aquel *itinerante*¹⁴, puesto que participa en el uno y en el otro. Aún no viviendo en el séquito de Jesús, no habiendo sido llamada por Él a la itinerancia, está presente por lo menos al comienzo del ministerio del Hijo en las bodas de Caná, luego durante su predicación y finalmente a los pies de la cruz¹⁵.

Desde los evangelios se percibe sin dificultad que la fe de María está sujeta al tiempo, por lo que Concilio Vaticano II interpreta bien la Escritura cuando afirma que « *también la bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe* » (LG 58). Aún manteniendo el contenido esencial de la fe como abandono consciente y responsable a Dios que se revela, María pasa desde el Antiguo al Nuevo Testamento transformándose en verdadera discípula de Jesús. Y precisamente como tal recorre un camino desde la anunciación a Pentecostés.

2.1. *María cree en Cristo anunciado*

Así como Juan Bautista supera a todos los profetas nacidos de mujer (Mt 11, 11) porque anuncia al Cristo presente, del mismo modo María supera a los creyentes del primer pacto ya que su fe evoluciona en sentido cristiano. Es lo que aparece en la famosa página de la anunciación (Lc 1, 26-38). Más allá de las analogías con los esquemas veterotestamentarios de anuncio de nacimiento prodigioso o de vocación, el relato lucano se distingue por dos elementos de gran relevancia.

Ante todo, el contenido del anuncio no se refiere a un acontecimiento en particular de la historia de la salvación, sino al centro de dicha historia, es decir, la llegada del mesías davídico con función de rey escatológico (Lc 1, 30-33),

¹⁴ Es la distinción que hace G. LEONARDI, « Cuatro componentes principales en la urdimbre literaria y narrativa de Lucas », en *Credere oggi* 20 (2000) n. 119-120, 52-55. García Paredes precisa la posición de María: « María puede llamarse « *discípula* » de Jesús según el primer significado que hemos indicado. No ha seguido literalmente a Jesús como discípula y tampoco nos resulta que Jesús se lo hubiera pedido. Más bien, formaba parte del grupo de los discípulos « domésticos », es decir, de aquellos que permanecían en su casa y allí esperaban y proclamaban el Reino de Dios entre sus propios vecinos » (J.C.R. GARCÍA PAREDES, *Maria nella comunità del regno, Sintesi di mariologia*, Ciudad del Vaticano 1997, 184).

¹⁵ Obviamente María sigue yendo a Jerusalén para la pascua, como era su costumbre (Lc 2, 41), y participa con las demás mujeres que seguían a Jesús en la celebración de la cena del Señor.

mejor dicho, la concepción virginal del Hijo de Dios en sentido verdadero (Lc 1, 31-32.35)¹⁶.

Si el ángel se hubiera limitado a anunciar a María que sería Madre del Hijo de David sin ninguna alusión a su condición divina, el anuncio habría ocultado un dato esencial de la identidad del niño por nacer y María se habría descubierto Madre del Hijo del Altísimo sin saberlo. Lo cual no conviene ni a la veracidad de Dios, ni a la maternidad responsable de María.

En segundo lugar, el anuncio a María se diferencia de los precedentes por el énfasis dado a la respuesta de la Virgen, que reacciona a la propuesta divina pronunciando un consentimiento pleno y definitivo: «*He aquí la sierva del Señor, hágase de mi según tu palabra*» (Lc 1, 38). Después de los estudios de A. Serra¹⁷, es fácil divisar en este versículo la repetición de la fórmula de la alianza con la cual el pueblo daba su consentimiento a la propuesta divina de comunión. Así como el pueblo en la estipulación y en la renovación de la alianza responde diciendo: «*serviremos al Señor*» (Jos 24, 24) o «*haremos cuanto JHWH ha dicho*» (Ex 19, 8; Esd 10, 12; Ne 5, 12), también María asume las fórmulas de la alianza declarando: «*soy la sierva... Se haga de mi según tu palabra*» (Lc 1, 38). Lo que el texto trasparenta a través de la incredulidad de Zacarías (Lc 1, 18), lo evidencia Isabel bajo el influjo del Espíritu «*en la bienaventuranza conclusiva*» que «*subraya de forma exclusiva la fe de María*»¹⁸, interpretando su consentimiento al ángel como acto ejemplar de fe: «*bienaventurada la que ha creído en el cumplimiento de las palabras del Señor*» (Lc 1, 45).

Podemos concluir junto con J. Galot que la «*maternidad virginal, que justifica un nuevo título de “Hijo de Dios”, coloca este Mesías, concebido mediante el Espíritu Santo, por encima de todo lo que se aguardaba en la esperanza judaica. Precisamente en tal Mesías superior cree María sin alguna duda ni titubeo [...]. Su fe es al mismo tiempo una acogida de*

¹⁶ «En el versículo 32 la condición de hijo del Altísimo está en relación con la entronización mesiánica de Jesús; en el v. 35 la filiación divina está ligada a su nacimiento, por obra del Espíritu, de la Virgen» (A. VALENTINI, «Editoriale», en *Theotokos* 4 [1996] 288). El paralelo de este doble nivel se encuentra en Rm 1, 3-4: «Nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios, con potencia, según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos». También el análisis retórico alcanza este mismo resultado: «Encuentra así una expresión narrativa muy suya la afirmación de la filiación divina de Jesús, de su divinidad, remarcada en diversos modos en tantos otros pasajes del Nuevo Testamento» (R. MEYNET, *Il vangelo secondo Luca. Analisi retorica*, Bologna ²2003, 53). En el mismo sentido R.E. BROWN, *La nascita del Messia secondo Matteo e Luca*, Assisi 1981, 418; G. ROSSÉ, *Il vangelo di Luca. Commento esegetico e teologico*, Roma ³1992, 57.

¹⁷ Entre tantos estudios del autor, Cf. al menos A. SERRA, «L'annunciazione a Maria (Lc 1,26-38). Un formulario di alleanza?», in *Parole di vita* 25 (1980) 3, 6-10.

¹⁸ R. SCHÜRMAN, *Il vangelo di Luca*. Primera parte, Brescia 1983, 170.

la palabra y un apego a la persona de Cristo [...]. María comienza a abandonarse totalmente a su Hijo. Antes de ver a Jesús, María ha creído en él»¹⁹.

La analogía entre la creyente y la discípula no deja de ser subrayada por la exégesis: «lo que el evangelista describe en Lc 1, 38 corresponde a la definición de discípulo ideal que él ve realizado en la madre de Jesús. Lucas permanece fiel a esta imagen de María en el resto de su evangelio (Lc 8, 19-21; 11, 27-28), insertándola siempre entre “aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc 8, 21; cf Dt 30, 14)»²⁰.

2.2. María penetra progresivamente en el Misterio de Cristo

A partir de la respuesta de María al anuncio del ángel comienza para ella un camino hacia Cristo marcado por continuos contragolpes seguidos por una labor de asimilación. No se trata de un itinerario pacífico y descontado, ya que las convicciones que María adquiere sufren un vuelco por sucesivos mensajes que la obligan a elevarse hacia nuevos ámbitos y metas nunca imaginadas.

María procede *por crisis*, realizando saltos y pasos dolorosos y traumáticos, que se expresan en los llamados episodios de incomprensión o «escenas de rechazo»²¹ en los cuales Jesús toma las distancias en relación a la familia y a su misma madre. También podemos afirmar que María avanza *por lisis*, es decir, mediante una asimilación gradual del misterio de Jesús y de sus palabras, hasta llegar gradualmente a la confianza total en el Hijo manifestada en las bodas de Caná.

En el período de la infancia de Cristo, crece el conocimiento de él en el corazón de María. La evidencia terrena de la Madre de Jesús trascurre a la sombra de él, cuya figura se dibuja continuamente con nuevos rasgos.

Seguramente con maravilla aprende que Isabel conoce en el Espíritu el misterio realizado en Nazareth, ya que la proclama en alta voz «Madre de mi Señor» (Lc 1, 43). Es una confirmación de su fe en el Mesías anunciado. Así también el cántico de Zacarías coincide con la presentación del Mesías obrada por Gabriel: descendiente de David y a la vez redentor y liberador de su pueblo, él será «un sol que surge de lo alto para iluminar a los que están entre las

¹⁹ J. GALOT, «Marie, première dans la foi», en *Esprit et vie* 97 (1987) 386.

²⁰ ROSSÉ, *Il vangelo di Luca*, 59.

²¹ En 1986 los Siervos de María proponen, junto con la enunciación tradicional de los siete dolores, un nuevo formulario estructurado en base a la «categoría bíblica del «rechazo», de profundo valor teológico y muy presente en la vida de Jesús: nace en un pesebre (Lc 2, 1-7), signo de contradicción (Lc 2, 22-35), perseguido por Herodes (Mt 2, 13-18), rechazado por los nazarenos (Lc 4, 28-29), arrestado por los sumos sacerdotes y abandonado por los discípulos (Mt 26, 47-56), muere en Cruz (Jn 19, 25-27), perseguido en la persona de sus discípulos (Hch 12, 1-5). Cf. *Corona de la Dolorosa. Celebración de la «Compassio Virginis»*, Roma 1986, n. 65.

tinieblas y en la sombra de la muerte y para dirigir nuestros pasos en el camino de la paz» (Lc 1, 79). El tema de la paz, unido a la venida del Mesías, vuelve en el mensaje a los pastores que fue transmitido después a María: el primer título atribuido al niño es “Salvador” (Lc 2, 11), que es la traducción del nombre mismo de Jesús; es por tanto reafirmado el origen davídico de Jesús: «*Os ha sido dado a luz hoy un Salvador que es el Cristo Señor, en la ciudad de David*» (Lc 2, 11); finalmente es anunciado el pastor de la humanidad a la cual dará el don de la paz, síntesis de los bienes mesiánicos: «*Paz en la tierra a los hombres que Dios ama*» (Lc 2, 14). Observa un comentarista: «*María se había confiado en la palabra del ángel Gabriel en la Anunciación. En esta escena del nacimiento, no se siente ni el anuncio del ángel ni el coro del ejército celeste. Podría parecer extraño, es más chocante, que los ángeles no se hubieran dirigido a ella y a José. Era tal vez necesario que, como el lector, se confiara también de la palabra de los hombres, que fuera inducida a creer que estos contarán la verdad, que eran mensajeros divinos*»²².

Llega el momento del “segundo anuncio” después de aquel del ángel Gabriel. El tono es totalmente distinto. Es verdad que Jesús sigue siendo el «*consuelo de Israel... Mesías del Señor*» (Lc 2, 25-26) y viene para la «*redención de Jerusalén*» (Lc 2, 38), pero el radio de acción de su influjo salvífico se amplía notablemente según una perspectiva universal: será «*luz para iluminar a las gentes y gloria de su pueblo Israel*» (Lc 2, 32)²³. Se comprende que María y José queden «*asombrados*» (Lc 2, 33). Pero aún más desconcertante es el oráculo que Simeón dirige solo a María: Jesús será «*signo contradicho*» (*seméion antilegómemon*: Lc 2,34) y la oposición (*antiloghía*) de parte de muchos del pueblo se coalicionará contra Jesús hasta hacerlo morir²⁴. El oráculo de Simeón ilumina con luz nueva y siniestra el futuro de Jesús, que no será un rey glorioso, sino un profeta incomprendido y contestado por los corazones malvados. El destino del Hijo repercutirá sobre la madre, sobre cuya alma se abatirá el dolor mortal como

²² R. MEYNET, «*»Pace in terra agli uomini che egli ama*». Una lettura di Lc 2,1-20», en W. DALL’AGLIO - E. VIDAU (ed.), *La Madre di Dio per una cultura di pace, Atti del 10° colloquio internazionale di mariologia, Parma 19-21 aprile 2001*, Roma 2001, 46-47.

²³ No sólo respecto del Benedictus, sino «también en relación al Magnificat, el universalismo del *Nunc dimittis* aparece notable: en este breve cántico está presente una teología más desarrollada y una perspectiva universal –en armonía con la concepción lucana de la salvación– que no se observa en el cántico de la Virgen» (trad. del autor). (A. VALENTINI, «*I cantici di Lc 1-2 nel contesto dell’opera lucana*», en G. LEONARDI-F.G.B. TROLESE [ed.], *San Luca evangelista testimone della fede che unisce. Atti del congresso internazionale, Padova, 16-21 ottobre 2000*, I, Padova 2002, 388)

²⁴ En relación a la espada profetizada para María la exégesis ofrece varias interpretaciones: duda de fe (Orígenes), palabra de Dios (S. Ambrosio), pasión (S. Agustín), los sufrimientos causados por la oposición a Jesús (Schürmann, Valentini...). Cf. el análisis de las diversas posiciones en A. VALENTINI, «*Editoriale*», in *Theotokos* 6 (1698) 3-16. El número entero de la revista está dedicado a «una espada te traspasará el alma», en perspectiva interdisciplinar.

una espada de grandes dimensiones (*rompháia*: Lc 2,35)²⁵. Es como una nube rojiza y amenazadora que aparece en el cielo azul anunciando un huracán que terminará con devastar todo el horizonte. Aquí podemos solo imaginar el estado de ánimo de la Virgen según el realismo humano, faltando en los evangelios ulteriores informaciones de naturaleza psicológica. Algún autor —pensamos en R. Guardini— no ha dejado de interpretar la vivencia interior de María según términos existencialísticos de *tragedia, drama, salto en lo impenetrable...*²⁶.

El episodio del hallazgo de Jesús (Lc 2, 41-50) constituye la cumbre de la cristología del evangelio lucano de la infancia, ya que revela la identidad de Jesús como Hijo del Padre. El primer *loghion* de Jesús en respuesta a la congoja expresada por María, remite a su origen desde Dios y reivindica la exigencia de hacer lo que quiere el Padre: «¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?»²⁷ Jesús permanece en el templo entre los doctores: *no discípulo* sino *maestro de sabiduría*, no se sienta a sus pies sino en medio de ellos suscitando la admiración de todos (Lc 2, 47) y luego el asombro de los padres (Lc 2, 48). Jesús responde a la interrogación de la madre tomando el pretexto de «*tu padre y yo*» para precisar la propia identidad de hijo no de José, sino de otro Padre cuya casa es el templo. Y hasta aquí María y José debían entenderlo. Lo que no podían comprender es el anuncio velado de misterio pascual²⁸ que se encuentra en el vocabulario del relato. En esta perspectiva el extravío/hallazgo de Jesús en el templo no aparece como un simple episodio, aún menos un

²⁵ El texto griego da a entender que María está del lado de Jesús e involucrada en su muerte: «Él es [...] signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma— para que queden al descubierto los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,34-35). Cf. A. VALENTINI, «Il secondo annuncio a Maria (RM 16)», en *Mar* 50 (1988) 205-307.

²⁶ Cf. la imagen existencial de María en R. GUARDINI, en: S. DE FIORES, *María nella teologia ontoterapeuta*, 69-73.

²⁷ Este sentido locativo corresponde a la expresión griega *einai en tois*, que no tiene jamás un sentido activo (como «ocuparme de los asuntos de mi padre»). Así R. LAURENTIN, *Jésus au temple. Mystère de Pâques et foi de Marie en Luc 1-2*, Paris 1966, 47-72. Otros autores, entre los cuales J. DUPONT, aún considerando fundamental el sentido locativo, consideran la fórmula intencionalmente ambigua y abierta a un sentido más amplio, es decir la adhesión de Jesús a los designios del Padre. Cf. A. VALENTINI, «La rivelazione di Gesù dodicenne al tempio (Lc 2,41-52)», en *Estudios bíblicos* 50 (1992) 288-290. 261-304; L. MAZZINGHI, «Perché mi cercavate? Non sapevate che io devo occuparmi delle cose del Padre mio?», en E.M. TONIOLO (ed.), *María e il Dio dei nostri padri, Padre del Signore nostro Gesù Cristo. Atti del XII Simposio internazionale mariologico (Roma, 5-8 ottobre 1999)*, Roma 2001, 187-219.

²⁸ «Y no sin motivo es encontrado después de tres días en el templo [...] ésto debía demostrar que, tres días después de su pasión de triunfador, Él, resucitado, se habría presentado a nuestra fe en su trono celeste...» (AMBROSIO, *Exposición del Evangelio según san Lucas* 2,63, TMPM 3, 190).

capricho, sino « *un acto cargado de significado tipológico* »²⁹. Las acciones y palabras de Jesús son una profecía de su futuro de pasión y de resurrección.

Lucas anota un detalle que se refiere a la actitud sapiencial de María después del hallazgo del Hijo en el templo: « *su madre guardaba todas estas cosas en su corazón* » (Lc 2, 51)³⁰. María custodia (*dieterai=reflexiona activamente*), con el ejercicio de la memoria en el corazón, es decir, en el núcleo interior y central de su persona, las palabras y los acontecimientos (*remata*) referentes a Cristo. El mismo estribillo se encuentra después de la visita de los pastores a Belén, con la añadidura del modo con el que María guardaba lo que se decía acerca del niño « *meditando* » (*sybállousa=poniendo junto, confrontando*), poniendo en confrontación los distintos elementos de una situación para interpretarla. Es la actitud del sabio, que medita sobre las enseñanzas de las leyes para entrar en la lógica de Dios y para poner en práctica su palabra. (Cf. Sir 50, 27-29).

2.3. *María llamada a llegar a ser discípula de Cristo según el Evangelio de Marcos*

Un innegable cambio de situación se realiza con el paso de Jesús desde la vida escondida, caracterizada por la obediencia a los padres (Lc 2, 51), a la vida pública en la que él reivindica su propia independencia preanunciada en el hallazgo en el templo (Lc 2, 49). Cristo « *se libera de la presión materna para dedicarse a su vocación mesiánica* » e imparte la lección sobre la « *superioridad de los vínculos espirituales que derivan de la fe obediente a la Palabra de Dios* »³¹. María, como madre que ejerce los derechos maternos, es llamada a llegar a ser *discípula* del Hijo, adhiriéndose con fe a él y a su proyecto de instauración del Reino de Dios en el mundo.

La reivindicación de la trascendencia mesiánica de Jesús, el cual ya no recibe órdenes sino de su Padre, y la instauración de una nueva familia, a la que se pertenece no por descendencia de estirpe sino mediante la fe y el discipulado, aparece del episodio de la madre y de los hermanos de Jesús relatado por Marcos y los otros dos sinópticos (Mc 3, 20-21.31-35; Mt 12, 46-50; Lc 8, 19-21).

Bien entendido, el pasaje de Marcos pone de relieve no tanto « *la incredulidad de los parientes de Jesús cuanto más bien su preocupación, suscitada por un afecto por él, que los llevaba a acercarse a él, quizás para exhortarlo a una mayor cautela. Y Jesús no los reprocha por esto, sino tan solo aprovecha la ocasión de su comportamiento no sugerido por*

²⁹ Cf. R. LAURENTIN, « ¿Que enseña sobre María el hallazgo de Jesús en el templo? (Lc 2,41-52) », en A. APARICIO RODRIGUEZ (ed.), *María del evangelio. Las primeras generaciones cristianas hablan de María*, Madrid 1994, 220.

³⁰ En relación a este versículo Cf. el conocido estudio de A. SERRA, *Sapienza e contemplazione di Maria secondo Luca 2,19.51B*, Roma 1982.

³¹ F.M. BRAUN, *La Mère des fidèles. Essai de théologie johannique*, Tournai-Paris ²1954, 57-62.

una posición de fe, para indicar cual tendría que ser la verdadera actitud hacia él, representada por aquellos que le estaban escuchando»³². A esta conclusión llega el descubrimiento en Mc. 3, 31-35 del esquema literario del *pronouncement story* (Taylor, Wilson, Lane, Harrington), que es «un relato dirigido a evidenciar un dicho de Jesús»³³. Lo cual significa que la perícopa en examen «está compuesta por una parte principalmente narrativa y por una sobre todo discursiva»: la primera es funcional en relación a la segunda, que «tiene su eje y núcleo central en las palabras de Jesús, en su pronouncement»³⁴. En práctica la llegada de la familia de origen tan sólo es una ocasión para proclamar la identidad de la nueva familia: «los familiares recién llegados y su petición son tan meramente funcionales que, una vez que han proporcionado la ocasión a la pregunta de Jesús, no habiendo más razón de ser mencionados, no serán tenidos en cuenta. Hago notar que, si la interpretación de funcionalidad de la primera parte es correcta, no se puede insistir o acentuar demasiado el discurso, que se oye a menudo, sobre la dureza de Jesús hacia sus familiares»³⁵. En otras palabras, «de acuerdo con el pronouncement story, la presentación de los nuevos hermanos, entonces, no se refiere tanto a la neta distinción entre éstos y los familiares, sino que tiene la finalidad de introducir las características de la verdadera fraternidad: la sintonía esencial con la voluntad de Dios y su apertura universal, hasta integrar a todos, inclusive los miembros de la familia de origen de Jesús»³⁶.

2.4. María proto-discípula de Cristo según el Evangelio de Juan: parentela y discipulado

Mientras el mundo exegético admitía con una cierta convergencia la teoría de la separación de Jesús de María al comienzo de la vida pública, lo cual conllevaba un eclipse del rol de María y de los familiares, Adriana Destro y Mauro Pesce en un estudio para el III simposio de Éfeso (1993) se preguntan si era posible hipotetizar «alguna forma de compenetración del discipulado con la parentela»³⁷. Su investigación llegó a la conclusión de que, por lo menos en el evangelio de Juan, la contraposición «no emerge en términos de exclusión entre parentela y discipulado»³⁸.

Lo cierto es que «la identidad y la misión salvífica de Jesús es medida, ni mucho menos definida, por criterios de pertenencia parental (hijo de José) ni de pertenencia geográfica (proveniencia de Nazareth). Tampoco la participación de los discípulos al movimiento

³² M. BORDONI, «Maria madre e sorella in cammino di fede», en *Theotokos* 2(1994), 378-379.

³³ O. TINI, *La fraternità e la famiglia di Gesù in Mc 3,31-35*, Roma 2003, 45.

³⁴ TINI, *La fraternità e la famiglia di Gesù*, 46-47.

³⁵ TINI, *La fraternità e la famiglia di Gesù*, 47-48.

³⁶ TINI, *La fraternità e la famiglia di Gesù*, 48.

³⁷ DESTRO-PESCE, «Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni», en L. PADOVESE (ed.), *Atti del III simposio di Efeso su s. Giovanni apostolo*, Roma 1993, 51.

³⁸ DESTRO-PESCE, «Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni», 50 nota 3.

depende de la parentela o de otros criterios de pertenencia social, sino más bien, de una elección de Dios que pasa a través de Jesús»³⁹. Sin embargo, aún sin ocupar el primer plano, la relación parental no desaparece ni se contrapone a la identidad religiosa.

Típico ejemplo es el relato de las bodas de Caná. María «es introducida en la escena según las acostumbradas categorías socio-parentales», es decir, según una relación de consanguinidad, como «Madre de Jesús» (Jn 2, 1). Al mismo tiempo «la madre de Jesús aparece como aquella que conoce los poderes hasta ahora desconocidos del hijo y está segura de ellos. Más bien aparece como la única que los conoce [...]. Iniciativa, expectación y autoridad parecen caracterizar la fisionomía de la madre»⁴⁰. Mientras los discípulos son presentados como simples destinatarios de la manifestación de la gloria de Cristo, María es percibida como «una presencia dramática y necesaria»⁴¹, tanto que la potencia del Hijo es mediada a los discípulos por la Madre. Es de notar que aparece también un encuentro o cruce entre *discipulado* y *parentela*, en cuanto el grupo de discípulos no tiene dificultad para insertarse en el contexto parental de una fiesta de bodas, y María se mueve sin problemas entre entre los discípulos, tanto que en el v. 12 (normalmente descuidado) se habla de una nueva comunidad unida en el discipulado: «después de esto, bajó a Cafarnaún él y la madre de él, los hermanos y sus discípulos y se quedaron allí solo pocos días» (Jn 2, 12). Los dos grupos iniciales, María y los parientes por un lado y Jesús y los discípulos por el otro, ahora convergen en la única comunidad de Cafarnaún. Es una situación que desmiente la teoría de la separación entre la Madre y el Hijo: «La presunta disociación de Jesús con la madre y con su ámbito familiar se consume, pero de un modo particular, porque inmediatamente después, la madre aparece agregada a Jesús y a los discípulos en el viaje a Cafarnaún, es decir, en el marco de la actividad religiosa de Jesús y hacia un centro que, en la tradición evangélica, juega un papel crucial de cara a la actividad pública de Jesús. El evangelio subraya que la madre también se queda en Cafarnaún. Por lo tanto, del evangelio no se sigue que el distanciamiento tomado por Jesús de la madre en el diálogo se consuma en una separación física. Es más, el fundido de la escena deja unidos a Jesús y a la madre en Cafarnaún»⁴².

Si Juan conoce una comunión entre María y Jesús, ¿se puede decir lo mismo de sus hermanos? Tenemos ciertamente un texto joánico que los pone en el círculo de la incredulidad: «Ni siquiera sus hermanos, de hecho, creían en él» (Jn 7, 5). Pero, ante todo, hay que recordar que después del signo de Caná los hermanos bajan con Jesús a Carfanaun, presumiblemente como creyentes al

³⁹ DESTRO-PESCE, «Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni», 55.

⁴⁰ DESTRO-PESCE, «Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni», 57-58.

⁴¹ DESTRO-PESCE, «Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni», 58.

⁴² DESTRO-PESCE, «Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni», 66.

igual que los discípulos (Jn 2, 12), y es necesario luego situar este pasaje en su contexto, donde aparece que los hermanos no se desinteresan de ninguna manera de la suerte de Jesús, ya que su advertencia: «*Parte de aquí y vete a Judea para que también tus discípulos vean las obras que tu haces*» (Jn 7,3), presupone que ellos conocen directamente, o por oídas, la actividad taumatúrgica de Jesús y creen en ella. Después, el hecho de que tengan el proyecto de hacer con él la peregrinación a Jerusalén en ocasión de la fiesta de las Tiendas, «*implica que los hermanos forman parte del movimiento [...], están ya en su compañía o tienen la costumbre de verle y de hablarle en medio de todos*»⁴³. Sin llegar a considerar a los hermanos como miembros del grupo itinerante de Jesús, su postura no es aquella de la *incredulidad* sino más bien de una *fe imperfecta y hasta equivocada* en la concepción del mesianismo encarnado en Jesús. De hecho el maestro se disocia de sus hermanos, aunque termine por seguir su consejo según otra modalidad. «*Como en Caná, existe una petición-solicitud (por parte de los parientes), una negación por parte de Jesús sostenida por una casi idéntica justificación “mi tiempo todavía no ha llegado” y finalmente la ejecución de lo que se ha pedido aunque de forma diferente*»⁴⁴. El hecho de que Juan no mencione a María en el grupo de los parientes incrédulos indica que su identidad de discípula del Hijo no es negociable, sino que permanece y es confirmada por su presencia a los pies de la cruz.

En el episodio importante y solemne de Juan 19, 25-27, los hermanos no figuran y tampoco los discípulos, excepto aquel predilecto, pero en torno a Jesús crucificado se encuentra un grupo constituido por figuras femeninas: ante todo la Madre de Jesús, no llamada por nombre, al contrario interpe-lada como “mujer”, después una consanguínea suya (no se puede hipotetizar una verdadera hermana de María con el mismo nombre) y otras dos Marías: de Cleofás y Magdala, que formaban parte del grupo itinerante de los discípulos. Aparece enseguida que estas mujeres no son las *destinatarias* de las palabras de Cristo, sino más bien las *testigos* que eventualmente las transmiten.

⁴³ DESTRO-PESCE, «Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni», 71.

⁴⁴ El período precedente en la misma página explica: «el evangelista parece presentar una acción dividida en dos tiempos: *primero* la denegación («id vosotros a esa fiesta», «yo no voy», «permaneció en Galilea» 7, 8-9); en un *segundo momento*, la ejecución de la sugerencia de los hermanos, pero con modalidad y objetivo divergentes: «fueron sus hermanos a la fiesta», «fue también con él, no abiertamente, sino escondido» (7, 10). La escena presenta una trampa interesante que llama la atención no sólo sobre aquel de Caná, sino también el evangelio de los nazarenos» (DESTRO-PESCE, «Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni», 73).

Generalmente, es aceptado por los exégetas que aquí se trata de un *esquema de revelación*⁴⁵, en el que se desvela la verdadera identidad teológica sea del discípulo amado sea de María: « ¡He aquí a tu hijo! ¡He aquí a tu madre! » A pesar del apelativo “mujer” con el que Jesús llama a la madre, alejándose de los usos familiares y cargándolo de significado histórico-salvífico « el contenido del discurso de Jesús vuelve a utilizar plenamente el significado de parentela. Aquí la mujer es instituida “madre” del discípulo por parte de Jesús. Aquella que él llama “mujer” ofrece un “hijo” y subraya su maternidad. Al discípulo ofrece una madre asimilándola a un hijo »⁴⁶. Vale la familia nueva donde los vínculos no son los de sangre sino los de fe; en el Calvario María es declarada madre de esta nueva familia, así que « se podría incluso sostener [...] que el discipulado resulta remodelado según los criterios y las lógicas de la parentela »⁴⁷. Y, sin embargo, las palabras *hijo-madre* trascienden el nivel natural para expresar la realidad de “renacimiento” en el orden del Espíritu, es decir, de la nueva familia de los hijos del Padre anunciada y creada por Jesús en sus misterios. Cristo, de hecho, ha venido para comunicar « en abundancia » (Jn 10, 10) la vida nueva a cuantos nacen por el agua y por el Espíritu (Jn 3, 5). Tenemos aquí un inesperado traspaso en el que los *discípulos* de Jesús se convierten en *hijos* del Padre, con la cooperación *divina* del Espíritu y *humana* de María y de la Iglesia.

2.5 María cristiana post-pascual

Y llegamos a la comunidad cristiana en la espera de Pentecostés, así descrita en los Hechos de los Apóstoles: « Todos éstos (los Once Apóstoles) eran asiduos e unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos » (Hechos 1, 14). Como se observa, el grupo aparece compuesto y distinguido en cuatro categorías de personas: a) Los Apóstoles, citados de primeros, constituyen el núcleo fundamental del nuevo pueblo escatológico; b) Las mujeres vienen en segundo lugar y, aunque no aparecen sus nombres, son aquellas que estuvieron presentes en la crucifixión, sepultura y resurrección de Jesús (Lc 8, 1-3; 23, 49.55; 24, 10). c) María es la única mujer presentada con su nombre y con su función cristológica: « la madre de Jesús ». Plenamente integrada a la comunidad post-pascual, es el elemento de continuidad entre Cristo y la Iglesia, entre el grupo de las mujeres y el clan familiar

⁴⁵ M. DE GOEDT, « Un schéma de révélation dans le quatrième évangile », en *New Testament Studies* 8 (1962) 142-150; ID., « La mère de Jésus en Jean 19,25-27 », en *Kecharitoméne. Mélanges René Laurentin*, Paris 1990, 207-216 ; ID., « En Marie, Sion devient mère de la nouvelle création inaugurée par le Christ », en AA. Vv., *Marie, fille d'Israel, fille de Sion*, Paris 2003, 85-95.

⁴⁶ DESTRO-PESCE, « Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni », 76-77.

⁴⁷ DESTRO-PESCE, « Gesù, sua Madre, i fratelli e i suoi discepoli nel vangelo di Giovanni », 78.

de Jesús. Está presente, como sabemos a partir del cuarto evangelio (*Jn* 19, 25-27), como madre de todos los discípulos amados porque así ha sido declarada y constituida por Cristo crucificado. *d)* Los hermanos de Jesús, es decir, sus parientes, quienes han pasado de una inicial incredulidad a la fe en el Resucitado.

Estas diferentes categorías convergen en una única comunidad cristiana post-pascual, reunida en Jerusalén en espera del Espíritu, según el expresado deseo de Jesús (*Hechos* 1, 4) y unida en la oración. Este acontecimiento establece en modo inequívoco que no sólo los apóstoles y las mujeres, sino también María y los parientes se deben colocar, no ya fuera del círculo de los no creyentes en el Mesías (llamados a entrar), como aparecía en Marcos 3, sino al interno de la comunidad caracterizada por la fe en Cristo y la obediencia a su voluntad. Sobre este punto no existen divergencias en el campo ecuménico, porque también los más rígidos biblistas protestantes admiten como punto mínimo e innegable, que María es una cristiana post-pascual, unida a los «*hermanos*» de Jesús.

3. María «La Gran misionera, continuadora de la Misión de su Hijo» **(*Aparecida*, 266)**

Con expresiones acertadas, el documento de *Aparecida* muestra cómo María no se ha contentado con ser la perfecta discípula del Hijo, sino que se ha proyectado en la Evangelización de los cristianos tanto en su existencia terrena como en su existencia celeste. El acontecimiento de Guadalupe es una prueba convincente de esto, y los otros santuarios marianos siguen siendo lugares donde aquella que es “madre y hermana” atrae a las gentes y continúa su obra misionera:

«María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dió a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América. En el acontecimiento guadalupano, presidió, junto al humilde Juan Diego, el Pentecostés que nos abrió a los dones del Espíritu. Desde entonces, son incontables las comunidades que han encontrado en ella la inspiración más cercana para aprender cómo ser discípulos y misioneros de Jesús. Con gozo, constatamos que se ha hecho parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente. Las diversas advocaciones y los santuarios esparcidos a lo largo y ancho del Continente testimonian la presencia cercana de María a la gente y, al mismo tiempo, manifiestan la fe y la confianza que los devotos sienten por ella. Ella les pertenece y ellos la sienten como madre y hermana» (*Aparecida*, 269).

3.1 *María dirige sus pies misioneros hacia Isabel*

Ya desde el anuncio del Ángel, se muestra que la consagración-vocación de María fue ordenada esencialmente a la maternidad mesiánica (Cf. *Lc* 1, 30-33). Pero esto no significa que la misión de la Virgen María se haya limitado a dar a luz al Salvador, porque en la Visitación, ella como “promisionera” anticipa a la Iglesia en la dinámica “consagración en el Espíritu-misión apostólica”. Bajo la sombra del Espíritu Santo y consagrada por Él (*Lc* 1, 35), María se pone en camino hacia Judea llevando en su seno al Salvador — anticipo del gran viaje de Jesús hacia Jerusalén (cf. *Lc* 9,51; 19,28). El relato de la visitación (*Lc* 1, 39-45) evoca la propagación de la salvación divina mediante la visita humana.

La exégesis precisa que María «*llega a la casa de Zacarías, ciertamente, para constatar el signo indicado por el Ángel (v. 30), pero más todavía para anunciar y comunicar la salvación*»⁴⁸. Es un viaje misionero y salvífico también porque el saludo de María provoca la efusión carismática del Espíritu: sobre Isabel que descubre en la joven prima la Madre del Señor, sobre Juan que exulta de gozo ante la presencia del Mesías, sobre la misma María de cuyo corazón brota el cántico pneumatológico del Magníficat.

Poniendo en los labios de María el cántico del Magníficat⁴⁹, Lucas quiere explicar la espiritualidad de la madre de Jesús: «*contiene sustancialmente los pensamientos de María*»⁵⁰. El cántico, de hecho, revela las actitudes espirituales de las personas piadosas y de los “pobres del Señor”: gozo por la acción de Dios en la historia, donde Él revela su rostro misericordioso, poderoso, santo y fiel, solidaridad con el pueblo (pasa del *yo* inicial al *nosotros* final), esperanza en el cumplimiento de las promesas hechas a Abraham.

⁴⁸ A. VALENTINI, *María secondo le Scritture. Figlia di Sion e Madre del Signore*, Bologna 2007, 114-115.

⁴⁹ La cuestión crítica de la atribución del cántico a María o a Isabel, que apasionó a muchos estudiosos de inicios del siglo XX, se ha resuelto a favor de María en base a criterios externos e internos. En realidad, los más antiguos manuscritos griegos y latinos atribuyen el cántico a María. Desde el punto de vista de los contenidos, hay tres referencias evidentes a María: el versículo 48 «*todas las generaciones me llamarán bienaventurada*» se adapta mejor a María en continuación con la aclamación de Isabel «*feliz la que ha creído*» (1, 45); la calidad de «*sierva*» (1, 48) retoma la definición de María como «*sierva*» (1, 38); *el Poderoso* (1, 49) está en consonancia con la afirmación del ángel: «*nada es imposible para Dios*» (1, 37). Cf. A. VALENTINI, «*La controversia circa l'attribuzione del Magnificat*», en *Marianum* 45 (1983) 55-93.

⁵⁰ R. SCHNACKENBURG, *Il «Magnificat», la sua spiritualità e la sua teologia*, en *La vita cristiana. Esegesei in progresso e in mutamento*, Milano 1977, 225. «No hay nada de extraño en que una devota muchacha hebrea, profundamente centrada en las ideas religiosas de su pueblo, exprese su acción de gracias con palabras tomadas prestadas de la Escritura.» (*ivi*, 217).

De todas maneras, el Magníficat mantiene un valor eclesial en cuanto constituye « *la interpretación pneumatológica* »⁵¹ de los eventos ocurridos a María (anunciación y visitación) y por lo tanto « *la más antigua teología mariana* »⁵² en forma doxológica. En realidad el cántico aplica al caso de María el esquema histórico-salvífico del abajamiento-exaltación, según el cual Dios exalta a los humildes: « *Ha mirado la humildad de su sierva. Desde hora, todas las generaciones me llamarán bienaventurada. Grandes cosas ha hecho en mi el Omnipotente* » (Lc 1, 48-49). El Magníficat constituye un testimonio inserto en contexto mesiánico que proclama las grandes cosas obradas por Dios en María.

Según tal esquema se distinguen dos fases de la existencia de María: la fase del *abajamiento* y aquella de la *exaltación*, unida a las grandes obras realizadas por Dios.

La primera fase es el momento kenótico, es decir, el *status* social bajo y humilde de mujer de Nazareth, pobre, despreciada, sin consideraciones en la escala sociopolítica y religiosa de su tiempo; María acepta esta situación y la vive según la espiritualidad de los pobres de YHWH: se proclama “Sierva del Señor” y así manifiesta las actitudes de fe, disponibilidad, alabanza a Dios, espera en el cumplimiento de las promesas divinas y silencio meditativo. (Lc 1, 38; 1, 46-55; 1, 45; 2, 19. 51).

Sigue el momento ascensional, en el cual la Virgen de Nazareth se convierte en una persona digna de alabanza delante de todas las generaciones humanas y viene exaltada a la gloria. El elemento que muestra el paso del abajamiento a la gloria está constituido por el “cambio de situación” por la intervención de Dios, quien obra “grandes cosas” en María. La expresión evoca la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto (éxodo) o de Babilonia o el auxilio al pobre oprimido. Para María las “grandes cosas” son la maternidad creyente virginal de la cual han hablado el Ángel e Isabel.

3.2. *María testigo de Cristo resucitado en al comunidad post-pascual*

En Pentecostés el Espíritu desciende sobre María y sobre los otros miembros de la comunidad de Jerusalén, los consagra y los hace testigos de Cristo Resucitado. También la Madre de Jesús hace parte de aquellos “todos” que « *fueron llenos de Espíritu Santo y comenzaron a hablar otras lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse* » (Hechos 2,4). La exégesis descubre en este fenómeno de las lenguas « *una cierta familiaridad con el carisma de la glosolalia*

⁵¹ « Los himnos de Lc 1-2 tienen la función de explicar pneumáticamente lo que ocurre » (H. SCHÜRMAN, *Il vangelo di Luca*, Brescia 1983, I, 171-172).

⁵² R. SCHNACKENBURG, *Il «Magnificat», la sua spiritualità e la sua teologia*, 225.

frecuente en los orígenes de las Iglesia (ver 10, 46; 11, 15; 19, 6; 1 Cor 12-14; cf. Mc 16, 17) [...]. *La glosolalia utilizaba palabras derivadas de lenguas extranjeras*»⁵³.

Motivo central de los Hechos de los Apóstoles es el testimonio del Señor Resucitado, que concierne sobre todo a los Doce (1, 22; 10, 39-42) pero que se extiende a todos los miembros de la comunidad, los cuales deben hacer lo mismo con su ministerio (diáconos) y con sus carismas (glosolalia y profecía). También si el icono de una María misionera está ausente del imaginario colectivo de los cristianos, éste está conforme a los datos neotestamentarios que hacen de ella, naturalmente después de Cristo consagrado y enviado al mundo (cf. Jn 10, 36) y en comunión con los otros apóstoles, la primera y más alta expresión de la Iglesia evangelizadora.

No debemos tener dificultad en ver a María en medio del grupo de los orantes, dejándose conducir por el Espíritu a dar testimonio y a la alabanza de Dios mediante un lenguaje pre-racional de contacto con el misterio divino. Ciertamente la glosolalia, como recuerda Pablo, «dice por inspiración cosas misteriosas» que tienen necesidad de ser interpretadas; por lo tanto «quien habla con el don de las lenguas, ore para poderlas interpretar» (1 Cor 14, 2.13). Este interpretar puede ser la profecía (1 Cor 14, 5).

María aparece entre los discípulos como glosolala y con ellos profetiza, no sólo por el Magnificat considerado un signo de su profunda espiritualidad bíblica, sino porque —como afirma Pedro en su discurso a la muchedumbre— de acuerdo con la profecía de Joel, el Espíritu se infunde sobre María y sobre las otras mujeres haciéndolas capaces, al lado de los varones, de profetizar: «Yo infundiré mi Espíritu sobre toda persona; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán [...]. Y también sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días infundiré mi Espíritu y profetizarán» (Hechos 2, 17-18). La profecía post-pentecostal se dirige a la historia de la salvación que se concentra en la Resurrección de Jesús, pero también anuncia el día de su retorno, provocando en los escuchas la invocación del nombre del Señor y por lo tanto la salvación (cf. Hechos 2, 20-21).

4. «Permaneced en la Escuela de María», formadora de Los Discípulos y Misioneros

La consigna de Benedicto XVI a la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano es elocuente y comprometedor:

«El Papa ha venido a Aparecida con vivo gozo para deciros ante todo:
“Permaneced en la escuela de María. Inspiraos en sus enseñanzas, tratad de

⁵³ Biblia de Jerusalén, Bilbao 1998⁹, 1595.

acoger y de conservar en el corazón las luces que ella, por mandato divino os envía desde lo alto”⁵⁴

El documento final acoge esta consigna y encuentra fundamentos en la Biblia, ya sea en la revelación de la verdadera identidad materna de María a los pies de la cruz (*Jn* 19, 25-27), ya sea en el ejercicio de su maternidad espiritual en la Iglesia misionera:

«Desde la cruz Jesucristo confió a sus discípulos, representados por Juan, el don de la maternidad de María, que brota directamente de la hora pascual de Cristo: “Y desde aquel momento el discípulo la recibió como suya” (*Jn* 19, 27). Perseverando junto a los apóstoles a la espera del Espíritu (Cf. Hechos 1, 13-14), cooperó con el nacimiento de la Iglesia misionera, imprimiéndole un sello mariano que la identifica hondamente. Como madre de tantos, fortalece los vínculos fraternos entre todos, alienta a la reconciliación y el perdón, y ayuda a que los discípulos de Jesucristo se experimenten una familia, la familia de Dios. En María nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como así mismo con los hermanos». (*Aparecida*, 267).

Una mirada a la tradición eclesial convence a los obispos de América Latina y del Caribe de que «*María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros*» (*Aparecida*, 269). Su tarea es la de ser «*artífice de la comunión*» preservando la Iglesia de un machismo burocrático e insertando en ella una auténtico espíritu de familia.

«Como en la familia humana, la Iglesia-familia se genera en torno a una madre, quien confiere “alma” y ternura a la convivencia familiar. María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión. Uno de los eventos fundamentales de la Iglesia es cuando el «sí» brotó de María. Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos. Por eso la Iglesia, como la Virgen María, es madre. Esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional o burocrática». (*Aparecida*, 268)

4.1 *María educadora de la Iglesia*

Aquí el documento alcanza un dato esencial de la teología mariana: María madre y educadora de los cristianos. Es un tema que podemos definir clásico en la tradición cristiana cuando se ocupa de la maternidad espiritual de María.

⁵⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso al final del rezo del santo rosario en el santuario de Nuestra Señora de Aparecida*. 12.5.2007.

Por ejemplo, para san Luis María de Montfort (+1716) la tarea de la Virgen consiste en el guiar hacia una transformación en Cristo y a una vida pericorética con él. Toda la colaboración de María con el Espíritu tiende de hecho hacia la más íntima, creciente y perseverante comunión con Cristo:

«Toca a María generarnos en Jesucristo y a Jesucristo en nosotros hasta la perfección y la plenitud de su edad» (*L'Amore dell'eterna Sapienza*, 214; Cf. *Trattato della vera devozione a Maria*, 20, 37, 61, 212).

Para el santo, identificarse con María modelo de perfección, lleva a ser transformados en Jesucristo para vivir mediante él, con él, y para él. Tal «*transformación de sí mismo en Jesucristo*» (*Trattato della vera devozione a Maria*, 119), se realiza por medio de una total disponibilidad a María “*forma Dei*” (*Trattato della vera devozione a Maria*, 219; *Il segreto di Maria*, †16).⁵⁵

Sin entrar en las distintas fases del itinerario espiritual de los cristianos, el cap. VIII de la *Lumen Gentium* (1964) contiene un denso texto donde precisa que «*a la regeneración y formación de los fieles ella [María] coopera con amor de madre*» (LG 63). La referencia de la maternidad de María al bautismo y al desarrollo subsiguiente de la vida divina de los cristianos es evidente, por lo que J. Galot puede comentar:

«La maternidad universal de María debe por lo tanto ser entendida en todo su alcance: no solamente un amor materno, que podría poner esta maternidad al nivel de los afectos, sino una obra de generación y de educación, que es la obra propia de la madre»⁵⁶.

Hacia una dimensión social de la educación se ha orientado Pablo VI con la proclamación de María «*Mater Ecclesiae*» el 21 de noviembre de 1964⁵⁷, cuando pretendió superar la discusión conciliar mediante un acto

⁵⁵ Severino M. Ragazzini ha publicado un gran volumen (*Maria vita dell'anima. Itinerario mariano alla ss. Trinità*, Roma 1960, pp. XL-688), en el que no deja de desarrollar el tema «La Madonna, maestra di contemplazione, è la formatrice dei mistici» (pp. 121-206), y dedica toda la 2ª parte a «Il lavoro della Madonna nella mia vita» tanto ascética como mística (pp. 259-667). Cf. también: R. SPIAZZI, *La Madonna nella vita cristiana*, Roma 1952; A. BANDERA, «María en la acción sacramental y en la vida cristiana», en *EstMar* 50 (1985) 139-166; Id., *La Virgen María y los sacramentos*, Madrid 1987.

⁵⁶ J. GALOT, «María, tipo e modello della Chiesa», en G. BARAÚNA (ed.), *La Chiesa del Vaticano II*, Firenze 1965, 1160.

⁵⁷ PAOLO VI, *Discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II*, 21.11.1964. En relación a toda la discusión conciliar Cf. R. CASASNOVAS, «El título «Madre de la Iglesia» en los textos y en las Actas del Vaticano II», en *Ephemerides Mariologicae* 32 (1982) 243; A. RIVERA, «Bibliografía sobre María, Madre de la Iglesia», *ivi*, 265-271; G.M. BESUTTI, «Le titre «Mère de l'Eglise» et Vatican II», en *Cahiers marials* 22 (1987) 214-226.

personal, que precisara el sentido del título y sus fundamentos teológicos y lo llevara a un contenido pacíficamente aceptado en la Iglesia. El Papa evita entrar en el debate conciliar, pero desautoriza sus objeciones interpretando el título de *Mater Ecclesiae*, más allá de las precisiones jurídicas e institucionales, en la línea de la «*función materna que la Virgen ejercita sobre el pueblo cristiano*». De tal forma el título es reconducido al cauce conciliar de la maternidad de María en el orden de la gracia (LG 61-62), “no es nuevo” para occidente, ni tampoco es lejano al sentir cristiano oriental, en cuanto se basa en la divina maternidad⁵⁸.

Entre los teólogos que han estudiado la *Mater Ecclesiae* aún se distingue J. Galot que evidencia la dimensión comunitaria y la promoción de la unidad contenidas en el título:

«El título de “Madre de la Iglesia” atrae la atención sobre la apertura comunitaria de la maternidad de María [...]. María es la Madre de toda la comunidad cristiana. Su solicitud materna se extiende al desarrollo del conjunto de la Iglesia, y en función de este conjunto toca la vida personal de todo cristiano [...] en cualidad de Madre de la Iglesia, María es destinada de forma más especial a contribuir a la unidad de la comunidad. Ella es “madre de la unidad”» (Cf. AGUSTÍN, *Sermo 192,2*, PL 38,1013)⁵⁹.

Esta perspectiva sustrae la obra educadora del planteamiento individualista que considera al fiel en sí mismo sin insertarlo en la comunidad eclesial. María, de hecho, ejercita un influjo materno sobre la formación, sobre la vida y sobre el desarrollo de la Iglesia misma.

Siempre en una perspectiva de formación espiritual, expresada también con lenguaje educativo, hay que situar el libro de Francesco Franzini titulado *Maria educatrice della Chiesa* (1968). Es un comentario a la exhortación apostólica *Signum magnum* (=SM) que Pablo VI publicó con ocasión de su peregrinación a Fátima (13 de mayo de 1967). El epíteto “educadora” no se encuentra formalmente en el documento, pero el comentador lo lee en el n. 8 que habla de la colaboración de la Madre de la Iglesia en el «*desarrollo de la vida divina de la gracia*», no sólo con la intercesión sino también con «*otro influjo: el del ejemplo*». En realidad Pablo VI recurre a la palabra “educación” en dos números antes, presentando a María como «*modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos*»:

⁵⁸ Cf. S. DE FIORES, *Maria nella teologia contemporanea*, 172-174.

⁵⁹ J. GALOT, «Théologie du titre “Mère de l’Eglise”», en *Ephemerides Mariologicae* 32 (1982) 168-169.

⁵⁹ F. FRANZI, *Maria educatrice della Chiesa. Commento all’esortazione apostolica «Signum magnum»*, Salone-Roma 1968, 70.

«Como, de hecho, toda madre humana no puede limitar su tarea a la generación de un nuevo hombre, sino que debe extenderlo a las funciones de la nutrición y educación de la prole, así se comporta la bienaventurada Virgen María» (SM 6).

Franzi puede aplicar a María las tres funciones de la maternidad: «*la generación, la nutrición, la educación*» y explica este último término:

«Con el término “*educación*” en cambio, podemos entender la obra con la que María suscita y sostiene nuestro compromiso ascético de progreso en la virtud; compromiso que María promueve en una real función educadora incluso con el ejemplo y el encanto de sus virtudes»⁶⁰.

Ya que María es consciente del fin por alcanzar, el cual es la formación de Cristo en nosotros, ella quiere realizar una «*obra de plena educación*», que se puede llamar «*una verdadera sobrenatural pedagogía materna*»⁶¹.

En cambio, al nivel más específico de la educación hay que señalar algunas contribuciones en triple dirección: aquellos marianistas inspirados en el beato Guillermo Chaminade († 1850), aquellos de matriz salesiana que se inspiran en el carisma de san Juan Bosco († 1888) y aquellos del Movimiento internacional de Schönstatt fundado por el p. Peter Josef Kentenich († 1965).

4.2 *María mistagoga del Pueblo de Dios*

Precedida del uso que hacen de ella algunos autores del siglo XX, realiza progresivamente su ingreso en la liturgia, la teología, la espiritualidad y la mariología... una palabra antigua densa de significado: *mistagogía*. Ésta indica etimológicamente la iniciación a los misterios (*agbein*= conducir, *mystés*= iniciado) y evoca el tomar a uno de la mano y conducirlo a comprender y a vivir los misterios.

El término *mistagogía* entra oficialmente en 1972 en el *Ordo initiationis christianae adultorum* (OICA) con el sentido del período pascual de los 50 días dedicados a la experiencia cristiana de los bautizados: *tempus mystagogiae neophitorum* (n. 37)⁶². Se introduce, por lo tanto, la mistagogía en la espiritualidad, profundizando en su significado a partir del Antiguo Testamento hasta el uso

⁶⁰ F. FRANZI, *Maria educatrice della Chiesa. Commento all'esortazione apostolica «Signum magnum»*, Salone-Roma 1968, 70.

⁶¹ *Ivi*, 79.

⁶² Cf A.M. TRIACCA – A. PISTOIA (ed.), *Mystagogie: pensée liturgique d'aujourd'hui et liturgie ancienne*, Roma 1993.

hecho por los Padres en las Catequesis⁶³. En el campo mariológico parece que el primer uso del término aparece en el NDM (1985), donde entre las tareas y las metas de la mariología se pone «*la intención mistagógica*» que propone a María «*como eficaz suscitadora de la experiencia de Dios y de la fidelidad a los compromisos cristianos*»:

«Más allá del quedarse en una fría exposición del culto a María, la mariología del futuro deberá encaminarse en dirección formativa y experiencial. Llegará a ser una verdadera mistagogía, presentando a María como una vía probada de introducción en los misterios salvíficos. Aquella que “reúne en sí y refleja en cierto modo las verdades supremas de la fe” (LG 65) llama a los fieles a vivir la vida filial, la unión con Cristo, la docilidad al Espíritu. Es necesario mostrar al mundo el modo concreto de realizar con María el itinerario espiritual de la comunidad y de cada uno de los cristianos»⁶⁴.

Sergio Gaspari dedica un capítulo de uno de sus libros a la «*función mistagógica de María*», en el cual muestra como la Theotokos revela el misterio de Cristo, hace memoria de éste en la Iglesia y es signo de certeza para el futuro y hace actual la encarnación⁶⁵.

Con la tesis de licencia con especialización en mariología, realizada en la Facultad teológica Marianum en 1998, con el título *La présence mystagogique de Marie dans l'Église*, el marista africano Yao Kouassi Kan introduce el paso de la educación a la mistagogía. Él parte de la experiencia de animador del catecumenado en Costa de Marfil y tiene al frente jóvenes adultos pero «*habillés avec des vêtements d'enfant*»⁶⁶, en el sentido de que se trata de cristianos no suficientemente alimentados y fuertes en la fe. Estos necesitan no un vacío activismo, sino un consolidamiento del propio ser cristiano mediante un camino mistagógico. A tal finalidad está dirigida la búsqueda.

Sobre todo Kouassi traza una amplia y precisa panorámica sobre el término *mistagogía* que es de origen helenístico y no se encuentra en la Biblia, aunque la realidad está presente, por ejemplo cuando el Deuteronomio relee y revive el

⁶³ T. FEDERICI, «La mistagogia della Chiesa. Ricerca spirituale», en E. ANCILLI (ed.), *Mistagogia e direzione spirituale*, Roma-Milano 1985, 163-245. Cf. Antes de él, F.S. RUIZ, *Mística e mistagogia*, en AA.VV., *Vita cristiana ed esperienza mistica*, Roma 1982, 277-296.

⁶⁴ S. DE FIORES, «Mariologia/Marialogia», en NDM 913. Retomo la temática en 1998 afirmando que María es «una mistagoga que nos introduce en el misterio de la comunión de amor con cada una de las personas de la Trinidad» (*María nella vita secondo lo Spirito*, Casale Monferrato 1998, 190). En el 2001 llego a identificar en la tradición espiritual un «modelo mistagógico: María nos introduce en el misterio de la Trinidad», así como una «vía mistagógica» (*Trinità mistero di vita. Esperienza trinitaria in comunione con Maria*, Cinisello Balsamo 2001, 96-102).

⁶⁵ S. GASPARI, *Celebrare con Maria l'anno di grazia del Signore. Mistagogia cristologica mariana*, Roma 1987, 57-68

⁶⁶ JUAN PABLO II, *Homilía a los jóvenes en Costa de Marfil*, 1.6.1980.

éxodo pascual en contexto de fiesta comunitaria. La pastoral de la Iglesia antigua resulta únicamente mistagógica (Federici), mejor aún, para Ambrosio la mistagogía es un modo de hacer teología litúrgica (Mazza). Las *Catequesis mistagógicas* de Cirilo de Jerusalén se dirigen sobre el camino sacramental que engloba el misterio del Bautismo, la Confirmación y la Celebración Eucarística. La primera alusión a María se encuentra en la homilía pascual de Melitón (II siglo). En nuestro tiempo se asiste a un descubrimiento de la mistagogía gracias a figuras como R. Guardini, K. Rahner, A. Schreiber Milton... para los cuales es posible establecer la «*función mistagógica de la Iglesia*» (II cap.).

El capítulo más interesante para nosotros es el tercero, que trata sobre la «*presencia mistagógica de María en la Iglesia*», es decir, de su presencia operante en el misterio de Cristo ayer, hoy y siempre, y el cuarto, que sitúa a María a lo largo del «*itinerario mistagógico del joven*» en la actual situación. Resulta que la Virgen, «*le plus bel échantillon de l'humanité*» (p. 133), responde a la búsqueda de una existencia humana auténtica, de un significado de la vida en el mundo, de un compromiso histórico y de una espiritualidad de comunión. María se revela como «*guía hasta la madurez perfecta en Cristo*», por lo tanto es legítimo atribuirle el título de “mistagoga”.

Kouassi es consciente de que la originalidad de su trabajo consiste «*en el hecho de haber afrontado por primera vez en modo orgánico, también incompletamente, el tema de la función mistagógica de María desde el punto de vista teológico, litúrgico, espiritual y pastoral*» (p. 151). Su mérito es innegable, pero el discurso permanece abierto sobre todo para un itinerario práctico y vital, donde el cristiano es tomado realmente de la mano y conducido a interiorizar y significar el misterio.

Conclusión

A través de un itinerario pastoral que se inició en Río en el 1955, la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano logró una meta importante cuando propuso partir desde Cristo, como discípulos suyos, para hacerse misioneros de Él en el mundo de hoy.

En este contexto resalta la figura de María, como modelo de discipulado de Cristo y formadora del testimonio misionero de la Iglesia. Los Obispos no temen afirmar que es la “hora de María” en cuanto paradigma del seguimiento de Cristo, Maestro de sabiduría:

«Hoy, cuando en nuestro continente latinoamericano y caraíbico queremos evidenciar la importancia del discipulado y de la misión, Ella resalta ante nuestros ojos, como imagen perfecta y fidelísima del discipulado de Cristo. *Esta es la hora de la secuaꝝ más radical de Cristo y de su magisterio, discípula y*

misionera, a la cual se refiere el Papa Benedicto XVI: “María santísima, la Virgen Pura e Inmaculada, es para nosotros escuela de fe destinada a guiarnos y a reforzarnos en el camino que lleva al Creador del cielo y de la tierra”» (*Aparecida*, 270).

Pensar en María discípula responde a una exigencia para la Iglesia, la cual hoy es interpelada para que viva «la hora del seguimiento». En efecto, Ella

«nos recuerda nuestros orígenes, porque es considerada, y en realidad lo fue, “Iglesia naciente”. En ella empezamos a existir como comunidad de fieles y discípulos. María es “saludada como miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia y como su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en el amor” (LG 53). María concentra en sí misma la “utopía de los orígenes”, Ella es la Nueva Eva que sirve de modelo a la Iglesia [...]. Recordar a María es particularmente significativo para la Iglesia porque en Ella encuentra un estilo de seguimiento de Cristo marcado por la *coherencia* y por la *fidelidad*»⁶⁷.

Aprendemos sobretodo de María a meditar en nuestro corazón el misterio de Cristo, a crecer en su vital conocimiento y a dar testimonio de Él en la alabanza y en la profecía.

Si el *seguimiento* es un «*principio estructurante y jerarquizante de toda la vida cristiana, bajo el cual se pueden y se deben organizar todas las demás dimensiones de la vida*»⁶⁸, María representa una ayuda preciosa para entenderlo y llevarlo a cabo. En su calidad de discípula radical y fiel de Cristo, Ella representa un método funcional para ese seguimiento. Tanto más en cuanto que María nos hace apuntar no sobre un seguimiento material de Jesús, ya imposible para nosotros, ni siquiera sobre un discipulado itinerante que no puede ser acogido por todos. Ella nos dirige hacia los valores fundamentales y permanentes: «*María es un discípulo, no en el sentido histórico, en cuanto hubiera acompañado a Jesús en su ministerio, sino en el sentido existencial, porque escuchó la palabra de Dios y obró en consecuencia*»⁶⁹.

Para asimilar estos valores es necesario aplicar al discipulado la doctrina conciliar que nos invita a contemplar e *imitar* a María, modelo de virtud (LG 65), como exigencias de la Iglesia que quiere realizar con fidelidad la misión que Dios le confió. *Imitar a María* es la consecuencia de quien reconoció el carácter ejemplar de su vida y de su testimonio de discípula. La idea de

⁶⁷ GARCÍA PAREDES, *María en la comunidad del Reino*, 194-195.

⁶⁸ J. SOBRINO, «Seguimiento de Jesús», en C. FLORISTÁN - J.J. TAMAYO (ed.), *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Madrid 1993, 1293.

⁶⁹ E. JOHNSON, *Verdadera hermana nuestra. Una teología de María en la comunión de los santos*, Brescia 2005, 464.

imitación no tiene que ser entendida en el sentido de una reproducción mecánica, servil y despersonalizante de los actos del modelo. La verdadera imitación de María, como la de Cristo, consiste «en reproducir el orden interno de su vida en una situación siempre nueva y distinta de persona a persona»⁷⁰.

En términos bíblicos, imitar a María es «caminar con María y seguir a María»⁷¹ en el sentido de adoptar su estilo de vida totalmente proyectada hacia Cristo, único Maestro, y hacia el anuncio misionero. El cristiano mira a María discípula para comprender que el apostolado tiene un carácter maternal. Ese, en efecto, es una respuesta activa a la iniciativa paternal de Dios en la regeneración de los hombres, la cual ha de ser ejercitada con vivo sentido de bondad, misericordia, indulgencia y delicadeza incluyendo también aflicciones, sufrimientos, sacrificio. San Pablo se presenta a sí mismo como una madre que da a luz a sus hijos e imprime en ellos el rostro de Cristo (*Gal* 4, 19). En esta línea se entiende la recomendación del Concilio:

«Por eso, también en su acción apostólica, la Iglesia con razón mira hacia aquella que engendró a Cristo... La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva» (*LG* 65).

Cada cristiano está llamado a hacer propia la actitud de María para animar maternalmente su apostolado y para traducir en su situación personal la fecundidad virginal de la Iglesia.

BIBLIOGRAFÍA

L. ALLESSIO, *María y la Iglesia a la luz de Puebla*, Col. Puebla 40, Bogotá 1982; J. ALLIENDE LUGO, «Alfio sobre María y la evangelización de la cultura. 21 notas, camino a Santo Domingo», en *Medellín*, 18(1992), 126-132; A. AMATO, «Mariologia in contesto. Un esempio di teologia inculturata: Il volto meticcio di Maria di Guadalupe», en *Marianum* 42 (1980), 421-469; ID., «Maria, la Theotókos, discepola educatrice di Cristo e dei cristiani nella riflessione teologico-sistemática», en M. FARINA-M. MARCHI (ed.), *María nell'educazione di Gesù Cristo e del cristiano. 1. La pedagogia interroga alcune fonti biblico-teologiche. Atti del seminario di studio promosso dalla Pontificia Facoltà di scienze dell'educazione «Auxilium», Roma, 14-15 dicembre 2001*, Roma 2002, 61-83; P.J. BEARSLY, «Mary the Perfect Disciple: a Paradigm for Mariology», en *Theological Studies* 41

⁷⁰ K. RAHNER, *Elevaciones sobre los Ejercicios espirituales de S. Ignacio*, Roma 1967, 183.

⁷¹ En la Sagrada Escritura, de Enoch (*Gen* 5,24), de Noé (6,9), de Abramo (17,1) y de Jacobe (48,15), se dice: «caminó con Dios» en el sentido de observar su voluntad y sus mandamientos.

(1980) 461-504; A.M. CALERO, «María: de Madre a discípula», in *Estudios Marianos* 64 (1998) 415-453; S. DE FIORES, «Discepola», en *Maria. Nuovissimo dizionario*, Bologna 2006, I, 487-543; J.L. ESPINEL, «María como discípula responsable y fiel en el evangelio de S. Lucas», en *La figura de María. Primer simposio de teología y evangelización*, Salamanca 1985, 185-192; J.C.R. GARCÍA PAREDES, *Maria nella comunità del regno. Sintesi di mariologia*, Città del Vaticano 1997, 178-198; ID., «María primera discípula y seguidora de Jesús», en *EphMar* 47 (1997) 35-56; G. LEONARDI, «Apostolo/discepolo», en NDTB 106-123; A. MARTÍNEZ SIERRA, «María, discípula del Señor», en *Estudios Marianos* 63 (1997) 203-217; G.M. MASCIARELLI, *La discepola. María di Nazaret beata perché ha creduto*, Città del Vaticano 2001; A. MURAD, «Maria no Documento de Santo Domingo», en *Convergência*, 38(1993) 422-438; A. QUERALT, *Maria prima discepola*, Quaderni mariani 2, Roma 1986; S. SILVA RETAMALES, *Discípulo de Jesús y discipulado según la obra de san Lucas*, Bogotá 2005.

* * *

Nota: El presente artículo fue traducido del original italiano al español por el Rev. P. JUAN DAVID MURIEL MEJÍA.

La gran opción pastoral de Aparecida

S.E.R. CARDENAL FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ OSSA
Arzobispo de Santiago de Chile

1. Introducción

Aparecida fue un tiempo de gracias y es un inmenso don de Dios para la Iglesia en América Latina y El Caribe. Queremos asumir ese don con la apertura de quienes acogen proyectos de Dios y son invitados a colaborar en ellos con todas sus fuerzas y todo el corazón. Nos importa que también nuestros pueblos, sedientos de vida, reciban los dones de Aparecida a través de todos nosotros, discípulos misioneros de Jesucristo.

Podemos acercarnos al Documento Conclusivo desde la perspectiva de uno de sus temas; tal vez de aquél que más ocupa a diario nuestro trabajo e interés. Si lo hiciéramos así, pero sin apropiarnos antes de las grandes opciones y del espíritu de Aparecida, podríamos quedarnos con una visión parcial, lejana a la riqueza extraordinaria de la Vª Conferencia general del Episcopado de Latinoamérica y El Caribe. Esta presentación quiere ayudarnos a asumir esa visión y esos compromisos, ya que trata de la gran opción pastoral que hizo Aparecida.

Pero la repercusión de Aparecida no debemos reducirla a la importancia de **un Documento conclusivo**. En Latinoamérica y El Caribe dejan una profunda huella los testimonios, los acontecimientos, las horas de gracia, las vivencias que brotan del Evangelio. Por eso, al tratar de la importancia de Aparecida debemos tener presente no sólo el Documento final, sino **también la experiencia de verdadera “kairos”** en quienes participaron en la Asamblea, experiencia de fe y de gracia, de comunión y participación eclesial, que fue causa de mucha alegría y que se extiende por nuestros países como un modelo que contagia y quiere fermentar la vida de la Iglesia.

El resultado de este acontecimiento está a la vista: un Documento lleno de esperanza y de raíces bíblicas, realista y con orientaciones de pedagogía pastoral, cuya publicación fue “autorizada” por el Santo Padre, como una manifestación de su aprecio al magisterio episcopal.

En sus líneas fundamentales **es un documento claro, orientador, infundible. Pero no es un documento acabado**. No todas las formulaciones están pulidas, ni trata todos los temas. No evita repeticiones. Esto tiene una explicación y no sólo desventajas. En efecto, es un documento escrito por más

de doscientas personas, que representaban a la Iglesia de numerosos países y que encontrarán en él sus aportaciones. Fue escrito por todas ellas, y votado por los obispos. Elaborado con la cabeza y el corazón, reflexiona e intuye con la Biblia en la mano las urgencias de nuestro tiempo en el espíritu, las gozosas celebraciones litúrgicas y el amor a la Virgen de los peregrinos en el corazón. Todo, logrado en jornadas de trabajo intenso, fermentado por mucha oración.

Dada la premura del tiempo, un documento de esta naturaleza queda inconcluso. Sus grandes líneas pastorales y su espíritu pueden y deben seguir obrando como **fermento que enriquece la vida y el trabajo evangelizador de todas las comunidades** y las instituciones de la Iglesia¹. Tenemos conciencia de que Aparecida no se ha cerrado. Es un camino abierto hacia el futuro. Acoger sus orientaciones, de modo que toda la Iglesia las reciba, se interiorice de ellas y las aplique una y otra vez con fidelidad creativa, será el rico contenido de la Misión Continental.

Por estas razones, nos detendremos en las grandes orientaciones y opciones de Aparecida, en las cuales se puede descubrir su originalidad, y no tanto en la manera en que la V Conferencia orienta en materias particulares. **Otros capítulos de este libro tratan temas específicos y requieren el contexto de las grandes opciones pastorales.**

2. El cauce pastoral: Ser y formar discípulos misioneros de Jesucristo

Casi siempre las introducciones y las conclusiones de los documentos resumen las líneas matrices de los mismos. Detengámonos en tres números claves de la introducción del Documento de Aparecida.

«La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales. **No puede replegarse** frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. **Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros.** Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu» (11).

¹ *Aparecida*, 381; 431.

La decisión es lúcida, del todo consciente, y el Documento volverá una y otra vez sobre esta decisión fundamental con diferentes palabras. Así la encontramos también en el número siguiente:

«No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”². **A todos nos toca recomenzar desde Cristo,³ reconociendo que ‘no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva’⁴» (12).**

Como podemos constatar, no hay que buscar en orientaciones parciales y específicas toda la novedad de Aparecida. Su gran novedad reside en la decisión fundamental que la Asamblea tomó después de mirar el contexto vivo que nos condiciona y que el Señor de la Historia nos ofrece como don y tarea. Todas las orientaciones específicas marcarán en el espíritu de Aparecida la vida y el trabajo de la Iglesia, sólo si expresan fielmente y prolongan con espíritu creativo esta orientación original y central, que reencontramos en otro número del Documento:

«El Señor nos dice: “no tengan miedo” (*Mt* 28,5). Como a las mujeres en la mañana de la Resurrección nos repite: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?” (*Lc* 24,5). Nos alientan los signos de la victoria de Cristo resucitado, mientras suplicamos la gracia de la conversión y mantenemos viva la esperanza que no defrauda. **Lo que nos define** no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo **el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo. Esta prioridad fundamental** es la que **ha presidido todos nuestros trabajos**, ofreciéndolos a Dios, a nuestra Iglesia, a nuestro pueblo, a cada uno de los latinoamericanos, mientras elevamos al Espíritu Santo nuestra súplica confiada para que **redescubramos la**

² RATZINGER J., *Situación actual de la fe y la teología*. Conferencia pronunciada en el Encuentro de Presidentes de Comisiones Episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrado en Guadalajara, México (1996). Publicado en *L'Osservatore Romano*, el 1-XI-1996.

³ Cf. NMI 28-29.

⁴ DCE 1.

belleza y la alegría de ser cristianos. Aquí está el reto fundamental que afrontamos: **mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo.** No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Éste es el mejor servicio ¡su servicio!— que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones⁵» (14).

3. La gratitud y la alegría, acorde del alma del discípulo misionero

Para los primeros discípulos de Jesucristo, encontrarlo providencialmente, o que Jesús saliera a su encuentro y los llamara por su nombre, fue el acontecimiento más impresionante, la hora de gracia más decisiva de su vida. Con toda razón quienes estudian los orígenes del cristianismo descubren aún en los discípulos que cargaron con la cruz del martirio, este gozo de ser cristianos y de ir al encuentro de su Señor. Constatan que el cristianismo se difundió como una onda de alegría, gratitud y esperanza. Aparecida lo recuerda, y lo propone con convicción para nuestro tiempo.

«Quienes se sintieron **atraídos** por la sabiduría de sus palabras, por la bondad de su trato y por el poder de sus milagros, **por el asombro inusitado que despertaba su persona**, acogieron el don de la fe y llegaron a ser discípulos de Jesús. Al salir de las tinieblas y de las sombras de muerte (cf. *Lc* 1,79) su vida adquirió una plenitud extraordinaria: la de haber sido enriquecida con el don del Padre. **Vivieron** la historia de su pueblo y de su tiempo y pasaron por los caminos del Imperio Romano, **sin olvidar nunca el encuentro más importante y decisivo de su vida** que los había llenado de luz, de fuerza y de esperanza: el encuentro con Jesús, su roca, su paz, su vida» (21).

Al igual que ellos, ante los grandes desafíos y las grandes amenazas de nuestro tiempo, ante los grandes sueños y las grandes dificultades de nuestros pueblos, ante las vacilaciones, las expectativas y los problemas que aporta la globalización económica, cultural y religiosa, si bien cargaremos con una pesada cruz, no reaccionaremos con temor o con ansiedad, con ingenuidad o con agresividad, con indiferencia o aislándonos de los demás. **Peregrinaremos por el mundo siendo discípulos misioneros.** Nos esforzaremos por discernir los signos del tiempo con amor a la verdad. Abriremos caminos alternativos

⁵ Cf. EN 1.

conformes a la razón y a la fe. Seremos instrumentos de comunión y colaboraremos con la gracia de Dios trabajando en la construcción del Reino de justicia, de verdad, de vida y de paz, **dando cabida preponderante en nuestro espíritu a un sentimiento y una actitud básica, a «la gratitud y la alegría de ser cristianos»,⁶ la alegría de «ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio».⁷**

Esta invitación a la acción de gracias y a la alegría, signos del anuncio y de la acogida del Evangelio, también ha de impregnar el espíritu misionero de los discípulos de Jesucristo. En verdad, ¿qué fuerza de persuasión tendrían las acciones misioneras si no vinieran de cristianos que están conmovidos por el don del Padre que han recibido: su Hijo, hermano y salvador nuestro para la vida del mundo? Queremos ser **misioneros** «por desborde de gratitud y alegría».⁸

«La alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades; deseamos **que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios**, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, **llegue a todos cuantos yacen al borde del camino** pidiendo limosna y compasión (cf. *Lc* 10,29-37; 18,25-43). La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo» (29)⁹.

Es la actitud de la Sma. Virgen en la casa de su prima Isabel y siempre. Con razón saludó el ángel a la mujer llena de gracia, deseándole alegría. ¡Cómo habrá recordado ese saludo cuando recibió nuevamente a Cristo, ya resucitado!

4. La opción por la persona y por la plenitud de su vocación

Sin echar al olvido los compromisos asumidos con las grandes metas de las Conferencias Generales anteriores en relación a la Nueva Evangelización; por el contrario, precisamente para cumplirlos, nos convencimos de la necesidad

⁶ *Aparecida*, 14, 17s.

⁷ *Aparecida*, 28.

⁸ *Aparecida*, 549.

⁹ Ver *Aparecida*, 364.

de dar un paso más por el camino pastoral indicado en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*. **A partir del «encuentro con Jesucristo vivo» nos pareció necesario llegar con profundidad a la identidad viva y a la misión del sujeto** que debe responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo. La vocación de discípulos, de gran riqueza bíblica, nos abría el camino evangélico y eclesial para ello. Por eso queremos descubrir y desplegar, con la ayuda de Dios, toda la riqueza transformadora del encuentro con Jesucristo para formar a quienes han recibido y confirmado la gracia del bautismo, y con ella la vocación de configurarse con Él como discípulos suyos, de construir la comunión, de evangelizar y de dar vida nueva a nuestros pueblos.

Por eso, esta vez fuimos al corazón de nuestra existencia y vocación: al encuentro con Jesucristo vivo, que nos hace sus discípulos misioneros. **Esta manera de caracterizar la vocación del cristiano —ser «discípulos misioneros de Cristo»—** no se encuentra así en los documentos conclusivos de las Conferencias anteriores. Estábamos acostumbrados a hablar de los bautizados, los fieles, los creyentes, los testigos, los militantes y, últimamente, de los evangelizadores, pero no de los “discípulos”, y menos, de los “discípulos misioneros”. Pero las comunidades de laicos, mientras preparaban Aparecida, muy pronto hicieron suyo el tema, y con razón se mostraron sorprendidas por su riqueza. La redescubrieron en los evangelios, y percibieron con qué fuerza la vocación de “discípulos” nos une a la persona de Cristo, anuda la relación con él, expresa la alianza con el Maestro y Señor de quienes hemos sido llamados a seguirlo y a colaborar con su misión.

Aparecida, yendo a la fuente del Evangelio, y recordando la afirmación contundente del Santo Padre en su primera encíclica acerca de la iniciación cristiana (12), no presenta al cristiano desde una perspectiva primeramente ética o ideológica, sino personal: desde la perspectiva del encuentro personal y comunitario con Jesús, que nos incorpora a la comunidad de los que él llama, que lo descubren con estupor como el Camino, la Verdad y la Vida. **Esta categoría bíblica, el “encuentro”, exige una conversión pastoral**, que aleje a los agentes pastorales de toda actitud fuertemente funcional, para permitir que, a través de ellos, cuando escuchan, hablan, prestan servicios, predicán y perdonan, sea Cristo quien se encuentre con los suyos.

Por eso, enfocar la acción pastoral, y de eso se trata, hacia el encuentro con Cristo, es enfocarla hacia el amor; **es proclamar el primado de la caridad**. El encuentro con Jesucristo desata el dinamismo del amor, ya que su amor despierta en nosotros amor, asombro y contemplación, pero también la voluntad de seguirlo y de colaborar vigorosamente con él. Amarlo despliega en nosotros el dinamismo, a veces realmente doloroso, de la liberación de actitudes, convicciones y sentimientos ajenos al Reino; el dinamismo transforma-

dor de la conversión que nos da los pensamientos y los sentimientos de Cristo; el dinamismo de la amistad, la gratuidad, el servicio y la adhesión no sólo a su persona, sino también a su camino hacia la cruz y la resurrección, a su misión liberadora del pecado que nos hace familiares de Dios, en una palabra, a todo lo suyo y a todos los suyos. Reconocer el primado del amor es ir más allá de toda concepción ritualista o moralista del cristianismo, es reconocerse peregrino muy amado, que siempre va, acompañado por su madre María, al encuentro del Señor, dondequiera que él se halle, construyendo la comunión en la verdad con todas las personas que Jesús ama.

De esta manera, hemos tomado más conciencia de que nuestra vida —personal y comunitaria— despierta, crece y llega a su plenitud, cuando dejamos que el amor de Dios, expresado de manera eminente en la Eucaristía, nos penetre, nos sobrecoja y nos transforme, despertando en nosotros toda la belleza y las potencialidades de nuestra vocación: ser imagen y semejanza misteriosa de un Dios que es amor.

Coherente con esta opción, y en continuidad con el Sínodo de América, **Aparecida nos pide conocer los lugares de encuentro con Cristo (246-275), y conducir a otros hacia su cercanía vivificante.** También nos pide que renovemos nuestras comunidades e instancias pastorales, convirtiéndolas en escuelas del encuentro con el Maestro y Señor, en las que despierta y se potencia nuestra vocación de discípulos misioneros.

5. La opción por una pedagogía pastoral

Los documentos del Magisterio con cierta frecuencia dan pocas luces acerca de los caminos que conducen a la realización de las metas que proponen. **El Documento de Aparecida dedica a este tema un entero capítulo: 106 números de un total de 554,** y propone los múltiples lugares de encuentro con Cristo. Constituye una novedad la relevancia que da a la práctica de la 'lectio divina' y a la animación bíblica de la pastoral (247-249). Llama la atención la sensibilidad con la cual describe la piedad popular (258-265), la vida de los santos (266-275), y sobre todo de la Virgen María, como espacios de encuentro con Jesucristo. Como era de esperar, **prioriza la renovación de la iniciación cristiana y de la catequesis (286-300), y alienta la formación de discípulos misioneros.**

Tal vez **lo más notable de este capítulo,** que le confiere su originalidad por volver a las fuentes bíblicas, se encuentra nuevamente en dos de sus introducciones, en los números 244 y 245, y en los números 276, 277 y 278a.

«La naturaleza misma del cristianismo consiste, por lo tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo. Ésa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones. El evangelista Juan nos ha dejado plasmado el impacto que produjo la persona de Jesús en los dos primeros discípulos que lo encontraron, Juan y Andrés. **Todo comienza con una pregunta: “¿qué buscan?” (Jn 1,38). A esa pregunta siguió la invitación a vivir una experiencia: “vengan y lo verán” (Jn 1,39). Esta narración permanecerá en la historia como síntesis única del método cristiano» (244).**

Llama fuertemente la atención con cuánta seguridad se afirma que «*esta narración permanecerá en la historia como síntesis única del método cristiano*». Más adelante insiste el Documento de Aparecida en esta invitación a volver al Jordán y rescatar el dinamismo de ese primer encuentro como metodología pastoral.

«La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y El Caribe, requieren una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia. Miramos a Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos. **Cristo nos da el método: “Vengan y vean” (Jn 1,39), “yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6).** Con Él podemos desarrollar las potencialidades que están en las personas y formar discípulos misioneros. Con perseverante paciencia y sabiduría Jesús invitó a todos a su seguimiento. A quienes aceptaron seguirlo los introdujo en el misterio del Reino de Dios, y después de su muerte y resurrección los envió a predicar la Buena Nueva en la fuerza de su Espíritu. Su estilo se vuelve emblemático para los formadores y cobra especial relevancia cuando pensamos en la paciente tarea formativa que la Iglesia debe emprender en el nuevo contexto sociocultural de América Latina» (276).

«El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña» (277).

Entre los diferentes aspectos del proceso, el Documento de Aparecida reflexiona sobre la actualidad de ese primer diálogo de encuentro con Cristo,

y llama nuestra atención sobre **la pregunta del Maestro: «¿Qué buscan?»**. Lo hace con las siguientes palabras:

«Quienes serán sus discípulos ya lo buscan (cf. *Jn* 1,38), pero es el Señor quien los llama: “Sígueme” (*Mt* 1,14; *Mt* 9,9). Se ha de descubrir el sentido más hondo de la búsqueda, y se ha de propiciar el encuentro con Cristo que da origen a la iniciación cristiana» (278a).

Esta afirmación, dicha casi al pasar, es decisiva para el efecto pedagógico del encuentro: «*se ha de descubrir el sentido más hondo de la búsqueda*». Si lo conocemos, no nos será difícil anunciar a Jesucristo «*Camino, Verdad y Vida*» no sólo de manera genérica, sino además específica a quienes lo buscan. Podremos presentarles a Jesucristo como su camino, su verdad y su vida. Desde esa experiencia de búsqueda y encuentro, quien lo busca escuchará con más facilidad la voz de Cristo cuando lo llama por su nombre y le dice «*sígueme*», se desatará el proceso de conversión, comunión y solidaridad, y se abrirán las puertas para el conocimiento vivo de Jesucristo. Por lo demás, si realmente nos interesan y nos comprometen las búsquedas de nuestros contemporáneos y conocemos su lenguaje, nos será fácil hablarles de manera comprensible y anunciarles a Jesús como el Dios-con-nosotros (100 d).

6. El espíritu de comunión y participación

Al iniciar estas reflexiones constatamos que Aparecida va a influir fuertemente en la vida y el trabajo pastoral de nuestras comunidades, no sólo por las conclusiones pastorales que encontramos en el Documento, sino también, de modo decisivo, por **el espíritu que caracterizó su preparación y su celebración**. En verdad, nos despedimos de Nuestra Señora Aparecida con una experiencia profunda de comunión y participación, dimensión esencial de la vida de la Iglesia. Nos enriqueció esa vivencia gozosa en la cual la comunión con Dios se entrelazaba en todo momento con la comunión entre los hermanos.

a) Este espíritu animó **la preparación de la Vª Conferencia General** con la colaboración de laicos, religiosos, religiosas, diáconos permanentes y sacerdotes diocesanos, durante largos y apretados meses. Así propiciamos el trabajo de miles y miles de comunidades en todo el Continente y en El Caribe, que rezaban la oración que nos guiaba hacia Aparecida, interiorizaban su temario, y reflexionaban sobre él con la ayuda del Documento de Participación y de sus fichas. Con ese mismo ánimo trabajaron las conferencias episcopales que conforman el CELAM. El espíritu de comunión y participación inspiró los

diálogos con el Cardenal Giovanni Battista Re, Presidente de la Comisión para América Latina, y sobre todo las audiencias con los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, que siempre apoyaron la celebración de la Asamblea.

b) Selló el espíritu de comunión que caracterizó ese tiempo **la presencia del Santo Padre en Brasil**, especialmente en Aparecida. Agregó un nuevo motivo de gratitud a él su discurso inaugural a la Asamblea. En él unió magistralmente su enseñanza, llena de verdad evangélica, con la cual confirmaba e iluminaba nuestra fe, con un trato cordial, colmado de cercana fraternidad y de esperanza. Fue él quien abrió el espacio interior que caracterizó a la Vª Conferencia: espacio de comunión fraterna, de confianza en la acción del Espíritu Santo y en los hermanos y hermanas, y de libertad evangélica.

c) Mientras transcurrían los días **en medio de los trabajos**, la comunión y participación adquirieron además otra dimensión que algunos no esperaban. Los laicos, los sacerdotes diocesanos, los diáconos permanentes, los religiosos y las religiosas que fueron invitados a Aparecida tuvieron una profunda experiencia de sus pastores como hermanos y amigos, sin que ello eclipsara su misión de padres y pastores.

d) La presencia, la participación activa y el interés fraterno de representantes de otras comunidades cristianas, mantuvieron viva la esperanza y la oración ecuménicas, y la voluntad de trabajar para que todos seamos uno, en la comunión plena de la misma fe y el mismo amor¹⁰.

7. La opción por la vida

Causa admiración con qué fuerza la «*vida nueva en Cristo*» y la instauración del Reino de la vida (367), son un eje central de las conclusiones de Aparecida. Evangelizar, ser testigo y portador de la Buena Noticia, no es una acción que implique tan sólo el anuncio de un mensaje espiritual. **Hemos sido enviados para que la vida nueva en Cristo sea la riqueza mayor de nuestros pueblos.** Ello implica una opción por todas las dimensiones de la vida y por las condiciones más favorables a la vida, ya que hemos asumido la misión de Cristo, que vino a este mundo como el Señor de la Vida a proclamar e inaugurar el Reino de la vida, para **que todos «*tengan vida y la tenga en abundancia*» (Jn 10,10).**

El discurso inaugural del Santo Padre abrió todo el horizonte de la vida, recordando las enseñanzas de *Populorum Progressio*, y precisando que con

¹⁰ cf. *Aparecida*, 227ss .

la vida divina, de la cual Cristo nos hace partícipes, ha de desarrollarse también «*en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural*», y que la respuesta al gran desafío de la pobreza y la miseria hace «*inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean injusticia*».

El Documento de Aparecida, con la fuerza de este compromiso con la vida en Cristo, no vacila en llamar por su nombre los males y las amenazas de nuestro mundo y nuestras propias incoherencias con la vocación recibida. Se plantea ante ellas con crudo realismo, ya sea ante las injusticias corrosivas de la sociedad, las diferentes formas de violencia, las marginaciones, las adicciones que socavan toda dignidad, los graves delitos contra las personas y contra la moral, las voracidades y las carencias económicas, las inconsistencias políticas, las decadencias culturales, las insuficiencias educacionales, etc. Pero busca superar esas expresiones de una cultura de muerte: **invita vigorosamente a hacer propia la pasión por la vida de nuestros pueblos**. A ella dedica toda la tercera parte del Documento. En efecto, la opción fundamental por la vida nueva es determinante: enfoca la perspectiva para ver la situación de nuestros pueblos, de sus culturas y de sus familias, nos ofrece un criterio insustituible de discernimiento y evaluación, y numerosas prioridades para actuar decididamente en la construcción del Reino de Dios.

1. Ya esta opción tiene **una dimensión profundamente misionera**. Aquél que es la Vida, la que existía antes de la Creación, Aquél por quien fueron hechas todas las cosas, Aquél que vino a este mundo a restaurar y elevar la vida y a dárnosla en abundancia, Aquél que murió y resucitó por amarnos hasta el extremo, Aquél que es la Cabeza de la Creación y el esperado de nuestros pueblos, ha de ser anunciado, acogido, amado y seguido. Reconocerlo y amarlo como la Vida, la Verdad y el Camino, nos conduce a la vida plena.

2. El compromiso radical con la vida en Cristo, tiene también otra dimensión: es **una opción por el Reino de Dios y por la promoción de la dignidad humana**. De ello trata el capítulo 8, que establece numerosas metas para nuestro servicio pastoral.

«Proclamamos que todo ser humano existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva en cada instante. La creación del varón y la mujer, a su imagen y semejanza, es un acontecimiento divino de vida, y su fuente es el amor fiel del Señor. Luego, sólo el Señor es el autor y el dueño de la vida, y el ser humano, su imagen viviente, es siempre sagrado, desde su concepción, en todas las etapas de la existencia, hasta su muerte natural y después de la muerte» (388).

«Nos urge la misión de entregar a nuestros pueblos la vida plena y feliz que Jesús nos trae, para que cada persona humana viva de acuerdo con la dignidad que Dios le ha dado» (389).

3. La opción por la promoción de la dignidad humana implica necesariamente **la opción preferencial por los pobres y excluidos**. Aparecida constata con angustia los millones de latinoamericanos y latinoamericanas que no pueden llevar una vida que responda a su dignidad, y ratifica y potencia resueltamente, desde una visión humana y teológica, que esta opción preferencial, hecha en las Conferencias anteriores, es «*uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña*» (391). Aparecida llama a contemplar en los rostros sufrientes de nuestros hermanos el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos (393), y explicita que el hecho de ser una opción «*preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales*» (396).

Así, propone una visión universal de las necesidades y las pobrezas humanas (65, 402), e impulsa a una renovada pastoral social para la promoción humana integral, valiéndose de la Doctrina Social de la Iglesia (399ss). Alienta a los empresarios que se caracterizan por su compromiso social (404, 122), pide orientación ética para los responsables del desarrollo de los pueblos (395), y propicia la globalización de la solidaridad y de la justicia internacional (406). Nos insta a detenernos ante los «*rostros sufrientes que nos duelen*», y a seguir el ejemplo del Buen Samaritano, siendo fieles a nuestra opción por la vida ante los malheridos de nuestra sociedad: los que viven en situación de calle (407-410), son migrantes (411-416), sufren enfermedad (417-421), son adicto-dependientes (422-427) o viven detenidos en las cárceles (427-430).

4. La opción por la vida que recibimos de Cristo para nuestros pueblos, es asimismo **una opción por el matrimonio y la familia, por la cultura de la vida y por la misma vida**, lo que implica una preocupación por el nicho de esta vida en la naturaleza y por la ecología humana. (431-475). Sobre la pastoral familiar, después de constatar las amenazas que se ciernen sobre la familia como realidad viva y como institución, pide encarecidamente que «*dado que la familia es el valor más querido por nuestros pueblos, [...] debe asumirse la preocupación por ella como uno de los ejes transversales de toda la acción evangelizadora de la Iglesia*» (435). Llama la atención una valiosa novedad, a saber, la mención explícita de la responsabilidad del varón y padre de familia (459-463), tan silenciada hasta ahora con ocasión de la justa y necesaria promoción de la dignidad y la participación de las mujeres (451-458). El Documento de Aparecida insta a los gobernantes, legisladores y profesionales de la salud a defender y proteger

la familia y la dignidad de la vida humana, y pide hacer uso de la objeción de conciencia ante ordenamientos jurídicos contrarios a la ley de Dios (436).

5. La opción por la vida es necesariamente **una opción por la evangelización de la cultura y de las diversas culturas de nuestros pueblos**. Una tarea de las proporciones que nos propusimos en Aparecida, que alimenta una verdadera pasión por la vida de nuestros pueblos y supone mucha coherencia con la fe y grandes sacrificios y esperanzas, tenía que dar un paso más, debía apuntar hacia la evangelización de nuestras convicciones, de nuestros comportamientos y costumbres, hacia la manera como cultivamos la relación con la naturaleza, entre nosotros y con Dios¹¹. En una palabra, tenía que impulsar la evangelización de la cultura (476-480). Sin ella, muy pocos optarán por la vida, la justicia, la equidad y la paz. Pocos pondrán todo su corazón, sus talentos, sus esfuerzos y sus renunciaciones a favor de una vida digna para todos, especialmente de los más pobres, y entre ellos, de tantas personas y pueblos abandonados.

6. La búsqueda del bien de nuestros pueblos en todas sus dimensiones seculares, y la transformación de las estructuras de la sociedad de manera que sean favorables a la vida, es una tarea que implica **una opción por la misión específica de los fieles laicos en medio de las realidades temporales**, presencia responsable y activa en los nuevos y antiguos arcópagos, en las ciudades¹² y en los campos, en las periferias y en los centros de decisión. Abarca la educación, la comunicación social, el servicio público, la organización de la empresa y de las organizaciones laborales, la apertura de caminos favorables a la integración de los pueblos indígenas y afroamericanos, la reconciliación y la solidaridad, y la unión de nuestras naciones¹³. América Latina está llamada a ser el Continente de la Esperanza y del Amor, un Continente de la Vida y de la Paz (cf. 537 y *Mensaje Final*, 5).

8. El primado de la acción del Espíritu en el servicio pastoral

Las orientaciones dedicadas al aprecio y el cultivo de la piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo, que podemos considerar una de las páginas más hermosas de Aparecida, muestran la atención que la Asamblea prestó a las iniciativas, a veces incomprensibles, del Espíritu Santo.

¹¹ Ver *Puebla*, 386.

¹² *Aparecida*, 509ss .

¹³ *Aparecida*, 480-508; 520-546.

«No podemos devaluar la espiritualidad popular, o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios. En la piedad popular se contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal. Es también una expresión de sabiduría sobrenatural, porque la sabiduría del amor no depende directamente de la ilustración de la mente sino de la acción interna de la gracia» (263).

El primado de la acción del Espíritu, si bien no nos aparta de una visión realista de la acción de quienes siembran cizaña y de sus efectos de desgracias y de muerte, llevó a los obispos a valorar como **el punto de arranque de nuestra acción evangelizadora, la siembra de Dios en nuestra Iglesia y en la sociedad**, es decir, a apreciar de manera preponderante todo lo que brota y crece en ellas por obra del Espíritu, como asimismo cuanto reacciona contra el mal, por acción del mismo Espíritu.

En lo que se refiere en general al Pueblo de Dios, el Documento de Aparecida enumera algunas características de esta plantación de Dios que crece:

«La Iglesia Católica en América Latina y El Caribe, a pesar de las deficiencias y ambigüedades de algunos de sus miembros, ha dado testimonio de Cristo, anunciado su Evangelio y brindado su servicio de caridad particularmente a los más pobres, en el esfuerzo por promover su dignidad, y también en el empeño de promoción humana en los campos de la salud, economía solidaria, educación, trabajo, acceso a la tierra, cultura, vivienda y asistencia, entre otros. Con su voz, unida a la de otras instituciones nacionales y mundiales, ha ayudado a dar orientaciones prudentes y a promover la justicia, los derechos humanos y la reconciliación de los pueblos. Esto ha permitido que la Iglesia sea reconocida socialmente en muchas ocasiones como una instancia de confianza y credibilidad. Su empeño a favor de los más pobres y su lucha por la dignidad de cada ser humano han ocasionado, en muchos casos, la persecución y aún la muerte de algunos de sus miembros, a los que consideramos testigos de la fe. Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes aún sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo» (98).

En el número 99 y en otros lugares el Documento de Aparecida enumera además otras iniciativas, inspiradas y bendecidas por Dios, en el campo de la animación bíblica de la pastoral, del amor por la Palabra de Dios, de la valoración del magisterio, de la renovación litúrgica, de la catequesis y del fortalecimiento de la responsabilidad por la verdad. Se valora el testimonio de vida de los sacerdotes, junto a su creatividad pastoral, el desarrollo del diaconado permanente y de los ministerios confiados a los laicos, la formación

en los seminarios y en otros espacios de formación, el testimonio y el aporte evangelizador —particularmente en situaciones de pobreza, de riesgo y de frontera— de la vida consagrada, y la entrega generosa de misioneros y misioneras, el insustituible aporte de la vida contemplativa y de las vírgenes consagradas. El Documento de Aparecida aprecia la renovación pastoral que tiene lugar, a veces de manera incipiente, en incontables parroquias, el florecimiento de un gran número de pequeñas comunidades, el fecundo trabajo de conversión, educación y evangelización que realizan muchos movimientos eclesiales, nuevas comunidades e itinerarios de iniciación cristiana. Valora las iniciativas de la pastoral familiar, educacional y social, los programas evangelizadores en bien de la infancia, los jóvenes y la tercera edad, y la dedicación pastoral a los pueblos indígenas y afroamericanos. Tampoco olvida innumerables iniciativas laicales que se inspiran en la Doctrina Social de la Iglesia, los progresos que hace la pastoral de las comunicaciones sociales, la evangelización de la cultura, y los acercamientos, todavía insuficientes, en el diálogo ecuménico.

Ya nos referimos a la importancia que da el Documento de Aparecida a la acción del Espíritu en el ámbito de **la piedad popular** (258-265), como «un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda» (262). Algo semejante afirma el Documento de Aparecida sobre incontables **comunidades eclesiales de base florecientes**, que «despliegan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres» (179), y que son reconocidas como «escuelas que han ayudado a formar cristianos comprometidos con su fe, discípulos y misioneros del Señor, como testimonia la entrega generosa, hasta derramar su sangre, de tantos miembros suyos» (178). También de **los movimientos eclesiales y nuevas comunidades** afirman los obispos que «son un don del Espíritu Santo para la Iglesia» (311), y se proponen «aprovechar mejor los carismas y servicios de los movimientos eclesiales en el campo de la formación de los laicos». Para ello expresan que desean «respetar sus carismas y su originalidad, procurando que se integren más plenamente a la estructura originaria que se da en la diócesis. A la vez, es necesario que la comunidad diocesana acoja la riqueza espiritual y apostólica de los movimientos» (313).

Estos ejemplos ilustran esta opción pastoral que emerge del Documento: considerar como punto de partida de la acción pastoral los gérmenes de vida, las iniciativas, las obras y las comunidades en las cuales podemos reconocer la iniciativa de Dios y la colaboración de sus discípulos en bien de su pueblo y de la sociedad.

Esta apertura al Espíritu Santo, unida a la oración de María Santísima y de todas las comunidades convocadas a ser discípulas misioneras, nos alienta a

esperar un nuevo Pentecostés para la Iglesia. Las grandes orientaciones pastorales de Aparecida claman por un espíritu nuevo. Nos invitan a ser, como Iglesia en Latinoamérica y El Caribe, un gran Cenáculo sin fronteras, una casa de insistente y confiada oración. Sin una nueva irrupción del Espíritu que hace nuevas todas las cosas, sería algo ilusorio tener esperanza en las grandes expectativas que despierta Aparecida. La Iglesia post Aparecida sólo puede ser una Iglesia orante, que necesita e implora un nuevo Pentecostés (548).

9. Un despertar misionero y una misión continental

Aparecida tiene clara conciencia de la situación de innumerables bautizados cuya pertenencia a la Iglesia no se expresa en la liturgia dominical, tampoco en la oración con la Palabra de Dios o en la recepción frecuente de los sacramentos que nos alimentan y reconcilian, ni en la participación viva en una comunidad cristiana. También es consciente del aumento del número de latinoamericanos y caribeños que no están bautizados. Sabe además que un número importante de personas que fueron bautizadas en la Iglesia católica, al perder contacto con la riqueza de la vida y la acción pastoral de su Iglesia (225), han buscado respuesta a su sed de Dios en otras confesiones religiosas, generalmente en otras comunidades cristianas. **Todo esto, y el escaso número de evangelizadores que parten en misión “ad gentes”, cuestiona el espíritu misionero de la Iglesia latinoamericana y caribeña.**

a) En muchas diócesis, sin embargo, en comunidades parroquiales, movimientos apostólicos, colegios y comunidades de universitarios, gracias a Dios, está ocurriendo un despertar del ardor misionero. Pero estos brotes no ocurren con la frecuencia y la universalidad que corresponde a nuestra vocación misionera. Por eso, le pedimos al Espíritu Santo que irrumpa entre nosotros, haciendo nuevas todas las cosas, sacudiendo de nosotros todo letargo misionero. **Aparecida se propuso que cada católico asuma que quien es llamado por Cristo como discípulo, es enviado por Él como misionero.** Ser discípulo y ser misionero son dos caras de la misma medalla, explicó el Santo Padre en su discurso inaugural (cf. 136-148). Como fruto del encuentro con Jesucristo vivo y de su seguimiento como discípulos, **vamos hacia un despertar misionero** en toda nuestra Iglesia en América Latina y el Caribe, en el cual cada Juan Diego, llamado por su nombre, salga a evangelizar con la Biblia en la mano y con la imagen de la Virgen María, como aparece en el tríptico que nos regaló el Santo Padre en Aparecida.

Lo expresa la conclusión del Documento con estas palabras:

«Esta V Conferencia, recordando el mandato de ir y de hacer discípulos (cf. *Mt* 28,20), desea despertar la Iglesia en América Latina y El Caribe para un gran impulso misionero. No podemos desaprovechar esta hora de gracia. ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia, y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en nuestro Continente. Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “areópagos” de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo ad gentes nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia» (548).

Esta gran novedad de Aparecida persigue que el Pueblo de Dios viva en estado permanente de misión (551). Para ello la Iglesia ha de ser un espacio que facilite la experiencia religiosa y la vida comunitaria, una escuela de formación bíblico-doctrinal, y una casa de la cual todos salen con un profundo compromiso evangelizador (226).

b) Así, la Vª Conferencia General concluye convocando a una gran acción misionera, **a una Misión Continental**. Leemos en el Mensaje Final:

«Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la **Gran Misión Continental**. Será un nuevo Pentecostés que nos impulse a ir, de manera especial, en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor de nuestro Padre Dios. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda» (5)¹⁴.

La misión quiere abarcar a todos los bautizados y llegar aún a quienes no conocen a Jesucristo. **En lo que atañe a nuestras comunidades, la misión tiene dos objetivos:** por una parte, dar un salto cualitativo para lograr un vivo despertar misionero que sea permanente, ya que pedimos la gracia de ser una

¹⁴ Ver *Aparecida*, 362, 548 y 551.

Iglesia realmente misionera, cuyos miembros sean de verdad discípulos misioneros. Por otra parte, persigue la interiorización de la gran riqueza espiritual y pastoral, religiosa y humana, contenida en las orientaciones pastorales de Aparecida y en la experiencia de comunión de la reciente Conferencia.

10. Una conversión pastoral

Es tal la magnitud del compromiso asumido en Aparecida, que se hace necesaria una conversión pastoral, que debe abarcar a las personas, a las comunidades y a las diferentes instancias de nuestra Iglesia. El Documento de Aparecida la propone específicamente en los números 365-372, pero su contenido lo encontramos prácticamente en todos los capítulos.

Éstas son algunas de sus componentes principales:

a) **La necesidad de esta conversión pastoral surge de una “firme decisión misionera”**. Ella «*debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos, y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe*» (365). Esto «*implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales*» (367).

b) Esta resolución misionera, que exige una conversión pastoral, requiere estar **disponibles a la voz del Espíritu Santo**, que habla a través de los signos de los tiempos (366s). Asimismo necesita una **conversión de los pastores** para «*vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación*», sin olvidar la urgencia pastoral del «*testimonio de comunión eclesial y santidad*» (368 y 371). Esos números contienen, además, otras recomendaciones de gran valor.

c) La conversión pastoral supone la renovación de las parroquias (170), los movimientos y todas las comunidades e instituciones eclesiales de modo **que sean verdaderas escuelas de discípulos misioneros**. Esto significa que vivan y trabajen como escuelas que saben conducir y de hecho **conducen al encuentro con Jesucristo vivo**, sobre todo enseñando la lectura orante de las Escrituras —lectio divina— (249), potenciando la iniciación a la vida cristiana, ya que «*o educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora*» (287). Estas “escuelas” han de avivar el encuentro con Cristo en las celebraciones litúrgicas, particularmente en la celebración eucarística y del sacramento de la reconciliación (251-254), reconquistar la celebración del día del Señor (252s), enseñar a recorrer ese camino hacia Él que es el amor a la Virgen María (267), y a servir

generosamente a los pobres, afligidos, enfermos y excluidos, cuyos derechos hemos de defender, y en quienes encontramos y servimos al Señor (257). En ellas hemos de aprender y transmitir el aprecio y el cultivo de la piedad popular (259, 263, 265).

d) Algo irrenunciable en el proceso de la conversión, la formación, la comunión y la misión, es **la recuperación de la categoría “encuentro”**. Es Cristo quien sale a nuestro encuentro, y nosotros quienes vamos a su encuentro. También es el encuentro entre los hermanos, ya que en la comunión con el Señor se gesta la comunión entre nosotros. Siendo que todo pastor ha de reflejar al Buen Pastor, es evidente que *nuestra pastoral tiene que estar entrelazada de encuentros* en la sencillez, la cordialidad, la solicitud, la escucha, el consuelo y el servicio a los demás. No pueden dejarse absorber los pastores por mil reuniones de planificación y administración; no pueden “abstenerse” de utilizar una buena parte de su tiempo en ser encontrados y en salir al encuentro, en tomarse el tiempo imprescindible para acompañar espiritualmente, especialmente a los jóvenes. No pueden renunciar a formas de encuentro que expresen su relación sacramental de amigo, hermano, padre y pastor. Tampoco pueden hacerlo sus colaboradores.

Encontramos estas reflexiones sintetizadas en el Mensaje Final:¹⁵

«La alegría de ser discípulos y misioneros se percibe de manera especial donde hacemos comunidad fraterna. Estamos llamados a ser Iglesia de brazos abiertos, que sabe acoger y valorar a cada uno de sus miembros. (...) Nos proponemos reforzar nuestra presencia y cercanía. Por eso, en nuestro servicio pastoral, invitamos a dedicarle más tiempo a cada persona, escucharla, estar a su lado en sus acontecimientos importantes y ayudar a buscar con ella las respuestas a sus necesidades. Hagamos que todos, al ser valorados, puedan sentirse en la Iglesia como en su propia casa».

11. Aparecida: Nuestra Señora entre peregrinos, la Eucaristía de los misioneros y la Palabra de los discípulos.

Como ya lo constatamos, Aparecida fue mucho **más que una Conferencia General, fue una experiencia gozosa de comunión con Dios y con los hermanos**, con los presentes y los de más lejos, y también con hermanos de otras confesiones cristianas.

¹⁵ *Mensaje Final*, 3; cf. *Aparecida*, 188, 363 y 368.

1. Tuvo lugar en una de las grandes capitales de la geografía de la fe de nuestro continente y de sus islas, en un santuario de la Virgen María, Nuestra Señora Aparecida, en el cual afloró, en la cercanía de miles de peregrinos, todo el amor a la Sma. Virgen que guardamos como un tesoro vivo en lo más hondo de nuestro ser y de nuestra cultura.

La Vª Conferencia no habría sido lo que fue sin ese enorme aprecio por la inculturación del Evangelio que hallamos en la religiosidad popular; y sin el redescubrimiento del **potencial evangelizador del amor a la Virgen María**, que nos conduce a la Sma. Trinidad, hacia el corazón y la misión de su Hijo, hacia la naciente Iglesia, la de entonces y la de ahora, que implora el Espíritu Santo en el Cenáculo y sale a evangelizar, como también hacia los innumerables esposos de Caná a los cuales les falta el “vino”: dolorosas carencias de lo necesario para vivir conforme a su dignidad. La Virgen María no es un capítulo del Documento, sino que está presente en casi todos sus capítulos, porque es modelo y madre de discípulos misioneros, que quieren vivir con gratitud y alegría el don de su fe y su misión por la vida de nuestros pueblos.

2. Para quienes participamos en la Asamblea, hacer memoria de Aparecida es sumergirnos nuevamente en los salmos de la liturgia de las horas, acompañados de las 100 voces del coro del santuario, y es recordar **el significado, la belleza y el poder transformador de la Eucaristía**. Ese tiempo, dedicado cada día a la renovación de la Nueva Alianza, realmente era la raíz y la cumbre de nuestra Asamblea. Recorrer las páginas del Documento es un reencuentro con la riqueza de la Eucaristía, Pan bajado del cielo para la vida del mundo, envío de misioneros con la cruz y la victoria de Cristo sobre la muerte y el pecado. El siguiente es uno de los tantos textos que proponen e invitan a una visión integral y evangelizadora de la Eucaristía:

«En su Palabra y en todos los sacramentos Jesús nos ofrece un alimento para el camino. La Eucaristía es el centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad: “El que me coma vivirá por mí” (Jn 6,57). En ese banquete feliz participamos de la vida eterna y así nuestra existencia cotidiana se convierte en una Misa prolongada. Pero todos los dones de Dios requieren una disposición adecuada para que puedan producir frutos de cambio. Especialmente, nos exigen un espíritu comunitario, abrir los ojos para reconocerlo y servirlo en los más pobres: “En el más humilde encontramos a Jesús mismo”¹⁶. Por eso San Juan Crisóstomo exhortaba: ‘¿Quieren en verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consientan que esté desnudo. No lo honren en el templo con manteles de seda mientras afuera lo dejan pasar frío y desnudez’»¹⁷ (354).

¹⁶ DCE, 15.

¹⁷ San JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre san Mateo*, L, 3-4: PG 58, 508-509.

De hecho, la presencia de los peregrinos del Santuario —120.000 cada semana— nos evocaba día a día al pueblo de Dios que servimos, y particularmente los rostros de quienes sufren, de la gente más sencilla de nuestros pueblos, de los pobres y los afligidos. Sus necesidades exigían compromiso sincero con **la opción preferencial por los pobres, con la educación, con la evangelización de la cultura y con todos los ámbitos del progreso humano integral**. Por otra parte, la dedicación generosa e inculturada del equipo pastoral del santuario, y la apertura de esos peregrinos al encuentro con Jesucristo y con su Madre Aparecida, nos edificaban y evangelizaban.

3. En el espacio interior abierto por las significativas celebraciones eucarísticas, nos propusimos vivir y trabajar como discípulos de Jesucristo, y pedimos la gracia de que Cristo viniera a nuestro encuentro y guiara nuestros pasos para seguirlo y amarlo. **Resueltos a escuchar su palabra y a acogerla como discípulos suyos**, cada día nos enriquecimos con el ardor y la luz del Evangelio, comentado al inicio de cada jornada durante la Eucaristía, y al concluirla en el rezo de vísperas. Esas homilias avivaron nuestro amor a Jesús, nuestra fe en el encargo recibido, y nuestra esperanza compartida con su pueblo, deseoso de tener vida nueva en el Espíritu. De hecho, el discernimiento de los signos de los tiempos condujo nuestras reflexiones hacia los orígenes, a orillas del Jordán y del Lago de Galilea, a la fuente de la vida cristiana en los primeros encuentros con Jesús, que serían proyectados hacia la vida de la Iglesia por el Espíritu Santo. Por eso, Aparecida nos invitó a recorrer los caminos de encuentro del Evangelio, y a basar todas las orientaciones centrales del Documento en las Escrituras, redescubiertas, leídas, meditadas, oradas e interiorizadas “con el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo”. No es de extrañar entonces la insistencia en mostrar esa experiencia como uno de los lugares más determinantes para el encuentro con Cristo, que nos transforma en discípulos misioneros suyos.

«Se hace, pues, necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad”¹⁸. (...) Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse con el Pan de la Palabra: quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo, y a que sean alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos. Por esto la importancia de una “pastoral bíblica”, entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, y de evangeli-

¹⁸ EA, 12.

zación inculturada o de proclamación de la Palabra. Esto exige por parte de obispos, presbíteros, diáconos y ministros laicos de la Palabra un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea sólo intelectual e instrumental, sino con un corazón «hambriento de oír la Palabra del Señor» (*Am* 8,11)» (248).

Y nos invita especialmente a acercarnos a la Sagrada Escritura con el ejercicio de la “*Lectio divina*” o lectura orante de la Palabra¹⁹.

11. Hacia el futuro

Las palabras finales del Documento de Aparecida también son **una síntesis de los grandes desafíos** de nuestra Iglesia en Latinoamérica y el Caribe, que sólo pueden recibir una respuesta auténtica en la fuerza del Espíritu Santo:

«Recobremos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva (...) a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo²⁰. Recobremos el valor y la audacia apostólicos» (552).

«Nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y ternura, de María Santísima. Que nos muestre el fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como ella lo hizo en el misterio de la anunciación y encarnación. Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en camino de sacrificio, amor y servicio, como lo hizo en la visitación a su prima Isabel, para que, peregrinos en el camino, cantemos las maravillas que Dios ha hecho en nosotros conforme a su promesa» (553).

¹⁹ Ver *Aparecida*, 249.

²⁰ *EN*, 80.

*Conciencia y fidelidad
de los discípulos misioneros*

REV. P. FRANCESCO PETRILLO, OMD.

*Superior General de los Clérigos Regulares de la
Madre de Dios en Roma*

1. El acierto de Aparecida

«El acontecimiento de Cristo es el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo: No se comienza ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹.

Podríamos considerar este fundamental apartado del Documento Conclusivo de Aparecida que asume y relanza la conocida expresión de Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est* (n. 1) como la síntesis más completa de lo que origina la conciencia del discípulo misionero y de la moralidad nueva que brota de su identidad. Es la definición más exhaustiva y original de la conciencia discipular que nace por la irrupción de un acontecimiento que genera estupor y mueve hacia un actuar permanentemente vivido en la memoria fiel de lo sucedido.

La V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe poniendo al centro de su atención el tema del cristiano, o sea del discípulo de Cristo y del camino para la formación de su conciencia y de su actuar misionero ha evidenciado la urgencia del momento que la Iglesia vive y la percepción de los desafíos que la situación actual plantea a la fe y a la vida de las comunidades cristianas. Hoy somos más conscientes de la verdadera naturaleza de la crisis. No basta hablar de Nueva Evangelización sin preguntarse por el sujeto que la llevará a cabo. Sería ilusorio darlo por descontado, pues son tantos los hombres y mujeres de Latinoamérica que creen ya saber lo que es el cristianismo y no tienen curiosidad alguna de conocerlo. Por ello no es suficiente una estrategia propagandista para atraerlos a la fe, ni siquiera un poco más de formación, de vida interior o un genérico “suplemento de alma”. Lo que la Iglesia hoy día necesita con mayor urgencia es que sus hijos recuperen por entero y en profundidad su identidad. Por demasiado tiempo se ha dado por descontado que para ser cristianos es suficiente nacer en un ambiente relacionado a la

¹ *Aparecida*, n. 243.

cultura cristiana. Sin embargo, no ha sido nunca tan actual como hoy la afirmación de Tertuliano quien, en el siglo segundo decía: «*cristianos no se nace, sino que se llega a ser*». Por lo tanto hay que empezar por despertar el interés por Jesucristo y su evangelio.

Aparecida se ha puesto como objetivo central de su larga y participada preparación como de su celebración, no una serie particular de técnicas pedagógicas o estrategias de planificación sino el estupor y la comprensión por las modalidades con las que Jesús dió comienzo a la primera comunidad de sus discípulos. Resulta extremadamente significativo que se haya vuelto a hablar del «*estupor*» de la gente por encontrar a Jesucristo o algunos de sus discípulos, del «*desborde de alegría y gratitud por el don del encuentro con Jesucristo*»², reconociendo que uno de los aspectos reductivos de la identidad cristiana es justamente la incapacidad de recibir y comunicar estupor, asombro, maravilla³.

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe no ha equivocado el tema, como algunos han afirmado, puesto que se habría concentrado en temáticas demasiado espirituales e interiores en lugar de enfrentar los grandes desafíos de la historia en materia de paz, de justicia y de libertad. Por el contrario fue un acierto, como lo ha enfatizado el mismo Pontífice Benedicto XVI en el fundamental discurso a la Curia Romana pronunciado el pasado 21 de diciembre de 2007 centrando su análisis en el significado de su viaje a Brasil y en particular de la misma V Conferencia:

«*La palabra clave del tema —ha dicho el Papa— es: encontrar la vida, la vida verdadera. Así el tema supone que este objetivo, sobre el que tal vez todos estén de acuerdo, se logra en el discipulado de Jesucristo, así como en el compromiso en favor de su palabra y de su presencia. Por consiguiente, los cristianos en América Latina, y con ellos los de todo el mundo, están llamados ante todo a ser cada vez más “discípulos de Jesucristo”, algo que, en el fondo, ya somos en virtud del Bautismo, lo cual no quita que debamos llegar a serlo siempre de forma nueva mediante la asimilación viva del don de ese sacramento*»⁴.

«*Ser cada vez más discípulos de Jesucristo*». Este es el «*método*» de Aparecida y del momento actual de la Iglesia. Esta es su originalidad por la cual, en continuidad con las anteriores Conferencias Generales, constituirá una verdadera piedra miliar en la peregrinación de la Iglesia en América Latina. No habrá

² Cf, *Aparecida*, n. 14; 28; 29; 244; 277.

³ *Aparecida*, n. 244: «*esa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor, ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre de vida que había en sus corazones*».

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 21 de Diciembre de 2007.

vida y vida verdadera, si no habrá un sujeto⁵ nuevo que en el encuentro con Jesucristo se haga protagonista de esas fuerzas del bien «*sin las cuales todos nuestros programas de orden social no se hacen realidad, sino que, ante la enorme presión que ejercen otros intereses contrarios a la paz y a la justicia, se quedan en teorías abstractas*»⁶.

El discípulo es este sujeto en el que se realiza una condición nueva, una moralidad nueva que permite verificar la fuerza transformadora que origina el encuentro con Cristo. Es la humanidad concreta que en el abrazo con Cristo desata un dinamismo de estupor y de ternura por sí mismo y por los demás que transforma las relaciones y determina un nuevo compromiso con la realidad⁷. Este es el gran acierto del documento de Aparecida⁸, la verdadera revolución copernicana que permitirá pasar de la proclamación utópica de grandes objetivos, posibles de compartir, pero que no poseen espacios de verificación, a experiencias en acto que testimonien la novedad que la Pascua de Jesucristo ha introducido en el mundo. Se trata de comprobar en la historia la fuerza del mensaje cristiano, liberándolo de connotaciones moralísticas o utópicas más cercanas a visiones ideologizadas que resultan impotentes para el despertar del yo y resolver los graves problemas que nos afectan. Este núcleo constitutivo de la experiencia cristiana demuestra que nosotros tenemos un criterio unitario, una hipótesis existencial, para encontrar la realidad. Se entiende así que el tema del discipulado es el verdadero epicentro de la identidad cristiana y eclesial y el banco de prueba de un acontecimiento que está porque actúa. El hombre de hoy se interesará por el cristianismo si éste cumple la promesa con la que se presenta y consigue sacar a la persona del letargo en que se encuentra. Es el terreno de la realidad donde el cristianismo es llamado a mostrar su verdad. Por esto el tema del discipulado, verificando la fuerza de maduración de la persona hacia su ser verdadero, se pone en la historia como la más rotunda afirmación que Cristo es real. La falta de experiencia personal del acontecimiento cristiano incapacita para comprenderlo, con el riesgo de dejar el paso a versiones reducidas del cristianismo de corte nocional o moralista. El Evan-

⁵ Sobre la problemática moderna del sujeto, cf. J. Prades, «Eius dulcis Praesentia»: *Revista Española de Teología* 62 (2002) 5-44; Id., «¿Está Dios en el centro de la vida?», en A. Pérez Laborda (ed.), *Dios para pensar. El Escorial 2002* (Presencia y Diálogo 2), Madrid 2002, 15-47.

⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*.

⁷ Justamente famosa queda aquella expresión de un escritor romano, llamado Mario Victorino: « Cuando encontré a Cristo descubrí que yo era hombre ». Mario Victorino, *In epistola ad Ephesios, Liber Secundus*, en *Marii Victorino Opera exegetica*, cap. 4, v. 14.

⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*; «¿Hizo bien Aparecida, buscando la vida para el mundo, en dar prioridad al discipulado de Jesucristo y a la evangelización? ¿Era una retirada equivocada hacia la interioridad? No. Aparecida decidió lo correcto, precisamente porque mediante el nuevo encuentro con Jesucristo y su Evangelio, y sólo así, se suscitan las fuerzas que nos capacitan para dar la respuesta adecuada a los desafíos de nuestro tiempo».

gelio, por el contrario, narra siempre hechos reales, que cualquiera podía reconocer sin ningún requisito particular. Como nos ha recordado el Papa Benedicto XVI, «la verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito»⁹.

La tradición católica resulta vigente y fecunda cuando se convierte en carne y sangre de la «criatura nueva» que es por gracia bautismal, injerta como miembro vivo del Cuerpo de Cristo. La cuestión decisiva, principal, que Aparecida ha tratado y consignado en su Documento Conclusivo, es cómo el don de la fe es acogido, custodiado, vivido y compartido por la Iglesia, comunidad de discípulos misioneros. «La mayor amenaza —decía el entonces Cardenal Joseph Ratzinger en Guadalajara (México, mayo 1996)— es el gris pragmatismo de la vida cristiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad». Por eso es tan crucial el tema tratado en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida».

2. En el origen de la conciencia del discípulo: el encuentro con Jesús.

El discípulo nace siempre del encuentro personal con Jesucristo. Este es el dato originario y fundamental: cualquier otra definición, si no llega a identificar ese punto de partida, se queda siempre en una indicación penúltima. Es suficiente leer los Evangelios o los escritos apostólicos para ver como el dinamismo del encuentro personal con Jesucristo está en la raíz misma del método de vida cristiano: el encuentro con el paralítico (*Mt* 9,1-7); con Mateo (*Mt* 9,9); con la hija de Jairo y con la mujer enferma (*Mt* 9, 18-26); con los dos ciegos (*Mt* 9,27-31); con el mudo endemoniado (*Mt* 9, 32-34); con el joven rico (*Mt* 19, 16-22); con la viuda de Naím (*Lc* 11, 11-17); con el centurión (*Lc* 7, 1-10); con los primeros discípulos y con Natanael (*Jn* 1, 35-51); con Nicodemo (*Jn* 3, 1-11); con la Samaritana (*Jn* 4, 1-42); con el Eunuco (*Jn* 8, 26-40); con Saulo (*Hechos* 9, 1-19).

Siendo el cristianismo un acontecimiento de esta naturaleza, no existe ninguna condición previa, sino aquella disponibilidad a dejarse tocar, sanar, mirar, abrazar por una presencia humana. Basta que la humanidad de una persona, tal y como está, entre en contacto con la persona de Jesús para que pueda experimentar la novedad que Él ha traído, trayéndose a sí mismo,

⁹ BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 25 de diciembre de 2005, n. 12.

como nos recuerda San Ireneo de Lyon¹⁰. El discípulo nace de este encuentro personal de su libertad con esa Persona singular, Jesucristo, que manifiesta una estatura humana, una humanidad tan excepcional, porque transmite también su ser divino.

El documento conclusivo de Aparecida nos describe de manera cristalina este itinerario del encuentro con la humanidad de Jesús y el despertar de la conciencia del discípulo:

«*La naturaleza misma del cristianismo consiste, por lo tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo. Esa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones. El evangelista Juan nos ha dejado plasmado el impacto que produjo la persona de Jesús en los primeros discípulos que lo encontraron, Juan y Andrés. Todo comienza con una pregunta: «(Jn 1,38). ¿Qué buscan? A esa pregunta siguió la invitación a vivir una experiencia: «Vengan y lo verán!» (Jn 1,39). Esta narración permanecerá en la historia como la síntesis única del método cristiano»*¹¹.

Es sorprendente ver con cuanta fuerza Aparecida descubre en la narración del llamado de los primeros discípulos la «*síntesis única del método cristiano*». Se trata del método (*metà odòn*, en griego: a través de un recorrido) que siguió Jesús a lo largo de su vida pública para originar la comunidad de los discípulos¹² y que el Documento Conclusivo ha asumido con lúcida claridad, conciente que no puede existir otro camino por recorrer. Si la puesta en juego es la generación del discípulo misionero, debemos hacer el mismo camino que Jesús ha fijado desde el inicio y que la Iglesia experimenta desde hace más de dos mil años. Aparecida emplea la palabra «*método*» en sentido fuerte, o sea de la misma manera por la cual Jesús ha dicho «*Yo soy el camino*» (Jn 14,6), el ser del camino del cristiano. Se trata, en concreto, de comprender qué significa ser de Cristo, como sucedió a los primeros discípulos y, a partir de ellos, a millones de personas hasta hoy¹³.

Aparecida ha ofrecido —sobre todo en el fundamental capítulo sexto de su Documento Conclusivo— una precisa actuación del método de vida cristiana inaugurado por Jesús: desde el centro del amor Trinitario somos atraídos a

¹⁰ Ireneo de Lyon, «[El Señor] trajo toda novedad trayéndose a si mismo, como lo había anunciado», *Adversus Haereses*, IV,31,1.

¹¹ *Aparecida*, n. 244;

¹² Sobre la relación de la predicación del Reino de Dios y el discipulado, cf. J.J. Bartolomé, *El discipulado de Jesús en Marcos. Motivo y metodología de un modelo evangélico*, EstBib 51 (1993) 513-517.

¹³ *Aparecida* n. 276: «Cristo nos da el método: «*Vengan y vean*» (Jn 1,39), «*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn 14,6). Con él podemos desarrollar las potencialidades que están en las personas y formar discípulos». Cf también *Aparecida* n. 101.

Jesucristo. Él es el gran “Sí” que de manera continua y fiel Dios pronuncia sobre el hombre y que encuentra su cumplimiento en el “sí” que el discípulo pronuncia cada día ante la experiencia de su presencia. Aparecida no parte ni de un análisis, ni de un proyecto, elementos evidentemente fundamentales, pero al interior de un horizonte más amplio. El método del discipulado es otro: partir de un encuentro que sucede en lo cotidiano, dejándose interpelar por la realidad. El análisis, el proyecto proceden de allí. Se puede partir del misterio de la fe si somos conscientes que el ser cristiano no es una decisión mía, no es una teoría, sino el encuentro personal con el acontecimiento de Cristo en la comunidad. La Iglesia podrá contar con sujetos en grado de transmitir el gozo de la fe, de tener la audacia de comunicarla en la vida real a través del modo de vivir las cosas de todos los días, si ellos mismos han sido «cautivados» por Jesucristo, si viven con la conciencia de haber encontrado la perla preciosa:

*«la alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo».*¹⁴

He aquí que la iniciación cristiana, urgentemente invocada en el Documento Conclusivo (cf. nn. 289-294), es obra Suyá a la que nosotros estamos llamados.

En una de sus formulaciones más altas y hermosas el Documento Conclusivo de Aparecida recuerda que el itinerario formativo de la conciencia del discípulo *«tuvo siempre un carácter de experiencia, en el cual era determinante el encuentro vivo y persuasivo con Cristo, anunciado por auténticos testigos. Se trata de una experiencia que introduce en una profunda y feliz celebración de los Sacramentos, con toda la riqueza de sus signos. De este modo la vida se va transformando progresivamente por los santos misterios que se celebran, capacitando al creyente para transformar el mundo».*¹⁵

Aparecida y su clave hermenéutica ofrecida por el Papa en el discurso a la Curia Romana, identifican con claridad el camino, o sea el método, para que en el mundo resplandezca el testimonio cristiano. De hecho el testimonio brota del Crucifijo Resucitado que nos hace partícipes de su misión, pero se cumple en aquel sujeto que es la comunidad de los discípulos. Las indicaciones pastorales de Aparecida sugieren con fuerza el cuidado del «protagonista» de la misión: el discípulo. No habrá misión, así como no habrá espacios transformados por el testimonio de los creyentes, si no a partir del sujeto llamado a vivir como testigo. Este es el factor genético

¹⁴ *Aparecida*, n. 29.

¹⁵ *Aparecida*, n. 290.

identificante de la comunidad. En cierto sentido cualquier iniciativa una comunidad cristiana realice, sea ella la celebración Eucarística, una obra social, una convivencia, debe permitir a quienquiera, de identificar, directa o indirectamente, esta raíz del encuentro personal con Jesús. Si se encontrara allí alguien que por primera vez tiene contacto con la realidad eclesial, debería percibir que está llamado al encuentro personal con Jesús, debería “allí” encontrar a Jesús.

Para describir la naturaleza propia del encuentro personal con Cristo, el Documento Conclusivo de Aparecida indica dos características esenciales¹⁶.

En primer lugar el hecho que el encuentro posee siempre el carácter de una cierta sorpresa, es siempre un imprevisto. El imprevisto ha sucedido en Jesucristo, el Verbo encarnado. Con Él, el Misterio ha entrado en la historia convirtiéndose en compañía para el hombre y proponiéndose como respuesta a su exigencia de felicidad: quien le sigue tendrá el ciento por uno y la vida eterna (cf. *Mt* 19,29). Pero este dato es el reflejo de un elemento más profundo: el encuentro posee la naturaleza del don, de lo absolutamente gratuito, es algo que yo no me puedo procurar por mi cuenta: «*En el encuentro con Cristo queremos expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio. Ser cristiano no es una carga sino un don: Dios Padre nos ha bendecido en Jesucristo su Hijo, Salvador del mundo*».¹⁷

«*La Palabra divina*, escribía magníficamente Filón de Alejandría, *apareciendo sin que nadie la espere, como un compañero para el alma que solitaria camina, le trae una alegría inesperada que supera toda esperanza*»¹⁸. El Dios previsible es exactamente el «Dios de los sabios», bien enmarcado en el rol que ellos le asignan. Pero éste no es nada más que un ídolo de nosotros mismo y de nuestras previsiones. El Dios de Jesucristo es completamente diferente: es imprevisible, porque se presenta ofreciéndose a nosotros, fuera de cualquier precisa espera. Nosotros no conocemos de antemano la sorpresa de su donación. «*Si tú conocieras el don de Dios!*» (*Jn* 4,10). Una «*donación originaria*»¹⁹ nos precede. Es así que debemos entender, en su primer sentido, la iniciativa que Cristo tiene en la formación de la conciencia del discípulo.

Existe, sin embargo, una segunda característica esencial en el encuentro con Cristo y que lo hace sumamente conveniente. Se trata del hecho que el encuentro con Jesús afecta, toma, involucra y mueve la libertad del discípulo. Esto sucede exclusivamente porque sólo Cristo puede satisfacer plenamente

¹⁶ Cf. *Aparecida*, n. 131.

¹⁷ DC, n. 28.

¹⁸ FILÓN DE ALEJANDRÍA, *De somniis*, 1,71.

¹⁹ M. HENRY, *Incarnation. Une philosophie de la chair*, Paris. d. du Seuil, 2000, p. 263.

las exigencias más profundas del corazón del hombre y responder a las preguntas más inquietantes sobre el dolor, la injusticia, el mal, la muerte y el más allá. Estamos muy lejos de cualquier apologética de la violencia o de una doctrina apremiante a la que faltaría toda idea de gratuidad y de don. Por lo tanto el encuentro con Cristo, origen de la conciencia del discípulo, es el encuentro con Aquel que responde y satisface plenamente mi deseo y mi pregunta de manera gratuita e inimaginable antes. Lo ha percibido claramente Nicodemo (Cf *Jn* 3,1-21) quien, aún sin lograr adherir hasta el fondo, entiende este doble matiz cuando, secundando el diálogo con Jesús, se encuentra frente a esta afirmación del Maestro: «el que no nazca de nuevo de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios» (*Jn* 3,3). «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo?» (*Jn* 3,4) es la pregunta de Nicodemo, y en cierto sentido, debería ser la pregunta de todo discípulo que quiera alcanzar su madurez.

3. Ser discípulos de Cristo es un camino de educación hacia nuestro verdadero ser, hacia la forma correcta de ser hombres. (Benedicto XVI)

«¿Cómo puede ser eso?». (*Jn* 3,4) La pregunta de Nicodemo está destinada a aflorar sobre nuestros labios como la pregunta más preciosa para la formación de la conciencia, o sea de la identidad del discípulo-misionero. Podríamos formularla de otra manera: ¿cómo sucede este encuentro en mi vida?, ¿en qué sentido el encuentro con Jesús me sorprende hoy, y pone en movimiento toda mi vida porque la atrae hacia sí de manera cumplida? Esta ha sido la pregunta fundamental de Aparecida.

El Documento Conclusivo ofrece una extraordinaria respuesta a esta pregunta:

«El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña»²⁰.

Volviendo a la clave interpretativa que el Papa ha dado de todo el documento de Aparecida, - porque de esto en verdad se trata - podríamos decir que ha querido explicitar precisamente el siguiente dinamismo afirmando que «*ser*

²⁰ *Aparecida*, n. 277.

discípulo de Cristo es un camino de educación hacia nuestro verdadero ser, hacia la forma correcta de ser hombres»²¹.

El discipulado no es una teoría, ni una serie de reglas por cumplir o de nociones por aprender, sino un camino educativo hacia el verdadero ser, hacia la verdad de sí mismo provocada por la fascinación que Cristo ejerce sobre el corazón del hombre. Aparecida habla de «*aspiraciones profundas despertadas por el encuentro con Cristo*», «*atracción*», «*asombro*» suscitadas por una Presencia, de la misma forma que el yo se despierta por el atractivo de la realidad. Oportunamente ha recordado que «*ser discípulo es un don destinado a crecer y que la iniciación cristiana da la posibilidad de un aprendizaje gradual en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo. Así, forja la identidad cristiana con las convicciones fundamentales y acompaña la búsqueda del sentido de la vida*».²² En efecto nos sorprendemos interesados cuando aparece ante nosotros algo que nos fascina y atrae sacándonos de nuestra apatía y poniendo en movimiento razón y libertad. «*El hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia*»²³. El dinamismo educativo que lleva los primeros discípulos a seguir a Jesús se funda todo sobre una pregunta existencial «*¿qué buscáis?*» (Jn 1,38), que los obliga a entrar en la identidad de sí mismos, en ese conjunto de exigencias y evidencias que constituyen su rostro de hombre y que la Biblia llama sintéticamente “corazón”²⁴. Esta pregunta equivale a pedir «*¿quién eres?*»; es una invitación a ir a lo más profundo de nuestro yo. Obliga a ponernos frente a nosotros mismos y reconocer la urgencia de una respuesta adecuada a la inmensidad de lo que nuestro corazón exige. El Papa Benedicto XVI ha formulado el contenido de esta misma pregunta en su última encíclica:

«Entonces, ¿qué es realmente lo que queremos? Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿qué es realmente la “vida”? Y ¿qué significa verdaderamente “eternidad”? Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera “vida”, así debería ser. En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos “vida”, en verdad no lo es. Agustín, en su extensa carta sobre la oración dirigida a Proba, una viuda romana acomodada y madre de tres cónsules, escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la “vida bienaventurada”, la vida que simplemente es vida, simplemente “felicidad”. A fin de cuentas, en la oración no pedimos otra cosa. No nos encaminamos hacia nada más, se trata sólo de esto. Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo

²¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*.

²² DC, n. 291.

²³ JUAN PABLO IIº, Encíclica *Fides et Ratio*, n. 1.

²⁴ Cf. *1 Sam* 16,7; *Dt* 7,17; *1Re* 3,9; *Mc* 2,6.8; 3,5.

esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente. “No sabemos pedir lo que nos conviene”, reconoce con una expresión de san Pablo (Rm 8,26). Lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. “Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (docta ignorantia)”, escribe. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta “verdadera vida” y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados»²⁵.

La respuesta de Jesús «venid y lo veréis» (Jn 1,39) consiste en la invitación a entrar en el misterio del propio yo, para comprender qué es lo que realmente buscamos, siguiéndole a Él. Jesús se propone como el contenido de lo que hay en el corazón humano²⁶. Los dos discípulos aceptan el desafío y se quedan con Jesús todo el día. En la convivencia con Él alcanzarán poco a poco una certeza moral que los despierta a su propio yo, los identifica en sus exigencias más humanas, hasta verlas realizadas en la incomparable humanidad del Maestro. Comprenderán que, si quieren ser verdaderos hombres, deben adquirir sus sentimientos, parecerse a El, pensar y vivir como lo hacía Jesús. En una palabra, deberán ser “discípulos”, deberán ser “suyos”. Se sentían interpretados. Solo Dios corresponde a la exigencia de totalidad del corazón humano. La cuestión es que el misterio de Dios, mientras permanece oscuro, no es lo bastante concreto para atraer la totalidad de la persona. Una vaga religiosidad no es capaz de despertar el sujeto. Sólo el encuentro con una Persona viva, en la que resplandece lo mejor de lo humano, puede desvelar el misterio del propio yo²⁷. La belleza del seguimiento de Cristo crece cada día más si se permanece a su lado, no obstante nuestras fragilidades y traiciones. Lo humano que hay en nosotros, por el don del Espíritu, es así asimilado siempre más al de Cristo y así el camino educativo hacia la verdad de si mismos, que el Papa propone como dinámica del ser discípulo, se vuelve una introducción en la totalidad de lo real en cuanto determinada por la Presencia del Señor resucitado. De hecho la educación nace de un don que la precede, del don del

²⁵ BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*, n. 11.

²⁶ R. NIEBUHR, *The Nature and Destiny of Man. A Christian Interpretation*, vol. II, London-New York 1943, 6: «Nada hay más absurdo que una respuesta a una pregunta que no se plantea».

²⁷ Cf. JUAN PABLO II°, Encíclica *Redemptor Hominis*, n. 10 : «El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a si mismo –no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes– debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a si mismo. Si se actúa en él este proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de si mismo».

encuentro con Jesús que mueve la libertad personal y, poniéndola en obra, le abre de par en par el paso hacia su completa realización. La vida y el tiempo se nos han dado para hacernos cada vez más verdaderos, más nosotros mismos, pero esto se logrará si, «*somos más discípulos*», si asumimos que la verdad de nosotros es pertenecerLe. Si Cristo es el Verbo hecho carne que se ha hecho visible al hombre penetrando su existencia y proyectándola hacia su destino, entonces esa presencia determina la percepción que el discípulo tiene de todas las cosas. «*Conocer a Cristo es conocer a Dios; y sólo a partir de Dios comprendemos al hombre y el mundo, un mundo que de lo contrario queda como un interrogante sin sentido*».²⁸

Como ya lo señaló la Conferencia de Puebla, Aparecida vuelve a confirmar que en el núcleo de cada cultura está la actitud que el hombre asume ante Dios y como a partir del conjunto integral de su subjetividad espiritual y material, puesto que no se puede pensar una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana, el discípulo de Cristo se vuelve autor y artífice de la trasfiguración de la realidad.

La conciencia del discípulo es “*cum scire*”, un “saber con” Jesús. Ser cada día más discípulo significa cambiar nuestra falsa conciencia de ser dueños de nosotros mismos y llegar al conocimiento claro de que pertenecemos totalmente a Otro. Yo soy Tú que me haces. Es lo que afirma San Pablo en la carta a los Gálatas: «*ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*». (2,20). Ha sido cambiada así la identidad esencial del discípulo quien, por medio del Bautismo, sigue existiendo sólo en este cambio: yo, pero no más yo. Esta es la fórmula de la existencia cristiana fundada en el Bautismo, la fórmula de la resurrección dentro del tiempo, la fórmula de la “novedad” cristiana llamada a transformar el mundo. Seguir se vuelve así la disciplina sencillísima que preside todo crecimiento, toda adquisición espiritual e intelectual. Es significativo el verso que escribió Newman en 1833: «*Yo amaba elegir y entender mi camino. Ahora, en vez, ruego: Señor, guíame Tú!*»²⁹. “Seguir”, en su sentido fuerte, aplicable al hombre maduro, es acordarse continuamente del significado de la vida, saber recordar una Presencia que modifica, como forma del pensamiento y de la afectividad, todas las relaciones en las que el hombre se expresa y realiza³⁰. La conciencia es la superación de la mera subjetividad en el encuentro entre la interioridad del hombre y la verdad que proviene de Dios.

El discipulado proclamado en Aparecida encarna este modelo antropológico relacional que hoy, es más urgente que nunca recuperar para superar las

²⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*.

²⁹ De la famosa poesía *Lead Kindly light*. Cf I. Ker, *J.H. Newman. A Biography*, Oxford 1990, p. 79.

³⁰ L. GIUSSANI, *En busca del rostro humano. Contribución para una antropología*, Ed. Encuentro, Madrid 1985, p. 86.

estrecheces y las aporías de un modelo antropológico doblado sobre sí mismo (nuevo narciso) y pobre de relaciones (posee mucha ciencia y poca conciencia), rico de tener y aparentar, pero pobre de sentido y de esperanza.

Los ataques culturales lanzados hoy contra la noción más profunda de la identidad y de la fidelidad de los discípulos se han vuelto tan poderosos que parecen totalmente insuperables. Vivimos en una época en la que los cristianos están amenazados en su misma identidad. Esto quiere decir que ellos o son más discípulos, o sea adhieren a la fe bautismal de manera coherente, o terminan por homologarse a la mentalidad dominante. La obra de discernimiento llevada a cabo en Aparecida por los Obispos latinoamericanos no se ha reducido a la denuncia o al rechazo, sino que ha tratado de guiar con gran amor a todos los discípulos en la formación de una conciencia moral que juzgue y lleve a decisiones según verdad, como exhorta el apóstol Pablo: «*No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto*» (Rm 12, 2). Esta obra de la Iglesia encuentra su punto de apoyo —su secreto formativo— no tanto en los enunciados o programas ideales, cuanto en *tener la «mirada» fija en el Señor Jesús*. La Iglesia cada día mira con incansable amor a Cristo, plenamente consciente de que sólo en él está la respuesta verdadera para que todos tengan vida.

Una indicación preciosa y conclusiva nos viene de esos particulares discípulos que fueron los Magos: «*avisados en sueños que no volvieran a Herodes, se retiraron a su país por otro camino*» (Mt 2,12). Después del encuentro con Cristo no se puede volver atrás por el mismo camino. Una vez que ha cambiado la vida hay que cambiar el camino. El encuentro con Cristo debe necesariamente «*dar un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*».

4. El discípulo es el «fiel»: El principio nuevo de moralidad: «estar con Cristo y estar con su justicia».

Desde la perspectiva del sujeto que se adhiere a Cristo y lo reconoce como «*forma correcta de ser hombres*», es posible cumplir un nuevo paso: descubrir el nexo entre conciencia y fidelidad.

«*En el Antiguo Testamento, —ha dicho Benedicto XVI en su autorizada interpretación del Documento Conclusivo de Aparecida— la actitud fundamental del hombre que vive la palabra de Dios se resumía con el término *zadic*: el justo; el que vive según la palabra de Dios, llega a ser un justo. El justo practica y vive la justicia. Luego, en el cristianismo, la actitud de los discípulos de Jesucristo se expresaba con otra palabra: el fiel. La fe lo comprende todo. Esta palabra ahora indica a la vez estar con Cristo y estar con su*

justicia. En la fe recibimos la justicia de Cristo, la vivimos nosotros mismos y la transmitimos»³¹.

El llamado del Papa es muy oportuno. Él ha evidenciado que la fidelidad no es un genérico moralismo o esfuerzo ético que el discípulo despliega autónomamente para cambiar a sí mismo o cambiar al mundo, sino es la dimensión con la cual el discípulo «*está con*» Cristo, es «*de Cristo*». La fe aquí es siempre la fe en Jesucristo. No se trata de una fórmula abstracta o una profundidad sin nombre de la realidad, sino de Dios que en la historia y en la existencia de Jesús ha hablado y actuado. El contenido de la fe es una persona, su obra, su justicia. El discípulo vive de esto y transmite esto.

Al discípulo Cristo no le pide otra cosa para poder actuar en el mundo y transfigurarlo, sino que permanezca en Él: «*permaneced en mí, como yo en vosotros [...]. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada*» (Jn 15, 4-5). O Cristo o nada. La alternativa es dramática y paradigmática en cuanto coloca definitivamente el discípulo de parte de Cristo, lo obliga a optar por Él, «*signo de contradicción*» (Lc 2,34), y a reproducir en la historia la vida del mismo Cristo, presente y activo en la comunidad de los discípulos. La eficacia del discípulo está única y exclusivamente en la medida en que vive de Otro, revela a Otro: al Fiel por excelencia, al Justo que en la obediencia al Padre ha dicho el «*sí*» de la Alianza Nueva. De la Pascua de Jesús vive continuamente la comunidad de los discípulos y de la firme fe en la resurrección de Jesús que funda la esperanza, nace y se renueva constantemente nuestro testimonio cristiano. El contenido del *kerygma*, que Aparecida ha vuelto a poner al centro de la formación del discípulo, es Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado por nosotros.

«Su resurrección es el misterio fundamental del cristianismo, el cumplimiento sobrea-bundante de todas las profecías de salvación. De Cristo resucitado, primicia de la humanidad nueva, regenerada y regeneradora, nació en realidad, como anunció el profeta Isaías, el pueblo de los “pobres” que han abierto su corazón al Evangelio y se han convertido, y se siguen convirtiendo, en “robles de justicia”, “plantación del Señor para manifestar su gloria”, reconstructores de edificios en ruinas, restauradores de ciudades desoladas, reconocidos por todos como linaje bendito del Señor (cf. Is 61, 3-4. 9) [...]. Así sucedió al inicio con la primera comunidad apostólica y así debe suceder también ahora»³².

Aparecida ha alertado ante la tentación recurrente de disolver el contenido central de la unidad de los discípulos, o sea la experiencia del encuentro con Cristo que se encarna en la Eucaristía, en los Sacramentos, en la liturgia iluminada por la Palabra de Dios, en la práctica de la caridad, en la inmersión

³¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*.

³² BENEDICTO XVI, *Homilía* en el estadio «Bentegodi» (Verona), 19 de octubre de 2006.

misionera en la realidad del mundo y en tener el pensamiento de Cristo. Si se reduce esta consistencia de la experiencia cristiana o se da por descontado, se termina por agigantar de manera desmesurada los problemas contingentes hasta caer en un moralismo agobiante. Si se piensa que la moralidad significa sumisión a las reglas, entonces se podrá juzgar la calidad de la coherencia de los discípulos observando cuántas veces las reglas son observadas o violadas. Pero la tradición más antigua que encontramos en teólogos como Tomás de Aquino, considera la vida moral al interior del movimiento de la vida entera. La moral significa recoger las fuerzas para enfrentar el viaje en la dirección justa. *Virtus* significa literalmente “fuerza”, fuerza para el viaje. «*La moralidad del discípulo consiste en afrontar “todas” las cosas con la perspectiva del sujeto que se adhiere a Cristo haciéndole presente en su mirada y en su corazón. Todas las cosas, porque nada se debe excluir, ni olvidar, ni censurar. No se da verdaderamente “pertenencia” si no se secunda una orientación al comprender que proviene del Otro a quien se pertenece. No se pertenece a esa Presencia si no se secunda su impulso, su rumbo, tras comprender que nos viene de esa Presencia*»³³.

5. Las dimensiones en las que se articula nuestra justicia, se vive la fe y se da respuesta a los desafíos del tiempo.

El estar con Cristo implica vivir la realidad como Cristo la percibió y la experimentó, pues el discípulo no puede no vivir sino inmerso en la realidad. Quien se margina de la realidad evidencia alguna patología. Esta relación conciente del yo con la realidad es lo que el Papa identifica como «*dimensiones en las que se articula nuestra justicia, se vive la fe y se da respuesta a los desafíos del tiempo*» y que el Documento de Aparecida concreta hablando de la buena nueva sobre la dignidad del hombre, sobre la vida, sobre la familia, sobre la ciencia y la tecnología, sobre el trabajo humano, sobre el destino universal de los bienes de la tierra y sobre la ecología³⁴. Aparecida ha abordado las circunstancias históricas del presente, el fenómeno de la globalización que se percibe con inquietantes aspectos, no último su dimensión cultural, el incremento de la desigualdad entre países ricos y pobres y los nuevos rostros que asume la pobreza (los adictos a las drogas; las víctimas de la violencia, especialmente delictiva; los abandonados de la tercera edad, los niños no nacidos y los de la calle; los desempleados y los que consiguen empleo precario y ocasional, etc.). El aporte que Aparecida ha ofrecido es la «*purificación de la razón*», posible, evidentemente, si el discípulo, sigue el camino de su maestro para encontrar en Él esa

³³ L. GIUSSANI, *En busca del rostro humano*, p. 86.

³⁴ *Aparecida*, Tercera Parte: *La vida de Jesucristo para nuestros pueblos*, nn. 347-546.

sabiduría que ilumina el mundo con la mirada de Dios. La «*purificación de la razón*» o sea el principio de sabiduría sin el cual la evangelización se reduce a un «*hacer*» entre otros, parte de la confesión de Cristo-Logos, sabiduría de Dios en la que se esclarece y se cumple el misterio del hombre³⁵.

La tercera parte del Documento Conclusivo de Aparecida, por lo tanto, no es el recetario para resolver o tratar los males del mundo sino la concretización de las dimensiones en las que el sujeto nuevo vive y en las que verifica su fe, su justicia y transforma el entorno. Si existe un sujeto nuevo, habrá una realidad nueva. El Santo Padre Benedicto XVI ha vuelto numerosas veces sobre el punto, pero de una manera decisiva en el discurso inaugural de la V Conferencia: «*¿Qué es lo real?*» se preguntaba. «*¿Son realidad sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos?*». Y agregaba «*Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de «realidad» y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas. La primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano*»³⁶. Por ello podemos afirmar con toda confianza que en la medida que somos más discípulos y misioneros podemos generar cultura y verificar el resplandor de la belleza del ser.

Esta realidad constituida por el misterio del encuentro de Cristo con el hombre —ha dicho Aparecida— «*es lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar, porque la gracia tiene un primado absoluto en la vida cristiana y en toda actividad evangelizadora de la Iglesia: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Co 15,10)*»³⁷. Éste es el núcleo trinitario y cristológico del Documento Conclusivo de Aparecida como lo es de la nueva y eterna alianza que celebramos sacramentalmente en la Eucaristía. Ésta es la realidad de la realidad. En efecto el tiempo se ha cumplido por el hecho mismo que Dios, con la Encarnación, se ha introducido en la historia del hombre. La eternidad ha entrado en el tiempo: ¿qué “cumplimiento” es mayor que éste? ¿Qué otro “cumplimiento” sería posible?

Nada sería tan destructivo de la naturaleza de la Iglesia como su reducción a organización socio-política que se propone resolver los problemas del mundo o puro púlpito de normas morales que nadie está dispuesto a escuchar. La “nueva evangelización” se halla enfrentando el desafío más grande que el mundo moderno puede hacer a la Iglesia: el intento de derribar su naturaleza de “acontecimiento”, reduciéndola a discurso legal. La nueva evangelización

³⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, n. 22.

³⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, Aparecida, 13 de mayo de 2007, n. 3.

³⁷ *Aparecida*, n 348.

está, por lo tanto, ligada al anuncio de un hecho nuevo ya definitivamente ofrecido a los hombres. Partir de un hecho o partir de una preocupación moral implica un método pastoral totalmente distinto. Aparecida ha optado por partir de un acontecimiento, de un hecho: recomenzar desde Cristo³⁸.

La originalidad aportada por Aparecida, en continuidad con las precedentes Conferencias Generales, consiste en haber vuelto a poner las condiciones del “yo nuevo”, de la conciencia de la nueva criatura, para que ésta pueda actuar plenamente al interior de la realidad. Ante la oleada de nuestra época nihilista a la que le falta la finalidad, la respuesta a la pregunta por el por qué, no se puede contestar de otro modo que con la verdad del ser, que resplande en la humildad de quien, por la gracia de la fe, de la esperanza y de la caridad ha quedado envuelto en el misterio de Dios y ha hecho de él su morada. La acción misionera de los discípulos, tan fuertemente asumida en Aparecida, puede tender a la renovación de las estructuras si documenta como el encuentro con Cristo en la comunidad cristiana, embiste, por medio del testigo, todos los ámbitos de la existencia humana. No se puede hablar de «tener vida plena» sin mostrar que «la vida plena» es algo ya en acto; capaz de cambiar nuestra manera de vivir ahora; que transforma la manera de trabajar, de amar, de descansar, de usar el dinero, de participar al dolor provocado por el hambre, la guerra y la pobreza. La misma misión continental, lanzada por Aparecida, se funda en el hecho que el discípulo testimonia la pertinencia —la incidencia— del encuentro con Cristo en la comunidad, en todas las dimensiones de la existencia humana. Sin excluir ninguna.

«*En la experiencia de un gran amor* —dice Romano Guardini— *todo se vuelve un acontecimiento en su ámbito*»³⁹, volviendo así a escribir en términos sugestivos la gran afirmación del Apóstol Pablo: «*por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios*» (1 Cor 10,31). Lo que fascina y convence es la unidad interior del discípulo. Un hombre dividido no fascina ni atrae a nadie.

6. Misioneros por desborde de gratitud y alegría.

La misión de los discípulos al servicio de la vida plena posee un fundamento muy claro y transparente. Es Jesús mismo quien lo muestra: «*Como tú Padre, en mí y yo en ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado*» (Jn 17,21). La raíz de la misión nace al interior de la Trinidad y es posible porque el único Dios es trino y porque circula una comunión de amor entre la tres Personas Divinas. El origen trinitario, oportunamente colocado en el Documento de Apa-

³⁸ *Aparecida*, n. 12.

³⁹ R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, Madrid 1977,20.

recida al inicio de la tercera parte⁴⁰ es fundamental porque libera del riesgo de pensar que la misión consista en el compromiso de nuestra generosidad o como consecuencia de nuestro obrar. Cuando Aparecida habla de la misión más que mirar inmediatamente fuera de nosotros, invita a mirar hacia lo alto, hacia su origen. La participación en la comunión y misión trinitaria se expresan visiblemente en la comunión de los cristianos, así que todo lo que sustraemos a la comunión lo sustraemos a nuestra identidad cristiana y así equivocamos la naturaleza de la misión. La fuerza misionera de la comunidad de los discípulos consiste en la potencia de su unidad y en el atractivo que ella genera alrededor de sí: «*la Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por atracción*»⁴¹.

Ser misionero es consecuencia de la conciencia y fidelidad de los discípulos más que de las provocaciones exteriores. Es un dinamismo intrínseco del ser cristiano: misioneros sólo en cuanto discípulos, que permite salir al encuentro de la múltiples necesidades de nuestros pueblos con la firme convicción de ayudar a encontrar a Cristo en la fe y en el respeto de la conciencia y de la libertad religiosa de todos. Permitiendo el encuentro de Jesucristo con todos los anhelos de nuestros pueblos la misión verifica su eficacia en cuanto toca todos los ámbitos de la vida, sin excluir ninguno.

El anuncio misionero y el testimonio del que habla Aparecida no tiene nada que ver con el proselitismo. Se trata de la simple e inevitable comunicación de una vida en acto, de la novedad que nos ha tocado. Es una experiencia de verdad y de belleza incontenible:

«*La vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural. Para ello, hace falta entrar en un proceso de cambio que transfigure los varios aspectos de la propia vida. Sólo así, se hará posible percibir que Jesucristo es nuestro salvador en todos los sentidos de la palabra. Sólo así manifestaremos que la vida en Cristo, sana, fortalece y humaniza. Porque Él es el viviente, que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta*»⁴².

La vida eterna o empieza aquí, percibiendo que ya ha comenzado o no interesa. Es el gran desafío de Nietzsche: «*cantos mejores deberían cantarme, para que yo aprenda a creer en su redentor: más redimidos deberían parecerme sus discípulos*»⁴³. Concretamente la acción misionera que plantea Aparecida coincide con el vivir y

⁴⁰ Cf. *Aparecida*, nn. 347-348.

⁴¹ BENEDICTO XVI, *Homilía* durante la Misa de Inauguración de la V Conferencia, Aparecida 13 de mayo de 2007.

⁴² DC, n. 356.

⁴³ F. NIETZSCHE, *Cosí habló Zaratubustra. Un libro per tutti e per nessuno. Parte II. Dei Preti*, Adelphi, Milano 1981, 109.

el comunicar las implicaciones antropológicas, cosmológicas, eclesiales y ecuménicas de la vida cristiana, tocando así el punto crítico de la misionariedad hoy⁴⁴.

A causa de una creciente confusión en este nivel surge en muchos la objeción si acaso es lícito también hoy “evangelizar” y si no sería mejor exponer sólo las propias ideas sin favorecer ninguna conversión y respetando la conciencia de los demás.

El Documento de Aparecida sin entrar en específicas reflexiones, parte de la certeza que la conciencia puede ser comprendida sólo dentro de sus coordenadas antropológicas y cristológicas fundamentales enseñadas por el Concilio Vaticano II⁴⁵: el Hijo de Dios, encarnado, muerto y glorificado es la clave, el centro y el fin de toda la historia humana; el hombre recibe de Dios, por creación, un llamado que en Cristo se realiza definitivamente, así que sólo en Él el hombre se entiende a sí mismo; este llamado se cumple en los hombres por obra del Espíritu Santo, en la Iglesia sacramento de Cristo y misterio de comunión, en diálogo con todos los hombres (cf *Gaudium et Spes*). La conciencia por lo tanto, se presenta con rasgos de naturaleza personalista, cristológica, eclesial y de abertura a los demás. Es evidente que la conciencia, núcleo más secreto y sagrado del hombre, es pensada y comprendida en su nexo de procedencia y destino con el misterio de Cristo.

Newman había percibido y expresado esta necesidad con mucha claridad: «*la conciencia no es un egoísmo lungimirante, ni el deseo de ser coherentes consigo mismos, sino la mensajera de Aquel el cual, tanto en el mundo de la naturaleza como en el mundo de la gracia, nos habla detrás de un velo y nos enseña y educa por medio de sus representantes. La conciencia es el originario vicario de Cristo, profética en sus palabras, soberana en su absolutez, sacerdotal en sus bendiciones y en sus anatemas*»⁴⁶.

En la obra de evangelización no hay nada de agresivo o de presumido, antes bien su acción responde a la realidad antropológica y contribuye en manera decisiva a la promoción de la dignidad humana, a enriquecer el balance de la humanidad con las fuerzas del bien sin las cuales todos nuestros programas no se hacen realidad:

«*La Iglesia sabe, por revelación de Dios y por experiencia humana de la fe, que Jesucristo es la respuesta total, sobreabundante, satisfactoria a las preguntas humanas, sobre la verdad, el sentido de la vida y de la realidad, la felicidad, la justicia y la belleza. Son las inquietudes que están arraigadas en el corazón de toda persona y que laten en lo más humano de la cultura de los pueblos*».⁴⁷

⁴⁴ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, Roma, 3 de diciembre de 2007.

⁴⁵ Cf. *Aparecida*, nn. 380-386.

⁴⁶ J. H. NEWMAN, *A Letter addressed to His Grace the Duke of Norfolk*, London, B.M. Pickering, 1875.

⁴⁷ *Aparecida*, n. 380.

Conclusión

En el Documento Conclusivo de Aparecida hay un punto que de manera conmovedora confirma con toda confianza que la evangelización es en sí misma generadora de cultura, resplandor de la belleza del ser y transfiguración de la realidad, cuando trata de la piedad popular de los pueblos latinoamericanos, de la presencia de la Virgen María y de los santos. Son páginas definidas como «*las más bellas escritas sobre la piedad popular en un documento de la Iglesia*»⁴⁸. De hecho proponer este «*rico potencial de santidad y de justicia social que encierra la mística popular*»⁴⁹ significa recoger una de «*las más bondas vibraciones de la América profunda [...], de su síntesis entre las culturas y la fe cristiana [...], un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros*»⁵⁰. Significa recordar que la santidad no consiste en la afirmación de los valores comunes a todos, sino en la personal adhesión a Cristo Salvador del cosmos y de la historia, como se contempla en la más perfecta discípula del Señor, la Virgen María «*máxima realización de la existencia cristiana*» y en la vida de los santos⁵¹. Así lo entendía ya Juan Diego en los comienzos de la evangelización fundante, cuando se dirigía a la Virgen como «*niña mía, la más hermosa*», dando origen a la tan arraigada devoción mariana que ha marcado la historia de los pueblos latinoamericanos y que constituye, sin duda, lo más noble de su cultura. El recuerdo de los mártires y de los santos es paradigma de esta verdad a partir de Pentecostés. La fe pagada con la vida posee el efecto de consolidar a toda la Iglesia. La confesión personal de la fe nos permite cumplir un nuevo paso: nos permite descubrir el nexo entre conciencia y martirio. La vida cristiana no se puede reducir a algunos aislados actos de piedad, sino que debe involucrar cada instante de nuestra vida. El testigo comunica con sus decisiones de vida, mostrando así que ser discípulo y misionero de Cristo no sólo es posible para el hombre, sino que enriquece su humanidad.

⁴⁸ «Son páginas hermosísimas y yo creo, más bien estoy seguro, que han sido inspiradas por eso. Después de las contenidas en la *Evangelii nuntiandi*, son las cosas más bellas acerca de la piedad popular en un documento de la Iglesia. Me atrevería a decir que lo de Aparecida es la *Evangelii nuntiandi* de América Latina, es como la *Evangelii nuntiandi*». Cf. Entrevista al cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires, en: *30 Giorni*, XXV – n. 11 – 2007, p.20.

⁴⁹ *Aparecida*, n. 262.

⁵⁰ *Aparecida*, n. 264.

⁵¹ *Aparecida*, nn. 266-275.

*El Sínodo de los Obispos
y las Conferencias Episcopales Latinoamericanas*

S.E. MONS. NIKOLA ETEROVIC
Secretario General del Sínodo de los Obispos

Introducción

El concepto de comunión referido a la Iglesia es basilar en la eclesiología del Concilio Ecuménico Vaticano II. El mismo aparece constantemente a lo largo de sus documentos a través de diversas expresiones con sus respectivos matices. La imagen de la Iglesia-comunión ya se encuentra delineada al comienzo de la Constitución dogmática *Lumen gentium*, cuando ésta es presentada como sacramento, o sea signo e instrumento de unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. *LG*, 1). Tal concepción está, obviamente, en perfecta sintonía con el espíritu que emerge del discurso sacerdotal de Jesús: «Yo les he dado la gloria que tu me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tu en mí, para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tu me has enviado». (*Jn* 17,22). Por la gracia del Espíritu Santo, recibido en el sacramento del bautismo, los fieles participan en la comunión de la Santísima Trinidad, como enseña san Juan: «... lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (*1 Jn* 1, 3).

La comunión eclesial con su estructura jerárquica se expresa en la vida de la Iglesia de diversas maneras. La Iglesia, en sí misma, es «misterio de comunión» (*koinonía*) «al mismo tiempo visible e invisible», que implica la «comunión de los santos», y ella puede ser entendida, analógicamente, como «comunión de iglesias», cuya unidad «está radicada sobre todo en la Eucaristía y en el Episcopado»¹. Así, el pueblo de Dios, por ejemplo, es concebido «para ser comunión de vida, de caridad y de verdad» (*LG*, 9). De la catolicidad o universalidad del único Pueblo de Dios derivan los vínculos de comunión (cf. *LG*, 13). El ministerio de los Obispos solo puede ser entendido en su verdadera dimensión en relación a la comunión con el Sumo Pontífice respecto al Magisterio y al gobierno pastoral (cf. *CD*, 4). También el espíritu ecuménico conciliar implica la concepción de «Cristo como fuente y centro de la comunión eclesial» (*UR*, 20).

¹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión* (28 de mayo de 1992), 3. 4. 6. 8. 11.

Por lo tanto, no debe sorprender que la idea de Iglesia-comunión constituya el eje alrededor del cual se percibe la vida del Pueblo de Dios en el postconcilio. Así lo declaraba la II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, convocada por el Papa Juan Pablo II en ocasión del XX aniversario del Concilio Ecuménico Vaticano II. En la Relación final los Padres sinodales confirman que «*la ecclesiológia de comunión es la idea central y fundamental en los documentos del concilio*» y que «*mucho ha sido hecho por el Concilio Vaticano II para que la Iglesia como comunión fuera más claramente comprendida y concretamente traducida en la vida*». En particular, en tal relación sinodal se definía el significado de la compleja palabra “comunión” como una «*comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo*» que se realiza «*en la Palabra de Dios y en los sacramentos*»². Además, en el mismo documento se indica cómo a la luz del aspecto de la comunión resultan especialmente apreciadas no solo las Iglesias Orientales por sus instituciones, sus ritos litúrgicos y sus tradiciones eclesíásticas, sino también las Conferencias Episcopales, que constituyen un ámbito pastoral apropiado para la aplicación concreta del espíritu colegial³.

Todo esto explica el surgimiento en el seno de la Iglesia de una serie de iniciativas y organismos entre los cuales nos interesan especialmente los que constituyen los dos elementos de la presente reflexión: el Sínodo de los Obispos y las Conferencias Episcopales nacionales⁴. Ya en el mes de octubre de 1969, apenas cuatro años después de la conclusión del Concilio Vaticano II, la primera Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, sobre el tema *La cooperación entre la Santa Sede y las Conferencias Episcopales*⁵, refleja el interés por construir efectivamente la comunión eclesial, tanto a nivel de los nuevos organismos episcopales, que se estaban constituyendo en esa época en la Iglesia extendida en los diversos países, como en la relación entre dichos organismos y el Sucesor de Pedro. La mencionada asamblea sinodal contribuyó eficazmente a poner en práctica importantes aspectos de la colegialidad episcopal y abrió el camino a una más amplia participación de los Obispos con el Papa y de los Obispos entre ellos en vista de la conducción pastoral de la Iglesia universal.

² II ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA DEL SINODO DE LOS OBISPOS, Relación final *Exeunte coetu secundo* (7 de diciembre de 1985), C 1: *Enchiridion del Sinodo dei Vescovi*, EDB, Bologna 2005, pp. 2323.

³ Cf. *ibidem* C, 3.5, pp. 2325; 2327.

⁴ Si bien las Conferencias Episcopales ya existían en muchas naciones antes del Concilio Vaticano II, fue éste el que estableció normas particulares en el decreto *Christus Dominus* (37-38), que luego fueron integradas en el Código de Derecho Canónico (can. 447-459).

⁵ Cf. *Enchiridion del Sinodo dei Vescovi* I, EDB, Bologna 2005, 315 ss.

Puede decirse entonces que ambas instituciones, el Sínodo de los Obispos y las Conferencias Episcopales, son frutos genuinos del Concilio Vaticano II. Al primero, en efecto, se refiere específicamente el decreto *Christus Dominus*⁶, definiéndolo como representación de todo el Episcopado católico y expresión de la solicitud por la Iglesia universal de todos los Obispos en comunión jerárquica con el Romano Pontífice. También el decreto *Ad gentes* subraya la importancia de la institución sinodal en relación a la actividad misionera de la Iglesia⁷.

La creación del Sínodo de los Obispos fue anunciada a los Padres conciliares el 15 de septiembre de 1965 con la Carta Apostólica *Motu proprio datae* del Papa Pablo VI. De esta manera resultó evidente que el Sínodo de los Obispos nacía como una institución al servicio del Primado del Obispo de Roma, Presidente del Sínodo, y de la colegialidad episcopal. En efecto, puede decirse que la misma experiencia conciliar fue el lugar donde maduró poco a poco la consciencia del hecho que el Romano Pontífice podía eficazmente valerse de la colaboración y de la comunión con los demás Obispos en el cumplimiento de su ministerio de supremo Pastor de la Iglesia⁸.

A las Conferencias Episcopales se refiere también el decreto conciliar *Christus Dominus*⁹, presentando tales organismos como una exigencia del tiempo actual, en los cuales cada Obispo, ante nuevos y complejos desafíos, siente la necesidad de unirse más estrechamente con otros Obispos para poder cumplir debida y fructuosamente su misión. En armonía con la disposición del Concilio Vaticano II, el Código de Derecho Canónico delinea el perfil de la Conferencia Episcopal subrayando su carácter permanente de organismo colegial y su finalidad esencialmente pastoral¹⁰. De este modo, también desde el punto de vista canónico, la Conferencia Episcopal resulta expresión de la “*Ecclesiarum communio*” y de la colegialidad episcopal, temas claves de la eclesiología conciliar. En la misma línea, el Directorio para el Ministerio Pastoral de los Obispos *Apostolorum Successores*, expresa en modo claro e inequívoco cómo las Conferencias Episcopales han contribuido «*de manera múltiple y fecun-*

⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, decreto sobre el oficio pastoral de los Obispos en la Iglesia *Christus Dominus*, 5.

⁷ Cf. CONCILIO VATICANO II, decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia *Ad gentes*, 29.

⁸ Cf. *Ordo Synodi Episcoporum*, Proemio.

⁹ Cf. CONCILIO VATICANO II, decreto sobre el oficio pastoral de los Obispos en la Iglesia *Christus Dominus*, 38, 1.

¹⁰ Cf. C.I.C. can. 447: «*La Conferenza Episcopale, istituzione di carattere permanente, è l'assemblea dei Vescovi di una nazione o di un particolare territorio, i quali esercitano congiuntamente determinati compiti pastorali a servizio dei fedeli della loro circoscrizione, allo scopo di promuovere maggiormente il bene offerto dalla Chiesa agli uomini, specialmente mediante forme e metodi di apostolato opportunamente adeguati alle circostanze di tempo e di luogo, a norma del diritto*».

da, a la actuación y al desarrollo del “afecto colegial” entre los miembros del mismo episcopado», ya que en tales organismos, « los Obispos ejercitan conjuntamente algunas funciones pastorales para los fieles de su territorio », respondiendo « a la necesidad, particularmente sentida hoy, de proveer al bien común de las Iglesias particulares mediante un trabajo concorde y bien coordinado de sus Pastores »¹¹.

En ambas instituciones se percibe aquel espíritu que ha marcado profundamente a los Pastores que han tenido la gracia de participar en el Concilio Vaticano II: el espíritu de la comunión de los Obispos entre sí y de ellos con el Sucesor de Pedro, Cabeza del Cuerpo episcopal (cf. LG 21, 22, 25). El Papa y los Obispos, todos juntos congregados en la unidad de la misma fe percibieron esa experiencia como don del Espíritu, que los fortalecía en la misión apostólica de ser profetas, sacerdotes y pastores en el mundo contemporáneo. Esta idea ha sido explícitamente formulada en la Carta Apostólica motu proprio *Apostolica Sollicitudo*, con la cual el Pontífice Pablo VI instituyó el Sínodo de los Obispos: « Era conveniente, pues, sobretodo durante la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano II, afianzar en Nuestro ánimo la persuasión de la necesidad e importancia de hacer cada vez mayor uso de la colaboración de los Obispos, para bien de la Iglesia universal. Más aún, también el Concilio Ecuménico nos brindó la ocasión de concebir la idea de constituir establemente un consejo permanente de Obispos, para que, aún después de terminado el Concilio, continúe llegando al pueblo cristiano aquella abundancia de beneficios que felizmente se ha obtenido, durante el tiempo del Concilio, como fruto de Nuestra íntima unión con los Obispos »¹².

Análogamente el principio de la colegialidad episcopal, es decir la comunión de los Obispos entre sí y con el Papa, está inscripto en la naturaleza de las Conferencias Episcopales, como recuerda el Directorio *Ecclesiae imago*: « La Conferencia Episcopal ha sido instituida para que hoy en día pueda aportar una múltiple y fecunda contribución a la aplicación concreta del afecto colegial. Por medio de las Conferencias se fomenta de manera excelente el espíritu de comunión con la Iglesia universal y las diversas Iglesias particulares entre sí »¹³.

Los años transcurridos desde el Concilio Vaticano II demuestran cómo el espíritu de la comunión colegial ha alimentado y continúa aún hoy dando vida tanto al Sínodo de los Obispos como a las Conferencias Episcopales en todo el mundo. En particular, un signo claro de esa vitalidad se hace visible en las relaciones recíprocas que dichos organismos mantienen y en el mutuo enrique-

¹¹ CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, Directorio para el Ministerio Pastoral de los Obispos « *Apostolorum Successores* » (22 de febrero de 2004), 28.

¹² PABLO VI, Carta Apostólica motu proprio datae *Apostolica Sollicitudo* (15 de septiembre de 1965): *AAS* 57 (1965), p. 775.

¹³ CONGREGACION PARA LOS OBISPOS, *Ecclesiae Imago. De Pastoralis Ministerio Episcoporum* (22 de febrero de 1973), 210.

cimiento que de las mismas se deriva. Así lo demuestra la afirmación del *Documento Conclusivo* de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, inspirada claramente en la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Ecclesia in America*, 37: «Esta experiencia de comunión episcopal, sobre todo después del Concilio Vaticano II, debe entenderse como un encuentro con Cristo vivo, presente en los hermanos que están reunidos en su nombre»¹⁴.

El Sínodo de los Obispos y las Conferencias Episcopales

La relación entre el Sínodo de los Obispos y las Conferencias Episcopales es de naturaleza orgánica y esencial, pues éstas últimas constituyen las estructuras eclesiales a través de las cuales, según el criterio de la delegación, los Obispos de las iglesias particulares entran en relación con la institución sinodal. En efecto, es la Conferencia Episcopal el organismo que reunido en Sesión Plenaria elige a quienes participarán en las asambleas sinodales. Así lo establece no solo la Carta Apostólica *motu proprio Apostolica sollicitudo*¹⁵, sino también el Reglamento del Sínodo que determina en cada caso los criterios de participación y de elección¹⁶. Obviamente esto se refiere a la Iglesia católica de tradición latina, organizada a nivel nacional o regional en Conferencias Episcopales, actualmente 113, de las cuales 15 son regionales, en cuanto comprenden dos o más naciones. Pero en el Sínodo de los Obispos participan también representantes de las 13 Iglesias Orientales Católicas *sui iuris*, así como los Jefes de los Dicasterios de la Curia Romana y representantes de la Unión de los Superiores Generales¹⁷. Ciertamente la grande importancia que tienen las Conferencias Episcopales se refleja en el número de sus representantes, que es cuantitativamente mayor respecto de los otros organismos apenas mencionados.

Además las Conferencias Episcopales juegan un rol de gran importancia en el proceso sinodal, pues ellas constituyen los interlocutores inmediatos con los cuales la Secretaría General del Sínodo de los Obispos dialoga durante todo el proceso de preparación de la asamblea sinodal y también durante el tiempo sucesivo a la conclusión del sínodo, cuando la Exhortación Apostólica Post-sinodal es remitida a las iglesias locales de todo el mundo para su aplicación.

¹⁴ V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE (Aparecida, Brasil, 13-31 de mayo de 2007), *Documento Conclusivo*, 181.

¹⁵ Cf. PABLO VI, Carta Apostólica *motu proprio datae Apostolica Sollicitudo* (15 de septiembre de 1965), cap. V.

¹⁶ Cf. *Ordo Synodi Episcoporum*, cap. IV art. 5.

¹⁷ Cf. *idem*.

Ya al comienzo del proceso sinodal, las Conferencias Episcopales intervienen, junto con otros organismos anteriormente mencionados, sugiriendo posibles temas a discutir en el próximo Sínodo. Es tarea de la Secretaría General recoger todas las propuestas y examinarlas junto con el Consejo Ordinario, para presentarlas al Santo Padre, a quien compete en última instancia la definición del argumento sinodal.

Según el *Ordo Synodi*¹⁸ la Conferencia Episcopal tiene inmediatamente la responsabilidad de estudiar atentamente y con la debida antelación el argumento que se ha de discutir en el sínodo. Con tal finalidad, la Secretaría General del Sínodo de los Obispos envía a las Conferencias Episcopales el documento de preparación o *Lineamenta*, que presenta el tema sinodal y promueve su discusión en todos los niveles de la iglesia. Para que tal discusión sea posible la Conferencia Episcopal se empeña en la difusión del documento en todas las diócesis y en las diversas realidades eclesiales y al mismo tiempo organiza su estudio en las propias Sesiones plenarias, donde los Obispos pueden compartir y aportar sus propias experiencias sobre el tema en cuestión. Así, la Conferencia Episcopal se convierte en un órgano clave en el proceso de recolección de todo el material proveniente de las iglesias diocesanas y en la formulación sintética del mismo para dar respuesta al cuestionario de los *Lineamenta*, el cual luego es enviado a la Secretaría General del Sínodo de los Obispos.

El segundo momento en el cual las Conferencias Episcopales intervienen, es cuando reciben el *Instrumentum laboris* o documento de trabajo, que ellas deben discutir y reflexionar colegialmente para enviar a la asamblea sinodal sus propios delegados con las inquietudes y las expectativas de todos los obispos sobre el tema que será objeto de discusión en el Sínodo. En efecto, según lo establecido en el *Ordo Synodi*¹⁹ cada Episcopado está llamado a elaborar su opinión común sobre los argumentos que retiene oportuno señalar con vistas a de la discusión sinodal y a expresar dicho parecer en la asamblea del Sínodo a través de los delegados oportunamente elegidos por la misma Conferencia Episcopal.

Como puede apreciarse, la función que cumplen las Conferencias Episcopales es de gran importancia en el proceso previo al sínodo, pues de ellas depende, en primer lugar, la cualidad de las respuestas que provienen de las iglesias locales. En segundo lugar, de la profundidad de la discusión en las sesiones plenarias de la Conferencia Episcopal del *Instrumentum laboris*, o documento de trabajo depende, en gran medida, la preparación de los respectivos

¹⁸ Cf. *Ordo Synodi Episcoporum*, art. 23.

¹⁹ Cf. *ibidem*, art. 23, § 2-3.

Padres sinodales que después tendrán parte activa y directa en los debates durante el sínodo. De este modo, si la Conferencia Episcopal ejerce responsablemente su rol en el proceso de preparación del Sínodo se asegura la adhesión de la discusión sinodal a la realidad pastoral.

Además, podría decirse que las Conferencias Episcopales entran de algún modo —indirectamente— a través de sus delegados, en la misma celebración del sínodo. En efecto, cada asamblea sinodal es en sí misma una experiencia eclesial intensa, en la cual, si bien los Obispos representan ante todo sus propias iglesias particulares, tienen presente también la aportación de las Conferencias Episcopales que los han designado y son portadores de su parecer sobre las cuestiones que se discuten. De este modo, los Padres sinodales expresan el voto del Cuerpo jerárquico y, en cierto modo, del pueblo cristiano, del cual son sus pastores²⁰.

Análogamente, las Conferencias Episcopales constituyen los organismos más adecuados para asegurar la difusión de las conclusiones del Sínodo, que normalmente son ofrecidas a toda la Iglesia bajo la forma de una Exhortación Apostólica Post-sinodal que el Santo Padre escribe con la ayuda del Consejo Ordinario o del Consejo Especial. En varias asambleas especiales, siguiendo una praxis ya experimentada con buenos resultados, la Secretaría General ha promovido normalmente la aplicación del documento post-sinodal por medio de una consultación y para ello han sido nuevamente válidos interlocutores las Conferencias Episcopales. A través de un intercambio epistolar con dichos organismos el Secretario General en nombre del Consejo, ya sea Ordinario o Especial, ha solicitado un parecer sobre el impacto de la Exhortación Apostólica Post-sinodal en los diversos niveles eclesiales y sobre las iniciativas pastorales tomadas en relación a ese mismo documento.

En resumidas cuentas, la función de las Conferencias Episcopales en relación al Sínodo de los Obispos se cumple en un doble sentido. Por una parte, en un movimiento que podríamos llamar “ascendente”, tales organismos eclesiales tienen la importante misión de sintetizar el material proveniente de las iglesias particulares para encauzar toda la reflexión de las bases en el proceso sinodal. Por otro lado, en un movimiento “descendente”, las Conferencias Episcopales constituyen el eslabón necesario en la cadena de transmisión a las mismas circunscripciones eclesiásticas, y a través de ellas a todo el Pueblo de Dios, de las líneas pastorales que poco a poco se van formando colegialmente en el proceso sinodal hasta culminar en la Exhortación Apostólica Post-sinodal. La importancia y la utilidad de las Conferencias Episcopales,

²⁰ Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Post-sinodal *Pastores Gregis* (16 de octubre de 2003), 58.

como puede apreciarse, reside en la capacidad que tales organismos tienen de poner en práctica el espíritu colegial que une a los Obispos entre sí y con la Cabeza del Colegio Episcopal, que es el Obispo de Roma. Tal capacidad se ejerce, de hecho, a través del Sínodo de los Obispos, cuyo Presidente es el Papa, Cabeza del Colegio Episcopal.

El Sínodo de los Obispos y las Conferencias Episcopales de América Latina

Cuando fue instituido el Sínodo de los Obispos (1965), ya existían 23 de las 24 Conferencias Episcopales Nacionales en América Latina. Solo faltaba entonces la Conferencia Episcopal de Puerto Rico, cuyos estatutos fueron aprobados *ad experimentum* en 1966. También existía en el momento de la creación del Sínodo el *Consejo Episcopal Latinoamericano* (C.E.L.A.M.), mientras el *Secretariado Episcopal de América Central y Panamá* (S.E.D.A.C.) fue fundado en 1970. Estos datos históricos demuestran cómo, cuando fue instituido el Sínodo de los Obispos, casi todos los Episcopados de los Países de América Latina estaban ya constituidos en Conferencias Episcopales.

De esta primera constatación es fácil intuir una segunda: la activa participación de las Conferencias Episcopales de América Latina en todas las Asambleas sinodales, tanto en las ordinarias, como en las extraordinarias y en las especiales. Dicha participación se percibe, en primer lugar, en el número de los Padres sinodales provenientes de las mencionadas conferencias que tomaron parte en los diversos Sínodos, así como también en los cargos directivos que ellos desempeñaron. De los 61 Presidentes Delegados correspondientes a las 21 Asambleas sinodales celebradas hasta el presente, 8 fueron Cardenales provenientes de la Iglesia que está en América Latina²¹. Análogamente, de los 36 Relatores Generales correspondientes a las 21 Asambleas sinodales, 5 fueron Cardenales, Arzobispos y Obispos originarios

²¹ *Presidentes Delegados Latinoamericanos en las Asambleas sinodales*: II ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA (1971), S.Em.R. Card. Pablo MUÑOZ VEGA, S.I., Arzobispo de Quito (Ecuador); III ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA (1974), S.Em.R. Card. Juan LANDÁZURI RICKETTS, O.F.M., Arzobispo de Lima (Perú); V ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA (1980), S.Em.R. Card. Raúl Francisco PRIMATESTA, Arcivescovo di Córdoba (Argentina); VII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA (1987), S.Em.R. Card. Eduardo Francisco PIRONIO, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos (Vaticano); XI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA: (2005), S.Em.R. Card. Juan SANDOVAL ÍÑIGUEZ, Arzobispo de Guadalajara (México); I ASSEMBLEA STRAORDINARIA (1969), S.Em.R. CARD. AGNELO ROSSI, Arcivescovo di São Paulo (Brasil); ASAMBLEA ESPECIAL PARA AMÉRICA (1997), S.Em.R. Card. Eugênio de ARAÚJO SALES, Arzobispo de São Sebastião do Rio de Janeiro (Brasil), S.Em.R. Card. Darío CASTRILLÓN HOYOS, Prefecto de la Congregación para el Clero (Vaticano).

de Latinoamérica²². También de los 35 Secretarios Especiales nombrados para las 21 Asambleas sinodales, 3 fueron Obispos de iglesias locales latinoamericanas²³.

En lo que se refiere a las respuestas de las Conferencias Episcopales en Latinoamérica al cuestionario de los *Lineamenta* de las diversas asambleas sinodales, cabe recordar que dichas conferencias han siempre demostrado un solícito espíritu de activa participación, enviando a la Secretaría General del Sínodo de los Obispos interesantes consideraciones y sugerencias, que son una clara expresión de la vitalidad de las iglesias locales. La participación de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas fue especialmente eficaz y activa durante la preparación de la Asamblea Especial para América, en la cual se obtuvo el 100 % de respuestas al mencionado cuestionario. El dato resulta particularmente significativo si se tiene en consideración que es el porcentaje más alto de todas las asambleas especiales celebradas hasta cuando el mismo porcentaje de respuestas fue alcanzado por la XI Asamblea General Ordinaria.

En cuanto a las restantes asambleas sinodales, los datos estadísticos revelan también un vivo interés y muestran el grado de participación que las Conferencias Episcopales de América Latina han tenido con varios porcentajes de respuestas. En efecto, sobre un total de 24 Conferencias Episcopales Latinoamericanas, a los *Lineamenta* de las Asambleas Generales Ordinarias han respondido: en la Undécima el 100 %, en la Décima el 77 % (17 CC.EE.), en la Novena el 59 % (13 CC.EE.), en la Octava el 55 % (12 CC.EE.), en la Séptima solo el 14 % (3 CC.EE.), en la Sexta el 45 % (10 CC.EE.), en la Quinta 50 % (11 CC.EE.), en la Cuarta 91 % (CC.EE.), en la Tercera 73 % (16 CC.EE.), en la Segunda 64 % (14 CC.EE.). En lo que se refiere a las dos Asambleas Generales Extraordinarias los porcentajes de respuestas de las Conferencias

²² De América Latina ha participado como *Relatores Generales Latinoamericanos de las Asambleas sinodales*: III ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA (1974) S.E.R. Mons. Eduardo PIRONIO, Obispo de Mar del Plata (Argentina), IV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA (1977) S.E.R. Mons. Aloisio LORSCHIEDER, O.F.M., Arzobispo de Fortaleza (Brasil); VIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA (1990), S.Em.R. Card. Lucas MOREIRA NEVES, O.P., Arzobispo de São Salvador da Bahia (Brasil); X ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA (2001), S.Em.R. Card. Jorge Mario BERGOGLIO, S.I., Arzobispo de Buenos Aires (Argentina), *Relator Generalis adiunctus*; Asamblea Especial para América (1997), S.Em.R. Card. Juan SANDOVAL ÍÑIGUEZ, Arzobispo de Guadalajara (México).

²³ *Secretarios Especiales Latinoamericanos en las Asambleas sinodales*: II ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA: (1971): Rev. Mons. Jorge Arturo MEDINA ESTÉVEZ, Profesor de Teología en la Universidad Católica de Santiago del Chile y Miembro de la Pontificia Comisión Teológica (Chile - Vaticano); ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA: (1980): S.E.R. Mons. Javier LOZANO BARRAGÁN, Obispo titular de Tinsia di Numidia y Auxiliar de México (México); Asamblea Especial para América (1997) S.E.R. Estanislao Esteban KARLIC, Arzobispo de Paraná (Argentina).

Episcopales Latinoamericanas fueron: en la Primera 32 % (7 CC.EE.) y en la Segunda 45 % (10 CC.EE.).

La contribución de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas al Sínodo de los Obispos se evidenció también, según la praxis sinodal, a través de la participación de Obispos provenientes de Países de esa región americana en Asambleas Especiales que conciernen otros continentes. En estos casos, el Santo Padre ha nombrado normalmente Miembros de tales asambleas a algunos Obispos latinoamericanos, asegurando de este modo la universalidad de la representación del Colegio Episcopal y promoviendo el enriquecedor intercambio de dones y experiencias pastorales. Así sucedió en el caso de las Asambleas Especiales para África²⁴, para Asia²⁵, para Oceanía²⁶ y para Europa²⁷. Igualmente, Pastores de esos Continentes participaron en la Asamblea Especial para América²⁸.

En el mismo espíritu de solidaridad colegial, el Secretario General del Sínodo de los Obispos fue invitado a participar en las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, asegurando con su presencia el vínculo de caridad pastoral que une el organismo episcopal de América Latina con la institución sinodal, y a través de ella con el Santo Padre, en calidad de Presidente del Sínodo de los Obispos. También la praxis de nombrar al Secretario General del Sínodo de los Obispos Miembro de la

²⁴ S.Em.R. Card. LUCAS MOREIRA NEVES, O.P., Arzobispo de San Salvador de Bahía (Brasil); S.Em.R. Card. NICOLÁS LÓPEZ RODRÍGUEZ, Arzobispo de Santo Domingo (República Dominicana); S.E.R. Mons. S.E.R. Mons. KELVIN E. FELIX, Arzobispo de Castries (Santa Lucía); S.E.R. Mons. SAMUEL E. CARTER, S.I., Arzobispo de Kingston (Jamaica); S.E.R. Mons. CARLOS RUISECO VIEIRA, Arzobispo de Cartagena (Colombia); S.E.R. Mons. JOSEPH LAFONTANT, Obispo tit. di Gilba, Administrador Apostólico *sede plena* di Port-au-Prince (Haiti); S.E.R. Mons. RAYMUNDO D. ASSIS, Obispo tit. de Novapetra, Auxiliar de Brasilia y Secretario General del C.E.L.A.M.

²⁵ S.E.R. Mons. EMILIO PIGNOLI, Obispo de Campo Limpo (Brasil); S.E.R. Mons. Benedict Singh (Obispo de Georgetown (Guyana).

²⁶ S.E.R. Mons. MANUEL VALAREZO LUZURIAGA, O.F.M., Obispo tit. di Questoriana y Prefecto Apostólico de Galápagos (Ecuador).

²⁷ En la I ASAMBLEA ESPECIAL PARA EUROPA (1991) participó S.Em.R. Card. Nicolás de Jesús López Rodríguez (República Dominicana). En la II Asamblea Especial para Europa (1999) participaron: S.E.R. Mons. Geraldo M. Agnello, Arzobispo de San Salvador de Bahía (Brasil) y Vice Presidente del C.E.L.A.M.

²⁸ S.Em.R. Card. MILOSLAV VLK, Arzobispo de Praga (República Checa), S.E.R. Mons. OSCAR V. CRUZ, Arzobispo de Lingayen-Dagupan (Filipinas) e Secretario General della F.A.B.C.; S.E.R. Mons. Laurent MONSENGWO PASINYA, Arzobispo de Kinsangani (República Democrática del Congo) y Presidente del S.C.E.A.M.; S.E.R. Mons. SANTIAGO MARTÍNEZ ACEBES, Arzobispo de Burgos (España); S.E.R. Mons. Renato Corti, Obispo de Novara (Italia); S.E.R. Mons. FRANZ GRAVE, Obispo tit. de Tingaria, Auxiliar de Essen (Alemania) y Presidente de *Adveniat*, S.E.R. Mons. JOHN J. CUNNEEN, Obispo de Christchurch (Nueva Zelanda).

Pontificia Comisión para América Latina es un signo más de unión y colaboración entre ambos organismos de la Santa Sede al servicio de la Iglesia que está en Latinoamérica.

La Asamblea Especial para América y las Conferencias Episcopales Latinoamericanas

La Asamblea Especial para América constituyó una verdadera visión profética del Papa Juan Pablo II. La convocación de todo el Continente a una única asamblea sinodal era una explícita llamada a descubrir la unidad de todas las poblaciones americanas a partir de una común identidad cultural cristiana. En efecto, el Santo Padre en la introducción de la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Ecclesia in America*, no solo subraya la existencia de una identidad cristiana común a todos los pueblos americanos, sino que además afirma que tal característica fue uno de los motivos decisivos que inspiraron la convocación de una Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para reflexionar sobre «*América como una realidad única*»²⁹.

El cambio de lenguaje reflejó perfectamente esta nueva visión, pues desde la Asamblea sinodal se usó la expresión “América” en vez de “Américas”, acentuando de este modo la unidad en vez de la tradicional fragmentación territorial en tres sub regiones (América del Norte, América Central y América del Sur). Esta idea de unidad territorial y cultural nace de una concepción eclesiológica que tiene su fundamento en la comunión y en la solidaridad, las cuales a su vez son fruto del encuentro con Jesucristo vivo, como lo expresa claramente el tema sinodal. La llamada a la unidad continental fue ampliamente acogida por parte de todos los episcopados latinoamericanos, los cuales ya conocían y vivían de algún modo la comunión eclesial a través de estructuras como el *Consejo Episcopal Latinoamericano* (C.E.L.A.M.) y el *Secretariado Episcopal de América Central y Panamá* (S.E.D.A.C.).

En la misma línea de la toma de conciencia de la unidad americana, debe recordarse el cambio de denominación de unas reuniones que periódicamente venían realizándose con la participación de representantes del C.E.L.A.M. y de las Conferencias Episcopales de Estados Unidos de América y de Canadá. Así fue como, luego de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América, las reuniones dejaron de llamarse «*Reunión Interamericana de Obispos*»³⁰,

²⁹ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Post-sinodal *Ecclesia in America* (22 de enero de 1999), 5.

³⁰ La XXVIIª y última *Reunión Interamericana de Obispos* fue celebrada en La Habana (Cuba) del 14 al 16 de febrero de 1999.

para pasar a denominarse «*Reunión de los Obispos de la Iglesia en América*»³¹. Desde este cambio de denominación, en las reuniones han sido tratados diversos temas directamente relacionados con la aplicación de la Exhortación Apostólica Post-sinodal, como por ejemplo: la mundialización de la economía y de la cultura³², los medios de comunicación social³³, los laicos³⁴, la familia³⁵, la deuda externa³⁶, la inmigración³⁷. Estos y otros desafíos pastorales análogos exigen sin duda un esfuerzo mancomunado de los Pastores y de las Conferencias Episcopales para encontrar vías de solución a la luz del Evangelio. Para alcanzar tal objetivo la Asamblea Especial para América fue una óptima experiencia de colegialidad episcopal que los Obispos latinoamericanos junto con los de Estados Unidos de América y de Canadá tomaran consciencia de la urgencia y de la necesidad de trabajar juntos para el bien de todo el Continente.

Otro aporte de la piedad popular latinoamericana, que las Conferencias Episcopales de América Latina promovieron con éxito con ocasión de la Asamblea Especial para América, fue la extensión de la devoción a la Virgen de Guadalupe a todo el Continente. El resultado fue la propuesta de incluir en el calendario de las celebraciones litúrgicas la memoria de Nuestra Señora de Guadalupe, Madre y Evangelizadora de América, con grado de “fiesta” para toda América. El Santo Padre acogió la propuesta de los Padres sinodales en el documento post-sinodal,³⁸ y la Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos procedió a la promulgación del relativo decreto con fecha 25 de marzo de 1999³⁹. Juntamente con este documento la Congregación preparó un formulario, en latín y español, con oraciones y lecturas para la celebración de la Santa Misa, y un anexo con los elementos propios de la

³¹ Estos encuentros anuales de la *Reunión de los Obispos de la Iglesia en América*, que se celebran siempre en el mes de febrero, tuvieron lugar en Vancouver (Canadá, 2000), Clearwater (Florida, Estados Unidos de América, 2001), San Salvador de Bahía (Brasil, 2002), Quebec (Canadá, 2003), San Antonio (Texas, U.S.A., 2004), Bogotá (Colombia, 2005), Toronto (Canadá, 2006), Huntington (New York, U.S.A., 2008). Durante el 2007 no fue celebrada ninguna reunión porque en encuentro entre los Obispos de América tuvo lugar en Aparecida (Brasil) durante la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

³² Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Post-sinodal, *Ecclesia in America* (22 de enero de 1999), 20 y 25.

³³ Cf. *ibidem*, 30.

³⁴ Cf. *ibidem*, 51.

³⁵ Cf. *ibidem*, 52.

³⁶ Cf. *ibidem*, 59.

³⁷ Cf. *ibidem*, 65.

³⁸ Cf. *ibidem*, 11.

³⁹ Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Notitiae* 35 (1999), pp. 272-296.

Liturgia de las Horas, que fueron oportunamente enviados a las Conferencias Episcopales de todo el continente.

No cabe duda que la devoción guadalupana es una de las características de la piedad popular latinoamericana difundida con la inmigración en el Norte del Continente. Sin embargo, esta advocación mariana, gracias también a la Asamblea Especial para América, se ha extendido a todos los rincones del Continente en virtud de la fuerza expresiva de la imagen y del adecuado uso que los Pastores del Pueblo de Dios en América han hecho de ella para la evangelización. Así, actualmente también en Estados Unidos y en Canadá la Virgen de Guadalupe es muy venerada como valuarte en favor de la vida, especialmente desde su concepción en el seno materno. De este modo, la espiritualidad mariana latinoamericana ha contribuido eficazmente a enriquecer la religiosidad popular en toda América con elementos de genuina doctrina católica, acrecentando en los fieles la conciencia de pertenecer a la única Iglesia de Jesucristo⁴⁰.

No menos importante fue el impulso dado al tema social, fruto de la aguda conciencia que esta problemática ha siempre suscitado en las iglesias particulares y en las Conferencias Episcopales de América Latina. Nació así el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, cuya redacción fue confiada por el Santo Padre al Pontificio Consejo «Justicia y Paz», en cumplimiento de lo dispuesto en el n° 54 de *Ecclesia in America*. La idea de poder contar con un compendio o síntesis autorizada de la doctrina social de la Iglesia encuentra su explicación en el fuerte peso que la realidad social tiene en todo el Continente, en particular en América Latina, y en el solícito empeño sobre este problema, que la Iglesia en esta región ha siempre manifestado. Sin duda, el documento es de gran utilidad también para la Iglesia universal, pues, como había auspiciado el Santo Padre, ese documento se limita «a formular los principios generales, dejando a aplicaciones posteriores el tratar sobre los problemas relacionados con las diversas situaciones locales»⁴¹.

La fuerza misionera de la Iglesia en Latinoamérica renovó también el espíritu evangelizador en todo el Continente, cuando luego de la experiencia sinodal el Congreso Misionero Latinoamericano (CO.M.LA.), pasó a llamarse Congreso Americano Misionero (C.A.M.). Así, el VI° Congreso Misionero Latinoamericano se transformó en el I° Congreso Misionero Americano. En la celebración de este evento, que tuvo lugar en Paraná (Argentina) durante el mes de septiembre de 1999, participaron por primera vez no sólo represen-

⁴⁰ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Post-sinodal, *Ecclesia in America* (22 de enero de 1999), 16.

⁴¹ Cf. *ibidem*, 54.

tantes de los países de América Latina sino también de Estados Unidos de América y de Canadá. Desde entonces los Congresos Americanos Misioneros mantienen encendida la llama del espíritu de la nueva evangelización a lo largo y a lo ancho del Continente americano, ofreciendo una óptima ocasión para estrechar lazos de solidaridad y de comunión entre diversas iglesias particulares y también entre Conferencias Episcopales Nacionales de toda América.

En la misma línea pastoral del despertar misionero se ubica la orientación sugerida por los Obispos reunidos en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, que en el *Documento Conclusivo*, propone una verdadera “Misión Continental”, convocando a todas las fuerzas vivas del inmenso rebaño, que es el Pueblo de Dios en América Latina, y poniendo a la Iglesia en Latinoamérica en estado de permanente misión para anunciar el Evangelio con renovado fervor espiritual y con audacia apostólica⁴².

Conclusión

A la luz de cuanto ha sido expuesto resulta claro que históricamente se han dado dos modos de relaciones entre el Sínodo de los Obispos y las Conferencias Episcopales de América Latina. El primero y ordinario ha tenido lugar en las Asambleas Generales Ordinarias y Extraordinarias, en las cuales cada Conferencia Episcopal ha participado a través de sus representantes. La segunda manera se ha realizado durante la Asamblea Especial para América del Sínodo de los Obispos, para la cual han sido definidos criterios especiales de participación. Los resultados alcanzados fueron ampliamente positivos, considerando las nuevas situaciones que se verifican en el Continente americano, en particular la globalización y el fenómeno migratorio. En efecto, según algunas estadísticas realizadas en Estados Unidos de América del Norte el 39 % de los católicos tienen raíces latinoamericanas. Es posible que las mencionadas fórmulas de relaciones puedan continuar en el futuro. Eso lo decidirá el Espíritu Santo que guía a la Iglesia por medio de los Pastores, unidos al Obispo de Roma, «*principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y comunión*» (LG 18).

De todos modos, las múltiples y fecundas relaciones entre el Sínodo de los Obispos y las Conferencias Episcopales Latinoamericanas constituyen un claro ejemplo de colaboración eclesial y de espíritu colegial al servicio de la Iglesia universal y de cada una de las iglesias particulares en la aplicación del concepto de Iglesia-comunión. Esta vivaz relación se debe en gran parte a la vitalidad de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas, así como también a la cons-

⁴² V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento Conclusivo* (Aparecida, 13-31 de mayo de 2007), 547-554.

tante buena disposición de sus Pastores, siempre abiertos a compartir las experiencias pastorales y las energías evangelizadoras de las respectivas iglesias particulares y a trabajar en comunión y solidaridad eclesial. Pero también es necesario indicar que si esa misma relación se ha desarrollado y acrecentado a lo largo del tiempo, ello ha sido posible en virtud de la constante preocupación de los Sumos Pontífices, que han presidido la institución sinodal. Ellos han mirado siempre con mucha atención pastoral a la Iglesia en América, y en particular en Latinoamérica. Es suficiente recordar 2 viajes apostólicos del Papa Pablo VI⁴³ y los 19 del Siervo de Dios Juan Pablo II⁴⁴, así como también el primer viaje intercontinental del Santo Padre Benedicto XVI en ocasión de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida (Brasil). Ellos, junto con los respectivos Secretarios Generales, atentos a los signos de los tiempos, supieron reconocer en las Conferencias Episcopales Latinoamericanas óptimos instrumentos eclesiales para promover la sinodalidad en todos sus aspectos, desde la preparación de los diversos sínodos hasta la aplicación de los documentos post-sinodales. La finalidad permanece siempre la misma, es decir, promover el encuentro de todos con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América Latina.

⁴³ Viajes Apostólicos del Papa Pablo VI en América: 1965 (Estados Unidos de América) y 1968 (Colombia).

⁴⁴ Viajes Apostólicos del Papa JUAN PABLO II en América: 1979 (Estados Unidos de América, República Dominicana y México), 1980 (Brasil), 1982 (Argentina), 1983 (Costa Rica, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Guatemala, Honduras e Haití), 1984 (República Dominicana y Puerto Rico), 1985 (Venezuela, Ecuador, Perú y Trinidad-Tobago), 1986 (Colombia), 1987 (Argentina, Uruguay, Chile, Estados Unidos de América y Canadá), 1988 (Uruguay, Bolivia, Perú y Paraguay), 1990 (México y Curaçao), 1991 (Brasil), 1992 (República Dominicana), 1993 (Estados Unidos de América y México), 1995 (Estados Unidos de América), 1996 (Venezuela, Guatemala, Nicaragua y El Salvador), 1997 (Brasil), 1998 (Cuba), 1999 (Estados Unidos de América y México), 2002 (México, Guatemala y Canadá).

II.
EL EMPEÑO EVANGELIZADOR
DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

*El Obispo, animador y acompañante
de los agentes de la Evangelización*

S.E. MONS. RAYMUNDO DAMASCENO ASSIS

Arzobispo de Aparecida

Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano CELAM

O Bispo, Animador e Acompanhante dos agentes da Evangelização

« Ora, como poderão invocar aquele no qual não acreditaram? Como poderão acreditar, se não ouvirem falar dele? E como poderão ouvir, se não houver quem o anuncie? Como poderão anunciar se ninguém for enviado? Como diz a Escritura: “Como são belos os pés daqueles que anunciam boas notícias!” »

(Rm 10,14-15)

No coração dos bispos continuam a ecoar as exortações de João Paulo II sobre a nova evangelização, particularmente as indicações feitas em sua Carta Apostólica *Novo Millenio Ineunte* para que a Igreja responda adequadamente aos desafios deste milênio.

Ainda sob as influências dos densos ensinamentos do Papa João Paulo II sobre a necessidade de uma nova evangelização e mergulhados no caudal do seu vasto e riquíssimo legado pastoral, bispos da América Latina e do Caribe participaram da V Conferência Geral do Episcopado Latino-Americano e Caribenho, realizada em Aparecida, Brasil, no período de 13 a 31 de maio de 2007, e que teve por tema *« Discípulos e missionários de Jesus Cristo para que nossos povos n'Ele tenham vida »*.

A Conferência de Aparecida reafirmou com toda a ênfase que o ministério episcopal ocupa papel preponderante na Igreja. O bispo é chamado a desempenhar, além de sua tarefa apostólica de ensinar, santificar e guiar, também a tarefa de animador e de acompanhante dos agentes da evangelização. É ele a liderança fundamental para colocar a Igreja em “estado de missão”. A nós, bispos, cabe levar *« nossos navios mar adentro, com o sopro potente do Espírito Santo, sem medo das tormentas, seguros de que a Providência de Deus nos proporcionará grandes surpresas »*¹.

Aparecida, acontecimento significativo para a Igreja Universal

O acontecimento de Aparecida empenha profundamente a Igreja no continente americano. Mais que isso, tem uma real significação para a Igreja toda, em sua catolicidade. A convocação da Conferência, feita pelo Papa, a definição

¹ *Aparecida*, 551.

de seu tema, a presença do Sumo Pontífice na abertura oficial e a autorização da publicação do documento final sinalizam que o evento não se encerra em si mesmo e não se limita ao continente latino-americano e caribenho.

Aparecida é um impulso de esperança e de vida para todo cristão que deseja ser verdadeiro discípulo de Jesus Cristo e que procura conhecê-Lo, amá-Lo e servi-Lo como missionário e mensageiro do Evangelho, para que o mundo tenha Vida. Trata-se de projeto ousado, cuja palavra-chave é: « *encontrar a vida, a vida verdadeira* »² em Jesus Cristo, com todas as conseqüências da realidade de fé, que tudo engloba. A fé em Jesus Cristo compromete-nos a viver a sua Palavra em todos os campos e a responder corajosamente aos desafios dos tempos. Não é e nem pode ser uma fé isolada, alienante, intimista e inconseqüente, mas uma fé que se faz história, iluminando e transformando a realidade »³.

A Igreja particular, primeiro sujeito da missão

Por força do mandato do Senhor Jesus, cada um dos membros da Igreja deve assumir sua tarefa de discípulo e missionário. A Igreja toda é, assim, chamada a ser, ao mesmo tempo, sujeito e destinatária da ação evangelizadora.

O impulso missionário se dá também a partir das Igrejas particulares. Tendo à frente seus pastores, o bispo com seu presbitério, estão elas diretamente implicadas no projeto evangelizador⁴. Em relação ao tema, o Documento de Aparecida afirma: « *A diocese, presidida pelo bispo, é o primeiro espaço da comunhão e da missão. Ele deve estimular e conduzir uma ação pastoral orgânica e vigorosa, de maneira que a variedade de carismas, ministérios, serviços e organizações se orientem em um mesmo projeto missionário para comunicar vida no próprio território. Esse projeto, que surge de um caminho de variada participação, torna possível a pastoral orgânica, capaz de dar resposta aos novos desafios. Porque um projeto só é eficiente se cada comunidade cristã, cada paróquia, cada comunidade educativa, cada comunidade de vida consagrada, cada associação ou movimento e cada pequena comunidade se inserirem ativamente na pastoral orgânica de cada diocese. Cada uma é chamada a evangelizar de um modo harmônico e integrado no projeto pastoral da diocese* »⁵.

² Cf. Discurso do PAPA BENTO XVI à Cúria Romana, no tradicional encontro para os bons votos de Natal, Sala Clementina, sexta-feira, 21 de dezembro de 2007.

³ Cf. ESPEJA J., *Encarnación continuada, En la herencia del Vaticano II*, San Esteban-Edibesa, Salamanca, 2007.

⁴ Cf. *PG*, 47.

⁵ *Aparecida*, 169.

Eis aqui o grande desafio para as nossas Igrejas particulares, em especial, para os bispos com seus presbitérios. A eles cabe conduzir o processo evangelizador, acompanhando e animando os sujeitos e agentes da ação evangelizadora, para que sejam capazes de levar vida, e vida plena, a todas as realidades. A base da evangelização está, portanto, na articulação da Igreja particular, enriquecida pelos carismas, ministérios e serviços diversificados do inteiro povo de Deus. A Exortação Apostólica Pós-Sinodal *Pastores Gregis* nos ensina: «*A Igreja é uma comunhão orgânica, que se realiza através da coordenação dos vários carismas, ministérios e serviços em ordem à consecução do fim comum que é a salvação. O bispo é responsável pela realização dessa unidade na diversidade*». Segundo o mesmo documento, o bispo «*deve favorecer de tal modo a sinergia entre os diversos agentes que lhes seja possível percorrerem juntos o caminho comum de fé e missão*»⁶.

A função animadora do bispo

O Documento de Aparecida lembra-nos que «*todas as autênticas transformações se forjam no coração das pessoas e se irradiam em todas as dimensões de sua existência e convivência. Não há novas estruturas se não há homens novos e mulheres novas que mobilizem e façam convergir nos povos ideais e poderosas energias morais e religiosas. Formando discípulos e missionários, a Igreja dá resposta a essa exigência*»⁷.

É por isso, que o bispo deve, com a máxima solícitude, acompanhar, primeiramente, os presbíteros. Deve fazê-lo de modo paternal e fraterno, nas diferentes etapas de sua vida e ministério⁸, ajudando-os a serem autênticos discípulo de Jesus Cristo, enamorados do Senhor⁹. Deve zelar para que não lhes faltem as condições necessárias para alimentar a sua vida espiritual, para que prossigam no processo de formação permanente e para que cultivem relações fraternas no presbitério. Um presbítero sadio e feliz será capaz de arrastar muitas pessoas para Cristo. Será verdadeiro agente de transformação na Igreja e no mundo.

Aos bispos incumbe, então, além da animação e acompanhamento da vida de seu presbitério, a atenção individualizada para cada presbítero, nas diferentes etapas de sua vida ministerial, animando-os, fortalecendo-os e estimulando-os em sua vocação missionária.

Muitos presbíteros vivem o ministério de forma heróica e até mesmo como mártires. Deixam a pátria, dispõem-se a viver nos lugares mais pobres e

⁶ *PG*, 44.

⁷ *Aparecida*, 538.

⁸ Cf. *PG*, 47.

⁹ *Aparecida*, 201.

carentes de todos os recursos, participam da vida do povo humilde. São muitos os que têm consciência de que seu ministério deve ser vivido em comunhão¹⁰ e procuram assumir, com entusiasmo e alegria, os planos diocesanos; vivem em comunhão com o seu bispo e são profundamente fraternos com os seus irmãos presbíteros; sabem valorizar e estimular os carismas e ministérios dos cristãos leigos e leigas. Muitos deles vivem o ministério de forma missionária, conferindo a necessária prioridade à evangelização. Outros, porém, encontram-se acomodados, sem coragem alguma para o trabalho de evangelização. Apegados a uma pastoral sacramentalista, que lhes dá segurança, deixam-se, infelizmente, amoldar-se à mentalidade pós-moderna. É preciso, então, que o bispo aja no sentido de desinstalar esses presbíteros de sua acomodação, sacudindo-os para que redescubram o primeiro amor¹¹ e vivam sua vocação centrados na pessoa de Jesus e abertos à realidade do mundo, particularmente dos mais pobres, tornando-se sensíveis aos sinais dos tempos. Em grande medida, isso dependerá do desempenho e do testemunho do ministério episcopal. Sendo ele próprio um irmão entre irmãos, tendo os mesmos sentimentos de Cristo Jesus¹², o Bom Pastor, deverá o bispo fazer-se próximo de seus irmãos presbíteros, ajudando-os a olhar, para além deles mesmos, a realidade que os desafia e que deve encantar-lhes o coração evangelizador. Além disso, num ambiente generalizado de “*desfalecimento espiritual*” dos presbíteros, é tarefa prioritária dos bispos garantir os meios para que eles sejam «*internamente bem fortalecidos e externamente bem acompanhados*»¹³, para que possam «*dar testemunho de vida feliz, alegre, entusiástica e de santidade no serviço do Senhor*»¹⁴.

Ao bispo se impõe também cuidar de modo muito especial da formação dos candidatos ao presbiterato¹⁵. É no processo da formação inicial que se molda o coração do discípulo missionário de Jesus Cristo, com todas as qualidades humanas e espirituais que lhes são necessárias. Para ser um enviado, missionário, apóstolo do Senhor, o ministro presbiteral há de ser profundamente humano e radicalmente cristão, discípulo fiel de Jesus, conduzido pelo

¹⁰ Sobre este aspecto, devemos ter presente a afirmação da Exortação Apostólica Pós-Sinodal de João Paulo II, *Pastores dabo vobis*, em seu parágrafo 17: «O ministério ordenado, em virtude da sua própria natureza, pode ser exercido somente na medida em que o presbítero estiver unido a Cristo mediante a inserção sacramental na ordem presbiteral e, por conseguinte, enquanto se encontrar em comunhão hierárquica com o próprio Bispo. O ministério ordenado tem uma radical “forma comunitária” e pode apenas ser assumido como ‘obra coletiva’».

¹¹ *Ap* 2,4-5.

¹² Cf. *Fil* 2,5.

¹³ Cf. URIARTE J. M., *A espiritualidade do ministro presbiteral*, Ed. Loyola, São Paulo, 2000, p. 31-33.

¹⁴ *Aparecida*, 315.

¹⁵ *PG*, 48.

Espírito, solidificado na rocha do Evangelho e alimentado pela Eucaristia. Será, assim, de fundamental importância que ele edifique, desde o início de sua formação, uma espiritualidade centrada no Evangelho, na Eucaristia e na caridade fraterna, com um amor especial aos pobres.

Não falte também ao bispo o zelo pela vocação dos diáconos permanentes¹⁶, pois eles são, juntamente com os presbíteros, a sua segunda mão. Com os diáconos, o pastoreio do bispo torna mais visível o rosto eclesial da caridade para com os mais pobres e necessitados. Dessa maneira, o coração dos diáconos deve ser orientado para a sensibilidade profunda para com as carências humanas e as injustiças sociais, pois «*as alegrias e as esperanças, as tristezas e as angústias dos homens de hoje, sobretudo dos pobres e de todos aqueles que sofrem, são também as alegrias e as esperanças, as tristezas e as angústias dos discípulos de Cristo; e não há realidade alguma verdadeiramente humana que não encontre eco no seu coração*»¹⁷. O acompanhamento que o bispo fará dos diáconos não poderá prescindir, sob pena de grandes desvantagens, de envolver a própria família deles, também elas convidadas a se transformarem em fonte de evangelização.

É preciso que o bispo ajude o ministério diaconal a encontrar espaços próprios para a sua atuação. Infelizmente, em muitos lugares, esse ministério tem sido exercido de maneira minimalista e pouco missionária, limitado às funções meramente litúrgicas e reduzido à simples colaboração com os presbíteros e não com os bispos. A partir de Aparecida, dever-se-ia relançar esse ministério com o seu acento principal na dimensão da caridade evangélica, «*uma dimensão fundamental e também prioritária para o compromisso dos diáconos, se bem que não a única*»¹⁸, tendo como consequência as dimensões evangelizadora e celebrativa.

O bispo deverá ter, igualmente, um cuidado todo especial pela vida consagrada¹⁹, valorizando os diferentes carismas com os quais o Espírito enriquece a Igreja. Sua presença assídua nas famílias de vida consagrada poderá estimular os seus carismas e ajudá-las a se integrarem na vida e no dinamismo da Igreja particular. Preocupe-se, assim, o bispo em envolvê-las nos diferentes âmbitos da formação. É preciso que o bispo tenha sempre presente que a vida consagrada deve estar profundamente inserida na Igreja particular para que, com seus carismas específicos, possa verdadeiramente colaborar na obra evangelizadora.

Com particular solicitude, o bispo procurará também apoiar, alimentar e ajudar os fiéis leigos e leigas²⁰ para que sejam não apenas destinatários, mas

¹⁶ *PG*, 49.

¹⁷ *GS*, 1.

¹⁸ BENTO XVI, no encontro do Papa com os párocos e o clero de Roma, 7 de fevereiro de 2008.

¹⁹ *PG*, 50.

²⁰ *Idem*, 51.

sujeitos da evangelização. Além disso, esteja atento em valorizar a vocação laical com sua índole secular que lhe é própria e peculiar: «*Aos leigos compete, por sua vocação própria, buscar o Reino de Deus, exercendo funções temporais e ordenando-as segundo Deus. Vivem no século, isto é, em todos e em cada um dos ofícios e trabalhos do mundo. Vivem nas condições ordinárias da vida familiar e social, pelas quais sua existência é como que tecida. Lá, são chamados por Deus para que, exercendo seu próprio ofício, guiados pelo espírito evangélico, a modo de fermento, de dentro, contribuam para a santificação do mundo e, assim, manifestem Cristo aos outros, especialmente, pelo testemunho de sua vida resplandecente em fé, esperança e caridade. A eles, portanto, cabe de maneira especial iluminar e ordenar de tal modo as coisas temporais, às quais estão intimamente unidos, que elas continuamente se façam e cresçam segundo Cristo, para louvor do Criador e Redentor*»²¹.

O Sínodo da América reconheceu que «*a renovação da Igreja na América não será possível sem a presença ativa dos leigos. Por isso lhes compete, em grande parte, a responsabilidade do futuro da Igreja*». E no que diz respeito à formação dos leigos, declara o mesmo Sínodo: «*É urgente formar homens e mulheres capazes de influir, segundo a própria vocação, na vida pública, orientando-a para o bem comum. No exercício da política, considerada no seu sentido mais nobre e autêntico de administração do bem comum, aqueles podem encontrar o caminho da própria santificação. Em vista disso, é necessário que sejam formados quer nos princípios e nos valores da doutrina social da Igreja, quer nas noções fundamentais da teologia do laicato. O conhecimento mais profundo dos princípios éticos e dos valores morais cristãos lhes permitirá tornarem-se paladinos no seu ambiente*»²².

Ao bispo se impõe recordar aos cristãos fiéis, leigos e leigas, a dignidade que lhes foi concedida pelo batismo, como dizia São Leão Magno: «*Agnosce, o Christiane, dignitatem tuam!*»²³. Além disso, exige-se dele que ajude os leigos e leigas a despertarem para o chamado de Deus, no discernimento de seus carismas, na decisão ministerial e na participação na missão evangelizadora, exercida na Igreja e no mundo²⁴. Para tanto, o bispo com seu presbitério deverão favorecer os meios adequados para o discernimento vocacional e a capacitação teológico-pastoral dos cristãos fiéis, leigos e leigas.

Muitas vezes são os leigos e leigas vistos com desconfiança e não lhes é dada a atenção necessária no sentido de capacitá-los a assumir, com maturidade, a ação evangelizadora. Os bispos, como se afirmou antes, devem orientar o serviço de animação vocacional das dioceses para cuidar também das vocações dos cristãos fiéis leigos e leigas, incentivando os ministérios eclesiais por eles exercidos e capacitando-os a assumirem a obra evangelizadora nos diferentes

²¹ LG, 31.

²² EA, 44.

²³ S. LEÃO MAGNO, Sermo XXI, 3: S. Ch. 22 bis, 72.

²⁴ Cf. CONGREGAÇÃO PARA OS BISPOS, Diretório para o Ministério Pastoral dos Bispos, par. 108.

campos. «*Isso exige, da parte dos pastores, uma maior abertura de mentalidade para que entendam e acolham o “ser” e o “fazer” do leigo na Igreja, que, por seu batismo e sua confirmação, é discípulo e missionário de Jesus Cristo. Em outras palavras, é necessário que o leigo seja levado em consideração com um espírito de comunhão e de participação*»²⁵.

No que concerne à sua participação nas atividades eclesiais, é comum haver dissabores e reclamações por parte dos leigos. Eles são considerados, às vezes, cristãos de segunda categoria, envolvidos tão-somente na execução de “tarefas”. Essa mentalidade, infelizmente, pode tornar-se um entrave à realização do projeto eclesial, que contempla toda a Igreja em estado de missão.

Índole missionária do Bispo

«*Todo bispo deve estar consciente da índole missionária do seu próprio ministério pastoral. Assim, toda a sua ação pastoral deve ser caracterizada pelo espírito missionário, para suscitar e conservar no espírito dos fiéis o zelo pela difusão do Evangelho*»²⁶. Sua liderança deve ser exercida na Igreja particular de modo a tornar todos os membros do Povo de Deus configurados a Cristo e enriquecidos com os dons do Espírito, sujeitos co-responsáveis pela missão evangelizadora.

O bispo deverá «*privilegiar o encontro direto e o contato pessoal com os fiéis que vivem nas comunidades confiadas ao seu cuidado pastoral, a exemplo do Bom Pastor, que conhece as suas ovelhas e chama cada uma pelo nome. De fato, o encontro freqüente do bispo, primeiramente com os seus presbíteros, e, depois, com os diáconos, com os consagrados e as suas comunidades, com os fiéis leigos, individualmente e nas diversas formas de agregação, tem grande importância para o exercício de um ministério eficaz no meio do Povo de Deus*»²⁷. Não se esqueça o bispo dos Movimentos e Novas Comunidades, merecedoras de atenção especial, porquanto são, atualmente, uma grande força de evangelização.

Equipes de animação e acompanhamento com espírito de liderança

Para uma tarefa tão ampla e exigente como a evangelização, faz-se necessária a criação de equipes específicas. Sob a orientação e animação do bispo, assumam essas equipes os diferentes níveis de responsabilidade dessa única e mesma tarefa evangelizadora. Todas as equipes poderiam estar articuladas numa espécie de Conselho Diocesano para a Evangelização, sem prejuízo, no entanto, como se afirmou acima, do acompanhamento pessoal por parte do bispo. Animação e acompanhamento são atitudes complementares que, por

²⁵ *Aparecida*, 213.

²⁶ *PG*, 65.

²⁷ *PG*, 28.

certo, representam maior atenção aos diferentes carismas, vocações e ministérios que enriquecem a vida do povo de Deus.

Essas equipes deverão ser formadas, nas dioceses, segundo um novo espírito. Em tudo deverão estar capacitadas para assumir, na tarefa de evangelizar, «novos métodos, nova linguagem, novas expressões» e novas atitudes, em consonância com os sinais do tempo em que vivemos.

Formação

À par da preocupação com a animação e o acompanhamento dos responsáveis pela evangelização, o bispo não pode perder de vista a necessidade da contínua formação deles.

Aparecida refere-se a um processo de formação que contempla o acompanhamento de todos os discípulos: «*Cada setor do Povo de Deus requer que a pessoa seja acompanhada e formada de acordo com a peculiar vocação e ministério para o qual tenha sido chamada: o bispo é o princípio da unidade na diocese devido a seu tríplice ministério de ensinar, santificar e governar; os presbíteros cooperam com o ministério do bispo, no cuidado do povo de Deus que lhes foi confiado; os diáconos permanentes no serviço vivificante, humilde e perseverante como ajuda valiosa para os bispos e presbíteros; os consagrados e consagradas no seguimento radical do Mestre; os leigos e leigas cumprem sua responsabilidade evangelizadora colaborando na formação de comunidades cristãs e na construção do Reino de Deus no mundo. Requer-se, portanto, capacitar aqueles que possam acompanhar espiritual e pastoralmente a outros*»²⁸. Nessas palavras extraídas do documento de Aparecida encontra-se preciosa indicação sobre o processo de formação destinado àqueles que realizam o acompanhamento dos discípulos.

Aos leigos e leigas deve-se propiciar uma formação específica para que, como cristãos, estejam capacitados para atuar no mundo da política, da realidade social, da economia da cultura, das ciências, das artes, da vida internacional, dos meios de comunicação e de outras realidades abertas à evangelização. A todos os discípulos, porém, é necessário destinar-se uma formação que tenha por alvo a «*espiritualidade missionária, que se baseia na docilidade ao impulso do Espírito, à sua potência de vida que mobiliza e transfigura todas as dimensões da existência*»²⁹. Ao bispo se impõe cuidar, então, do desenvolvimento da espiritualidade própria de cada um dos segmentos de discípulos: presbíteros, diáconos permanentes, religiosos e religiosas, pais e mães de família, empresários, trabalhadores e catequistas, entre outros.

²⁸ Aparecida, 282.

²⁹ Aparecida, 284.

Como muito se tem insistido atualmente, é preciso criar maneiras concretas para que se efetive a formação permanente de todos quantos se dedicam à evangelização. Essa é uma exigência que nos é imposta pelos desafios da chamada sociedade pós-moderna, extremamente complexa, especializada e em estado de permanente mudança.

Sem conversão não haverá evangelização

Todo acompanhamento e toda animação dos agentes da evangelização necessitam de uma atenção especial para as mudanças urgentes e necessárias, a fim de que a Igreja, além de uma “pastoral de manutenção” da vida eclesial, assuma também uma “pastoral de evangelização e conversão”. *Isso irá «exigir por parte dos bispos uma exortação incessante e um contato com todas as instâncias da diocese para examinar se realmente estão criando novas atividades. Essa exortação permanente será o estímulo indispensável»*³⁰.

Realizar uma empreitada tão exigente e complexa como sustentar o dinamismo missionário de uma Igreja presente no mundo requer cuidadosa preparação de todos os agentes responsáveis pela evangelização. E também do bispo, uma vez que o bom termo da tarefa, do ponto de vista estritamente humano, depende muito da liderança por ele exercida.

Os bispos, em Aparecida, reconheceram que se faz necessária e urgente uma verdadeira conversão, não só pessoal e comunitária mas também pastoral: *«A conversão pessoal desperta a capacidade de submeter tudo a serviço da instauração do reino da vida. Os bispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados e consagradas, leigos e leigas são chamados a assumir uma atitude de permanente conversão pastoral, que envolve escutar com atenção e discernir “o que o Espírito está dizendo às Igrejas” (Ap 2,29) através dos sinais dos tempos nos quais Deus se manifesta»*³¹.

Todos, fundamentados na rocha da Palavra, alimentados pelo Pão da Vida e instruídos pelo Espírito

No discurso pronunciado na Sessão Inaugural dos trabalhos da V Conferência, o Papa Bento XVI exortava os bispos: *«Começando a nova etapa que a Igreja missionária da América Latina e do Caribe se dispõe a empreender a partir desta V Conferência Geral em Aparecida, é condição indispensável o profundo conhecimento da Palavra de Deus. Por isso, é necessário educar o povo para a leitura e a meditação da*

³⁰ J. COMBLIN, «O papel histórico de Aparecida», in *REB* 268 (out. 2007), p. 882.

³¹ *Aparecida*, 366.

Palavra de Deus: que ela se transforme no seu alimento para que, pela sua própria experiência, vejam que as palavras de Jesus são espírito e vida (cf. Jo 6, 63). Caso contrário, como poderão anunciar uma mensagem, cujo conteúdo e espírito não conhecem profundamente? Temos que fundamentar o nosso compromisso missionário e toda a nossa vida na rocha da Palavra de Deus. Por isso, animo os Pastores a esforçar-se em vista de a dar a conhecer».

Uma Igreja que coloca no centro de sua vida e do seu dinamismo missionário a Palavra de Deus produzirá, certamente, bons e abundantes frutos de evangelização. A Palavra de Deus será a rocha que nos há de sustentar no compromisso missionário. Será, para todos, fonte inesgotável de conversão.

Juntamente com a Palavra, a Eucaristia deve sustentar a vida dos agentes da evangelização. *«A Eucaristia, fonte inesgotável da vocação cristã é, ao mesmo tempo, fonte inextinguível do impulso missionário. Ali, o Espírito Santo fortalece a identidade do discípulo e desperta nele a decidida vontade de anunciar com audácia aos demais o que tem escutado e vivido»³².*

A obra da evangelização que nos cabe realizar como Igreja, povo de Deus, necessita também de uma sensibilidade e uma atenção especial ao Espírito Santo, que nos instrui e nos guia a todos. *«Na Igreja, escola do Deus vivo, bispos e fiéis são todos discípulos, e todos têm necessidade de ser instruídos pelo Espírito. Realmente são muitas as sedes, onde o Espírito nos comunica a sua instrução interior. Em primeiro lugar, o coração de cada um; depois, a vida das várias Igrejas particulares, onde se manifestam e fazem sentir as múltiplas necessidades das pessoas e das diferentes comunidades eclesiais, através de linguagens ora conhecidas ora diversas e novas»³³.*

Não temos dúvida de que Aparecida foi e continuará sendo um novo Pentecostes. Por isso, pedimos que o Espírito opere no coração do inteiro povo de Deus e nos ilumine, pastores e rebanho, na missão de anunciar o Evangelho, a fim de que a vida de Jesus Cristo chegue plenamente aos nossos povos.

³² *Aparecida*, 251.

³³ *PG*, 28.

Referências:

PG – *Pastores Gregis*

CD – *Christus Dominus*

LG – *Lumen Gentium*

EA – *Ecclesia in America*

GS – *Gaudium et Spes*.

Compromiso evangelizador de los presbíteros

S.E.R. CARDENAL DARÍO CASTRILLÓN HOYOS

*Prefecto emérito de la Congregación para el Clero
Presidente de la Pontificia Comisión «Ecclesia Dei»*

El documento conclusivo de la V *Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, celebrada en Aparecida, Brasil, del 13 al 31 de mayo de 2007, es un documento eminentemente pastoral;¹ un documento elaborado por los obispos de América Latina y el Caribe, que reflexionan sobre el medio geográfico en el que trabajan pastoralmente y se imponen unas directrices pastorales para guiar su trabajo. En él no se encuentra una referencia explícita al compromiso evangelizador de los presbíteros, pero hay muchos elementos que ayudan a entender y profundizar en este compromiso en el hoy de la Iglesia en Iberoamérica y el Caribe. Sin embargo, el compromiso evangelizador de los presbíteros cobra una especial relevancia ante la *misión continental*, seguramente una de las metas más ambiciosas trazadas por el documento conclusivo de Aparecida, «*que las Conferencias Episcopales y cada diócesis están llamadas a estudiar y llevar a cabo, convocando para ello a todas las fuerzas vivas, de modo que caminando desde Cristo se busque su rostro*»². La misión continental es el modo más concreto de llevar a cabo el compromiso evangelizador de los presbíteros.

El documento conclusivo de la V *Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* hace hincapié en dos conceptos clave que explican los fundamentos de lo que debe ser el compromiso evangelizador de los presbíteros: el *discipulado* del cristiano y la *misionariedad* de la Iglesia. Ser discípulo y misionero son elementos esenciales en la naturaleza propia del cristiano, mucho más del sacerdote. En su compromiso evangelizador, los sacerdotes deben vivir fielmente el discipulado y la misionariedad, pero además, «*los primeros promotores del discipulado y de la misión son aquellos que han sido llamados para estar con Jesús y ser enviados a predicar*³, *es decir, los sacerdotes*»⁴.

Se es cristiano porque, a través del bautismo y de la fe se sigue a Jesús, el Señor⁵. El discípulo da testimonio y anuncia a Cristo con la vida, las obras y las

¹ En este escrito se citará como «Aparecida».

² BENEDICTO XVI, Carta que autoriza la publicación del Documento Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

³ Cf. Mc 3,14.

⁴ BENEDICTO XVI, Discurso inaugural de la V Asamblea del CELAM, Aparecida, 13 de mayo de 2007.

⁵ Cf. Mt 9,9.

palabras, en y con la Iglesia, en una creciente configuración con Cristo⁶. «*Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva*». En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro»⁸. El compromiso evangelizador de los presbíteros nace de su conciencia humilde de discípulos y se desarrolla en la misionariedad de la Iglesia.

1. El discipulado.

El discipulado es la base de la vida cristiana. Ser cristiano es seguir a Cristo, conocerlo, imitarlo, amarlo, transmitirlo. La V Conferencia General tomó como tema: «*Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida*» y el mismo título coloca primero el discipulado, antes que la misionariedad. No se puede ser *misionero* sin ser *discípulo* como no se puede hablar de compromiso evangelizador del presbítero si el presbítero no es el primer evangelizado. Un presbítero que no es un fiel discípulo de Cristo no puede ser un auténtico evangelizador.

«*¿Qué significa ser discípulos de Cristo? En primer lugar, significa llegar a conocerlo. ¿Cómo se realiza esto? Es una invitación a escucharlo tal como nos habla en el texto de la sagrada Escritura, como se dirige a nosotros y sale a nuestro encuentro en la oración común de la Iglesia, en los sacramentos y en el testimonio de los santos.*

Nunca se puede conocer a Cristo sólo teóricamente. Con una gran doctrina se puede saber todo sobre las sagradas Escrituras, sin haberse encontrado jamás con Él. Para conocerlo es necesario caminar juntamente con Él, tener sus mismos sentimientos, como dice la carta a los Filipenses⁹. San Pablo describe brevemente esos sentimientos así: tener el mismo amor, formar una sola alma (sýmpsychoi), estar de acuerdo, no hacer nada por rivalidad y vanagloria, no buscar cada uno sólo sus intereses, sino también los de los demás»^{10,11}.

El discipulado no se puede reducir a un eslogan o a un simple calificativo: es un modo de vivir, un compromiso personal con Cristo, con el Maestro. Para que pueda darse el discipulado, hace falta que esté basado en un conocimiento auténtico del pensamiento del Maestro. Sólo el que conoce auténticamente, puede ser un seguidor auténtico. Por eso, los sacerdotes tenemos que profundizar en la *sequela Christi*, en la docilidad al Señor, para obrar santificándonos y

⁶ Cf. *Gal* 2,20.

⁷ Cf. *Hcb* 4,12.

⁸ *Discurso Inaugural*.

⁹ Cf. *Fíp* 2,5.

¹⁰ Cf. *Fíp* 2,2-4.

¹¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2007.

santificando *in persona Christi capitis*, representando a Cristo, cabeza de su Iglesia. La *sequela Christi* nos impulsa a profundizar en el conocimiento de la vida y la palabra de Jesús para vivir la verdad del Evangelio y para llevar a los hermanos al conocimiento de esta verdad y a la práctica del Evangelio como real inserción en el Reino. Ser discípulo es hacer vida el conocimiento de Cristo en su seguimiento; es vivir lo que contemplamos, transmitir lo que vivimos, imitar lo que conocemos de Jesús.

El auténtico discipulado revive la experiencia del primer discípulo, Andrés¹². Llega al conocimiento de Jesús a través de alguien que se lo muestra: «*be abí al Cordero de Dios*», y comienza a interesarse por ese Jesús que le presentan. Desde ese momento, construye una relación personal con Cristo que le lleva a adentrarse en su conocimiento: «*vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día*». Es un conocimiento personal, experiencial, profundo, que va mucho más allá de la primera noticia que le llevó al encuentro con el Maestro. Ya no es un conocimiento por lo que le dijeron, sino de primera persona, porque experimentó: «*expertus potest credere quid sit Iesum diligere*» (el que experimenta puede creer lo que es amar a Jesús). Y ese conocimiento experiencial le llena de tal modo que quiere compartirlo a los demás comenzando por su hermano Simón: «*Hemos encontrado al Mesías*».

Pero, «*¿Por qué queremos ser discípulos de Cristo? Porque esperamos encontrar en la comunión con Él la vida, la verdadera vida digna de este nombre, y por esto queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en Él. Pero, ¿es esto así? ¿Estamos realmente convencidos de que Cristo es el camino, la verdad y la vida?*»¹³. Es una pregunta que hizo el Santo Padre en su alocución al inicio de los trabajos de la V Conferencia. La pregunta quedó contestada en el documento final, pero ahora debe responderla en su interior cada uno de nosotros. El primer deber de un presbítero es el convencerse a sí mismo de que Cristo es *su* camino, *su* verdad y *su* vida, para poderlo transmitir. No basta con aceptar la fe como algo cultural, heredado, como la gastronomía regional o las formas de educación social.

El sacerdote discípulo de Cristo es un hombre que asume sin complejos la cruz de cada día, sin sentirse desdichado, porque sabe que la cruz unida a Cristo es instrumento de *salvación*, no de *tortura*. El seguidor de Cristo sólo es un discípulo auténtico si toma su cruz cada día: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*»¹⁴. La evangelización reclama un puesto central para la cruz que cobra sentido en Cristo y en su resurrección. Debemos

¹² Cf. *Jn* 1,35-42.

¹³ *Discurso Inaugural*.

¹⁴ *Mt* 24,16; Cf. *Mc* 8,34; *Lc* 9,23.

hacer de nuevo comprensible el lenguaje de hombres como San Juan Crisóstomo: «*La cruz es la suma y el vértice de nuestros bienes, por la cual vivimos y somos lo que somos. Llevamos por todas partes la cruz de Cristo, como una corona. Todo cuanto nos concierne se cumple y se consume a través de ella. Siempre está a nuestro lado y nos asiste este símbolo de victoria. Es el símbolo de nuestra salvación y de la libertad común del género humano*»¹⁵.

En América Latina necesitamos recuperar la vivencia del discipulado en su más profunda realidad: «*no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*»¹⁶. Efectivamente, el cristianismo, en su esencia, no es otra cosa sino ser *seguidor de Cristo*, ser un discípulo del Señor que vive correspondiendo con su amor al amor que Dios le tiene. «*La naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo*»¹⁷. El centro de la vida cristiana debe situarse en un constante dinamismo por conocer, amar, imitar y seguir a Jesucristo, viviendo en profunda unión de amor con Él. La fe cristiana es un seguimiento, una respuesta de amor al amor de Dios.

2. La misionariedad.

Además del discipulado, el cristiano, por el solo hecho de serlo, lleva escrita la misionariedad en su identidad como una característica esencial de su respuesta a Cristo. El cristiano es un *enviado* en el mundo, un testigo de Cristo. El documento de Aparecida ha recogido y valorado muy bien esta dimensión de nuestra fe, que no siempre se pone en práctica. El documento final nos estimula a ser una Iglesia activa, no pasiva; una Iglesia de proposiciones, de diálogo de fe, que no “juega a la defensiva”.

Generalmente, entendemos por misión, el envío de dos en dos o la acción de la Iglesia en lugares remotos, pero la misionariedad es mucho más que eso; forma parte de la esencia de la identidad del cristiano. El Concilio Vaticano II ha explicado claramente esta identidad misionera de la Iglesia: «*La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre*»¹⁸. La Iglesia es siempre enviada, esté donde esté. «*Todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda*

¹⁵ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Comentario al Evangelio de S. Mateo*, 54, 4.

¹⁶ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 1.

¹⁷ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 28.

¹⁸ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, 2.

la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará¹⁹»²⁰. El sacerdote es, además, llamado y consagrado por Dios para ser enviado a sus hermanos y darse totalmente a ellos. Es otro Cristo que vela y entrega su vida para que todos se salven. Para el corazón de un sacerdote es triste que haya hermanos nuestros que se excluyan de la salvación por una libre elección, pero no es menos triste que otros queden excluidos porque no han conocido el Evangelio y eso les ha hecho más difícil el camino.

La misionariedad está unida indisolublemente a un anuncio de salvación, es un servicio sobrenatural y humano que se brinda al ser humano para guiarlo a la salvación. La misión de la Iglesia no es sólo espiritual porque debe atender a las necesidades más perentorias del hombre, y muchas veces estas necesidades son puramente materiales. Recuerdo que cuando fui nombrado obispo comencé una campaña para construir letrinas en las poblaciones. Muchos sacerdotes no lo aceptaban. Yo iba a las parroquias y pedía que me mostrasen los libros de defunciones. Había muchos muertos por gastroenteritis y otras enfermedades que tenían su origen en la falta de alcantarillado y de adecuados conductos de agua potable. Y yo le decía al sacerdote: “evitar estas muertes es más importante que predicar la caridad, es evitar por amor que mueran”. Esto es hacer progresar, hay que buscar el bien de las personas enriqueciendo su modo de vida, y esto forma parte de la misión de la Iglesia, como el enseñar a escribir y leer. Estoy convencido de que es una parte fundamental de la misión de la Iglesia.

La misión de la Iglesia debe llegar al arte, a la cultura, a la comunicación, a todas las esferas del actuar humano. *«Todo lo que es humano tiene que ver con nosotros. Tenemos en común con toda la humanidad la naturaleza, es decir la vida con todos sus dones, con todos sus problemas: estamos dispuestos a compartir con los demás esta primera universalidad; a aceptar las profundas exigencias de sus necesidades fundamentales, a aplaudir todas las afirmaciones nuevas y a veces sublimes de su genio. Y tenemos verdades morales, vitales, que hemos de poner en evidencia y corroborar en la conciencia humana, benéficas como son para todos. Donde quiera que hay un hombre en busca de comprenderse a sí mismo y al mundo, podemos estar en contacto con él; donde quiera que se reúnen los pueblos para establecer los derechos y deberes del hombre, nos sentimos honrados cuando nos permiten sentarnos junto a ellos»*²¹.

La Iglesia busca el progreso completo del ser humano, sin perder de vista que el centro de su misión es la salvación de cada ser humano. La Iglesia

¹⁹ Mc 16,15.

²⁰ *Discurso Inaugural.*

²¹ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam suam*, 24.

predica a Cristo, el Salvador. Por eso, el centro de nuestra misión debe ser anunciar a Cristo, hacer conocer a Cristo, conducir al amor de Cristo.

La salvación de Cristo sólo se realiza en la vida eterna, donde se da la plena unión con Él. Esa vida eterna con Cristo y en Cristo es la única que puede satisfacer todas las aspiraciones del hombre y dar un sentido de eternidad a todas las situaciones que vive, a todos sus actos. Sabemos que no podemos desentendernos del mundo en el esfuerzo por mejorar la situación de los hombres y mujeres que sufren, pero también hay que tener muy claro que nunca se llegará a satisfacer completamente el espíritu del hombre en este mundo, porque, como decía San Agustín: «*Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti*»²². Sólo la perfecta posesión de Dios puede llenar las más profundas aspiraciones del ser humano.

La Iglesia ofrece la vida verdadera que no acaba. La palabra clave del encuentro con Cristo en la Iglesia es encontrar la vida, la vida verdadera²³. La Iglesia ofrece la salvación de Cristo, la vida que no se acaba. Sabe que *el que cree, tiene vida eterna*²⁴ y por eso quiere evangelizar para *que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna*²⁵. *Sólo Cristo tiene palabras de vida eterna*²⁶. «*De la fe se espera la «vida eterna», la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud. Jesús que dijo de Sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia*²⁷, nos explicó también qué significa “vida”: “Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo”²⁸. *La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces vivimos*»²⁹.

Cuando despojamos al cristianismo de su fuerte y fundante mensaje de salvación eterna, lo convertimos en una utopía. Pero el cristianismo no es una utopía porque contempla la realización plena de sus promesas en la eternidad³⁰. El cristiano sabe que su fe no termina en este mundo, que está aquí de paso, pero que es ciudadano del Cielo, donde se realizarán las aspiraciones que lleva grabadas en su corazón. Si en el mensaje cristiano suprimimos la vida eterna,

²² SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I,1.

²³ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2007.

²⁴ Cf. *Jn* 6,47.

²⁵ Cf. *Jn* 6,40.

²⁶ Cf. *Jn* 6,68.

²⁷ Cf. *Jn* 10,10.

²⁸ *Jn* 17,3.

²⁹ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe Salvi*, 27.

³⁰ Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe Salvi*, 10-12.

entonces resulta imposible juzgar las realidades de este mundo en su verdadero valor, en su justa dimensión. Sin vida eterna es duro comprender el amor a los enemigos; sin vida eterna es imposible el consuelo en el dolor ante las calamidades de esta vida: «¿Cómo hablar de Dios en un mundo de «crucificados»? ¿Cómo entender la Historia de la Salvación en la historia humana marcada por la injusticia? ¿Qué tiene que ver el cristiano con el pobre? ¿Qué tiene que ver la fe cristiana con una pobreza estructural? ¿Cómo predicar la Resurrección a quienes su vivencia del presente les ha robado la esperanza de un futuro mejor?»³¹. La única respuesta a esas preguntas se encuentra en Cristo y en la salvación eterna que Él nos ha traído. «*En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado*»³². Por eso, la misión de la Iglesia es anunciar a Cristo, proclamar la Buena Nueva, que es precisamente Cristo, Dios hecho hombre que nos ha liberado del pecado y nos ha dado la vida eterna.

La misión de la Iglesia es *dar a Cristo al mundo*, llevar a los hombres al encuentro con Él. La Iglesia da lo que ha recibido: Cristo Jesús, el Salvador. La misión que Jesucristo asignó a su Iglesia es muy clara: «*Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*»³³. A la Iglesia le toca proclamar el anuncio de Cristo a todo el mundo: «*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará*»³⁴.

Dentro de la misión, en nuestra América Latina, se percibe también, a veces, una fuerte obsesión por ser *protagonistas*. A veces parece que la misión de la Iglesia se mueve entre el deseo de protagonismo y la autocrítica despiadada. Pero el único protagonista es y debe ser Dios; los sacerdotes somos siervos del Señor, amigos del Señor. La autocrítica enfermiza nos llena de complejos y nos impide presentarnos con orgullo como discípulos y enviados de Cristo. La autocrítica continua pone en tela de juicio la propia identidad³⁵ y lleva a una asimilación ingenua de los gustos del mundo. Lo que se necesita no es autocrítica, sino un sano examen de conciencia de cada uno, que le mantenga en un camino de conversión continua. Tampoco hay que confundir el camino continuo de la conversión con una enfermiza obsesión por el cambio. La conversión no es un cambio continuo, sino una atención constante para poner a

³¹ CELAM, *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe*, n. 354.

³² CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, 22.

³³ *Mt* 28,18-20.

³⁴ *Mt* 16,15-16.

³⁵ Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor Hominis*, 4.

Cristo en el centro de la vida; es tener un rumbo fijo y no cambiarlo. Lo que debe cambiar es el itinerario cuando se aleja del rumbo trazado.

Es muy difícil mantener la identidad de la Iglesia, del sacerdocio, de la misión de la Iglesia, cuando falta el sentido de lo sobrenatural. Y perdida la identidad, es fácil llegar a cualquier desviación. Cuando uno no sabe lo que es, no sabe cómo tiene que actuar, mucho menos cómo reaccionar ante determinados fenómenos. Por eso, la Iglesia, para poder realizar su misión, tiene que estar volviendo continuamente a Cristo y a su mandato. Cuando se desdibuja la identidad de la Iglesia, inevitablemente se yerra en la misión. La Iglesia es Sacramento Universal de Salvación³⁶. Defiende la justicia, pero además sabe perdonar la injusticia. Es una institución social, pero también sobrenatural. Promueve la paz y el acercamiento de los pueblos, pero al mismo tiempo sabe que la paz es sólo un medio para el bien común. Lucha por humanizar la sociedad, pero también y sobre todo promueve la santidad. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo en el mundo que tiende la mano de la salvación a todos los hombres.

Con estas bases bien asentadas, la *misión continental* que promueve el documento de Aparecida³⁷ puede ser, como dice el mensaje conclusivo, un «nuevo Pentecostés»³⁸ que ayude a que la Iglesia se abra a las sociedades y culturas de hoy, y que deje los lastres que viene arrastrando desde hace tiempo, más propios de quien se mira a sí mismo que de quien busca crecer y expandirse. Será una misión —y cito de nuevo el mensaje final— que vaya sobre todo «*en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo*»³⁹. En un continente donde la cultura está muy cimentada en bases católicas y donde la mayoría de la población sigue siendo católica —al menos por el Bautismo que recibieron de niños— esta es una perspectiva muy importante, pues no podemos descuidar a esa gran masa de *católicos alejados*, que constituyen un verdadero reto para la Iglesia. Son hombres y mujeres criados en ambientes cristianos, pero que no han hecho una experiencia personal de Cristo y una opción plena por Él.

Los sacerdotes están llamados a ser los principales propulsores y ejecutores de esta misión santificando, guiando y enseñando al pueblo de Dios. «*El Pueblo de Dios siente la necesidad de presbíteros-discípulos: que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor, dóciles a las mociones del Espíritu, que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración; de presbíteros-misioneros;*

³⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 48; Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 45.

³⁷ Cf. *Aparecida*, 551.

³⁸ *Aparecida*, 5.

³⁹ *Aparecida*, 5.

movidos por la caridad pastoral: que los lleve a cuidar del rebaño a ellos confiados y a buscar a los más alejados predicando la Palabra de Dios, siempre en profunda comunión con su Obispo, los presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y laicos; de presbíteros-servidores de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad. También de presbíteros llenos de misericordia, disponibles para administrar el sacramento de la reconciliación»⁴⁰. Hace falta un profundo celo apostólico y un verdadero amor a nuestros hermanos para cumplir con el deber, muchas veces pesado, de sentarse a escuchar confesiones.

Para poder responder a estos requerimientos, se necesitan sacerdotes bien formados, verdaderos discípulos y misioneros, «*porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia. Pero, al mismo tiempo, debe ser un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración*»⁴¹.

3. La formación del sacerdote para el compromiso evangelizador

En la carta de presentación del documento definitivo de Aparecida, el Santo Padre elogia las palabras del documento que expresan el anhelo de reforzar la formación cristiana de los fieles en general y de los agentes de pastoral en particular. Es un tema recurrente en el documento que aparece citado muchas veces con múltiples referencias, pero que tiene un desarrollo especial en los números 276 a 346. Basta echar una ojeada a los índices temáticos generales para darse cuenta de que la *formación* es una prioridad en las conclusiones de esta V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

La formación de los sacerdotes para la evangelización es absolutamente necesaria en nuestra Iglesia y está en plena relación con el discipulado y la misión. «*Ser discípulos de Cristo es un camino de educación hacia nuestro verdadero ser, hacia la forma correcta de ser hombres*»⁴².

¿Cómo debemos considerar esta formación? ¿Es sólo una asimilación de conocimientos? ¿Qué características debe tener?

Cuando hablamos de formación en este contexto de discipulado y de misión, nos estamos refiriendo a una auténtica *transformación en Cristo*⁴³, a un proceso en el que el sacerdote busca identificarse con Cristo, su ideal de vida y, realizando en sí esa transformación, busca compartirla a los demás. El sacer-

⁴⁰ Aparecida, 199.

⁴¹ Aparecida, 201.

⁴² BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2007.

⁴³ Cf. Aparecida, 351.

dote se *forma* según el modelo de Cristo para que la transformación ontológica en Cristo que se produce en él por medio de la ordenación, se refleje en su actuar, en su modo de pensar, en su voluntad.

Esta formación es una labor continua de *auto-formación*. Cada sacerdote debe vivir en una constante formación, debe *formarse a sí mismo* tratando de plasmar a Cristo en Él. La formación es un proceso por el que el discípulo busca reproducir en su vida el modelo de Cristo, el ideal del sacerdote. Es el discípulo quien se impone el deber y el compromiso de seguir a su Maestro movido por una convicción personal.

El seguimiento de Cristo no es sólo un “caminar detrás” de Él, sino un esfuerzo constante de asimilación al Maestro, de hacerse “otro Cristo”, de identificarse con Jesús en su querer, en su pensar, en su actuar, en sus sentimientos. Es aprender de Él a ser sacerdote, es modelar el propio corazón con el de Cristo que nos dijo «*aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*»⁴⁴. Es aprender de Él.

A veces, en esta autoformación del discípulo, lo que falla no es el esfuerzo personal, ni siquiera los métodos de formación, sino la claridad con la que se percibe el modelo, el ideal formativo. Estamos entonces ante un problema de identidad: el discípulo sigue una imagen deformada de Jesús. La formación del sacerdote evangelizador sólo será eficaz si busca identificarse con un Cristo verdadero, sin deformaciones.

Jesucristo no es un personaje del pasado, sino de hoy, que además ha enviado al Espíritu Santo y ha dejado una estructura visible en la Iglesia, guiada por su Vicario, para que continúe su obra. Cristo ha querido actuar con mediaciones humanas⁴⁵ y quiere que, nosotros, sus sacerdotes, seamos quienes impulsemos hoy, ahora, a sus discípulos a formarse para imitar a Cristo en sus vidas, para plasmar en todo su ser la identidad de Cristo, sacerdote, profeta y rey; sus virtudes, sus sentimientos⁴⁶, su jerarquía de valores, su modo de relacionarse con Dios, con los hombres, con el mundo. Para que el sacerdote sea de verdad evangelizador, tiene que formarse en la escuela de Cristo. Sólo así podrá ser un buen formador para sus hermanos y llevarlos al ideal que nos marca el Señor.

La formación del discípulo para la misión es necesariamente una formación *dentro de la Iglesia*, tal y como Jesucristo Nuestro Señor la quiso, con su jerarquía, con su doctrina, con sus sacramentos, con su modo de orar, con sus normas de vida. El Señor Jesús, único salvador, no estableció una simple

⁴⁴ Cf. *Mt* 11,29.

⁴⁵ Cf. *Mt* 18,18; *Jn* 20,23; *Mt* 28,18-20, por ejemplo.

⁴⁶ Cf. *Fil* 2,5.

comunidad de discípulos, sino que constituyó a la Iglesia como misterio salvífico: Él mismo está en la Iglesia y la Iglesia está en Él⁴⁷. Por eso, la plenitud del misterio salvífico de Cristo pertenece también a la Iglesia, inseparablemente unida a su Señor. Jesucristo, en efecto, continúa su presencia y su obra de salvación en la Iglesia y a través de la Iglesia⁴⁸, que es su cuerpo⁴⁹. Y así como la cabeza y los miembros de un cuerpo vivo, aunque no se identifiquen, son inseparables, Cristo y la Iglesia no se pueden confundir pero tampoco separar, y constituyen un único “Cristo total”⁵⁰.

La formación para la misión debe ser *permanente*⁵¹, sobre todo en aquellos que están más involucrados en la misión, como los sacerdotes o los religiosos. Al mismo tiempo debe ser también *integral*⁵², abarcando a toda la persona humana, en todas sus dimensiones. En este sentido, el documento final de Aparecida considera cuatro áreas de formación: espiritual, humana, pastoral y doctrinal⁵³.

a) *Formación espiritual.*

El documento conclusivo de Aparecida presenta unas líneas muy claras para la formación espiritual, especialmente desde el número 129 en adelante. Parte desde la vocación a la santidad y sigue con la configuración con Cristo que está en la base de la santidad, así como la acción del Espíritu Santo que, a través de los sacramentos, nos ilumina y vivifica⁵⁴.

La formación espiritual es la clave de bóveda sobre la que se asienta toda la formación del discípulo. Desgraciadamente, en América Latina hay que constatar algunas deformaciones sobre la formación espiritual. A veces se presenta sólo como una espiritualidad *horizontal*, subjetivizada. Otras veces se acentúa la espiritualidad de «búsqueda», que prescinde de la Revelación y prefiere explorar la psicología, los fenómenos culturales emergentes⁵⁵ o una vaga consideración de la acción del Espíritu.

⁴⁷ Cf. *Jn* 15,1ss; *Gal* 3,28; *Ef* 4,15-16; *Hcb* 9,5.

⁴⁸ Cf. *Col* 1,24-27.

⁴⁹ Cf. *1 Cor* 12,12-13; 12,27; *Col* 1,18.

⁵⁰ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, 16.

⁵¹ Cf. *Aparecida*, 222, 279, 299, 306.

⁵² Cf. *Aparecida*, 279, 299, 319, 337.

⁵³ Cf. *Aparecida*, 194, 207, 212. Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, 72.

⁵⁴ Cf. *Aparecida*, 153.

⁵⁵ Cf. CELAM, *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe*, n. 424: «los fenómenos culturales emergentes son espacios privilegiados para la gracia que libera, como obra del Espíritu que convoca al anuncio y edificación del Reino».

Si el hombre de hoy busca nuevas «espiritualidades» holísticas, eclécticas y seculares, pseudocientíficas, cibernéticas, parasicológicas y psicotrópicas, mezcladas con religiones orientales o autóctonas, hay que hacer un examen de conciencia y preguntarse si no influye decisivamente en esas nuevas búsquedas el triste hecho de que no somos capaces de ofrecerles lo que verdaderamente puede llenar su alma.

Para buscar una verdadera formación espiritual hay que recordar que, en el origen de la fe y de la espiritualidad católica no está el hombre que busca a Dios, sino Dios que se revela. Es verdad que el hombre es capaz de Dios y por eso puede buscarlo, pero no es menos verdad que Dios se revela y el culmen de esta revelación es Jesucristo. La Biblia no expresa la experiencia religiosa del hombre que busca a Dios, sino el Misterio de amor de un Dios trascendente que interviene en este mundo, que se revela a los hombres, que establece una alianza de amor con ellos, que se encarna y los redime por amor. Es verdad que hay otras religiones con una espiritualidad de búsqueda, pero la católica no es una espiritualidad de búsqueda, sino de acogida, de respuesta.

El centro de la espiritualidad cristiana es Cristo mismo; es vivir en el amor de correspondencia a Él: «vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí»⁵⁶. La espiritualidad cristiana nos lleva a afirmar como a Pablo: «Mi vida es Cristo»⁵⁷ y «sé en quién tengo puesta mi fe»⁵⁸. Se basa en una relación personal con Dios en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. La espiritualidad sacerdotal profundiza en la espiritualidad cristiana y busca una unión más completa y total con Cristo, una identificación plena con Él, una intimidad total con Él. El sacerdote, por su formación espiritual, busca a Cristo y, al mismo tiempo, busca ser y actuar como Cristo, Buen Pastor, Cabeza de la Iglesia.

«Si el sacerdote tiene a Dios como fundamento y centro de su vida, experimentará la alegría y la fecundidad de su vocación. El sacerdote debe ser ante todo un hombre de Dios⁵⁹ que conoce a Dios directamente, que tiene una profunda amistad personal con Jesús, que comparte con los demás los mismos sentimientos de Cristo⁶⁰. Sólo así el sacerdote será capaz de llevar a los hombres a Dios, encarnado en Jesucristo, y de ser representante de su amor. Para cumplir su elevada tarea, el sacerdote debe tener una sólida estructura espiritual y vivir toda su vida animado por la fe, la esperanza y la caridad. Debe ser, como Jesús, un hombre que busque, a través de la oración, el rostro y la voluntad de Dios, y que cuide también su preparación cultural e intelectual»⁶¹. Por

⁵⁶ Gal 2,20.

⁵⁷ Fil 1,21.

⁵⁸ 2 Tim 1,12.

⁵⁹ 1 Tim 6,11.

⁶⁰ Cf. Flp 2,5.

⁶¹ BENEDICTO XVI, Discurso inaugural de la V Asamblea del CELAM, Aparecida, 13 de mayo de 2007.

ello, la formación espiritual del sacerdote debe llegar a los «*aspectos vitales y afectivos, al celibato y a una vida espiritual intensa fundada en la caridad pastoral, que se nutre en la experiencia personal con Dios y en la comunión con los hermanos*»⁶². El sacerdote debe valorar el celibato como un don de Dios «*que le posibilita una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo y lo hace signo de su caridad pastoral en la entrega a Dios y a los hombres con corazón pleno e indiviso*»⁶³.

La formación espiritual permanente implica un camino de continua conversión hacia la *santidad*. El Papa Juan Pablo II consideró la santidad como «*la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral*»⁶⁴. La santidad es vivir la voluntad de Dios *por* y *en* el amor. «*La santidad no consiste en tal o cual práctica. Consiste en una disposición del corazón que nos vuelve humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre*»⁶⁵; «*si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial*»⁶⁶. Estas palabras del Papa Juan Pablo II están dirigidas a todos los cristianos, desde los obispos hasta el recién bautizado, todos; pero cada uno las vive desde su propia responsabilidad, desde su propia situación, en su vocación personal y comunitaria. Por nuestro ministerio, a los sacerdotes nos toca, por nuestro ministerio, guiar a los fieles en este camino que, ante todo, debe basarse en la vida de oración, en la vivencia de los sacramentos y de la moral cristiana. Los sacerdotes «*son los primeros agentes de una auténtica renovación de la vida cristiana en el pueblo de Dios*»⁶⁷; son, por decirlo así, los guías de sus hermanos en el amor a Dios sobre todas las cosas y en el amor al prójimo siguiendo el ejemplo del Señor.

La oración y los sacramentos son el alimento de la santidad. La oración nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con Él, la primacía de la vida interior y de la santidad⁶⁸. El sacerdote evangelizador debe ser un hombre de oración que enseñe a orar a sus hermanos y los guíe en el camino de la oración. Pero la oración por sí sola no sirve si no está unida a los sacramentos, fuente segura de la gracia divina, y a la respuesta moral en el amor a Dios y a nuestros hermanos.

⁶² *Aparecida*, 195.

⁶³ *Aparecida*, 196.

⁶⁴ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio ineunte*, 30.

⁶⁵ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Últimas conversaciones*, 3 de agosto, 3.8.2.

⁶⁶ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio ineunte*, 31.

⁶⁷ *Discurso Inaugura*.

⁶⁸ Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio ineunte*, 38.

b) *Formación humana.*

La formación humana puede parecer muchas veces algo accesorio, como para dejarlo en segundo lugar, pero también forma parte de ese esfuerzo personal por plasmar a Cristo en el discípulo. La formación humana abarca las áreas que constituyen la base donde se asienta el resto de la formación: inteligencia, voluntad, conciencia, pasiones, sentimientos, imaginación, memoria, etc. Es, en esta formación humana, donde se cuaja la maduración de la personalidad, el equilibrio en el carácter, y todas las virtudes que permiten acercarse al ideal de Cristo, el hombre perfecto. No se puede descuidar este aspecto de la formación ni en el discipulado ni en la preparación para la misión.

La formación humana no puede olvidarse de la formación de las pasiones y de los sentimientos⁶⁹. El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que las pasiones son componentes naturales del siquismo humano; constituyen el lugar de paso y aseguran el vínculo entre la vida sensible y la vida del espíritu. La formación humana enseña a ordenar las pasiones para que colaboren en la identificación con Cristo. Guiadas por la voluntad, se orientan al bien y a la búsqueda de la santidad. Las emociones y los sentimientos pueden ser asumidos en las virtudes, o pervertidos en los vicios⁷⁰.

A través de su formación humana, el sacerdote busca vivir el mandato de San Pablo: «*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz*»⁷¹. Son un magnífico resumen de lo que debe ser la formación humana del sacerdote, alguien que, siguiendo el ejemplo de Cristo, se despoja de sí mismo haciéndose siervo y humillándose en la obediencia hasta la muerte de cruz.

c) *Formación pastoral.*

También en este punto, y creo que especialmente aquí, se debe aplicar el principio de que toda la formación del discípulo y, especialmente toda la formación del sacerdote para la misión, debe tomar a Jesucristo como modelo. Todo programa de formación pastoral, especialmente si va dirigido a los presbíteros, debe tomar como modelo a Cristo, que es el pastor⁷² por excelencia.

⁶⁹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1762.

⁷⁰ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1763-1775.

⁷¹ *Fil* 2,5-8.

⁷² Cf. *Jn* 10.

La formación pastoral es también autoformación y se dirige no sólo a la preparación directa para la acción pastoral, sino también y sobre todo a la formación de una sensibilidad pastoral, de un corazón pastoral. El cristiano, por el Bautismo, ha sido llamado a *ser* apóstol, no sólo a *hacer* apostolado. Por ello, hay que construir primero las bases del apóstol en el *ser*, antes que en el *actuar*, haciendo calar en el corazón los mismos ideales apostólicos que movían la entrega generosa de Cristo: el amor por la salvación de un alma, el deseo del bien en todo, el anhelo de construir el Reino de Cristo en el mundo comenzando por sí mismo, etc. En el sacerdote, es necesaria una conciencia profunda de la misión, hasta llegar a exclamar como San Pablo: «*Ay de mí si no predicara el Evangelio*»⁷³. Con esta conciencia se supera la pereza y se da un sentido apostólico a toda la vida del sacerdote. Con ella, las actividades apostólicas estarán animadas por el amor sobrenatural y no se reducirán a un trabajo social.

En la formación pastoral no se busca caer bien a todo el mundo ni aprender a ser simpático con todos, sino ser eficaces portadores de la revelación cristiana al mundo de hoy. La misionariedad no pretende convertir a la Iglesia en un club de amistades, sino en una red de apóstoles, de evangelizadores, que viven unidos en un cuerpo y actúan por todo el mundo buscando siempre el bien y la verdad en el amor.

La formación pastoral del sacerdote no puede olvidar su identidad más profunda. «*El sacerdote no puede caer en la tentación de considerarse solamente un mero delegado o sólo un representante de la comunidad, sino un don para ella por la unción del Espíritu y por su especial unión con Cristo cabeza. Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y puesto para intervenir a favor de los hombres en todo aquello que se refiere al servicio de Dios*»⁷⁴. «*El presbítero, a imagen del Buen Pastor, está llamado a ser hombre de la misericordia y la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades. La caridad pastoral, fuente de la espiritualidad sacerdotal, anima y unifica su vida y ministerio. Consciente de sus limitaciones, valora la pastoral orgánica y se inserta con gusto en su presbiterio*»⁷⁶.

d) *Formación doctrinal.*

Cuántas veces nos encontramos con que los mejores agentes pastorales con los que contamos en una diócesis, incluso los sacerdotes, al volver de cursos de formación doctrinal, retornan con grandes problemas de fe. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Hubo una formación doctrinal insuficiente? ¿No prepa-

⁷³ 1 Cor 9,16.

⁷⁴ Hb 5,1.

⁷⁵ *Aparecida*, 193.

⁷⁶ *Aparecida*, 198.

ramos apologeticamente a nuestros agentes de pastoral? ¿Fueron simplemente mentalizados ideológicamente? No es fácil discernir qué pasó, pero queda muy claro que la transmisión de la fe implica una fidelidad a los contenidos de la fe, a la verdad revelada, y que esta no se adquiere por osmosis. Es necesario estudiarla, reflexionarla, argumentarla, profundizarla. Por eso, dentro de la *formación permanente*, no se puede descuidar la formación bíblico-doctrinal⁷⁷. El Santo Padre, Benedicto XVI, en el discurso inaugural de la V Conferencia, hablando de la misión, decía que «*hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida*»⁷⁸. De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios. Para ello, animo a los Pastores a esforzarse en darla a conocer»⁷⁹. De este modo, el Papa señalaba la formación doctrinal en la fidelidad a la Revelación cristiana como una condición *sine qua non* para anunciar la Buena Nueva. No se anuncia lo que no se conoce.

Para los sacerdotes, hoy, más que nunca, se hace necesaria una rigurosa formación filosófico-teológica, en la mayor fidelidad al Magisterio y la Tradición de la Iglesia, una formación profunda y sistemática, bien estructurada y razonada, que no se contente con el aprendizaje de conceptos y datos sueltos.

El presbítero tampoco puede ser un hombre que no tome en cuenta la cultura en la que ejerce su ministerio. «*El presbítero está llamado a conocerla para sembrar en ella la semilla del Evangelio, es decir, para que el mensaje de Jesús llegue a ser una interpelación válida, comprensible, esperanzadora y relevante para la vida del hombre y de la mujer de hoy, especialmente para los jóvenes*»⁸⁰.

El sacerdote que quiere vivir a fondo su compromiso evangelizador, no puede descuidar la catequesis, hoy tan minusvalorada y tantas veces sustituida por otros “experimentos”. En la Iglesia del siglo XXI como en la Iglesia de los primeros siglos, la catequesis es la *paideia* cristiana, el medio ordinario para crecer en el conocimiento de los misterios de Dios. El Papa Benedicto XVI nos decía que «*un gran medio para introducir al Pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la catequesis. En ella se trasmite de forma sencilla y substancial el mensaje de Cristo. Convendrá por tanto intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños como de los jóvenes y adultos. La reflexión madura de la fe es luz para el camino de la vida y*

⁷⁷ Cf. *Aparecida*, 226c.

⁷⁸ Cf. *Jn* 6,63.

⁷⁹ *Discurso Inaugural*.

⁸⁰ *Aparecida*, 194.

fuera para ser testigos de Cristo. Para ello se dispone de instrumentos muy valiosos como son el Catecismo de la Iglesia Católica y su versión más breve, el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica»⁸¹.

«La catequesis nunca puede ser sólo una enseñanza intelectual; siempre debe implicar también una comunión de vida con Cristo, un ejercitarse en la humildad, en la justicia y en el amor. Sólo así avanzamos con Jesucristo en su camino; sólo así se abren los ojos de nuestro corazón; sólo así aprendemos a comprender la Escritura y nos encontramos con él. El encuentro con Jesucristo requiere escucha, requiere la respuesta en la oración y en la práctica de lo que él nos dice. Conocer a Cristo es conocer a Dios; y sólo a partir de Dios comprendemos al hombre y el mundo, un mundo que de lo contrario queda como un interrogante sin sentido»⁸².

La formación doctrinal del pueblo de Dios ya no se realiza sólo a través de las homilias, las conferencias, los cursos de Biblia o de teología, sino también con la ayuda de los medios de comunicación: prensa, radio y televisión, sitios de Internet, foros y tantos otros sistemas para comunicar eficazmente el mensaje de Cristo a un gran número de personas⁸³. El compromiso evangelizador debe llegar a todos los medios de comunicación y diálogo que nos ofrece la cultura actual.

En Aparecida se lanzó la *misión continental*, un signo de esperanza para la Iglesia de América Latina y el Caribe, en la que todos los fieles estamos involucrados. Esta misión no podrá llevarse a cabo sin el *compromiso evangelizador de los presbíteros*, formados según el ideal de Jesucristo, que vivan en unión con Él y que se identifiquen con Él en su querer y en su actuar. Son ellos los que, en la práctica, llevarán adelante esta misión guiando al pueblo de Dios que peregrina en América Latina y el Caribe.

La Iglesia no puede contentarse con responder a los nuevos desafíos que se presentan en el mundo de la cultura o en las sociedades de hoy. Debe ser *propositiva*. La misión de la Iglesia es proponer con valentía a Cristo. Como la samaritana del Evangelio⁸⁴, tenemos que transmitir nuestra experiencia de Cristo como *Mesías*, como *Salvador*, a los hombres y mujeres de hoy. La *misión continental* es un envío de los discípulos que han encontrado al Señor para que vayan a proponerlo a sus hermanos. Los sacerdotes son los primeros discípulos y, por ello, los primeros misioneros.

Qué María de Guadalupe, madre solícita de la Iglesia en América y primera evangelizadora, nos guíe en esta misión para llevarla a feliz término.

⁸¹ *Discurso Inaugural.*

⁸² BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2007.

⁸³ Cf. *Discurso Inaugural.*

⁸⁴ Cf. *Jn* 4,28-30.

*Necesidad del testimonio y del aporte
de la Vida Consagrada*

S.E.R. CARDENAL FRANK RODÉ, C.M.

*Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada
y las Sociedades de Vida Apostólica*

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6)

«Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8)

Estas palabras de Jesús a sus discípulos marcaron las reflexiones de la V Conferencia General de Episcopado Latinoamericano y del Caribe, ya que es en Cristo en quien todo cristiano encuentra la vida verdadera. La historia de América Latina está marcada de ejemplos vivos de cristianos que han hecho realidad esta frase. Especialmente religiosos y religiosas apasionados por Cristo y por llevar el Evangelio a todos los rincones del llamado Nuevo Mundo¹.

La caridad sin límites de los religiosos en la entrega a la predicación y a la implantación del Reino, contribuyó a que la evangelización primera «*brillara por su profundo sentido comunitario, por su anhelo de justicia social, por su fidelidad a la Iglesia, por su profunda piedad mariana y por su amor al Sucesor de Pedro*»². Religiosos que brillaron por la defensa de los derechos humanos y evangélicos, ayudando en el desarrollo humano y social de los pueblos y culturas, defendiéndolos de realidades de explotación injusta. Podemos decir que han sido verdaderos testigos de fe, esperanza y caridad, que a distancia del tiempo siguen hablado al corazón del ser humano.

El testimonio³ de vida que dieron perdura hasta nuestros días y son una ayuda necesaria para vivir el seguimiento de Cristo. Y es que, toda sociedad en todo tiempo necesita del testimonio que todo cristiano está llamado a dar.

¹ Baste recordar algunos de los últimos santos y beatos de Latinoamérica que reflejan la riqueza de entrega gozosa en un caminar personal y comunitario que refleja a Cristo, Vida y Salvación: Pedro Claver, Francisco Solano, Luis Beltrán, Juan Macías, Rosa de Lima, Martín de Porres, Felipe de Jesús, Mariana de Jesús Paredes, Miguel Febres, Roque González, Pedro de San José Betancourt, Laura Vicuña. Alberto Hurtado, Ana de los Angeles Monteagudo. P. Pro, Trinidad Rangel, Andrés Solá, Toribio de Mogroviejo, entre otros.

² *Los caminos del evangelio*, n. 8.

³ La definición y el concepto de testimonio es poliédrico, por lo que se puede abordar desde muy diferentes realidades y campos, todos ellos complementarios. Por razón de espacio y de contenido, nos limitaremos a presentar este argumento desde la aportación que la Vida Consagrada ha ofrecido y ofrece a la Iglesia y Sociedad, desde la propia experiencia personal e íntima de Cristo.

Recordemos el testimonio de las primeras formas de vida consagrada que nacieron en la Iglesia y que recogían el testigo de los mártires, no por nada testigo y mártir son palabras semánticamente enraizadas. Eran hombres y mujeres que llevados por la necesidad de vivir con mayor perfección y radicalidad el seguimiento de Cristo, optaron por apartarse de la sociedad y vivir *sine glossa* el Evangelio. Inmediatamente se crearon entorno a ellas grupos de fieles que acudían para verificar su secuela, purificar sus vidas, dirigirse espiritualmente con ellos, ya que el testimonio de fe y autenticidad de vida, eran el complemento necesario para su existencia.

El testigo presencia viva de Dios

El testigo no es una persona que repite lo que ha aprendido de memoria o lo que ha leído. El testigo es la persona que vive y actúa conforme a la experiencia de lo que cree⁴. El texto programático del testigo y del testimonio lo encontramos en la primera carta de Juan, cuando afirma que «*lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la Vida [...], os lo anunciamos*» (1 Jn 1, 1.3).

Por lo tanto el testimonio nace de una experiencia personal de Cristo, que absolutiza la realidad de la persona, vivificándola y plenificándola. El testimonio por lo tanto presupone una experiencia y la existencia de un testigo, que es la persona que ha experimentado o visto una realidad de la que pueda dar testimonio. Es más, podemos decir que es una exigencia irrenunciable, que aunque el testigo quiera olvidarla no puede, como afirma el profeta Jeremías: «*Yo decía: No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre. Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos y aunque yo trabajaba por abogararlo, no podía*». (Jer 20,9).

Esto exige la vivencia directa y la percepción en primera persona de aquello de lo que se es testigo. Esto requerirá por lo tanto, una apertura de los sentidos, una atención e interés por lo que le interesa y considera principio de existencia. Implica un constante aprender a creer, pues Dios siempre nos sorprende y todo lo hace nuevo. Por lo tanto el testimonio implica por parte del testigo una actitud de búsqueda de Dios en los acontecimientos diarios, implica acoger su presencia incluso en la dificultad y la desorientación, implica aumentar la fe en él como único fundamento en la vida. Implica vivir desde esa

⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso a los religiosos y miembros de institutos seculares masculinos*, Madrid 2 de noviembre de 1982, n. 4.

presencia y para esa presencia, sin dejarse desviar por doctrinas llamativas y extrañas.

Ante la imposibilidad muchas veces de expresar en conceptos la experiencia y significado de lo vivido y oído, la persona lo exterioriza con las propias actitudes y posturas ante la vida, lo que llamamos testimonio vivencial, es decir, la implicación directa del testigo en el testimonio. Esto implica una identificación tal entre el testigo y el testimonio que éste está dispuesto incluso a dar la vida, como nos lo demuestran los mártires.

El testigo es la persona que ha sido elegida por Dios, para mantener viva la presencia de Dios en una sociedad que cada día intenta acallar su presencia y la necesidad del Absoluto, relegando lo sacro y divino a la esfera personal y privada. Los apóstoles son los testigos de la resurrección, los que han sido elegidos por Jesús para dar este testimonio, movidos por la acción del Espíritu Santo (*Hech.* 5, 32), más allá de los miedos, prohibiciones, peligros, sufrimientos o muerte. Por eso el creyente con su vida y palabra debe anunciar a Cristo, que es el Hijo de Dios, el Mesías, el Salvador.

En los Hechos de los Apóstoles se afirma con rotundidad la perentoriedad de dar testimonio (*Hech.* 1, 8). Los evangelios, especialmente en Juan, presentan a Jesús como la persona que da testimonio, el testigo que trasmite, que da fe de lo que ha visto y oído a su Padre. Pero también es presentado como la persona sobre la que se da testimonio: Juan el Bautista, lo señala como el Hijo de Dios (*Jn* 1, 34); los apóstoles lo confiesan como el Mesías (*Jn* 1, 41, 1,49); Pedro, Marta, la samaritana, etc..., lo confiesan y testimonian que es el Hijo de Dios, el Mesías, el Salvador (*Jn* 4, 42; 6, 69; 11, 27), el propio evangelista Juan al final de su evangelio afirma: «*este es el discípulo que da testimonio sobre estas cosas (Jn tondo; 21. 14). El Nuevo Testamento atribuye la fe al testimonio de los creyentes (Mt 10,18; Jn 15, 34; Rom 3,21; 1 Cor 1,6), poniendo de manifiesto que si la fe es producto del testimonio, y el testimonio es, ante todo, testimonio de Cristo y de Dios, habremos de concluir que la fe no es simplemente la aceptación de una doctrina ni la imitación de un ejemplo, sino que supone entrar en contacto personal con Cristo y con Dios.*»⁵

Podemos afirmar que el testimonio se convierte en una verdadera y auténtica confesión de fe, que todo cristiano está llamado a dar tanto de palabra como con su vida. Recordemos cómo en las Bienaventuranzas se llama beatos a los que sin ver creen (*Jn* 20, 29), pues el testimonio de los cristianos les ha llevado a interrogarse y profundizar en la fe de Jesús, que ellos vivieron.

La verdadera fe es por lo tanto, una fe testimoniada, que no tiene miedo al rechazo social, a la pobreza, a la persecución, al sufrimiento, al desprecio. Sino

⁵ M. BENZO, *Hombres de Acción Católica*, Madrid 1961, p. 13.

que es una fe y un testimonio que se gloria en la cruz de Cristo. No podemos olvidar que «*para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en el testimonio*»⁶. Una evangelización que exige del testigo el no llegar a compromisos con quien busca acallar o amortiguar el mensaje redentor de Cristo y de su Iglesia. Acallar a Dios o presentar una imagen desfigurada a favor de la liberación y de la autorrealización de la persona y su dignidad, sería privar al ser humano del encuentro con su creador, sería sustraerle la experiencia de sí mismo, haciéndole caer en la esclavitud más inhumana posible.

«*El énfasis en la experiencia personal y lo vivencial nos lleva a considerar el testimonio como un componente clave en la vivencia de la fe. Los hechos son valorados en cuanto que son significativos para la persona. En el lenguaje testimonial podemos encontrar un punto de contacto con las personas que componen la sociedad y de ellas entre sí*»⁷.

Podemos decir que el testimonio es «*la conducta del hombre, mediante la cual se hace manifiesta la presencia de Dios en el mundo*»⁸. Para lo cual el cristiano ha de ser testigo, es decir, ha de haber experimentado en su propia vida lo que testimonia, tomando partido por lo que es experiencia fundante de su vida. Esto implica la existencia de valores capaces de transformar la vida de la persona humana y reconocer como verdadero lo transmitido y experimentado.

Aporte de la Vida Consagrada en el Testimonio

La Vida Consagrada por su realidad ontológica está llamada a ser testimonio de vida y de fe, pues su naturaleza lleva consigo el testimonio público de Cristo y de la Iglesia⁹. «*Por su naturaleza, la vida religiosa es un testimonio que debería manifestar claramente la primacía del amor de Dios con una fuerza que proviene del Espíritu Santo*»¹⁰. Es la manifestación de la figura de Cristo entre los hombres.

Es un testimonio de vida el que se está llamado a dar, que nace del Evangelio y que exige una manifestación pública, que implica toda la vida, y que lleva consigo «*el abandono de hábitos de confort y de conveniencias*»¹¹, así como un

⁶ Cf. EN, 41.

⁷ *Aparecida*, 55.

⁸ M. BENZO, *Pastoral y laicado a la luz del Concilio Vaticano II*, Madrid 1966, p. 47.

⁹ Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 31 de Mayo de 1983, 10.

¹⁰ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 31 de Mayo de 1983, 32; Cf. ET 1.

¹¹ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 31 de Mayo de 1983, 34; Cf. ES 1 §2, CD 33-35.

cambio en los hábitos de vida, de comportamiento, de movilidad, de vida interior y exterior.

Un testimonio que se hace más necesario, si cabe, en esta sociedad que se manifiesta cada día más secularizada y que amenaza con volver irrelevante la fe, ya que la secularización, las sectas, el sincretismo religioso son realidades que ponen serias dificultades a nuestra fe y a la vida consagrada en particular. Hemos de darnos cuenta que estamos asistiendo a un retroceso de la dimensión religiosa, en la que las legislaciones de los estados se alejan cada vez más de los principios cristianos. Por eso la vida consagrada ha de recuperar su ser vanguardia de la evangelización y la cara más visible de la dimensión religiosa de la Iglesia, para hacer posible una recuperación del sentido de trascendencia, es decir, los consagrados *«están llamados a dar testimonio de la absoluta primacía de Dios y de su Reino»*¹². La vida de la Iglesia y la sociedad misma tienen necesidad de personas capaces de entregarse totalmente a Dios y a los otros por amor de Dios.

La Vida consagrada para poder dar testimonio y ser testimonio creíble, ha de asumir como prioridad la reflexión sobre sí misma y detectar las formas sutiles de secularización interna que se han infiltrado en su ambiente: lenguaje que pierde contenido religioso, disminución del tiempo de oración y actos religiosos comunes, pérdida de la visibilidad de la consagración, opción por actividades sociales en detrimento de las eclesiales (catequesis, administración de sacramentos), concepción de la misión como agentes de progreso social más que como representantes de la esperanza escatológica. No es factible la sustitución de una misión religiosa y eclesial por otra meramente secular. Dejémosnos decir por Cristo: *«Si la sal se vuelve sosa ¿con qué se la salará?»* (Mt 5,13).

La Vida Consagrada, seguimiento de Jesús, ha de ofrecer por lo tanto su testimonio en *«mundo que busca ante todo el bienestar, la riqueza, el placer como objeto de la vida, y que exalta la libertad prescindiendo de la verdad sobre el hombre creado por Dios»*¹³. Benedicto XVI añadía a estas palabras, *«vosotros sois testigos de que hay una manera diferente de vivir con sentido»*.

La comunión eclesial, el sentir *cum ecclesiae*; la vida fraterna en comunidad vivida establemente; la consagración mediante los consejos evangélicos con voto perpetuo; el servicio apostólico; la oración-uniión con Dios, el profetismo, son elementos esenciales para la vida consagrada, a los que no puede renunciar

¹² *Aparecida*, n. 219.

¹³ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural*, V Conferencia General de Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13 mayo 2007.

y que nadie puede eliminar o reducir a compromisos temporales, ya que sin ellos la vida consagrada pierde su identidad¹⁴.

a) *La comunión eclesial* – sentire cum Ecclesia.

La comunión eclesial es hoy una urgencia pastoral¹⁵, los fundadores y fundadoras de los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica son ejemplos vivos y permanentes de vidas marcadas por la comunión con la Iglesia y del sentir con la Iglesia. «*Son ejemplos en los que deben fijarse de continuo las personas consagradas, para resistir a las fuerzas centrífugas y disgregadoras, particularmente activas en nuestros días*»¹⁶. Es más, en las Constituciones de los Institutos de vida consagrada, aparece con claridad el reconocimiento de la importancia de la comunión con el Santo Padre y la jerarquía de la Iglesia, así como entre los miembros del propio Instituto. La Iglesia espera de los consagrados una luz para restaurar el *sensus Ecclesiae*.

Los consagrados que por vocación son Iglesia y ocupan un lugar especial en ella, han de potenciar el magisterio auténtico, desde la asunción e identificación con el magisterio de éste en su propia vida y apostolado, ayudando activamente y sin distorsión a darlo a conocer a los fieles.

Los consagrados han de ser testimonio de una *adhesión de mente y de corazón al magisterio del Papa y de los Obispos*, han de ser un testimonio de amor filial que confiere fuerza e incisividad a su acción apostólica, y que dentro del marco de la misión profética de todos los bautizados, se caracteriza normalmente por cometidos que implican una especial colaboración con la jerarquía¹⁷.

La adhesión a la Iglesia y a su magisterio «*ha de ser vivida con lealtad y testimoniada, con nitidez ante el Pueblo de Dios por parte de todas las personas consagradas, especialmente por aquellas comprometidas en la investigación teológica, en la enseñanza, en publicaciones, en la catequesis y en el uso de los medios de comunicación*

¹⁴ No se pretende ser exhaustivo en cuanto a los elementos esenciales de la vida consagrada, baste recordar los que establece el documento de la SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 31 de Mayo de 1983, 4: «La Iglesia considera ciertos elementos como esenciales para la vida religiosa: la vocación divina, la consagración mediante la profesión de los consejos evangélicos con votos públicos, una forma estable de vida comunitaria, para los institutos dedicados a obras de apostolado, la participación en la misión de Cristo por medio de un apostolado comunitario, fiel al don fundacional específico y a las sanas tradiciones; la oración personal y comunitaria, el ascetismo, el testimonio público, la relación característica con la Iglesia, la formación permanente, una forma de gobierno a base de una autoridad religiosa basada en la fe».

¹⁵ *Aparecida*, n. 368.

¹⁶ *Vita Consecrata*, 46.

¹⁷ Cf. *Vita Consecrata*, 46.

social»¹⁸. Por eso es fundamental volver al origen, a Cristo, recordando que cuando el consagrado camina desde Cristo la comunión se hace sólida y fuerte, fuente de vitalidad apostólica y de anuncio del Reino¹⁹.

El amor a la Iglesia en toda la extensión de la palabra —sea la Iglesia pueblo de Dios, sea la Iglesia jerárquica— no es un sentimiento humano que va y viene según las personas que la componen o según nuestra conformidad con las disposiciones emanadas por aquellos que el Señor a puesto para regir la iglesia. El amor a la Iglesia es un amor fundado sobre la fe, un don del Señor el cual, porque nos ama, nos dona la fe en El y en su Esposa que es la Iglesia. El amor a la Iglesia presupone la fe en la Iglesia. Sin el don de fe en la Iglesia no puede existir el amor por la Iglesia.

b) *La fraternidad.*

La vida fraterna comunitaria no es una simple fraternidad de ayuda mutua o de asesoramiento, un lugar de colaboración en un proyecto apostólico, sino un modo de vivir la comunión con Dios en la comunidad con los hermanos. Es un elemento fundamental en el desarrollo de la propia vocación y del seguimiento de Cristo.

Hoy estamos viviendo en una sociedad en la que el valor de la fraternidad se ha transformado e incluso sustituido por el de la filantropía, que vacía de contenido cristiano la vida como hermanos, que frena e incluso impide el camino de apertura hacia la trascendencia.

El testimonio «*de las personas consagradas tiene un significado particular en la vida religiosa por la dimensión comunitaria que la caracteriza. La vida fraterna es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón*»²⁰. Es el lugar privilegiado para poder vivir una vida de entrega mutua e interrelación de caridad, abiertos al prójimo y a Dios. La fraternidad nos posibilita el poder conocernos y asumir nuestros propios valores y límites. Posibilita el acoger en el corazón el amor de Dios y el amor hacia los hermanos, no como objetos de nuestras acciones, sino como hijos de Dios y hermanos nuestros.

«*La vida fraterna en común, como expresión de la unión realizada por el amor de Dios, además de constituir un testimonio esencial para la evangelización, tiene una gran importancia para la actividad apostólica y para su finalidad última. De ahí la fuerza de signo e instrumento de la comunión fraterna de la comunidad religiosa*»²¹.

¹⁸ *Vita Consecrata*, 46.

¹⁹ Cf. *Caminar desde Cristo*, 34.

²⁰ *Vita Consecrata*, 92.

²¹ *Vida fraterna en comunidad*, 2.

Por eso la fraternidad es un testimonio fuerte del proyecto cristiano y del hombre que se realiza en la comunión. Es la proclamación de que la unidad es posible, a pesar de las dificultades inherentes a la diversidad de las personas. Es un mensaje de esperanza para el ser humano de hoy y al mismo tiempo es la fraternidad camino privilegiado de renovación.

c) *La Consagración.*

La consagración mediante la asunción de los consejos evangélicos de castidad pobreza y obediencia por medio de votos u otros sagrados vínculos²², es una realidad de vida eclesial que encuentra en el misterio de la caridad su razón de ser, constituyéndose al mismo tiempo en interrogante y respuesta a las preguntas sobre el futuro de la vida. Una vida que en este nuevo milenio ha comenzado cargada de contradicciones relativas al crecimiento económico, técnico, cultural, social²³. Es ahí, en estos areópagos donde los consagrados con su presencia y vida se convierten en testigos de Dios.

Testigos del Dios de la vida, en una sociedad marcada por la relativización de la vida, de su valor. Se convierten en testigos de libertad frente a una sociedad mercado donde las personas se valoran por las riquezas y el poseer. Se convierten en testigos de entrega en el amor radical y libre a Dios, frente a la erotización y relativización y canalización de las relaciones interpersonales íntimas del ser humano²⁴. Son testigos del primado absoluto de Dios en la vida.

Castidad

La castidad es una opción de vida positiva que tiene que ser vivida como dinamismo e intensificación de un amor universal al cual el consagrado se siente llamado. Es una opción de vida que pone de manifiesto la madurez de la persona, la autonomía y la libertad del ser humano frente a la elección de un proyecto de vida. Es una elección por Cristo y por el Evangelio (*Mt.* 10,29), por el Reino de los Cielos (*Mt.* 19,12; can. 599). El religioso encuentra en la vida célibe de Jesús el modelo y la justificación para su opción de vida y de entrega al servicio de los hermanos.

A lo largo de la historia de la Iglesia y de la Vida Consagrada, el testimonio de la virginidad y castidad están presentes desde el inicio, (*Mt.* 1,23, *Mt.* 5, 25, *Lc.* 1, 27, *1 Cor.* 7,25, *Ap.* 14, 4). La comunidad eclesial y la sociedad quedan sorprendidas ante una elección de vida que no abraza el

²² Cf. *I.G.*, 44.

²³ Cf. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n. 50.

²⁴ *Aparecida*, n. 219.

estado matrimonial o las relaciones íntimas. Se convierte en un interrogante, un cuestionamiento de las personas, es un testimonio de amor, de seguimiento de Cristo, de anticipación del mundo que espera a todos los cristianos después de la muerte²⁵, una anticipación escatológica. Podemos decir que es una predicación existencial, un estado de confesión de la fe en Cristo y de la acción de la gracia. Es en definitiva un testimonio de vida centrado y dependiente de la fe, un signo y testimonio visible de la aspiración cristiana que camina hacia la parusía.

Es un testimonio de adhesión total al Señor, al que están llamados todos los creyentes y de la eficacia del amor de Dios y signo de la vivencia pascual. Por lo tanto los consagrados «son por su vida signo de total disponibilidad para con Dios, la Iglesia, los hermanos»²⁶.

«La respuesta de la vida consagrada consiste ante todo en la práctica gozosa de la castidad perfecta, como testimonio de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana. La persona consagrada manifiesta que lo que muchos creen imposible es posible y verdaderamente liberador con la gracia del Señor Jesús. Este testimonio es necesario hoy más que nunca, precisamente porque es algo casi incomprensible en nuestro mundo. Es un testimonio que se ofrece a cada persona —a los jóvenes, a los novios, a los esposos y a las familias cristianas— para manifestar que la fuerza del amor de Dios puede obrar grandes cosas precisamente en las vicisitudes del amor humano, que trata de satisfacer una creciente necesidad de transparencia interior en las relaciones humanas. Gracias a este testimonio se ofrece al amor humano un punto de referencia seguro, que la persona consagrada encuentra en la contemplación del amor trinitario, que nos ha sido revelado en Cristo»²⁷.

«Es testimonio convincente y verosímil de una entrega total a la castidad y que cierra la puerta a todo comportamiento, relación personal y forma de recreación, incompatibles»²⁸.

Este testimonio establece una modalidad de relación centrada en Dios, en su Reino que es amor y acogida del prójimo tal como Dios lo ha creado. Es un amor sin límites, pues va más allá de los límites del cuerpo humano y nos permite situarnos en una posición de libertad y realización personal sana y constructiva, por encima del hedonismo y del egoísmo. Es dar testimonio de la potencia de Dios que actúa en su vida, de ahí nacerá el resto de las acciones y manifestaciones del consagrado, como una realidad inevitable.

²⁵ F.B. VIZMANOS, *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva*, BAC, Madrid 1949, p. 1308.

²⁶ PABLO VI, Exhortación Apostólica, *Evangelii Nuntiandi*, n. 69.

²⁷ *Vita Consecrata*, 88.

²⁸ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 31 de Mayo de 1983, 16.

Pobreza

La pobreza es una realidad que tiene dos vertientes, la interior y la exterior, siendo conscientes de que esta última depende de la primera. Es primeramente una actitud de espíritu, una elección que deriva y depende de la fe. Tiene como modelo a Cristo que siendo rico se hizo pobre (2 Cor 8,9). Es considerar y vivir a Cristo como único bien necesario en la propia vida (Lc 10,42), pasando las demás cosas, aún siendo válidas, a un segundo plano. Cristo y el Reino de Dios constituyen la riqueza del consagrado, el motor de su vida y lo que busca con tenacidad, como bien máspreciado en su existencia.

El testimonio que el consagrado manifiesta con la asunción voluntaria y feliz de la pobreza, a una sociedad marcada por la búsqueda, en ocasiones obsesiva, de las riquezas y de la posesión de bienes, es que el único bien necesario, la única seguridad, lo que realmente necesita en su vida y para su vida es Cristo, camino, verdad y vida. «*Consiste en dar testimonio de Dios como la verdadera riqueza del corazón humano*»²⁹.

El Consagrado que abraza la pobreza, se convierte en signo, presente y visible, de que Dios puede colmar la vida de una persona hasta el punto de hacerla plena, realizada, total en situaciones donde se ha elegido libremente la escasez de bienes materiales.

Podemos afirmar que el consagrado pobre realiza con su presencia auténtica y fiel, un servicio crítico a sus hermanos. Es una llamada a la sociedad y a los fieles hacia la trascendencia. La pobreza abrazada libremente por la fe, testimonia que es más importante ser que tener, que Dios es el absoluto de la vida y el bien de su existencia.

La pobreza por el Reino de Dios pone de manifiesto en quien la abraza, la libertad de la persona ante los bienes y los sentimientos de poseer, acumular y ante el peligro de la alienación de la creación de falsas necesidades materiales. Esto es así porque la pobreza es disponibilidad total en favor del Reino y de la misión. Una disponibilidad a imitación de Cristo, que le lleva a vaciarse, para poder llenarse de Dios, de su amor, de su voluntad, que le lleva a no guardar celosamente para sí las propias cualidades y dones que nos ha concedido, sino que se compartan con los demás en la construcción de su Reino.

De esta manera el consagrado se convierte en un signo de disponibilidad, de comunión, de servicio y desinterés, ante un mundo donde lo que destaca es el individualismo, egoísmo, instalación, relativismo, inmanentismo. La libertad que el consagrado adquiere con el voto de pobreza indica que el ser humano está por encima de las cosas, que está llamado a no ser esclavo.

²⁹ *Vita Consecrata*, 90.

Obediencia

La obediencia hunde sus raíces en Cristo, en la obediencia que él tuvo a su Padre. Es una búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios que no se realiza de forma individual y que tiene mediaciones, que pasan por el Superior y la propia comunidad.

Es una forma diferente de comprender y vivir las relaciones interpersonales y la propia voluntad, ya que se alarga más allá de uno mismo, para englobar a los demás. Se produce un paso del yo al nosotros. Se da una renuncia del yo, para adquirir el nosotros, siendo una renuncia por un don de Dios.

La obediencia, ante una sociedad que no reconoce la autoridad, que vive sin límites y en la que el punto de referencia es la propia persona, libera de la propia voluntad y hace disponible a la persona para el servicio a los hombres y a la Iglesia. La obediencia es un signo de madurez de la persona humana, es un signo de ser persona adulta capaz de discernir y de acoger lo que Dios quiere y lo manifiesta a través de los hombres. Ante quien dice que la obediencia es cosa de niños, de personas infantiles, el consagrado que asume voluntariamente la obediencia, testimonia la adultez, la capacidad de ser verdadera persona sin perder nada que le defina como tal.

La obediencia vivificada por la caridad, tiene como fin ayudar a la persona a dar una respuesta libre, total y madura a su vocación y «*une a los miembros de un Instituto en un mismo testimonio y en una misma misión, aun respetando la propia individualidad y la diversidad de dones*»³⁰.

La obediencia por el Reino de los cielos es la obtención de la libertad real por parte del ser humano ante la tentación de someter e imponer la propia voluntad a los demás y a sí mismo.

d) *El Profetismo.*

La exhortación post sinodal *Vita Consecrata* afirma claramente que «*el profetismo es inherente a la vida consagrada en cuanto tal, por el radical seguimiento de Jesús y la consiguiente entrega a la misión que la caracteriza*»³¹. Una afirmación que adquiere relevancia en nuestro mundo, donde se está produciendo una pérdida del rastro de Dios, es necesario y perentorio un testimonio profético que afirme ante todo la primacía de Dios y de los bienes eternos³², sobre las realidades inmanentes que anquilosan el corazón del ser creado por Dios.

³⁰ *Vita Consecrata*, 92.

³¹ *Vita Consecrata*, 84.

³² Cf. *Vita Consecrata*, 85; *Caminar desde Cristo*, 8.

El profeta anuncia *el poder benéfico del amor de Dios*. Pues la verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. «*El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios*»³³.

La vida religiosa será verdadera profecía si imita más de cerca y representa perpetuamente en la Iglesia aquella forma de vida de Cristo³⁴. Es decir, si es pura transparencia del Evangelio y no una aproximación o falsificación de una vida que no le pertenece. El verdadero profetismo consiste en vivir en autenticidad su propia identidad, esencia y misión. No por nada la fuerza que impulsa al profeta es la pasión por Dios y el amor por la humanidad, que es alimentado por la Palabra de Dios que impulsa y transforma la persona y su historia, curando las heridas que el camino produce.

Conclusion

Dejemos que resuenen las palabras del Papa León XIII de la encíclica *Tametsi futura*, en la que exhortaba a todos los cristianos, y por lo tanto a los consagrados, según la medida de sus fuerzas y condición, a que trabajen para que la persona de Jesús fuera conocida³⁵. El testimonio que los consagrados han de dar es el vivir en plenitud y con satisfacción la opción de vida, la entrega al plan salvífico de Dios a la manera de Jesús, practicada por amor y con amor, vivida con felicidad y alegría.

«*La Iglesia tiene derecho a esperar una aportación significativa al respecto de las personas consagradas, llamadas a dar en cada situación un testimonio concreto de su pertenencia a Cristo*»³⁶.

Podemos concluir estas páginas recordando que «*de los que viven en Cristo se espera un testimonio muy creíble de santidad y compromiso. Deseando y procurando esa santidad no vivimos menos, sino mejor, porque cuando Dios pide más es porque está*

³³ *Vita Consecrata*, 84.

³⁴ Cf. *LG*, 44.

³⁵ Cf. LEÓN XIII, *Tametsi futura*, 30, en *AAS* 33 (1900), p. 273 s.

³⁶ *Vita Consecrata*, 25.

ofreciendo mucho más: “¡No tengan miedo de Cristo! Él no quita nada y lo da todo”»³⁷.

La vida consagrada ha de ser testigo de esperanza, una esperanza que brota de la fidelidad al carisma de los fundadores y a las sanas tradiciones del instituto, que le ayuden a tener la experiencia de Dios y ha hacer vivas las palabras de Moisés: « *no temáis estad firmes y veréis la salvación que Yabvé os otorgará en este día* ». (Ex. 14,13).

El Consagrado por lo tanto, será un verdadero testimonio de vida en la medida en que se deje seducir (Jer. 20,7) totalmente por Cristo y el Reino, viviendo coherentemente su opción de vida en fe y en fidelidad a los fundadores y al carisma fundacional³⁸.

³⁷ *Aparecida*, n. 352; Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en la inauguración del Pontificado*, 24 de abril de 2005.

³⁸ Cf. BENEDETTO XVI, *Udiencia ai membri del Consiglio per i rapporti tra la Congregazione per gli istituti di vita consacrata e le società di vita apostolica e le Unioni Internazionali dei Superiori e delle Superiori generali* (18 febbraio 2008); in *l'Osservatore Romano*, 19 febbraio 2008.

*Responsabilidad y protagonismo de los laicos
en el hoy de América Latina*

Lic. MANUEL GÓMEZ GRANADOS
Director del Instituto Mexicano de Doctrina Social IMDOSOC

1. Con temor y temblor o el pretexto.

Confieso que cuando recibí la gentil invitación de la Pontificia Comisión para América Latina para escribir este texto, me sobrecogí.

¿Cómo hablar del protagonismo de los laicos si lo que salta a la vista es precisamente lo contrario? ¿Cómo mostrar una realidad que la historia y el cambio de época han ido oscureciendo y desdibujando? Mi punto de vista es más bien pesimista y corro el riesgo de no ofrecer el empuje que se espera después de Aparecida, pero recordé que al propio Cardenal Ratzinger lo criticaron cuando dijo que se empequeñecería la Iglesia y que su propuesta no es crecer a como de lugar, sino actuar como levadura en la masa, es decir, que los cristianos seamos cada vez menos no significa que tengamos que ser socialmente irrelevantes.

Por eso, traté de ser obediente a las circunstancias y, como dice san Pablo, me presento con temor y temblor (*1 Cor 2,3*) para compartir el punto de vista de un laico que repite «*Creo, Señor, pero ayuda mi poca fe*» (*Mc 9,24*).

Estoy consciente del enorme riesgo de querer abarcar y sintetizar la realidad, de que el tema requeriría un tratamiento interdisciplinario y de que el espacio no permite ningún intento de exhaustividad, así que mi propósito —modesto desde cualquier parte que se mire—, es contribuir con algunos elementos interpretativos a que se reconozca y estimule cada vez más la misión y vocación de los laicos en la situación concreta de América Latina, pero desde la perspectiva de Mons. Carlos Talavera (qepd), quien insistía en que la cerca no se va a mover sola, sino que los laicos debemos empujarla con oración, trabajo y paciencia para ayudar a que resplandezca cada vez más el rostro laical de la Iglesia misterio de comunión, pueblo de Dios y sacramento universal de salvación.

2. Mirada a la realidad o contexto

2.1. Tres constantes parecen describir la situación de la Iglesia en América Latina: mucha religiosidad y poca evangelización, ausencia de un laicado pensante, y el clericalismo. Veámoslos más en detalle:

a) *Mucha religiosidad y poca evangelización*

La primera característica de nuestra Iglesia es la paradoja que se da entre la viva religiosidad y la poca evangelización. En efecto, existen síntomas cada vez más claros de un proceso creciente de descristianización, de pérdida del sustrato católico y de desdibujamiento de la otrora llamada “cultura cristiana” a causa de la poca o nula evangelización, del envejecimiento y escasez del clero, de la disminución de las religiosas y del cambio de época. No se trata de una merma en el hambre de Dios, al contrario, como dice Ronald Inglehart¹, los seres humanos buscan más a Dios pero no en la institución eclesial ni en las formas tradicionales, sino en caminos novedosos, menos institucionales y más personales, pues se ha producido una profunda metamorfosis del sentido religioso, tal vez más visible en la religiosidad popular.

¿Qué duda cabe que los pueblos prehispánicos eran muy religiosos y que los españoles, lusitanos y africanos reforzaron esos sentimientos?, ¿quién puede dudar de la buena intención de los millones de peregrinos que van a los santuarios marianos, o de las mandas, sacramentales, novenas, imágenes y promesas de tanta gente sencilla que a su manera expresan su fe y guardan el sentido del misterio? Pero religiosidad, y a veces folklore, no es evangelización ni encuentro con Cristo ni vida cristiana.

Autores como Frédéric Lenoir² señalan que en el ámbito religioso los seres humanos pasamos de la vida sedentaria a la vida nómada, de la estabilidad y las raíces al cambio vertiginoso y constante, de la inmovilidad a la migración, a veces sólo por el gusto de cambiar y a veces por las circunstancias de la vida.

Incluso, el Santo Padre reconoció en su discurso inaugural de Aparecida: «*Se percibe un debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones seudoreligiosas*» (*Discurso Inaugural*, 2)

Y en Aparecida, los obispos latinoamericanos escriben: «*[...] nos encontramos ante el desafío de revitalizar nuestro modo de ser católico y nuestras opciones personales por el Señor para que la fe cristiana arraigue más profundamente en el corazón de las personas y los pueblos latinoamericanos como acontecimiento fundante y encuentro viviente con Cristo. Esto requiere, desde nuestra identidad católica, una evangelización mucho más misionera, en diálogo con todos los cristianos y al servicio de todos los hombres. De lo contrario, “el rico tesoro del Continente Americano [...] su patrimonio más valioso: la fe en Dios amor [...]”*»

¹ INGLEHART R., *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid 1991, pág. 283.

² RATZINGER J., *Las metamorfosis de Dios*, Alianza Editorial, Madrid 2005.

corre riesgo de seguir erosionándose y diluyéndose de manera creciente en diversos sectores de la población» (n. 13).

Sin embargo, no hay que separar de entrada religión de fe cristiana, pues la religión es el instrumento para que nazca y se conserve la fe. Lo que debemos cuidar es no reducir ni confundir la fe con una serie de prácticas piadosas, actos de culto, doctrinas vagas o moralismo contrario al Evangelio, sino reconocer al Señor, aceptarlo, amarlo y hacer vida esa fe en la existencia cotidiana, es decir, vivir lo que creemos. Jesús, en efecto, no vino simplemente a enseñarnos una doctrina, sino a mostrarnos una manera de ser plenamente personas y así salvarnos.

Por eso, conviene distinguir sin separar religiosidad y fe en Cristo. La religiosidad supone la existencia de algo o alguien superior que religa a Dios y también a una comunidad concreta. Frecuentemente es un asunto cultural, expresado en costumbres y ritos, muchas veces propiciado por el medio ambiente y la sociedad en la que se vive, y está arraigado en la conciencia colectiva de las comunidades, al grado de que les da una identidad, y como señala Manuel Castells³, la identidad hoy se convierte en un asunto central y determinante. La fe cristiana, en cambio, es el resultado de un encuentro personal e intransferible entre dos personas por el cual confían una en la otra: el ser humano que se encuentra con su Salvador y Redentor. La persona concreta que experimenta lo que escribe Benedicto XVI: «*Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida*» (*Deus Caritas Est*, 1).

Como dice Guzmán Carriquiry: «*En efecto, hay verdadero encuentro con Cristo si cambia la vida, no obstante resistencias y caídas; si cambia la relación matrimonial y con los hijos, el trabajo, el uso del tiempo libre y el dinero, la modalidad de afrontar toda la realidad*».

«*El acto de fe consiste —escribió el Cardenal Ratzinger— en confiar en que Dios está ahí y puedo ponerme en sus manos... la fe no es la mera aceptación de determinados axiomas, sino una semilla de vida dentro de mí*»⁴.

El hecho es que en América Latina existen muchos bautizados no evangelizados, que ignoran el Evangelio o tienen una vaga noción de él, y sin ningún empacho acuden lo mismo a Dios que al horóscopo, la magia o los amuletos. Que van en peregrinación a los santuarios marianos pero también a las pirámides o ruinas de dioses prehispánicos y participan en ritos astrales o en ceremonias sincréticas. Y luego, en su vida cotidiana, la fe no envuelve la vida ni les da sentido, y como dice Aparecida: «*Esta es la razón por la cual muchos*

³ CASTELLS M., *La era de la información*. III volúmenes, Alianza Editorial, Madrid 1998.

⁴ RATZINGER J., *Dios y el mundo*. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona 2002, pág. 38-39.

estudiosos de nuestra época han sostenido que la realidad ha traído aparejada una crisis de sentido [...] y que los creyentes llamamos sentido religioso. Habitualmente, este sentido se pone a nuestra disposición a través de nuestras tradiciones culturales que representan la hipótesis de realidad con la que cada ser humano pueda mirar el mundo en que vive» (n. 37). Y más adelante los obispos también expresan: «A las personas no les asusta la diversidad. Lo que les asusta, más bien, es no lograr reunir el conjunto de todos estos significados de la realidad en una comprensión unitaria que le permita ejercer su libertad con discernimiento y responsabilidad» (Aparecida, 42).

Empero, mucho me temo que el asunto es bastante más complejo: «*La Iglesia ha pasado de regular toda la vida social a ser reserva de creencias y prestataria de servicios religiosos (bautismos, bodas, funerales, etc.) a los que los individuos recurren en una elección libre y personal que responde a un sentimiento espiritual íntimo, a un reflejo cultural o a ambos. De ello se deriva una crisis sin precedentes de las instituciones religiosas*»⁵. Por eso los obispos latinoamericanos reconocen: «*Vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios; aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo [...]. Quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas. Surge hoy, con gran fuerza, una sobrevaloración de la subjetividad individual. Independientemente de su forma, la libertad y la dignidad de la persona son reconocidas. El individualismo debilita los vínculos comunitarios y propone una radical transformación del tiempo y del espacio, dando un papel primordial a la imaginación. Los fenómenos sociales, económicos y tecnológicos están en la base de la profunda vivencia del tiempo, al que se le concibe fijado en el propio presente, trayendo concepciones de inconsistencia e inestabilidad. Se deja de lado la preocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos de los individuos, a la creación de nuevos y, muchas veces, arbitrarios derechos individuales, a los problemas de la sexualidad, la familia, las enfermedades y la muerte*» (Aparecida, 44).

En efecto, en Aparecida los obispos reconocen que vivimos un cambio de época (n. 44), comparable con el descubrimiento de la escritura, la imprenta o la electricidad. El cambio más profundo es a nivel cultural (n. 43 y ss), ya que hemos pasado de la premodernidad a la modernidad, luego a la postmodernidad y ahora se habla de hipermodernidad. El asunto es que en América Latina encontramos estratos de la población en cada una de esas etapas, por llamarles de algún modo, de manera que conviven personas en circunstancias premodernas con jóvenes volcados a lo más nuevo en tecnología y con una profunda actitud hipermoderna, cuya principal característica es vivir en función de un futuro hipotético: la mejor computadora es la que viene, el mejor trabajo es el futuro, la mejor época será el mañana... Esta situación crea una nueva subje-

⁵ LENOIR F., ob. cit., pág. 33.

tividad que recibe y procesa toda la información, incluso el Evangelio, desde una composición interior psíquica y psicológica distinta a la de los adultos. Se trata de una subjetividad cuya identidad está fragmentada, los procesos mentales son dispersos y diversos, y el funcionamiento mental es diferente al de la lógica aristotélico-tomista. El narcisismo, el individualismo, el consumismo y el imperio de la imagen propios de la hipermodernidad han creado seres egoístas, centrados en sí mismos.

Existe otro tipo de situaciones más dramáticas: la de los bautizados increyentes. Miguel de Unamuno tiene una novela: *San Manuel bueno, mártir*, en la que narra la historia de un sacerdote que no creía en Dios y estaba lleno de dudas pero no lo confesaba para no escandalizar a sus feligreses; a pesar de su increencia, el cura seguía predicando el Evangelio a su comunidad. Sorprendentemente la guiaba y atendía con una gran caridad pastoral. Le ocurría un poco como decimos en México: que “la carga hace andar al burro” y la costumbre o la inercia hace que continuemos sin saber bien a bien por qué. Creo que muchos bautizados, sobre todo laicos pero tal vez incluidos sacerdotes, religiosos, religiosas y hasta algún obispo, estamos igual, decimos que somos católicos, que creemos, y hasta realizamos trabajo pastoral, pero del dicho al hecho hay una gran distancia. De modo que aparentemente se puede ser especialista en Dios, en teología, en doctrina y hasta catequista o responsable de una tarea pastoral y no ser creyente.

En el mejor de los casos, la asistencia a misa dominical en América Latina es del 10% de los bautizados. La recepción de otros sacramentos es todavía menor, lo mismo que la participación en procesos de formación o en grupos apostólicos. Y sin embargo, como dice Guzmán Carriquiry, « *las grandes mayorías de latinoamericanos al inicio del siglo XXI están bautizados en la Iglesia católica, lo que es fruto de la fecundidad de la primera evangelización, de la inculturación del Evangelio en la vida de los pueblos, del arraigo secular del cristianismo no obstante deficiencias, descuidos y abandonos en su reinformación catequética. En las condiciones del actual encuentro y choque de civilizaciones, ello es lo que caracteriza “la originalidad histórico-cultural” de América Latina, la vocación y destino de sus pueblos, selladas por la visitación de la Inmaculada mestiza de Guadalupe. De ello proceden los mejores recursos de humanidad de nuestros pueblos: el acontecimiento cristiano ha suscitado y templado su identidad y dignidad, su sabiduría ante la vida (y, por eso, ante el sufrimiento y la muerte), la dilatación de la caridad en experiencias de fraternidad y solidaridad, su pasión por la justicia, su esperanza a toda prueba, su alegría incluso ante situaciones muy duras de vida. Es semilla potente de nueva creación* ».

Pero hay que decirlo todo, a veces no hay quién proclame la Buena Nueva: encontramos sacerdotes mal formados, malhumorados, afectos al dinero o con una vida poco edificante para la comunidad, y laicos que habiendo sido evan-

gelizados, no evangelizan ni de palabra ni de obra, de manera que podemos parafrasear al Vaticano II: «[...] en esta génesis [...] pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión» (*Gaudium et spes*, 19).

Sin embargo, como escribió el Cardenal Ratzinger: «la proporción entre pueblo e Iglesia, disminuirá en determinados ámbitos culturales, como por ejemplo el nuestro. A eso sencillamente debemos enfrentarnos [...] Esta conciencia de no ser un club cerrado, sino mantenerse siempre abierta al conjunto, es un componente inseparable de la Iglesia. Y precisamente con la reducción que vivimos de las comunidades cristianas, tendremos que buscar esas formas de coordinar, de sumar, de ser accesibles.

Por eso en absoluto estoy en contra de que personas que no van a la Iglesia durante todo el año, acudan a ella al menos en Nochebuena, o en Nochevieja, o en ocasiones especiales, porque ésta es todavía una forma de sumarse, en cierto modo, a la bendición del Santísimo, a la luz. Por tanto, ha de haber distintos tipos de adhesión y participación, tiene que existir una apertura interna de la Iglesia»⁶.

b) Ausencia de un laicado pensante

Algunos obispos, cuando llegan a sus respectivas diócesis se plantean dos objetivos: construir o reconstruir la catedral y construir o reconstruir el seminario. Los objetivos pueden responder a verdaderas necesidades pero considero que no es suficiente: hace falta dedicar tiempo, dinero, locales y sobre todo agentes a la formación de los laicos. Así se había planteado en el Sínodo sobre los laicos y después en *Christifideles laici*. Es más, el número 63 dice: «La formación no es el privilegio de algunos, sino un derecho y un deber de todos».

No hay documento, asamblea o reunión en la que no se hable de la formación pero tal parece que luego no pasa nada o casi nada. Da la impresión de que el acuerdo sólo se queda en el acta.

Y cuando se cuestiona la falta de formación para los laicos se suele decir que no hay formadores o que no hay dinero. Ese argumento, sin embargo, puede ser engañoso, pues se aplicaría también a la formación del clero y a otros muchos proyectos pastorales. Sea como sea, conviene recordar lo que dice Vaticano II: «La Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es un signo perfecto de Cristo entre los hombres, mientras no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede quedar profundamente grabado en las mentes, la vida y el trabajo de un pueblo sin la presencia activa de los laicos. Por ello, ya desde la fundación de la Iglesia se ha de atender sobre todo a la constitución de un laicado cristiano maduro» (*Ad gentes*, 21; el sombreado es mío).

⁶ RATZINGER J., *Dios y el mundo*, ob. cit. págs. 417-418.

Por la pereza de muchos y por falta de formación gradual, sistemática y permanente, me parece que el promedio cultural que hoy se observa entre los laicos y muchos de sus formadores es de mediocridad, formación parcial y poca hondura como para que podamos ofrecer razón de nuestra esperanza (cfr. *1 Pe* 3,15). ¡Claro que existen excepciones! Pero son excepciones. Además, la natural sociabilidad de los seres humanos hoy se expresa de manera más dinámica en asociaciones de entrada libre, horizontales, participativas y democráticas. De modo que frecuentemente resultan sociológicamente más interesantes las llamadas ONG's que los movimientos de apostolado o las organizaciones católicas. Al menos en México se ha experimentado un éxodo silencioso de los movimientos de apostolado hacia las ONG's.

Por si fuera poco, sigue habiendo un grupo pequeño de laicos muy ruidoso, que en nombre de la emancipación, la ilustración y la modernidad niega la trascendencia y coloca entre paréntesis a Dios. Considera que la religión es primitiva, premoderna y oscurantista. Entre ellos, algunos dicen Cristo sí, Iglesia no, y otros, más radicales, consideran que para ser "intelectuales independientes y objetivos" lo primero es negar toda trascendencia y renunciar a toda vinculación con la Iglesia.

Paradójicamente, también existen bautizados creyentes, bien formados pero vergonzantes, que esconden su fe y sus convicciones porque parece que consideran que deben pedir disculpas por tener fe, hasta llegan a pensar que la fe es un asunto exclusivamente privado y que no afecta o colorea la vida diaria.

Si a la poca evangelización añadimos la insuficiente formación y los anhelos de emancipación y de participación, fácilmente podemos armar un cuadro que ofrece pistas de por qué muchos laicos se dejan convencer de otros planteamientos, por propuestas de otras denominaciones religiosas, por la moda o por la retirada silenciosa de la Iglesia. Claro que sigue vivo "el resto de Israel", que sigue habiendo un grupo apostólico comprometido y activo, pero no están en su mejor momento. Ni son relevantes socialmente.

Frecuentemente también, encontramos laicos que no tienen una opinión ni información cualificada sobre los temas modernos del debate público. Tienen datos y noticias de la realidad pero no saben utilizarlos ni procesarlos para la toma de decisiones. En este sentido, hacen falta más católicos pensantes, mejor formados y más sólidos en su cultura religiosa. Resulta increíble que con toda la tecnología disponible muchos bautizados sólo cuenten con la formación religiosa que recibieron para su primera comunión, y que se haya elevado considerable y permanentemente el nivel educativo de los latinoamericanos pero no la formación religiosa.

c) Clericalismo

Soy consciente de que el tema del clericalismo no agrada a algunos pastores y que preferirían soslayarlo, pero el hecho es que está presente en nuestra realidad. Por costumbre, por cultura, por inercia, consciente o inconscientemente, muchos sacerdotes se acostumbraron a suplir a los laicos, a someterlos y realizar sus tareas, a verlos permanentemente como a menores de edad, y a muchos laicos les resulto cómoda esa situación. Incluso, hoy día, muchos laicos tradicionales esperan y piden a los sacerdotes que ellos decidan en todo y de todo.

Además, el excesivo protagonismo de algunos pastores, que a veces opinan de todo, oportuna o inoportunamente, inhibe la posibilidad de que los laicos expresen su punto de vista como bautizados, o lo hacen en confrontación con los pastores.

Juan Pablo II, al inaugurar la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, expresó: «*Es necesario evitar suplantaciones y estudiar seriamente cuándo ciertas formas de suplencia mantienen su razón de ser. ¿No son los laicos los llamados, en virtud de su vocación en la Iglesia, a dar su aporte en las dimensiones políticas, económicas, y a estar eficazmente presentes en la tutela y promoción de los derechos humanos?*» (III.7)

Me parece que no hemos atendido esa invitación y que tercamente conservamos estructuras que poco tienen que ver con la comunionalidad propia de la Iglesia. Y el contraste se hace más evidente en la medida que la democracia avanza y las estructuras se hacen más horizontales, más “chatas” más participativas, transparentes y auditadas socialmente. En el mundo de la política se exige pasar de una democracia formal a una democracia participativa. En el campo empresarial se ha ido produciendo un cambio de paradigma al pasar de estructuras jerárquicas y piramidales a organigramas más planos, más participativos y más humanizantes, pues reconocen el valor del trabajo humano y la dignidad de toda persona. Se ha pasado de la figura de jefe único a equipos de dirección o círculos de calidad o unidades autogestionarias, y ese cambio ha implicado acelerados procesos de formación, reciclaje, paciencia, tenacidad pero sobre todo decisión. En ese ámbito se suele decir «sólo se consigue lo que se persigue».

En el caso de la Iglesia, no se trata, obviamente, de generar competencias ni de disolver ministerios, identidades y carismas, sino de escrutar los signos de los tiempos, tal como lo plantea Vaticano II (*Gaudium et Spes*, 4), y caer en la cuenta de que se nos presenta una oportunidad extraordinaria para mirar las Fortalezas, Oportunidades, Desafíos y Amenazas (FODA), en relación con los laicos. Tal vez llegó el momento de no competir, sino de crear alianzas, de establecer relaciones de ganar-ganar, de unirnos por un bien superior: Cristo.

Sea como sea, es un hecho que caminamos hacia una nueva definición de la ministerialidad en la Iglesia. Me parece que el Cardenal Ratzinger apuntaba algunas pistas en muchas de sus intervenciones, por ejemplo las que recoge el libro *Ser cristiano en la era neopagana, o Dios y el mundo*, y en un texto más antiguo: *¿La democracia en la Iglesia?*

Quizás haga falta pasar, intencionalmente, adrede, de una grey pasiva y amorfa a una grey consciente y adulta que opta y asume plenamente su vocación, pero sería mejor con una actitud proactiva por parte de los pastores y no de resignación porque la realidad se impone. Como señalaba el documento de Puebla a propósito de la enseñanza social de la Iglesia: «[...] los laicos han de ser, no pasivos ejecutores, sino activos colaboradores de los pastores, a quienes aportan su experiencia cristiana, su competencia profesional y científica (GS, 42)» (Puebla, 473). Sin embargo, como el Bautista, el clero tendría que decir: «es necesario que yo disminuya para que él crezca» (Jn 3,30), es decir, conviene acotar actitudes, estilos y costumbres de algunos sacerdotes, a fin de que los laicos crezcan y abandonen actitudes infantiles, sumisas e inmaduras.

2.2 Tres problemas sociopolíticos destacan en nuestra región: La desigualdad, el desempleo y la violencia. Son también interpelaciones que se hacen a una población mayoritariamente católica y al resultado concreto de la evangelización.

a) *La desigualdad*

Existe una realidad innegable que se puede constatar a lo largo y ancho de nuestra América Latina: la desigualdad, y tiene su expresión más injusta en la pobreza.

Del total de la población latinoamericana, calculada en unos 550 millones de personas, 200 millones son pobres y unos 100 millones viven con menos de un dólar al día. Datos de 2006, publicados en 2007 y contenidos en el documento *Panorama Social de América Latina*, estiman que en ese año 36,5% de la población de la región se encontraba en situación de pobreza. Por otra parte, la extrema pobreza o indigencia abarca a 13,4% de la población, con el consecuente desencanto sociopolítico de los afectados que oyen hablar de avances macroeconómicos y de las bondades de la democracia pero no experimentan ningún beneficio concreto.

Al mismo tiempo, el informe de 2006 del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), señala que América Latina y África subsahariana son los peores lugares del mundo en cuanto a desigualdad.

El producto interno bruto per cápita de la región, aunque se ha mantenido constante en los últimos 20 años, ha tenido un crecimiento mucho menor que

en los países del este asiático, especialmente si lo comparamos con países como China.

La evolución de la pobreza en América Latina en el período 1990-2005 ha dependido de varios factores: en primer lugar se ha registrado un período en el que se generó un aumento de los miembros económicamente activos de las familias en proporción con el total de la población, mientras que la oferta de empleos y la generación de fuentes de trabajo no creció en la misma proporción.

La mayor parte de los integrantes de las familias pobres son niños, lo cual tiene como consecuencia que se tenga que repartir el ingreso familiar entre un número mayor de personas. Esta situación también inhibe la participación laboral de las mujeres, ya que tienen que atender a una mayor cantidad de hijos, lo cual les exige optar por generar ingresos o por dedicarse exclusivamente a la vida familiar, sin que existan realmente políticas públicas de protección a la familia.

La realidad es que los bajos ingresos de las familias pobres están relacionados con varios factores, entre ellos el bajo nivel educativo, en muchos casos analfabetismo, la poca o nula capacitación para el trabajo y, en general, el bajo capital social, en donde uno de sus elementos es la cultura de la resignación y la falta de iniciativas para progresar.

En segundo lugar, no se registraron aumentos reales en los ingresos por persona ocupada, especialmente en las familias más pobres. Así, aunque el número de pobres en América Latina se redujo a menos de 200 millones, quienes siguen en condiciones de pobreza lo hacen con los mismos niveles de carencia de hace 15 años.

En tercer lugar, el ingreso no laboral, que se refiere a ingresos obtenidos por ejemplo por remesas y subsidios del gobierno, ha ido en aumento, con lo cual a veces se desincentiva una cultura de trabajo y se prefiere la informalidad o la dádiva, que renuncia al esfuerzo, al trabajo humano, a la generación de empleos o a la generación de modestas iniciativas económicas. Aunque suene violento, en ocasiones, a más subsidios para los pobres deviene más actitud pasiva, por eso, hace falta invertir en el cambio de cultura para que en principio cada persona se haga cargo de sí misma y de su destino, y que la sociedad la complemente pero no la absorba ni la sustituya.

La desigualdad también contribuye a generar niveles de ineficiencia que ponen en entredicho la viabilidad de algunos países, sea por falta de capacitación, de cultura laboral o de iniciativa empresarial, sea por falta de certezas jurídicas o incluso por falta de educación para la legalidad.

La desigualdad es, pues, una herida mortal, al grado de que muchos latinoamericanos preferirían menos democracia a cambio de mayor bienestar económico (cf. PNUD 2004), y es una de las razones por las que vuelve, como fantasma, una y otra vez, el neopopulismo y el anhelo de caudillos que implanten la justicia social.

b) *El desempleo*

El desempleo es un problema al que no escapa ninguno de los países latinoamericanos. Se ha convertido en otro de los grandes retos, al grado de que en muchos casos la delincuencia es consecuencia directa de la pobreza y el desempleo.

La escasa posibilidad de obtener un empleo digno genera un círculo vicioso difícil de romper en el que los hijos reproducen la carencia de los padres, no por elección, sino por la desigualdad social en la que se encuentran atrapados. Se trata del llamado “círculo infernal de la pobreza”: pobres que producen pobres.

Un informe de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), precisa que la falta de empleo y de seguridad son prioritarios en la agenda social de la zona.

En el documento titulado *El desempleo en América Latina desde 1990*, la CEPAL indica que a pesar de la estabilización económica que logró el subcontinente latinoamericano desde los años noventa, durante la última década el desempleo se ha elevado en casi un 10% en promedio. Sin embargo, en algunas naciones sudamericanas este porcentaje se incrementó aún más.

El documento también señala que en países como México, el desempleo fluctúa entre 2 y 3%, y en otros, como Chile y Perú, se elevó entre 9 y 10%, mientras que en Uruguay y Argentina este indicador se proyectó hasta 17 o 19%. Esta diferencia presenta un patrón geográfico definido, ya que mientras los países sudamericanos registraron incrementos importantes en el desempleo, en las naciones centroamericanas el comportamiento de esta problemática es menos grave, quizás por la fuerte migración a los Estados Unidos.

También, se ha registrado un crecimiento incontrolado en la economía informal. En el caso de México, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) indica que a pesar de registrar un crecimiento económico cercano al 4%, los salarios apenas se elevaron en promedio 0.9% y entre 2000 y 2006 el desempleo abierto pasó de 3.4% a 4.6%.

En México esta situación es especialmente dramática entre los jóvenes sin trabajo, ya que la tasa de desempleo en este sector de la población se elevó de 5.3% a 9.5%; esta es una de las razones por las que creció la migración y se incrementó la economía informal, aunque hay otras causas como lo engorroso

de los trámites para iniciar un negocio o microempresa, la escasez de microcréditos y la falta de educación para la legalidad.

No hay que perder de vista que en toda América Latina se ha producido una notable disminución de los empleos formales y, en la coyuntura actual, si se concreta la recesión en Estados Unidos, se corre el riesgo de mayores niveles de desempleo.

En suma, la informalidad, el subempleo y el desempleo se han convertido en Latinoamérica y especialmente en países como México, en factores de riesgo social, ya que pueden servir de caldo de cultivo para actividades ilícitas o delincuenciales como la corrupción, el narcotráfico, el secuestro, la piratería, etc.

c) *La violencia*

Respecto del tercer reto no podemos perder de vista el fenómeno de la violencia, que en los últimos años ha crecido de forma alarmante y se han multiplicado sus rostros: violencia social, familiar, cultural, política, bandálica, económica, juvenil, migratoria, etc., pero ahora globalizada y utilizando las nuevas tecnologías, como internet, para lograr sus propósitos, y todo ello con el telón de fondo del nihilismo.

Aunque los índices de criminalidad en América Latina se encuentran entre los más altos del mundo, los estudios sobre violencia y crimen son sumamente escasos. Se calcula que en América Latina cada año mueren más de cien mil personas por causa de la violencia. Es la primera causa de muerte entre las personas de entre 15 y 44 años de edad. La violencia social y los secuestros se mantienen en aumento en muchos países. En Brasil, por ejemplo, se registran unas 100 muertes diarias por armas de fuego, lo que supera, en mucho, a las muertes en países que se encuentran en estado de guerra.

El cultivo, consumo y tráfico de drogas también ejerce su nefasta influencia en la violencia de amplias regiones del continente. Esto es especialmente evidente en la zona de la frontera de México con Estados Unidos.

En países que no se encuentran inmersos en conflictos internos o en guerra con otras naciones como Brasil o México, se duplicaron o triplicaron las tasas de homicidios en la última década del siglo XX.

La situación en las cárceles también refleja índices muy significativos de violencia. Casi a diario se tienen noticias de motines o asesinatos en el interior de las cárceles. La situación es aún más grave si se observa que el 50% de los presos están detenidos sin sentencia, aunado a la sobrepoblación de estos lugares y a la prácticamente nula rehabilitación o integración social.

La violencia contra las mujeres se ha incrementado o al menos ahora se ha hecho más visible, y muestra una dolorosa realidad que frecuentemente se

silencia y queda impune. Habría que añadir la violencia sexual, el tráfico de blancas y la agresión infantil.

Estos datos dan una idea de por qué la violencia se ha convertido en uno de los principales problemas sociales de la región, en una amenaza para la estabilidad social y en un riesgo para la gobernabilidad en varios países.

La violencia, cuando es algo tangible en la vida de las personas, crea angustia, dolor e indignación. En la actualidad las personas tienen miedo de ser víctimas de la violencia en sus propias casas o en la calle. Los sistemas de justicia penal, las policías y las cárceles se han visto superados en su capacidad de respuesta.

La sensación de impunidad también se ha incrementado en los últimos años y el apoyo para aplicar medidas represivas por parte del gobierno va siendo aceptado por buena parte de la población, sobre todo para delitos que se han generalizado en la región, como el narcotráfico, las violaciones o el secuestro. Muchos latinoamericanos quieren “mano dura”, la pena capital. Sin embargo, es conveniente observar que este tipo de medidas, aunque generalmente son apoyadas por un sector de la población, casi siempre responden a la lógica de la correlación de fuerzas entre los gobiernos de los países o entre el gobierno y las oposiciones internas.

De ahí que la seguridad ciudadana esté en el centro del debate público latinoamericano. Frente a ella, los medios de comunicación han ejercido un papel fundamental en la difusión de los hechos más violentos, a veces como denuncia, pero también en ocasiones como espectáculo para aumentar el rating y hacer que se consuman más sus productos.

La constatación más dramática sobre la violencia en Latinoamérica es el hecho de que más de seis millones de niños la sufren de manera cotidiana y aproximadamente 80 mil mueren a causa de ella cada año, según cifras de UNICEF.

También, en 17 países de América Latina el 65% de los adolescentes se encuentra en situación de violencia. Y las principales formas de violencia consisten en homicidios, asesinatos de niños y adolescentes, aborto, explotación sexual y tráfico de personas.

Con base en el *Estudio Mundial sobre Violencia*, América Latina y el Caribe tienen la tasa más alta de homicidios entre personas de 15 a 17 años, de las cuales 37.7 son hombres y 6.5 son mujeres por cada 100.000 habitantes.

Además, el 28% de los homicidios está relacionado con jóvenes de 10 a 19 años, y países como Brasil, Colombia, El Salvador y Venezuela tienen los índices más altos de homicidios de varones adolescentes.

d) *Algunos hechos positivos*

El cuadro anterior no sería completo si no señaláramos algunos hechos positivos de América Latina como es el reconocimiento de que los laicos han construido y sostenido una extensa red de obras y servicios sociales para testimoniar la caridad, así como un basto tejido capilar que acompaña, cuida y promueve al fe de millones de personas en y desde los movimientos de apostolado y los nuevos movimientos eclesiales. Como dijo el Cardenal «*La forma eclesialístico-local es por necesidad la estructura fundamental que permanece a través de los tiempos. Pero la surcan de continuo oleadas de movimientos que dan nuevo brillo al aspecto universalista del envío apostólico y a la radicalidad del Evangelio, sirviendo precisamente así a la vitalidad espiritual y a la verdad de las Iglesias locales [...] los movimientos tienen su origen casi siempre en un líder carismático, y se plasman en comunidades concretas que, nutriéndose del carisma originante, viven de forma nueva el Evangelio y no dudan en considerar a la Iglesia como su humus vital sin el que ellas no podrían existir*» (27.V.98).

Asimismo, es necesario considerar el capítulo 1 de Aparecida que asume una actitud esperanzada y agradecida a la Santísima Trinidad: «*lo que nos define —dicen los obispos latinoamericanos— no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo*» (*Aparecida*, 14).

Entre los hechos positivos y esperanzadores en el continente se encuentran:

- Avance de la democracia en prácticamente toda la región.
- Actitud más crítica ante el neoliberalismo y la izquierda radical.
- Avance de la sociedad civil que reconstruye el tejido social con formas asociativas novedosas y creativas, acota a los Estados y formas ciudadanos.
- Mayor protagonismo del subcontinente en el concierto internacional para influir en las políticas mundiales.
- Aceptación paulatina de los gobiernos para transparentar el ejercicio del poder y la auditoría ciudadana de la Hacienda Pública.
- Mayor conciencia del cuidado de la creación y de la ecología.
- Retorno más sereno a las identidades primigenias tanto de los afrodescendientes como de los indígenas y los mestizos.
- Efectivo avance —aunque lento— en la erradicación de la pobreza, el analfabetismo y la inseguridad sanitaria.
- Mayor reconocimiento de los derechos y el rol de la mujer.
- Conciencia crítica cada vez mayor ante los medios de comunicación.
- Conciencia cada vez más plena de los derechos humanos.
- Un sector empresarial menos voraz y más consciente de la hipoteca social de la propiedad.

3. Algunos elementos de juicio

La realidad anteriormente descrita muestra que en las luces y las sombras aparece el divorcio entre la fe y la vida en América Latina, y que por fidelidad al Espíritu Santo los discípulos del Señor necesitamos analizar esos signos de los tiempos a fin de discernir lo que la realidad nos sugiere, permite y exige, a fin de construir la vida plena que nos ofrece el Señor.

Las causas de que el influjo de la fe cristiana sobre la realidad sea tan débil pueden ser muchas. El pecado de los bautizados oscurece el don de Dios y campea en el horizonte. «*Desde la primera evangelización hasta los tiempos recientes, la Iglesia ha experimentado luces y sombras [...] Sin embargo, lo más decisivo en la Iglesia es siempre la acción Santa de su Señor*» (*Aparecida*, 5).

Las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, en comunión con el Magisterio Pontificio, han ofrecido una rica doctrina sobre la misión y vocación de los laicos, lo mismo que las diferentes conferencias episcopales, pero los textos, en gran medida, se han quedado en letra muerta, como buenos propósitos, como teoría. De hecho, existe una especie de “síndrome del documento” por el cual, ante los grandes retos se responde con un documento y se piensa que ya se enfrentó y superó el problema con el solo hecho de haber escrito un texto, un plan de trabajo o una carta pastoral. Creo que con sencillez podemos decir que muchas veces nos falta capacidad ejecutiva, seguimiento, evaluación... La realidad no cambia con buenos propósitos, sino con acciones concretas. Como decían en la antigüedad: “cuando Dios trabaja el hombre suda”.

En *Aparecida* los obispos reconocen: «*Constatamos el escaso acompañamiento dado a los fieles laicos en sus tareas de servicio a la sociedad, particularmente cuando asumen responsabilidades en las diversas estructuras del orden temporal. Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el ritualismo sin el conveniente itinerario formativo, descuidando otras tareas pastorales. De igual forma, nos preocupa una espiritualidad individualista. Verificamos, asimismo, una mentalidad relativista en lo ético y religioso, la falta de aplicación creativa del rico patrimonio que contiene la Doctrina Social de la Iglesia, y, en ocasiones, una limitada comprensión del carácter secular que constituye la identidad propia y específica de los fieles laicos*» (n. 100c).

Nunca había leído una confesión como la anterior, lo cual refleja que los obispos están conscientes de la situación de los laicos. Pero quizás lo más importante es el propósito de enmienda: «*Asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente, que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero. Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al*

margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libere de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza. Por eso, se volverá imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible y hagan posible un atractivo testimonio de unidad “para que el mundo crea” (Jn 17,21)» (Aparecida, 362).

Tres premisas me parecen básicas antes de abordar algunas propuestas de acción.

3.1. *Una Iglesia comunitaria*

Parece necesario subrayar que hace falta superar la estéril discusión jurídicista que a veces se da en la comunidad eclesial para ver qué derechos y qué obligaciones tenemos unos y otros, ver quién manda más, o qué le corresponde al clérigo y qué al laico. Esa discusión no expresa el carácter comunitario de la Iglesia y lleva las cuestiones a un nivel contractual de justicia conmutativa, cuando en realidad en la Iglesia estamos hablando de una alianza, de una comunión diferenciada por vocaciones, ministerios y carismas. Quizás deberíamos aprender del mundo empresarial que lo importante es lograr el objetivo, alcanzar la meta, y que para ello se requiere un tipo de persona multifuncional, proactiva, con iniciativa, y lo que se opone a este fin son los celos por el organigrama, las funciones o el puesto.

Como dice *Christifideles laici*: «*En la Iglesia-Comunión los estados de vida están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro. Ciertamente es común —mejor dicho, único— su profundo significado: el de ser modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor. Son modalidades a la vez diversas y complementarias, de modo que cada una de ellas tiene su original e inconfundible fisonomía, y al mismo tiempo cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio.*

Así el estado de vida laical tiene en la índole secular su especificidad y realiza un servicio eclesial testificando y volviendo a hacer presente, a su modo, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, el significado que tienen las realidades terrenas y temporales en el designio salvífico de Dios» (n. 55).

3.2. *Reconocer el ministerio laical*

Aunque en el Magisterio de la Iglesia se ha hablado mucho de la identidad, misión y vocación de los laicos, la verdad es que en buena medida se trata de un anhelo, de un ideal pero no de un hecho. Y me temo que quizás, cuando efectivamente las cosas cambien, ya será tarde, como ocurrió con los obreros, con los jóvenes, con las mujeres ...

Es necesario reconocer que la vocación y el ministerio laical son, en efecto, ministerios para lo secular, ministerios mundanos y por eso mismo ministerios eclesiales. Los laicos no somos laicos “porque no tuvimos vocación”, sino que nuestra vocación es precisamente ser laicos: « *Ciertamente, todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular; pero lo son de formas diversas. En particular, la participación de los fieles laicos tiene una modalidad propia de actuación y de función, que, según el Concilio, “es propia y peculiar” de ellos. Tal modalidad se designa con la expresión “índole secular” [...] De este modo, el “mundo” se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo. El Concilio puede indicar entonces cuál es el sentido propio y peculiar de la vocación divina dirigida a los fieles laicos. No han sido llamados a abandonar el lugar que ocupan en el mundo. El Bautismo no los quita del mundo, tal como lo señala el apóstol Pablo: “Hermanos, permanezca cada cual ante Dios en la condición en que se encontraba cuando fue llamado” (1 Cor 7, 24); sino que les confía una vocación que afecta precisamente a su situación intramundana. En efecto, los fieles laicos, “son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad”. De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de “buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios” » (Christi-fideles laici 15).*

Bruno Forte dice: « *cuando las actividades suscitadas por el Espíritu con la efusión de los carismas asumen el carácter de un servicio concreto, de importancia vital, que supone una verdadera responsabilidad, reconocido como tal por la Iglesia y con cierta duración, toman el nombre de ministerios [...] en otras palabras, el ministerio es un carisma ligado a un encargo, a una misión* »⁷. ¿No será el momento de reconocer que los laicos poseen por designio de Dios un ministerio para lo secular? No se trata, claro está, de un ministerio ordenado o sacramental pero sí de una encomienda de Dios.

El Cardenal Ratzinger expresa: « *en la Iglesia no hay más ministerio que el del servicio, y toda dignidad no es más que la ordenación del servicio* »⁸.

3.3. *La intuición fundamental de Aparecida*

Me parece que el espíritu fundamental de Aparecida se puede definir con la expresión refundar o reformar la Iglesia: *Ecclesia semper reformanda*. No se ex-

⁷ FORTE B., *Laicado y laicidad, Sígueme*, Salamanca 1987, pág. 58.

⁸ RATZINGER J., *La fraternidad cristiana*, Taurus, Madrid 1962, pág. 82.

presó, pero en la conciencia de muchos obispos quedó la consigna: refundar la Iglesia, recomenzar desde Cristo.

Ahora bien, se trata del planteamiento que expresó, por ejemplo, el Cardenal Ratzinger: «*Todo lo que los hombres hacen, puede ser anulado por otros; todo lo que proviene de un gusto humano, puede no agradar a otros, y todo lo que una mayoría decide, puede ser abrogado por otra mayoría. Una Iglesia cuyos fundamentos se apoyan en las decisiones de una mayoría, se transforma en una Iglesia puramente humana. Se reduce al nivel de lo que es factible y plausible, de todo cuanto es fruto de su propia acción y de sus propias intuiciones u opciones. La opinión sustituye a la fe. Y de hecho en las fórmulas de fe originadas autónomamente que yo conozco, el significado de la expresión “credo” no va más allá del significado de “nosotros pensamos”. La Iglesia edificada con sus propias fuerzas tiene a fin de cuentas el sabor del “ellos mismos”, que a los otros “ellos mismos jamás les ha sentado bien y que muy pronto pone de manifiesto su pequeñez.*»

La reformatio, que es necesaria en todas las épocas, no consiste en el hecho de que podamos modelar cada vez “nuestra” Iglesia como más nos apetece, sino en el hecho de que siempre nos deshacemos de nuestras propias construcciones de apoyo a favor de una luz purísima que viene desde lo alto y que es al mismo tiempo la irrupción de la libertad pura» (VIII, 1990, Rimini).

Así las cosas, se trata de recomenzar desde Cristo, de hacer con la gracia de Cristo las cosas nuevas (*Apocalipsis* 21,6).

Dicen los obispos latinoamericanos: «*La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales. No puede replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu.*»

No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos Sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”. A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”» (nn. 11 y 12).

4. Algunas propuestas de acción

1. Si los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo (*Aparecida*, 41), es porque algo no hicimos o no lo hicimos bien, y ese algo que falta es la evangelización.

Por eso, si queremos que exista y crezca un protagonismo de los laicos la primer tarea es ayudar, facilitar y propiciar el encuentro personal de cada cristiano con Cristo. Como dice Benedicto XVI: «*En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf Ef 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “hasta el extremo”, “hasta el total cumplimiento” (cf. Jn 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente “vida”. Empieza a intuir qué quiere decir la palabra esperanza que hemos encontrado en el rito del Bautismo: de la fe se espera la “vida eterna”, la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud*» (*Spe Salvi*, 27).

Durante mucho tiempo se nos insistió en la necesidad de hacer vida la fe, en la proyección social de lo que creemos, en el compromiso social y en la opción preferencial por los pobres, y todo esto sigue siendo un tema urgente y prioritario. Es más, es la verificación concreta de la fe, pero el primer paso no es la acción, sino el encuentro personal con Cristo, lo demás es consecuencia (1 *Cor.* 13). En efecto, el encuentro con Cristo es un acontecimiento que cambia la vida.

Por todo lo anterior, el primer servicio de la Iglesia debería ser: promover el encuentro personal de cada persona con Cristo, antes que dedicarse a evitar que las personas se equivoquen o aprendan la doctrina o estén ocupados en alguna actividad pastoral. Como decía Pablo VI, la Iglesia no es fin en sí misma, es un medio que favorece, posibilita y crea condiciones para que cada persona se encuentre con Cristo (10.IX.65). Pero si no hay evangelización ni evangelizadores difícilmente buscaremos al Señor. Por eso, para fortalecer el protagonismo de los laicos, lo primero es ayudarles a que tengan un encuentro personal con Cristo, conscientes, claro está, de la primacía de la gracia y de que se es cristiano en y con la Iglesia.

2. Para poder dar razón de nuestra esperanza todos los bautizados necesitamos formarnos. También los laicos. Y en este sentido conviene retomar la recomendación de *Christifideles laici*: «*En este diálogo entre Dios que llama y la persona interpelada en su responsabilidad se sitúa la posibilidad —es más, la necesidad— de una formación integral y permanente de los fieles laicos, a la que los Padres sinodales han reservado justamente una buena parte de su trabajo. En concreto, después de haber descrito la formación*

cristiana como “un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo”, han afirmado claramente que “la formación de los fieles laicos se ha de colocar entre las prioridades de la diócesis y se ha de incluir en los programas de acción pastoral de modo que todos los esfuerzos de la comunidad (sacerdotes, laicos y religiosos) concurren a este fin”» (n. 57).

Los obispos latinoamericanos expresan: «Es necesario fomentar el estudio y la investigación teológica y pastoral de cara a los desafíos de la nueva realidad social, plural, diferenciada y globalizada, buscando nuevas respuestas que den sustento a la fe y vivencia del discipulado de los agentes de pastoral. Sugerimos también una mayor utilización de los servicios que ofrecen los institutos de formación teológica pastoral existentes, promoviendo el diálogo entre los mismos y destinar más recursos y esfuerzos conjuntos en la formación de laicos y laicas» (Aparecida, 345).

Sin embargo, el acento se debe colocar en los sujetos y no en las estructuras o programas. La formación depende mucho más de los formandos que de las estructuras y las posibilidades.

3. Aplicar el principio de subsidiaridad

«Es necesario que yo disminuya y que él crezca» (Jn 3,30). Así como los hijos, en ocasiones no crecen porque los papás no los dejamos, en la Iglesia llega a ocurrir que los sacerdotes mantienen a los laicos en situación de eternos infantes. Los sacerdotes planean, deciden, ejecutan, administran, evalúan... y los laicos ayudan en lo que los dejan y se constituyen en ejecutores pasivos y silenciosos.

Creo que llegó el momento de aplicar en serio el principio de subsidiaridad y dejar crecer a los laicos, incluso si se equivocan, pues será la única forma de que crezcan. Por supuesto, no se trata de abandonarlos a su suerte ni de excluirlos y mucho menos de invitarlos tácticamente como suplentes por la escasez del clero, sino de acompañarlos y tratarlos como adultos para que asuman plenamente su responsabilidad en la Iglesia y en el mundo.

4. Ciertamente la Iglesia no es ni será nunca una democracia, pero tampoco tiene por qué ser una dictadura, de manera que los laicos pueden asumir corresponsablemente muchas tareas estratégicas en la Iglesia. Dijo Benedicto XVI: «Es importante también la participación activa de los laicos en la formación de la comunidad. Pienso, ante todo, en los consejos pastorales y en los consejos de asuntos económicos (cf. Código de derecho canónico, can. 537). Aunque sólo tengan voto consultivo, y no deliberativo, pueden ayudar eficazmente a los pastores a discernir las necesidades de la comunidad y a descubrir las maneras de afrontarlas. La colaboración de los consejos con los pastores debe realizarse siempre con espíritu de solicitud común por el bien de los fieles». (Discurso a los obispos polacos 17.XII.2005).

5. Mucho se ha hablado de la participación de los cristianos en la política. Sin embargo, sigue habiendo un déficit enorme de formación en general y en doctrina social de la Iglesia en particular, así como de acompañamiento pastoral.

Lo mismo podría decirse del poco acompañamiento a los empresarios, los directivos de empresa, los intelectuales, los comunicadores, etc.

Hace falta renovar los servicios pastorales que se ofrecen, la pedagogía, los horarios, los contenidos, etc. Un buen instrumento para la formación y el acompañamiento pastoral es el Compendio de doctrina social de la Iglesia, pero no es suficiente, también hacen falta escuelas de evangelización, de oración, de estudio de la Sagrada Escritura, retiros espirituales, dirección espiritual..., el problema es que no hay suficientes sacerdotes y los que tenemos con frecuencia están ocupados en trabajos administrativos. Por eso, cada diócesis debería dedicar al menos un sacerdote bien formado al acompañamiento pastoral de los laicos, y que este sacerdote forme un equipo profesional para esa tarea.

6. Hace falta en cada diócesis y a nivel de cada país un equipo de expertos que puedan participar en el debate público con conocimiento de causa. En ocasiones hacemos el ridículo hablando de temas que no conocemos o nos presentamos con argumentos de autoridad cuando lo que se espera son argumentos de razón.

7. Hace falta revalorar social y pastoralmente el aporte y servicio que los laicos ofrecen a la sociedad y a la Iglesia en el ámbito que les es propio: familia, trabajo, política... su ministerio es querido y santificado por Dios y ahí es donde pueden y deben alcanzar la santidad.

8. También hace falta cultivar la conciencia de los laicos de que son Iglesia y, por tanto, corresponsables de su vida, trabajo y sostenimiento. Parece que la Iglesia es más libre en aquellos países en donde es la grey la que la sostiene y es menos libre en donde depende de los subsidios del Estado.

9. La familia, la vida, el amor, requieren una participación más activa de los laicos. Considero que bien podrían dejarse esas responsabilidades pastorales a ellos, cuidando la formación y el acompañamiento pastoral.

10. En las condiciones de América Latina urge retomar y renovar la opción preferencial por los pobres, pero desde una actitud no paternalista ni asistencialista, sino profundamente liberadora para que los pobres hagan oír su voz por ellos mismos. En este campo la Iglesia posee una gran experiencia en la organización comunitaria, en la promoción de cooperativas, cajas de ahorro y crédito popular, capacitación para el trabajo, etc. Urge retomar esta tarea a fin de que la Palabra se haga vida y los cristianos seamos reconocidos por el testimonio de la caridad.

5. A modo de conclusion

Dice Juan Pablo II en *Novo Millennio Ineunte*: «*Es necesario, pues, que la Iglesia del tercer milenio impulse a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la Iglesia*» (n. 46). Y renglones atrás había expresado: «*En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia*» (n. 38). Me parece muy importante que respetemos ese principio esencial, pues será el testimonio de santidad lo que contagie y arrastre a los laicos para asumir su protagonismo y su responsabilidad.

Así como las plantas no crecen jalándolas del tallo o de las hojas, sino regándolas, poniéndoles abono y cuidándolas de las plagas, así también los laicos no asumirán su corresponsabilidad ni su protagonismo por una decisión voluntarista de los pastores ni asignándoles nuevas tareas o ministerios en la iglesia, sino como fruto de la conversión y la formación paciente, gradual y sistemática. Quizás ahí es donde debemos poner mayor atención, puesto que el déficit apostólico puede deberse a la falta de oración, de conversión o de formación.

Como dice el poeta Francisco Luis Bernárdez:

*«porque después de todo he comprendido
que lo que tiene el árbol de florido
vive de lo que tiene sepultado»
(Sonetos de Amor)*

Los laicos que ya asumieron su corresponsabilidad y su protagonismo necesitan saberse socialmente significativos en la iglesia y acompañados en serio por su comunidad y sus pastores.

Los pastores, por su parte, necesitan un cambio de paradigma para que acepten a los laicos serena y caritativamente. Ya no existe aquello de los dos órdenes de cristianos ni la sociedad de desiguales, sino que: «*el Pueblo de Dios, por El elegido, es uno: un Señor, una fe, un bautismo* (cf. Ef 4,5). *Es común la dignidad de los miembros, que deriva de su regeneración en Cristo; común la gracia de la filiación; común la llamada a la perfección: una sola salvación, única la esperanza e indivisa la caridad*» (LG ,32).

Los bautizados estamos llamados a «*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designo de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo*» (NMI, 43).

Me parece que el futuro de América Latina pasa necesariamente por los laicos, pero por los laicos que encontraron a Cristo y decidieran seguirlo.

*La tarea evangelizadora
de la Mujer en América Latina*

SRA. NORMA TREVIÑO CUEVA DE VILLAREAL
*Directora de la Asociación A.C. del grupo interdisciplinar
para los temas de las Mujeres, México*

Introducción

La dignidad y la participación de la mujer en la Iglesia y en el mundo¹ es un importante tema abordado en la V Conferencia del Episcopado de América Latina y el Caribe efectuada en Aparecida en mayo del 2007. Los obispos nos recuerdan que Jesús desde el inicio de la Iglesia, dos mil años antes de que este tema fuese «novedad», resaltó la igual dignidad entre el varón y la mujer y el valor indiscutible de ésta, para la humanidad. Jesús reconoce, las incorpora a su círculo cercano y las elige como testigos de su resurrección. El ejemplo de María, discípula por excelencia entre los discípulos, es también fundamental en la recuperación de la identidad de la mujer y de su valor en la Iglesia y en el mundo².

El objetivo del presente trabajo es reflexionar sobre la tarea evangelizadora de la mujer en América Latina. Como marco de referencia iniciaremos aclarando lo que es y lo que no es evangelizar así como la percepción que encontramos de la mujer en algunas líneas teológicas. Enseguida, hablaremos de las cualidades de la mujer para la transmisión del mensaje y de su capacidad de humanización considerando que éste es el primer paso de la evangelización, porque nuestra fe se sostiene en el amor como precepto fundamental. Veremos algunas respuestas de la mujer ante los retos de la evangelización y algunos ejemplos de mujeres evangelizadoras en América Latina. Partiremos de María de Guadalupe ya que en el Tepeyac se inició la gran evangelización de nuestros pueblos latinoamericanos.

Hace más de cinco siglos se encontraron el cristianismo y la cultura originaria de las etnias de América Latina. De este encuentro, nació la rica cultura cristiana que hoy afronta grandes retos que ponen en riesgo tanto el desarrollo de nuestros mismos pueblos como su identidad católica³. Frente a la mirada de los discípulos misioneros se presenta una realidad, un cambio de época ante el cual urge discernir «los signos de los tiempos», para tener vida en plenitud⁴.

¹ *Aparecida*, 451 al 458.

² *Idem*, 451.

³ Discurso de S.S. Benedicto XVI en la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y El Caribe.

⁴ *Aparecida*, 33 al 100.

Los retos que enfrenta en la actualidad el pueblo y la Iglesia en América Latina se analizan en el Documento Conclusivo de Aparecida. Entre ellos: se desvanece la concepción integral del ser humano y su relación con el mundo y con Dios; los avances de la ciencia y la técnica no siempre se rigen por la ética y el bien para la persona humana; la globalización y los medios de comunicación masiva hacen que la información sea tan abundante que crea confusión por la incapacidad de reflexionarla y discernirla, lo que provoca un vacío y falta de sentido. Ante esto, los agentes generadores de una nueva cultura inciden y llevan a cabo una colonización ideológica que promueve el individualismo, el relativismo, la ideología de género, la afirmación exasperada de derechos individuales y subjetivos, la cosificación de la mujer y del hombre, la cultura de consumo; todo esto atenta contra la dignidad del ser humano, la vida y la familia. Nos encontramos también desigualdades sociales, pobreza, corrupción, narcotráfico, una gran movilidad humana hacia las urbes y el extranjero, así como tráfico de personas. Una injerencia internacional, en ocasiones sin criterios éticos y una falta de políticas públicas más justas y leyes injustas, represión. El documento analiza también los problemas de los pueblos indígenas y afroamericanos que sufren exclusión y pobreza así como aquellos que atentan contra la biodiversidad y la ecología. La Iglesia en América Latina además enfrenta serios retos. Los cambios culturales antes mencionados dificultan la transmisión de la fe a la vez que no se ve una presencia importante de la Iglesia en la generación de la cultura. Mientras se debilita la cultura tradicionalmente cristiana y ésta pierde paulatinamente la esencia que la animaba, la vivencia de la fe se reduce a una tradición que no toca profundamente al ser humano. Al perder el sentido trascendente de su vida, numerosas personas abandonan las prácticas religiosas y la Iglesia.

Aparecida propone una reflexión y las acciones congruentes para dar respuesta a estos retos que afrontan los pueblos latinoamericanos. En su tema: «*Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn 14,6) encontramos la clave que ilumina el tipo de reflexión y respuesta integral que los Obispos proponen. La vida, la vida verdadera.

¿Cómo podremos dar respuesta a estos retos? Desde su discurso inaugural en Aparecida, Benedicto XVI nos recuerda y nos advierte: «*Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano ... Si no conocemos a Dios en Cristo y caminamos con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino, no hay vida ni verdad... Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de "realidad" y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas*»⁵.

⁵ *Discurso Inaugural.*

Los Obispos en Aparecida convocaron a realizar la Gran Misión Continental que convierta a cada uno de nosotros en discípulo y misionero de Jesucristo, para que en Él, nuestros pueblos tengan vida, vida en abundancia. Nos dice que al Padre, lo conocemos por el Hijo; el Amor que brota de Ellos es tan avasallador, que cuando lo sentimos en nuestra propia vida, tras haber encontrado a Jesucristo, no podemos sino irremediablemente responder a Él con un amor semejante. Es por esto que nos dice S.S. Benedicto XVI en Aparecida, que discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla⁶.

Nuestra gran misión es pues, encontrar, conocer, seguir y llevar a Dios, a través de Jesucristo a nuestros hermanos, para que por nuestra respuesta al Amor, podamos responder también de un modo realmente humano a los desafíos de esta realidad que amenaza nuestra persona, nuestra fe y nuestros pueblos.

A través de la historia, la mujer ha sido la gran colaboradora de Dios para humanizar la sociedad. La mujer humanizadora y evangelizadora, es hoy la piedra angular para el rescate de nuestra familia cristiana y latinoamericana ya que ésta sociedad gira en torno de sus mujeres ya sea en la familia, el trabajo, o la parroquia.

Desde la clausura del Concilio Vaticano II, S.S. Pablo VI proféticamente nos dice: «*Llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzado hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar mucho a que la humanidad no decaiga*».⁷

La mujer es corresponsable, junto con el hombre, de la edificación del presente y el futuro de nuestra sociedad humana ya que la relación entre ellos es de reciprocidad y colaboración mutua⁸.

Sobre la Evangelización

El término “evangelizar” es uno de los más antiguos y más usados a lo largo de más de veinte siglos en el ámbito de la fe. Tratar de definir lo que es y no es evangelizar puede conducirnos a una mejor acción evangelizadora.

«*Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad*»⁹.

⁶ Ídem.

⁷ Mensaje del Concilio vaticano II a las Mujeres, 8 de diciembre de 1965: AAS 58, 1966, 13-14.

⁸ *Aparecida*, 452.

⁹ *Evangelii Nuntiandi*, 18.

Evangelii Nuntiandi también nos dice que es preciso: « *alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación* »¹⁰. Esto implica que para evangelizar al hombre hay que evangelizar su cultura, pero también que para evangelizar la cultura, hay que llegar primero al corazón del hombre que crea la cultura.

El Cardenal Decourtray¹¹ nos presenta como rasgos del Evangelio los siguientes: Es la Buena Nueva de la salvación del hombre en Jesucristo por medio de la fe. Es una “nueva”, es decir, un “anuncio”; una verdad-para-alguien. Es la Revelación de Cristo para el hombre. Un asombro lleno de alegría acompaña al Evangelio que es un anuncio “alegre”, “gozoso”. Implica al que propone esta extraordinaria noticia y a los que la oyen que quedan como “estupefactos” porque el Evangelio es anuncio de una salvación, de una plenitud literalmente inesperada para el hombre ante la cual éste queda maravillado y lleno de alegría. Es de carácter decisivo y radical porque cuestiona y decide el fondo de su existencia, su eje fundamental, el ser, el yo profundo, lo que la Biblia llama el “corazón”. El Evangelio es la Buena Nueva destinada a cambiar radicalmente al que lo acoge.

Sólo hay evangelización donde hay Evangelio. Al hacer un examen de conciencia pastoral y ante estas características nos preguntamos con el Cardenal Decourtray: ¿se reconocen estos elementos en nuestra “evangelización”? ¿Es una “novedad”, una “noticia” lo que presentamos, o es un enunciado general e intemporal sin relación perceptible con la vida de los hombres? ¿Es la revelación inaudita de un misterio de salvación, o un catálogo de ideas, de historias, de prescripciones? ¿Es un llamamiento decisivo a la conversión del corazón, o una información destinada a aumentar el caudal de conocimientos religiosos?

La evangelización está destinada a todos pero muy especialmente a los que todavía no están convertidos al Dios Vivo o que se han apartado de Él. En nuestros países, la mayoría de personas son bautizados, pero no muchos son realmente convertidos, no han encontrado la Vida, la vida verdadera. Es por esto que nuestro primer deber es evangelizar.

La evangelización consiste en poner estos no-convertidos en presencia del Evangelio. No ante un conjunto de nociones destinadas a satisfacer el apetito racional del hombre, ni ante una especie de mística que le procura una satis-

¹⁰ *Idem*, 19.

¹¹ ¿Qué es evangelizar? Albert Decourtray <http://www.mercaba.org/FICHAS/Evangelizacion/461-1.htm>.

facción ambigua como nos la presenta el New Age. Se trata de una verdad que finalmente es un acto, el Acto de Alguien revelándose como Valor supremo para el que lo reconoce, el acto del Salvador definitivo. Esto es sobre la Verdad viva que trata de encontrarse con el hombre, que se abre camino hasta lo más profundo de su ser. Y por esto la evangelización consistirá esencialmente en “cooperar” con Dios, con la Revelación en Acto, para hacer presente el Evangelio al “espíritu”, al “corazón”, para provocar un encuentro entre el Evangelio y el corazón. «*Escribir el Evangelio en los corazones*»¹².

El evangelizador debe estar en comunión de amor con el Evangelio: ser un Evangelio vivo, una Pascua viva, un sacramento viviente de la Pascua. La aptitud del evangelizador estará en relación directa con el amor que haya suscitado su encuentro con Cristo y al grado de identificación con Él en su vida, muerte y resurrección; la respuesta a ese amor será el mensaje que transmita.

Para transmitir el mensaje es preciso también conocer a quienes habrán de recibirlo. El cambio cultural que hoy vivimos, ha insensibilizado el corazón del hombre. Nos encontramos ante una indiferencia al mensaje que aunque no es rechazado, tampoco es acogido. El relativismo en que se vive lo presenta como una propuesta más entre tantas para un desarrollo meramente humano. Ambientes enteros parecen impermeables a la evangelización; es preciso buscar las razones de esta indiferencia al mensaje, de esta aparente impermeabilidad porque hoy muchos apenas perciben una relación entre el Evangelio y los valores de la vida cotidiana. La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo¹³. El cristianismo parece ya no impregnar con su fuerza nuestra cultura; es esta realidad cultural y el hombre inserto en ella, el objetivo de la evangelización.

Ante esta realidad que nos interpela, volteamos a la mujer quien por su naturaleza y capacidad humanizadora puede cristianizar la cultura. La reflexión teológica que tiene como objeto a la mujer en la Iglesia inicia cuando Jesucristo cambia los paradigmas al reconocer la dignidad de la mujer, la incluye entre sus amigos y colaboradores y continúa a lo largo de la historia de la Iglesia¹⁴. En

¹² 2 Co, 3,3.

¹³ *Evangelii Nuntiandi*, n. 20.

¹⁴ Cf. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. post sinodal *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981): *AAS* 74 (1982), 81-191; Carta Apost. *Mulieris dignitatem* (15 de agosto de 1988): *AAS* 80 (1988), 1653-1729; *Carta a las familias* (2 de febrero de 1994): *AAS* 86 (1994), 868-925; *Carta a las mujeres* (29 de junio de 1995): *AAS* 87 (1995), 803-812; *Catequesis sobre el amor humano* (1979-1984): *Enseñanzas* II (1979) - VII (1984); Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano. Pautas de educación sexual* (1 de noviembre de 1983): *Ench. Vat.* 9, 420-456; Pontificio Consejo para la Familia, *Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia* (8 de diciembre de 1995): *Ench. Vat.* 14, 2008-2077.

nuestro tiempo, *Mulieris dignitatem*, es una reflexión sobre las verdades antropológicas fundamentales; la Carta a las mujeres en ocasión de la IV Conferencia Mundial para la Mujer; y la Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo, son documentos de la Iglesia que aclaran tesis contrarias a la dignidad de la mujer. Esta última carta ha sido importante y necesaria porque cuando se habla del papel que la mujer ha de asumir en el mundo y en la Iglesia, algunos se han dejado influenciar por ideologías que deconstruyen la verdadera antropología cristiana y que pretenden dar una nueva versión del hombre ajena a su misma esencia. Otros han pensado que para dar a la mujer el papel que le corresponde en la Iglesia era necesario desarrollar una corriente teológica en la que la perspectiva femenina fuera la fundamental.

Posturas feministas y defensa del género¹⁵

El feminismo nace para promover la igualdad de derechos y oportunidades para la mujer pero al ir logrando estos objetivos se ha convertido en una revolución cultural que desafía la antropología humana. Atenta con deconstruir a la persona humana, su dignidad y su vocación trascendental; se manifiesta desde la mujer y el concepto de feminidad y amenaza con destruir a la familia, el fundamento de la sociedad. Cancela toda diferencia entre hombre y mujer, estimula el antagonismo y la competencia por la lucha de poder entre ellos.

*«Entre los presupuestos que debilitan y menoscaban la vida familiar, encontramos la ideología de género, según la cual cada uno puede escoger su orientación sexual, sin tomar en cuenta las diferencias dadas por la naturaleza humana. Esto ha provocado modificaciones legales que hieren gravemente la dignidad del matrimonio, el respeto al derecho a la vida y la identidad de la familia»*¹⁶.

Incluso, aceptando que el feminismo ilumina la cuestión femenina por la problemática que ha denunciado y la fuerza con que ha planteado una serie de conflictos a los que desde otras instancias no se había otorgado tanta relevancia, presenta, sobre todo en su versión radical, graves problemas. Esta ideo-

¹⁵ Fuentes: Aurora Bernal, «Movimientos feministas y cristianismo», ediciones Rialp 1998. Gloria Conde, «Mujer Nueva», ediciones Trillas. Consejo pontificio para los laicos y el Consejo pontificio para la cultura: «Jesucristo, fuente de agua viva», 2004. La ideología de género: Sus peligros y alcances. Comisión ad-hoc de la mujer. Comisión Episcopal de Apostolado Laical. Conferencia Episcopal Peruana.

¹⁶ *Aparecida*, 40.

logía ya ha perdido fuerza en la cultura de muchos países porque su oferta ha originado más problemas que soluciones; sin embargo, la encontramos vigente y operante en Latinoamérica.

Teología ¿Feminista?

Hacer teología feminista es expresar en el ámbito teológico la militancia en el movimiento de liberación de la mujer. Su fin es desenmascarar en el cristianismo cualquier elemento que se perciba como causa de la discriminación que ha sufrido la mujer en la sociedad cristiana y en la Iglesia.

La teología feminista califica de unilateral y androcéntrica a la teología que se había desarrollado hasta ahora. Plantea, desde la perspectiva del feminismo radical, la liberación de la mujer en la sociedad y en la Iglesia, una reflexión y acción.

En la teología feminista se suelen distinguir tres enfoques:

Teología feminista reformista: admite “en principio” la tradición bíblico-cristiana; propone “liberar” a la mujer de la opresión del patriarcado, al que califica del mayor pecado estructural. Su modo de análisis se asemeja al de las teologías de la liberación de corte marxista. Penetra lo político, lo cultural, lo económico y lo religioso y hace un compromiso con la lucha por la liberación.

Teología feminista revolucionaria (o mujerista): toma posturas extremas, pretende transformar la sociedad y separa a la mujer de la sociedad. Propone renunciar a la comprensión de un Dios masculino, fuente de discriminación sexual, porque oprime a la mujer y perpetúa el patriarcado. Se declara al margen del cristianismo, porque no cree que se pueda conseguir la revolución en sus estructuras. Asume la teoría del género y a partir de ella explica la relación entre hombre y mujer.

Teología feminista de la diosa (o ecofeminismo). Afirma que el patriarcado que oprime a la mujer se origina con las religiones que simbolizan a Dios como varón; para liberar a la mujer propone una terapia de liberación con simbología religiosa alternativa, la de la diosa, tomada de otras religiones, creencias paganas, fuentes gnósticas y fórmulas inventadas. Adopta al feminismo y la visión de género, las preocupaciones ecológicas y una crítica del sistema religioso patriarcal que excluye a las mujeres. Algunos lo consideran un subgrupo de New Age. Más que teología feminista, es un feminismo teológico que hace a un lado la Revelación. En su inmanentismo, acusa a la trascendencia divina como causa de discriminación. Se convierte en una rebelión contra la fe como norma de autoridad al recrear la misma religión. El concepto de ser humano y de mujer es incompatible con la antropología cristiana.

Teología feminista y teología de la liberación: coincide con la teología de la liberación de corte marxista en cuanto a los medios y fines proyectados. Traduce la liberación del pobre al considerar que el más pobre de los pobres, es la mujer; señala que el pecado social es el patriarcado o el sexismo; la praxis liberadora se convierte en la liberación frente a la opresión del patriarcado; al hablar de la igualdad de sexos propone el derecho al sacerdocio femenino. Relativiza y vacía de contenido a la realidad divina al reinterpretar los símbolos tradicionales cristianos. Ignora la realidad sobrenatural y con una noción de Dios ambigua o reducida al propio yo, para cifrar la esperanza de conseguir la felicidad eterna en este mundo presente; el Reino de Dios se identifica con el progreso del mundo presente.

También existe quien usa el nombre de “católicas” pero postula ideas y actitudes contrarias al magisterio y a la fe de la Iglesia. Un ejemplo es la asociación Católicas por el Derecho a Decidir, CDD (Catholics for a Free Choice, CFFC). Es una organización no católica que dice buscar la liberación de la mujer a través de la promoción del aborto, la anticoncepción, la esterilización, el lesbianismo y la homosexualidad. Su ideología se apoya en el feminismo radical y en las doctrinas del New Age. Nace para «proteger la legalidad del derecho al aborto de los ataques de los obispos y de la jerarquía de la Iglesia Católica». Dicen ser un movimiento autónomo de personas católicas, comprometidas con la justicia social y el cambio de patrones culturales y religiosos vigentes en nuestras sociedades. Para ellos “derecho a decidir”, significa «*dar a conocer el derecho a decidir de las mujeres como agentes morales capaces y el derecho a disentir de las enseñanzas de la Iglesia que no han sido declaradas infalibles, como una opción ética; defender el acceso a métodos anticonceptivos seguros y eficaces y la despenalización del aborto como expresiones de la libertad de conciencia*»¹⁷. Buscan influir la opinión pública y promueven cambios legislativos bajo la bandera del feminismo y la defensa de los derechos humanos de las mujeres. Han creado grandes redes de asociaciones afines; son uno de los grupos de lobby más importantes en las conferencias Internacionales de la ONU, en los temas de mujer.

Ante estas corrientes de pensamiento contrarias a la promoción genuina de la mujer, la Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del Hombre y la Mujer en la Iglesia y el Mundo nos advierte la necesidad de una reflexión inspirada en los datos doctrinales de la antropología bíblica que son indispensables para salvaguardar la identidad de la persona humana¹⁸.

¹⁷ <http://www.catholicsforchoice.org/spanish/lowbandwidth/splatin.html#latin>.

¹⁸ Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del Hombre y la Mujer en la Iglesia y el Mundo, 2004, No 1.

Es claro que las tesis feministas antes expuestas, no son el camino que se ha de proponer a la mujer cristiana, católica de hoy, como evangelizadora del nuevo milenio. Hemos querido alertarlo en esta primera parte para evitar confusiones y a partir de ahora exponer positivamente caminos alternativos a través de los cuales la mujer tiene un papel clave en la Evangelización de América.

Humanizar y evangelizar

La humanización es el primer paso de la evangelización porque nuestra fe se sostiene en el amor como precepto fundamental. La feminidad de la mujer, entendida como la capacidad de darse al otro, de dar amor y recibirlo, la capacita de manera singular para “humanizar” a los seres humanos y a las sociedades.

El materialismo que nos propone la cultura hoy, ahoga la dimensión espiritual e impone un concepto excesivamente económico del desarrollo en vez de un desarrollo humano completo. Sobrevalora la autoestima que encierra al hombre en sí mismo, la autonomía exacerbada y se obsesiona por un modelo de realización personal a través del “tener” más que del “ser”, que marginan la necesidad de amor auténtico que experimenta el ser humano entendido como capacidad de darse.

En este contexto social la mujer puede jugar un papel humanizador. La sociedad se humaniza al generar una cultura en la que se destaque y valore la dimensión más humana de todo: una en la que se haga, piense y actúe, al servicio del bien objetivo del ser humano en todos los campos. Lo que humaniza a la sociedad es descubrir al ser humano como fin y actuar en consecuencia. Si la clave del desarrollo está en que el hombre sea un fin y no un medio, tenemos que afirmar que la mujer juega un papel esencial en la formación de esta visión.

Por eso, nuestro tiempo, marcado por el ritmo frenético de la vida moderna, necesita la manifestación del “genio” de la mujer, que asegure en toda circunstancia la sensibilidad por el ser humano. Sólo ella puede poner el suplemento de amor y de paz que disponga al corazón del hombre a encontrar todas las respuestas que anhela, que lo disponga a encontrar el Camino la Verdad y la Vida, y través del rostro de Cristo conocer la realidad y responder a ella de modo adecuado y realmente humano¹⁹.

¹⁹ *Discurso Inaugural*, 3 citado en *Aparecida*, 42.

Por qué madre y maestra

« Como en la familia humana, la Iglesia-familia se genera en torno a una madre, quien confiere “alma” y ternura a la convivencia familiar»²⁰. Como madre, fortalece los vínculos fraternos entre todos, alienta a la reconciliación y el perdón, y ayuda a que los discípulos de Jesucristo se experimenten como una familia, la familia de Dios. En María, nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como asimismo con los hermanos²¹.

María de Guadalupe ha acogido en su regazo y bajo su protección materna al pueblo latinoamericano por lo que no debemos temer sino seguir a la escucha. En la escuela de María, el corazón de la mujer se encuentra con su Maestro, lo reconoce, lo ama, lo sigue y como consecuencia, quiere irremediablemente compartir su amor con toda la humanidad. El Papa fue a Aparecida para decir a los Obispos y a todos los latinoamericanos, en primer lugar: « Permanezcan en la escuela de María. Inspírense en sus enseñanzas. Procuren acoger y guardar dentro del corazón las luces que Ella, por mandato divino, les envía desde lo alto »²².

Además de habernos dado a su Madre como madre y maestra nuestra, el Evangelio nos habla de la pedagogía de Jesucristo a través del papel de algunas mujeres al inicio de la primera evangelización. Se realiza así la dignidad de la mujer y su valor para la Iglesia y para el mundo. La antropología cristiana resalta la igual dignidad entre varón y mujer por ser creados a imagen y semejanza de Dios: habló con ellas (cf. *Jn* 4, 27), tuvo singular misericordia con las pecadoras (cf. *Lc* 7,36-50; *Jn* 8,11), las curó (cf. *Mc* 5, 25-34), las reivindicó en su dignidad (cf. *Jn* 8, 1-11), las eligió como primeras testigos de su resurrección (cf. *Mt* 28, 9-10), e incorporó mujeres al grupo de personas que le eran más cercanas (cf. *Lc* 8, 1-3). La figura de María, discípula por excelencia entre discípulos, es fundamental en la recuperación de la identidad de la mujer y de su valor en la Iglesia. El canto del Magnificat muestra a María como mujer capaz de comprometerse con su realidad y de tener una voz profética ante ella²³.

En la escuela y pedagogía de María, aprendemos a servir, atender y entregarnos al otro. Ella crea comunión y educa a un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente si es

²⁰ *Aparecida*, 268.

²¹ *Idem*, 267.

²² BENEDICTO XVI, Discurso al final del rezo del Santo Rosario en el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida, 12 de mayo, 2007 citado en *Aparecida*, 270.

²³ *Aparecida*, 541.

pobre o necesitado. Su presencia enriquece la dimensión materna de la Iglesia y su actitud acogedora que la convierte en “casa y escuela de la comunión” y en espacio espiritual que prepara para la misión²⁴.

María, Madre de la Iglesia ha sido la mujer evangelizadora desde el primer momento de la Iglesia, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros²⁵.

¿Por qué la mujer fue escogida por Cristo para transmitir su mensaje?

Porque las mujeres al encontrar a Cristo se descubren a sí mismas en la verdad que Él enseña; porque ellas lo comprenden cuando les habla de las cosas de Dios; porque en ellas encuentra una auténtica sintonía de mente y de corazón, una respuesta de fe. Porque Jesús manifiesta su aprecio por esta respuesta tan “femenina” hasta con admiración como en el caso de la mujer cananea a la que le ofrece el Agua que da la Vida y porque Él enseña poniendo como ejemplo la respuesta femenina de la mente y el corazón²⁶.

La mujer desempeña un papel absolutamente vital en la Iglesia porque ha sido la madre la que nos ha descubierto el camino de la fe y nos ha instruido en el amor al Señor. Ella es la educadora natural de la fe, la transmisora de la Revelación cristiana. Así como las primeras mujeres anunciaron la Resurrección del Señor, todavía hoy son ellas las que llevan la Buena Nueva del anuncio cristiano a sus hogares e inician a sus hijos en el conocimiento y amor de Dios. Son las maestras de oración por excelencia, las grandes catequistas que entregan a sus hijos, ya desde la más tierna infancia, la herencia del encuentro profundo con el Dios del amor²⁷.

La especificidad femenina, ha sido un tema importante en la Iglesia en los últimos años con Juan XXIII, Pablo VI y de manera particular, Juan Pablo II al incorporar el término “genio femenino” para explicar de la modalidad propia de la mujer para vivir su fe y humanizar la cultura. La especificidad propia de cada uno de los sexos se conjuga en una colaboración recíproca de enriquecimiento mutuo en el que las mujeres son los primeros artífices de una sociedad más humana²⁸.

El genio femenino “ve lejos”, “intuye”, “ve con los ojos del corazón” al Maestro, lo conoce y lo encarna en su vida; ve con el corazón al hermano, intuye que necesita compartirle el tesoro que encuentra en Jesucristo, la fuente de agua viva, de la vida verdadera. La mujer es capaz de abrir su amor y

²⁴ *Aparecida*, 272.

²⁵ *Idem*, 269.

²⁶ *Mulieris Dignitatem*, no 15.

²⁷ Mons. Francisco Robles Ortega. Jesucristo: Camino. Verdad y Vida. Orientación pastoral. p 39 .

²⁸ *Idem*, p. 61.

transmitir la Palabra al otro con toda la vehemencia de su ser, entregándose con toda su persona: su inteligencia, voluntad, emotividad, intenciones, su sensibilidad, su concreción, su interiorización, su sensibilidad estética, su donación generosa y su reflexión.

La mujer es la discípula y misionera por excelencia, destinataria y agente “natural” de la evangelización en la Gran Misión Continental a la que los Obispos de América Latina han convocado desde Aparecida.

Mujeres evangelizadoras de ayer hoy y siempre

La vida de los Apóstoles y los Santos ha marcado la espiritualidad y el estilo de vida de nuestras Iglesias. Sus vidas son lugares privilegiados para el encuentro con Jesucristo, su testimonio y sus enseñanzas inspiran a nuestras comunidades²⁹.

La mujer ha transmitido el evangelio en América Latina en múltiples ámbitos: la catequesis, la educación, el cuidado de los enfermos y los más desprotegidos, la fundación de institutos, congregaciones, la contemplación, etc.

Muchos testimonios permanecen en el anonimato, otros han sido reconocidos. Algunos de estos son: la primera santa canonizada en América ha sido Santa Rosa de Lima, cuyo legado espiritual es un ejemplo para vivir la santidad en la vida ordinaria. Santa Mariana de Jesús Paredes y Flores, la azucena de Quito, evangelizó a indios mainas, asistía a los enfermos y desprotegidos y ofrendó su vida para salvar la de un sacerdote. La beata María Encarnación Rosal del Corazón de Jesús, impulsó en Guatemala la educación de la niñez y de la juventud en los colegios, escuelas y hogares para niñas pobres y realizó grandes obras de promoción y asistencia social. La beata Mercedes de Jesús Molina y Ayala, se dedicó a la acción social en Ecuador, cuidado de ancianos, a la evangelización y educación de las jóvenes y adultas, particularmente a las mujeres marginadas. Fundó un instituto religioso en memoria de santa Mariana de Jesús.

Entre las muchas mujeres evangelizadoras que han destacado en el siglo XX encontramos a Santa Teresa de Jesús “de los Andes”, carmelita chilena que desde la contemplación sufrió y oró para difundir el programa evangélico del amor despertando hambre y sed de Dios en este mundo materializado. La beata Madre Laura Montoya Upegui, maestra y evangelizadora de indígenas en Colombia. Formó una congregación de “mujeres intrépidas, valientes, inflamadas en el amor de Dios” para llevarlos a Él. La primera santa mexicana, la

²⁹ *Aparecida*, 273.

madre María Natividad Venegas de la Torre, fue catequista, cuidó enfermos, ancianos y desvalidos, fundó un instituto religioso y varios hospitales. Santa María Romero Meneses, primera santa centroamericana y gran testimonio del siglo XX, se dedicó en Nicaragua a servir, sanar y enseñar a los necesitados, especialmente a las mujeres jóvenes que vivían en la calle; también formó jóvenes misioneras.

Entre las evangelizadoras laicas se reconoce a la beata Laurita Vicuña, chilena, patrona de las víctimas de abusos, incestos, huérfanos y mártires; ofreció su vida por salvar a su madre. Un gran testimonio de santidad seglar, es una mujer mexicana que desde el hogar realizó su gran misión evangelizadora, la venerable Concepción Cabrera de Armida; fue hija, esposa, madre, viuda, abuela. Murió como religiosa en brazos de sus hijos. Conchita Armida, fundó las Obras de la Cruz y es reconocida como una gran mística. En Panamá, Ana María Moreno Castillo sobresalió por su testimonio de laica comprometida en servicio de toda la sociedad, especialmente de los niños, los más pobres, los enfermos incurables y la Iglesia.

En la historia de la Iglesia de América Latina, el genio femenino se refleja en el testimonio de muchas mujeres que han encarnado el Evangelio en su vida y a través de la vivencia del amor han iluminado la reflexión teológica. Estas son solamente unas pocas.

La mujer es evangelizadora por ser humanizadora

La mujer como evangelizadora da a la Iglesia un rostro materno porque la mujer es madre. Este es el principio que sostiene una serie de cualidades naturales que la conducen a vivir esencialmente orientada a la persona humana, a la acogida, la comprensión, la ternura, a la donación de sí misma. La vocación humanizadora, con su expresión excelsa en la vocación de la maternidad, capacita a la mujer para relacionarse a un nivel más profundo con el otro, entenderlo y acogerlo. Dispone el corazón de otro para recibir esa Buena Nueva y encontrar en este anuncio gozoso de plenitud, el Agua Viva que permea el alma y cambia radicalmente la existencia. Lo que se llama “feminidad” es más que un simple atributo del sexo femenino, es la capacidad fundamentalmente humana de vivir para el otro y gracias al otro³⁰.

Esta llamada de la mujer a acoger al ser humano, que está al origen de su riqueza específica en la labor evangelizadora, sufre múltiples amenazas. Todavía hoy la mujer en América Latina se identifica con esta llamada, quiere ser

³⁰ Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del Hombre y la Mujer en la Iglesia y el Mundo, 2004, No 14.

madre de humanidad, pero se encuentra desconcertada y vulnerable en su vocación a la maternidad. Una lucha de ideas y acciones intentan reinterpretar su misma esencia y operan en contradicción con ella. Ideologías radicales plantean la maternidad y la familia como una esclavitud para la mujer. Proponen “solucionar” su “opresión” mediante una liberación que conlleva nuevas esclavitudes que laceran su dignidad: contracepción, esterilización y aborto. Éstas, se ofrecen como servicios de salud sexual y reproductiva a través de programas de salud y educación que promueven los movimientos ideológicos radicales y abortistas internacionales. Ante esto, Aparecida nos dice: «*Es preciso apoyar y acompañar pastoralmente y con especial ternura y solidaridad a las mujeres que han decidido no abortar, y acoger con misericordia a aquéllas que han abortado, para ayudarlas a sanar sus graves heridas e invitarlas a ser defensoras de la vida. El aborto hace dos víctimas: por cierto, el niño, pero, también, la madre*»³¹.

Es por ello que urge revalorar la maternidad como misión excelente de las mujeres, sin menoscabo de su desarrollo profesional y al ejercicio de todas sus dimensiones³². En numerosas sociedades contemporáneas marcadas por una mentalidad *anti-hijo*, la carga de los hijos se considera a menudo como un obstáculo a la autonomía y a las posibilidades de afirmación de la mujer, lo cual oscurece el rico significado tanto de la maternidad como de la personalidad femenina³³.

La naturaleza otorga a la mujer unas cualidades que le permiten desarrollar con éxito su maternidad y la convierten en la educadora integral y evangelizadora por excelencia entendiendo que la vocación materna se cumple a través de muchas formas de amor, comprensión y servicio a los demás³⁴. Es su forma peculiar de vivir desde la sensibilidad las realidades no tangibles, de orden espiritual como el amor, como la fe. La mujer tiene una mayor capacidad de empatía hacia el otro y sus necesidades que la predispone para entender, comprender, compadecer mejor al otro y transmitir el mensaje. Su entrega a la misión, porque lo que hace, lo hace integrando toda su persona y sus facultades.

La mujer que aprecia su llamada esencial a acoger la vida es capaz de aportar su don peculiar para apreciar al hombre en su valor personal y de aportar asimismo sus energías en la labor de conducir a la humanidad a la acogida plena del evangelio hecho vida.

³¹ *Aparecida*, 469.

³² *Idem*, 456.

³³ Mons. Francisco Robles Ortega. Jesucristo: Camino. Verdad y Vida. Orientación pastoral. p 60.

³⁴ *Aparecida*, 457.

Ámbitos de evangelización para la mujer en América Latina

Entre los agentes culturales y creadores de cultura un papel importante corresponde a la mujer. A la vez que humaniza de la sociedad, es también un agente cultural. Educa e integra culturalmente al hijo, pero además, influye decisivamente en la humanización de la sociedad en sus ambientes de trabajo y en todos los campos donde la mujer muestra su atención central a la persona humana y a todo lo humano. En nuestra cultura, ella es la trasmisora de los valores más profundos³⁵.

El primer ámbito de evangelización de la mujer es pues, su propio hogar, su familia, que es el eje de la evangelización en América Latina, el eje de la familia es la mujer. Aparecida proclama con alegría el valor de la familia. Ahí, Benedicto XVI nos recordó que la familia es patrimonio de la humanidad, constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y caribeños. Ha sido escuela de fe, de valores humanos y cívicos y hogar en que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente³⁶. La sociedad latinoamericana depende en gran parte de la familia, la Nueva Evangelización y la Misión Continental deben también tener su eje en la familia porque es el lugar prioritario para la transmisión de valores y depende principalmente de la mujer: agente vital de la transmisión de la fe³⁷. En la familia se plasma el rostro de un pueblo y sus miembros adquieren las enseñanzas fundamentales. Se aprende a amar y ser amado, a respetar y ser respetados, a conocer el rostro de Dios en cuanto reciben su primera revelación de un padre y una madre llenos de atenciones. Cuando faltan estas experiencias fundamentales, es el conjunto de la sociedad el que sufre violencia y se vuelve, a su vez, generador de múltiples violencias³⁸.

Es importante, por lo tanto, una verdadera promoción de la mujer así como una revaloración social de las funciones maternas y familiares³⁹; ayudarla para que su trabajo en casa sea reconocido por todos y estimado por su valor cuidando que no deba pagar su promoción con el abandono del carácter específico propio en perjuicio de la familia en la que la madre tiene un papel insustituible⁴⁰. Para ello, Aparecida nos propone entre otras acciones pastora-

³⁵ Mons. Francisco Robles Ortega. Jesucristo: Camino. Verdad y Vida. Orientación pastoral. p 60.

³⁶ *Aparecida*, 114.

³⁷ Norberto, Cardenal Rivera, *La Nueva Evangelización en América Latina*.

³⁸ Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del Hombre y la Mujer en la Iglesia y el Mundo, 2004, No 13.

³⁹ *Laborem Exercens*, 19.

⁴⁰ *Familiales Consortio*, 23.

les, promover el diálogo con autoridades para la elaboración de programas, leyes y políticas públicas que permitan armonizar la vida laboral de la mujer con sus deberes de madre de familia.

La mujer es insustituible en el hogar, la educación de los hijos y la transmisión de la fe, pero esto no excluye la necesidad de su participación activa en la construcción de la sociedad. Para ello, se requiere propiciar una formación integral de manera que las mujeres puedan cumplir su misión en la familia y en la sociedad⁴¹.

Otro ámbito importante en el que la mujer puede ejercer su trabajo como humanizadora y evangelizadora es la educación. La mujer sabe transmitir elementos afectivos, principios, motivaciones, así como orientar la educación hacia las relaciones humanas y el desarrollo integral del ser humano, especialmente su capacidad de amar. En la evangelización, estas mismas cualidades facilitan su tarea al transmitir con entusiasmo, vivir y proponer vivir con toda la integralidad el ideal del Evangelio.

El mundo del trabajo también es humanizado y evangelizado por la mujer. Ella puede encarnar el Evangelio y aportar su “genio femenino” en todo lo que emprende. Brinda en su trabajo el interés por la persona, su perspicacia y observación así como su perseverancia, inteligencia, creatividad, su intuición por el otro y su iniciativa le ayudan a conocerlos y a tener sensibilidad hacia los problemas humanos. Tiende a involucrar toda su persona en lo que emprende, se le facilita el trabajo en equipo y las relaciones con los demás, sabe suavizar fricciones y fomentar afinidades.

En el mundo de los medios de comunicación, la mujer es comunicadora nata, necesita expresar y expresarse, comunica desde su interioridad. Puede evangelizar desde aquí por su sensibilidad hacia lo humano, el respeto a la persona y su dignidad. En este campo es preciso promover modelos-guía positivos de mujer.

Como gran defensora y promotora de la vida, el ámbito de la salud es uno de los que más ha incurrido la mujer para evangelizar y procurar para el enfermo auxilio integral para el cuerpo y el alma. La mujer sabe reconocer al enfermo en toda su dignidad, centrarse en la persona más que en la enfermedad, captar mejor sus necesidades, acompañarlo. La mujer es más fuerte ante el sufrimiento físico y puede ayudar, si es necesario, a bien morir en un ambiente humano restaurando o reviviendo la fe para entregar el alma al Creador con esperanza.

La presencia de la mujer es muy necesaria en la política siendo éste uno de los ámbitos en que menos incursiona. Su sensibilidad es importante

⁴¹ *Aparecida*, 456.

porque le ayuda a percibir la disociación entre el poder, la justicia y la ética. Ella tiene algo muy específico que ofrecer: la promoción de los valores humanos y la incorporación de una política a favor de la familia. Otra aportación de la mujer en este campo es su capacidad negociadora: logra conclusiones, evita rupturas y traumas en las relaciones. Además, la mujer tiene la capacidad de descubrir al hombre concreto, singular, al pobre, al necesitado en medio de las políticas que se aplican sólo por cuestiones electorales o estadísticas⁴².

Algunas acciones pastorales que Aparecida propone para afirmar la dignidad y la participación de las mujeres en la Iglesia y la sociedad son: ayudar a descubrir y desarrollar en cada mujer y en ámbitos eclesiales y sociales el “genio femenino”; promover el más amplio protagonismo de las mujeres; garantizar la efectiva presencia de la mujer en los ministerios que en la Iglesia son confiados a los laicos, así como también en las instancias de planificación y decisión pastorales, valorar su aporte; acompañar a asociaciones femeninas que luchan por superar situaciones difíciles, de vulnerabilidad o de exclusión⁴³.

La mujer responde a los retos de la Evangelización en América Latina

Siendo Aparecida la oportunidad para reflexionar sobre los retos que nos presenta nuestra realidad en América Latina y una propuesta para responder a ella desde Cristo, inicia recordándonos que vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural, en el que se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios. Ante esto Benedicto XVI nos dice que éste es precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo y nos advierte que quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas⁴⁴.

Benedicto XVI también propuso a los Obispos que asistieron a la Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina previa a Aparecida: *«Es preciso proclamar íntegro el Mensaje de la Salvación, que llegue a impregnar las raíces de la cultura y se encarne en el momento histórico latinoamericano actual, para responder mejor a sus necesidades y legítimas aspiraciones...El verdadero discípulo crece y madura en la familia, en la comunidad parroquial y diocesana; se convierte en misionero cuando anuncia la persona*

⁴² CONDE G., *Mujer Nueva*, editorial Trillas, 2000.

⁴³ *Aparecida*, 458.

⁴⁴ *Aparecida*, 44; *Discurso Inaugural*, 3.

de Cristo y su Evangelio en todos los ambientes: la escuela, la economía, la cultura, la política y los medios de comunicación social»⁴⁵.

Evangelizar las culturas es una urgencia de la que nos habla Benedicto XVI para resolver los retos del momento que vive hoy América Latina, empezando por la familia porque ahí se forman los discípulos y misioneros. Los Obispos también resaltan que además de la misión que tiene la mujer en la familia es muy importante su labor en la tarea evangelizadora. Algunos reconocen que el 75% de los laicos comprometidos son mujeres; en Aparecida nos dicen que ellas «*constituyen, en general, la mayoría de nuestras comunidades, son las primeras transmisoras de la fe y colaboradoras de los pastores*».⁴⁶ Los Obispos en Aparecida llaman con urgencia a todas las mujeres de América Latina a participar plenamente en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica, y solicitan que se creen los espacios que favorezcan esta participación⁴⁷.

La mujer, al humanizar la sociedad se convierte en destinataria y agente privilegiado de la Nueva Evangelización en la gran Misión Continental. Para lograr este objetivo le es preciso recorrer el itinerario formativo de los discípulos y misioneros⁴⁸ que inicia con el encuentro con Cristo, porque «*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*»⁴⁹ Nos revela que «*La naturaleza misma del cristianismo consiste, por lo tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo*»⁵⁰.

¿Dónde encontramos a Cristo para conocerlo y seguirlo?⁵¹ Lo encontramos en la Sagrada Escritura, en la Sagrada Liturgia y en la Eucaristía, lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. También en el precepto dominical porque ahí se encuentra con Cristo su familia cristiana. El sacramento de la reconciliación y la oración personal y comunitaria, el lugar donde el discípulo, alimentado por la Palabra y la Eucaristía, cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre. Lo encontramos en el rostro de sus hijos, en los pobres, afligidos y enfermos. Podemos encontrarlo también en medio de nuestros hermanos a través de las

⁴⁵ Mensaje del Papa Benedicto XVI al recibir a los participantes de la Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina, Enero 21, 2007.

⁴⁶ *Aparecida*, 455.

⁴⁷ *Idem*, 454.

⁴⁸ *Idem*, Capítulo 6: El itinerario formativo de los discípulos y misioneros.

⁴⁹ *Idem*, 243 citando a DCE 12.

⁵⁰ *Idem*, 244.

⁵¹ *Idem*, 243 a 265.

manifestaciones de religiosidad popular y en la vida de los apóstoles y los santos.

Para que la mujer realice su tareas en la evangelización, necesita apoyo. « *La Iglesia está llamada a compartir, orientar y acompañar proyectos de promoción de la mujer y, reconociendo el ministerio esencial y espiritual que la mujer lleva en sus entrañas: recibir la vida, acogerla, alimentarla, darla a luz, sostenerla, acompañarla y desplegar su ser de mujer, creando espacios habitables de comunidad y de comunión. La maternidad no es una realidad exclusivamente biológica, sino que se expresa de diversas maneras. La vocación materna se cumple a través de muchas formas de amor, comprensión y servicio a los demás... El compromiso de la Iglesia en este ámbito es ético y profundamente evangélico* »⁵².

María modelo en la evangelización

María es la elegida, es la nueva Arca de la Alianza porque en su seno comienza a hacerse realidad el “Dios con nosotros”. Ella está habitada por Dios, es morada suya. Es la virgen orante, oyente, creyente, del servicio, mujer evangelizadora, la portadora de Cristo a sus semejantes. Ella no permanece pasiva en Nazaret, sino que se siente urgida a transmitir los dones recibidos. Los comunica con entusiasmo. Lo que contempla en el encuentro personal e íntimo con su Dios se vuelve en ella mensaje fecundo y apostólico, lleno de alegría y gozo. Es mujer evangelizadora porque es la primera que anuncia al Mesías, y lleva la Buena Nueva a esta familia. La vida, escondida en sus entrañas, ya es realidad transformadora de los sentimientos humanos. El instrumento privilegiado de Dios es María, primera portadora del Evangelio⁵³.

Juan Pablo II propone a María como modelo de acción evangelizadora. De ella se ha dicho que es “catecismo viviente” o “Madre y modelo de los catequistas”⁵⁴. El mismo Jesús aprendió de Ella, en su mismo regazo, su propia religiosidad de judío piadoso. María, como dijo San Agustín es “Madre” y, a la vez, “discípula”⁵⁵. Del evangelio emerge su figura de mujer libre y fuerte, concientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo⁵⁶.

La imitación de María en la Evangelización es tanto más urgente cuanto que la Evangelización tiene algo de función maternal. Así la describió San

⁵² *Aparecida*, 257.

⁵³ María en el Nuevo Testamento, P. Antonio Rivero L.C en <http://www.mariologia.org/mariaenlassagradasescriturascurso5.htm>.

⁵⁴ Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, n. 73: AAS 71 (1979) 1340.

⁵⁵ Cf. Sermo 25, 7: PL 48, 937. Véase JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, n. 73 AAS 71 (1979) 1340.

⁵⁶ *Aparecida*, 266.

Pablo dirigiéndose a los Gálatas: « *Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo se forma en vosotros* » (Gal. 4, 19).⁵⁷

La primera y gran evangelizadora del pueblo de América Latina es María de Guadalupe. No es posible comprender la historia de la evangelización de América Latina sin las apariciones de la Virgen María en Guadalupe⁵⁸. Juan Diego, el enviado-embajador de la Virgen, fue el eslabón entre los pueblos primitivos y el mundo católico que dio como resultado una inculturación del cristianismo en el mundo cultural latinoamericano. Lo anterior afirma el método usado por Dios en la historia salvífica: el uso de un particular histórico que contiene en sí una dimensión universal. Guadalupe es el nacimiento del pueblo latinoamericano. El acontecimiento guadalupano está íntimamente ligado al proceso histórico de la formación de la conciencia católica en el continente americano, hizo realidad de este modo esa reconciliación de pueblos que parecía imposible a los ojos humanos y que sólo se pudo operar con la gracia de Cristo.

La tarea evangelizadora de la mujer se aprende en la escuela de María. Ella es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América. En el acontecimiento guadalupano, presidió, junto al humilde Juan Diego, el Pentecostés que nos abrió a los dones del Espíritu. Desde entonces, son incontables las comunidades que han encontrado en ella la inspiración más cercana para aprender cómo ser discípulos y misioneros de Jesús. Con gozo, constatamos que se ha hecho parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente. Las diversas advocaciones y los santuarios esparcidos a lo largo y ancho del Continente testimonian la presencia cercana de María a la gente y, al mismo tiempo, manifiestan la fe y la confianza que los devotos sienten por ella. Ella les pertenece y ellos la sienten como madre y hermana⁵⁹.

⁵⁷ Pozo C., S.J., *María y la evangelización principios teológicos*.

⁵⁸ Fidel González, Paolo Scarafoni, Guadalupe, Evangelización de América Latina. Librería Editora Vaticana .

⁵⁹ *Aparecida*, 269.

*El despertar de los movimientos eclesiales
en América Latina*

S.E.R. CARDENAL SATNISLAW RYLKO
Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos

Movimientos eclesiales y nuevas comunidades: Un recurso potente para la misión continental en América Latina

1. Desde hace algunos decenios, en América Latina somos testigos de una gran difusión de movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Impresiona la riqueza y la variedad de carismas que el Espíritu Santo suscita en el pueblo de Dios así como su extraordinario impulso misionero. Muchos de ellos son de origen latinoamericano. Benedicto XVI, al regreso de su viaje apostólico a Brasil comentaba sobre este elemento: «*Debemos redescubrir la gran herencia del Concilio [...] con las experiencias que hemos tenido y que han dado fruto en tantos Movimientos, en tantas nuevas comunidades religiosas. Antes de mi viaje a Brasil tenía yo la idea de que las sectas estaban creciendo [...]; sin embargo, ya estando allá, comprobé que casi todos los días nace en Brasil una nueva comunidad religiosa, un nuevo Movimiento. No sólo crecen las sectas; también crece la Iglesia con nuevas realidades, llenas de vitalidad, que, aunque no llenan las estadísticas —esta es una esperanza falsa, pues no debemos divinizar las estadísticas—, crecen en las almas y suscitan la alegría de la fe, hacen presente el Evangelio, promoviendo así también un verdadero desarrollo del mundo y de la sociedad*»¹. Se trata sin duda de un importante “signo de los tiempos” que hace patente la vitalidad de la Iglesia en América Latina y requiere por tanto una respuesta pastoral adecuada.

En este sentido, la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe que se desarrolló en Aparecida con el tema: «*Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6)*» dio un giro significativo. La Conferencia inaugurada por el Santo Padre el 13 de mayo de 2007, ofrece una importante clave de lectura eclesiológica y pastoral de un fenómeno que en nuestros tiempos merece atención, poniendo las bases para una mayor valorización del rol de las nuevas realidades agregativas en el tejido de la Iglesia latinoamericana.

Ya en la fase preparatoria de la Conferencia, por iniciativa del CELAM y con la colaboración del Consejo Pontificio para los Laicos, del 12 al 15 de

¹ BENEDICTO XVI, *Encuentro con el Clero en Auronzo de Cadore*, «L'Osservatore Romano», 26 de julio de 2007, p. 6 (Tdt).

marzo de 2006 se llevó a cabo en Bogotá el primer Congreso de movimientos eclesiales y de nuevas comunidades de América Latina. Acompañados por numerosos obispos, los delegados dieron un testimonio de profunda comunión eclesial y de fuerte compromiso evangelizador, ulterior prueba de cómo en un mundo secularizado los movimientos y las nuevas comunidades son un instrumento providencial para la formación de auténticos discípulos y misioneros de Cristo. No casualmente, la Conferencia de Aparecida contó con una nueva categoría de participantes: los delegados —nombrados por el Santo Padre— de cinco movimientos eclesiales y nuevas comunidades presentes en América Latina (Camino Neocatecumenal, Comunión y Liberación, Comunidad Católica Shalom, Movimiento Apostólico de Schönstat, Movimiento de Vida Cristiana). El tema sobre los movimientos en Aparecida fue evocado frecuentemente tanto en el gran discurso de inauguración de Benedicto XVI como en las intervenciones de los obispos que participaron en las sesiones. Además, la palabra “movimiento” aparece unas treinta veces en distintos pasajes del *Documento conclusivo* ratificando la opción pastoral de la Iglesia latinoamericana a favor de estos nuevos carismas. Basta citar algunos de los pasajes más significativos: «*Se valora la presencia y el crecimiento de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades que difunden su riqueza carismática, educativa y evangelizadora*»;² «*El fortalecimiento de variadas asociaciones laicales, movimientos apostólicos eclesiales e itinerarios de formación cristiana, y comunidades eclesiales y nuevas comunidades, que deben ser apoyados por los pastores, son un signo esperanzador. Ellos ayudan a que muchos bautizados y muchos grupos misioneros asuman con mayor responsabilidad su identidad cristiana y colaboren más activamente en la misión evangelizadora*»;³ «*Los nuevos movimientos y comunidades son un don del Espíritu Santo para la Iglesia. En ellos, los fieles encuentran la posibilidad de formarse cristianamente, crecer y comprometerse apostólicamente hasta ser verdaderos discípulos misioneros*»;⁴ «*Los movimientos y nuevas comunidades constituyen un valioso aporte en la realización de la Iglesia particular. Por su misma naturaleza, expresan la dimensión carismática de la Iglesia*»;⁵ «*También los movimientos y nuevas comunidades son una oportunidad para que muchas personas alejadas puedan tener una experiencia de encuentro vital con Jesucristo y, así, recuperen su identidad bautismal y su activa participación en la vida de la Iglesia. En ellos, “podemos ver la multiforme presencia y acción santificadora del Espíritu”*»⁶.

Estas afirmaciones resultan aún más significativas en vista del ambicioso proyecto de una misión continental en América Latina que vio la luz justamente

² *Aparecida*, 99e.

³ *Ibidem*, n. 214.

⁴ *Ibidem*, n. 311.

⁵ *Ibidem*, n. 312.

⁶ *Ibidem*.

durante la Conferencia de Aparecida y se delineó así en el *Documento conclusivo*: «*Asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente, que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero [...] Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia*»⁷. La urgencia con la que viene presentada la misión continental en América Latina se justifica debido al alcance de los innumerables desafíos que la posmodernidad lanza a la Iglesia: el difuso proceso de secularización y una verdadera dictadura del relativismo; el enorme vacío de valores que deriva del relativismo y que acompañado al nihilismo desemboca en una erosión alarmante de la fe, en un “extraño olvido de Dios” (Benedicto XVI); la invasión de las sectas y la difusión de estilos de vida dictados por el *New Age* y por fenómenos parareligiosos como el ocultismo y la magia. El mundo globalizado se ha convertido en una gigantesca tierra de misión y su evangelización exige un cambio radical de mentalidad, un despertar de las conciencias. Como decía Juan Pablo II se necesitan nuevos métodos, nuevas expresiones y un ardor renovado. Y el *Documento conclusivo* de la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe lo confirma cuando señala: «*La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera*»⁸.

Es por ello que tomando en consideración todo esto, el CELAM en su itinerario pastoral “después de Aparecida”, organizó el segundo Congreso de movimientos eclesiales y nuevas comunidades de América Latina, promovido en colaboración con el Consejo Pontificio para los Laicos. Durante el Congreso, que se desarrolló en Bogotá del 28 de febrero al 2 de marzo de 2008, los movimientos presentes manifestaron con prontitud y generosidad su plena disponibilidad a responder a la llamada misionera de la Iglesia que vive en el continente latinoamericano. Su mensaje ha sido un mensaje fuerte de esperanza, porque como veremos más adelante, estas nuevas realidades constituyen un recurso evangelizador ante el cual la Iglesia no puede prescindir para el cumplimiento de su misión.

2. Vale la pena aquí regresar a algunos principios fundamentales del Magisterio eclesial sobre los movimientos y nuevas comunidades que tienen como punto de referencia al Concilio Vaticano II. Entre todos los frutos generados por el Concilio en la vida de la Iglesia, en primer lugar, se debe señalar la nueva estación agregativa de fieles laicos que señalaba al inicio. Gracias a la eclesio-

⁷ *Ibidem*, n. 362 y n. 365.

⁸ *Ibidem*, n. 370.

logía y a la teología del laicado desarrolladas desde el Vaticano II nacieron junto a asociaciones de antigua tradición, numerosos sodalicios conocidos como “movimientos eclesiales” y “nuevas comunidades”⁹. Una vez más el Espíritu Santo intervino en la historia, donando a su Iglesia carismas portadores de un extraordinario dinamismo misionero que responden oportunamente a los desafíos dramáticos de nuestra época. Así, el siervo de Dios Juan Pablo II, que seguía estas nuevas realidades eclesiales con particular afecto y solicitud pastoral afirmó: « *Uno de los dones del Espíritu a nuestro tiempo es sin duda el florecimiento de los movimientos eclesiales, que desde el inicio de mi pontificado continúo a señalar como un motivo de esperanza para la Iglesia y para los hombres* »¹⁰. Papa Wojtyła estaba convencido que los movimientos eclesiales eran un “nuevo adviento misionero” de una “gran primavera cristiana” preparada por Dios en proximidad al tercer milenio de la Redención¹¹. Ésta ha sido una de las grandes y proféticas apuestas de su pontificado. « *Vuestra misma existencia —escribía a los participantes del Congreso mundial de movimientos eclesiales promovido por el Consejo Pontificio para los Laicos— es un himno a la unidad en la pluralidad querida por el Espíritu, y da testimonio de ella. Efectivamente, en el misterio de comunión del cuerpo de Cristo, la unidad no es jamás simple homogeneidad, negación de la diversidad, del mismo modo que la pluralidad no debe convertirse nunca en particularismo o dispersión. Por esa razón, cada una de vuestras realidades merece ser valorada por la contribución peculiar que brinda a la vida de la Iglesia* »¹². Y a propósito de la identidad eclesial de los movimientos subrayaba como « *no existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la que los movimientos son una expresión significativa. Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo* »¹³.

Los movimientos eclesiales y nuevas comunidades que llevan dentro de sí un precioso potencial evangelizador y del cual la Iglesia tiene gran necesidad, representan un recurso que aún no ha sido del todo conocido y valorado. Juan Pablo II afirmaba: « *En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta*

⁹ Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 29.

¹⁰ JUAN PABLO II, *Homilía en la vigilia de Pentecostés*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 31 de mayo de 1996, p. 4.

¹¹ Cfr. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, n. 86.

¹² JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes del Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 5 de junio de 1998, p. 11.

¹³ *Ibidem*.

necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio. Vosotros sois esta respuesta providencial»¹⁴. El Siervo de Dios indicaba dos prioridades fundamentales de la evangelización, del “hacer discípulos” de Jesucristo: una “sólida y profunda formación” y un “anuncio fuerte”. Dos ámbitos en los cuales, como veremos más adelante, los movimientos eclesiales y nuevas comunidades dan frutos estupendos en la vida de la Iglesia, convirtiéndose para millones de cristianos de todos los ángulos del planeta en verdaderos “laboratorios de la fe”, verdaderas escuelas de santidad y misión.

El magisterio del Papa Benedicto XVI sobre los movimientos eclesiales y nuevas comunidades se coloca en perfecta continuidad con las enseñanzas de Juan Pablo II. Benedicto XVI siempre tuvo en gran consideración la labor de los movimientos en el servicio a la misión de la Iglesia, y cuando aún era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, afirmó que estos representan una constante en la historia de la Iglesia: *«Existe la forma basililar permanente de la vida eclesial, la cual se expresa en la continuidad de los ordenamientos históricos de la Iglesia. Y tenemos también siempre nuevas irrupciones del Espíritu Santo que hacen que la estructura de la Iglesia sea siempre viva y nueva»¹⁵. Según el cardenal Joseph Ratzinger para esbozar correctamente la visión teológica de los movimientos no basta la dialéctica de los principios —institución y carisma, cristología y pneumatología, jerarquía y profecía—, pues la Iglesia está edificada no dialécticamente sino más bien orgánicamente. Propone seguir otro camino, es decir invita a una aproximación histórica, identificando en la “sucesión apostólica” y en la “apostolicidad” la justa colocación de los movimientos en la Iglesia. Una perspectiva que revela la misma razón de ser de los movimientos y nuevas comunidades: la misión que va más allá de los límites de las Iglesias locales para llegar hasta los confines de la tierra¹⁶. Los movimientos de modo particular, son portadores persuasivos de la “novedad” de la vida cristiana. Sobre el mismo tema Ratzinger escribía: *«El cristianismo se presenta en ellos como un nuevo acontecer, que la gente incluso la que viene de muy lejos, encuentra la posibilidad de vivir en este siglo»*. Y añadía: *«Hoy día existen también hay muchos cristianos que se retiran, huyen de ese extraño consenso de la existencia moderna y buscan nuevos modelos de vida; ahora tampoco llaman la atención de la opinión pública, pero con el tiempo, en el futuro**

¹⁴ JUAN PABLO II, *A los miembros de movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la vigilia de Pentecostés* en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 5 de junio de 1998, p. 14.

¹⁵ J. RATZINGER, *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, en: *I movimenti nella Chiesa*, Pontificium Consilium pro Laicis, Città del Vaticano 1999, p. 25 (Tdt).

¹⁶ *Ibidem*, pp. 32-36 (Tdt).

se reconocerá lo que en realidad están haciendo»¹⁷. En su pensamiento encontramos así una especie de profecía futura sobre la novedad de la que son portadores los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades.

Benedicto XVI, subido al solio pontificio permaneció fiel a su análisis agudo sobre la situación de la Iglesia. En una época en la cual es común la opinión que el cristianismo es una cosa agobiante, los movimientos testimonian con gran fuerza persuasiva la belleza de ser cristianos¹⁸. Por ello el Papa afirma que: «*La Iglesia ha de valorizar estas realidades y, al mismo tiempo, conducir las con sabiduría pastoral, para que contribuyan del mejor modo posible con sus propios dones a la edificación de la comunidad [...] Las Iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que constituyen la estructura viva de la Iglesia*»¹⁹. Durante el encuentro mundial con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en plaza San Pedro el 3 de junio de 2006, vigilia de Pentecostés señalaba: «*En él [en el Espíritu Santo] la multiplicidad y la unidad van juntas. Él sopla donde quiere. Lo hace de modo inesperado, en lugares inesperados y en formas nunca antes imaginadas. Y ¡cuánta multiformidad y corporeidad lo hace! Y también es precisamente aquí donde la multiformidad y la unidad son inseparables entre sí. Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único cuerpo, en la unión con los órdenes duraderos —las junturas— de la Iglesia, con los sucesores de los Apóstoles y con el Sucesor de san Pedro [...]. Queridos amigos, os pido que seáis, aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo*»²⁰. Estas son las orientaciones que deben servir de brújula en la misión evangelizadora de la Iglesia.

3. En el cumplimiento de su misión en el mundo contemporáneo la Iglesia debe confrontarse con los grandes desafíos de la formación y del anuncio, ámbitos en los cuales —como habíamos señalado antes— los movimientos eclesiales y nuevas comunidades ofrecen un aporte precioso. Hoy día hablar de la formación de los cristianos en una fe madura significa tocar un punto neurálgico, porque vivimos en un tiempo en el cual los mismos fundamentos del proceso educativo de la persona se encuentran debilitados. Como ponía en guardia el Cardenal Ratzinger: «*Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus*

¹⁷ J. RATZINGER, *La sal de la tierra. Quién es y cómo piensa Benedicto XVI*, Madrid 1997, pp. 135-136.

¹⁸ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Fraternidad de Comunión y Liberación en el 25º aniversario de su reconocimiento pontificio*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 30 de marzo 2007, p. 6.

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los obispos de Alemania*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 26 de agosto de 2005, p. 16.

²⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía en la vigilia de Pentecostés*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 9 de junio de 2006, p. 6.

antojos»²¹. La cultura dominante genera personalidades fragmentadas, débiles, incoherentes. Y alguno lanza una exhortación: «*Está sucediendo una cosa que no había sucedido antes: se da una crisis en la capacidad de una generación de adultos de educar a los propios hijos. Desde hace varios años desde los nuevos púlpitos —la escuela y la universidad, el periódico y la televisión— se ha predicado la ausencia de lazos y de historia, la posibilidad de poder ser grandes sin necesidad de pertenecer a nada o a nadie, siguiendo simplemente el propio gusto o placer. Ahora es normal pensar que todo da lo mismo, que en el fondo nada tiene valor sino solamente el dinero, el poder y la posición social. Se vive como si la verdad no existiese, como si el deseo de felicidad que está en el corazón humano fuese destinado a permanecer sin respuesta [...] Una cultura que ha demolido de manera sistemática las condiciones y los lugares mismos de la educación: la familia, la escuela, la Iglesia*»²². El influjo de esta cultura no exime a los bautizados. Y es por ello, que encontramos identidades cristianas débiles y confundidas; una fe que asume una forma de práctica rutinaria, que sufre de un peligroso sincretismo de superstición, magia y *New Age*; una pertenencia a la Iglesia superficial y distraída que no incide significativamente en las opciones y en los comportamientos. Papa Benedicto XVI habla de una “emergencia educativa” que consiste en la «*creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un correcto comportamiento*»²³. La familia cristiana por sí misma, ya no logra transmitir la fe a los jóvenes; ni es suficiente para ello la parroquia, aún permaneciendo la estructura base indispensable para la pastoral en el territorio. Las parroquias, especialmente en las grandes ciudades abrazan frecuentemente barrios demasiado extensos —cuando no se trata de barrios verdaderamente dormitorios— donde es arduo establecer relaciones personales y donde les cuesta convertirse en lugares de una auténtica iniciación cristiana. Es aquí justamente donde se abre el discurso de los movimientos eclesiales como espacios de una profunda y sólida formación cristiana. En efecto, los movimientos y nuevas comunidades se caracterizan por una rica variedad de métodos e itinerarios educativos extraordinariamente eficaces. ¿Cuál es la causa de su fuerza pedagógica? Este “secreto” está contenido en los carismas que los han generado y que constituyen el alma. El carisma es el que suscita aquella «*afinidad espiritual entre las personas*»²⁴ y da origen a la comunidad y al movimiento. Es gracias al carisma que la fascinante experiencia

²¹ J. RATZINGER, *Homilía en la Santa Misa «pro eligendo Romano Pontifice»*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 22 de abril de 2005, p. 3.

²² Se ci fosse una educazione del popolo tutti starebbero meglio. Appello, «Atlantide», n. 4/12/2005, p. 119 (Tdt).

²³ BENEDICTO XVI, *Discurso de apertura a la Asamblea diocesana de Roma*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 22 de junio de 2007, p. 11.

²⁴ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 24.

originaria del evento cristiano, del cual cada fundador es un testigo particular, puede reproducirse en la vida de tantos y en el subseguirse de las generaciones sin perder nada de su novedad y frescura. El carisma es la fuente extraordinaria de la fuerza educativa de los movimientos y de las nuevas comunidades, una formación que parte de la conversión del corazón. No es un caso, que estas realidades eclesiales cuentan entre sus propios miembros con numerosos convertidos, personas que “vienen de lejos”. Al inicio de este proceso se da siempre un encuentro personal con Cristo, un encuentro que cambia la vida. Porque como escribía Benedicto XVI en su primera encíclica: «*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*»²⁵. Un encuentro mediado por testigos fiables, que en el movimiento han revivido la experiencia de los primeros discípulos: «*Ven y lo verás*» (Jn 1, 46). La conversión del corazón algunas veces se da como un proceso gradual que requiere de tiempo, otras veces es como un rayo de luz, inesperado y sobrecogedor, sin embargo, siempre es vivida como un don gratuito de Dios que hace desbordar el corazón de alegría. «*Dios existe, yo lo he encontrado*»: ¡Cuántos miembros de movimientos eclesiales y nuevas comunidades podrían hacer tuyas estas palabras de André Frossard, él mismo un convertido!

La formación es el ámbito por excelencia en el cual se expresa la originalidad de los carismas de los movimientos y las comunidades, cada uno de los cuales funda el proceso educativo de la persona en una pedagogía propia y específica. Como norma, se trata de una pedagogía cristocéntrica que se orienta hacia lo esencial, es decir busca despertar en la persona la vocación bautismal de los discípulos de Cristo. Es una pedagogía que no diluye el Evangelio sino que exige y se proyecta hacia la santidad. Se trata de una pedagogía desarrollada al interior de pequeñas comunidades de bautizados que —sobre todo en una sociedad “atomizada”, en la cual cunde una gran soledad y una despersonalización en las relaciones humanas— se constituyen en puntos de referencia y apoyo indispensable. Es una pedagogía que abraza todas las dimensiones de la existencia humana y aviva un sentimiento de pertenencia al movimiento, que es diversa de cualquier otra adhesión a grupos o círculos sectoriales y se traduce en un fuerte sentido de pertenencia a la Iglesia, en un vivo amor por ella. Por ello no es atrevido afirmar que los movimientos y nuevas comunidades son verdaderas escuelas de formación de cristianos “adultos”. Como escribía hace algunos años el cardenal Ratzinger, ellos son «*una presencia nueva y muy fuerte de la fe, que da aliento a los hombres. Ahora hay más dinamismo, más alegría. Hay una presencia*

²⁵ BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

nueva de la fe llena de significado para el mundo»²⁶. Para completar el cuadro es importante al menos hacer alusión al rol que estas realidades pueden tener en el contexto de la Iglesia latinoamericana, en especial con respecto al fenómeno radicado y difundido de la piedad popular. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades ofrecen efectivamente pedagogías de evangelización idóneas para contribuir con eficacia a la orientación de esta religiosidad, asumiendo y profundizando los aspectos importantes sin disminuir el valor en la vida del pueblo²⁷.

4. La segunda gran urgencia a la cual responden los movimientos y las nuevas comunidades es el anuncio fuerte y convincente del Evangelio. Benedicto XVI hablando de la evangelización de mundo de hoy afirma: «*Deberíamos reflexionar seriamente sobre el modo como podemos realizar hoy una verdadera evangelización, no sólo una nueva evangelización, sino con frecuencia una auténtica primera evangelización. Las personas no conocen a Dios, no conocen a Cristo. Existe un nuevo paganismo y no basta que tratemos de conservar a la comunidad creyente, aunque esto es muy importante [...] Creo que todos juntos debemos tratar de encontrar modos nuevos de llevar el Evangelio al mundo actual, anunciar de nuevo a Cristo y establecer la fe*»²⁸. La formación cristiana siempre debe tener un fuerte alcance misionero, porque la vocación cristiana es por naturaleza vocación al apostolado. La misión ayuda a descubrir esta vocación en plenitud, preserva de la tentación de un replegarse egoístamente en sí mismos, protege del riesgo de considerar la propia comunidad de pertenencia como una especie de refugio donde encontrar amparo en un clima cálido de amistad frente a los problemas del mundo.

Una de las características del compromiso misionero de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades es su indiscutible capacidad de avivar en los fieles laicos el impulso apostólico y la valentía misionera. Estos saben despertar el potencial espiritual de las personas. Ayudan a superar las barreras de la timidez, del miedo y de los falsos complejos de inferioridad que la cultura laicista siembra en muchos cristianos. Hay muchos que han vivido una transformación interior de este tipo. Y la experimentan con profunda sorpresa, pues no se habrían imaginado nunca de ser capaces de anunciar el Evangelio así y de participar de esta manera en la misión de la Iglesia. El deseo que suscitan los movimientos de “hacer discípulos” de Jesucristo motiva a personas concretas, parejas de esposos y familias enteras a dejar todo a la espalda y partir para la misión. Sin descuidar el testimonio personal, los movimientos eclesiales y nuevas

²⁶ J. RATZINGER, *La sal de la tierra. Quién es y cómo piensa Benedicto XVI*, ob. cit., p. 19.

²⁷ Cfr. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 48.

²⁸ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los obispos de Alemania*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 26 de agosto 2005, p. 15.

comunidades, efectivamente, apuntan sobre todo al anuncio directo del evento cristiano, redescubriendo el valor del *kerigma* como método de catequesis y de predicación. Y es de esta manera que van al encuentro de una de las necesidades más urgentes de la Iglesia en nuestros tiempos, y esta es la catequesis para los adultos, entendida como verdadera iniciación cristiana que les revele todo el valor y la belleza del sacramento del bautismo.

Desde siempre, uno de los mayores obstáculos en la obra de evangelización es la rutina, la práctica usual que quita frescura y fuerza persuasiva al anuncio y al testimonio cristiano. Y bien, los movimientos rompen los esquemas habituales del apostolado, repiensen las formas y los métodos y los vuelven a proponer de modo nuevo. Con naturalidad y valentía, se mueven hacia las fronteras de los areópagos modernos de la cultura, de los medios de comunicación de masa, de la economía y de la política. Tienen una atención particular hacia los que sufren, los pobres, los marginados. ¡Cuántas obras sociales han nacido por iniciativa de los movimientos! No esperan que los alejados regresen a la Iglesia por sí solos, son ellos que los van a buscar. Para anunciar a Cristo no dudan en salir por las calles y por las plazas de las ciudades, entrar en los supermercados, los bancos, las escuelas y universidades – en cualquier lugar donde viva el hombre. El celo misionero los empuja a ir «hacia los confines de la tierra». Y se difunden en el mundo, mostrando que los carismas que los han generado pueden alimentar la vida cristiana de hombres y mujeres de toda latitud, cultura y tradición. No sólo. Insertándose en el tejido de las Iglesias locales, estos se convierten en signos elocuentes de la universalidad de la Iglesia y de su misión. De ello brota justamente, su particular vínculo con el ministerio del Sucesor de Pedro. Es sorprendente la fantasía misionera que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia de nuestros días a través de estos nuevos carismas. Hoy día se habla mucho de evangelización: se organizan congresos, simposios, seminarios de estudio y, sobre el argumento se publican libros, artículos, documentos oficiales. Y está bien que se hable, porque la evangelización es una causa vital para la Iglesia y para el mundo. Sin embargo, siempre se encuentra el riesgo de quedarse en la teoría, en los proyectos realizados en el papel... Y aquí los movimientos y nuevas comunidades se convierten para tantos laicos en verdaderas escuelas de misión. Los nuevos carismas generan una pléyade de personas —hombres y mujeres, jóvenes y adultos—, sólidamente formadas en la fe, llenas de celo, dispuestas a anunciar el Evangelio. No se trata de estrategias estudiadas en un escritorio, sino más bien proyectos «vivos» verificados en tantas historias personales y en la vida de tantas comunidades cristianas, proyectos listos para el uso, podríamos decir... Este es el gran recurso de la Iglesia de nuestros días.

5. Ciertamente que la novedad que los movimientos y las nuevas comunidades ofrecen a la Iglesia, frecuentemente, suscita no sólo estupor sino también interrogativos y puede causar un cierto desconcierto en la praxis consolidada de la llamada pastoral ordinaria. Papa Wojtyła decía: «*Siempre, cuando interviene, el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra*»²⁹. Los movimientos constituyen así un desafío, una saludable provocación que la Iglesia está llamada a asumir. Con su mismo modo de “ser cristianos” cuestionan el “cristianismo cansado” (Benedicto XVI) de tantos bautizados, un cristianismo sólo de fachada, inauténtico, confundido. El sacerdote disidente ruso Alexander Men, asesinado en 1990 en una de las prédicas que realizaba en los años oscuros de las persecuciones religiosas decía que el enemigo más grande de los cristianos no era tanto en el fondo el ateísmo combativo del Estado soviético, sino más bien el pseudo cristianismo que muchos cristianos llevaban dentro³⁰. Son palabras que sacuden nuestras conciencias. Es decir, el verdadero gran enemigo para el cristiano es la mediocridad, la resistencia a creer de verdad en el Evangelio. Los movimientos con su desbordante pasión misionera ponen de nuevo en cuestión también un cierto modo de “ser Iglesia”, quizás demasiado cómodo y acomodadizo. El cardenal Ratzinger hace algunos años hablaba de un «*pragmatismo gris de la cotidianidad eclesial, en el cual todo parece ser correcto, pero en el que en realidad la fe se agota y llega a quedar desmedrada*»³¹. Frente a una Iglesia de “conservación tranquila” los movimientos lanzan el desafío de una Iglesia misionera, que se proyecta valientemente hacia nuevas fronteras. Ayudan a la pastoral parroquial y diocesana a reencontrar la garra profética y el impulso necesario. Y la Iglesia en nuestros días tiene gran necesidad de abrirse a esta novedad generado por el Espíritu: «*he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis?*» (Is 43, 19).

Los movimientos eclesiales y nuevas comunidades son un «don providencial» que la Iglesia tiene que recibir con agradecimiento y sentido de responsabilidad para no desperdiciar la oportunidad que representan. Se trata de un don que es al mismo tiempo tarea para los pastores y también para los fieles laicos. ¿Cuál es la tarea? Juan Pablo II insistía mucho sobre el hecho que estas nuevas realidades eclesiales están llamadas a insertarse en las diócesis y en las parroquias “con humildad”, poniéndose al servicio de la misión de la Iglesia y evitando cualquier forma de orgullo, cualquier comportamiento de superioridad de unos para con otros, en espíritu de comunión eclesial y de sincera colaboración. También invitaba a los pastores —obispos y párrocos— a aco-

²⁹ JUAN PABLO II, *A los miembros de movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la vigilia de Pentecostés* en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 5 de junio de 1998, p. 14.

³⁰ Cfr. T. PIKUS, *Alexander Mien*, Verbinum Warszawa 1997, p. 37.

³¹ J. RATZINGER, *Fe, Verdad y Tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Salamanca 2006, p. 115.

gerlos “con cordialidad”, reconociendo y respetando los carismas y acompañándolos con solicitud paternal³². También aquí se aplica la regla de oro formulada por San Pablo: «No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Ts 5, 19-20).

Joseph Ratzinger cuando aún era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, nos ha dejado criterios muy claros para el discernimiento y la inserción de estas nuevas realidades en el tejido de las Iglesias particulares, comenzando por aquel principio de apostolicidad³³. Y al respecto, una misión particularmente delicada les espera a los obispos. El entonces Cardenal señalaba: «Es necesario que se señale también claramente a las Iglesias locales y también a los obispos, que no les es consentido dejarse llevar por una pretensión de uniformidad absoluta en la organización y en la programación pastoral. No pueden establecer sus proyectos pastorales como modelo de aquél que el Espíritu Santo está consintiendo obrar: frente a meras proyecciones humanas puede suceder que las Iglesias se vuelvan impenetrables al Espíritu de Dios, a la fuerza de la cual ellas viven»³⁴. E invitaba a las dos partes —movimientos y pastores— a dejarse educar y purificar por el Espíritu Santo³⁵. Cuando se habla de integración de los movimientos y de las nuevas comunidades en la vida de las Iglesias particulares y en las parroquias tenemos que tener presente estas palabras. Ya de Pontífice, Joseph Ratzinger, continúa a indicar el criterio de la docilidad a la acción del Espíritu en el seno mismo de la comunión eclesial: «Creo que precisamente este es otro aspecto importante: esta auténtica comunión, por una parte, entre los diversos movimientos, cuyas formas de exclusivismo se deben eliminar, y, por otra, entre las Iglesias locales y estos movimientos, de modo que las Iglesias locales reconozcan esta particularidad, que a muchos parece extraña, y la acojan en sí como una riqueza, comprendiendo que en la Iglesia existen muchos caminos y que todos juntos forman una sinfonía de la fe»³⁶. Recordando en otra ocasión dos principios fundamentales de la relación Iglesia/movimientos, Benedicto XVI afirmó: «La primera regla nos la ha dado San Pablo en la primera carta a los Tesalonicenses: no extingáis los carismas. Si el Señor nos da nuevos dones, debemos estar agradecidos, aunque a veces sean incómodos. Y es algo hermoso que, sin iniciativa de la jerarquía, con una iniciativa de la base, como se dice, pero también con una iniciativa realmente de lo alto, es decir, como don del Espíritu Santo, nazcan nuevas formas de vida en la Iglesia, como por otra parte han nacido en todos los siglos [...]. La segunda regla es esta: la Iglesia es una; si los movimientos son realmente dones del Espíritu Santo, se insertan y sirven a la Iglesia, y en

³² Cfr. JUAN PABLO II, Carta encíclica, *Redemptoris missio*, n. 72.

³³ Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su colocación teológica*, ob. cit., p. 48 (Tdt).

³⁴ *Ibidem*, p. 50.

³⁵ *Ibidem*, p. 49.

³⁶ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los obispos de Alemania*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 26 de agosto 2005, p. 16.

el diálogo paciente entre pastores y movimientos nace una forma fecunda, donde estos elementos llegan a ser elementos edificantes para la Iglesia de hoy y de mañana [...] Ahora, como síntesis de las dos reglas fundamentales, diría: gratitud, paciencia y aceptación incluso de los sufrimientos, que son inevitables»³⁷. A los obispos el Papa Benedicto XVI pide « salir al encuentro de los movimientos con mucho amor. En ciertos casos hay que corregirlos, insertarlos en el conjunto de la parroquia o de la diócesis, pero debemos respetar sus carismas específicos y alegrarnos de que surjan formas comunitarias de fe en las que la palabra de Dios se convierte en vida»³⁸.

Estas enseñanzas que ofrecen coordinadas precisas para la misión de la Iglesia tanto a los pastores como a los movimientos, asumen una importancia particular en el contexto de la Iglesia latinoamericana que con la Conferencia de Aparecida y en vistas a la gran misión continental ha optado por un compromiso a favor de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades: se trata de un gran signo de esperanza.

³⁷ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los párrocos y el clero de la diócesis de Roma*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 2 de marzo de 2007, p. 11.

³⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso al segundo grupo de obispos alemanes*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 24 de noviembre de 2006, p. 4.

III.
LOS GRANDES COMPROMISOS
DE APARECIDA

*El gran reto de la Misión Continental
en América Latina*

S.E. MONS. VÍCTOR SÁNCHEZ ESPINOZA

*Obispo Auxiliar de México
Secretario General del CELAM*

«Promover y formar discípulos y misioneros»

La V Conferencia General¹ significa para la Iglesia de América Latina y el Caribe “una hora de gracia”, un “nuevo Pentecostés”, un auténtico “acontecimiento salvífico” que ha puesto a la Iglesia, peregrina en estas tierras, en un estado permanente de misión:

«Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la Gran Misión Continental. Será un nuevo Pentecostés que nos impulse a ir, de manera especial, en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor de nuestro Padre Dios. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda»².

Pero cabe preguntarse: ¿Para qué esta misión? ¿Se trata de una reacción desesperada de la Iglesia ante el “éxodo” de católicos hacia los nuevos grupos y movimientos religiosos emergentes? ¿O será acaso un embate proselitista, en aras de ganar adeptos para la Iglesia? Concebir así la misión sería distorsionar su naturaleza más profunda, aunque no se descarta la tentación de entenderla de esa manera. ¿Cuál es entonces el gran desafío³ de la Misión Continental? El Documento Conclusivo lo señala de manera clara y contundente:

«Aquí está el reto [desafío] fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida

¹ Celebrada del 13 al 31 de mayo de 2008, en Aparecida, Brasil.

² *Aparecida*,. 547.

³ Considerado desde el punto de vista humano, el desafío es una provocación, duelo, confrontación o cuestionamiento, que invita a la lucha, al debate; es una realidad que nos exige revisar y, a veces, modificar nuestro modo de ser, de pensar y de actuar; es algo que nos obliga a tomar decisiones inaplazables y a dar respuestas inmediatas, así como a redefinirnos en nuestra identidad más profunda y a reubicarnos ante la realidad concreta que estamos viviendo. Los hay de diversa índole, todos con un denominador común: son realidades o situaciones que afectan los centros vitales de los individuos y comunidades, su identidad y el sentido más profundo de su existencia. Cf. F. MERLOS, *Pastoral en crecimiento*, Palabra Ediciones, México 2002, p. 128-131; Cf. ID., *Pastoral del futuro*, Palabra Ediciones, México 2001, p. 19-22. Los desafíos encierran «una fuerte carga de provocación y de cuestionamiento», que exige poner en juego los mejores talentos y recursos «para dar respuestas inaplazables, revisar actitudes y reformular proyectos». F. MERLOS, *Pastoral en crecimiento, o.c.*, p. 128.

y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo [...]. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos» (Aparecida, 14)⁴.

Así pues, la Misión Continental constituye, en sí misma, un desafío de la Iglesia hacia el mundo, pero es también un desafío para la Iglesia, pues le exige revisar el modo de entenderse, así como su modo de ser, de pensar y de actuar. Más aún, la obliga a redefinir su identidad, a reubicarse ante la realidad concreta y a reorientar su misión. Esto significa que la Misión Continental, antes que un programa de acción pastoral por parte de la Iglesia, es un llamado de Dios a la Iglesia a que recupere su identidad de Discípula Misionera de Jesucristo. Hacer vida este llamado divino le plantea el gran desafío de entrar en un proceso radical de Conversión Pastoral⁵. Dicha conversión no solo es una exigencia, sino una condición sin la cual no será posible llevar a cabo con eficacia la Misión Continental. Ya en la Conferencia de Santo Domingo se había señalado esto al afirmar que:

«La Nueva Evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia. Tal conversión debe ser coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinamismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal» (Santo Domingo, 30).

En el Documento de Aparecida este tema aparece en diferentes lugares, si bien es abordado principalmente en el capítulo séptimo⁶. Se afirma que *«todas las auténticas transformaciones se fraguan y forjan en el corazón de las personas»*. De manera que no podrá haber *«nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas»*. La Iglesia dará respuesta a la exigencia del cambio de estructuras *«formando discípulos y misioneros» (Aparecida, 538).*

Con lo antes dicho, es fácil deducir que la conversión pastoral de la Iglesia es una realidad compleja en la cual subyacen otros muchos desafíos que deben ser afrontados de manera inaplazable. Esta es nuestra hipótesis: El mayor desafío de la Misión Continental es promover y formar discípulos misioneros de Jesucristo. Pero este desafío implica otro de fundamental importancia: la conversión pastoral de la Iglesia, conversión que, a su vez, encierra otra gran

⁴ Cf. EN 1.

⁵ Sobre el tema *«Conversión pastoral»* puede verse: VALADEZ FUENTES Salvador, *Espiritualidad Pastoral ¿Cómo superar una pastoral «sin alma»?*, Paulinas, Bogotá 2005, p. 112-126.

⁶ *«Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades» (Aparecida, 365-372).*

variedad de desafíos, los cuales deben ser afrontados con inteligencia creativa, bajo pena de convertir la Misión Continental en un discurso demagógico, en un idealismo ingenuo, en un proyecto estéril. ¿Cuáles son esos desafíos? Nos referiremos sólo a algunos, que consideramos esenciales y que, tomados en su conjunto, constituyen el núcleo básico de la «*espiritualidad para la acción misionera*», de la cual habla el Documento Conclusivo:⁷ «*Es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu [...]. El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana*» (*Aparecida*, 284).

I. TRES PRESUPUESTOS BÁSICOS PARA LA MISIÓN CONTINENTAL

1. *La experiencia de Dios: punto de partida y de llegada de la misión evangelizadora de la Iglesia*⁸

Ante una labor pastoral, a menudo pragmática y carente de vida, la Iglesia tiene el desafío de entender y vivir su labor pastoral-misionera como una experiencia de Dios.

La Experiencia de Dios constituye el fundamento último del ministerio pastoral y de la espiritualidad que lo sustenta. En consecuencia, dicho ministerio sólo será auténtico si tiene su fuente en la experiencia de Dios, se vive como experiencia de Dios y está orientado a fomentar dicha experiencia, tanto en la Iglesia —sujeto de la acción pastoral— como en los diversos interlocutores. Dicha experiencia implica la aceptación vital de Jesucristo y la apertura a la acción del Espíritu Santo, pues en la tarea evangelizadora, lo más importante no es transmitir una doctrina, sino dar un testimonio, nacido de la experiencia.

Es necesario entender que el ministerio pastoral de la Iglesia, por su misma naturaleza, es una experiencia de Dios Trinidad⁹ y también una experiencia de la vida teologal. Es experiencia de Dios Trinidad en cuanto que en ella se

⁷ Al hablar de «espiritualidad de la acción misionera» nos referimos al conjunto de convicciones de fe, motivaciones profundas, opciones fundamentales, actitudes, valores y comportamientos que deben vivir los Discípulos y Misioneros de Jesús, para llevar a cabo la Misión Continental.

⁸ Cf. VALADEZ Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 33-38.

⁹ «La evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria» (*Aparecida*, 157); «La Iglesia “atrae” cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. *Rm* 12, 4-13; *Jn* 13, 34)» (*Aparecida*, 159).

experimenta al Padre, que es quien nos llama a colaborar en la obra de salvación; se experimenta al Hijo, cuya presencia y praxis actualizamos con nuestra acción pastoral-misionera; y se experimenta al Espíritu Santo, bajo cuyo impulso actuamos. Pero es también una experiencia de la vida teologal en cuanto que la acción misionera de la Iglesia, para ser auténtica, necesariamente debe estar cimentada en la fe, orientada por la esperanza y consumada en el amor (caridad pastoral)¹⁰.

La experiencia de Dios es señalada en el Documento Conclusivo de Aparecida como el eje fundamental de la misión de la Iglesia y de todo discípulo y discípula de Jesús: « sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano ». Por tanto, « si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad »¹¹. Pero también se reconoce que en la realidad concreta el discípulo puede hacer « la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo », madurar su vocación cristiana y descubrir la riqueza y la gracia de ser misionero (cf. *Aparecida*, 167).

La experiencia de Dios tiene dos lugares fundamentales: la persona de Jesús, a quien escuchamos en su palabra, contemplamos en la oración y recibimos en los sacramentos¹²; y el prójimo, “sacramento” vivo de Cristo, cuyo servicio por amor es un camino para amar y servir al mismo Cristo (cf. *Mt 25,40*)¹³.

Jesucristo es el camino para la experiencia de Dios: Él « ¡ es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida! »¹⁴. Por tanto, « ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida “en Él” supone estar profundamente enraizados en Él »¹⁵. De hecho, el seguimiento de Cristo es fruto de una “fascinación” por Él, de manera que « el discípulo es alguien apasionado por Cristo a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña » (*Aparecida*, 277). Y será esa

¹⁰ Cf. VALADEZ Salvador, *Espiritualidad Pastoral, o. c.*, 33-38.

¹¹ *Discurso Inaugural*; cf. *Aparecida*, 7-8.

¹² Cf. *Lugares del Encuentro con Cristo (Aparecida)*, 246-257).

¹³ Sobre este punto decía san Juan Crisóstomo: « Tú que honras el altar sobre el que se posa el cuerpo de Cristo, ultrajas y desprecias después en su indigencia al que es el mismo cuerpo de Cristo. Este altar lo puedes encontrar por todas partes, en todas las calles, en todas las plazas, y puedes en todo momento ofrecer sobre el mismo un verdadero sacrificio. Lo mismo que el sacerdote, de pie ante el altar, invoca al Espíritu Santo, así tú también inclinado ante el altar, no con palabras, sino con hechos, porque no hay nada que atraiga y alimente el fuego del Espíritu como la abundante efusión del óleo de la caridad ». S. J. CRISÓSTOMO, *In Ep. 2 ad Cor.*, Hom. 20, 3.

¹⁴ *Mensaje final* de la V Conferencia.

¹⁵ *Discurso inaugural*.

experiencia de adhesión a Jesucristo la que nos hará capaces de ser amigos de los pobres y de hacernos solidarios con su destino (cf. *Aparecida*, 257).

Es de esa experiencia profunda de donde puede brotar el manantial de un ministerio pastoral fecundo, pues «*cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4,12)*». La experiencia de Dios es una fuente de donde «*podrán surgir nuevos caminos y proyectos pastorales creativos, que infundan una firme esperanza para vivir de manera responsable y gozosa la fe e irradiarla así en el propio ambiente*»¹⁶. Por tanto, es desde ese encuentro con Jesucristo, donde se ha de «*expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio*» (*Aparecida*, 28).

2. Centralidad de Cristo y su proyecto del Reino

Ante una peligrosa tendencia a polarizar la acción pastoral hacia la Iglesia misma (pastoral de conservación)¹⁷, la Misión Continental nos plantea el desafío de volver la mirada a Jesucristo como el paradigma absoluto de toda pastoral y a orientar la misión desde el horizonte del Reino, con un énfasis muy importante en el valor de la “vida plena” en Cristo.

Además de la experiencia de Dios, como principio y fin de toda la acción evangelizadora, otro aspecto que el Documento Conclusivo de *Aparecida* deja bien asentado es la centralidad absoluta de Jesús, como paradigma de todo el ministerio pastoral de la Iglesia¹⁸, así como la referencia obligada a su proyecto del Reino. Esto significa que «*¡lo más decisivo en la Iglesia es siempre la acción santa de su Señor!*» (*Aparecida*, 5), e implica el firme reconocimiento por parte de los discípulos de Jesús de que Él es el primer y más grande evangelizador enviado por Dios (cf. *Lc* 4, 44) y, al mismo tiempo, el Evangelio de Dios (cf. *Rm* 1, 3), (*Aparecida*, 103). Pero también significa que «*la Iglesia debe cumplir su misión siguiendo los pasos de Jesús y adoptando sus actitudes (cf. Mt 9, 35-36)*» (*Aparecida*, 31).

El nuevo estilo de vida pastoral que la misión continental requiere no se podrá dar sin una profunda inmersión en el misterio de Cristo. En efecto, Él es la luz para ver, el criterio para juzgar y la norma para actuar, en el ministerio eclesial. Por tanto, si quiere ser fiel y no perder el rumbo, la Iglesia debe preguntarse constantemente: ¿Qué hizo Jesús? (principales ejes de su ministerio). ¿Por qué lo hizo? (motivaciones profundas). ¿Para qué lo hizo? (intencio-

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Cf. *Aparecida*, 370.

¹⁸ Cf. S. VALADEZ FUENTES, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 73-107.

alidad). ¿Cómo lo hizo? (actitudes). Y confrontar si hay coherencia en su actuar con el de Jesús, pues el gran cometido de la Iglesia no es otro que actualizar, en el aquí y ahora, bajo el impulso del Espíritu Santo, la praxis evangelizadora de Jesús, en orden a la propia autoedificación y a la extensión del Reino de Dios en el mundo¹⁹.

Aparecida nos recuerda que la participación en el ministerio pastoral de la Iglesia por parte de cada uno de sus miembros, brota de su participación en el ser sacerdotal, profético y regio de Jesucristo, gracias al bautismo²⁰. Es decir que «*todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará” (Mc 16,15)*»²¹. Por tanto, cada bautizado, «*es portador de dones que debe desarrollar en unidad y complementariedad con los de los otros, a fin de formar el único Cuerpo de Cristo, entregado para la vida del mundo*» (Aparecida, 162).

En cuanto al planteamiento de la Misión Continental, desde la perspectiva del Reino, Aparecida no podría ser más contundente²². En principio, toda la misión está orientada a hacer realidad la «*Vida plena en Cristo*» en los Discípulos de Jesús y, a través de ellos, en nuestros pueblos²³. Y la vida es uno de los valores y signos fundamentales del Reino del Dios de la Vida: «*Esta es la vida eterna: “que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado” (Jn 17, 3). La fe en Jesús como el Hijo del Padre es la puerta de entrada a la Vida (Aparecida, 101). En efecto, “Jesús quiere la vida plena para todos; para ello nos da su vida. Y llama a sus discípulos a hacer lo mismo”*» (cf. Aparecida, 106-113).

La brújula orientadora de la Misión Continental debe ser el gran proyecto de la instauración del Reino (reinado) de Dios en el corazón de cada persona, de cada familia y de la familia humana en su totalidad. Ese fue el proyecto de Jesús y ese debe ser también el proyecto de sus discípulos: «*Jesús con palabras y acciones, con su muerte y resurrección inaugura en medio de nosotros el Reino de vida del Padre*» (Aparecida, 143); «*Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (cf. Mt 28, 19; Lc 24, 46-48) [...]. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte*

¹⁹ Cf. VALADEZ Salvador, *Espiritualidad Pastora*, o. c., p. 22-23.

²⁰ Cf. *Aparecida*, 209.

²¹ *Discurso inaugural*.

²² Ya el Vaticano II había dejado bien claro que la Iglesia no existe para sí misma sino que, a través de su acción evangelizadora, debe estar al servicio del Reino, como lo estuvo Cristo. Su misión es «anunciarlo e instaurarlo en todos los pueblos» (LG 5). La Iglesia es «germen y comienzo de este Reino en la tierra», a la vez que «anhela la plena realización del Reino» (LG 5).

²³ Este es precisamente el contenido de toda la tercera parte del Documento Conclusivo, cuyo título es: «*La vida de Jesucristo para nuestros pueblos*».

integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma (Aparecida, 144)». En consecuencia, «los seguidores de Jesús deben dejarse guiar constantemente por el Espíritu (cf. Gal 5, 25), y hacer propia la pasión por el Padre y el Reino: anunciar la Buena Nueva a los pobres, curar a los enfermos, consolar a los tristes, liberar a los cautivos y anunciar a todos el año de gracia del Señor (cf. Lc 4, 18-19)» (Aparecida, 152)²⁴.

En el contexto de una globalización capitaneada por la ideología capitalista neoliberal, cuyos efectos más notorios en los pueblos de América Latina y el Caribe son la pobreza creciente, la exclusión social y el deterioro de la vida en todas sus manifestaciones, se hace más urgente que hay que luchar a favor de la “cultura de la vida” ya que:

«Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este proyecto del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura de la vida. El Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con esas situaciones inhumanas. Si pretendemos cerrar los ojos ante estas realidades no somos defensores de la vida del Reino y nos situamos en el camino de la muerte [...]. Tanto la preocupación por desarrollar estructuras más justas como por transmitir los valores sociales del Evangelio, se sitúan en este contexto de servicio fraterno a la vida digna» (Aparecida, 358)²⁵.

Aparecida nos recuerda que el Reino instaurado por Jesús es el Reino de la vida, que «la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos» (Aparecida, 361)²⁶. También señala que «la vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana en su dimensión personal, familiar, social y cultural» (Aparecida, 356). Asimismo, indica los signos que expresan la presencia del Reino, entre otros: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno, aceptando y respetando la riqueza de la pluralidad, y la lucha para no sucumbir a la tentación y no ser esclavos del mal (Aparecida, 383).

²⁴ Cf. *Aparecida*, 149-151.

²⁵ También se denuncia «el consumismo hedonista e individualista», el cual «pone la vida humana en función de un placer inmediato y sin límites» y «oscurece el sentido de la vida y la degrada» (*Aparecida*, 357).

²⁶ «“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural (Discurso inaugural).

3. La primacía de la Palabra de Dios, « alma de la acción evangelizadora » de la Iglesia

Ante una acción pastoral, con frecuencia desencarnada y vacía, Aparecida plantea a la Iglesia el desafío de vivir su identidad discipular mediante la escucha atenta de la Palabra de Dios escrita y “acontecida”.

Otro de los grandes aportes de Aparecida es rescatar el papel fundamental de la Palabra de Dios, en su doble manifestación: escrita y acontecida. Haciéndose eco del Vaticano II, nos recuerda que « *La Sagrada Escritura, “Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo”²⁷, es, con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora* » (Aparecida, 247). Consciente de esto, el Papa Benedicto XVI en su discurso inaugural advirtió que: « *Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender [...], es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios* ». Y señaló la urgente necesidad de « *fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios* »²⁸.

Pero, además de la escucha de la palabra de Dios en la Sagrada Escritura, también se enfatiza la necesidad de que la Iglesia sepa escuchar la voz de Dios expresada en la realidad²⁹: « *Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los “signos de los tiempos”, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino* » (Aparecida, 33). Se insiste en que « *la pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros* » ya que su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. « *Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios. De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales* » (Aparecida, 367). En consecuencia, no escuchar las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos³⁰ es tan grave como desconocer su palabra en la Sagrada Escritura. Por tanto: « *Obispos, sacerdotes, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos, y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta* » (Aparecida, 366).

²⁷ *Dei Verbum*, 9.

²⁸ *Discurso inaugural*.

²⁹ «La realidad nos interpela como discípulos y misioneros» es el título del capítulo segundo (Aparecida, 33-100).

³⁰ Los signos de los tiempos son aquellos acontecimientos que expresan las necesidades y las aspiraciones más profundas del ser humano, en una época y lugar determinados, y en los cuales se puede reconocer la presencia de Dios actuante en la historia y su plan de salvación. Cf. GS, 4^a ;11^a ; 44b; PO, 6b; PO, 9b AA, 14c; UR 4^a; SC, 43; DH, 15.

II. EL DESAFÍO DE LA CONVERSIÓN PASTORAL DE LA IGLESIA

La expresión “conversión pastoral de la Iglesia” hace referencia a una realidad compleja, que afecta la vida eclesial en su totalidad: modos de pensar, relaciones, estructuras, métodos pastorales, lenguajes, etc³¹. En esta segunda parte nos referiremos a cuatro aspectos que consideramos especialmente relevantes y que constituyen desafíos para la Iglesia, de cara a la Misión Continental.

1. La renovación personal y comunitaria

Ante una tendencia praxista de la pastoral, que genera un clima de cansancio psicológico, vaciamiento interior y hasta deserción de muchos agentes, la Iglesia y cada agente de pastoral deben enfrentar el desafío de una profunda renovación personal y comunitaria, la cual tiene como punto de partida el reconocimiento y vivencia de la acción-pastoral-misionera como un don de Dios y, al mismo tiempo, como un camino de santidad.

La Misión Continental exige un nuevo estilo de vida de cada Agente de Pastoral³² y un nuevo perfil de Iglesia, que sólo puede brotar de una radical inmersión en el Misterio de Jesucristo³³. Pero es necesario advertir que la misión evangelizadora de la Iglesia no sólo exige una vida de santidad, sino que al mismo tiempo constituye un modo de seguimiento de Cristo y un camino de plenitud³⁴. Es decir, que trabajar por el Señor es un don y un camino de santidad.

El Agente de pastoral ha de ser ante todo un discípulo, un seguidor de Cristo, un testigo fiel. Es en ese sentido que el Papa Juan Pablo II advertía que «*la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la de la santidad*» (NMI, 30). Dando por supuesto que el Espíritu Santo es el protagonista de la evangelización³⁵, no debemos olvidar que la calidad y eficacia de la acción pastoral-misionera depen-

³¹ El número 30 del Documento de Santo Domingo es el que mejor expresa el tema.

³² En su mensaje final, los Pastores de participantes en Aparecida, señalan que la conversión de cada persona es el «*punto de partida para la transformación de la sociedad*».

³³ El Documento de Santo Domingo nos recuerda que una renovación de nuestro ardor apostólico sólo puede brotar de «*una radical conformación con Jesucristo, el primer evangelizador*», y que «*el mejor evangelizador es el santo*» (Santo Domingo, 28).

³⁴ En el caso del Presbítero diocesano la santificación, en y a través del ministerio, es esencial a su vocación específica (cf. *Dir* 8; PO, 14) pero esa exigencia también es extensiva a todo Agente de pastoral. Cf. F. COUTO TEXEIRA, *La espiritualidad del seguimiento*, Dabar, México 1996, p. 31-61.

³⁵ Cf. EN, 75.

derá, en gran medida, de la calidad humana y cristiana del Agente, es decir, de su grado de santidad. Dicho en otras palabras: la eficacia del ministerio «no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu» (Aparecida, 11).

El primer paso para una renovación personal está en el reconocimiento de la absoluta gratuidad del llamado a ser discípulos y misioneros de Jesucristo. Se trata de reconocer que «¡Nuestra mayor alegría es ser discípulos suyos! Él nos llama a cada uno por nuestro nombre, conociendo a fondo nuestra historia (cf. Jn 10,3), para convivir con Él y enviarnos a continuar su misión (cf. Mc 3,14-15)»³⁶. Así expresan la gratuidad del llamado y de la misión los pastores participantes en Aparecida:

«Bendecimos a Dios con ánimo agradecido, porque nos ha llamado a ser instrumentos de su Reino de amor y de vida, de justicia y de paz, por el cual tantos se sacrificaron. El mismo nos ha encomendado la obra de sus manos para que la cuidemos y la pongamos al servicio de todos. Agradecemos a Dios por habernos hecho sus colaboradores para que seamos solidarios con su creación con responsabilidad ecológica. Bendecimos a Dios que nos ha dado la naturaleza creada que es su primer libro para poder conocerlo y vivir nosotros en ella como en nuestra casa» (Aparecida, 25).

El discípulo debe estar convencido de que seguir a Jesús, antes que una exigencia, es una gracia y «trasmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado» (Aparecida, 18). Pero también debe creer con firmeza que «en la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios», y «en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio» (Aparecida, 31). Por otra parte, cabe advertir que la renovación comunitaria, en gran medida, está supeditada a la renovación personal. De ahí que la primera exigencia para lograr la renovación de la parroquia es el cambio de actitudes en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. A decir de Aparecida «la primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo, porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia» (Aparecida, 201).

Pero, en cuanto camino de santidad, el ministerio pastoral es también una experiencia ascética³⁷, pues nos exige una conversión permanente, que implica

³⁶ Mensaje final. «La condición del discípulo brota de Jesucristo como de su fuente por la fe y el bautismo y crece en la Iglesia, comunidad donde todos sus miembros adquieren igual dignidad y participan de diversos ministerios y carismas. De este modo se realiza en la Iglesia la forma propia y específica de vivir la santidad bautismal al servicio del Reino de Dios» (Aparecida, 184).

³⁷ Por eso se advierte: «Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas» (Aparecida, 552; Cf. EN, 80).

la lucha constante contra una serie de «tentaciones, pecados y vicios» propios del ministerio pastoral³⁸. Se trata de situaciones que obstaculizan u opacan la presencia del Reino de Dios y que, por ende, exigen nuevas actitudes, nuevos modos de pensar y de hacer las cosas. En el Documento Conclusivo de Aparecida se señalan algunas de esas situaciones que exigen conversión.

- *Pragmatismo / mezquindad*: «Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad»³⁹. A todos nos toca «recomenzar desde Cristo» (Aparecida, 12).
- *Aislamiento / sectarismo*: «Algunos movimientos eclesiales no siempre se integran adecuadamente en la pastoral parroquial y diocesana; a su vez, algunas estructuras eclesiales no son suficientemente abiertas para acogerlos» (Aparecida, 100e). El sectarismo consiste en encerrarse en el propio campo de trabajo, en las propias ideas o modos de hacer las cosas, en su grupo, asociación o movimiento. Se manifiesta en la falta de inserción en la Iglesia particular así como en el desprecio de otras formas de vida cristiana. Ante esta situación, Aparecida nos recuerda que «la conversión pastoral requiere que la Iglesia se constituya en comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo Maestro y Pastor. De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy más que nunca el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral» (Aparecida, 368).
- *Administrativismo / burocracia*: Consiste en actuar como si la primera responsabilidad fuera la buena gestión de los bienes materiales de la comunidad, o polarizar la labor pastoral a una administración burocrática de la diócesis o parroquia, descuidando lo esencial, que es la edificación del Reino. Por el contrario, la misión continental nos exige poner todos los medios para que cada discípulo llegue a ser «un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración» (Aparecida, 201). Por otra parte, «una parroquia, comunidad de discípulos misioneros, requiere organismos que superen cualquier clase de burocracia» (Aparecida, 203).
- *Instalación / inmovilismo*: «Falta espíritu misionero en miembros del clero» (Aparecida, 100e). La instalación o inmovilismo pastoral es la rutina y el desgano en el trabajo; sólo es válido lo “más seguro”, “lo que se ha hecho siempre”. Se hacen las cosas por inercia. Es la pastoral de los “mínimos”, caracterizada por la mediocridad y el desgano en todo.

³⁸ Cf. VALADEZ, Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 142-153.

³⁹ RATZINGER J., A los Obispos latinoamericanos responsables de las comisiones de Doctrina de la Fe en sus respectivas Conferencias Episcopales, Guadalajara (1996).

- *Insolidaridad / individualismo*: « Falta solidaridad en la comunión de bienes al interior de las Iglesias locales y entre ellas » (*Aparecida*, 100 e). Cada agrupación eclesial, cada Iglesia particular, viven tan centradas en si mismas, que se olvidan de los demás. Ante esta realidad, *Aparecida* señala la urgencia de crear « un fondo de solidaridad entre las iglesias de América Latina y El Caribe que esté al servicio de las iniciativas pastorales propias » (*Aparecida*, 545). Y señala también que « de nuestra fe en Cristo brota también la solidaridad como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, que ha de manifestarse en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación » (*Aparecida*, 394).
- *Machismo y discriminación*: « Lamentamos que innumerables mujeres de toda condición no son valoradas en su dignidad [...], no se les reconoce suficientemente su abnegado sacrificio e incluso heroica generosidad en el cuidado y educación de los hijos ni en la transmisión de la fe en la familia, no se valora ni promueve adecuadamente su indispensable y peculiar participación en la construcción de una vida social más humana y en la edificación de la Iglesia » (*Aparecida*, 453). Por tanto, « es necesario en América Latina superar una mentalidad machista que ignora la novedad del cristianismo, donde se reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre » (*Aparecida*, 453).
- *Clericalismo*: Haciéndose eco de la exhortación pastoral *Ecclesia in America* *Aparecida* reconoce que la evangelización del continente y la renovación de la Iglesia no puede realizarse hoy sin la colaboración de los fieles laicos⁴⁰. Señala que « ellos han de ser parte activa y creativa en la elaboración y ejecución de proyectos pastorales a favor de la comunidad. Esto exige, de parte de los pastores, una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el “ser” y el “hacer” del laico en la Iglesia, quien por su bautismo y su confirmación, es discípulo y misionero de Jesucristo » (*Aparecida*, 213).

2. El cambio de paradigmas

Ante la persistencia de modos de pensar y de actuar inadecuados, la Iglesia tiene el gran desafío de revisar y renovar sus paradigmas, en aras de una misión efectiva.

Los paradigmas son patrones o modelos; son modos de pensar, normas o reglamentos que rigen el modo de actuar de las personas e instituciones. Cuando estos paradigmas se vuelven estables e inflexibles ante los nuevos cambios, se corre el peligro de ir al fracaso, pues cuando se dan cambios profundos en la realidad y no cambiamos los paradigmas que nos rigen,

⁴⁰ Cf. «La renovación de la Iglesia en América no será posible sin la presencia activa de los laicos. Por eso, en gran medida, recae en ellos la responsabilidad del futuro de la Iglesia» (EA, 44).

éstos pueden ser el motivo de nuestra propia destrucción. Un paradigma que en un tiempo fue ocasión de éxito, en otras circunstancias puede ser el motivo del fracaso. De ahí la necesidad de revisarlos y, de ser necesario, recrearlos. A veces nuestros viejos paradigmas se convierten en obstáculos para responder a los retos del presente y anticipar con éxito el futuro; se establecen estereotipos que creen permanentes y esto impide aceptar las nuevas ideas⁴¹.

En el Documento conclusivo de Aparecida se señalan varios de esos paradigmas obsoletos respecto al modo de entender y realizar la pastoral. Y se sugieren nuevos paradigmas, que sean más coherentes y favorables para la realización de la Misión Continental. Señala la necesidad de pasar:

- De una pastoral *inmediatista, desarticulada, dispersa e improvisada* a una pastoral *orgánica, planificada*: « *El proyecto pastoral de la Diócesis, camino de pastoral orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy con indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura. Los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución. Este Proyecto diocesano exige un seguimiento constante por parte del obispo, los sacerdotes y los agentes pastorales, con una actitud flexible que les permita mantenerse atentos a los reclamos de la realidad siempre cambiante* » (Aparecida, 371).
- De una *pastoral de conservación* a una *pastoral misionera*: « *La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera [...] con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera* » (Aparecida, 370).
- De una *pastoral discontinua y de sucesos*, a una *pastoral de procesos*: « *Sentimos la urgencia de desarrollar en nuestras comunidades un proceso de iniciación en la vida cristiana que comience por el kerygma, guiado por la Palabra de Dios, que conduzca a un encuentro personal, cada vez mayor, con Jesucristo [...], y que lleve a la conversión, al seguimiento en una comunidad eclesial y a una maduración de fe en la práctica de los sacramentos, el servicio y la misión* » (Aparecida, 287)⁴².

⁴¹ El Documento Conclusivo de Aparecida señala al respecto: « lamentamos, sea algunos intentos de volver a un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II, sea algunas lecturas y aplicaciones reduccionistas de la renovación conciliar » (Aparecida, 100b).

⁴² Sobre este punto de los procesos puede verse: *Aparecida*, 281, 288, 293, 298, 319, 334, 356. En relación al proceso de la formación puede verse: *Aparecida*, 276-285.

- De una *pastoral centralista y clerical*, a una *pastoral participativa y ministerial*: «Una parroquia renovada multiplica las personas que prestan servicios y acrecienta los ministerios. Igualmente en este campo se requiere imaginación para encontrar respuesta a los muchos y siempre cambiantes desafíos que plantea la realidad, exigiendo nuevos servicios y ministerios. La integración de todos ellos en la unidad de un único proyecto evangelizador es esencial para asegurar una comunión misionera» (Aparecida, 202)⁴³.

3. La renovación de estructuras, métodos y lenguajes

Una conversión pastoral en el ámbito de las estructuras, métodos y lenguajes, exige desechar aquellos que no sirven, modificar los que no están funcionando bien y, si fuera el caso, crear propuestas nuevas, que cumplan mejor con su cometido.

a) Las estructuras

Las estructuras son formas concretas de organizarse con miras a realizar actividades con orden y eficacia. Son imprescindibles en toda institución, tanto social como eclesial. En el ámbito eclesial, su función primordial es facilitarle el camino al Espíritu, servir a la comunión y promover una participación activa y eficaz de los miembros de la Iglesia. Existen diversos tipos de estructuras⁴⁴. Pero todas con un denominador común: deben estar al servicio de las personas. De ahí la necesidad de someterlas a una constante revisión, para evitar que se conviertan en fines en sí mismos, en ídolos que ahogan la vida y oprimen a las personas⁴⁵.

Respecto al cambio de estructuras el Documento de Aparecida advierte la firme decisión misionera de la Iglesia en América Latina y el Caribe: «Debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos, y de cualquier institución de la Iglesia». En consecuencia, «ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe» (Aparecida, 365). Insiste, que «la renovación de las parroquias al inicio del tercer milenio exige reformular sus estructuras» (Aparecida, 172); y especifica que «particularmente en el mundo urbano se plantea la creación de nuevas estructuras pastorales» (Aparecida, 173).

⁴³ De una *pastoral monótona e indefinida*, a *pastoral diversificada*: familia, matrimonio (Aparecida, 432-437); niños (438-441); adolescentes y jóvenes (Aparecida, 442-446); Ancianos (Aparecida, 447-450); Mujeres (451-458).

⁴⁴ Jurídicas y administrativas (consejos, tribunales, curias, etc.), formativas (seminarios y casas de formación), pastorales (consejos, decanatos, comisiones, etc.).

⁴⁵ Cf. F. MERLOS, *La pastoral del futuro*, o. c., p. 46-47.

b) *Los métodos*

Los métodos son caminos, medios u opciones operativas para conseguir un fin. «*Son estilos de acción práctica con los cuales actuamos en la realidad para transformarla en el sentido que deseamos*»⁴⁶. Pastoralmente hablando, los métodos son algo más que un instrumento de trabajo. Son también enfoques u opciones que se hacen a favor de valores que se encarnan y se proyectan en los estilos de hacer las cosas. Algunos pueden ser opresores y deshumanizantes. De ahí la urgencia de revisarlos permanentemente a fin de optar por aquellos que mejor respondan a los objetivos de la pastoral. En el documento de Aparecida se reconoce la falta de entusiasmo y la carencia de métodos y expresiones más adecuados: «*Percibimos una evangelización con poco aliento y sin nuevos métodos y expresiones*» (*Aparecida*, 100c).

c) *Los lenguajes*

En el documento conclusivo de Aparecida se reconoce la persistencia de lenguajes inadecuados en el campo de la evangelización y se constata que «son muchos los que se dicen descontentos, no tanto con el contenido de la doctrina de la Iglesia, sino con la forma como ésta es presentada» (*Aparecida*, 497):

«En la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral, persisten también lenguajes poco significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes. Muchas veces los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la posmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural» (*Aparecida*, 100d).

Ante esta situación, se insiste en la urgencia de crear nuevos lenguajes, que sean capaces de expresar con mayor claridad nuestra fe. Uno de esos lenguajes es el testimonio: «*El énfasis en la experiencia personal y lo vivencial nos lleva a considerar el testimonio como un componente clave en la vivencia de la fe. Los hechos son valorados en cuanto que son significativos para la persona. En el lenguaje testimonial podemos encontrar un punto de contacto con las personas que componen la sociedad y de ellas entre sí*» (*Aparecida*, 55)⁴⁷.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 47.

⁴⁷ En el n. 384 se habla de crear «gestos» de misericordia, que hablen por sí mismos. En relación a los retos de la pastoral urbana, se señala la urgencia de que la Iglesia «se abra a nuevas expresiones, estilos, lenguajes que puedan encarnar el Evangelio en la ciudad» (*Aparecida*, 517d).

4. La creación de un nuevo modelo de Iglesia

Ante una Iglesia “meramente funcional y burocrática”, que ha perdido fuerza y credibilidad por no estar respondiendo adecuadamente a las necesidades del momento actual, Aparecida presenta el desafío de crear un nuevo modelo de Iglesia Discípula-Misionera-Madre-Pedagoga-Samaritana.

La Iglesia, en su esencia más profunda, es siempre la misma. Pero, en su manera de expresarse en cada tiempo y lugar, asume unas características propias, que le dan un perfil específico. Más aún, para permanecer ella misma, necesita estar renovándose permanentemente. De ahí la existencia de diversos modelos⁴⁸ y el desafío de diseñar el mejor modelo para cada época y lugar, sin que en lo esencial deba cambiar. Sobre este punto Aparecida señala que «*la Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales*» (Aparecida, 11). Y diseña, a grandes pinceladas, un modelo de Iglesia, inspirado en María: *Discípula perfecta*⁴⁹ de Jesús, *Misionera y formadora de misioneros*⁵⁰, *Madre*⁵¹, *Pedagoga de la evangelización*⁵² y *Samaritana*⁵³. Estos rasgos de María son los que se proponen para el nuevo modelo de Iglesia, bajo la convicción de que «*esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional y burocrática*» (Aparecida, 268). Así pues, teniendo a María como modelo, la Iglesia que se propone en Aparecida es una Iglesia: *Discípula-Misionera-Madre-Pedagoga-Samaritana*.

A ejemplo de María, la Iglesia está llamada a ser:

- *Discípula-misionera*: por su fe y obediencia a la voluntad del Padre, por su docilidad al Espíritu Santo, por su escucha atenta de la Palabra de Dios y por

⁴⁸ Por modelos de Iglesia entendemos los modos operativos como, de hecho, la Iglesia se entienda y se expresa en su acción; son los modos concretos como la Iglesia se organiza en vista de la misión. La obra que se volvió referencia obligada acerca de este tema es la del Cardenal Avery DULLES, *Modelos de Iglesia*, Paulinas, São Paulo 1975 [original 1972].

⁴⁹ La Virgen María «por su fe (cf. *Lc* 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. *Lc* 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf. *Lc* 2,19.51) es la discípula más perfecta del Señor (cf. *LG* 53)» (Aparecida, 266).

⁵⁰ «María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros» (Aparecida, 269); «hoy, cuando en nuestro continente latinoamericano y caribeño se quiere enfatizar el discipulado y la misión, es ella quien brilla ante nuestros ojos como imagen acabada y fidelísima del seguimiento de Cristo» (Aparecida, 270).

⁵¹ «María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión» (Aparecida, 268).

⁵² Cf. *Aparecida*, 1.

⁵³ María, «con los ojos puestos en sus hijos y en sus necesidades [...], crea comunión y educa a un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente si es pobre y necesitado» (Aparecida, 272).

su fiel seguimiento de Jesucristo⁵⁴. En un mundo sediento de espiritualidad y concientes de la centralidad que ocupa la relación con el Señor en la vida de todo discípulo, la Iglesia ha de aprender a orar y enseñar a orar⁵⁵; pero también debe ser continuadora fiel y entusiasta de la misión de Jesús y formadora de misioneros⁵⁶. «*Al mismo tiempo, el mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los continentes*» (Aparecida, 376). «*La Iglesia está al servicio de todos los seres humanos, hijos e hijas de Dios*» (Aparecida, 32).

- *Madre-Pedagoga*: siendo maestra en humanidad y artífice de comunión; estando atenta a las necesidades de sus hijos y enseñándoles a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de Jesús; educando para un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente del pobre o necesitado; viviendo una actitud acogedora, «*que la convierte en “casa y escuela de la comunión”, y en espacio espiritual que prepara para la misión*» (Aparecida, 272). «*La Iglesia tiene que animar a cada pueblo para construir en su patria una casa de hermanos donde todos tengan una morada para vivir y convivir con dignidad [...]. La Iglesia ha de educar y conducir cada vez más a la reconciliación con Dios y los hermanos*» (Aparecida, 534). Para adquirir ese rostro y corazón de madre, la Iglesia debe promover «*el más amplio protagonismo de las mujeres*» (Aparecida, 458a); impulsar su participación «*en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica, creando espacios y estructuras que favorezcan una mayor inclusión*» (Aparecida, 454); «*propiciar una formación integral de manera que las mujeres puedan cumplir su misión en la familia y en la sociedad*» (Aparecida, 456); «*garantizar la efectiva presencia de la mujer en los ministerios que en la Iglesia son confiados a los laicos, así como también en las instancias de planificación y decisión pastorales, valorando su aporte*» (Aparecida, 458b).

- *Samaritana*. La Iglesia «*tiene que seguir el camino de Jesús y llegar a ser buena samaritana como Él. Cada parroquia debe llegar a concretar en signos solidarios su compromiso social en los diversos medios en que ella se mueve*» (Aparecida, 177); «*La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos*» (Aparecida, 396); «*está convocada a ser “abogada de la justicia y defensora de los pobres”⁵⁷ ante “intolerables desigualdades sociales y económicas”⁵⁸, que “claman al cielo”⁵⁹*» (Aparecida, 395). «*Iluminados por Cristo, el sufrimiento, la injusticia y la cruz nos interpelan a vivir como Iglesia samaritana (cf. Lc 10, 25-37)*» (Aparecida,

⁵⁴ Cf. Aparecida, 266.

⁵⁵ Mensaje final.

⁵⁶ Cf. Aparecida, 269.

⁵⁷ Discurso inaugura.

⁵⁸ TMA, 51.

⁵⁹ EA, 56a.

26). La respuesta a la llamada del Señor «*exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5, 29-32) que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10, 13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1, 40-45) que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7, 36-49; Jn 8, 1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4, 1-26)*» (Aparecida, 135).

En síntesis, para expresar el rostro de una Iglesia samaritana:

«Es necesaria una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos, y evite toda actitud paternalista. Se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación. No podemos olvidar que el mismo Jesús lo propuso con su modo de actuar y con sus palabras: “Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos” (Lc 14, 13)». (Aparecida, 397).

La exigencia de una Conversión Pastoral

S.E. MONS. MARIO DE GASPERÍN GASPERÍN

Obispo de Querétaro

INTRODUCCIÓN

Tema recurrente en el magisterio

1. El llamado a la conversión pastoral es un tema recurrente del magisterio tanto pontificio como episcopal latinoamericano y del Caribe, aunque con diversa nomenclatura. Desde las últimas décadas del siglo pasado se habla de desafíos pastorales que reclaman nuevas respuestas, así como de la necesidad de renovación y revitalización de la acción pastoral, por no nombrar otros llamados de carácter más sociológico como el de cambios de estructuras o de opciones por ciertos sectores de la sociedad, etcétera. Sin duda que el llamado profético a la Nueva Evangelización que hizo el Papa Juan Pablo II en Haití, resumió y dio cauce a todas estas expectativas. En el discurso de apertura de la Conferencia de Santo Domingo decía que «*la novedad de la acción evangelizadora a que hemos convocado afecta a la actitud, estilo, esfuerzo y a la programación o, como propuse en Haití, al ardor, a los métodos y a la expresión*»¹, advirtiendo que «*la llamada a la nueva evangelización es una llamada a la conversión*»².

Exigencia de la nueva evangelización

2. El documento de Santo Domingo retoma el tema y lo expresa con energía, al decir que «*la nueva evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia*»³. Recientemente, el nuevo acontecimiento de gracia que fue la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe celebrada en Aparecida, Brasil, en su documento conclusivo, insiste en la urgencia de la conversión pastoral poniéndola, con aportaciones nuevas y sugerencias concretas, bajo la rúbrica de la misión.

¹ JUAN PABLO II, *Discurso Inaugural* (de Santo Domingo), 10.

² *Ibid.*, 1.

³ *Santo Domingo*, 30.

La conversión pastoral en el corazón de la Iglesia

3. Queremos, en este trabajo, situar la conversión pastoral en el contexto de la Iglesia y de su corazón, la santa eucaristía; y, posteriormente, ubicarla en su ámbito concreto de la Iglesia particular, en especial en la parroquia, para, finalmente, subrayar tres urgencias: la conversión respecto a la escucha obediente a la Palabra de Dios y la necesidad de implementar un instrumento concreto y sólido de catequesis mediante la iniciación cristiana, con el catecumenado y la subsiguiente evangelización, con la finalidad de iniciar el proceso de superación de esa debilidad casi congénita de la fe católica en este continente, dentro del marco de una pastoral orgánica o de conjunto.

I. COMUNIÓN EUCARÍSTICA, COMUNIÓN ECLESIAL Y CONVERSIÓN PASTORAL

La Iglesia es comunión

4. La *koinonía* o *communio* «encarna y manifiesta la misma esencia del misterio de la Iglesia», nos recordaba el Papa Juan Pablo II⁴. Hablar, pues, de comunión es tocar la misma entraña, el corazón de la Iglesia. En efecto, explica el Papa, «la comunión es fruto y manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón eterno del Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (Cf. Rm 5,5) para hacer de nosotros “un solo corazón y una sola alma” (Hech. 4, 32)»⁵. El corazón del Padre se manifiesta en el corazón del Hijo por la acción del Espíritu Santo y se nos da a cada uno de nosotros para que tengamos un solo corazón en la Iglesia y seamos «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»⁶. Muchas son las cosas que hacemos y programamos en la Iglesia, pero si falta la comunión, como expresión del amor de Dios (*ágape*), todo sería inútil. «Comprendí que la Iglesia tenía un corazón y que este corazón ardía de amor [...], que comprendía todas las vocaciones, que el Amor era todo», decía Santa Teresa de Lisieux en cita del Papa Juan Pablo II⁷. Aparecida lo resume diciendo que «la Iglesia atrae cuando vive en comunión»⁸ y así se hace misionera⁹.

⁴ *Novo Millennio ineunte*, 42.

⁵ *Novo Millennio ineunte*, 42.

⁶ Cf. *Lumen gentium*, 1.

⁷ *Novo Millennio ineunte*, 42.

⁸ *Aparecida*, 159.

⁹ Cf. *Aparecida*, 163.

La espiritualidad de comunión

5. Por esta razón, antes de emprender la planeación pastoral, «*hace falta promover una espiritualidad de comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades*» de modo que la Iglesia (diócesis o parroquia) sea «*casa y escuela de comunión*»¹⁰. Esta “espiritualidad de comunión” consiste en un mirar el corazón de la Santísima Trinidad y ver su luz amorosa reflejada en nuestros corazones y presente también en los hermanos que están a nuestro lado y que nos pertenecen. «*Éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo*». Esta es la Nueva Evangelización que el mundo actual está esperando de nosotros y, para lograrlo, necesitamos «*la conversión pastoral*» que «*toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinamisismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento universal de salvación*», como ya nos indicaba el documento de Santo Domingo¹¹. Pero, nos advierte el Papa, «*sin este camino espiritual*» o espiritualidad de comunión, «*todos los instrumentos externos se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión*»¹². La conversión pastoral será siempre gracia de atracción de Jesús, el Buen Pastor.

La fuente de la comunión

6. Es, pues, necesario precisar la fuente y origen de la comunión y el documento de Aparecida la señala con precisión: «*Es Dios Padre quien nos atrae por medio de la entrega eucarística de su Hijo*»¹³, como hermosamente la describe san Juan de la Cruz en su cantar del alma: *Aquella eterna fuente está escondida, en este vivo Pan por darnos vida*, y que el Catecismo de la Iglesia Católica retoma cuando explica cómo la Eucaristía hace la Iglesia: «*Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia*»¹⁴, de modo que la Eucaristía sella y consume la unidad iniciada mediante la consagración bautismal a la Santísima Trinidad. Gracias al sacramento del Bautismo y de la Confirmación, el pueblo sacerdotal se hace apto para

¹⁰ *Novo Millennio ineunte*, 43.

¹¹ *Santo Domingo*, 30.

¹² Cf. *Novo Millennio ineunte*, 43.

¹³ *Aparecida*, 241.

¹⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1396.

celebrar la liturgia cristiana, pues, unido a Cristo-Cabeza es *casi una única persona mística* (Pío XII, MC), una unidad vital y variada, a la que se refería hermosamente San Agustín, cuando exhortaba a sus fieles: «*Si vosotros sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor y recibís este sacramento vuestro [...] Oyes decir: El Cuerpo de Cristo, y respondes amén. Por lo tanto, sé un verdadero miembro de Cristo para que tu amén sea también verdadero*»¹⁵.

El cuerpo eclesial de Cristo

7. Esta riqueza teológica y eclesial ha sido puesta particularmente de relieve en las plegarias eucarísticas del nuevo misal. El Canon Romano nos había enseñado ya a implorar «*toda gracia y bendición*» sobre quienes «*recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo al participar aquí de este altar*»; la segunda anáfora precisa, suplicando: «*Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo*»; la tercera ora para que, «*fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu*»; y la cuarta suplica al Padre que, «*cuantos compartimos este pan y este cáliz, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria*». Ya la *Didajé* lo expresaba hermosamente en su plegaria eucarística: «*Como este pan que hemos partido, disperso en las espigas de los montes, se unificó en la hostia que comemos, así se unifique tu Iglesia desde todos los confines de la tierra en la unidad de tu reino*» (IX, 4). Tanto la doctrina del catecismo como la oración sacerdotal de la misa, son un eco de la enseñanza del Apóstol: «*El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan*» (1 Cor 10, 16-17). El cuerpo físico del Señor Jesús inmolado en la cruz, por obra del Espíritu Santo se convierte en su cuerpo sacramental presente en el altar y conforma su cuerpo místico o eclesial, actuante en el mundo. Verdaderamente la Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia se nutre de la Eucaristía.

La comunión espiritual

8. De esta reflexión aparece claro que pensar la “comunión” como algo individual y privado está en desacuerdo con la enseñanza litúrgica, doctrinal y bíblica de la Iglesia y sobre la Iglesia. Con un acto externo, el “comer y

¹⁵ San Agustín, *Sermón* 272.

beber”, se reciben el Cuerpo y la Sangre de Cristo, mediante los signos sacramentales; pero no termina allí esta acción misteriosa, sino en la comida y bebida “espiritual”, en la cual no es Cristo el que se transforma en el comulgante mediante un proceso biológico, sino que es el comensal quien es asumido y transformado en el mismo sacramento que recibe: Se convierte en miembro del cuerpo místico y eclesial de Cristo. Por la fuerza del Espíritu soy yo quien me transformo en él. Esto también lo enseñaba la *Didajé* cuando decía al Padre: «*A nosotros nos has dado un alimento y una bebida espiritual, y la vida eterna por medio de tu Hijo*» (X, 3). Esta es la verdadera “comunión espiritual” y no sólo el simple afecto o deseo de recibir al Señor, cosa meritoria pero insuficiente. Toda comunión espiritual es, por su propia naturaleza, una comunión eclesial.

El cuerpo espiritual del Señor

9. Nuevamente aquí vemos traducida en doctrina y vida la enseñanza del Apóstol: «*Todos comieron el mismo pan espiritual y todos bebieron de la misma bebida espiritual, pues bebían de la misma roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo*» (1 Cor 10, 3-4). Es, pues, plenamente legítima e indispensable la distinción (no separación, pues el mismo Crucificado es el Resucitado) entre el cuerpo físico de Cristo, nacido de Santa María Virgen e inmolado en la Cruz, y el cuerpo espiritual del Señor inmolado sacramentalmente en el altar y convertido en comida y bebida de salvación para formar el cuerpo eclesial. Al recibir este alimento y bebida espiritual, la Iglesia se convierte en signo e instrumento de salvación, «*profunda esperanza del mundo*»¹⁶. Tomar conciencia de esta verdad y vivir conforme a ella, es iniciar la conversión eclesial que nos piden nuestros pastores para llegar hasta la conversión pastoral y a la misión.

La Eucaristía, forma de la vida cristiana

10. La afirmación de Jesús: «*el que me come vivirá por mí*» (Jn 6, 57) «*contiene en sí un dinamismo que hace de él (de Cristo) principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. En efecto, comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente*», dice el Papa Benedicto XVI¹⁷. La conversión del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y la conversión de nosotros en Cristo mediante la “comunión

¹⁶ *Novo Millennio ineunte*, 34.

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, 70.

espiritual”, constituyen el fundamento teológico y sacramental del reclamo de nuestra conversión eclesial y pastoral. Él nos convierte en él para que nosotros nos convirtamos a él. Si «*la Iglesia vive de la eucaristía*», la fuente y el origen de toda renovación eclesial y de toda conversión pastoral es la santa Eucaristía: «*Cada gran reforma de la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía*»¹⁸; debe, por tanto, implementarse “la pastoral del domingo”, el día de la Eucaristía. Sin ella no es posible la renovación de la Iglesia, ni la espiritualidad de comunión, ni la conversión pastoral. Debe ser, por tanto, justamente conocida, apreciada y vivida en sus distintas expresiones, sobre todo en la misa dominical.

El rito de la comunión

11. Es significativo que el rito y acto de recepción del Cuerpo y Sangre de Cristo en la santa Eucaristía reciba el nombre de comunión, el mismo que la Iglesia. Esto lo señala insistentemente la liturgia en el llamado “Rito de comunión”, que se explicita en cuatro pasos: La Oración del Señor, el Rito de la paz, La Fracción del pan y la Comunión, según la *Institución General del Misal Romano* (Ns. 80 a 89). El Padrenuestro es, desde la más remota antigüedad, la oración más adaptada al rito de la comunión ya que recalca la fraternidad en torno al “pan cotidiano”, que para los cristianos evoca principalmente el pan eucarístico, como don del Padre a sus hijos, al mismo tiempo que se implora el perdón de los pecados. Aquí aparece la Iglesia como la *communio sanctorum* de modo que verdaderamente se da a los santos las cosas santas. El intercambio de la paz en este lugar (si bien existen otras posibilidades legítimas) asocia ritualmente lo que está íntimamente unido teológicamente, la reconciliación con el hermano para obtener el encuentro con Dios. La Fracción del pan, nombre antiguo de la Eucaristía, asocia a ésta con la participación de todos en un mismo pan para formar un solo cuerpo, mediante el sacrificio del Cordero que quita el pecado del mundo y suprime toda división. El Rito de comunión, realizado en procesión ordenada y festiva, expresa el carácter comunitario de la eucaristía y hace posible el acercamiento al altar y la unión íntima y esponsal del fiel con su Señor. Todo en la liturgia eucarística nos habla de la dimensión comunitaria y social de la comunión; reducirla, por tanto, a un acto privado y meramente devocional es desfigurarla y volverla inoperante. Necesitamos en este campo una verdadera conversión eclesial y pastoral.

¹⁸ *Aparecida*, 252.

La conversión moral

12. Es evidente que lo dicho no minimiza ni mucho menos excluye la conversión moral, o sea, el cambio personal de vida y costumbres. Pero ésta es la consecuencia, casi “natural” diríamos, dentro de lo sobrenatural de la conversión eclesial y pastoral. En este campo el papa Benedicto XVI nos enseña que «*hoy se necesita redescubrir que Jesucristo no es una simple convicción privada o una doctrina abstracta, sino una persona real cuya entrada en la historia es capaz de renovar la vida de todos [...] en vida “según el Espíritu” (cf. Rm 8, 4s; Gál 5, 16.25)*»; y señala cómo san Pablo, «*en el pasaje de la Carta a los Romanos en que invita a vivir el nuevo culto espiritual, menciona al mismo tiempo la necesidad de cambiar el propio modo de vivir y de pensar: “Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (12,2)*»; y concluye el Pontífice: «*La renovación de la mentalidad es parte integrante de la forma eucarística de la vida cristiana, “para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados al retortero por todo viento de doctrina” (Ef 4, 14)*»¹⁹. La conversión moral es fruto y consecuencia necesaria de una sincera conversión eclesial y pastoral. La vida eucarística es la que da la auténtica madurez cristiana y, aunque se reciba de pequeños, se deben evitar todos los elementos infantiles e individualistas de que se ha rodeado.

María Santísima, «artífice de comunión»

13. María Santísima es propuesta por el Concilio Vaticano II como «*figura y modelo de la Iglesia*» porque es la «*mujer eucarística*» (Juan Pablo II) que crea, vive y nos lleva a la comunión con Dios y con los hermanos mediante su Hijo y la docilidad a la acción del Espíritu Santo. «*Ella es artífice de comunión*»²⁰. Todo esto encuentra su realización concreta en la Iglesia mediante personas, instituciones y medios de comunión y participación. Abarca “todo y a todos”, a pastores y fieles, pero el modo concreto «*se realiza a través de la diócesis y las parroquias, como estructuras fundamentales de la Iglesia en un territorio particular. Asociaciones, movimientos eclesiales y nuevas comunidades —con la vitalidad de sus carismas concedidos por el Espíritu Santo para nuestro tiempo—, así como también los Institutos de vida consagrada, tienen el deber de ofrecer su contribución específica para favorecer a los fieles la percepción de pertenecer al Señor (Cf. Rm 14, 8)*»²¹, y así convertirse en auténticos discípulos y misioneros de Jesucristo.

¹⁹ *Sacramentum Caritatis*, 77.

²⁰ *Aparecida*, 268.

²¹ *Sacramentum Caritatis*, 76.

II. LA CONVERSIÓN PASTORAL EN LA DIÓCESIS

La diócesis, lugar privilegiado de la conversión pastoral

14. La conversión pastoral se apoya y se alimenta de la espiritualidad de comunión o comunión eclesial y de la comunión eucarística. Son su fuente y sustento. Ahora hace falta indicar quién es el sujeto y los aspectos más relevantes de esta conversión pastoral, según el Magisterio de la Iglesia y, en especial, en las enseñanzas de Aparecida, que la mira de acuerdo a las necesidades de nuestros pueblos de América Latina y el Caribe. Vamos a situar la conversión pastoral en la diócesis, a quien Aparecida llama « lugar privilegiado de la comunión »²² y, por tanto, de la conversión pastoral, pues, « reunida y alimentada por la Palabra y la Eucaristía, la Iglesia Católica existe y se manifiesta en la Iglesia particular, en comunión con el Obispo de Roma »²³, pues la diócesis « es totalmente Iglesia, pero no es toda la Iglesia. Es la realización concreta de la Iglesia Universal, en un determinado lugar y tiempo »²⁴. En efecto, « la maduración en el seguimiento de Jesús y la pasión por anunciarlo requieren que la Iglesia particular se renueve en su vida y ardor misionero [...], es el primer ámbito de la comunión y misión. Ella debe impulsar y conducir una acción pastoral orgánica renovada y vigorosa, de manera que la variedad de carismas, ministerios, servicios y organizaciones se orienten en un mismo proyecto misionero para comunicar vida en su propio territorio. Este proyecto, que surge de un camino de variada participación, hace posible la pastoral orgánica, capaz de dar respuesta a los nuevos desafíos. Porque un proyecto solo es eficiente si cada comunidad cristiana, cada parroquia, cada comunidad educativa, cada comunidad de vida consagrada, cada asociación o movimiento y cada comunidad se insertan activamente en la pastoral orgánica de la diócesis »²⁵. Queda claro que la Iglesia particular es el primer y principal sujeto de la conversión pastoral en cuanto en ella y sólo en ella se puede vivir en plenitud la espiritualidad de comunión. Por eso concluye Aparecida: « Cada uno está llamado a evangelizar de un modo armónico e integrado en el proyecto pastoral de la diócesis ».

Renovado esfuerzo en las parroquias

15. De entre las diversas comunidades que forman la Iglesia diocesana, la parroquia es la más importante, puesto que ella es como la Iglesia en la puerta de los fieles. « La parroquia es célula viva de la Iglesia, lugar privilegiado en el que la mayoría de los fieles tienen una experiencia viva de Cristo y de la comunidad

²² Cf. *Aparecida*, 164.

²³ *Aparecida*, 165.

²⁴ *Aparecida*, 166.

²⁵ *Aparecida*, 169.

eclesial»²⁶. En ella los fieles encuentran todo lo necesario para su vida cristiana y para su salvación. A esta naturaleza corresponde su importancia en el proceso de conversión pastoral. Lo señala Aparecida con particular vehemencia cuando reclama «una valiente acción renovadora de las parroquias a fin de que sean de verdad “espacios de la iniciación cristiana, de la educación y celebración de la fe, abiertas a la diversidad de carismas, servicios y ministerios, organizadas de modo comunitario y responsable, integradora de movimientos de apostolado ya existentes, abiertas a los proyectos pastorales y supraparroquiales y a las realidades circundantes”»²⁷. A estas exigencias inspiradas en *Ecclesia in America*, Aparecida pide su «renovación misionera, tanto en las grandes ciudades como en el mundo rural» y crear para ello «nuevas estructuras pastorales»²⁸ de modo que «los mejores esfuerzos de las parroquias, en este inicio del tercer milenio, deben estar en la convocatoria y formación de laicos misioneros»²⁹. En cierto sentido la diócesis vive para la parroquia, pues es en ella donde los fieles acuden a beber de la fuente de la salvación: los sacramentos, la palabra de Dios, la solidaridad cristiana y experimentan la fraternidad. Por eso el Documento llega a proponer acciones concretas y a pedir la adaptación hasta de los horarios de servicios a las nuevas necesidades³⁰.

Conversión pastoral y renovación misionera

16. Santo Domingo habló explícitamente de la conversión pastoral cuando describió la Nueva Evangelización según la ya clásica propuesta del papa Juan Pablo Segundo: nueva en su ardor³¹, nueva en sus métodos³² y nueva en su expresión³³, y concluye así: «*La Nueva Evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia. Tal conversión debe ser coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinanismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal*»³⁴. Según este contexto, la conversión pastoral implicaría necesariamente la renovación de los métodos y expresiones pastorales así como el ardor apostólico de santidad, temática que Aparecida explicita y aplica a la realidad eclesial latinoamericana, subrayando la

²⁶ Aparecida, 170.

²⁷ Aparecida, 170. Este texto cita *Ecclesia in America*, 41.

²⁸ Aparecida, 173.

²⁹ Aparecida, 174.

³⁰ Cf. Aparecida, 518a.

³¹ Cf. Santo Domingo, 28.

³² Cf. Santo Domingo, 29.

³³ Cf. Santo Domingo, 30.

³⁴ Santo Domingo, 30.

dimensión misionera. El Documento toca explícitamente el tema de la conversión pastoral en los números 365 a 372 bajo el título « *Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades* », aunque, a decir verdad, todo el Documento es una invitación y una propuesta a la conversión pastoral de las diócesis, de las diversas comunidades, de las personas y de las estructuras eclesiales bajo el rubro de « *discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida* ». En último término, convertirse pastoralmente es hacer que nuestros pueblos tengan vida en Cristo, el Buen Pastor, que vino a dar la vida para que sus ovejas la disfruten en abundancia.

Recomenzar desde Cristo

17. El telón de fondo que está reclamando esta conversión pastoral se encuentra sintética y vigorosamente expresado en inicio del Documento e incorpora los señalamientos de dos romanos Pontífices. Dice: « *No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a alguna participación ocasional de algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en la cual todo aparentemente procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”* »³⁵. Ante este sombrío panorama a todos nos toca “recomenzar desde Cristo” para propiciar un verdadero “renacimiento pastoral”³⁶. Al encontrarnos con Él, se nos abrirá un nuevo horizonte, “la gran esperanza”³⁷. De este modo, la conversión pastoral arranca de una experiencia personal con quien viene a nuestro encuentro, Jesucristo. Sólo con esta luz se puede superar el “gris pragmatismo” que envuelve la vida de nuestra Iglesia.

Conversión en todo y de todos

18. Si la conversión pastoral « *toca todo y a todos* » no es asunto exclusivo, aunque siempre lo será prioritario, de los pastores. El esquema que puede ayudarnos a ordenar este panorama englobante es, simplificando un poco, el señalado de un renovado ardor o de las personas, el de las nuevas expresiones o estructuras eclesiales y el de los actualizados métodos o los *cómo*. Vamos, pues, a referirnos a los tres, comenzando por la conversión de las personas.

³⁵ *Aparecida*, 12.

³⁶ Cf. *Novo Millennio ineunte*, 28s.

³⁷ Cf. *Spe salvi*, 27.

A) LA CONVERSIÓN DE LAS PERSONAS O EL ARDOR MISIONERO

Cambio de personalidad pastoral

19. Sin lugar a duda, el tema es complejo y profundo a la vez, pues toca la interioridad de los pastores, de los agentes de pastoral y de la comunidad creyente. Sólo el Espíritu de Dios sabe lo que hay en el espíritu del hombre. El cambio exigido en la mentalidad, los criterios de juicio, las actitudes, los hábitos, los valores, las relaciones y las opciones o preferencias que subyacen siempre en todo agente de pastoral bien puede llamarse “cambio de personalidad pastoral”. Aquí el concepto bíblico de “conversión” nos ilumina providencialmente; no es un simple “sentimiento religioso”, sino un volverse dentro de uno mismo, escuchar su propio corazón y, al mismo tiempo, descubrir allí la voz del Padre que llama y espera la vuelta, el regreso del hijo pródigo. Se trata, pues, de un viraje profundo de la *nous* humana, que se siente atraída y llamada a acortar distancia, a dejarlo todo y volver a la casa paterna y experimentar a la Iglesia « como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera »³⁸, donde particularmente los pobres se sientan « como en su casa »³⁹. Este aspecto cálido y festivo de acogida paterno-materna tiene que ser generado por la conversión de los pastores, agentes de pastoral y comunidad eclesial. El Documento lo expresa con términos evangélicos como experimentar « la belleza y alegría de ser cristiano » o « la gratitud y alegría desbordante » por el don de la fe. Esta experiencia gozosa de la fe el pueblo creyente la manifiesta en la celebración de la fiesta cristiana, pero muchas de sus expresiones necesitan profundización y purificación mediante la mutua fecundación de la liturgia con la piedad popular.

Bajo el signo de la santidad.

20. Con lo dicho queda claro que la conversión pastoral de las personas desemboca necesariamente en la santidad, como ya lo había señalado Santo Domingo: « El ardor apostólico de la Nueva Evangelización brota de una radical conformación con Jesucristo, el primer evangelizador; así, el mejor evangelizador es el santo, el hombre de las bienaventuranzas »⁴⁰, lo que subraya con fuerza el Papa Juan Pablo II, señalando que « la santidad es más que nunca una urgencia pastoral », y que « poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de

³⁸ *Aparecida*, 370.

³⁹ *Novo Millennio ineunte*, 50; Cf. *Aparecida*, 188.

⁴⁰ *Santo Domingo*, 28.

consecuencias». Sin duda, aquí se refiere el Papa a la conversión pastoral. Para lograrlo se debe instaurar una «*pedagogía de la santidad verdadera y propia*» para que se abra a los fieles el acceso a ella⁴¹. Aparecida retoma el tema con vigor, señalando que «*hoy, más que nunca, el testimonio de la comunión eclesial y la santidad, son una urgencia pastoral*»⁴², cuyo camino de acceso es la misión⁴³ y cuyo testimonio, a Dios gracias, no ha faltado entre nosotros⁴⁴, incluso hasta «*la persecución y la muerte*»⁴⁵. La Iglesia en América goza ya, por gracia de Dios, del testimonio supremo del martirio, que la convierte en madre fecunda y feliz de sus hijos.

B) LA CONVERSIÓN EN LAS ESTRUCTURAS PASTORALES

Al servicio del Espíritu

21. Las estructuras son las formas concretas y prácticas que necesariamente asume la acción pastoral organizada para ser eficaz. En toda institución las estructuras están al servicio de los fines que ésta persigue, de lo contrario se vuelven contra la misma; serían no sólo inoperantes, sino adversas. Son siempre relativas, aunque algunas lleguen, por el uso y la tradición, casi a identificarse con la institución. En la Iglesia solemos distinguir lo que es “de institución divina”, inmutable, y lo que el tiempo va aconsejando como lo más apto para el cumplimiento de su misión. Son de las mutables de las que hablamos. Es claro, por otra parte, que en la Iglesia el protagonismo pertenece al Espíritu y que las estructuras eclesiales deberán facilitar el camino a su acción y crear espacios de libertad, cual conviene a su naturaleza y a la dignidad de hijos de Dios. La sabiduría divina, acompañada de la virtud de la prudencia y de la audacia (*parresía*), deben conducirnos para armonizar disciplina y libertad, carisma e institución, organización y creatividad.

Al servicio de la misión

22. El Documento de Aparecida pone decididamente la renovación de las estructuras eclesiales bajo el signo de la misión y, por tanto, ésta «*debe impregnar*

⁴¹ Cf. *Novo Millennio ineunte*, 30-31.

⁴² *Aparecida*, 368.

⁴³ Cf. *Aparecida*, 148.

⁴⁴ Cf. *Aparecida*, 374d.

⁴⁵ Cf. *Aparecida*, 98.

todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia»; éstas deben hacerlo «con todas sus fuerzas» y estar dispuestas a «abandonar las estructuras caducas» menos favorables al espíritu misionero⁴⁶. Este es, según Aparecida, el principio rector de la conversión en las estructuras pastorales. Lo que dificulte o impida la misión, debe abandonarse o transformarse, como sería el caso del paso «de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera»⁴⁷, o el cambio «de un pasivo esperar a un activo buscar»⁴⁸. La presencia del Señor resucitado prometida a sus apóstoles viene después del mandato: «Vayan por todo el mundo» (Cf. Mt 28, 19), es decir, Jesús resucitado está presente con sus discípulos cuando éstos se ponen en camino, con su Iglesia misionera.

La pastoral orgánica

23. Como las estructuras eclesiales están presentes en toda la acción pastoral de la Iglesia, la tarea es amplísima y, para que no se disparen las acciones, debe iniciarse con una visión integral de la acción pastoral, que responda a la eclesiología o espiritualidad de comunión y que se llama “pastoral orgánica”. La pastoral orgánica es un proceso educativo para lograr la espiritualidad de comunión. El proyecto pastoral de la diócesis, camino de pastoral orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias de la realidad siempre cambiante y los signos de los tiempos. Este proyecto diocesano de pastoral orgánica debe ser dirigido con solicitud vigilante por parte del obispo en sintonía con su presbiterio y acompañado y apoyado por los fieles laicos, quienes «*deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución*» del plan de pastoral. Los fieles laicos deben ser incorporados a la renovación de las estructuras parroquiales y diocesanas y, sobre todo, formados y acompañados para insertarse en la vida “secular”, que es su ámbito propio y principal⁴⁹. Este oficio los laicos lo ejercen, no como concesión graciosa de sus pastores, sino en fuerza de su incorporación a Cristo mediante el bautismo y la confirmación. Así como se llama a los fieles laicos a desempeñar ciertos ministerios intraeclesiales, y ellos tienen el deber moral de acudir a la voz de sus pastores, así los pastores deben considerar parte de su oficio el apoyar y acompañar a los laicos en sus tareas apostólicas, respetando en ellas su

⁴⁶ Aparecida, 365.

⁴⁷ Aparecida, 370.

⁴⁸ Aparecida, 517 i.

⁴⁹ Cf. Aparecida, 100 c.

índole laical⁵⁰. Tan reprochable es la laicización del ministerio ordenado como la clericalización del estado laical, ahora de grande actualidad; como también el abandono o desinterés de los pastores por los proyectos que emprenden los fieles laicos en cumplimiento de sus deberes cristianos.

Los consejos de pastoral

24. Este diálogo y cooperación eclesial facilitará al pastor estar atento a las necesidades de su grey y podrá responder mejor a los reclamos del mundo globalizado y en continua mutación. A este respecto, los Consejos de pastoral, tanto los diocesanos como los parroquiales, son de vital importancia en cuanto representativos de grupos o sectores que, apoyados en su conocimiento de la realidad e iluminados por el Espíritu santo, mediante el “don de consejo” y no de simples pareceres, auxilian al pastor, en la toma de decisiones para común utilidad. Este auxilio laical presta un valioso servicio al pastor quien debe iluminar a sus fieles en todo lo referente al diálogo Iglesia-mundo: política, economía, justicia, trabajo, educación, cultura y el mundo fascinante y movido de las comunicaciones, para que en todos ellos resuene la voz viviente y vivificante del Evangelio. A este respecto, Aparecida se hace eco en sus páginas del llamado del Papa Benedicto XVI a crear estructuras justas como « *una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad* »⁵¹. Este es el campo específico de los fieles laicos en los diversos ámbitos de su vida; para ello deben recibir una formación sólida a fin de que puedan ejercer su liderazgo y recrear la cultura católica, ahora en evidente declive en el continente. Este es un elemento decisivo en la conversión pastoral de la Iglesia.

C) LA CONVERSIÓN EN LOS MÉTODOS PASTORALES

Los nuevos caminos del Evangelio

25. El método es el camino a seguir para lograr el objetivo; son opciones operativas para lograr el cambio y llegar a la meta. Son los *cómo* del proceso de conversión pastoral. En referencia con lo específico de la acción pastoral de la Iglesia, los métodos no son sólo instrumentos o técnicas operativas a manera de herramientas de trabajo; son, más bien, enfoques y opciones que reflejan y manifiestan el estilo propio de la pastoral, que no es otro que el de Jesús. Los

⁵⁰ Cf. *Aparecida*, 100 c.

⁵¹ *Discurso Inaugural*, 4.

métodos vienen siendo verdaderas opciones pastorales. « *Nuevas situaciones exigen nuevos caminos para la Evangelización* », afirmó Santo Domingo⁵² y señaló el testimonio, el encuentro personal con Jesucristo, la docilidad al Espíritu Santo así como la confianza en la acción salvadora presente en el kerigma y la solidaridad del cristiano con todo lo humano.

Alegrar la esperanza

26. Aparecida señala algunas “sombras” que entristecen el panorama que quiere alegrar nuestra esperanza. Lo hace en el impactante retablo de carencias en el número 100 del Documento, que en la letra “c” explícitamente señala « *una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones* », con un énfasis en el ritualismo sin el conveniente itinerario formativo de los fieles. Habría también, en ocasiones, una “inversión pastoral” recurriendo a una eclesiología preconiliar (b), y « *nos ha faltado valentía, persistencia y docilidad a la gracia* » (h), pues « *se notan —por ejemplo— actitudes de miedo a la pastoral urbana; tendencias a encerrarse en los métodos antiguos y a tomar una actitud de defensa ante la nueva cultura, de sentimientos de impotencia ante las grandes dificultades de las ciudades* »⁵³. Como el primer paso hacia la conversión es la aceptación de las culpas, nuestros pastores humildemente confiesan que « *nos reconocemos como comunidad de pobres pecadores, mendicantes de la misericordia de Dios, congregada, reconciliada, unida y enviada por la fuerza de la Resurrección de su Hijo y gracia y conversión del Espíritu Santo* »⁵⁴.

Primero, la gracia

27. Sin duda que esta humilde confesión nos dispone, como al publicano, para la misericordia divina o “primacía de la gracia”, que nos invita a superar “*la tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar*”⁵⁵. Cuando no se respeta este principio, « *los proyectos pastorales llevan al fracaso y dejan en el alma un humillante sentimiento de frustración* »⁵⁶. Previendo esta tentación, Aparecida nos invita a proseguir el itinerario iniciado por la primera comunidad apostólica y a dar la primacía al Espíritu de modo que podamos decir siempre con verdad:

⁵² Santo Domingo, 29.

⁵³ Aparecida, 513.

⁵⁴ Aparecida, 513.

⁵⁵ *Novo Millennio ineunte*, 38.

⁵⁶ *Novo Millennio ineunte*, 38.

«Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros» (Hech 15, 28). Cuando actúa el Espíritu, entonces Jesucristo se hace presente y se forma en torno a Él la comunidad de salvación, la Iglesia, una y múltiple, unida y plural, engalanada con dones y carismas diversos; el protagonismo humano, en cambio, no edifica, sino que dispersa o paraliza y genera o la división o la uniformidad. El protagonista de la misión es Jesús, no el discípulo; éste, después de haber experimentado la fascinación del encuentro con el Maestro, como nos lo trasmite san Juan en el relato paradigmático de los dos primeros discípulos (Cf. *Jn* 1, 38s), es invitado a “permanecer con él”. En efecto, el discípulo de Cristo, a diferencia del alumno de los escribas, queda unido a su Persona y forma parte de su familia, como el sarmiento a la vid para producir mucho fruto (Cf. *Jn* 15, 4-5). Por eso, este relato vocacional «*permanecerá en la historia como síntesis única del método cristiano*»⁵⁷ y los primeros discípulos como ejemplos a imitar.

III. TRES SUBRAYADOS: LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS, LA INICIACIÓN CRISTIANA Y LA PASTORAL DE CONJUNTO.

Tres urgencias para la conversión pastoral

28. La conversión pastoral abarca toda la vida cristiana: las personas, los métodos, las instituciones y, dijimos, está presente de manera transversal en el Documento de Aparecida. Sin embargo, quisiera hacer tres subrayados que me parecen de vital importancia para la conversión pastoral de la Iglesia: La escucha atenta de la Palabra de Dios y la Iniciación cristiana, y la Pastoral de conjunto.

A) LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS

La misión exige obediencia a la Palabra de Dios

29. En la serie de preguntas que se hace y responde el papa Benedicto XVI en su discurso inaugural, toca este punto con singular maestría: «¿Cómo conocer realmente a Cristo para poder seguirlo y vivir con él, para encontrar la vida en él y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo?», y responde el Papa: «Ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la

⁵⁷ *Aparecida*, 244.

Palabra de Dios». Y prosigue: «*Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y el Caribe se dispone a emprender[...] es condición indispensable el conocimiento profundo de la palabra de Dios*»⁵⁸. Un “conocimiento profundo” y una obediencia incondicional a ella: «*En éste pondré mis ojos: en el humilde y en el abatido que se estremece ante mis palabras*» (Is 66, 2).

Conversión a la Palabra de Dios

30. A partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia que peregrina en este continente, ha experimentado un acercamiento a la Palabra de Dios escrita mediante versiones en lengua vulgar de la Biblia. Numerosas comunidades han hecho de la lectura meditada de la Escritura su alimento y sustento espiritual. Gracias a Dios las traducciones son variadas, sin duda de diversa calidad, pero indicadores valiosos de salud bíblica. No obstante este despertar bíblico, la riqueza de la constitución dogmática sobre la Divina Revelación del Concilio Vaticano II, no ha rendido todavía los frutos abundantes que auspicia en su final: «*Que [...] por la lectura y estudio de los Libros sagrados, se difunda y brille la palabra de Dios (2 Tes 3,1); que el tesoro de la revelación encomendado a la Iglesia vaya llenando el corazón de los hombres. Y como la vida de la Iglesia se desarrolla por la participación asidua del misterio eucarístico, así es de esperar que recibirá nuevo impulso de vida espiritual con la redoblada devoción a la Palabra de Dios, que dura para siempre (Is 40,8; 1 Pe 1,23-25)*»⁵⁹. Estamos lejos de satisfacer este deseo del Vaticano II; por eso el Papa nos lo subraya con particular vehemencia en su discurso, cuando añade: «*Para esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios: que ella se convierta en alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (Cf. Jn 6, 63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios. Para ello animo a los pastores a esforzarse por darla a conocer*»⁶⁰. Está del todo claro el llamado del Papa a la conversión bíblica de los pastores y, en consecuencia, de los fieles.

Animación bíblica de la pastoral

31. A este llamado responde Aparecida con solicitud en el número 247, citando el texto del Papa, que luego comenta: «*Se hace, pues, necesario exponer la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de*

⁵⁸ *Discurso Inaugural*, 3.

⁵⁹ *Dei Verbum*, 26.

⁶⁰ *Discurso Inaugural*, 3.

“auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad”⁶¹. Esta propuesta será mediación de encuentro con el Señor si se presenta la Palabra revelada, contenida en la Escritura, como fuente de evangelización»⁶², de modo que se responda al hambre de la Palabra de Dios que existe en nuestro pueblo. Se deberá, por tanto, como signo de conversión pastoral, implementar una “pastoral bíblica”, «entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, de evangelización inculturada o de encuentro con la Palabra»⁶³. Esta “animación bíblica” quiere significar la presencia omnimoda de la Palabra de Dios en todas las “pastorales”. La llamada pastoral bíblica no debe entenderse como una “super pastoral”, sino que su función es la del Verbo encarnado: Ser vida y luz para todas las pastorales. Deberá también evitarse el peligro del llamado “biblismo”, que desliga el Libro santo de la Tradición viva de donde nació y del servicio del Magisterio y que degenera en interpretaciones de corte fundamentalista. La Escritura nació en la Iglesia y debe leerse, interpretarse y vivirse dentro de la comunión eclesial, cuya máxima expresión es la celebración eucarística, donde confluyen en una misma mesa el pan de la palabra y el pan eucarístico. Por eso concluye nuestro texto: «Esto exige, por parte de los obispos, presbíteros, diáconos y ministros laicos de la Palabra, un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea solo intelectual e instrumental, sino con un corazón “hambriento de oír la Palabra del Señor” (Am 8, 11)», en especial «la lectio divina o ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura»⁶⁴, cuyo lugar propio es la parroquia «donde se recibe y acoge la Palabra, se celebra y se expresa en la adoración del Cuerpo de Cristo y, así, es la fuente dinámica del discipulado misionero»⁶⁵. Sin duda que el próximo Sínodo de los Obispos nos ayudará a esclarecer esta doctrina y a ponerla en práctica mediante la conversión pastoral de pastores y fieles.

B) LA INICIACIÓN CRISTIANA

Identidad católica vulnerable

32. La constatación, tardía quizá pero saludable de nuestros pastores, de que «son muchos los creyentes que no participan en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial», cons-

⁶¹ *Iglesia en América*, 12.

⁶² *Aparecida*, 248.

⁶³ *Aparecida*, 248.

⁶⁴ *Aparecida*, 249.

⁶⁵ *Aparecida*, 172.

tituyen « un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable », que contribuyen a incrementar los grupos religiosos extraños a la Iglesia o afines a la increencia, son « un fenómeno que nos interpela profundamente a imaginar y organizar nuevas formas de acercamiento a ellos para ayudarles a valorar el sentido de su vida sacramental, de la participación comunitaria y de su compromiso ciudadano »⁶⁶. Ante este “gran desafío” que cuestiona a fondo la manera como estamos educando en la fe, « se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana » que señale el qué, el quién, el como y el dónde debe realizarse pues, « o educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora »⁶⁷.

« Nova et vetera »: La iniciación cristiana

33. La propuesta viene en el número 294, que dice: « Proponemos que el proceso catequístico formativo adoptado por la Iglesia para la iniciación cristiana sea asumido en todo el Continente como la manera ordinaria e indispensable de introducir a la vida cristiana, y como la catequesis básica y fundamental », y explica como « la iniciación cristiana, que incluye el kerigma, es la manera práctica de poner en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado » fortaleciendo « la unidad de los tres sacramentos de la iniciación cristiana y profundizar en su rico sentido »⁶⁸. Vienen después las modalidades de esta iniciación cristiana, o como catequesis prebautismal para los no bautizados o como postbautismal para los bautizados no suficientemente evangelizados « con una experiencia que introduce en una profunda y feliz celebración de los sacramentos, con toda la riqueza de sus signos » o « catequesis mistagógica »⁶⁹. Estas citas basten para indicar la seriedad de los cambios que se necesitan de urgencia en los procesos catequéticos y evangelizadores de nuestras diócesis, parroquias y comunidades, pues « una comunidad que asume la iniciación cristiana renueva su vida comunitaria y despierta su carácter misionero. Esto requiere nuevas actitudes pastorales de parte de los obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y agentes de pastoral »⁷⁰. Este es un punto fundamental de la conversión pastoral en su dimensión catequética, que toca todo y a todos. Habrá que desempolvar las riquísimas catequesis de un San Cirilo de Jerusalén, de un San Ambrosio de Milán, de un San Juan Crisóstomo, de un San Agustín junto con los

⁶⁶ *Aparecida*, 286.

⁶⁷ *Aparecida*, 287.

⁶⁸ *Aparecida*, 288.

⁶⁹ *Aparecida*, 290.

⁷⁰ *Aparecida*, 291.

métodos renovados de los grandes evangelizadores de nuestro continente: de un Santo Toribio de Mogrovejo o de un San Rafael Guízar Valencia, pues serán siempre los santos los mejores evangelizadores y maestros de nuestra conversión y acción pastoral.

C) LA PASTORAL DE CONJUNTO

Rica experiencia postconciliar

34. Desde los tiempos del postconcilio, numerosas diócesis del Continente vienen luchando por lograr una pastoral de conjunto o pastoral orgánica. En muchas de ellas ya es el modo ordinario de trabajar. Fue el Documento de Puebla el que propuso la pastoral planificada como «*la respuesta específica, consciente e intencional a las necesidades de la evangelización*»⁷¹ en estas tierras. Los esfuerzos han sido numerosos y también los frutos, pues nada genera mayor desaliento en la acción pastoral que la improvisación, las acciones paralelas y hasta contrapuestas, que todavía no suelen faltar.

La pastoral de conjunto, signo de conversión pastoral

35. La pastoral de conjunto es el objetivo de toda planeación pastoral. Aparecida reconoce los avances en «*en la estructuración de la pastoral orgánica*»⁷² y se alegra por ello, pues hace posible que la diócesis cumpla su cometido respecto a la comunión y a la misión⁷³. En efecto, el plan de pastoral es un signo operativo de la eclesiología de comunión y de conversión pastoral. Toda auténtica pastoral está llamada a ser orgánica o de conjunto, pues de otra manera no expresa suficientemente el misterio de la Iglesia y puede desviarse hacia la uniformidad o hacia la dispersión. La planeación pastoral, si se hace en comunión y participación bajo la guía del Espíritu Santo, debe lograr que cada miembro de la Iglesia pueda «*evangelizar de un modo armónico e integrado en el proyecto pastoral de la Diócesis*»⁷⁴ y así pueda ser verdadero discípulo y misionero de Jesucristo.

⁷¹ Puebla, 1306.

⁷² Aparecida, 99 g.

⁷³ Cf. Aparecida, 169.

⁷⁴ Aparecida, 169.

*El sustrato católico de América Latina
y el preocupante proceso de debilitamiento de la fe*

S.E. MONS. FERNANDO SÁENZ LACALLE
Arzobispo de San Salvador

El autor norteamericano Washington Irving, inspirado, tal vez, en la leyenda de los Siete Durmientes de Éfeso, escribió un cuento sobre un hombre que durmió por veinte años y al despertar se encontró una sociedad dramáticamente cambiada. El título del cuento es «*Rip Van Winkle*». Trata de un aldeano de ascendencia holandesa del estado de Nueva York en el siglo XVIII. Irving retrata a Rip Van Winkle como un hombre que prefiere cazar en lugar de trabajar y, por el descuido de sus responsabilidades, se gana los regaños de su esposa, *mulier fortissima* y motivo de la infelicidad de su cónyuge.

Rip se escapa un día al bosque armado con su mosquete y acompañado de su perro. Encuentra unos hombres raros que están jugando boliche y tomando licor en grandes copas antiguas. Los hombres obligan a Rip Van Winkle a que les sirva de mesero y él mismo ingiere una gran cantidad del licor que le produce un profundo sueño. Cuando despierta, los hombres extraños ya no están, su perro se ha ido y encuentra su mosquete totalmente herrumbrado. Al regresar al pueblo nadie lo reconoce, se da cuenta de la muerte de su esposa (desgraciadamente, tal información no le da mucho pesar) y se sorprende al saber que el Rey Jorge III ya no reina en las antiguas colonias de Norteamérica.

Mientras dormía Rip Van Winkle, estalló una revolución. Las antiguas colonias se habían independizado y se fundó una república. En el transcurso de dos décadas se produjo una transformación política y social de grandes consecuencias.

Este cuento me viene a la mente al meditar el tema “El sustrato católico de América Latina y el preocupante proceso de debilitamiento de la fe”.

En Aparecida, los obispos y peritos analizamos este tema y las conclusiones están recogidas en el Capítulo 10 del Documento que lleva por título: «*Nuestros Pueblos y la Cultura*».

La definición de “cultura” se encuentra en el número 476: «*La cultura, en su comprensión más extensa, representa el modo particular con el cual los hombres y los pueblos cultivan su relación con la naturaleza y con sus hermanos, con ellos mismos y con Dios, a fin de lograr una existencia plenamente humana*».

Así definida, la cultura es inseparable de la vida de fe: «*La fe sólo es adecuadamente profesada, entendida y vivida, cuando penetra profundamente en el substrato*».

cultural de un pueblo» (*Aparecida*, 447) dijimos, refiriéndonos a un discurso del venerado Papa Juan Pablo II, cuya intuición pastoral sobre este tema continúa retándonos.

Época de cambios radicales

Debemos ser conscientes de que estamos viviendo un tiempo de drásticos cambios culturales. Mao Tse Tung llamaba “Revolución Cultural” a un movimiento anárquico en China en los años sesenta y setenta. La Revolución Cultural en ese inmenso país representaba un ataque al *status quo* y a las costumbres e ideas que no concordaban con la versión maoísta de marxismo-leninismo. Su motivo fue más político que cultural. Con mucha razón podríamos llamar a lo que está pasando en América Latina una “Revolución Cultural”.

Estamos viviendo un *Kulturkampf* mucho más drástico que la lucha de civilizaciones que Bismarck propuso entre la cultura católica y la protestante. Sus fines también eran más políticos que culturales. Sin embargo, podemos hacer buen uso del concepto de *Kulturkampf* como un choque entre la cultura católica que es el patrimonio de Latino América y el caos cultural en que vivimos.

Y temo que los católicos —igual que Rip Van Winkle— nos hayamos dormido durante esta revolución.

Mencionamos en el documento conclusivo de *Aparecida* el «*pluralismo de orden cultural y religioso, propagado fuertemente por una cultura globalizada*» (n. 479). Este pluralismo está vinculado a la globalización de la cultura, tema tratado en la Exhortación *Ecclesia in America* que sintetizaba las conclusiones del Sínodo de América anterior, al Jubileo del año 2000.

Sin embargo, ¿qué hacemos? Se habla de que «*esta misma fe deberá engendrar modelos culturales alternativos para la sociedad actual*. (*Aparecida*, 480)» En *Aparecida* reconocimos que la Iglesia ha perdido mucho campo en cuanto a ser “formadora de opinión”. Los artistas y “la minoría creativa” que siempre surge en tiempos de cambio cultura según las ideas del historiador Arnold Toynbee, no están de acuerdo con la Iglesia. Hay un estancamiento de la influencia de la Iglesia en los importantísimos sectores de los medios de comunicación social, desde los escritores, periodistas, comunicadores de la televisión, los autores de obras literarias, en los innovadores de la educación y la ciencia y, obviamente, hasta en la *élite* política de nuestros países.

Surgen dos grandes amenazas que están en cierta forma vinculadas: el fundamentalismo religioso y el secularismo. Uno nutre al otro en la Revolución Cultural que estamos experimentando. Es irónico que el fundamentalismo

religioso fortalezca el secularismo pero es evidente. Cuando las personas de fe ya no están apoyadas en una perspectiva cultural integrada, el relativismo se introduce. Es la historia de la Reforma Protestante. La tolerancia en cuestiones de fe que necesariamente creció en las sociedades que perdieron su unidad cultural religiosa, rápidamente se transformó en indiferencia y de la indiferencia solamente había que dar un paso hacia la antipatía.

El fundamentalismo religioso en centroamérica

El progreso del fundamentalismo religioso en Centro América es innegable. Se estima que el treinta por ciento de los habitantes de Guatemala pertenecen a comunidades eclesiales que se autodenominan evangélicas, y hay quienes afirman que hasta el cuarenta por ciento de la población en este país de tradición católica ya no está con la Iglesia. Un reciente libro sobre los cambios culturales de Latino América menciona que la “Fraternidad Cristiana” una agrupación de fundamentalistas nacida en Guatemala ha construido el edificio más grande de Centro América, con un espacio para el culto que acomoda a 12,000 personas. Efraín Ríos Montt, ex monaguillo y hermano de un obispo católico, es un pastor y a la vez un líder político.

Un profesor de la Universidad de Cambridge de Inglaterra ha descrito como «*una empresa de conquista cultural*» los esfuerzos de los fundamentalistas en Latinoamérica¹.

Muchos pastores fundamentalistas, con tácticas empresariales y mucha presencia en los medios de comunicación tienen un acusado perfil político en El Salvador. Uno de ellos, con un estilo parecido al de los televangelistas de los Estados Unidos, fue invitado a dirigir una oración en la ceremonia de la Toma de Posesión del Presidente de la República. Este acontecimiento marcó una etapa en la vida religiosa del país.

Se nota en El Salvador que los alcaldes, cada vez más, están cultivando las buenas relaciones con pastores y sus congregaciones. Es común que en eventos como bendiciones de obras públicas y conmemoraciones del Día de Independencia, el párroco y los pastores sean invitados a compartir la presidencia con el alcalde. Esto, de por sí, no es malo, pero representa un cambio cultural muy considerable.

Hay confabulación entre sectas e “iglesias” fundamentalistas para quitar a la Iglesia Católica su “*status*” oficial. El resultado de competencia en las diversas

¹ Citado en Michael Reid, *Forgotten Continent* (New Haven, Yale University Press, 2007) p. 228.

visiones de lo trascendente puede dar lugar a relegar lo religioso fuera de la plaza pública, como ha pasado en otros países.

Durante varios siglos han existido corrientes anticlericales en Latinoamérica. En la historia de Brasil fue notable la injerencia de la filosofía de positivismo. La persecución de la Iglesia por la estructura política en México es bien conocida. Varios países de Centroamérica han tenido presidentes masones. Pero casi siempre las masas de la población mantenían su fe aunque la élite se distanciara de la religión tradicional. Hoy el poder político intenta aprovechar el pluralismo religioso con fines partidaristas.

En El Salvador se aprecia mucho coqueteo entre los partidos y los pastores. Esto afecta a la influencia que puede ejercer la jerarquía católica pero también hace que muchas personas prefieren no introducir la religión en la vida pública porque puede ser fuente de discordia.

De esta manera disminuye la capacidad de la Iglesia Católica para promover, de una manera eficaz, la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia e intervenir en cuestiones de moralidad pública. Con alternativas visiones de lo trascendente, el relativismo crece, tanto en el ámbito de los formadores de opinión como en la mente de la gente. La visión secularista cobra fuerza a causa de la división entre la Iglesia y las comunidades eclesiales separadas y cada vez más asume una posición de privilegiada.

Escaso liderazgo de los católicos en el campo cultural

La falta de liderazgo de la Iglesia en el campo cultural, en diversos niveles, es evidente. ¿Cuántos son los escritores católicos conocidos en Latinoamérica? ¿Dónde están los artistas? ¿Qué evidencia existe del fermento cultural católico? ¿Cómo se forman los políticos católicos? ¿Qué universidades católicas de prestigio proveen un contenido verdaderamente católico en la formación profesional? Las hay, ciertamente, pero no son muchas. Quizás sean más las que con nombres de católicas inficionan la mente de sus profesionales egresados con contenidos filomarxistas, y con relativismo moral.

El Santo Padre habló de esto en su *Discurso Inaugural* y los obispos lo citamos en el n. 502 del Documento:

«[Se da] una notable ausencia en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas».

La Iglesia presta muy poco aporte en la educación de las clases pudientes y su contribución a la cultura popular es cada vez más marginada por la agresividad del fundamentalismo protestante. Los esfuerzos de los medios de

comunicación que son propiedad de la Iglesia son insuficientes, como señalamos los obispos en *Aparecida*. Con frecuencia parece más dinámica la actividad de los fundamentalistas. En Centroamérica, hay más estaciones de radio y televisión protestantes que católicas. En el campo de publicaciones editoriales parece que también ganan los hermanos separados. Hemos puesto empeño para conseguir espacios para canales católicos de televisión por cable, y no hemos logrado ponernos al nivel de los fundamentalistas.

Pastoral de la cultura en *Aparecida*

Aparecida nos pide que prestemos mucha más atención al tema de la cultura. Tenemos que recordar que la cultura no es una herencia que recibimos del pasado. La cultura se hace día a día, es un proceso que no termina. Esto se aprecia claramente en las estrategias de los que no tienen simpatía con la Iglesia, tanto los de orientación secularista como los de carácter fundamentalista. A veces, el esfuerzo católico es tardío, imitativo y con matices de reacción y no de protagonismo. Es como si, en vez de proponer, no hiciésemos más que responder a la gestión de los otros. Una minoría creativa, unida y energética sería capaz de promover un cambio cultural en la historia de civilización, como afirma Toynbee. Pero, ¿Dónde está nuestra creatividad?

Si la Iglesia perdiese los forjadores de opinión y de cultura, se relegaría a dos posibles opciones antipáticas: o se resigna a adaptarse a la cultura ambiental y no ofrecer nada especial a la sociedad o se encierra en el «ghetto» de una cultura marginal.

En la sección sobre «*Nuevos Areópagos y Centros de Decisión*» el documento de *Aparecida* afirma: «*Una tarea de gran importancia es la formación de pensadores y personas que estén en los niveles de decisión. Para eso, debemos emplear esfuerzo y creatividad en la evangelización de empresarios, políticos y formadores de opinión, el mundo de trabajo, dirigentes sindicales, cooperativos y comunitarios*» (*Aparecida*, 492). Esto precisa de una pastoral específica que implicaría ajustes de recursos y prioridades en la pastoral de las diócesis.

El esquema del programa “pastoral-cultural” de *Aparecida* merece nuestra atención. Son cuatro los elementos claves para mantener nuestra presencia (que es un substrato rico de tradición e historia) en la cultura y penetrarla con valores católicos (inculturación):

a) *Favorecer la formación de un laicado capaz de actuar como verdadero sujeto eclesial y competente interlocutor entre la Iglesia y la sociedad y la sociedad y la Iglesia.*

b) *Optimizar el uso de los medios de comunicación católicos, haciéndolos más actantes y eficaces, sea para la comunicación de la fe, sea para el diálogo entre la Iglesia y la sociedad.*

c) *Actuar con los artistas, deportistas, profesionales de la moda, periodistas, comunicadores y presentadores, así como con los productores de información en los medios de comunicación, con los intelectuales, profesores, líderes comunitarios y religiosos.*

d) *Rescatar el papel del sacerdote como formador de opinión. (Aparecida, 497)*

Me llamó la atención este programa por dos razones. En primer lugar porque me parece un buen análisis del problema cultural en Latinoamérica. Desgraciadamente, no es un programa de fácil realización. Requiere la inversión de tiempo, talentos y tesoro y las diócesis ya tienen dificultad con cubrir las necesidades de las parroquias. Se necesitaría establecer una coordinación a nivel de las Conferencias Episcopales; pero también se necesitan personas dotadas de la capacidad de manejar la alta tecnología con creatividad y genio.

La historia nos ofrece un modelo

El problema actual nos recuerda el de la reorganización de vida católica en el tiempo posterior a la Reforma Protestante. Hay quienes prefieren usar el término “Reforma Católica” para designar ese fenómeno histórico, o “Restauración Católica”, en vez de hablar de la “Contrarreforma”, que fue el término inventado por los historiadores protestantes con marcado prejuicio en contra de la Iglesia Católica. No importa el nombre que le demos, pero es importante apreciarlo como una reacción cultural.

Los santos de la “Contrarreforma” defendían una cultura católica. Donde pudieron mantener esa cultura, la Iglesia se mantuvo. Por esto es importante estudiar cómo contrarrestaron la transformación de un substrato cultural y conservaron la fe.

El profesor Po-Chia Hsia de la Universidad de Nueva York² destaca que la Reforma Tridentina, el corazón de la Contrarreforma, supuso, en diversas partes de Europa una nueva cristianización, o, como dijéramos hoy, una Nueva Evangelización.

En la Nueva Evangelización llevada a cabo después del Concilio de Trento, se destacaron cinco aspectos pastorales-culturales:

1. Una pastoral de *formación de líderes católicos*. Los Jesuitas, en aquel tiempo, se destacaron por su esfuerzo en la formación de líderes laicos, dotados de una profunda cultura humanística, con ingerencia en los ámbitos de decisión, en el campo de las artes y el pensamiento. Influyeron en el *Kulturkampf* de aquella época con una pastoral de formadores de opinión.

² R.PO-CHIA HSIA *The World of Catholic Renewal 1540-1770* (Cambridge University Press, Cambridge, United Kingdom, 1998).

2. Muy relacionada con el primer aspecto fue la intensificación de *formación del clero* en diversos niveles: intelectual, espiritual y pastoral. El seminario diocesano fue producto del Concilio Tridentino, pero hubo otros esfuerzos para hacer del clero una vanguardia de la evangelización de la cultura. Claro está que este tema va de la mano con el de la promoción de vocaciones, nuestro gran problema en los países más católicos del mundo.

3. Se puso un esfuerzo tremendo en la *catequesis*. No sólo en la composición de catecismos: desde el catecismo del Concilio a los catecismos de San Pedro Canisio y varios catecismos en varios idiomas. Se puso esfuerzo en las parroquias para mejorar el conocimiento básico de la doctrina católica. Hay estadísticas de la región española de Castilla que ponen en evidencia este hecho. Por ejemplo, antes de 1550, solamente 37 por ciento de los feligreses podía recitar las cuatro oraciones: el Pater, el Ave María, la Salve y el Credo. Una generación después, el 68 por ciento las podía recitar.

4. Otro esfuerzo estaba enfocado a *combatir las supersticiones* que prevalecían en la cultura pre-tridentina. Podemos señalar que también actualmente la superstición es un gran problema en nuestros países. En El Salvador, por ejemplo, la práctica de la brujería está extendida, no solamente a nivel popular, sino también entre las clases altas.

5. Otro aspecto positivo fue el impulso que se dio a la *acción misionera en todas partes del mundo*. El protestantismo no tenía en aquel tiempo mayor afán de expansión fuera de Europa. Hasta el siglo XVIII se comienza la expansión en América (con John Wesley, Jonathan Edwards, et.al.), entre algunas indígenas y, en el siglo XIX, en África. El Catolicismo fue dinamizado por la dimensión misionera a escala mundial. Desde el siglo XVI la gesta misionera de diversas órdenes religiosas en los territorios descubiertos, desde Canadá, California y La Florida hasta la Patagonia y Las Filipinas comunicaba a la cristiandad católica un espíritu misionero. Las misiones en Norte América, en la India y China encendieron posteriormente un celo extraordinario de la población católica europea por la misión que hoy día llamaríamos *Ad Gentes*.

Pienso que todos estos aspectos pueden servirnos como puntos de partida para una reflexión pastoral. Necesitamos una evangelización de la cultura y esto implica una evangelización de los forjadores de la cultura. Gozamos del gran patrimonio que la historia nos ha legado en Latinoamérica. Pero, si no hay responsables que lo puedan conservar y articular de nuevo, va a desaparecer bajo la avalancha de lo que *Ecclesia in América* llamaba la “cultura adveniente”, globalizada, superficial y materialista.

Además, necesitamos un clero más preparado para el diálogo con el mundo. Es decir, un clero más conocedor de la ciencia, la historia y el arte. Si los líderes

de la comunidad no pueden expresar de manera convincente ideas claras sobre la dignidad humana, la Iglesia se reduce a repetir ideas de moda en cada época: eso es, en parte, lo que pasó con la Teología de Liberación. Un clero más preparado en cuestiones culturales está más preparado para evangelizar.

La catequesis es una empresa de gran actualidad. En mi país se tiene como lema, “católico ignorante, futuro protestante”. Parece que hay una crisis catequética en muchos países. En nuestro ambiente no hay materiales accesibles a toda la población para transmitir la doctrina básica de la fe que estén pedagógicamente actualizados y escritos y diseñados para los niños que no son de la clase media. En los colegios hay buenos libros de catequesis, en las parroquias no. Este tema debe ser estudiado también por las Conferencias Episcopales.

El cuarto aspecto de la evangelización “tridentina” se relaciona con las supersticiones. La televisión en Latinoamérica está llena de programas de astrología, de ovnis, “chupacabras” y otros temas fantásticos que a veces se presentan con símbolos católicos y producen confusión. Necesitamos un catolicismo más resistente en cuanto a credulidad respecto a elementos mágicos y exageraciones irracionales. Esto requiere el trabajo de un clero con la paciencia y la determinación de erradicar tales supersticiones.

El último aspecto de la Restauración Católica según el profesor Po-Chia Hsia también debe ser objeto de nuestra reflexión. Es irónico que Latino América, hogar de tantos católicos y exportador de tantos emigrantes, envíe muy pocos misioneros a otras partes del mundo. Ni siquiera hay un envío coordinado de sacerdotes, religiosos y laicos preparados para atender pastoralmente a nuestros emigrantes latinoamericanos. La misión *Ad Gentes* es más importante que nunca en un mundo globalizado. La Iglesia está globalizada desde su inicio, pero los católicos en Latino América no viven una conciencia misionera.

Conclusión

Es muy conocida la frase del filósofo hispano-norteamericano George Santayana, «Los que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo». En este caso, podemos tomar el adagio en positivo: Debemos estudiar la historia de la Restauración Católica para repetir su éxito en la conservación de la cultura católica.

Empezamos esta reflexión con referencia a la historia de Rip Van Winkle. Nuestra conclusión es que nos hemos dormido demasiado. Cuando Jesús encontró por tercera vez a los apóstoles dormidos en el huerto, les dijo con cierta ironía: «*Abora ya podéis dormir y descansar,*» pero inmediatamente les conminó: «*¡Levantaos!, ¡Vámonos!*» (Mt 26.46). La Iglesia hoy en Aparecida nos ha dicho también, «*¡Levantaos! ¡Vámonos!*» Que el ejemplo de los santos nos ayude.

*El compromiso social de la Iglesia:
expresión del rostro humano de Dios
y el rostro divino del hombre*

S.E.R. CARDENAL JORGE LIBERATO UROSA SAVINO
Arzobispo de Caracas

1. Introducción

Tuve la gracia de participar en la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe celebrada en Aparecida, Brasil, en mayo de 2007. Esta magna y trascendental Asamblea se inscribe en la línea de las grandes manifestaciones de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia de América Latina y el Caribe, desde la primera Conferencia General en Río de Janeiro en 1955, pasando por Medellín, Puebla y Santo Domingo. Agradezco de corazón la invitación del Señor Cardenal Giovanni Battista Re, y de S. E. Mons. Octavio Ruiz Arenas, Presidente y Vicepresidente respectivamente de la Pontificia Comisión para América Latina, a participar en este volumen de reflexión sobre los diversos aspectos contenidos en el Documento Conclusivo. Me corresponde presentar un tema fundamental para la vida de nuestras comunidades eclesiales, ampliamente desarrollado en el Documento: el compromiso social de la Iglesia.

2. La misión de la Iglesia

«*Nuestra fe proclama que Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre*»¹. Y la práctica de la caridad viva por parte de cada uno de los creyentes, según las exigencias del Señor en el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo, es manifestación concreta de la presencia de Cristo en el mundo a través de sus discípulos y misioneros. La caridad en todas sus formas es presencia de Cristo, «*rostro humano de Dios y rostro divino del hombre*».

En el capítulo 8 sobre el Reino de Dios y la promoción de la dignidad humana Aparecida nos dice: «*Nuestra fidelidad al Evangelio nos exige proclamar en todos los areópagos públicos y privados del mundo de hoy, y desde todas las instancias de la vida y misión de la Iglesia, la verdad sobre el ser humano y la dignidad de toda persona humana*»².

¹ Aparecida, 391; EA, 67.

² Aparecida, 390.

Esta proclamación es, sin duda alguna, parte de la misión encomendada por Cristo resucitado a sus apóstoles y a la Iglesia toda. La verdad sobre el ser humano y su dignidad forma parte integrante de las verdades que Cristo nos envía a anunciar al mundo entero. Y, por supuesto, la Iglesia está llamada a hacerlo con la palabra, con la predicación viva de la grandeza del ser humano. Pero también con el testimonio concreto, expresado en su cercanía a la humanidad, su compromiso con la justicia, la defensa de los derechos humanos, en síntesis, con su compromiso social. Anunciar y hacer presente a Cristo en el mundo implica, exige, la acción de la Iglesia por la construcción de una nueva sociedad, por la liberación de las injusticias y de la esclavitud, por el progreso de todos los seres humanos y, preferencialmente, de los más pobres.

Aparecida nos transmite el vehemente llamado de los obispos latinoamericanos y caribeños a la acción social, al compromiso por la paz y la justicia, por la defensa de los derechos humanos, y nos urge a realizar concretamente una enérgica opción por los pobres. No podía ser de otra manera. Nuestra Iglesia en todo el continente, —y sin duda los Obispos—, tiene clara conciencia de la pertinencia, la necesidad, la urgencia, del compromiso social. Al episcopado latinoamericano y caribeño le duele la lacerante realidad que nos rodea, en una región donde la pobreza, la violencia, la injusticia y toda clase de violaciones a los derechos humanos se hacen presentes por doquier.

No es casual que nuestro documento refleje, como una línea transversal, esa preocupación por la vivencia de la caridad y por la actuación del compromiso social. Se trata del cumplimiento de la perentoria exigencia de Jesús en el Evangelio, preanunciada por los profetas, y reflejada luego en las cartas de Pablo, Juan y Santiago: «*os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros... como yo os he amado*»³.

3. «Para que en el tengan vida»

Antes de entrar de lleno en el tema, quisiera referirme al sentido de la palabra «vida» en nuestro documento Conclusivo. «*Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en El tengan vida*». Ese fue el hermoso lema de nuestra Vª Conferencia. Estamos llamados a seguir y anunciar a Jesucristo, para que a través de nuestro testimonio y nuestra anuncio, mucha gente escuche la Palabra de Dios, la acoja con el don de la fe, y reciba *la vida nueva* (Jn 11,25; Jn 20, 31; Rm 6,4) , la vida eterna (Jn 3, 15-16; Jn 5, 24; Jn 6,40) la vida misma de

³ Jn 13,34.

Jesús (2 Co 4,10), *la participación en la naturaleza divina* (2 P 1,4), que el Señor Jesús nos ha traído desde su Padre celestial por la acción del Espíritu Santo⁴.

Cuando se habla, pues, de la “vida” que en Cristo pueden tener nuestros pueblos, se está hablando, en primer lugar, en una primera acepción, de la *vida nueva en Cristo*. Aquella en la que participamos y por la cual somos hijos de Dios y hombres nuevos, y por la cual somos elevados a la condición maravillosa de partícipes de la naturaleza divina. La nueva vida, la vida de la gracia. Esa que aún los pobres y los enfermos, los olvidados y los excluidos, los presos y los oprimidos pueden recibir. Esa que supera las barreras temporales de nuestra existencia terrenal, para proyectarse en la eternidad.

Hablamos aquí del mayor don que el Señor nos ha dado, y que estamos llamados a compartir con nuestros hermanos, y que Jesús, nuestro Divino Salvador, nos infunde a pesar de las guerras, del horror de la crueldad humana, de las barreras de la enfermedad y limitaciones de todo tipo que forman parte de la existencia humana precisamente por nuestra condición mortal, contingente, precaria y contaminada por las consecuencias del pecado.

Por la fe y el bautismo poseemos esa *vida nueva*, que compartimos con el mismo Hijo de Dios, y —precisamente por ello—, estamos llamados a ser misioneros, a anunciar el Evangelio de la salvación, de la vocación de cada ser humano a participar de la filiación divina, a acoger el don de la fe en el inmenso amor de Dios. *Somos discípulos misioneros de Jesucristo*. Y por ello estamos llamados a anunciar también las verdades sobre el ser humano y la grandeza de la dignidad de cada persona. Debemos hacerlo porque sin duda Dios quiere que, a través de nuestra proclamación, muchas personas alcancen la gracia de la fe y la salvación eterna, para ser felices y para alcanzar la auténtica plenitud de la existencia humana. La cual, sin duda no se puede realizar en esta tierra, precisamente por las limitaciones de nuestra propia naturaleza, y por las calamitosas consecuencias del pecado original y de los pecados de todos nosotros, los seres humanos.

Pues bien: también, estamos llamados a vivir intensamente el mandamiento nuevo del amor y, en concreto, a trabajar y luchar para que nuestros hermanos vivan mejor, para que tengan una vida, una existencia humana, acorde con nuestra excelsa dignidad de personas y de hijos de Dios por la fe y el bautismo⁵. Ese es el sentido del exigente compromiso social que Cristo mismo nos impone en el Evangelio cuando nos dice: *«tuve hambre y me diste de*

⁴ *Aparecida*, 101, 102, 109.

⁵ *Aparecida*, 106, 108.

comer, [...] era forastero y me recibiste». Y cuando nos dice: «en esto conocerán que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros»⁶.

Aparecida, pues, utiliza la palabra “vida”, “tengan vida”, en esos dos sentidos. La nueva vida en Cristo, y una existencia humana digna. Es bueno que lo tengamos en cuenta para evitar confusiones reduccionistas en cuanto a la misión de la Iglesia y a la acción pastoral en general. Confusiones que se dan en aquellos que identifican el Reino de los cielos, el Reino de Cristo, con sistemas políticos de diverso signo, o con la prosperidad material o cultural. Es importante que tengamos en cuenta la gran diferencia que hay entre la *vida en Cristo*, es decir, la participación en la vida misma de Dios, aquella por la que compartimos a la condición de hijos del Padre en Cristo; y *la mera existencia humana*, terrenal, temporal, limitada, mortal, que sin duda debe ser digna, serena y, hasta lo posible, feliz.

Hemos de compartir y llevar a nuestros hermanos la vida en ambos sentidos: la vida divina, de la gracia; y una existencia digna de seres humanos, de personas creadas a imagen y semejanza de Dios. Pero hay una diferencia: alcanzar la plenitud de *la vida en Cristo* es siempre posible, a través de la fe y la fidelidad, el seguimiento, el discipulado. Vivir una existencia temporal plena, sin problemas, sin limitaciones y contradicciones, sin dolor, sin la presencia del mal en la historia personal de cada ser humano, es imposible, pues la condición mortal, limitada y contingente del ser humano así lo condiciona. Pero sí estamos obligados a trabajar con decisión, con intensidad, con ardor para que nuestros hermanos pobres, enfermos, presos, excluidos y marginados o disminuidos en cualquier aspecto de su existencia, tengan una vida mejor, y sientan cerca, en su corazón, junto con nuestra mano amiga, la mano amorosa de Cristo, de Dios, nuestro bondadoso Padre celestial.

4. Nuestra realidad latinoamericana

La Vª Conferencia nos plantea el reto de afrontar la gravísima situación que viven muchísimos hombres y mujeres en América Latina y el Caribe. Siguiendo el método analítico de ver, juzgar y actuar, Aparecida echa una mirada desde la fe sobre los diversos aspectos que configuran la realidad social y pastoral de América Latina y el Caribe en nuestros días.

En su discurso de inauguración de la Vª Conferencia, el Papa Benedicto XVI nos señalaba la importancia de ver la realidad con los ojos de Dios. Más aún, indicaba, como una línea fundamental de nuestro diagnóstico, que lo más

⁶ Jn 13,35.

importante de la realidad es el mismo Dios, sin el cual se oscurece y se esfuma la realidad del hombre.

El Documento de Síntesis elaborado antes de la Conferencia había visto la realidad desde el punto de vista predominantemente cultural: el problema de la globalización, del cambio de época y su desafío, los profundos cambios culturales, el individualismo y el subjetivismo, la hegemonía de los factores económicos y tecnocientíficos, los retos planteados por la cultura urbana, etc.

La visión de la Vª Conferencia va a ser distinta a la de aquel documento preparatorio; fue más concreta y apremiante. Siempre teniendo en cuenta los decisivos factores culturales analizados en el Documento de Síntesis, los cuales se consideran en el segundo capítulo del Documento Conclusivo al tratar la situación socio cultural, se dio gran importancia a la gravedad de la situación en el campo de los derechos humanos. Ya desde las primeras reflexiones, tanto en el aula como, más todavía, en las reuniones iniciales por grupos, se vio la gran preocupación de los participantes, obispos, sacerdotes, personas consagradas y seglares, por la gravísima situación que confrontamos en nuestros días. El resultado se plasmó en nuestro Documento, el cual nos urge, si queremos ser auténticos discípulos misioneros de Jesucristo, a afrontar con viva caridad la dura realidad de nuestros pueblos.

Así nos dice con respecto a la situación de la mujer: «*En esta hora de América Latina y el Caribe, urge tomar conciencia de la situación precaria que afecta la dignidad de muchas mujeres. Algunas, desde niñas y adolescentes, son sometidas a múltiples formas de violencia dentro y fuera de casa: tráfico, violación, servidumbre y acoso sexual; desigualdades en la esfera del trabajo, de la política y de la economía; explotación publicitaria por parte de muchos medios de comunicación social, que las tratan como objeto de lucro*»⁷. Y se denuncia con firmeza la exclusión del acceso grandes mayorías a los bienes de consumo, entre ellos muchos que constituyen «*elementos básicos y esenciales para vivir como personas*»⁸.

Al tratar la globalización, la considera como un fenómeno sin duda positivo. Pero, con el Papa Benedicto XVI, se afirma que ella comporta el riesgo de los grandes monopolios y de convertir el lucro en valor supremo. Por ello, Benedicto XVI enfatiza que, como en todos los campos de la actividad humana, «*la globalización debe regirse también por la ética, poniendo todo al servicio de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios*»⁹.

De lo contrario, como en la globalización «*la dinámica del mercado absolutiza con facilidad la eficacia y la productividad como valores reguladores de todas las relaciones*

⁷ *Aparecida*, 48.

⁸ *Aparecida*, 54.

⁹ *Aparecida*, 60.

humanas, [...] ella se convierte en un proceso promotor de inequidades e injusticias múltiples»¹⁰. Ella sigue «una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos y produce la exclusión de todos aquellos no suficientemente capacitados e informados [...]. La pobreza de hoy es pobreza de conocimiento y del uso y acceso a las nuevas tecnologías»¹¹.

Ante esta compleja realidad, Aparecida nos hace un perentorio llamado a promover «una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos, haciendo de América Latina y el Caribe no sólo el Continente de la esperanza, sino también el continente del amor, como lo propuso SS. Benedicto XVI en el Discurso inaugural de esta Conferencia»¹².

El problema es que la dinámica de la globalización económica concebida bajo el signo del lucro, en una línea capitalista, va creando cada vez más grupos excluidos, y hay grandes limitaciones para los gobiernos sometidos al peso terrible de la deuda externa. Otros problemas, como el fortalecimiento de las instituciones financieras y las empresas transnacionales, mientras se debilitan los Estados; la corrupción, las inversiones puramente especulativas, el subempleo y el desempleo, la subcontratación, la desprotección social, las migraciones y, adicionalmente, el problema del latifundio, de inmensas cantidades de campesinos sin tierra propia, configuran una realidad trágica, que dificulta un proceso de crecimiento económico para los grupos más empobrecidos¹³.

Los que sufren

Aparecida nos presenta de manera concreta y visible la realidad de la pobreza y de la injusticia presente en los rostros de quienes sufren. En una dramática descripción nos dice:

«Entre ellos, están las comunidades indígenas y afroamericanas, que, en muchas ocasiones, no son tratadas con dignidad e igualdad de condiciones; muchas mujeres, que son excluidas en razón de su sexo, raza o situación socioeconómica; jóvenes, que reciben una educación de baja calidad y no tienen oportunidades de progresar en sus estudios ni de entrar en el mercado del trabajo para desarrollarse y constituir una familia; muchos pobres, desempleados, migrantes, desplazados, campesinos sin tierra, quienes buscan sobrevivir en la economía informal; niños y niñas sometidos a la prostitución infantil, ligada muchas veces al turismo sexual; también los niños víctimas del aborto. Millones de personas y familias viven en la miseria e incluso pasan hambre. Nos preocupan también quienes dependen de las drogas, las personas con capacidades diferentes, los portadores y víctima de enfermedades graves como la malaria, la tuberculosis y VIH - SIDA, que sufren de soledad y se ven

¹⁰ Aparecida, 61.

¹¹ Aparecida, 62.

¹² Aparecida, 64.

¹³ Cf. Aparecida, 66-73.

excluidos de la convivencia familiar y social. No olvidamos tampoco a los secuestrados y a los que son víctimas de la violencia, del terrorismo, de conflictos armados y de la inseguridad ciudadana. También los ancianos, que además de sentirse excluidos del sistema productivo, se ven muchas veces rechazados por su familia como personas incómodas e inútiles. Nos duele, en fin, la situación inhumana en que vive la gran mayoría de los presos, que también necesitan de nuestra presencia solidaria y de nuestra ayuda fraterna. Una globalización sin solidaridad afecta negativamente a los sectores más pobres. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables”»¹⁴.

La dramática situación socioeconómica es agravada por la situación socio-política de la mayoría de nuestros países. En Aparecida los Obispos « constatamos un cierto progreso democrático que se demuestra en diversos procesos electorales, pero en algunas partes avanzan « diversas formas de regresión autoritaria por vía democrática, que en ciertas ocasiones, derivan en regímenes de corte neopopulista »¹⁵. Para el fortalecimiento de la democracia es indispensable la justicia social: « no puede haber democracia verdadera y estable sin justicia social, sin división real de poderes y sin la vigencia del estado de derecho »¹⁶. Se señala como un gravísimo problema, entre otros, el recrudecimiento de la corrupción en la sociedad y en el Estado, que involucra a los poderes legislativos y ejecutivos en todos sus niveles, y alcanza también al sistema judicial¹⁷.

En el aspecto social Aparecida denuncia el grave deterioro causado por el crecimiento de la violencia de todo tipo, provocada, entre otras causas, por « la idolatría del dinero, el avance de una ideología individualista y utilitarista, el irrespeto a la dignidad de cada persona, el deterioro del tejido social, la corrupción incluso en las fuerzas del orden, la falta de políticas públicas de equidad social »¹⁸, y la aprobación de leyes injustas. El aumento de la represión, la violación de los derechos humanos, la persistencia de la « *lucha armada con todas sus secuelas* » en algunos países, con influencia del narconegocio¹⁹.

En cuanto al uso de los bienes comunes a todos los pueblos, más aún a toda la humanidad, Aparecida denuncia problemas que afectan gravemente a todos los seres humanos, pero, con mayor fuerza a los más pobres: la exclusión de las poblaciones tradicionales de las decisiones sobre las riquezas de la

¹⁴ Aparecida, 65.

¹⁵ Aparecida, 74.

¹⁶ Aparecida, 76.

¹⁷ Cf. Aparecida, 77.

¹⁸ Aparecida, 78.

¹⁹ Cf. Aparecida, 79-80.

biodiversidad y de la naturaleza, la agresión a la naturaleza, la depredación de la tierra, el mal uso de las aguas, la devastación de la Amazonía, y algunas de sus consecuencias tales como el deshielo del ártico, el retroceso de los hielos, y el calentamiento global²⁰.

Presencia y acción de la Iglesia ante esta realidad

Como un dato adicional de la realidad, no recogido en *Aparecida*, hay que decir que la Iglesia en Latinoamérica y el Caribe ha realizado y está realizando grandes esfuerzos en el campo del compromiso social. Se cuentan por millares las obras de servicio a los necesitados que encontramos a lo largo y ancho de nuestro Continente y en el Caribe. Sería ocultar el sol con un dedo decir que nuestra Iglesia, que los cristianos, no estamos comprometidos al servicio de los pobres.

De hecho, una de las razones por las cuales la Iglesia es apreciada por nuestros pueblos, es por el decidido compromiso que ya protagoniza al servicio de la libertad, de la justicia, de los derechos humanos, entre otras cosas, con el frecuente y valiente magisterio social de los Obispos, y también con las Vicarías y Oficinas de Derechos humanos; en la pastoral de los trabajadores; en la educación e integración de las etnias indígenas, en la superación de la pobreza y del analfabetismo; en el campo de la asistencia social a los niños abandonados, a los enfermos, a los encarcelados, a los ancianos; y también a los adictos a las drogas o al licor, a los jóvenes sin formación para el trabajo, a las madres solteras, a los desplazados, a los refugiados, etc. También en el servicio de las Universidades católicas en el campo de la formación de jóvenes universitarios con sentido y vocación social, sus Centros de investigación y análisis sociopolíticos, las revistas de estudio y divulgación de lo social, etc.

Esto sin mencionar el trabajo ordinario, cotidiano, metódico, rutinario que comunidades religiosas, párrocos, y fieles laicos realizan en el campo de la educación gratuita, en el campo de la atención a la salud en Hospitales y dispensarios, en los roperos parroquiales, en el campo de los comedores populares, de las cooperativas, en la formación de promotores en el área de salud y desarrollo social; y en la asistencia alimentaria a familias muy pobres.

Es preciso recordar este compromiso para no ser injustos con nuestros predecesores y con nosotros mismos, y para no dar la impresión de que todo está por hacer. Gracias a Dios, tenemos una inmensa cosecha de actividades, servicios y obras al servicio de los necesitados

²⁰ Cf. *Aparecida*, 84-85, 87.

5. Respuesta de aparecida

Ante la dramática situación que, con valentía y claridad, se denuncia en el Capítulo 2º del Documento Conclusivo, los Obispos fuimos sensibles en la Vª Conferencia a la íntima conexión entre la fe cristiana y el compromiso social de los discípulos misioneros, la cual se desarrolla especialmente en el Capítulo 8, que lleva por título «*Reino de Dios y promoción de la dignidad humana*». Allí se nos dice: «*Ser discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida, nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, y a trabajar junto con los demás ciudadanos e instituciones en bien del ser humano. El amor de misericordia para con todos los que ven vulnerada su vida en cualquiera de sus dimensiones, como bien nos muestra el Señor en todos sus gestos de misericordia, requiere que socorramos las necesidades urgentes, al mismo tiempo que colaboremos con otros organismos o instituciones para organizar estructuras más justas en los ámbitos nacionales e internacionales. Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos. Igualmente, se requieren nuevas estructuras que promuevan una auténtica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales*»²¹.

De esta manera se expresa la gravedad y urgencia del compromiso social de cada cristiano en particular y de toda la Iglesia, con sus diversas comunidades a lo largo del mundo.

Ahora bien: ¿cuál es la raíz de ese urgente compromiso? La respuesta tiene nombre y rostro: Jesús, quien siendo rico se hizo pobre; Jesús, el Nazareno, el Redentor, que nos dice: «*amaos los unos a los otros como yo os he amado*»²². Aparecida nos dice: «*Nuestra misión para que nuestros pueblos en Él tengan vida, manifiesta nuestra convicción de que en el Dios vivo revelado en Jesús se encuentra el sentido, la fecundidad y la dignidad de la vida humana*»²³. Es Cristo mismo, el Verbo de Dios encarnado, «*rostro humano de Dios y rostro divino del hombre*», haciéndose nuestro hermano, dando la vida para salvarnos, quien nos indica la urgencia de la acción social de la Iglesia.

El mandato del amor

Las exigencias del compromiso social de los cristianos fueron anticipadas en los reclamos de los profetas²⁴. Y el mismo Jesús nos enseña que el eje fundamental de la moral cristiana, el mandato principal de la ley es el del

²¹ *Aparecida*, 384.

²² *Jn* 15,12.

²³ *Aparecida*, 389.

²⁴ Cf. *Is* 58.

amor: «*Amarás al Señor tu Dios con toda el alma y con toda tu mente [...], y al prójimo como a ti mismo*». Jesucristo ilustró esta exigencia radical de nuestra fe con la bellísima enseñanza del juicio final, según la cual seremos juzgados por el amor. Allí el Señor nos dice «*En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron*»²⁵.

Aquí permítanme referirme a un magno acontecimiento eclesial que tuvo lugar en mi Patria desde diciembre del 2000 hasta octubre de 2006: el Concilio Plenario de Venezuela. En uno de sus documentos, «*La contribución de la Iglesia a la gestación de una nueva sociedad*» (CIGNS), los Obispos venezolanos tocaron el tema del compromiso social del discípulo misionero. En este documento se nos habla de la exigencia del amor cristiano como motivación ineludible para el compromiso social de los hijos y miembros de la Iglesia. Allí se nos dice: «*Dios es amor*» (Jn 4,8) y El ha derramado su amor en nuestros corazones por la acción del Espíritu Santo, para que vivamos llenos de intensa caridad por el mismo Dios y hacia nuestros semejantes. La caridad es el amor cristiano, teologal, desinteresado, que viene de Dios y nos une a El. Es el alma de la solidaridad y de toda acción de servicio a la fraternidad, la justicia y la paz. Es expresión concreta de una fe viva que se debe manifestar en obras de servicio a los hermanos; es a la vez, manifestación del amor de Dios y de su presencia en el mundo, y también confirmación y exigencia ineludible de la autenticidad del mensaje de salvación que anuncia la Iglesia: «*Quien dice que ama a Dios a quien no ve, y no ama a su hermano a quien sí ve, es un mentiroso, y el amor de Dios no está en él*» (1 Jn 2, 4)²⁶.

El compromiso social es, pues una exigencia directa de nuestra fe y de nuestra adhesión a Jesús. La Iglesia, expresa el Concilio Plenario de Venezuela, «*está urgida a renovar la unión con Dios y a volcarse con la fuerza del amor a una intensa y eficaz acción transformadora de la sociedad..*». *La invitación del Señor Jesús a sus discípulos, a ser «sal de la tierra y luz del mundo... «la compromete como discípula y testigo del Señor a afrontar con decisión los desafíos que se plantean a la realidad venezolana*».²⁷

Si queremos ser auténticos discípulos de Jesucristo, es preciso que manifestemos nuestro amor en obras concretas al servicio de nuestros hermanos, especialmente los más necesitados. «*En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros*»²⁸. Además, siendo la misión de la Iglesia ser

²⁵ Mt 25,40.

²⁶ Conc. Plenaria de Venezuela, CIGNS 79.

²⁷ CIGNS, 80.

²⁸ Jn 13,35.

sacramento de salvación e instrumento de redención y liberación del pecado, le corresponde luchar por superar la conflictividad de lo social, en la cual se manifiesta la presencia del pecado²⁹.

La opción por los pobres

La respuesta de Aparecida al reto de la realidad social de América Latina y el Caribe se concreta también en la reafirmación de la opción preferencial por los pobres. En su discurso de inauguración de nuestra Vª Conferencia, el Santo Padre Benedicto XVI dejó muy claro que «*la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza*»³⁰.

Haciéndose eco de esta clara, contundente e iluminadora afirmación del Sucesor de Pedro, Aparecida nos dice: «*Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2,11-12). Ella, sin embargo, no es exclusiva ni excluyente*»³¹. Los Obispos de la Vº Conferencia reafirmamos la línea de la entrega y acción evangelizadora y promotora de los pobres de nuestros países: «*Hoy queremos ratificar y potenciar la opción de amor preferencial por los pobres hecha en las Conferencias anteriores*». Y explicamos: «*Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales*»³². Gracias a Dios, «*la opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marcan la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña*»³³. En esta dirección, que debe ser asumida por todos los católicos latinoamericanos y caribeños, pero especialmente por los pastores, personas consagradas y agentes de pastoral en general, hemos de caminar con vez mayor empeño.

Aparecida nos enseña que «*De nuestra fe en Cristo, brota también la solidaridad como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, que ha de manifestarse en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación. El servicio de caridad de la Iglesia entre los pobres «es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral*»³⁴.

Es la misma línea afirmada por los Obispos venezolanos en nuestro Concilio Plenario, cuando, hablando de las exigencias del amor, de la caridad

²⁹ Cf. *CIGNS*, 83.

³⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural*, 3.

³¹ *Aparecida*, 392.

³² *Aparecida*, 396.

³³ *Aparecida*, 391.

³⁴ *Aparecida*, 394.

cristiana, decimos: «*Esta fue la misma opción del mismo Señor Jesús en el misterio de su Encarnación: “El, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” Al comienzo de su ministerio público, Jesús proclamó haber sido enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva (Lc 4,18), a los pobres que sufren el rechazo y el desprecio de la sociedad. Él los llama bienaventurados (cf Lc 6, 20). La opción por los pobres y otros sectores discriminados de la población supone adoptar las opciones ya asumidas por el mismo Cristo en su ministerio mesiánico, y que hunden sus raíces en la predicación de los profetas*»³⁵.

Y los Obispos venezolanos amplían el concepto diciendo: «*La Nueva evangelización debe afirmar, como Cristo, la opción de comunión y de solidaridad con los hermanos oprimidos en las categorías sociológicas y evangélicas de pobreza, marginalidad y en todo tipo de exclusión social.*»³⁶ Y siguen: «*Esta opción nos llama a actuar en el mundo de lo económico, social, político y cultural, como agentes de cambio, cada uno según sus talentos. Como lo afirma el Documento de Puebla en su número 85: “El eje de la evangelización liberadora es Cristo, que transforma al hombre en sujeto de su propio desarrollo”*».³⁷

6. Manos a la obra: Una renovada pastoral social

Nuestras convicciones deben movernos a la acción. La Misión apostólica de la Iglesia abarca varios aspectos que tradicionalmente se esquematizan en tres grandes tipos de actividades: Evangelización, es decir, el anuncio claro y explícito de la verdad sobre Jesucristo, el hombre y el mundo; Santificación, que lleva y comunica al creyente la vida misma de Dios a través de la oración y la liturgia; y la acción de Servicio Pastoral, que conlleva la dirección de las comunidades, su organización comunitaria, el servicio del consuelo y la esperanza, y, entre otras cosas, el servicio de la justicia, la caridad, y la misericordia.

Sin duda la evangelización, la santificación y la acción pastoral en general, si bien tiene cada una su especificidad propia, están estrechamente unidas entre sí. La liturgia, por ejemplo está precedida e impregnada por el anuncio de la Palabra. Y específicamente, la acción pastoral en el campo de lo social es parte integrante de la evangelización. Recordemos la enseñanza del Señor: «*En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros*»³⁸.

El amor, la caridad viva, es el sello, el signo de la auténtica predicación, y es una motivación al reconocimiento de Cristo como el Salvador. Recordemos

³⁵ CIGNS, 86.

³⁶ CIGNS, 88.

³⁷ CIGNS, 89.

³⁸ Jn 13,35.

también la apremiante exigencia de Jesús en la Última Cena: «*Que todos sean uno para que el mundo crea que tu me has enviado*»³⁹. El llamado a la unidad de los cristianos no es simplemente una exhortación a superar las divisiones de los creyentes por razones doctrinales o de organización eclesial. Se trata también de la exigencia de la unidad en la práctica del amor, en la superación de la división del odio y de la injusticia, de la exclusión y de la pobreza, en la búsqueda permanente del bien común, en la lucha por la justicia y por la paz, en la acción concreta para que todos los seres humanos tengan una existencia, una vida digna. Se trata de una exigencia a la práctica permanente de las virtudes que conllevan a la unidad, a la comunión de los creyentes en la vida concreta: la solidaridad, la caridad, las obras de misericordia espiritual y material.

Por eso, Aparecida nos dice: «Asumiendo con nueva fuerza esta opción por los pobres, ponemos de manifiesto que todo proceso evangelizador implica la promoción humana y la auténtica liberación *«sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad»*. Entendemos, además, que la verdadera promoción humana no puede reducirse a aspectos particulares: *«Debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre»* desde la vida nueva en Cristo que transforma a la persona de tal manera que *«la hace sujeto de su propio desarrollo»*. Para la Iglesia, *«el servicio de la caridad, igual que el anuncio de la Palabra y la celebración de los Sacramentos, es expresión irrenunciable de la propia esencia»*⁴⁰.

En esa línea, Aparecida manifiesta la determinación de impulsar el Evangelio de la vida y la solidaridad, y de promover caminos eclesiales más efectivos para intervenir en los asuntos sociales⁴¹. Invita así a las Conferencias Episcopales y a las Iglesias particulares a promover *«renovados esfuerzos para fortalecer una Pastoral social estructurada, orgánica e integral que, con la asistencia, la promoción humana, se haga presente en las nuevas realidades de exclusión y marginación que viven los grupos más vulnerables, donde la vida está más amenazada»*⁴².

Aparecida ha fijado su atención en los nuevos rostros de pobres y excluidos para proponer actividades, servicios y obras concretas en la línea del compromiso social: *«los migrantes, las víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, víctimas del tráfico de personas y secuestros, desaparecidos, enfermos de HIV y de enfermedades endémicas, tóxico dependientes, adultos mayores, niños y niñas que son víctimas de la*

³⁹ Jn 17,21.

⁴⁰ Aparecida, 399.

⁴¹ Cf. Aparecida, 400.

⁴² Aparecida, 401.

prostitución, pornografía y violencia o del trabajo infantil, mujeres maltratadas, etc. La Iglesia, con su Pastoral Social, debe dar acogida y acompañar a estas personas excluidas en los ámbitos que correspondan»⁴³.

Un reto inmenso

He aquí un reto inmenso para nosotros los cristianos de Latinoamérica y el Caribe. ¿Cómo responder a este difícil desafío? En respuesta a la dramática realidad que nos rodea, y al llamado que Cristo nos hace a servir a nuestros hermanos en el compromiso social, la tarea de la Iglesia y de cada uno de los cristianos en nuestros países, es realmente exigente y debe ser decidida y generosa. Sin duda el Espíritu Santo nos impulsará a ser fieles al momento presente y a vivir con entusiasmo y ardor apostólico nuestra vocación a dar testimonio concreto de que «*Dios es amor*». Pero podemos vislumbrar algunas actitudes y acciones que vayan en esa línea.

En primer lugar, es preciso propiciar una *conversión interior* de todos los católicos, fieles, consagrados y pastores, *en la línea de una intensa caridad*, alimentada con la oración, con la alegría de vivir el mandamiento supremo y nuevo de Jesús, amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como El mismo nos amó. Debemos realmente vivir con mayor intensidad a semejanza de Cristo, que nos amó hasta el fin, con una caridad que nos impulse a salir de nosotros mismos, a organizar y concretar actividades, servicios y obras de eficaz solidaridad al servicio de los pobres y excluidos.

Pero además, es menester que nos convirtamos a *una mayor pobreza evangélica* que nos haga ser auténticos hermanos de los necesitados. «*Dichosos los pobres en el espíritu, porque ellos se llamarán los hijos de Dios*»⁴⁴. Aquí hay que pensar en la austeridad de vida, en nuestra generosidad con el dinero, personal y comunitario, en nuestra actitud personal hacia los bienes, en el desprendimiento generoso, en la imitación de aquel que «*siendo rico se hizo pobre*». En este sentido estamos llamados a una permanente conversión hacia la generosidad, poniendo nuestro tesoro en el cielo, para que allí estén nuestros corazones⁴⁵.

En esa línea, el Concilio Plenario de Venezuela nos dice que el primer desafío de los católicos en el campo del compromiso social es «*Profundizar en el proceso de conversión y renovación espiritual, moral, intelectual y organizativa de la iglesia, en la línea de un mayor compromiso, como parte integral de la evangelización, para transformar la realidad actual del país*»⁴⁶. Para ello, entre otras cosas, será necesario impulsar en los

⁴³ *Aparecida*, 402.

⁴⁴ *Mt* 5,3 .

⁴⁵ Cf. *Mt* 6,21.

⁴⁶ *CIGNS*, 123.

*fieles laicos « una mayor conciencia de su compromiso bautismal en la línea de una conversión personal y comunitaria para lograr un mayor protagonismo laical especialmente en la animación e inculturación de los valores del Evangelio en las áreas económica, social, política y cultural ».*⁴⁷

Pero además de esa conversión hacia la caridad y la pobreza evangélica, nos dice Aparecida que es preciso dirigir las energías de la Iglesia a « acciones concretas que tengan incidencia en los Estados para la aprobación de políticas sociales y económicas que atiendan las variadas necesidades de la población, y que conduzcan hacia un desarrollo sostenible [...], procurando que quienes tienen la responsabilidad de diseñar y aprobar las políticas que afectan a nuestros pueblos lo hagan desde una perspectiva ética, solidaria y auténticamente humanista »⁴⁸.

Aparecida nos habla también de la globalización de la solidaridad y la justicia internacional, para lo cual, entre otras cosas, hay que apoyar la reorientación y rehabilitación ética de la política, formar en la ética cristiana que pone como desafío el logro del bien común, la creación de oportunidades económicas para sectores de la población tradicionalmente marginados, y promover una justa regulación de la economía finanzas y el comercio mundial⁴⁹.

Entre tantos sectores que sufren la exclusión, la pobreza o la injusticia, Aparecida se detiene especialmente en las personas que viven en las calles, los migrantes, los enfermos, los adictos dependientes, y los presos⁵⁰. Ante estos y otros grupos de personas que sufren, la Iglesia en América Latina y el Caribe está obligada a intensificar su compromiso social con actividades, servicios y obras permanentes para ayudarlos eficazmente, de manera que sea evidente, tanto para los cristianos más necesitados, como para los no creyentes, la presencia de Cristo en el corazón de los fieles.

Esto exigirá tanto la denuncia profética de los problemas y la propuesta de soluciones, como las labores de promoción y de asistencia social. Porque « pobres siempre tendréis entre vosotros »⁵¹, hemos de acogerlos y tenderles una mano fraterna en todo momento. Hay que superar una actitud negativa ante las obras de asistencia social, criticadas erróneamente como algo negativo, despreciativamente llamándolas “asistencialismo”. Recordemos de nuevo al Señor: « Tuve hambre y me disteis de comer »⁵².

Ya se está haciendo mucho, pues la labor de la Iglesia latinoamericana y del Caribe en el campo de lo social es ingente. Pero habrá que intensificarla. Ser

⁴⁷ CIGNS, 127.

⁴⁸ Aparecida, 403.

⁴⁹ Cf. Aparecida, 406.

⁵⁰ Cf. Aparecida, 407-430.

⁵¹ Jn 12,8.

⁵² Mt 25,35 .

auténticos discípulos y misioneros, en una sociedad egoísta, individualista y excluyente, y cada vez más secularizada e incluso intolerante y hostil a la religión, implica una fe muy viva, y un ardor apostólico intenso, como nos lo pedía insistentemente el Papa Juan Pablo II.

¿No será este el momento de una fuerte revisión personal y comunitaria de nuestra actitud ante la inmensa labor que debemos desplegar en el presente y en el futuro?

7. Conclusion

«Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida». Esta afirmación de la vocación y misión de los católicos en nuestros países, guió nuestra oración, nuestras liturgias y nuestras reflexiones a lo largo de toda la preparación y el desarrollo de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

Ahora nos corresponde llevarla a la práctica. Por supuesto, con el anuncio explícito de la inmensa benignidad de Dios que se ha dignado enviarnos a su Hijo único, para que todos los que creamos en Él tengamos vida abundante; en la acción santificadora, en la celebración de las maravillas que el Señor ha hecho por nosotros y en la comunicación de la vida nueva, la vida misma de Cristo a nuestros hermanos por los sacramentos; y en la acción pastoral, especialmente en el compromiso social, con el cual manifestamos a Cristo presente en el mundo.

Con la caridad viva y operante, eficaz y continua, concretada en actividades, servicios y obras sociales, manifestaremos a Aquel que es *«el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre»*. Para que nuestros pueblos palpen el testimonio que acompaña y hace auténtica la palabra que conduce a la fe; y para contribuir también, en la medida de nuestras posibilidades, a que tengan una existencia, una vida digna de nuestra excelsa condición humana.

*Necesidad de impregnar
con el Evangelio los ámbitos político,
económico y cultural*

DR. GUILLERMO LEÓN ESCOBAR HERRÁN
*Profesor de Sociología Política con especialización en Ciencias Sociales
para el desarrollo humano*

Frente al Documento de Aparecida es necesario hacer una serie de precisiones que faciliten y sobretodo orienten su lectura para no dejar escapar el espíritu que animó esta reunión eclesial.

En primer lugar el Documento no es un tratado de sociología latinoamericana y caribeña, ni un tratado de ciencia política. Quien busque allí el rigor y la suficiencia de un documento académico en lo atinente al diagnóstico, las causalidades de los fenómenos económico, político y cultural leerá mal el texto y se alejará por completo de él, lo falsificará y podrá tildar a la Iglesia expresada en el CELAM de no mirar al detalle el acontecimiento que desafía permanentemente a buscar respuestas reales y viables.

Pero también se equivocará el que suponga que la mirada es superficial, generalista y que sobre ella no se puede construir una respuesta que pueda ser considerada seria.

En efecto, es preciso entender que quienes asistieron a ese V Encuentro llegan a él con unas “conductas de entrada” por demás interesantes de observar y de tener en cuenta. Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos unidos a parte sustancial de la inteligencia de la Curia Romana en la multiplicidad de sus dicasterios, a los que se unía la contribución siempre prudente de observadores de otros ámbitos religiosos que aceptaron la invitación a participar en la construcción de una etapa más en la búsqueda de respuestas, en el enunciado de nuevas interrogaciones. Todos ellos, unidos, constituyeron una multinacional de la inteligencia, del sentido pastoral y de los más variados matices de la forma de testimoniar el Evangelio.

Hay quienes suponen —falsamente— que se debe disculpar los documentos eclesiales por no ser rigurosamente académicos. Por lo general quienes allí participan son también buenos metodólogos e investigadores, pero saben que a ese tipo de reunión se asiste decantando el saber intelectual, económico y político que no es en si mismo la finalidad sino que opera dentro del método que conduce a facilitar el camino del Evangelio en un continente multifacético que pone en evidencia que Latinoamérica no es unívoca sino múltiple como también es múltiple lo antillano y lo caribeño.

El metodo

Sin duda se trata de un acierto haber re-elegido el método del Ver, Juzgar y Actuar que se consagró desde el inicio del CELAM como la forma de dar cuenta de los “Signos de los Tiempos”. Hay quienes adaptándose un poco más a la época añaden al Ver, el Oír, significando el ingreso del diálogo a la reflexión que ha de abrir caminos reales de respuesta.

Naturalmente no son estos elementos dimensiones comunes del ver, del oír, del juzgar y del actuar.

El ver se efectúa —como el oír— desde la realidad misma. En esto hay una enorme originalidad ya que no se trata de captarla como simple fruto de lecturas, de elementos estadísticos, de datos, de opiniones vinculadas a elaboraciones académicas o a intereses particulares o de grupo sino del diario trasegar con la comunidad, sus cuitas, sus interrogantes y sus esperanzas.

Esta es una ventaja indudable que se puede certificar desde las experiencias de quienes hacen lo mismo para cumplir con tareas de ayuda a la sociedad. Por lo general la discrepancia está entre aquellos que “ven” desde una dimensión diferente a la de la inserción en la sociedad y la cotidianidad de su desarrollo.

Para efectuar la tarea del “juzgar” acontece algo que por lo común se escapa a la mayoría de quienes no están cercanos al sentir de la Iglesia ya que ese juzgar se produce a través de la lente del Evangelio, del Magisterio y en general de la Doctrina Social de la Iglesia.

No es un juzgar cualquiera sino un juzgar iluminado por la “Buena Noticia” que señala la imperiosa y constante humanización de la presencia del ser humano sobre el mundo.

En el decir cotidiano las cosas son del “color del cristal con que se mira”. La Iglesia mira a través del mandato que ha recibido de anunciar el evangelio. No puede mirar desde una ideología política ni tampoco desde una escuela económica y menos aún desde un interés cultural signado por pre-juicios o por pre-conceptos sobre la dignidad de la persona, el valor de la vida, el esplendor de la verdad, la creativa relación de la fe con la razón, la solicitud por los asuntos sociales, el bien común y la calidad de la vida de todos.

En esta forma de juzgar es donde se produce esa magnífica dimensión del consenso que no ignora los diferentes matices que provienen del Ver en donde la pluralidad y los matices están casi siempre presentes ya que la realidad es polícroma, variable, diferente. Pero es precisamente la solidez del mensaje evangélico, el dinamismo en la percepción de la tradición y el tradicional dinamismo de la Iglesia lo que entrega la garantía de la generación de consensos no excluyentes.

Es por ello que desde esta dinámica no se puede hablar de derecha o de izquierda, de progresistas o de avanzados, de sabios o de ignorantes porque no

es tarea de cada quien inventar el juzgar, los fundamentos del juzgar, porque para todos ellos ya están dados y es una de las dimensiones de lo que se llama “comunidad”, esa “común-uni6n” de prop6sitos, de compromisos y de testimonios. Por ello se pertenece a una “Iglesia” que camina llevando adelante su objetivo de ir realizando la “Civilizaci6n del Amor”.

Ver, oír, juzgar conducen al Actuar, a la convocaci6n a actuar de una manera determinada que haga reconocible a nombre de qui6n trabajamos, qui6n inspira nuestros compromisos y qui6n ha de evaluar la capacidad de entrega que coloquemos en las acciones que cumplimos en la gesti6n de un mundo mejor.

Es de ahí de donde surge aquella vieja verdad de que el cristiano no necesita estar a la b6squeda de verdades que le sirvan porque ya tiene en el evangelio una Verdad a la cual servir.

Actuar en cristiano no es f6cil para quien conoce las exigencias de la moral cristiana, de los principios y de las verdades y valores del ser Iglesia. Moral, principios, valores y verdades no son negociables.

Y esto es preciso saberlo, hacerlo evidente, ponerlo de manifiesto. De ahí se deduce la urgente «*necesidad de impregnar con el Evangelio los ámbitos político, económico y cultural*».

De lo contrario seguiremos asistiendo a la creciente descomposici6n de la sociedad contemporánea que en esta época de la globalizaci6n económica amenaza con el veneno del relativismo cultural y de valores que ha venido denunciando en todos los ámbitos el Santo Padre Benedicto XVI, quien está convocando con profundidad y con urgencia a un cambio en la forma de percibir, de intuir el camino desde la fe, de mantener y acrecentar la esperanza y darle caminos ciertos a la caridad para propiciar desde ellas —y desde la profundidad de lo que significan— la previa Globalizaci6n de la Conciencia, que debiera ser la precondition de toda otra forma de globalizaci6n, con la certeza de que de producirse ella como ascenso del ser humano ha de darse en términos de un cristianismo auténtico.

Esta originalidad del Documento de Aparecida como conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, es punto de llegada, de lo que fueron creando el Concilio Vaticano II, la Conferencia de Medellín, la Conferencia de Puebla, la Conferencia de Santo Domingo y el Sínodo de las Américas que, celebrado en 1997, daría origen al documento “Iglesia en América” todos ellos en uni6n con la gran encíclica *Populorum Progressio* que cuarenta años antes había estremecido la realidad Latinoamericana y del Caribe y colocado interrogantes que a la espera de respuestas acicateaban la inteligencia y la creatividad de los participantes.

Los caminos de la cultura

Bien sabemos que la cultura es posible definirla como la forma de relación con la realidad que nos rodea, con los bienes económicos, con la naturaleza, con los testimonios de la civilización y del pensamiento, con los demás seres humanos, con nosotros mismos y con Dios.

Esto nos indica que hay quienes pueden ser eruditos pero incultos; sabios en una cosa e incultos hasta el extremo en otros; hay grandes economistas que son ecológicamente incultos así como hay quienes bordean la sabiduría presente pero son absolutamente incultos frente a Dios y aún frente al prójimo.

Ser culto no es fácil sobretodo hoy cuando se valora la superficialidad, cuando la tónica es la de encontrar *Slogans* —¿lemas?—, cuando no hay preguntas y por tanto no hay respuestas.

Esto es lo que lleva a afirmar —siguiendo a Jacques Attali— que «*no estamos en una época de cambios sino en un cambio de época*» lo que en buena parte significa que es preciso crear y consensuar nuevos puntos de referencia.

Esto no puede ser descontextualizado, no es algo que se haya producido ayer sino que es el punto final de una época que hizo su curso con todo lo positivo y lo negativo que tiene una época que al terminar es evaluada y valorada en su integralidad.

En efecto la época que termina comenzó con la Revolución científico-técnica que tuvo su inicio en la segunda mitad del Siglo XIV y que tuvo en Galileo su verdadero líder y que condujo por un lado a hacer del ser humano el verdadero centro del universo y por otro a desmitificar las fuerzas de la naturaleza, los astros, el cosmos y su influencia en el pensar humano y por tanto de la filosofía liberando de ella a la matemática y a la técnica

Sigue avanzando esa primera fase al generar la revolución industrial que se centra en la producción sin límite y en el lucro y en la libre competencia y en la progresiva sustitución de la fuerza humana de trabajo por la eficiencia de las máquinas.

La filosofía se transforma y se empobrece al renunciar a la pregunta del “porqué de las cosas” y el “cómo funcionan y qué efectos producen las cosas mismas”.

Preparaban la unión de las dos transformaciones anteriores uno de los cambios más drásticos que fue el de la revolución cultural con el despotismo de la razón como único referente de la realidad que excluía la fe como interlocutora.

Descartes y Kant llevan la tarea adelante de buscar la eliminación de Dios como interlocutor. No es porque se desprecie a Dios sino porque se parte del

supuesto que donde la razón opera la fe no tiene nada que decir, no debe intervenir en la vida pública y si se ha de permitir debe permanecer tan solo en la esfera de lo privado.

Con esto se abre paso la revolución democrática que trae consigo puntos tan positivos como los valores de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, de la defensa de los derechos humanos que se ven recortados o desviados en su verdadera y positiva dimensión si se ignora el valor de la religiosidad y el ascenso que trae consigo el reconocimiento de Dios como co-protagonista de esta historia que procuramos forjar.

El individuo asciende al escenario, se instala el *carpe diem* horaciano, Dios deja de ser punto de referencia, la comunidad es retirada para dejar paso libre al individuo y se volvió a decir y a afirmar que “el hombre es la medida de todas las cosas” pero se trata de un hombre recortado en la dimensión de lo espiritual, famélico y desprotegido.

Se cumplía de esta manera la finalización de una época que si bien ha de ser justipreciada positivamente por elementos, descubrimientos e intuiciones magníficas lo ha de ser también negativamente por llegar con un hombre distópico, amenazado, asustado, poseído por la desesperanza y por el desasosiego y sintiendo amenazada no solo su existencia sino la simple y común supervivencia al perder no solo las certezas fundamentales sino también las livianas certezas que las habían reemplazado entre ellas la creencia —falsa por demás— que el progreso era para todos.

Este es el panorama que llega a Aparecida, sin duda más matizado. Panorama que privilegia lo individual sobre la comunidad, el presente a toda previsión de futuro, el hedonismo a la felicidad compartida y la eliminación de las normas y lo que es más grave la abolición del sentido de la culpa en donde no existe el mal y por tanto todo está permitido.

Esta situación es grave pero Aparecida reconoce que propicia el que las gentes comiencen a preguntarse por una salida.

En efecto se constata que la sensatez básica del pueblo Latinoamericano y del Caribe indaga y busca salidas, redescubre el valor de la persona, reanima el sentido de “los otros” como comunidad y pone en juego la multiforme riqueza cultural de un pueblo rico culturalmente en la dimensión de lo indígena, lo afro-americano, lo mestizo y ellas en el habitat de lo rural, de lo urbano y aún hoy día en la dimensión definitivamente no analizada suficientemente de los pueblos migrantes que expresan el actual nomadismo de los excluidos.

Latinoamérica y el Caribe tienen el mejor punto de partida para re-nacer desde la cultura al diálogo necesario con la fe que plantea la “Cultura Adveniente”.

Aparecida sabe bien que es desde allí donde puede darse un diálogo con la cultura que lleva la Globalización. La diversidad cultural y la multiplicidad interactuando van haciendo aquí posible ese enunciado de que la mejor forma de ser Global es la de ser auténticamente local.

Esta batalla contra lo que culturalmente acompaña la globalización que ataca con la cruda estrategia de los países del norte o con la variante más matizada de la globalización de tipo europeo no será fácil ya que los comprometidos con el evangelio habrán de aprender, nuevamente, a proponerlo de una manera tan clara y tan apropiada que pueda generar ese diálogo axiológico que permita construir nuevas señas de identidad, un nuevo proyecto, nuevas utopías .

Esta es la época nueva que proclama Aparecida, proclamación que no está privada de riesgos porque se va a encontrar escindida la sociedad entre aquellos que ven en la simple globalización económica un rédito a ganar y quienes sin renunciar a la globalización inevitable no piensan sacrificar a ella lo que los define.

Es urgente leer los distintos planteamientos que ha expresado el Santo Padre sobre la globalización y más aún la percepción de que el Papa considera —y con razón— de la gran riqueza cultural que contiene la religiosidad popular y que ha de servir para que ese diálogo sea fecundo.

La evangelización de la cultura no es tarea fácil porque sus frutos tan solo se ven y se cosechan en el largo plazo. Mas aún es tarea que demanda continuidad y permanente creatividad.

Una lectura acuciosa del Evangelio, su reflexión vinculada a las exigencias de salvaguardar la dignidad humana llevarán a descubrir dimensiones creadoras sobretodo en el ambito de la familia, de la escuela y de la universidad así como en aquellos instrumentos de la educación continuada y permanente.

Y es la familia precisamente la que ofrece mejores perspectivas para evangelizar la cultura. El Papa en el discurso inaugural de Aparecida habla de ella como «*patrimonio de la humanidad*» y reconoce que es «*uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos*» que ha de estar atenta a todos los peligros que la acechan porque la cultura contraria al Evangelio ha descubierto que su triunfo depende de la destrucción de la familia.

Evangelizar la cultura no significa sacrificar a ella el Evangelio ni sacrificar la cultura al Evangelio mismo sino colocarlos en creativa comunicación con la certeza de que el resultado no puede ser otro que el enriquecimiento de la cultura en sus perspectivas y la salvaguarda por tanto de la sociedad y de su futuro.

Del mismo modo la escuela ha de crear un ambiente propicio al crecimiento de valores como la libertad, el respeto a la vida, la solidaridad, el

optimismo, la equidad, la austeridad y el amor a la verdad entre otros y debe preparar a fin de que la dimensión universitaria despierte y mantenga la creativa relación entre la fe y la razón que deben ser las alas que al moverse armónicamente permitan a la generación presente y a las por-venir levantar el vuelo por encima de las limitaciones y las cargas cotidianas que impiden ver con objetividad y con optimismo horizontes más amplios.

Necesario es recalcar la verdad fundante del Evangelio cuando establece la correspondencia entre el amor de Dios y el amor al prójimo. Todavía y hoy con más fuerza hay que resaltar la vigencia del pensar que expresa que si alguien dice «*amar a Dios a quien no se ve y no ama al prójimo a quien ve es un mentiroso*».

Esta cultura que se consolida en el reconocimiento de la dignidad del Ser Humano, en la promoción y defensa de la vida, en la asistencia caritativa a los necesitados y menesterosos, en la promoción de la cantidad de vida y en la no menos necesaria búsqueda de la calidad del vivir. Cultura que encuentra hoy, expresiones incontrovertibles en el cuidado de la naturaleza, en la promoción del medio ambiente, en el cuidado de la atmósfera y del agua tratando de armonizar desde la cultura, ecología y economía, que no solo gozan de un parentesco lingüístico sino de una misma razón conceptual que es aquella que permite hacer cierto aquello de que «*no hemos recibido la tierra como herencia de nuestros padres sino como un préstamo de nuestros hijos*».

Debe entonces el ser humano al aceptar el diálogo entre la cultura y el Evangelio tener certeza de que ha de re-aprender a ser Señor y co-creador permanente de vida en todas sus dimensiones.

Es cierto que en buena medida la naturaleza depende en su sobrevivir del ser humano que la transita pero también es cierto que el futuro de esta única raza humana depende en medida igual de la naturaleza.

Latinoamérica y el Caribe poseen aún una enorme y significativa riqueza ambiental que le permite tener tema para interrogarse al interior y para dialogar internacionalmente. Este valor ecológico unido al de la familia y al acendrado espíritu de solidaridad son promisorios si se saben leer e interpretar en el largo plazo de los actos del Creador que quiere que tengamos vida y la tengamos en abundancia.

La economía

Es este sin duda alguna uno de los factores de difícil análisis. Por lo general la gente echa la culpa a la economía de todo lo que acontece y del malestar de la sociedad. Debo decir que la economía vista en términos generales no es ni

buena ni mala, no es solidaria ni egoísta. La economía hace parte del mundo de los instrumentos que son lo que son y quieren ser aquellos que los manejan.

Bien se decía en el pasado que el ser humano no fue hecho para la economía sino la economía para el ser humano. Esta es una verdad incontrovertible, lo que sucede es que hay quienes se agazapan detrás de los instrumentos a fin de evitar la confrontación de los que los interrogan desde la frontera del destino universal de los bienes.

El instrumento de la economía está siendo mal empleado desde la óptica como juzga la realidad la Iglesia. Desde la óptica de la economía global el manejo es bueno en tanto produzca rentabilidad y ganancia.

La dura realidad esta expresada en quienes afirman que el 20% mas rico de la población mundial se apropia del 86% del PIB mundial y ese mismo 20% consume el 80% de los recursos de los que el mundo dispone.

Los discursos van y vienen. Desde la época de Josué de Castro se viene hablando de la superación de la pobreza; se vuelve a hablar ahora y nuevamente se dan plazos para la reducción unos marcados al 2015 y otros al 2025. Se hacen cálculos, proyecciones desde las oficinas de las grandes entidades internacionales pero flota en el ambiente que tales metas no se alcanzarán.

Hay quienes han realizado un listado de los fantasmas que vagan por el mundo: la hegemonía del capital financiero que es el verdadero y único rostro cierto de la globalización; la atomización y dispersión de la sociedad con nuevas formas de peligroso nomadismo; la degradación ecológica; la aparición de perversas formas de terrorismo y la búsqueda de la guerra como forma preventiva de tratar de construir una paz frágil.

Y todos estos fantasmas están ligados a la voluntad de quienes manejan la economía mundial.

Esos grandes del mundo deben ser evangelizados en la conciencia del destino universal de los bienes, en la participación de ellos, en la meta que la economía debe ante todo satisfacer la necesidad de sobrevivir para luego expandir su creatividad en forjar verdaderos indicadores de la calidad de la vida.

Aparecida saluda la globalización desde los aspectos estudiados como positivos (avance tecnológico, creación de nuevos y mejores mercados, certezas financieras) y la crítica, desde la cara oscura de la reducción de los empleos, la degradación de los salarios, la tendencia al monopolio y a la concentración de la riqueza que ha convertido Latinoamérica y el Caribe como el continente donde reina en el mundo la mayor inequidad.

Y es desde el Evangelio y desde la Doctrina Social de la Iglesia, donde se debe hacer —para nosotros— la crítica de una economía que es el lugar donde se cumple una de las mayores paradojas de la historia ya que se celebra el éxito

pero que de ordinario va marcado por el fracaso en la superación de la pobreza y en la satisfacción de las necesidades básicas pasivas y activas que definen la supervivencia de excluidos, nómades, migrantes, indigentes, marginados o simplemente pobres que acampan bajo la mesa del rico Epulón.

Desde cuando Puebla probó a describir los rostros de la pobreza sus facetas se han enriquecido. Aparecida registra esos rostros del ayer y los nuevos rostros que hacen recordar a partes de la Buena Nueva en donde las enseñanzas sobre el destino de los bienes, sobre su uso, sobre su oportunidad aparecen en diferentes parábolas tan desafiantes como la del Buen Samaritano que es toda una metodología de la caridad bien ejercida.

Prácticamente todas las lacras de la sociedad están, es cierto, generadas por una cultura en crisis pero igualmente por una economía que funciona erróneamente determinando la certeza que no solo hay una crisis de valores sino que los valores están en crisis y no solamente hay una crisis de civilización sino que hay una civilización en crisis.

Es dura la descripción del Documento de Aparecida cuando detalla circunstancias como la prostitución juvenil de niños y de niñas, cuando marca las razones económicas de los abortos, el sentido de la vida desechable frente a los limitados físicamente y de cara a los ancianos; es triste cuando habla de los millones de enfermos que sanarían con una vacuna oportuna; cuando habla de la extorsión y del terrorismo o cuando presenta la cruda verdad de los excluidos que han perdido todas sus señas de identidad.

La parábola del juicio vuelve entonces a ocupar puesto central en el interrogante de tanto cristiano de solo nombre.

Y no debe olvidarse el pecado grave frente a la juventud que descubre que desde la economía no existe ningún futuro, y que todo su idealismo debe quedar sepultado bajo el peso de la real indigencia de oportunidades inexistentes, que convocan directamente a la mayoría a generar para sí mismos patologías sociales vinculadas a la supervivencia (prostitución, venta de órganos, tráfico de seres humanos, cultura abortiva, inseguridad pública etc.).

Mirar la economía desde el Evangelio es una tarea apasionante ya en buena parte realizada por las Encíclicas Sociales tradicionales o por aquellas más recientes del pontificado de Pablo VI (*Populorum Progressio*), de Juan Pablo II sobre el trabajo, la preocupación de las cosas sociales, *Centessimus Annus* y tanta cotidiana doctrina que oportunamente recuerda al mundo la necesidad urgente de convertirse al amor del prójimo.

La economía —pariente cercano de la ecología— no debe perder de vista que *no estamos en un mundo creado por nosotros sino en un mundo para el cual hemos sido creados* y del que hemos de responder en términos de felicidad humana.

La política

He aquí que llegamos al momento más interesante de la parte primera de Aparecida. Evangelizar la política significa ayudar a los Constructores de la Nueva sociedad a crear instituciones justas que son el terreno abonado en donde crece vigorosa la justicia de todos y de cada quien.

Hubo quien afirmó que “la política era el arte de lo posible” y hubo quien respondiera desde una posición más desafiante que la verdadera política consistía en hacer posible lo deseable.

La acción política, el ejercicio de la política, es de las artes más nobles. Se trata como alguna vez lo afirmó Franco Montoro de ir a través de ella «*de la democracia que tenemos a la democracia que anhelamos*». Existe igualmente el testimonio cierto no sólo de Tomás Moro, de Federico Ozanam, sino ya mas modernamente de Gíorgio La Pira que viviendo el Evangelio lo hicieron desde el terreno exigente por demás de la política.

La política debe respirar Evangelio porque en buena parte tiene la misma gramática de plantear la realidad como algo que se debe construir partiendo de la esperanza y vinculada a la verdad.

Es cierto, y Aparecida lo constata, que la democracia al menos en lo que a ella corresponde formalidad, se ha establecido en el continente pero que es preciso que se profundice en la participación y en el trabajo de la sociedad civil llenando mayormente de actores el acontecer político de quienes aspiran emular en servicios al prójimo.

Uno de los puntos interesantes de la evangelización de la política es acercarla mayormente a la Verdad. Para ello es preciso erradicar de ella la corrupción no solo aquella tangible en términos de dinero sino también de aquella intangible que merca dea con fulanismos, facilismos, grupismos o partidismos empobreciendo en muchas oportunidades a las comunidades que se vén privadas de obtener el trabajo verdadero de quienes saben servir de verdad.

No corregir esto alejará a la gente de la política y cerrará las puertas a los aportes de una juventud que debe hacerse a la tarea de liderar desde ahora el porvenir.

La vinculación de la política a las verdades del Evangelio puede crear la utopía realizable de definir la política como el arte de la verdad y al político como aquel que dice la verdad.

Y es que de la política dependen los planes y las decisiones y por ello no se puede dejar jamás en malas manos; de la política depende la decisión sobre el ritmo del cambio y sobre las prioridades que deben favorecerse para crear una humanidad mejor.

Existe en el discurso inaugural del Papa en Aparecida un capítulo vibrante en donde delimita la tarea de la Iglesia institucional de cara a la política y de las tareas que debe cumplir sin perder —por aferrarse a partidismos que no le incumben— su libertad y su independencia.

En efecto llama el Papa a que la Iglesia forme la conciencia, sea abogada de la justicia y de la verdad, eduque en las virtudes individuales y políticas. Y a renglón seguido señala que es tarea de los laicos la formación de estos consensos que permitan avanzar porque lo alcanzado hoy es solamente una parte del diseño de lo que debe ser alcanzado en un futuro que solo terminará en el final de los tiempos. El político cristiano, inspirado y ceñido al Evangelio ha de profesar la certeza *que el mundo cambia pero somos nosotros quienes lo hacemos cambiar*.

Decía Gandhi que el cristianismo era muy bueno pero los cristianos no lo eran tanto. Llama la atención por ello el párrafo con que remata el Papa el capítulo de los problemas sociales y políticos de su discurso inaugural: *«Por tratarse de un continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas. Los movimientos eclesiales tienen aquí un amplio campo para recordar a los laicos su responsabilidad y su misión de llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política»*.

El mundo al que se ha asomado el Papa desde el Brasil, el CELAM en su V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano con la divisa de convocar a los discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida ya que Él mismo es el camino, la verdad y la vida, no deja duda. Se trata de aceptar ser interpelados por la realidad, de saber leer los “signos de los tiempos”, pero a la luz del Espíritu Santo [...] incluyendo a Dios porque *«quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y solo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas»*.

Impregnar con el Evangelio los ámbitos político, económico y cultural no significa matizar sino hacer pasar todas las lecturas de estos fenómenos por el agua salvífica de la Buena Nueva y saber que es desde ahí desde donde debe efectuarse el diálogo con la sociedad y es desde ahí donde surge la certeza de estar ayudando a crear desde esas dimensiones la anhelada “Civilización de Amor” que no es otra riqueza que la de “encontrar la vida, la vida verdadera”.

***Incidencia de los Medios de Comunicación
en la tarea evangelizadora***

S.E. MONS. CIPRIANO CALDERÓN POLO

Vicepresidente emérito de la Pontificia Comisión para América Latina

Evangelizare Iesum Christum: Anunciar a Jesucristo (Cf. *Gal* 1,16). Este grito de San Pablo, el gran evangelizador de los primeros tiempos del Cristianismo a quien el Año Paulino (2008-2009) da en los tiempos nuestros singular actualidad, tiene especial incidencia en la tarea evangelizadora que están llamados a realizar los medios de comunicación. Sí, porque Pablo de Tarso quería evangelizarlo todo, quería llegar con el Mensaje de Cristo a la humanidad entera, a todas las latitudes del mundo conocido. Y, como se hizo escritor —en cierto modo, periodista— con sus Cartas ha logrado llegar también, llevando su mensaje de evangelización, a los hombres y mujeres del siglo XXI, incluso a los hombres y mujeres de América Latina.

Leemos en el Documento conclusivo de Aparecida (N. 485) la siguiente cita de la Exhortación Apostólica Postsinodal *Evangelii Nuntiandi*: «*En nuestro siglo tan influenciado por los medios de comunicación social, el primer anuncio, la catequesis o el ulterior abundamiento de la fe, no pueden prescindir de esos medios puestos al servicio del Evangelio, ellos ofrecen la posibilidad de extender casi sin límites el campo de la audición de la Palabra de Dios, haciendo llegar la Buena Nueva a millones de personas. La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más. Con ellos la Iglesia “proclama desde las azoteas” (Cf Mt 10,27; Lc 12,3) el mensaje del que es depositaria. En ellos encuentra una versión moderna y eficaz del “púlpito”. Gracias a ellos puede hablar a las multitudes*» (N. 45).

Estas afirmaciones de Pablo VI, en el documento más fino y tal vez más influyente de su rico pontificado, proyectan una luz especial sobre nuestro tema: los medios de comunicación social como herramienta privilegiada de evangelización.

Benedicto XVI, en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2008, evoca sustancialmente las ideas antes expuestas de Pablo VI y, refiriéndose a la influencia o los aspectos positivos de los medios en la sociedad actual como «*instrumento al servicio de un mundo más justo y solidario*», denuncia al mismo tiempo con cierto énfasis el “riesgo” que encierran si se transforman «*en sistemas dedicados a someter al hombre a lógicas dictadas por los intereses dominantes del momento*». Y añade el Papa: «*éste es el caso de una comunicación usada para fines ideológicos o para la venta de bienes de consumo mediante una publicidad obsesiva. Con el pretexto de representar la realidad, se tiende de hecho a legitimar e imponer modelos*

distorsionados de vida personal, familiar o social. Además, para ampliar la audiencia, la llamada audiencia, a veces no se duda en recurrir a la trasgresión, la vulgaridad y la violencia. Puede suceder también que a través de los medios se propongan y sostengan modelos de desarrollo que, en vez de disminuir el abismo tecnológico entre los países pobres y los ricos, lo aumenta» (N. 2).

Son palabras fuertes referidas a la «*ambigüedad del progreso*», la cual «*ofrece posibilidades de mal*» hasta el punto de que «*el impacto de los medios de comunicación en la vida de las personas contemporáneas plantea interrogantes ineludibles*», (N. 3), sobre todo cuando, en lugar de servir para transmitir mensajes, sirven para manipularlos o modificarlos de forma directa o profunda, desorientando a los usuarios. Es bien frecuente y triste ver en las agencias de información notables distorsiones del pensamiento y los hechos de la Iglesia.

En las anteriores citas papales tenemos claramente reflejadas las dos caras, las dos vertientes —la positiva y la negativa—, de los medios de comunicación social.

Se deduce lógicamente que, para que dichos medios puedan ser instrumento de evangelización, es necesario que antes ellos sean evangelizados. La Iglesia no puede en absoluto descuidar esta tarea tan importante: evangelizar los medios de comunicación social o mejor dicho los agentes que actúan en ellos. Evangelizar a los comunicadores es parte esencial y prioritaria de la formación de los mismos, que ha de ser siempre exquisita, muy cuidada y naturalmente especializada, con perspectivas del futuro ya que, según opiniones aceptables, la era de la tecnología en la comunicación a pesar de encontrarse ya tan avanzada, está todavía comenzando. Es interesante notar que en muchas Universidades de la Iglesia, en las Universidades católicas, han surgido escuelas o facultades de ciencias de la información. Se trata de un signo muy positivo.

Los Obispos, los sacerdotes, los agentes de pastoral tienen que acercarse decididamente a los comunicadores o informadores —directores, periodistas, cronistas, redactores, programadores, locutores, cineastas, autores— para, a través de la catequesis y de orientaciones certeras, en diálogo, en pláticas o en cursos de formación, explicarles el sentido o el recto orden de su tarea, e inducirles a una mentalidad y a una actitud auténticamente cristiana.

Los medios de comunicación no podrán ser nunca herramientas de evangelización si ellos no están profundamente evangelizados, lejos de las actitudes negativas que ha señalado el Papa, impregnados a fondo de sana doctrina, de ideas nítidamente católicas.

Todas las energías que la Iglesia derroche en este campo resultarán a la larga enormemente fructuosas.

Tras la fase prioritaria de evangelizar a los comunicadores, a los *mass media*, viene la tarea de hacer de estos medios elementos eficaces de evangelización universal en esta «*época de globalización*», en la que «*todos somos usuarios y a la vez operadores de la comunicación social*» (N. 5).

El documento de Aparecida, en el capítulo «*Pastoral de la Comunicación Social*», traza un programa concreto sobre la tarea evangelizadora de la Iglesia en el campo de las comunicaciones, enumerando una serie de compromisos de actuación muy válidos.

Son indicaciones que han de ir iluminadas por la luz típica del momento actual que el catolicismo vive en este Pontificado de Joseph Ratzinger, marcadamente cristocéntrico.

Benedicto XVI está desplegando una dinámica evangelizadora toda ella centrada en la Palabra, en presentar a Cristo haciendo que la Iglesia se acerque cada vez más a su Señor, para que el mundo se fije en su único Salvador: centrar totalmente la atención en Cristo de forma que su Evangelio llene el corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, impulsando una profunda renovación de la sociedad a la que hay que curar del relativismo, del materialismo.

Por eso el Papa Ratzinger habla tanto, habla siempre, de Jesús de Nazaret, con fina unción espiritual, con gran riqueza teológica y con una pasión de estilo paulino.

También los medios de comunicación de la Iglesia, si quieren realizar una auténtica evangelización, tienen que hablar mucho de Jesucristo, ya que como dice la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* «*No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios*» (N. 22).

Los lectores de la prensa de la Iglesia y los auditores de sus emisoras han de poder descubrir en las páginas impresas y en las ondas radiofónicas o televisivas el rostro de Cristo y su mensaje salvador.

«*La Iglesia se siente interpelada por el mandato de Jesús de anunciar el Evangelio a toda criatura y se esfuerza para que este anuncio llegue a todos los hombres*», afirmaba, el 5 de julio 2007, Benedicto XVI en el discurso a los Obispos de República Dominicana. Y sabe la Iglesia que este mandato lo puede muy bien realizar a través de los *mass media*. Pero para lograrlo —añade el Papa— «*el mensaje debe ser claro y preciso a fin de que la palabra de vida proclamada se convierta en una adhesión personal a Jesús, nuestro Salvador*». Por eso «*urge recuperar y presentar una vez más el verdadero rostro de la fe cristiana, que no es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la mente, sino un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una verdad que se ha de hacer vida*».

Viene espontánea aquí la idea de hablar de la calidad técnica de nuestros medios de comunicación. Las Iglesias locales tienen que hacer un esfuerzo para invertir en ellos recursos financieros, teniendo esto como una prioridad. Alguien ha observado que en América Latina los Episcopados gastan en continuas reuniones y frecuentes viajes demasiados recursos que en parte podrían ser destinados con gran rendimiento a la evangelización directa, por ejemplo a la que se realiza en este campo del que nos estamos ocupando. Es claro, por otro lado, que se necesita hacer un gran esfuerzo también para penetrar, con tacto, pero con tino y eficacia, en los medios públicos, no sólo para contrarrestar las corrientes de contra-evangelización de las que a veces son portadores, sino sobre todo para lanzar a través de ellos el mensaje de Jesucristo. Es esta una forma muy importante de presencia de la Iglesia en el mundo de hoy. Y hay que hacerlo sin miedo, aunque, como observaba recientemente el Obispo italiano de Brescia, Mons. Luciano Molinari, se tenga a veces la impresión de que cuanto más la Iglesia trata de acercarse al mundo, tanto más el mundo se aleja de ella. Pero, a pesar de todo, tengamos presente que Cristo está siempre en el timón de la historia porque El es el Señor de la historia. En todos los tiempos, en todas las circunstancias, en todos los lugares lo que la Iglesia tiene que hacer es evangelizar. Esa es su vocación propia y específica, su identidad más profunda, su tarea, su fatiga, su gozo. Para ello ha nacido y para ello existe (Cf. *Evangelii Nuntiandi*, 14).

La presencia de la voz de los Pastores en los medios es necesaria, es imprescindible. Las llamadas “Cartas semanales” de los Obispos en los Seminarios diocesanos o en otros periódicos, así como sus intervenciones en las emisoras, constituyen momentos fuertes de evangelización. Es una estupenda manera de responder al desafío de la comunicación social cristiana. Predicar, hacer catequesis, exponer la doctrina católica a través de los *mass media* que tienen un arco de acción inmenso y que con su efecto amplificador llegan adonde los agentes pastorales muchas veces no pueden llegar.

Hay que superar una cierta incomunicación que existe a veces entre Jerarquía y Pueblo de Dios.

Un modelo acabado de comunicador en la vida eclesial le tenemos en Benedicto XVI, con sus homilias y discursos; por eso se dice en Roma que a Juan Pablo II los peregrinos venían para verle —y viéndole se sentían ya evangelizados—, en cambio a Benedicto XVI vienen para escucharle y sus palabras y sus gestos tienen un inmenso impacto evangelizador.

La imagen pastoral del Papa Ratzinger, con su bondad, su finura, su permanente sonrisa, es bien conocida en el mundo a través de la televisión. En el Vaticano se cuida mucho este aspecto. Todos los Pastores deben tomar conciencia de lo importante que es cuidar exquisitamente las transmisiones

televisivas de los actos litúrgicos, de forma que los ritos, las palabras, los símbolos, los signos, resulten expresivos para la sensibilidad de nuestro tiempo y los televidentes queden impresionados por la imagen que de sí da la Iglesia. Si la evangelización es comunicación, es evidente que ha de alcanzar su mayor relieve y su más vigorosa proyección en la liturgia, que es la celebración de la “Buena Nueva”. Decía Benedicto XVI, el pasado Jueves Santo en la homilía de la Misa Crismal, que «*la liturgia cristiana, por su naturaleza, es siempre también anuncio*».

En los medios públicos no deben aparecer diferencias de criterios pastorales entre los Obispos, o entre Obispos y sacerdotes. Este es un elemento perturbador de la evangelización, mucho más si los mismos ministros de la Iglesia se dedican a criticar o desautorizar a su Jerarquía. Hay personas o minorías secularizadas que a veces se apoderan de los medios y ejercen una influencia muy negativa en el pueblo. Las ideologías en ocasiones penetran a través de algunos miembros de la misma Iglesia en nombre de una mal entendida libertad de opinión o información. Y esto es bien lamentable, sobre todo cuando algunos se aprovechan para ello de medios que están en manos de determinadas élites económicas y políticas que los usan en orden a sus propios intereses, acrecentando con ello el relativismo dominante y otros males de nuestra postmoderna sociedad.

El documento de Puebla comienza su capítulo sobre la «*Comunicación social*» con estas palabras: «*La evangelización, anuncio del Reino, es comunicación: por tanto, la comunicación social debe ser tomada en cuenta en todos los aspectos de la transmisión de la Buena Nueva*» (N. 1036), es decir, la comunicación tiene que ver con todo el universo y el panorama de la tarea evangelizadora. Es además clave para el problema de la comunión: comunicar y comunicarse para vivir en comunión. Este es el gran desafío urgente y fundamental de la Iglesia de nuestro tiempo.

Teniendo esto presente, podemos decir, para terminar estas reflexiones, que como la misión de la Iglesia es “evangelizar”, para eso fue fundada por Jesucristo, y evangelizar es comunicar: anunciar a los hombres y mujeres el Mensaje del Salvador, la Iglesia, pues, se auto realiza comunicando: anunciando a Jesucristo. *Evangelizare Iesum Christum.*

*La problemática de las migraciones
y desplazamientos forzados en América Latina*

S.E. MONS. AGOSTINO MARCHETTO

Secretario del Pontificio Consejo de la Pastoral para los Migrantes y los Itinerantes

Premisa

Quisiera, antes que nada, expresar mi satisfacción en relación al *Documento Final* de Aparecida, luego de la desilusión debida a la lectura del documento inicial cuando llegué a dicha ciudad, con los trabajos ya comenzados. El lector podrá comprender mi satisfacción leyendo los números 56, 59, 65, 73, 88, 90, 100, 207, 231, 377, 402, 411-416 y 445 del mencionado Documento, que conciernen a los migrantes, refugiados y desplazados. En él están presentes también otros puntos relacionados a la itinerancia, la otra grande “ala” de la solicitud pastoral de nuestro Pontificio Consejo, como por ejemplo los números 21, 65, 231, 259, 260, 264, 268, 269, 407, 410, 413, 439, 446, 493, 518 y 553 que logran dar una conveniente atención a la pastoral específica de la movilidad humana, como respuesta a un evidente signo de nuestros tiempos¹. Esta intervención se desarrollará en dos partes, como resulta comprensible por el título del artículo que se nos ha propuesto.

I Parte:

LA PROBLEMÁTICA DE LAS MIGRACIONES

Introducción

Hablar de América Latina, hoy en día, significa ponerse frente a un Continente en continua evolución, con viejos problemas, claro está, que tienen sus raíces en el pasado, pero sobre todo con nuevas perspectivas y nuevos retos debidos sobretodo a aquel fenómeno que llamamos globalización². Significa, por otra parte, no olvidar a los regímenes autoritarios, que han empobrecido y minusvalorado el tejido social de muchos Países, así

¹ Cfr. A. MARCHETTO, «Las Migraciones: signo de los tiempos», en *La solicitud de la Iglesia hacia los migrantes*, (Parte I del EMCC), (publicación del Pontificio Consejo de la Pastoral para los Migrantes y los Itinerantes), Librería Editora Vaticana, Ciudad del Vaticano 2005, p. 28-40.

² *Ibidem*, p. 41-47.

como a una sufriente democracia. Significa, en fin, mirar al vecino estadounidense, a la Unión Europea e incluso al «gigante chino». Nos encontramos, pues, en una de las zonas del Sur del mundo en que, no obstante las riquezas del subsuelo o la riqueza de unos pocos, está concentrado un número elevado de pobres o paupérrimos, que a menudo acrecientan los flujos migratorios. Por esta razón, pues, la Instrucción de nuestro Pontificio Consejo *Erga migrantes caritas Christi*³, al comienzo, precisa que «el nuevo contexto histórico se caracteriza, de hecho, por los mil rostros del otro; y la diversidad, contrariamente al pasado, se vuelve algo común en muchísimos países» (n. 9), tanto es así, que «casi todos los países, por un motivo u otro, se enfrentan hoy con la irrupción del fenómeno de las migraciones en la vida social, económica, política y religiosa, un fenómeno que va adquiriendo, cada vez más, una configuración permanente y estructural» (n. 1). En relación a este Documento, publicado 35 años después del *Motu Proprio* de Pablo VI *Pastoralis migratorum cura* y la relativa Instrucción de la Sagrada Congregación para los Obispos *De pastoralis migratorum cura* (1969), es deseable y necesaria una “recepción” en cada país latinoamericano, con la implantación, tal vez, de un Directorio Nacional que, fiel a la *EMCC*, pueda encarnarla y actuar de este modo en el contexto de una Iglesia local.

1. La cuestión migratoria continental

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida, Brasil, del 13 al 31 de mayo del 2007⁴, en su *Documento Final*, afirma que «la riqueza y la diversidad cultural de los pueblos de América Latina y El Caribe resultan evidentes [...] A esta complejidad cultural habría que añadir también la de tantos inmigrantes europeos que se establecieron en los países de nuestra región» (n. 56; ver también n. 88); y así es. Pero también es cierto que, si bien las migraciones en los países latinoamericanos históricamente provinieron de Europa, hoy se asiste a un cambio de rumbo. Hoy en día las migraciones se dirigen más bien hacia los Estados Unidos de América o hacia países más cercanos al continente latinoamericano, o hacia Europa. De manera que en el mundo existen cerca de 25 millones de latinoameri-

³ La Instrucción *Erga migrantes caritas Christi*, de ahora en adelante *EMCC*, fue publicada por el Pontificio Consejo de la Pastoral para los Migrantes y los Itinerantes el 3 de mayo de 2004, con aprobación del Siervo de Dios JUAN PABLO II dos días antes, en la fiesta de San José obrero: AAS XCVI (2004) 762-822 y *People on the Move* XXXVI (95, 2004). Un cuadro de la situación latinoamericana, impresionante por lo relacionado a precisión y densidad de síntesis, se encuentra en el *Documento Final* de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe, n 65 y 402.

⁴ De ahora en adelante, por conveniencia, la mencionaremos como “Aparecida”.

canos lejos de su patria. De estos, al menos 3 millones han emigrado a algún país de la misma América Latina⁵.

Podemos, pues, observar que las migraciones hodiernas tienen, respecto de las “históricas”, una mayor movilidad “intra-nacional y regional”. Son millones los campesinos que han venido confluendo, y cada vez en mayor número, en las áreas urbanas (migración interna). Es precisamente a este escenario al que hace referencia la EMCC cuando afirma que « en estos últimos tiempos, también han aumentado notablemente las migraciones internas en varios países, tanto voluntarias, por ejemplo, del campo a las grandes ciudades, como forzadas; en este caso, se trata de los desplazados, de los que huyen del terrorismo, de la violencia y del narcotráfico, sobre todo en África y América Latina. Se calcula, en efecto, que, a escala mundial, la mayor parte de los emigrantes se mueve dentro de la propia nación, incluso con ritmos estacionales » (n. 10). En todo caso, mientras en los años 60 los movimientos migratorios entre países de la región comprendían poco más de 1.500.000 personas, en los años noventa superaban ya los 11 millones. Por otra parte, considerando individualmente los diversos países, de Colombia, Ecuador y Perú continúa saliendo gente con destino no sólo a los Estados Unidos de América, sino también a otras naciones de América Latina y de Europa. Venezuela y Argentina, en cambio, continúan siendo países receptores, aún considerando que este último, a causa de la fuerte crisis económica, ha sufrido una gran reducción de la población residente y del número de inmigrantes en las zonas de frontera. Brasil, Perú y, recientemente Ecuador se manifiestan más bien como países de “expulsión”. Sobre todos estos, sin embargo, prevalece México.

En los Estados Unidos, según el último censo, los inmigrantes de origen latinoamericano han superado la cuota de los 14 millones; para la Unión Europea, las cifras al 2003 oscilan entre los 600.000 y 1.100.000 inmigrantes. Se registran, pues, notables flujos migratorios al interior del continente, caracterizados sobretudo por la búsqueda de oportunidades de trabajo.

A este propósito, muchos países de América Latina han visto emigrar a sus mejores ciudadanos, sobretudo profesionales y técnicos. La desilusión y la frustración, por otra parte, de aquellos que han tenido que abandonar su patria para huir de la miseria y del hambre han hecho que, frente a la falta de

⁵ Los datos abastecidos por la presente intervención han sido deducidos, en el orden, de: ILO Migration Survey, *Facts on Labour Migration*, International Migration Programme, Geneva 2006; *Statistical Yearbook 2004. Trends in Displacement, Protection and Solutions* (UNHCR), Geneva 2006; A. PELLEGRINO, *Migrantes Latinoamericanos y Caribeños, síntesis histórica y tendencias recientes*, CEPAL\ CELADE, Programa de Población, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay 2001; « Migración Internacional en América Latina », IMILA, Boletín Demográfico N° 65, CEPAL\ CELADE, Santiago de Chile 2000; INTERNATIONAL ORGANIZATION FOR MIGRATION, *World Migration Report*, United Nations, Geneva 2000.

incentivos, su regreso se verificase luego de mucho tiempo y, en muchos casos, de manera no definitiva. No obstante todo esto, la emigración ha generado también, gracias a las remesas enviadas a los parientes en los países de origen, un considerable flujo de dinero⁶.

En el contexto migratorio, finalmente, uno de los problemas más graves en América Latina, aún sin resolver, es la situación irregular de muchos inmigrantes afectados por las políticas restrictivas de los diversos países de la región, no obstante la tan mentada fraternidad latinoamericana. Esto, en efecto, comporta la creciente explotación y la violación de los derechos fundamentales, sin olvidar que la imposibilidad de reunirse de nuevo con sus familias y el hecho de vivir en el temor por su situación ilegal los aíslan y los alejan de sus familiares, que viven en sus países de origen⁷, con el riesgo ulterior de que se creen nuevos lazos afectivos irregulares.

Se puede, pues, notar en todo esto una aguda inestabilidad, abonada por el crecimiento demográfico que seguirá presente en el futuro.

2. Los *latinos* en los Estados Unidos

No debe sorprender este subtítulo si pensamos en el compromiso eclesial de crear lazos entre el Norte y el Sur del Continente en cuestión. En todo caso, se trata de una verdadera y propia revolución social y demográfica del escenario americano, por la cual dentro de veinte años los Estados Unidos de América podrían ser la segunda nación de lengua castellana, luego de México. Si miramos al pasado notaremos que hacia finales de 1996 los latinos habían ya superado a los afro-americanos, pasando a ser, por ejemplo, el segundo grupo

⁶ Cfr. *EMCC*, n. 10. Importantes relieves, con sugerencias y orientaciones para la acción pastoral, pueden encontrarse en las recientes publicaciones del Pontificio Consejo de la Pastoral para los Migrantes y los Itinerantes: *La solicitud de la Iglesia hacia los migrantes* (Parte I del *EMCC*), Librería Editora Vaticana, Ciudad del Vaticano 2005; *Migrantes y Pastoral de la acogida*, (Parte II de la *EMCC*), Librería Editora Vaticana, Ciudad del Vaticano 2006; *Agentes de una nueva pastoral de comunión*, (Parte III de la *EMCC*), Librería Editora Vaticana, Ciudad del Vaticano 2007. Para una visión pastoral, la *Conferencia de Aparecida* afirma que «Las generosas remesas enviadas desde Estados Unidos, Canadá, Países europeos y otros, por los inmigrantes latinoamericanos, evidencia la capacidad de sacrificio y amor solidario a favor de las propias familias y patrias de origen. Es, por lo general, ayuda de los pobres a los pobres» (n. 416).

⁷ La *EMCC* enfrenta muchas veces la cuestión, por ejemplo al afirmar: «El Magisterio ha denunciado siempre los desequilibrios socio-económicos, que son en la mayoría de los casos la causa de las migraciones, los peligros de una globalización indisciplinada, en la que los emigrantes resultan víctimas más que protagonistas de sus vicisitudes migratorias y el grave problema de la inmigración irregular, sobre todo cuando el migrante se transforma en objeto de tráfico y de explotación de parte de bandas criminales» (n. 29).

étnico presente en Nueva York, mientras ya desde tiempo atrás representaban la mayoría absoluta en el Bronx.

Las consecuencias de este fenómeno están teniendo repercusiones en la política pública y en la entera dimensión cultural americana. Los *latinos*, de hecho, prefieren establecerse en las grandes áreas metropolitanas, de manera que están concentrados en las veinte mayores ciudades de los Estados Unidos. Los Ángeles, por ejemplo, registra una población salvadoreña mayor que aquella residente en San Salvador, y Nueva York un número de puertorriqueños superior al de San Juan de Puerto Rico y un número de dominicanos similar al de Santo Domingo.

Desde el punto de vista religioso, por otra parte, más de dos tercios de *latinos* en los Estados Unidos, vale decir el 68%, está constituido por católicos y, en proporción, se trata sobretodo de inmigrantes mexicanos. Los protestantes, en cambio, son más numerosos entre aquellos que provienen de Puerto Rico, mientras que aquellos que se declaran a-religiosos, una pequeña porción del total, están en mayor cantidad entre los que provienen de Cuba. En tal contexto, la Conferencia Episcopal Estadounidense (USCCB), en comunión con aquella mexicana (CEM), y también con otras Conferencias Latinoamericanas, viene solicitando desde hace mucho tiempo una reforma integral en lo que se refiere a la inmigración, que tenga en consideración todos los aspectos del fenómeno, no solamente lo que tiene que ver con la seguridad y las medidas restrictivas. Por este motivo, la Conferencia Episcopal Estadounidense sostiene que la nueva reglamentación tiene que ser un esfuerzo global contra la pobreza, previendo un programa de trabajo temporal, una política de reunificación familiar, una amplia legalización y la restauración del proceso regular. Es necesario, asimismo, subrayar que la Iglesia está siempre pastoralmente cerca de los inmigrantes, dando a menudo servicios que nadie ofrece, tanto de primera necesidad, como de tutela, promoción e integración, poniendo en acción incluso proyectos de cooperación a través de la construcción de estructuras al servicio de los inmigrantes y garantizando, donde es posible, la asistencia pastoral, sobre todo en la celebración de la Liturgia y en la catequesis.

3. Las migraciones en la región Andina

La migración en el interior de la comunidad andina está en aumento, causando particular preocupación los flujos migratorios hacia Venezuela, así como la emigración de colombianos y los desplazados al interior de las regiones.

Venezuela representa, sin embargo, para los emigrantes en América Latina, uno de los Países de mayor atracción y no sólo para aquellos procedentes de la región sino también para los procedentes de Europa y de Asia. Se pueden contar casi 60.000 inmigrantes colombianos y 35.000 peruanos, empleados en las zonas rurales y en las empresas constructoras.

Colombia, por su parte, es escenario de un conflicto armado interno que ha provocado el desplazamiento de una multitud de gente. Hablaremos de ello en la segunda parte de nuestra intervención.

Son unos 37.000, además, los colombianos en Ecuador. Perú, por otra parte, se presenta como un País de fuerte emigración, con peruanos que se dirigen a Argentina, Europa, Estados Unidos de América e incluso Japón. Se calcula, además, que en los últimos diez años, a causa de la violencia, han sido desplazadas internamente unas 600.000 personas.

4. Las migraciones en el Cono Sur

En esta área geográfica, Argentina, Brasil, Chile y Uruguay tienen una cierta estructura industrial y un desarrollo urbano, pero también carencia de población. Paraguay y Bolivia, en cambio, registran un mayor crecimiento de población, pero sus economías son pobres y precarias.

De hecho, de un total de 36.260.000 habitantes, Argentina actualmente cuenta con 1.531.940 extranjeros, de los cuales la mitad procede de los países fronterizos y del Perú, con una creciente presencia de inmigrantes coreanos, chinos y provenientes de Europa del Este, en particular de Ucrania y de Rusia. Es de notar que el Gobierno de Buenos Aires suscribió recientemente un acuerdo con el de La Paz para que los inmigrantes presentes irregularmente puedan normalizar su situación, lo que representa un importante signo, por su ejemplaridad, para toda América Latina.

En relación a Paraguay, se observa más bien una reducción de la presencia de inmigrantes brasileños (casi 81.000 en el presente), debida talvez a las tensas relaciones entre los Gobiernos de Asunción y de Brasilia. Están presentes además en el país unos 63.000 argentinos, sobretodo descendientes de paraguayos y jóvenes que emigraron tras la crisis económica en su patria.

Finalmente, no siendo Chile tradicionalmente un país de inmigración, constatamos más bien que en estos últimos años ha recibido una creciente presencia de argentinos (50.448 personas) y peruanos (39.084 inmigrantes). Precisamente, en el mes de febrero se difundió la noticia de que en Chile habían sido regularizados 40 mil inmigrantes.

5. La Iglesia católica en América Latina y las migraciones

Pues bien, ¿cómo responde la Iglesia Católica a este signo de los tiempos que es la migración? Podemos decir que lleva adelante una obra muy importante en materia migratoria, incluso a través de las distintas organizaciones-asociaciones regionales, nacionales y locales, y en estricta comunión con el Pontificio Consejo de la Pastoral para los Emigrantes e Itinerantes. En ello se hace concreto lo que establece la *EMCC*, sobretudo en su cuarta parte y en el Ordenamiento jurídico-pastoral⁸, como bien lo señala el mismo *Documento final* de la *Conferencia de Aparecida*: «*Es expresión de caridad, también eclesial, el acompañamiento pastoral de los inmigrantes. Hay millones de personas concretas que, por distintos motivos, están en constante movilidad. En América Latina y el Caribe constituyen un hecho nuevo y dramático los emigrantes, desplazados y refugiados sobre todo por causas económicas, políticas y de violencia*» (n. 411).

En Bogotá, pues, tiene su sede la *Sección Movilidad Humana* del *Departamento de Justicia y Solidaridad* del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), que apoya a las Conferencias Episcopales de cada Nación en el estudio del fenómeno estructural de la movilidad humana y estimula una respuesta pastoral conveniente. Todo país de América Latina tiene, además, Comisiones Episcopales que, según las distintas competencias, se dedican a la animación de la acción pastoral de los inmigrantes en sus diversas expresiones o en Comisiones, incluso a nivel nacional, dedicadas a la migración misma, en dependencia de las Conferencias Episcopales. Pienso en Chile, en el Instituto Católico para las Migraciones (INCAMI), en Argentina, la Fundación Comisión Católica Argentina para las Migraciones (FCCAM), en Uruguay, la Comisión Uruguaya para las Migraciones (CCUM), en Brasil, el Servicio Pastoral para los Inmigrantes (SPM), en México, el Departamento Pastoral de la Movilidad Humana (DPMH), etc. Se trata de organismos que, incluso en observancia de lo solicitado por la *EMCC*, se ocupan de la acción pastoral para los inmigrantes, con su animación en las diócesis. Muchas de ellas tienen un delegado dedicado a ese apostolado. En las Conferencias Episcopales más reducidas, en cambio, se puede tener un Obispo Promotor y un Director Nacional. Por otra parte, es ya tradicional en América Latina celebrar la “Jornada del inmigrante”, que a veces se dilata a una semana entera. Se ofrece también a los inmigrantes el servicio de consultoría en lo que respecta a la tutela de sus derechos, se instituyen programas de adiestramiento para los operadores pastorales y se colabora con

⁸ Cfr. *EMCC*, n. 89-95 y art. 16-22. El *Documento final* de la *Conferencia de Aparecida*, acerca de este tema, tras haber notado que «es insuficiente el acompañamiento pastoral para los migrantes e itinerantes» (n. 100), individúa varias orientaciones para dar nuevo aliento a la acción pastoral, sobre todo en los n. 414-416.

otras instituciones públicas y privadas dedicadas al *welfare* de los inmigrantes. En muchos países, finalmente, existen programas dedicados a la integración de los inmigrantes y a la valorización de sus respectivas culturas, estimulándose al mismo tiempo la activa participación de los diversos grupos de inmigrantes ya establecidos en los países receptores.

Todo ello hace concreta la siguiente recomendación de la *EMCC*: «*En todo caso [...] permanece el deber de asistir pastoralmente a los católicos inmigrantes, en las formas que se consideren más eficaces, según las circunstancias, aun prescindiendo de instituciones canónicas específicas. Las cristalizaciones pastorales informales e incluso espontáneas, merecen ser promovidas y reconocidas en las circunscripciones eclesiásticas, al margen de la consistencia numérica de quienes se benefician, cerrando así el paso a la improvisación y a la presencia de agentes de pastoral aislados y no idóneos, incluso a las sectas*» (n. 92)⁹. Obviamente, todo lo que se realiza ya en el continente es también fruto del atento y fraterno diálogo que existe entre las Conferencias Episcopales de los países de proveniencia y los de destino; esto también en referencia a lo que sugiere la *EMCC*: «*Para que la pastoral de los emigrantes sea una pastoral de comunión, es indispensable que se establezca entre las Iglesias emisoras y receptoras una intensa colaboración, que se origine, en primer lugar, de la información recíproca sobre todo aquello que tiene un común interés pastoral*» (n. 70)¹⁰. Recordamos, entre otras, la ejemplar colaboración entre la Conferencia Episcopal Estadounidense y la Mejicana, contando incluso con la publicación de dos documentos, «*Strangers no Longer: Together on the Journey to Hope*» y «*Ministering Together for Immigrants, Refugees, Migrants and People on the move at the Beginning of the Third Millennium*» (2003)¹¹.

⁹ La importancia de la formación de todos aquellos quienes, con distintos cargos, actúan en el marco de la pastoral de la movilidad humana, ha sido, de hecho, corroborada por la *EMCC*, en el n. 71, e ilustrada por la *Conferencia de Aparecida*, que afirma, para los diáconos permanentes, la necesidad de «una adecuada formación humana, espiritual, doctrinal y pastoral con programas adecuados (...) dando testimonio, así, de Cristo servidor al lado de los enfermos, de los que sufren, de los migrantes y refugiados, de los excluidos y de las víctimas de la violencia y encarcelados» (n. 207). Obedeciendo a la *EMCC* n. 71, nuestro Dicasterio ofrece útiles subsidios para ello. Además de la revista *People on the Move*, menciono la colección «Cuadernos Universitarios» y el sitio web de nuestro Pontificio Consejo: www.vatican.va/roman-curia/pontifical_councils/migrants. Véase también nuestra carta circular conjunta con la Congregación para la Educación Católica, *para la formación de futuros Sacerdotes y Diáconos Permanentes*, y aquella, con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *a los Excelentísimos Ordinarios Diocesanos sobre la Pastoral de la Movilidad Humana: People on the Move XXXVII* (99, 2005), p. 101-121; 193-204.

¹⁰ Con razón, entonces, corrobora así la *Conferencia de Aparecida*: «Los migrantes deben ser acompañados pastoralmente por sus Iglesias de origen y estimulados a hacerse discípulos y misioneros en las tierras y comunidades que los acogen, compartiendo con ellos las riquezas de su fe y de sus tradiciones religiosas. Los migrantes que parten de nuestras comunidades pueden ofrecer un valioso aporte misionero a las comunidades que los acogen» (n. 415).

¹¹ Cfr. www.usccb.org/mrs/welcome.htm; *People on the Move XXXVI* (94, 2004), p. 171-175.

No puede faltar, finalmente, la así llamada *advocacy*, según señala al respecto el documento de Aparecida: «*Entre las tareas de la Iglesia a favor de los migrantes, está indudablemente la denuncia profética de los atropellos que sufren frecuentemente, como también el esfuerzo por incidir, junto a los organismos de la sociedad civil, en los gobiernos de los países, para lograr una política migratoria que tenga en cuenta los derechos de las personas en movilidad. Debe tener presente también a los desplazados por causa de la violencia. En los países azotados por la violencia, se requiere la acción pastoral para acompañar a las víctimas y brindarles acogida y capacitarlos para que puedan vivir de su trabajo. Asimismo, deberá abundar su esfuerzo pastoral y teológico para promover una ciudadanía universal en la que no haya distinción de personas*» (n. 414).

6. Organizaciones civiles en el continente sudamericano en relación a los inmigrantes

En América Latina, las organizaciones civiles para la migración cumplen un papel importante para la consecución de las decisiones de los gobiernos regionales. Por lo demás, las Autoridades gubernamentales toman cada vez más consciencia de la necesidad de prestarles atención, llamándolas, por ejemplo, a participar en la mesa de discusiones en lo concerniente a la migración. De hecho, ellas afrontan día a día buena parte de los problemas que son responsabilidad de los gobiernos, vale decir: violaciones de los derechos humanos, abusos, contrabando y tráfico de personas, falta de asistencia legal, humanitaria y hospitalaria, problemas de trabajo, conflictos fronterizos, deportaciones, etc.

Al respecto, en 1996, México, tuvo lugar la primera «*Conferencia Regional sobre la Migración*», que se hizo conocida inmediatamente como “*Grupo de Puebla*”. Uno de sus objetivos era la cooperación entre los países de la región, sin afectar los programas de cooperación bilateral ni el derecho soberano de cada país de salvaguardar sus propias fronteras y de aplicar las respectivas leyes migratorias. En el plano de la acción, más bien, se buscaba promover la cooperación internacional para resolver los problemas de fronteras comunes, combatir el tráfico de personas y proteger los derechos de los inmigrantes irregulares¹².

¹² La *EMCC*, sobre este tema, afirma que «los trabajadores extranjeros no pueden ser considerados como una mercancía, o como mera fuerza de trabajo, y que, por tanto, no deben ser tratados como un factor de producción cualquiera. Todo emigrante goza de derechos fundamentales inalienables que deben ser respetados en cualquier situación. La aportación de los inmigrantes a la economía del país receptor va ligada, en realidad, a la posibilidad de utilizar plenamente su inteligencia y habilidades» (n. 5).

Al igual que el “Grupo de Puebla”, también los Países de América del Sur sintieron la necesidad de un espacio de reflexión y de políticas comunes acerca del tema migratorio. Es así que en 1999 se llevó a cabo en Lima el primer «*Encuentro Sudamericano de Migración, Integración y Desarrollo*». Estaban presentes Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay y Venezuela. En la declaración final de aquel Encuentro, se confirmó la necesidad de una mayor colaboración en temas relacionados a la migración para acompañar los procesos de integración sub-regional, como el MERCOSUR y la Comunidad Andina. El respeto de los derechos humanos de los inmigrantes constituyó la preocupación fundamental, considerando también el hecho de que los movimientos migratorios producen cambios y relaciones interculturales que, a lo largo del tiempo, pueden generar factores de desarrollo¹³. Al año siguiente, los días 18 y 19 de mayo, tuvo lugar en Buenos Aires la primera «*Conferencia Sudamericana sobre las Migraciones*». En aquella ocasión —con participación de varios importantes organismos como ACNUR, CELADE, CEPAL, OEA, OIT y, a nivel regional, CEMLA, INCAMI, FCCAM— se volvieron a tomar en cuenta ideas de fondo del Encuentro de Lima (la protección de los derechos humanos, la modernización y la consolidación institucional de los organismos nacionales de competencia sobre tales cuestiones y la cooperación técnica regional). El resultado más inmediato ha sido la constitución de un Foro de coordinación y consulta en materia migratoria para los países de América del Sur. Desde entonces, cada año ha tenido lugar una reunión con el objetivo de continuar la elaboración y la puesta al día de las políticas migratorias en distintos Países. Avanzando gradualmente, se ha ido prestando más atención al proceso regional de integración, facilitando la movilidad de los inmigrantes; se ha reforzado, además, el compromiso en favor del respeto de todos los trabajadores inmigrantes y de sus familias, en conformidad con las legislaciones internas y los instrumentos internacionales¹⁴. Se decidió, además, fomentar el total respeto de las personas que se encuentran en cualquier condición migratoria, evitando tratar de delincuentes comunes a los que infringen las leyes migratorias. Se ha ido buscando también el consenso acerca de las líneas de acción para los inmigrantes latinoamericanos residentes fuera de la región,

¹³ En efecto, los migrantes pueden aportar y fomentar «el desarrollo económico, tanto del país receptor como de su propio país de origen (sobre todo con los envíos de dinero de los inmigrantes). Muchas naciones, en verdad, no serían como las vemos hoy, si no hubieran contado con la aportación de millones de inmigrantes» (*EMCC*, n. 5).

¹⁴ La recomendación a la ratificación de la Convención internacional sobre la protección de los derechos de todos los trabajadores emigrantes y los miembros de sus familias —en vigor desde el 1 de julio de 2003— está presente en la *EMCC*, n. 6 y recientemente ha sido corroborada por Benedicto XVI en su Mensaje para la 93ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado: *People on the Move XXXVIII* (102, 2006).

proponiendo, junto con las organizaciones sociales y de la sociedad civil, un espacio de trabajo en defensa de los derechos humanos de los inmigrantes.

En este largo y a veces fatigoso proceso ha madurado pues un proficuo y necesario diálogo entre la sociedad civil y los Gobiernos, con atención incluso al pensamiento de la Iglesia y el reconocimiento de la preciosa contribución de las Organizaciones No Gubernamentales y de las Instituciones religiosas para resolver la problemática relacionada al proceso migratorio sudamericano. Por ello, análogamente, y al menos en parte, constatamos la realización de lo que afirma la *EMCC*, es decir: «*que el compromiso en favor de los inmigrantes no sea sólo obra de los cristianos, considerados individualmente, o de las tradicionales organizaciones de ayuda y socorro, sino que forme parte también del programa general de los Movimientos Eclesiales y Asociaciones laicales*» (n. 60), teniendo bien presente que «*se pide a los laicos cristianos, sobre todo, que extiendan su colaboración a los campos más variados de la sociedad, haciéndose también “prójimos” del emigrante*» (n. 21).

Conclusión de la primera parte

Una de las cuestiones más urgentes de nuestro tiempo es el flujo de personas que se desplazan de un país a otro, sea por huir de las persecuciones o por buscar una vida más digna. La *EMCC* subraya la importancia de nuestra respuesta a este fenómeno global, recordando que todos estamos «*llamados a emprender un itinerario de comunión que conlleve, precisamente la aceptación de las legítimas diversidades. Pues la defensa de los valores cristianos pasa también a través de la no discriminación de los inmigrantes, sobre todo gracias a una sólida regeneración espiritual de los fieles mismos. El diálogo fraterno y el respeto recíproco, testimonio vivido del amor y de la acogida, serán así, por sí mismos, la primera e indispensable forma de evangelización*» (n. 99). A este proceso, de hecho, contribuirán de manera evidente los mismos inmigrantes, llamados a ser «*los principales protagonistas de la pastoral*» (n. 91), más aún, como atestigua la *Conferencia de Aparecida*: «*los emigrantes son igualmente discípulos y misioneros y están llamados a ser una nueva semilla de evangelización, a ejemplo de tantos emigrantes y misioneros, que trajeron la fe cristiana a nuestra América*» (*Aparecida*, n. 377). Creo también que tiene que ser igualmente positiva la perspectiva con la que hoy en día es necesario mirar el fenómeno migratorio. En efecto, hay que superar las políticas simplemente de control y de contención de las migraciones, para actuar apropiadas políticas de gestión migratoria. Es además urgente descubrir instrumentos comunes entre los distintos Estados, de manera que se pueda superar la reductiva visión nacional para una mejor sinergia a nivel internacional. Asimismo, debemos tener en cuenta el bien común de una Nación, pero en el contexto global. Justamente acerca de este

marco, la EMCC subraya que « ante un fenómeno migratorio tan generalizado, y con aspectos profundamente distintos respecto al pasado, de poco servirían políticas limitadas únicamente al ámbito nacional. Ningún país puede pensar hoy en solucionar por sí solo los problemas migratorios. Más ineficaces aún resultarían las políticas meramente restrictivas que, a su vez, producirían efectos todavía más negativos, con el peligro de aumentar las entradas ilegales e incluso de favorecer la actividad de organizaciones criminales» (n. 7). Más bien se necesita transformar el tema migratorio entre países cercanos en una oportunidad de cooperación y de desarrollo regional, y no en un factor de tensión. Hoy, pues, más que nunca, es indispensable subrayar lo que afirmaba hace poco el Santo Padre Benedicto XVI « la realidad de las migraciones no se ha de ver nunca sólo como un problema, sino también y sobre todo, como un gran recurso para el camino de la humanidad»¹⁵.

II Parte:

LOS DESPLAZAMIENTOS FORZADOS EN AMÉRICA LATINA

Trasfondo

El desplazamiento forzado mundial tiene magnitud y está creciendo. Los datos estadísticos del 2007 para los refugiados y los que solicitan asilo llegan aproximadamente a 15 millones de personas, de los cuales, 10,5 millones¹⁶ están bajo el amparo del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), mientras que los restantes 4,5 millones de refugiados¹⁷ palestinos están bajo el amparo de la Agencia UNRWA. Además, se calcula que las personas internamente desplazadas sean en el mundo aproximadamente ciento cincuenta millones, de las cuales, 24,5 millones¹⁸ han perdido sus hogares como resultado de los efectos de un conflicto armado o cualquier otra violación de los derechos humanos. Estos 24,5 millones de personas se habrían convertido en refugiados si hubieran cruzado una frontera estatal internacionalmente reconocida. Los restantes, más o menos 125 millones de desplazados internos, son aquellos que han perdido sus hogares debido a desastres naturales (inundaciones, terremotos, etc.) o proyectos de

¹⁵ BENEDICTO XVI, *Angelus* del 14 de enero de 2007: *People on the Move* XXXIX (104, 2007), p. 29.

¹⁶ ACNUR, *Informe Mundial 2006. Logros y Retos*, Ginebra 2007, p. 12.

¹⁷ <http://www.un.org/unrwa/publications/pdf/uif-june07.pdf>.

¹⁸ IDMC, *Internal Displacement. Global Overview of Trends and Developments in 2006*, Geneva 2007, p. 6.

desarrollo humano (diques o instalaciones comerciales¹⁹), ascendiendo éstos últimos a más de 100 millones. Si bien todas las PDI's (Personas Internamente Desplazadas) están bajo el amparo de los *Principios Rectores de los Desplazamientos Internos*²⁰, nos limitaremos aquí a la situación de las PDI's cuya condición es parecida a la de los refugiados.

1. La responsabilidad de la comunidad internacional

El destino de las personas internamente desplazadas es alarmante. El sistema internacional, creado a raíz de la Segunda Guerra Mundial, no los incluye. De acuerdo con las nociones tradicionales de soberanía, la Convención de Refugiados de 1951 se centró exclusivamente en las personas que habían cruzado fronteras internacionales.

Las que permanecían dentro de sus países de origen eran consideradas responsabilidad de sus gobiernos. Esto se debía al principio de “no ingerencia” en los asuntos internos de un Estado soberano. Sin embargo, no se puede utilizar el concepto de soberanía como justificación para el maltrato de poblaciones. La normativa internacional de derechos humanos y el derecho humanitario internacional obligan a los gobiernos a dar protección y asistencia humanitaria a los que se encuentran en el ámbito de su jurisdicción. En estos últimos años, sin embargo, los conceptos de soberanía que numerosos Estados han utilizado como pantalla para ocultar abusos hacia sus propios ciudadanos²¹, son desafiados por un concepto más reciente: “la soberanía como res-

¹⁹ CHRISTIAN AID, *Human tide. The real migration crisis*, London 2007, p. 3.

²⁰ A los efectos de estos Principios, se entiende por desplazados internos las personas o grupos de personas que se han visto forzadas u obligadas a escapar o huir de su hogar o de su lugar de residencia habitual, en particular como resultado o para evitar los efectos de un conflicto armado, de situaciones de violencia generalizada, de violaciones de los derechos humanos o de catástrofes naturales o provocadas por el ser humano, y que no han cruzado una frontera estatal internacionalmente reconocida: Comisión de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, *Principios Rectores de los Desplazamientos Internos*, Addendum al Informe del Representante del Secretario General, Sr. Francis M. Deng, Doc. ONU: E/CN.4/1998/53/Add.2, del 11 de febrero de 1998.

²¹ «Los principios de la soberanía de los Estados y de la no injerencia en sus asuntos internos —que conservan todo su valor— no pueden, sin embargo, constituir una pantalla detrás de la cual se tortura y se asesina. Porque de eso se trata precisamente. Desde luego, los juristas deberán seguir estudiando esa realidad nueva y afinar sus límites. De cualquier forma, como la Santa Sede suele recordar frecuentemente en las instancias internacionales en las que participa la organización de las sociedades solo tiene sentido si hace de la dimensión humana su preocupación central, en un mundo hecho por el hombre y hecho para el hombre». (Discurso del Papa JUAN PABLO II al Cuerpo Diplomático, 1993: *O.R. Edición Española*, N. 3 (1274), 20-01-1993, p. 1).

ponsabilidad”²². La introducción de un marco jurídico, a pesar de que no es legalmente vinculante, los ya mencionados *Principios Rectores de los Desplazamientos Internos*, que recurre a las medidas existentes en la legislación internacional con respecto a las necesidades de los desplazados internos, ha evidenciado otro cambio de mentalidad.

El ACNUR estaba ya comprometido en la protección y en la ayuda de las PDI's, bajo ciertas condiciones bien precisas²³. En el 2005 se verificó una sucesiva mejora, cuando el Comité Permanente inter-Agencias (IASC) introdujo un enfoque coordinado conocido como «cluster-approach» (enfoque de grupo), una dinámica de operaciones concordada por los organismos de la ONU y la comunidad humanitaria que conducirá ciertas operaciones. Como resultado de este enfoque, actualmente, el ACNUR asiste, a través de proyectos a corto plazo *ad hoc*²⁴, a cerca de 14,5 de los 24,5 millones de PDI's relacionadas con un conflicto.

La realidad nos obliga, pues, a afirmar que millones de desplazados internos permanecen, de hecho, sin protección.

2. América Latina

La situación de migración forzada en América Latina se caracteriza principalmente por situaciones de desplazamiento interno con los países que experimentan un desplazamiento masivo.

Perú cuenta con aproximadamente 150.000 PDI's, como resultado del conflicto armado interno al que estuvo expuesto desde 1980 hasta el 2000, mientras que la situación en Colombia supone uno de los peores desastres humanitarios²⁵ a nivel mundial, con un desplazamiento interno estimado entre

²² *La Responsabilidad de proteger. Informe de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados*. (International Development Research Centre, Ottawa 2001); cf. *La Seguridad Humana Ahora* (Comisión de Seguridad Humana, Nueva York 2003).

²³ De hecho: (j) Reconoce que la resolución 48/116, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 20 de diciembre de 1993, que reafirma el apoyo a los esfuerzos del Alto Comisionado, «en cumplimiento de solicitudes expresas del Secretario General o de los principales órganos competentes de las Naciones Unidas y con el consentimiento del Estado interesado, y teniendo en cuenta la complementariedad de los mandatos y la especialización de otras organizaciones pertinentes, para proporcionar asistencia y protección humanitaria a las personas desplazadas dentro de sus países en situaciones concretas para las que se requiere la experiencia particular de la Oficina, sobre todo en los casos en que esas actividades puedan contribuir a prevenir o a solucionar problemas de refugiados», sigue proporcionando un adecuado marco para la implicación del Alto Comisionado en situaciones de desplazamiento interno: ACNUR, Comité Ejecutivo, Conclusión sobre las Personas Internamente Desplazadas, No. 75 (XLV), 1994.

²⁴ ACNUR, *Informe Mundial 2006. Logros y Retos*, Ginebra 2007, p. 12.

²⁵ IDMC, *Internal Displacement. Global Overview of Trends and Developments in 2006*, Geneva 2007, p. 11.

tres y cuatro millones de personas, de las cuales, más de la mitad son menores de dieciocho años²⁶.

Asimismo, se está produciendo en la actualidad un éxodo de ciudadanos colombianos hacia Ecuador, Venezuela, Panamá y Costa Rica, cuyas cifras ascienden a más de 500.000. Por esta razón, en este artículo nos ocupamos solamente de Colombia.

3. El impacto del desplazamiento sobre la población

El conflicto armado afecta seriamente a las condiciones socioeconómicas de la población civil. Parece existir un nexo entre el incremento del desplazamiento interno y el aumento de la pobreza, puesto que las personas tienen que abandonar el hogar, convirtiéndose, en más de una ocasión, en desarraigados. Tienen, de hecho, que emprender una nueva vida en otra región del país. La situación de las mujeres y sus responsabilidades varían también debido a la violencia. Sus vidas cambian, puesto que se convierten, en muchos casos, en cabeza de familia y toman las riendas económicas del hogar para mantener a sus hijos. Actualmente, cuatro de cada diez familias desplazadas tienen “jefatura” femenina²⁷. Esto sucede, sobre todo, debido a la muerte o pérdida del esposo, o cuando es obligado a permanecer en otra parte del país. «*Los cambios de roles y responsabilidades generados por el desplazamiento están fundamentalmente asociados a la necesidad de garantizar las necesidades básicas de las familias y a las oportunidades que encuentran para lograrlo*»²⁸.

Las mujeres son, en particular, un blanco contra el que se aplican diferentes formas de violencia²⁹ física, psicológica y sexual. El objetivo es obligarlas a marcharse, acción que desemboca en un control eficaz de territorios y recursos. Muchas veces son secuestradas para prestar servicio en los grupos armados u obligadas a servir. Los niños soldado están también presentes en diferentes facciones.

Colombia se ha convertido en el País con el mayor número, a nivel mundial, de víctimas por minas terrestres³⁰.

²⁶ HUMAN RIGHTS WATCH, *Colombia: Desplazados y desechados. La grave situación de los desplazados en Bogotá y Cartagena*, Bogotá 2005, p. 19.

²⁷ COMISIÓN INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS, *Las Mujeres frente a la Violencia y la Discriminación Derivadas del Conflicto Armado en Colombia*, Washington D.C. 2006, III - B - 70.

²⁸ Ibidem, III - B - 70.

²⁹ AMNESTY INTERNATIONAL, *Colombia, Cuerpos marcados, crímenes silenciados: Violencia sexual contra las mujeres en el marco del conflicto armado*, Londres 2004, p. 18- 19.

³⁰ Cfr. la Campaña Internacional para la Prohibición de Minas Terrestres, *Informe Monitor de Minas Terrestres 2007: Hacia un mundo libre de minas*. Ottawa 2007, p. 65.

4. Medidas emprendidas por el Gobierno

Colombia ha introducido un marco legal y una estructura institucional muy sofisticadas, como apoyo a la respuesta humanitaria para estas personas. Asimismo, delega responsabilidades específicas en las diferentes agencias gubernamentales, a nivel nacional y municipal.

El Gobierno es el principal proveedor de asistencia humanitaria para las personas desplazadas en el País, centrándose principalmente en cuestiones pertinentes a la recuperación, como son el alojamiento, la generación de ingresos, la educación y la salud, pero puede llegar a ser difícil diferenciar dichas personas en las poblaciones urbanas más pobres. «*La política gubernamental adolece de problemas graves en las diferentes fases del desplazamiento forzado, desde el deber de prevenir las causas que obligan a las personas a desplazarse para proteger su vida, pasando por la protección especial de sus derechos durante la situación de desplazamiento, hasta la reparación integral de los derechos conculcados a las víctimas. Los programas gubernamentales de atención humanitaria y de resarcimiento socioeconómico resultan insuficientes frente a la extrema vulnerabilidad que sufren las personas desplazadas*»³¹.

El Representante del Secretario General de las Naciones Unidas sobre los derechos humanos de las personas internamente desplazadas manifestó «*su preocupación por el claro desfase entre las políticas decididas en la capital Bogotá, y su aplicación efectiva en los departamentos y municipios. Le sorprendió de manera particular lo que parece ser una desconexión entre la formulación de políticas a nivel nacional y la aplicación operacional a nivel local. Llegó a la conclusión de que la falta de una aplicación sistemática y coherente de esas políticas afecta a la capacidad de los desplazados internos para ejercer efectivamente esos derechos*»³².

5. Las respuestas de la Iglesia

En respuesta a los desafíos del conflicto armado, la Iglesia católica en Colombia³³ pidió a todas las diócesis que desarrollaran programas de renovación, y que incluyeran en dichos programas la promoción de la reconciliación.

³¹ JRS - COMISIÓN COLOMBIANA DE JURISTAS, *Compromisos rotos. Seguimiento a la aplicación de las recomendaciones internacionales sobre desplazamiento forzado en Colombia 2004 - 2005*, Bogotá 2005, p. 61.

³² WALTER KÄLIN, *Mission to Colombia*, 2007, A/HRC/4/38/Add.3, p. 19.

³³ La siguiente información se basa principalmente en conversaciones e informes de Miembros de la Conferencia Episcopal de Colombia durante la Visita «ad Limina» en junio y septiembre de 2004.

Monseñor Luís Augusto Castro Quiroga ha descrito la necesidad de reconciliación dentro de un proceso para la paz: «*la reconciliación aparece como la destrucción de las barreras de desconfianza y la construcción de nuevas relaciones de comunión. Es, además, un proceso que es tanto individual como comunitario [...] está relacionado con la paz en el nivel más profundo [...]*»³⁴.

Por consiguiente, la Iglesia Católica de Colombia³⁵, para dicho ministerio de reconciliación, pide a sus ministros, con vistas a una mayor eficacia, que se esfuercen por una: (1) presencia en la zona incluso en los momentos más críticos; (2) apertura a todas las partes; (3) precisión en el lenguaje evitando confusión de niveles y conceptos. Se pide también (4) conservar viva la memoria de los acontecimientos trágicos; (5) mantener la esperanza aún en situaciones que parecen desesperadas; (6) no acomodarse a una mentalidad de guerra; y (7) avizorar el futuro de una manera profética en lugar de catastrófica. Además de desarrollar una pastoral con estos criterios de reconciliación en épocas de guerra, la Iglesia Católica también ha desarrollado una espiritualidad para vivir en situaciones del conflicto, programas que brindan atención psicológica y el manejo del miedo para sus agentes pastorales.

De hecho, el SNPS (Secretariado Nacional de Pastoral Social) promueve la dignidad humana y la construcción de una nueva cultura de convivencia. El trabajo consiste en campañas nacionales, la celebración de la Semana por la Paz, conferencias sobre la paz, reconciliación y derechos humanos, «*la confesión sacramental también es vista como un instrumento que a veces ha roto el ciclo de los actos de venganza*»³⁶. Más aún, se busca un mayor conocimiento de los derechos humanos, un tratamiento de las emergencias debidas al conflicto militar, el establecimiento de un sistema de información referente a la violencia en Colombia (*Programma RUT*), y participación en los programas del ACNUR. Además, señalamos la Carta Pastoral del Presidente de la Conferencia Episcopal Colombiana sobre Reconciliación y Paz, publicada el 27 de marzo de 2007³⁷.

Todo esto, para evidenciar la concienciación de la Iglesia en Colombia con respecto al enorme sufrimiento que padecen las personas internamente desplazadas, dando respuesta también a través de programas caracterizados por la asistencia directa, la mediación y el tratamiento de los efectos a largo plazo. Se proporcionan de hecho alojamiento, alimentos, asistencia médica e indumentaria, mientras que los planes pastorales consisten en la concien-

³⁴ PAX CHRISTI INTERNATIONAL, *Buscando la Paz en Colombia*, 2006, p. 77.

³⁵ Véase del ARZOBISPO LUIS AUGUSTO CASTRO QUIROGA, *Sobre la cuestión de los desplazados internos. La paz: Un compromiso inaplazable. People on the Move* N. 105.

³⁶ PAX CHRISTI INTERNATIONAL, *Buscando la Paz en Colombia*, 2006, p. 78.

³⁷ ARZOBISPO LUIS AUGUSTO CASTRO QUIROGA, *Tiempo de Gracia, de Reconciliación y de Paz*, 27-3-2007, véase también el pronunciamiento en *People on the Move* N. 102, pp. 415-416.

ciación de las comunidades sobre el desplazamiento y las causas de la violencia, la formación de agentes pastorales comprometidos con los desplazados, un conocimiento de los derechos humanos y también una educación acerca del respecto y de las necesidades de los desplazados. Asimismo, algunas diócesis asisten a las PID's con un enfoque integral, a través del cual se brinda asistencia humanitaria y asesoría psico-social, junto con visitas a "domicilio". Se han proporcionado también apoyo pastoral a las familias y a las víctimas de la violencia, del desplazamiento, de los secuestros, de las amenazas y de las desapariciones.

Asimismo, es importante notar que existe colaboración entre las Comisiones diocesanas de Pastoral Social o de Movilidad Humana y las de Justicia y Paz, y con las asociaciones ecuménicas, ONGs y organizaciones gubernamentales.

Conclusión de la segunda parte

En los esfuerzos constantes por atender con mayor eficacia el desplazamiento interior, es necesario tratar cuestiones reales como la violencia, el trauma, la devolución de propiedades y la reconstrucción. Esto incluye sanar las heridas de las víctimas para que puedan enfrentarse al pasado, y medidas económicas para que puedan reconstruir sus vidas, guiados por un espíritu de diálogo que busca el bien común y la reconciliación del individuo y de la sociedad. Esto implica un gran cuidado pastoral, que debe ser específico, siguiendo las pautas de la Instrucción *Erga migrantes caritas Christi* de nuestro Dicasterio y de la Doctrina Social de la Iglesia.

Sólo entonces se creará un mundo en el que « *no se volverá a oír llanto, ni gritos de angustia [...] No sucederá que uno construya y otro viva en la casa, o que uno plante y otro se coma el fruto. [...] No trabajarán en vano ni tendrán hijos que mueran antes de tiempo, porque son descendientes de los que el Señor ha bendecido* » (Is. 65, 19-23).

*La preocupación de Aparecida
por el cuidado de la creación*

S.E. MONS. MARCELO SÁNCHEZ SORONDO
Canciller de la Pontificia Academia de las Ciencias

LA GLOBALIZACIÓN ES ANTE TODO
UNA REALIDAD FÍSICO-QUÍMICA
QUE ALTERA EL CLIMA DEL PLANETA

«¿Qué habría dicho [Gregorio de Nisa] si hubiese visto las condiciones en las que hoy se encuentra la tierra a causa del abuso de las fuentes de energía y de su explotación egoísta y sin ningún reparo?» (Benedicto XVI, *Homilía de Nochebuena*, 25 de diciembre de 2007)

«América Latina y el Caribe se ven afectados por el recalentamiento de la tierra y el cambio climático provocado principalmente por el estilo de vida no sostenible de los países industrializados». (Declaración Conclusiva, § 66)

El consenso acerca del cambio climático global

Las preocupaciones del Santo Padre Benedicto XVI y de la *Declaración Conclusiva* de la Quinta Conferencia Mundial del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida, Brasil, mayo 2007)¹ son bien comprensibles y encuentran un amplio consenso en la comunidad científica. Tras evaluar hechos significativos, varias Academias de Ciencias del mundo sostienen que existe amplia evidencia de un marcado calentamiento global y que el calentamiento generado en los últimos años puede atribuirse principalmente a la acción del hombre². La mayoría de los miembros de la Pontificia Academia de las Ciencias, en particular aquellos que son expertos en las ciencias de la Tierra y las ciencias sociales, comparten esta postura³.

¹ La edición a la que nos referimos es la siguiente: *Documento Conclusivo*, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, Brasil, mayo 2007, ed. Celam-Paulinas, Imprenta Camargo, Bogotá D.C., 2007.

² Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos *et al.*, *Declaración conjunta de las Academias de la Ciencia: Respuesta global al cambio climático*, junio 2005.

³ P. CRUTZEN, M. J. MOLINA, V. RAMANATHAN, J. STIGLIZ, J. LLACH. Cf. también E. MALINVAUD, J.-C. MILLERON, M. NABLI, A. SEN, A. DENGUPTA, N. STERN, J. STIGLITZ, y K. SUZUMURA, *Development Strategy and the Management of the Market Economy*, Clarendon Press, Oxford, 1997.

Hoy es posible observar que la globalización, antes que ser un fenómeno económico o cultural, o un fenómeno que surge de la revolución en la tecnología informática, es una realidad físico-químico-biológica relacionada con una alteración del clima global producida a través del aire (la atmósfera, la estratosfera) y el agua (principalmente los océanos). Esto se debe a que la llamada “era antropocena”⁴, una era en la que el cambio climático global es causado por la acción del hombre, ha traído consigo un efecto bumerán sobre el bienestar y la salud de los seres humanos (ya sea de manera directa o indirecta a través de otras especies vivas), principalmente los más pobres y los más débiles y, en consecuencia, sobre la política, la economía, la ética y toda la extensión de la experiencia y la actividad del hombre en la Tierra. La Pontificia Academia de las Ciencias se ha referido a esta cuestión con anterioridad⁵.

Tanto en su aspecto físico-químico como en su aspecto biológico, el medio ambiente está sufriendo un gran deterioro a causa del abuso de la acción del hombre. Cada año se extinguen miles de especies animales y vegetales, principalmente a causa de la deforestación. Este empobrecimiento de la biodiversidad supone una pérdida para el ecosistema y altera el equilibrio entre sus componentes con consecuencias que no podemos predecir en detalle. No obstante, las causas y las consecuencias de la contaminación de la atmósfera son bien conocidas.

Como lo demuestran los recientes estudios comparativos de Venus, Marte y la Tierra, la presencia equilibrada de gases de efecto invernadero en la atmósfera es crucial para la vida en nuestro planeta⁶. Sin este equilibrio no habría vida, como sucede en Venus y Marte. Sin embargo, la actividad del hombre durante los últimos cien años ha generado niveles desproporcionados de dichos gases (principalmente dióxido de carbono, metano, ozono, clorofluorocarburos y óxidos nitrosos). El dióxido de carbono aumentó aproximadamente el 35% y el metano más del 150% desde la industrialización, y varios clorofluorocarburos sufrieron un incremento que oscila entre el 50% y el 200% desde la década de 1990. Por otra parte, la emisión de metano

⁴ Cf. el notable trabajo del miembro de la Pontificia Academia de las Ciencias, que recibió el Premio Nobel por su investigación en este campo, P.J. CRUTZEN, «Geology of Mankind-The Anthropocene», *Nature* 2002, 415, 23.

⁵ Ej.: Pontificia Academia de las Ciencias, *Interactions between Global Change and Human Health*, Pontificia Academia de las Ciencias, Ciudad del Vaticano, 2006.

⁶ Cf. IGNACIO RODRIGUEZ ITURBE Y MARCELO SÁNCHEZ SORONDO (eds.), *Water and the Environment*, Pontificia Academia de las Ciencias, *Scripta Varia* 108, Ciudad del Vaticano, 2007. Por ejemplo, en Venus hay un alto nivel de CO₂ y la temperatura es muy elevada; en Marte hay muy poco CO₂ y la temperatura es muy baja.

y clorofluorocarburos —gases generados por la industria moderna, los aparatos eléctricos y los aerosoles— provocó una disminución del ozono existente en los niveles superiores de la atmósfera (la estratosfera), lo que habitualmente se conoce como el “agujero de ozono”. En consecuencia, disminuyó la capacidad de la atmósfera de proteger el planeta contra los rayos ultravioletas del sol y su capacidad de provocar daño sobre la vida. El aumento de los gases de efecto invernadero tiene el mismo efecto que las frazadas en la cama o que el vidrio en un invernadero: permite que los rayos solares penetren pero impide que regresen. Como consecuencia, la temperatura de la Tierra aumenta, la capa de hielo del Atlántico y los glaciares se derriten y el nivel del mar sube, lo que provoca inundaciones en las zonas costeras. Este aumento de la temperatura podría tener serias consecuencias para la humanidad a partir del siglo XXI.

El impacto de los gases de efecto invernadero ya es evidente. En el siglo pasado, la temperatura de la Tierra aumentó 0,7 °C, pero este incremento se está acelerando. En 2007, el Panel Intergubernamental del Cambio Climático aseveró que este siglo el planeta sufrirá un incremento promedio de 3 °C si las emisiones de gases de efecto invernadero continúan creciendo al ritmo actual⁷. Según el *Informe Stern*, que el gobierno británico publicó a fin de 2006, un aumento promedio de 3 °C en la temperatura representa una amenaza sin precedentes al desarrollo humano. En su mayor parte, esta amenaza se traducirá en cambios en los ciclos hidrológicos y los patrones de precipitación, así como en el impacto que una mayor temperatura en la superficie terrestre tiene en la evaporación del agua. El efecto global será un mayor riesgo y más vulnerabilidad, lo que amenaza la subsistencia, la salud y la seguridad de millones de personas, en particular de los más pobres del planeta, que no podrán adaptarse a cambios tan severos como olas de calor, inundaciones y niveles elevados de los mares⁸.

Los modelos que predicen un cambio climático global sugieren una gran variedad de consecuencias posibles. De esta complejidad surgen dos temas recurrentes. En primer lugar, en muchas regiones las áreas secas se volverán más secas y las áreas húmedas se volverán más húmedas, lo que tendrá serias consecuencias para la producción agrícola. En segundo lugar, debido al rápido retroceso de los glaciares en el Himalaya, los Andes y otros lugares, y a los cambios en el patrón de precipitaciones, el flujo del agua será cada vez más impredecible y estará relacionado con sucesos climáticos más frecuentes y

⁷ Panel Intergubernamental del Cambio Climático, *Cuarto Informe de Evaluación*, 2007.

⁸ *Informe Stern sobre la economía del cambio climático*, 30 de octubre de 2006.

extremos⁹. Estos pronósticos sugieren que los procesos naturales y sus contrastes se volverán más extremos: por ejemplo, las zonas lluviosas serán aun más lluviosas y las regiones secas serán más secas.

Más allá de las complejas variaciones que afectan a los sistemas climáticos individuales, existen cambios fundamentales en las fuerzas que determinan el ciclo hidrológico. El calentamiento global está aumentando la temperatura de los continentes, mientras que la contaminación por partículas está disminuyendo la temperatura de los mares del hemisferio norte. La variación entre esos dos fenómenos influye en el movimiento de los vientos, en particular los monzones asiáticos¹⁰. Además, en un clima más caliente el aire puede albergar más vapor de agua, lo que hace que los vientos de verano, en particular los monzones, contengan más humedad y provoquen episodios de lluvias más extremos (es decir, lluvias más intensas), mientras que la cantidad total de lluvia monzónica puede disminuir entre el 10% y el 20%. Es sabido que fluctuaciones de apenas el 10% causan inundaciones o sequías severas¹¹. Las lluvias más intensas, las inundaciones y la sequía pueden tener consecuencias devastadoras, en particular en lo que respecta a la pérdida de vidas humanas.

La prudencia exige acción contra las causas del cambio climático global

El tema de la última Sesión plenaria de la Pontificia Academia de las Ciencias, realizada en noviembre de 2006, fue «*La posibilidad de predicción en la ciencia: exactitud y limitaciones*»¹². En el mensaje a dicha sesión, el Papa Benedicto XVI subrayó que la posibilidad de predicción es una de las razones principales del prestigio de que goza la ciencia en la sociedad contemporánea

⁹ Haciéndose eco de este drama el *Documento Conclusivo* de Aparecida se atreve a señalar: «constatamos el retroceso de los hielos en todo el mundo: el deshielo del Ártico, cuyo impacto ya se está viendo en la flora y fauna de ese ecosistema; también el calentamiento global se hace sentir en el estruendoso crepitar de los bloques de hielo antártico que reducen la cobertura glacial del Continente y que regula el clima del mundo» (ed. cit. § 87). Ya JUAN PABLO II hace 20 años, desde el confín de las Américas, tuvo el coraje de afirmar proféticamente: «Desde el Cono Sur del Continente Americano y frente a los ilimitados espacios de la Antártida, lanzo un llamado a todos los responsables de nuestro planeta para proteger y conservar la naturaleza creada por Dios: no permitamos que nuestro mundo sea una tierra cada vez más degradada y degradante» (*Homilía para los fieles en la Zona Austral de Chile*, Punta Arenas, 4 de abril de 1987).

¹⁰ V. RAMANATHAN, C. CHUNG, D. KIM, T. BETTGE, L. BUJA, J. T. KIEHL, W. M. WASHINGTON, Q. FU, D. R. SIKKA, y M. WILD, «Atmospheric Brown Clouds: Impacts on South Asian Climate and Hydrological Cycle», *PNAS*, 2005, vol. 102, nro. 15, 5326–5333.

¹¹ T. P. Barnett, J.C. Adam, D.P. Lettenmaier, 'Potential Impacts of a Warming Climate on Water Availability in Snow-Dominated Regions', *Nature*, 2005, 438, 303–309.

¹² W. ARBER, N. CABIBBO, M. SÁNCHEZ SORONDO (eds.), *Predictability in Science: Accuracy and Limitations*, Pontificia Academia de las Ciencias, Acta 19, Ciudad del Vaticano 2008.

y que la creación del método científico ha dado a las ciencias la capacidad de prever fenómenos, estudiar su desarrollo y controlar así el ambiente donde el hombre vive¹³.

Considerando que estas predicciones sobre el recalentamiento climático global están bien fundadas, y obedeciendo los mandatos de la precaución o la prudencia, virtud que indica las acciones a llevarse a cabo hoy teniendo en cuenta lo que pudiere suceder en el futuro¹⁴, es nuestra obligación moral, como indica la *Declaración Conclusiva* de Aparecida¹⁵, reducir, y si es posible eliminar, las causas de esta grave amenaza contra el bienestar del hombre y la seguridad de las generaciones futuras. Como señala Aristóteles, «no es justo exigir en todas las cosas el mismo grado de exactitud; en cada caso sólo debe pedirse una precisión relativa a la materia que se trata»¹⁶. Dado que la prudencia implica predicciones acerca del futuro, que siempre supone imponderables, la ausencia de certeza matemática acerca de algunos aspectos del cambio climático global no constituye una razón para demorar una respuesta urgente que, a un costo razonable, podría impedir la interferencia peligrosa del hombre en el clima del planeta. Así, por ejemplo, el *Informe Stern* afirma en su conclusión que cada año debería invertirse el 1% del PBI mundial para mitigar los efectos del cambio climático global, y que no hacer dicha inversión implicaría correr el riesgo de que el PBI mundial fuera hasta un 20% inferior de lo que podría ser de otro modo. No sólo los científicos, sino también numerosos economistas distinguidos (incluidos algunos miembros de la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales) concuerdan con la *Declaración Conclusiva* de Aparecida en que es prudente actuar ahora, a pesar de la falta de certezas absolutas, antes que pagar un precio muy alto por la falta de acción¹⁷.

La lección moral de los pueblos en vías de desarrollo: crecimiento demográfico y cambio climático global

El cambio climático global no debe verse como una oportunidad para culpar a los países pobres por el crecimiento de la población. De hecho, los países industrializados son más responsables por la emisión de gases de efecto invernadero que los países pobres. Como indica el *Documento Conclusivo* de

¹³ *Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a la Asamblea Plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias*; Disponible en línea en: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/november/documents/hf_ben-xvi_spe_20061106_academy-sciences_sp.html.

¹⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II-II, q. 49, 5.

¹⁵ Cf. ed. cit. § 66.

¹⁶ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, I, 1, 1094 b 13 ss.

¹⁷ 'PDF File of Comments on the Stern Review by Leading Economists', HM Treasury.

Aparecida, las naciones ricas deberían revisar sus propias políticas en lugar de reclamar el control de la población en el Tercer Mundo. El crecimiento de la población es un fenómeno influido por la ética y las decisiones trascendentes de los individuos y la sociedad, antes que un asunto de calentamiento global o de falta de alimento, problema relacionado con las políticas nacionales e internacionales. Amartya Sen llegó a la misma conclusión al estudiar las hambrunas de los siglos XIX y XX¹⁸. Descubrió que las hambrunas no estaban relacionadas con la carencia objetiva de alimentos: las personas morían de hambre pero había alimento disponible. En otras palabras, en la Tierra hay suficiente agua dulce, suficiente tierra fértil y suficiente alimento para mantener a diez mil millones de personas o más¹⁹. El crecimiento poblacional es también una fuente de recursos y potencialidades que puede interactuar de modo constructivo y creativo con el medio ambiente, siempre y cuando se los oriente de manera global e ilustrada, en armonía con la ley natural que desde un comienzo aseguró la supervivencia y la adaptación de la especie humana.

En efecto, se puede afirmar con el *Documento Conclusivo* de Aparecida que, la lección de los pueblos de los países en desarrollo es de carácter ético y promueve la ecología del medio ambiente: la solidaridad intergeneracional de la familia natural numerosa, que tiene una marcada presencia en estas sociedades, está menos presente en el mundo desarrollado, donde la familia se ha convertido paulatinamente en la familia nuclear o la familia de un solo padre²⁰. A pesar de las falsas ideologías de la modernidad, la familia es (y debe ser) la primera e irremplazable vía para la práctica de la solidaridad intergeneracional y la promoción de la ecología humana y la ecología del medio ambiente. El capital humano se basa fundamentalmente en la familia. Si el capital humano no es valorado, el desarrollo corre peligro²¹. Los pueblos del mundo y las autoridades estatales, nacionales e internacionales deben avocarse a la tarea de permitir que la familia contribuya a la formación del capital humano de la sociedad.

Por otro lado, debe destacarse claramente el papel educativo que las madres cumplen dentro de las familias. Se ha demostrado que, a través de su contribución al desarrollo y la formación de las personas, y por ende también del capital humano, las madres colaboran de manera directa con el desarrollo de la sociedad en su conjunto y por lo tanto merecen que se las reconozca, se

¹⁸ J. DRÈZE y A. SEN, *Omnibus*, Oxford University Press, Oxford, 1999.

¹⁹ Académie des Sciences, *Les eaux continentales*, editado por G. De Masily, París, 2006, pág. 241.

²⁰ Cf. *Aparecida*, 91–93; 114–119; 126.

²¹ Gary S. Becker, *Capital humano y pobreza*, en Cardinal López Trujillo (ed.), *Lexicon sobre la Familia*, Madrid, 2004, pág. 87.

las anime y se proteja su función, dado el carácter social y ambiental de la maternidad. No puede ignorarse que existe una relación entre la ecología humana y la ecología del medio ambiente²².

Por lo tanto, resulta imperioso que se tomen medidas para combatir las causas del cambio climático global. Con ese fin, deben llevarse a cabo iniciativas para contrarrestar las emisiones de dióxido de carbono causadas por la quema de combustibles fósiles (que estarán en demanda creciente en las próximas décadas) a través de la promoción de fuentes alternativas de energía y la limitación del uso de combustibles fósiles y sus efectos. Podría pensarse, por ejemplo, en una mejora en la economía del combustible, una menor dependencia de los automóviles, edificios más eficientes, una mejora en la eficiencia de las centrales eléctricas, el reemplazo de carbón por gas natural, la captura y el almacenamiento de carbono, la energía solar, eólica y mareomotriz, la energía nuclear, los biocombustibles y la administración de los bosques.

Además, debe ponerse un gran cuidado para proteger la capa de ozono, otro de los temas tratados por la Pontificia Academia de las Ciencias²³, a fin de prevenir la acumulación de productos de desecho en el medio ambiente y establecer indicadores bio-ecológicos adecuados sobre las consecuencias de algunos factores de contaminación, incluidos aquellos causados por explosiones nucleares.

Nuevos caminos

Al recordar la observación que Paulo VI hizo a la Pontificia Academia de las Ciencias, «*el científico debe confiar en que la naturaleza guarda posibilidades secretas que la inteligencia debe descubrir y utilizar para lograr el desarrollo que está en el plan del Creador*»²⁴, vemos que hoy existen grandes oportunidades científicas, en el descubrimiento de nuevos caminos, para llevar orden y soluciones a la relación del hombre con el clima. Para comprender el clima global y predecir su desarrollo futuro, resulta fundamental observar los elementos que componen el equilibrio de energía dentro del sistema formado por la superficie y la atmósfera terrestres. Como afirma el postulado de Arquímedes, la fuente de energía

²² Cf. MARY ANN GLENDON (ed.), *Intergenerational Solidarity, Welfare and Human Ecology*, Pontificia Academia de las Ciencias Sociales, Ciudad del Vaticano, 2004.

²³ E.J. L.O. BENGTTSSON y C.U. HAMMER (eds.), *Geosphere-Biosphere Interactions and Climate*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

²⁴ MARCELO SÁNCHEZ SORONDO (ed.), *Papal Addresses to the Pontifical Academy of Sciences 1917–2002 and to the Pontifical Academy of Social Sciences 1994–2002. Benedict XV, Pius XI, Pius XII, John XXIII, Paul VI and John Paul II*, Pontificia Academia de las Ciencias, Ciudad del Vaticano, 2003, pág. XXVI.

de este sistema es la radiación solar, pero ésta no ha sido suficientemente estudiada o utilizada. Mientras que la naturaleza es capaz de utilizar la energía solar (fotosíntesis), sin la cual no habría vida, la inteligencia humana aún no ha comenzado a explotar todo su potencial. La utilización mundial de la energía constituye sólo el 0,05% de la radiación solar que llega a los continentes, mientras el 0,6% de la radiación solar controlable que ingresa se convierte en energía química a través de la fotosíntesis: el 55% en la tierra y el 45% en el mar (Crutzen). En lugar de invertir millones de dólares, por ejemplo, en la investigación sobre el tabaco u otros temas superfluos o menos trascendentes, deberían destinarse los fondos necesarios a la investigación de nuevas formas de utilizar la energía solar, de la que podría depender nuestro futuro²⁵.

Otra realidad natural fundamental acerca de la cual el *Documento Conclusivo* de Aparecida hace un fuerte llamado de atención es la del agua, que cubre alrededor del 70% de la superficie terrestre (además de constituir entre el 65% y el 70% del cuerpo humano). Como destaca dicho *Documento*: «*La Amazonia panamericana ocupa un área de 7,01 millones de kilómetros cuadrados y corresponde al 5% de la superficie de la Tierra, 40% de América del Sur. Contiene 20% de la disponibilidad mundial de agua dulce no congelada. Abriga el 34% de las reservas mundiales de bosques y una gigantesca reserva de minerales. Su diversidad biológica de ecosistemas es la más rica del planeta. En esa región se encuentra cerca del 30% de todas las especies de la fauna y flora del mundo*»²⁶. Desde la época de Tales de Mileto hasta el siglo XVIII, el agua era considerada el primer elemento simple; Cavendish y Lavoisier establecieron su composición química y su fórmula en 1781: es el pilar más antiguo y uno de los más cruciales de la vida de la humanidad y de la vida misma. Hoy también se sabe que el agua y su ciclo desempeñan un papel fundamental en el equilibrio energético del sistema compuesto por la superficie y la atmósfera terrestres. La realidad del agua en el planeta requiere de mediciones desde el espacio, que recientemente han proporcionado información acerca del ciclo del agua con una precisión sin precedentes. Esta nueva información que proveen los satélites muestra que, al comparar Marte, Venus y la Tierra, que tienen la misma edad geológica, sólo la Tierra contiene agua líquida, cuya dinámica es controlada por el ciclo hidrológico. Si no preservamos el equilibrio de este ciclo, el carácter distintivo de la Tierra y la vida que alberga corre serios riesgos, y podría transformarse en un planeta como cualquier otro.

El desarrollo industrial del siglo pasado estuvo acompañado por una mayor capacidad para trasladar y controlar el agua, y también por la capacidad

²⁵ C. RUBBIA, *Las vías del descubrimiento*, en L.E. Derbez Bautista (ed.), *Globalización y justicia internacional*, Fondo de Cultura Económica y Pontificia Academia de las Ciencias, México, 2007, págs. 253–263.

²⁶ *Aparecida*, 24, nota 29.

para consumir más, desperdiciar más y contaminar más, en ocasiones traspasando los límites de la sustentabilidad ambiental, lo que generó amenazas al desarrollo humano contemporáneo y costos para las generaciones futuras. En la actualidad, los hidrólogos utilizan la información proporcionada por los satélites para abordar el asunto recurriendo, por primera vez, a modelos globales complejos diseñados para comprender el funcionamiento de los ecosistemas de las cuencas de los ríos. Estos modelos demuestran que los flujos naturales de agua provenientes de los ríos o acumulados en lagos y acuíferos determinan los parámetros de disponibilidad del agua. Si se alteran estos parámetros, se agotan las fuentes de agua. La respuesta simplificada es que se ha comprometido la integridad de los ecosistemas que sustentan los flujos de agua —y en el análisis final también la vida humana—. En la historia reciente se ha centrado la atención en tres grandes consumidores de agua: la industria, la agricultura y los hogares. Se ha ignorado el cuarto gran consumidor: el medio ambiente. La falta de respeto por las necesidades ecológicas provoca la erosión del medio ambiente, proveedor de los recursos para la supervivencia y el crecimiento, situación que causa un daño a largo plazo al desarrollo humano.

Para hacer frente a este desafío, es imprescindible que la humanidad tome conocimiento de la realidad del agua de la Tierra, comprenda el sistema hidrológico del planeta y siga con rigor científico las necesidades cambiantes de dicho sistema. Comprender el ciclo hidrológico y su interacción con los componentes vivos y no vivos de la Tierra y su atmósfera es de crucial importancia para la preservación de la Tierra como planeta dador de vida. A un nivel más específico, una posible solución es la conversión de agua salada en agua dulce, pero aún existen grandes obstáculos económicos y ambientales en esta área²⁷. En el contexto de las fuentes de agua, debe ponerse gran atención en el reciclado de agua de desecho, en la posibilidad del “comercio virtual de agua”, en la regulación sensata y sustentable del uso del agua y en la administración global de los recursos de agua²⁸.

A nivel general, el desarrollo económico industrial basado en centros de desarrollo local permitiría la estabilidad de las poblaciones locales y evitaría así las migraciones hacia los conglomerados urbanos, que inciden de manera especial en el calentamiento global. Se trata de nuevas formas de agricultura centradas en los pequeños agricultores, gracias —más que a ninguna otra cosa— a un ingreso que les permita vivir decentemente e invertir en la expan-

²⁷ *Biological and Artificial Membranes and Desalination of Water*, Pontificia Academia de las Ciencias, *Scripta Varia*, 40, XXXVII-901, Ciudad del Vaticano, 1976.

²⁸ Cf. *Informe sobre el desarrollo humano 2006*, cap. 4.

sión de la tierra apta para cultivo en áreas donde esto es posible, y en un aumento de las ganancias gracias a técnicas y métodos mejorados. Como puede verse, no hay contradicción entre la agricultura industrial dedicada a las exportaciones y la agricultura local centrada en diversos productos; por el contrario, un enfoque equilibrado de ambas formas de agricultura, que favorece la biodiversidad y el mantenimiento de los ecosistemas, constituye la manera más ecológica de controlar el éxodo rural y el crecimiento de los centros urbanos, que corren el riesgo de no ser sustentables, y resulta imperioso. Brasil, por ejemplo, promueve un desarrollo cuya meta es una “civilización de las plantas”, un mundo “sin petróleo”, que favorece la vida rural.

Como señaló la Pontificia Academia de las Ciencias en su *Declaración sobre el agua y el medio ambiente* (2005), la difusión de la «gestión integrada de recursos» otorga cierta esperanza de éxito. Dicho enfoque constituye un proceso que promueve la integración en el desarrollo y la administración del agua, la tierra y los recursos afines para maximizar el consiguiente bienestar económico y social de modo equitativo, sin comprometer la sustentabilidad de los ecosistemas vitales. Nuestra capacidad para satisfacer las necesidades de agua de este siglo requiere de una agenda científica coordinada a nivel internacional y de una revisión del progreso alcanzado hacia el abordaje de dichas necesidades mediante la instrumentación de un sistema de gestión integrada de los recursos hídricos. Al mismo tiempo, tanto los individuos como las naciones y la comunidad internacional deben tomar mayor conciencia de la importancia del agua. Después de todo, la supervivencia de la humanidad y de la vida depende del futuro del agua.

Por otra parte, existen numerosas oportunidades de llevar a cabo acciones efectivas respecto del cambio climático global en áreas como el ahorro de energía, el reciclaje de materiales, la conservación del suelo y una producción agrícola e industrial más eficiente. A nivel general, el hombre debe utilizar su inteligencia en el área de la investigación científica y en la aplicación de sus descubrimientos para guiar a la humanidad hacia una gestión sustentable del medio ambiente y los recursos del planeta.

La investigación debe centrarse en el funcionamiento del sistema terrestre en su conjunto, incluidos los fenómenos atmosféricos, terrestres e hídricos, tanto en la superficie como en niveles más profundos, fenómenos que están vinculados por medio de complejos procesos físicos y bioquímicos y actúan con diferentes constantes temporales. Dicha investigación debe hacer un uso equilibrado de las nuevas posibilidades que ofrecen los instrumentos como los satélites, por un lado, y los estudios basados en observaciones de campo, por el otro.

Hambre, pobreza, devastación, deforestación y forestación: los pobres ayudan gratis a los ricos

Como recuerda el *Documento Conclusivo* de Aparecida (párrafo 85), en el discurso a los jóvenes, en el Estadio de Pacaembu (San Pablo), el Papa Benedicto XVI llamó la atención sobre la «*devastación ambiental de la Amazonia y las amenazas a la dignidad humana de sus pueblos*»²⁹ y pidió a los jóvenes «*un mayor compromiso en los más diversos espacios de acción*»³⁰. Debe ponerse especial atención en contrarrestar la deforestación irracional y promover la forestación. Si continuaran las tasas actuales de deforestación, vendría un desastre ecológico. Desde luego, aquí surge otro problema importante que hoy continúa afectando a la humanidad: reducir la pobreza del Tercer Mundo o, mejor dicho, de un tercio de la humanidad, eliminando el hambre o, como se concibió en las Metas del Milenio, al menos reduciendo el número de personas desnutridas que hay en el mundo (850 millones en la actualidad), cuando su número en términos absolutos sigue creciendo. Durante mucho tiempo, el calentamiento global, por un lado, y el hambre y la pobreza, por el otro, se vieron como problemas separados. Si bien los países industrializados son los principales responsables del notable aumento de los gases de efecto invernadero que se produjo en los últimos cien años, un crecimiento económico más rápido de los países en desarrollo hará que aumente la contribución de estos a las emisiones globales. Como es comprensible, los países en desarrollo no desean sacrificar su alimentación y su crecimiento por el bien general global, sobre todo porque los países ricos no parecen estar dispuestos a sacrificar siquiera una mínima porción de su estilo de vida contaminante por el bien de las generaciones futuras y para alcanzar las Metas del Milenio. Una propuesta innovadora sería que los países en desarrollo se impusieran límites equivalentes a los de los países desarrollados en cuanto a las emisiones de gases de efecto invernadero, y que se dieran cuenta de que pueden lograrlo si al mismo tiempo promueven su propio desarrollo. Dado que en gran medida han conservado los recursos naturales del medio ambiente, durante algún tiempo los países en desarrollo han promovido un bien general que es a la vez vital y global. Sus selvas tropicales, por ejemplo, constituyen un enorme depósito de biodiversidad y

²⁹ BENEDICTO XVI, *Mensaje a los jóvenes en Pacaembu 2*; Brasil, 10 de mayo de 2007.

³⁰ *Ibid.* Cf. también, *Aparecida*: «La devastación de nuestros bosques y de la biodiversidad mediante una actitud depredatoria y egoísta, involucra la responsabilidad moral de quienes la promueven, porque pone en peligro la vida de millones de personas y en especial el hábitat de los campesinos e indígenas, quienes son expulsados hacia las tierras de ladera y a las grandes ciudades para vivir hacinados en los cinturones de miseria» (n. 475).

funcionan como pulmones que absorben dióxido de carbono y reducen el nivel de CO₂ en la atmósfera.

Al conservar las selvas tropicales, ya sea voluntaria o involuntariamente, estos países han brindado un servicio inestimable a la humanidad y al clima, servicio por el cual aún no han recibido recompensa. Hoy se puede cuantificar, al menos en parte, la importancia de este servicio al medio ambiente aplicando el criterio de la “absorción de dióxido de carbono” (si los países tropicales no hubieran conservado sus selvas, el nivel de concentración de dióxido de carbono en la atmósfera sería mucho más elevado). Dado el costo actual del CO₂, es probable que el valor de “absorción de dióxido de carbono” por parte de las selvas tropicales sea igual o mayor que los niveles actuales de ayuda internacional destinada a los países en desarrollo. En este aspecto, los pobres ayudan a los ricos. La biodiversidad y la estabilidad del clima son bienes globales que pertenecen a todos. Para la humanidad y para el medio ambiente en su conjunto, los beneficios de la conservación de las selvas superan el valor que de ellas podría obtener un país en desarrollo en forma de madera o combustible. A los pueblos de los países en desarrollo les gustaría defender este patrimonio y conservar sus virtudes naturales para las generaciones futuras, pero los gobiernos de esos países a menudo piensan que no les queda otra alternativa que talar las selvas para poder sobrevivir.

Por los motivos indicados esos países, especialmente los de Latinoamérica y el Caribe, deberían recibir incentivos para conservar sus selvas. Al menos, mercados como los del Sistema de Comercio de Emisiones de la Unión Europea (EU ETS, por sus siglas en inglés) deberían otorgar créditos a los países en desarrollo por la absorción de dióxido de carbono promovida por la limitación de la deforestación. Lamentablemente, sin un programa de esa naturaleza los países en desarrollo no cuentan ni con los medios ni con el incentivo para promover la conservación de sus selvas. 2,7 mil millones de personas de sesenta países en desarrollo viven en zonas cubiertas por selvas tropicales. Para ellos, talar las selvas para obtener madera —si bien hoy sólo reciben alrededor del 5% del precio de venta final que obtienen las ciudades capitales de Occidente— es el único modo de subsistencia. Se ha sugerido que hay que esperar hasta el año 2012 para tratar el asunto, cuando entre en vigencia una revisión del Protocolo de Kioto, pero ¿realmente los países pobres pueden esperar? Dada la tasa actual de deforestación, la contribución conjunta de Brasil e Indonesia a la concentración de gases de efecto invernadero alcanzaría casi el 80% de la reducción de las emisiones que se lograría con la aplicación del Protocolo de Kioto. Recompensar a los países en desarrollo por este servicio ambiental sería una manera de incrementar la ayuda de modo sustancial y al mismo tiempo de otorgar incentivos de mercado sólidos a esos

países. Desde el punto de vista del clima global, la mejor utilización de estos recursos sería, en términos absolutos, la conservación de las selvas, aunque esto no excluye la posibilidad de hacer un uso racional de las selvas y de la reforestación. Todos los países deberían unirse en esta iniciativa. En un mundo dividido entre países ricos y pobres, entre Norte y Sur, entre quienes están comprometidos con la protección del medio ambiente y quienes están interesados en el desarrollo, esta es una iniciativa que verdaderamente podría unir a todos. Los líderes del Grupo de los Ocho deberían tener en cuenta esta propuesta, que han formulado algunos miembros de la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales.

Preparación para las posibles consecuencias del cambio climático global

Las consecuencias del cambio climático global ya están entre nosotros y probablemente se intensificarán en el transcurso del siglo XXI. Como lo señala el *Documento Conclusivo* de Aparecida, la respuesta de la comunidad internacional ha resultado inadecuada. Los países industrializados, cuyos habitantes conforman alrededor del 12% de la población mundial, son responsables de alrededor de la mitad de las emisiones globales de gases de efecto invernadero. Los ciudadanos de dichos países tienen un impacto aún mayor en las emisiones de dióxido de carbono. En promedio, las emisiones *per capita* varían desde diez toneladas de dióxido de carbono en la Unión Europea hasta veinte toneladas en los Estados Unidos de América. En la India y en China, las cifras ascienden a 1,2 toneladas y 2,7 toneladas. No obstante, la tasa actual de crecimiento de las economías de estos dos países podría alterar este panorama y aumentar en gran medida las emisiones que generan. En el marco de una estrategia global para poner freno al calentamiento global, y para proyectar un camino de crecimiento que implique elevar el estándar de vida y reducir la pobreza en los países en desarrollo, es necesario llevar a cabo un cambio radical en las políticas nacionales y regionales para promover, entre otras cosas, la difusión de tecnologías limpias, el traspaso de tecnologías a los países en desarrollo (lo más rápidamente posible) y acuerdos sobre la distribución de emisiones, mediante el especial apoyo de la comunidad internacional.

En vista de esto, sería oportuno que la comunidad internacional, las naciones y los pueblos planificaran sus reacciones a las posibles consecuencias del pronosticado cambio climático global. Debe ponerse especial atención en la creciente severidad de fenómenos como olas de calor y lluvias intensas, y en las

posibles inundaciones de las zonas bajas, originadas por un elevado nivel del mar, producto del derretimiento de las capas de hielo.

Las naciones en desarrollo serán particularmente vulnerables a estas consecuencias del cambio climático global, y es probable que los más pobres del mundo se vean afectados en mayor medida por estas circunstancias adversas. Es probable que dichos eventos frenen los intentos de liberar al Tercer Mundo de la carga de la pobreza.

Tanto el mundo desarrollado como el mundo en desarrollo, y en particular los biólogos y los físicos, los economistas, los científicos sociales, los expertos en salud, los ingenieros, los líderes políticos y empresariales, los industriales, los empresarios y los sindicalistas, están llamados especialmente a trabajar juntos, no sólo en el control de la dinámica del cambio climático global sino en la búsqueda y la aplicación, a nivel internacional y nacional, de soluciones a sus posibles consecuencias, poniendo especial atención en el hecho de que los países más pobres seguramente pagarán el precio más alto por este deterioro ecológico. Debe destacarse también que los mayores progresos se alcanzan a través de los esfuerzos interdisciplinarios y de la capacidad de evaluar y prever.

Por último, es evidente que el problema del cambio climático global es extremadamente complejo dada la interrelación entre diversos factores y debido a que el establecimiento de programas para desarrollar, administrar y conservar requiere de un gran conocimiento en numerosas disciplinas. No obstante, los procesos de toma de decisión en el campo del cambio climático global deberían devolverse a los ciudadanos a través de la administración común, lo que les otorgará mayor responsabilidad. Debe desarrollarse y enfatizarse el papel que desempeñan la educación, en particular la educación superior, y la información en este ámbito.

Prepararse para las consecuencias del cambio climático global previsto implicará ir más allá de la mentalidad forjada a partir de Descartes, que promovía el sometimiento de la naturaleza a un dominio que la trata como si fuese sólo material o como medio de producción³¹. Esta visión elimina el valor de la naturaleza, considerada un complejo mecánico que debe ser sometido al dominio ilimitado del hombre, quien no se ve obligado a respetar su organización y sus leyes, lo que provoca la destrucción de la armonía que debe existir entre el hombre y la naturaleza. Como consecuencia, la naturaleza se resiste de diversos modos, y el cambio climático global es un medio no menor de resistencia. Esto provoca en el hombre un estado de desorientación, indiferencia y desarraigo respecto de su hábitat, o se genera una visión caótica en la que la naturaleza se torna parte de la crisis de sentido del hombre. El reciente

³¹ Cf. R. GUARDINI, *Die Macht*, Werkbund-Verlag, Würzburg, 1951.

aumento de la conciencia ecológica y el mayor respeto por la naturaleza que esta genera aún no constituyen una alternativa eficaz contra esta dinámica negativa.

Como sugiere repetidamente el *Documento Conclusivo*³², a estas reflexiones basadas en razones de justicia global debería agregarse la fe, que nos afirma en la convicción de que «*del Señor es la Tierra y cuanto hay en ella*» (*Sal* 24, 1), de que nuestro Creador nos ha dado el regalo de la Creación, y de que Él encontró que la creación era «*muy buena*» (*Gen* 1, 31). Como indica el *Documento Conclusivo* de Aparecida, nuestra respuesta al cambio climático global también debería ser una expresión de esta convicción y una muestra de respeto por la Creación y por el plan de Dios. Como los grandes custodios de este patrimonio y como parte de él, la Iglesia católica y las otras iglesias cristianas, así como el judaísmo y otras religiones creacionistas, desempeñan un papel fundamental en esta renovación de la fe. San Francisco de Asís y Santa Hildegarda de Bingen fueron magníficos testigos y modelos de esta tradición que devolvió a la Creación toda su verdad, todo su bien y toda su belleza espiritual³³. Cada ser era apreciado según su belleza y no según su utilidad para los seres humanos, en una visión de cooperación fraterna con la tarea común de preservar un regalo de Dios. San Buenaventura, hijo de esta tradición, tan radicada en América Latina y el Caribe gracias a innumerables franciscanos beneméritos, consideraba que la naturaleza era similar a la Biblia, es decir, como un libro cuyos signos deben descifrarse y que nos remite nuevamente a Dios. La oposición a toda forma de derrotismo y fatalismo, la sabiduría, la libertad y la capacidad de tomar decisiones éticas son cualidades inherentes a la condición humana y por ende son indispensables para la administración del planeta. Como nos recuerda el *Documento Conclusivo* de Aparecida³⁴, algunos aspectos importantes de esta administración incluyen la clara conciencia del destino universal de los bienes de la Tierra para beneficio de la humanidad en su conjunto, tanto en el presente como en el futuro, y del papel que desempeña la propiedad privada en este destino. En el análisis final, la visión cristiana de este tema complejo está animada por Cristo y llama a seguirlo para vencer el “aguijón” de la muerte que, según el Evangelio, siempre es inminente. De ahí el mandato de Cristo, que venció a la muerte, de estar alerta: «*también vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre*»³⁵. Así, la visión cristiana otorga un valor especial al tiempo, al espacio y al medio

³² Cf. *Aparecida*, 120-126.

³³ Cf. C.K. CHESTERTON, *St. Francis of Assisi*, Continuum, Londres, 2005.

³⁴ *Aparecida*, 125, 126, 474.

³⁵ *Mt* 24:44.

ambiente, porque es a partir de estos y en estos, en la aplicación de la libertad a los eventos de la vida, teniendo en consideración el fin último del ser humano, que tiene lugar la vida de la gracia y del amor injertadas en el alma de las personas y en el flujo y reflujo de ellas en la vida de la sociedad.

Conclusión

El *Documento Conclusivo* de Aparecida nos recuerda que como personas de razón y fe cristiana, creemos que la atmósfera, el agua y la energía que sustentan la vida en nuestro planeta son bienes primordiales y regalos de Dios que debemos respetar, proteger y administrar. Creemos que no somos producto del azar o casualidad caprichosa sino criaturas del amor de Dios, que nos ha dado un cuerpo de la Tierra vivificado por un alma inmortal, y la gracia de Cristo que da vida a nuestras almas³⁶ para vivir socialmente dentro del hábitat de la Tierra en vistas a la Patria definitiva³⁷. Creemos que la naturaleza alberga posibilidades secretas que la inteligencia humana está llamada a descubrir y, de un modo que respete sus leyes y su sustentabilidad, a poner al servicio del hombre y su entorno. Ante un posible colapso ecológico, la humanidad debe actuar de manera que las consecuencias de su accionar sean compatibles con la supervivencia de la auténtica vida humana en la Tierra. Cada uno a su modo, todos estamos llamados a hacernos responsables de lograr un medio ambiente que no dañe nuestra salud o nuestro bienestar y un medio ambiente protegido para beneficio de las generaciones presentes y futuras a través de medidas sensatas, ya sea legislativas o de otra índole, que prevengan la contaminación y la degradación ecológica, promuevan la conservación, y garanticen el desarrollo y el uso ecológicamente sustentables de los recursos naturales al tiempo que promuevan un desarrollo económico sostenible y socialmente justo. Desde Aparecida, invitamos a todas las naciones y pueblos a combatir las causas del cambio climático global, a buscar soluciones nuevas a sus consecuencias, a responder a su impacto de manera efectiva y a considerar el tema como prioridad en la formación de los pueblos y de las estrategias nacionales e internacionales.

Los países desarrollados son los principales responsables de la mayor parte de las emisiones de gases de efecto invernadero y del deterioro ecológico,

³⁶ «Dios es, efectivamente, la vida tanto del alma por la gracia como del cuerpo por el alma. Pero la caridad es formalmente la vida del alma como el alma lo es del cuerpo» (Santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, II-II, q. 23, 2 ad 2).

³⁷ Cf. MARCELO SÁNCHEZ SORONDO, *La gracia como participación de la naturaleza divina*, Salamanca 1979, pág. 275 ss.

aunque no podemos ignorar el creciente proceso de deforestación en los países en desarrollo, especialmente en Latinoamérica y el Caribe. Como participantes conscientes de un mundo global, los países desarrollados deben comprometerse y demostrar su capacidad y su generosidad brindando efectivamente la ayuda que han prometido una y otra vez a los países en desarrollo para que puedan hacer frente a las consecuencias del cambio climático global. Los pueblos en desarrollo deben recibir apoyo en sus iniciativas positivas y en su deseo de cooperar, y su generosidad y compromiso deben alentarse. Debe generarse una nueva sinergia global entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo, de modo que se identifiquen mutuamente en la formación de un hábitat común para una sola familia humana³⁸. Al igual que el término “ecología”, el término “ecumenismo” proviene del griego *oikos*, que significa hogar o vivienda. Aunque pertenezcamos a diferentes tradiciones y zonas geográficas, todos debemos ser pioneros en el desarrollo y la difusión de una nueva conciencia: sin importar nuestra ubicación geográfica y nuestro bagaje cultural, todos vivimos en el mismo hogar, un *oikos* global que debemos dejar en buen estado de salud a las generaciones futuras.

³⁸ Para una visión actualizada de la Caridad y Justicia entre los pueblos y las naciones, cf. M. A. GLENDON, J-J. LLACH, M. SÁNCHEZ SORONDO (eds), *Charity and Justice in the Relations Among Peoples and Nations*, Pontificia Academia de Ciencias Sociales, *Acta 13*, Ciudad del Vaticano 2007, especialmente pag 60 ss.

IV.
MODELOS DE DISCÍPULOS MISIONEROS

*Santo Toribio de Mogrovejo:
modelo de evangelizador*

S.E.R. CARDENAL JUAN LUIS CIPRIANI THORNE

Arzobispo de Lima y Primado del Perú

Hace veinticinco años, el 10 de mayo de 1983, el papa Juan Pablo II declaró a Santo Toribio de Mogrovejo Patrono del episcopado Latinoamericano. Patrono significa no sólo protector sino también, y tal vez sobre todo, modelo. En este sentido es contundente la afirmación del Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez, quien con ocasión del IV Centenario de la muerte de Santo Toribio afirmó: «*conviene que los Obispos latinoamericanos de hoy volvamos nuestra mirada a este hombre excepcional, santo y sabio, celosísimo pastor y admirable maestro, para ver qué nos dice y enseña su vida ejemplar, por la cual damos gracias al Señor*»¹.

Quedando claro que Santo Toribio es un modelo elevado para los obispos de América Latina, es oportuno señalar su ejemplaridad, sobre todo en estos tiempos de nueva evangelización, ya que él fue una de las figuras más señeras de la evangelización fundante de América. Podemos mirar a este “discípulo y misionero” de la primera evangelización para aprender de él.

A pedido de la Pontificia Comisión para América Latina, con ocasión de los 50 años de su creación, y con el deseo de secundar al Santo Padre en su anhelo de que el Documento de Aparecida sirva para que todos los latinoamericanos encontremos «*la vida, la vida verdadera*» (discurso de 21.XII.2007), he escrito este artículo sobre *Santo Toribio de Mogrovejo: modelo de evangelizador*, convencido de que Dios quiere que nos fijemos más en este insigne Obispo, Buen Pastor de la Iglesia latinoamericana y certero maestro en el fiel cumplimiento del mandato apostólico del Señor, que atañe a todo cristiano, pero muy especialmente a los Obispos de América.

Tomando como hilo conductor la expresión audaz del Siervo de Dios Juan Pablo II, que nos propuso una nueva evangelización que se caracterizara por ser «*nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones*»², y teniendo muy presente que la novedad ha llegado en plenitud con la Palabra Encarnada, he querido comentar la acción evangelizadora de Santo Toribio, como ejemplar realización de esa invitación a una nueva evangelización.

¹ Card. NICOLÁS DE JESÚS LÓPEZ RODRÍGUEZ, «¿Qué nos enseña Santo Toribio de Mogrovejo a los Obispos de América Latina hoy?», en *Toribio de Mogrovejo. Misionero, santo y pastor. Actas del Congreso Académico Internacional*, Lima 2007, 212.

² Cfr. JUAN PABLO II, Santo Domingo, Conclusiones N° 253.

Refiriéndome al “nuevo ardor”, me he detenido en la vida del seglar Toribio Alfonso de Mogrovejo, para comentar la calidad de su vida interior y de piedad, demostrada en el ejercicio virtuoso de sus deberes ordinarios de niño, adolescente, estudiante, joven profesional y brillante abogado. El ardor novedoso del Evangelizador santo es y será siempre su Amor a Dios.

Con referencia a los “nuevos métodos”, me centro en el comentario de la actuación del Obispo Toribio de Mogrovejo, prestando especial atención a su trabajo de gobierno: normas que dictó, orientaciones y directrices que emanó, eventos que promovió, textos que utilizó. El nuevo método para el Apóstol de todos los tiempos será esforzarse por cargar con la oveja perdida: dándole la doctrina de Cristo del mejor modo posible.

La “nueva expresión” de la evangelización, me llevó a fijarme en la vida propiamente sacerdotal de Toribio de Mogrovejo: desde la importancia dada a cada parroquia, a la necesidad de que existieran en el número adecuado para los fieles que debía atender, hasta la administración generosa de los sacramentos, así como a lo dispuesto para el cuidado de la liturgia. Dejar actuar a Cristo vivo en cada uno de sus Sacramentos, siendo el mejor instrumento posible, es la permanente expresión novedosa del celo evangelizador.

No he podido dejar de ponderar la caridad pastoral de mi santo predecesor: ha animado espiritualmente a una Provincia Eclesiástica de dimensiones inmensas, aún en estos días de globalización, logrando un fruto que es de admirar por todo Pastor dedicado a su grey: las visitas pastorales que realizó (en medio de una de las cuales, el Señor lo llamó a su presencia) son suficientes para sustentar la santidad de su vida.

Finalmente, me detengo a ver el fruto de vocaciones que promovió para el clero, así como la santidad de vida que les infundió, y que hizo posible su gran misión: pensó con certeza que la Iglesia sería siempre lo que seamos sus sacerdotes y por eso puso especial atención en el Seminario que fundó en 1591.

Agradezco la oportunidad de haberme permitido conocer mejor y dar a conocer más la vida del Santo Arzobispo de Lima que fue Toribio Alfonso de Mogrovejo, Patrono del Episcopado Latinoamericano.

1. Una evangelización nueva en su ardor

El hombre es creado para servir a Dios y para que este servicio sea fiel, el hombre ha de buscar la voluntad de Dios. La afirmación de la soberanía de Dios en la propia vida es el principio de toda vida auténticamente cristiana³.

³ Cfr. *Discurso Inaugural*, 2-3; *Aparecida*, 356.

Vivir no es al final otra cosa que aceptar la relación con el Señor, como enseña el Santo Padre Benedicto XVI:

«*La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces “vivimos”*»⁴.

Una vida experimentada como relación es el primer testimonio que el cristiano ha de dar; pues aceptar la primacía de Dios en la propia vida, acoger su voluntad como principio rector de la propia existencia, es el elemento determinante de toda vida auténticamente cristiana. Una vida así es un testimonio de primera calidad. Y ese testimonio fiel es el que encontramos en Santo Toribio de Mogrovejo. Tal vez lo primero que llama la atención al acercarse a la vida del que fue el santo Arzobispo de Lima es su amor al Señor, cultivado desde la más temprana niñez, como lo testimonia alguno de los que sobre él escriben⁵. Pero ese amor se vislumbra sobre todo en el desarrollo y desenlace de su vida, comprensibles sólo desde una fe cuidadosamente cultivada.

La piedad del fiel laico Toribio de Mogrovejo encuentra un testimonio en la peregrinación a Compostela, en la cual, por el aspecto penitente y pobre que mostraba, una mujer de raza negra, conmovida, le confunde con un mendigo y le ofrece limosna, hecho que quedará grabado en la memoria del Santo⁶. Y

⁴ BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Spe Salvi*, n. 27.

⁵ Sobre la piedad del niño Toribio de Mogrovejo, trata C. DE CASTRO, *Santo Toribio de Mogrovejo (La conquista espiritual de América)*, Madrid 1964, 13-17. Y en V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 89-90 se lee: «Sobre su alma de niño y su dedicación temprana a Dios, dando de lado al mundo, nos han llegado noticias por su familia de Lima. Su cuñado, don Francisco de Quiñónez, nacido y criado en Mayorga, y aproximadamente desde la misma edad, informó a Felipe II, desde Lima en 1587, sobre las virtudes del arzobispo. Insiste en que «la santidad del arzobispo es muy antigua en él, así de su niñez, como de colegial que fue en Salamanca»: «En toda partes hallará Vuestra Majestad gran relación de su cristiandad». Don Diego de Morales frecuentó desde niño las casas arzobispales, como amigo de los sobrinos del prelado (...) Morales «entendió de sus deudos que desde su niñez dio muestras de lo que había de ser, de su pureza y de la excelencia de su vida y santidad. “Fue tan casto y limpio desde su niñez, que en su presencia no había lugar de decirse palabra descompuesta ni deshonesta”. “Desde sus tiernos años consagró a Dios su virginidad, y dio de mano a todas las vanidades del mundo”».

⁶ V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 83-84. También: «Con gran edificación visitó, aprovechando de unas vacaciones, el sepulcro de Santiago, en Compostela, de quien era devotísimo. Dice Montalvo que hizo esta romería «con todas las circunstancias de humildad, caminando como pobre peregrino a pie, y descalzo, con esclavina y bordón, más de cincuenta leguas que hay desde Salamanca a Santiago». Tuvo por compañero, según deposición de su criado, en esta piadosa jornada, a un colegial amigo suyo, don Francisco de Contreras, quien fue testigo de las muchas virtudes que practicó don Toribio, desde que cayó de rodillas ante las venerables cenizas del glorioso Apóstol de España, encerradas, por la piedad cristiana, en una urna riquísimamente decorada» (C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo I, Lima 1906, pp. 5-6).

como en todo aquel que ha ido configurando sus afectos según el modelo que se encuentra en Jesucristo, fue Toribio un hombre de intensa vida mariana, asiduo al altar de la Virgen de la Piedad o de la Quinta Angustia, en la Iglesia de san Benito en Valladolid⁷.

No sólo son los actos de piedad los que muestran el amor a Dios que invade la vida del laico Toribio de Mogrovejo, se trata de un verdadero y serio amor al Señor, que, como todo amor verdadero, se muestra en las obras y no sólo en las palabras, de allí el cultivo de las virtudes, especialmente la castidad y honestidad en las costumbres, de lo cual dio prueba clara en su época de colegial⁸. Ese cultivo de las virtudes encontraba su fuerza en la vida ascética, en las serias penitencias, ayunos y en la obediencia a quienes podían tener autoridad sobre él⁹.

Pero si bien son muchos los indicios que llevan a descubrir en la existencia del niño, joven, estudiante y profesional don Toribio de Mogrovejo el amor a Dios, un momento en el cual salta a la vista que lo único que le mueve en la vida es el deseo de realizar la voluntad divina es la aceptación del llamado divino para ser misionero, como Arzobispo de la Ciudad de los Reyes. Es posible pensar —y probablemente con acierto— que Toribio Alfonso de Mogrovejo jamás pensó dejar su patria y marchar a las Indias, y tanto menos probable es pensar que imaginaba o soñaba ser Arzobispo. El camino de su vida parecía ya trazado. Los estudios cumplidos brillantemente y el ejercicio profesional en la Inquisición, hacían prever una promisoriosa carrera de jurista. Sobre el carril del Derecho marchaba su vida. Sin embargo, Dios tenía otra cosa prevista para él. El plan divino para Toribio significaba dar un giro en lo que hasta entonces era su vida y comenzar algo totalmente distinto.

La designación como Arzobispo confundió a Toribio Alfonso de Mogrovejo, con aquella confusión propia de quien se siente pequeño a la hora de asumir empresas de alcances divinos. Vaciló el Inquisidor de Granada, que entonces contaba con treinta y nueve años, a la hora de dar su conformidad con la elección hecha por el Rey para que la propuesta de su nombramiento como Arzobispo fuese elevada al Romano Pontífice.

⁷ V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 95.

⁸ Un episodio especialmente expresivo es el rechazo de una ocasión de pecar propiciada por sus compañeros en Salamanca, quienes introdujeron una mujer en la habitación del santo con fines deshonestos, ocasión rechazada tajantemente por quien consideró que Dios no permite que seamos tentados más de lo que podemos. Véase C. DE CASTRO, *Santo Toribio de Mogrovejo (La conquista espiritual de América)*, 80-83.

⁹ Rodríguez Valencia trata de las noticias llegadas de la época de colegial de Santo Toribio coincidentes con las recibidas en las fuentes de la beatificación acerca de la vida penitente del santo, véase V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 97-98.

El biógrafo Rodríguez Valencia se hace buen intérprete de lo que podía suceder entonces en el alma del elegido por Dios para la sede limeña:

«En lo profundo de su ser, recogido y sincero, humillado ante sí mismo a la luz interior de la verdad de su pequeñez, don Toribio reaccionó vivamente en contra y declinó ante Felipe II el honor y el peso del ofrecimiento»¹⁰.

Y su fiel paje, Sancho Dávila, al deponer en el proceso, contará:

«a los principios, por su mucha humildad, no quiso aceptar el dicho Arzobispado hasta que los SS Consejeros de su Colegio le hicieron instancia y le escribieron que Su Majestad le daba tres meses de término para que aceptase o no y así se animó por consejos de su hermana Doña Grimanesa y su cuñado D. Francisco de Quiñones»¹¹.

Toribio de Mogrovejo, luego de su aceptación y posterior nombramiento por el papa Gregorio XIII escribe al Pontífice:

«Si bien es un peso que supera a mis fuerzas, temible aun para los ángeles, y a pesar de verme indigno de tan alto cargo, no he diferido más el aceptarlo confiado en el Señor y arrojando en Él todas mis inquietudes»¹².

La experiencia vivida por Santo Toribio al ser elegido como Arzobispo de Lima le lleva a una adhesión libre, generosa y total a Jesús. En él se realiza lo que se dice del discípulo en el Documento de Aparecida 136:

«La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre (cf. Jn 10, 3). Es un “sí” que compromete radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (cf. Jn 14, 6). Es una respuesta de amor a quien lo amó primero “hasta el extremo” (cf. Jn 13, 1). En este amor de Jesús madura la respuesta del discípulo: “Te seguiré adondequiera que vayas” (Lc 9, 57)».

2. Una evangelización nueva en sus métodos

Enseña el Concilio Vaticano II que «los obispos, en su calidad de sucesores de los apóstoles, reciben del Señor, a quien se ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, la misión de enseñar a todas las gentes y de predicar el Evangelio a toda criatura, a fin de

¹⁰ V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 133.

¹¹ J. A. BENITO, *Santo Toribio Mogrovejo según Sancho Dávila*, Lima 2006, 9.

¹² Carta al papa Gregorio XIII, 15 de Abril de 1580, en V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 134.

que todos los hombres logren la salvación por medio de la fe, el bautismo y el cumplimiento de los mandamientos»¹³. Las palabras del Concilio parecen anticipadas por el testimonio del servicio pastoral del II Arzobispo de Lima. El Santo Arzobispo, desde su llegada a la sede que el Señor le encomendó, no cesó en el esfuerzo de anunciar el Evangelio a aquellos a quienes tenía que comunicar la vida de Cristo. Toribio de Mogrovejo vivió con pasión su tarea de evangelizar.

Pero ¿qué es evangelizar? Dice el papa Pablo VI que «*evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa*»¹⁴. Y eso hizo santo Toribio.

Celoso pastor, convencido de que sólo el conocimiento de las verdades de la fe forma cristianos de verdad, se esforzó por proveer las leyes pertinentes para que sus fieles fuesen adoctrinados. Para la población española se preveía, en tiempos de santo Toribio, la enseñanza de la doctrina los domingos y festivos. Para los indios, más necesitados de doctrina, se fijaron los miércoles y viernes como días de enseñanza de la doctrina. Si bien esa normativa la encontró santo Toribio al hacerse cargo de su arquidiócesis, urgió a los párrocos para que cumpliesen con su misión de enseñar la doctrina por sí mismos y siguiendo el Concilio limense como texto único. Para los niños y niñas hasta los doce años estableció la catequesis diaria¹⁵. Y cuando el Arzobispo estaba en Lima, en el cementerio adosado a la Catedral, explicaba él mismo la doctrina a la población nativa en la lengua quechua. Y «*en su continuo discurrir por las Reducciones, el Arzobispo ejerció esta función de adoctrinamiento directo de los indios, circunstancialmente, en todo el Arzobispado de Lima*» aún en circunstancias difíciles¹⁶.

El Santo estaba convencido de que la catequización de los indios constituía una parte fundamental y original de su obra. «*El problema lleno de inquietantes*

¹³ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, 24.

¹⁴ PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14.

¹⁵ Véase V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 428-432.

¹⁶ V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 434. Es admirable leer la narración que se hace en la página citada: «Así lo hizo e domingo siguiente al accidente grave que sufrió en su entrada a las montañas de Moyobamba. Había llegado de noche a un tambo deshabitado, después de la tormenta y aguacero en que pudo perder la vida, extenuado y frío; y cuando sus servidores creyeron en un desenlace mortal, pudo reaccionar, y, al concurrir los indios de madrugada, les celebró la misa y les predicó la homilía como era su costumbre, como si nada le hubiera sucedido».

complicaciones era el de la catequización de los indios. El Arzobispo vio claramente que ésta no podía efectuarse sin la utilización de los idiomas autóctonos»¹⁷.

Era patente en el santo Arzobispo la voluntad de que todos sus fieles encuentren la vida en Cristo, también mediante el conocimiento de la verdad revelada, por eso:

«el Arzobispo Toribio de Mogrovejo, desde el momento de su llegada, se sumó resueltamente a la tendencia al uso de las lenguas indígenas. Es menester —decía— “aprender la lengua, que importa tanto”. Y no sólo lo dijo, sino lo estimuló con el ejemplo. En su memorial al Papa Clemente VIII, de 1598, le informaba que había predicado “los domingos y fiestas a los indios y españoles, a cada uno en su lengua”; y eso podían confirmarlo quienes lo habían visto sentado con su báculo en el compás de la Catedral limeña, enseñando la doctrina de Cristo a sus ovejas»¹⁸.

Además de cumplir en persona la tarea de la formación en la fe y de urgir la gravedad de este ministerio a sus sacerdotes, alentó lo dispuesto en el III Concilio límense acerca de la redacción de un Catecismo que, traducido a las lenguas indígenas, sirviese para instruir sobre todo a los recién convertidos garantizando la recta enseñanza de la doctrina de la salvación¹⁹. Le preocupaba que en algunas partes se ha enseñado errores en materia de fe. En el Concilio se constató que los indios comentaban entre sí que es diversa ley y diverso Evangelio lo que unos y otros les enseñan²⁰. Este catecismo sirvió durante muchos años como regla de fe en Lima y América del Sur. Se trata del Catecismo Mayor destinado “a los más capaces” y el Menor o Breve, “para los rudos” o indios ancianos. Redactado el Catecismo por un equipo selecto de sacerdotes, fue traducido al quechua y al aymara. Se le conoce como Catecismo de Santo Toribio y su impresión fue trilingüe²¹. Posteriormente aprobó el santo el Confesonario y el Catecismo Tercero y Exposición de la Doctrina Cristiana hecha por Sermones²².

¹⁷ V. A. BELAÚNDE, *Peruanidad*, Lima 1957, 214.

¹⁸ A. MIRÓ QUESADA SOSA, «Santo Toribio y las lenguas indígenas», *RTL*, XVII (1983) N° 2, 244.

¹⁹ Un gran medio para introducir al pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la catequesis, así nos los recordó el Santo Padre. Cfr. *Discurso Inaugural*, 3; *Aparecida*, 299.

²⁰ Sobre la situación doctrinal de los indios véase V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 329-331.

²¹ Véase sobre el Catecismo y quienes colaboraron en su redacción R. VARGAS UGARTE, *Santo Toribio*, Lima 1989, 41-43; .

²² Pueden verse las letras de aprobación de estos tres instrumentos de evangelización en C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo I, 153-155 y en la página 156 el Decreto sobre la Traducción. También V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 329-343.

Estas providencias pastorales partían del corazón de un pastor que no tenía otro interés sino lograr que sus fieles conociesen el camino de la salvación que Jesucristo vino a ofrecer.

3. Una evangelización nueva en su expresión

El Concilio Vaticano II pide a los obispos:

«Esfuércense, pues, constantemente para que los fieles de Cristo conozcan y vivan de manera más íntima, por la eucaristía, el misterio pascual, de suerte que formen un cuerpo compactísimo en la unidad de la caridad de Cristo; perseverantes en la oración y el ministerio (Act 6, 4), trabajen para que todos aquellos cuyo cuidado les ha sido encomendado, sean unánimes en la oración y en la recepción de los sacramentos, crezcan en la gracia y sean fieles testigos del Señor»²³.

El culto divino es mucho más que un ritual o una puesta en escena que debe resultar impactante. Un pastor tiene la clara conciencia que a través del culto divino, de la sagrada liturgia, Dios sale al encuentro de los hombres para comunicarles la salvación y los hombres, acogiendo esa oferta rinden el culto verdadero, unidos a Cristo en el Espíritu Santo. Desde esa perspectiva debe ser entendida la preocupación de santo Toribio por el culto divino. Como ya se ha señalado, santo Toribio, aún laico, participaba con devoción y fervor en la liturgia de la Iglesia. La participación diaria en la Santa Misa le distinguió de modo singular entre sus compañeros de estudios.

Ya Arzobispo se preocupó por el culto y por la administración de los sacramentos a sus fieles. Creía el santo Arzobispo en la importancia de los sacramentos, por eso escribe al Rey, al proponer que debían crearse más parroquias que las existentes: *«Yo me aflijo mucho de ver que no lo puedo remediar; y el entender los muchos que por momento morirán sin los sacramentos»*, o en otro pasaje: *«Negocio de mucha consideración y digno de ser llorado con lágrimas de sangre. Por entender no ser posible dejarse de morir mucho número de indios sin bautismo y confesión, y los santos sacramentos, y quedarse sin misa»²⁴*. Siete años después escribirá nuevamente sobre el tema señalando: *«Se siguen muchos y gravísimos inconvenientes y daños espirituales, muriéndose por ventura muchos de los indios sin el sacramento del bautismo y los demás*

²³ CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el deber pastoral de los obispos, 15.

²⁴ Carta de Arzobispo al Rey del 25 de febrero de 1583, citada en V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 372-373. En aquella época la creación de parroquias era una decisión del Rey, los obispos podían proponer la creación de las mismas pero no crearlas efectivamente.

sacramentos, y quedándose sin misa los días de obligación y sucediendo idolatrías y otras ofensas de Nuestro Señor que con la asistencia del Sacerdote se atajarían»²⁵.

La razón por la cual el santo Arzobispo se preocupa tanto de la existencia de Parroquias para que sus fieles puedan recibir los sacramentos, indica la importancia que daba al *munus sanctificandi*, por estar convencido de la importancia de los sacramentos y de la liturgia en general como medio de santificación, como comunicación de la salvación.

Esto se ve aún más claramente en las disposiciones emanadas del III Concilio Limense relacionadas con la liturgia y los sacramentos. Algunas de estas disposiciones fueron: la traducción de textos litúrgicos a la lengua vernácula; que los indios se confiesen con quien los comprenda y entienda su lengua, pues mal puede ser juez quien no conoce la causa; que no se niegue el viático a los indios y morenos; que al menos en Pascua los indios puedan recibir la Eucaristía siendo preparados antes y mostrando la cédula o licencia escrita por su párroco; se recuerda la obligación estricta de administrar la Unción de los enfermos; que la Misa nupcial se celebre de acuerdo al Misal Romano nuevo; se aconseja prudentemente acerca del matrimonio de un creyente y otro infiel²⁶.

La V Sesión o *Actio* del III Concilio tiene un bonito capítulo dedicado al culto divino que interpreta bien lo que santo Toribio vivía y deseaba se viviese en su Iglesia local:

«Últimamente, porque es cosa cierta y notoria que esta nación de indios se atraen y provocan sobremanera al conocimiento y veneración del Sumo Dios con las ceremonias exteriores y aparato del culto divino, procuren mucho los obispos y también en su tanto los curas, que todo lo que toca al culto divino se haga con la mayor perfección y lustre que puedan, y para este efecto pongan estudio y cuidado en que haya escuela y capilla de cantores y juntamente música de flautas y chirimías y otros instrumentos acomodados en las iglesias. Lo cual todo ordenarán los obispos en los lugares y por la forma y modo que juzgaren ser a mayor gloria de Dios y ayuda espiritual de las almas»²⁷.

En su práctica y recomendaciones pastorales, demostró también la gran importancia que daba al Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Nos dice uno de sus biógrafos:

«Santo Toribio favoreció mucho el culto de la adorable Eucaristía, no solo en la ciudad arzobispal, sino en todos los pueblos de su vasta arquidiócesis. En ellos quería siempre que se establecieran Cofradías del Santísimo Sacramento y que la solemnidad del Corpus revistiera extraordinaria pompa. De la magnificencia de las procesiones en que se llevaba a su Divina

²⁵ Carta de Arzobispo al Rey del 16 de febrero de 1590, citada en V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 395.

²⁶ Una buena síntesis de los cánones del III Concilio Limense relacionados con el culto la hace L. PALOMERA SERREINAT, *Un ritual bilingüe en las reducciones del Paraguay: el Manual de Loreto (1721)*, Cochabamba 2002, 79-83.

²⁷ Citado de E. BARTRA, *Tercer Concilio Limense 1582-1583*, Lima 1982, 127-128.

Majestad era celosísimo. En casi todos sus Sínodos se dictaron sabias disposiciones respecto del Santísimo Sacramento. A los párrocos amonestábalos siempre, en la visita pastoral, a que cuidasen del culto de la Eucaristía»²⁸.

Porque fomentaban la devoción de los fieles y acrecentaban el amor a Dios, santo Toribio alentó también algunas manifestaciones de piedad popular. Así, aunque encontró ya establecidas en Lima y en otras ciudades y pueblos de la Arquidiócesis las procesiones de Semana Santa, «*como era tierna su devoción a la Pasión del Señor, según se lee en sus biógrafos, fomentólas con autoridad, procurando, sin embargo, que en ellas nada hubiera contrario a la majestad del culto»²⁹.*

Desde allí se entiende la fecundidad de su apostolado, pues la tarea episcopal procede del amor de Cristo, «*de la comunión de sentimientos y deseos con Él*», en una palabra, del amor a Cristo que surge de la contemplación de su Rostro, como lo enseñó el papa Juan Pablo II al escribir que el Obispo podrá llevar a sus hermanos los signos de su ser padre, hermano y amigo sólo por su relación con Dios³⁰.

4. Ejemplo acabado de caridad pastoral

Santo Toribio tuvo claro que una de las principales competencias del obispo, en cuanto cabeza de una Iglesia particular, es el oficio de regir. En esta tarea se distinguió señaladamente.

Un rasgo a señalar en este aspecto es que como Arzobispo Metropolitano, dio vida a su Provincia Eclesiástica tomando muy en serio la tarea de ser animador de la vida pastoral de las Iglesias particulares que componían el Arzobispado Metropolitano. No obstante las dificultades de comunicación del siglo XVI y comienzos del XVII, Santo Toribio dio cumplimiento a las disposiciones del Concilio de Trento, no siempre fáciles de cumplir en lo accidentado de estas tierras y en tan vasta extensión de territorio, teniendo en consideración que la Arquidiócesis de Lima tenía entonces como sufragáneas las diócesis de Nicaragua, Panamá, Popayán en Colombia, Quito en el Ecuador, Cuzco en Perú, Río de la Plata o Asunción en Paraguay, Santiago y La Imperial (hoy Concepción) en Chile y Tucumán en Argentina.

²⁸ C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo I, 236.

²⁹ C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo I, 246.

³⁰ «Como Moisés, que tras el coloquio con Dios en la montaña santa volvió a su pueblo con el rostro radiante (Cf. Ex 34, 29-30), el Obispo podrá también llevar a sus hermanos los signos de su ser padre, hermano y amigo sólo si ha entrado en la nube oscura y luminosa del misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Iluminado por la luz de la Trinidad, será signo de la bondad misericordiosa del Padre, imagen viva de la caridad del Hijo, transparente hombre del Espíritu, consagrado y enviado para conducir al Pueblo de Dios por las sendas del tiempo en la peregrinación hacia la eternidad». (JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica post-sinodal *Pastores gregis*, 12).

Convocó el segundo Arzobispo de Lima tres *Concilios Provinciales* de los cuales fue celeberrimo el Tercer Concilio Limense, primero convocado por él. Hay que tomar en cuenta que «*durante más de tres siglos (1583-1900) han vivido las diócesis de América del Sur y de Centro América de la organización interna, canónica y pastoral de Santo Toribio en el Concilio III de Lima*»³¹. No le faltaron problemas al santo Arzobispo en el desarrollo de estos eventos eclesiales. Él buscaba la comunión eclesial pero no siempre la encontró, por el contrario, fue víctima del encono del entonces Arzobispo del Cuzco, que unió a sí a otros dos obispos y mortificaron grandemente la tarea del santo, pero él no se arredró ante los obstáculos, sino que siguiendo el dictado de su conciencia, perseveró en lo que entendía era voluntad divina en su servicio eclesial, actuando con gran fortaleza y mansedumbre. Fruto de estos Concilios fue la abolición de la distinción entre indios y españoles. El pueblo indígena pasa a ser considerado como parte constitutiva de la Iglesia en América del Sur³². A los Concilios, esfuerzo de ardor pastoral y colegialidad episcopal realizados por Santo Toribio, se sumó la realización de los *Sínodos Arquidiocesanos*, en obediencia a las prescripciones de Trento, asambleas sinodales que muestran los dotes de organizador pastoral y legislador del II Arzobispo de Lima, pues a través de las disposiciones sinodales fue adquiriendo una fisonomía clara la Arquidiócesis de Lima. No fueron menos de trece sínodos los celebrados durante su gobierno pastoral³³. Importantes constituciones fueron aprobadas en los mencionados sínodos que son muestra del celo

³¹ V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 191. Hace también una valoración similar de la eficacia e inspiración pastoral de este Concilio J. G. DURÁN, *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*, Tomo II, Buenos Aires 1991, 339-340. Sobre los Concilios Limenses convocados y celebrados durante el gobierno de Santo Toribio puede verse entre otros trabajos: R. VARGAS UGARTE, *Los concilios limenses, (1551-1772)*, Tomo II, Lima 1951-1954, 201; ID., *Santo Toribio*, 29-43, 87-96; C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo I, 105-143; V. RODRÍGUEZ VALENCIA, Tomo I, 191-234; 294-313. Una obra interesantísima al respecto es F. HAROLDUS, *Lima limata conciliis, constitutionibus synodalibus et aliis munimentis quibus...Toribius Alphonsus Mogroveius...Prouinciam Limensem...elimauit...*Roma 1673.

³² Véase F. L., LISI, *El Tercer Concilio Limense y la aculturación de los indígenas sudamericanos*, Salamanca 1990.

³³ Hasta 1586 celebró un sínodo anual, desde entonces se celebraron cada dos años. Si bien Trento indicó que deberían celebrarse cada año, Gregorio XIII concedió al Arzobispo de Lima poder diferirlo de dos en dos años. Sobre los Sínodos puede verse : R. VARGAS UGARTE, *Santo Toribio*, 104-108; C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo I, 144-149; V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 314-326. Las Actas de tres Sínodos no han sido halladas, por lo cual algunos hablan de nueve o diez Sínodos, no obstante, la mayoría de autores habla de trece Sínodos. Una enumeración de los mismos en F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, «Toribio de Mogrovejo, modelo de Pastor en la Iglesia americana de su tiempo», en *Toribio de Mogrovejo misionero, santo y pastor. Actas del Congreso Académico Internacional*, Lima 2006, 46.

apostólico del Santo. Entre las disposiciones asumidas en los sínodos se cuentan: los Domingos se debía explicar el Catecismo a los españoles adultos, los miércoles y viernes a los indios; debía guardarse el Santísimo Sacramento en todos los pueblos de españoles y entre los indios, siempre que hubiese en el pueblo dos sacerdotes; se debían nombrar indios fiscales para que llevasen cuenta de la asistencia a la misa y al catecismo y advirtiesen al sacerdote de los que se hallasen enfermos, estuviesen por casar o necesitados del bautismo; se ordenaba dar la Eucaristía a los naturales que supiesen lo que iban a recibir; se ordenaba que los curas de indios permaneciesen en sus doctrinas por lo menos seis años; los ordenandos debían aprender el quechua para cumplir mejor su misión. Son disposiciones que han de ser consideradas a la luz de la época en la cual fueron emanadas, ponderando que muestran preocupación por la mejor vida cristiana de los fieles confiados al cuidado del santo Arzobispo.

Pero es indudable que el alma de pastor que anima a Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo se percibe con meridiana claridad en sus *visitas pastorales*, las mismas que le permiten conocer la realidad de sus fieles, gobernar mediante las instrucciones dadas *in situ* y a través de las normas más amplias que surgen de lo conocido por él en sus visitas³⁴. El espíritu que anima las visitas pastorales del santo puede hallarse en lo dispuesto por el III Concilio Limense en su *Cuarta Acción*, cap. 1:

« Para conservarse el buen orden y disciplina eclesiástica, el principal medio y fuerza estén hacerse bien las visitas [...] Deseando, pues, este Santo Sínodo poner remedio, en este daño tan general de esta Provincia, con el favor y la gracia de Dios, primeramente amonesta muy de veras a todos los obispos que no dejen por sus mismas personas de visitar sus distritos con verdadero afecto de padres. Y si les pareciere enviar visitadores, como por ser tan extendidas las diócesis en estas Indias es forzoso hacerse muchas veces, miren con gran consideración que no encomienden visitas sino a personas de mucha entereza y satisfacción, y hábiles y suficientes para tal cargo ».

No obstante el mandato del Concilio permitiese que las visitas fueran realizadas por interpósita persona, santo Toribio, que no tenía ciertamente la diócesis más pequeña, emprendió por sí mismo estas visitas. En su Relación y Memorial al Papa Clemente VIII se lee:

³⁴ Sobre las visitas pastorales de Santo Toribio puede verse R. VARGAS UGARTE, *Santo Toribio*, 44-48; 56-62; C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo I, 289-321; V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 449-464; 482-504; F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, «Toribio de Mogrovejo, modelo de Pastor en la Iglesia americana de su tiempo», en *Toribio de Mogrovejo misionero, santo y pastor. Actas del Congreso Académico Internacional*, 76-83; J. A. BENITO RODRÍGUEZ, *Crisol de lazos solidarios. Toribio Alfonso de Mogrovejo*, Lima 2001, 125-166

«Después que vine a este Arzobispado de los Reyes de España, por el año de ochenta y uno, he visitado, por mi propia persona, y estando legítimamente impedido por mis visitadores, muchas y diversas veces, el distrito, conociendo y apacentando mis ovejas, corrigiendo y remediando, lo que ha parecido convenir, y predicando los domingos y fiestas a los indios y españoles, a cada uno en su lengua, y confirmando mucho número de gente, que han sido más de seiscientos mil ánimas a lo que entiendo y ha parecido, y andado y caminado más de cinco mil doscientas leguas, muchas veces a pie, por caminos muy fragosos y ríos, rompiendo por todas las dificultades, y careciendo algunas veces yo y la familia, de cama y comida, entrando a partes remotas de indios cristianos, que de ordinario traen guerra con los infieles, adonde ningún Prelado ni visitador había entrado»³⁵.

El ardor pastoral del II Arzobispo de Lima sale a la luz en esas visitas, que ocuparon gran parte de su trabajo pastoral. La primera visita la comenzó en 1583 y duró hasta 1590, no volviendo a Lima sino una vez para una consagración episcopal; la segunda visita se abrió el 7 de julio de 1593 y duró hasta 1598. En 1601 comienza la tercera visita, visitó las provincias de Lima y los departamentos de Junín y Huanuco, regresando en 1604, la retoma el 12 de enero de 1605 y duró hasta el 23 de marzo de 1606, día de su partida a la Casa del Padre³⁶. Visitas incomprendidas, que le ocasionaron contradicciones, sobre todo a causa de las infamias del virrey³⁷, pero que le permitieron ser y mos-

³⁵ J. A. BENITO RODRÍGUEZ, *La Iglesia de Lima de 1598 según Santo Toribio de Mogrovejo*, Lima 2006, 8.

³⁶ Véase C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo I, 290-291. Sobre el método que usaba en sus visitas conviene recordar lo que en el lugar citado se señala: «Apenas llegaba a un pueblo, grande o chico, se iba a la Iglesia, en donde hacía larga oración. Si llegaba antes del mediodía celebraba la Misa con gran fervor. Su alojamiento era de ordinario la casa del Cura. No aceptaba para él y sus familiares sino una alimentación moderada y frugal. Visitaba, sin pérdida de tiempo, las iglesias, mandando hacer inventario de sus bienes, y los entregaba a quienes lo guardasen fielmente. Hacía reparar el edificio, en lo que era necesario, y asistía a la obra con tanto cuidado, como si no tuviera otra cosa en que ocuparse, diciendo que se sirviese a Dios, de manera que no se hiciese falta. Visitaba, asimismo, los monasterios, cofradías y otros lugares píos, dictando sabias y oportunas providencias. Confirmaba y predicaba incansablemente. No recibía ni el más pequeño obsequio de persona alguna. Era tan puntual que no se recibiese la procuración, acabada la visita, que en echando la última firma, pedía la mula. Aunque fuese visitando, cada año, hacía la consagración de los Santos Óleos; consagraba cálices, aras y campanas; y bendecía imágenes y ornamentos. En los pueblos que carecían de iglesias, procuraba fundar aunque fuera una pequeña capilla, la misma que dotaba de los ornamentos indispensables. Cuando caminaba por los llanos de noche hacía que fuesen junto a él sus capellanes y criados, y con ellos iba cantando las letanías de Nuestra Señora. No abandonó nunca sus mortificaciones corporales. Salíase de las posadas, tarde de la noche, y se iba a la montaña más cercana, y allí en la soledad, se disciplinaba cruelmente». También J. A. BENITO RODRÍGUEZ, «La propuesta evangelizadora multicultural de las visitas pastorales de Santo Toribio», en *Toribio de Mogrovejo misionero, santo y pastor. Actas del Congreso Académico Internacional*, 122-127.

³⁷ Puede verse todo un capítulo dedicado a estas contradicciones en V. RODRÍGUEZ VALENZUELA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 465- 481.

trarse como misionero, evangelizador, padre y pastor, con ninguna otra preocupación que comunicar la vida que ofrece el Buen Pastor.

Y ¿qué lleva el arzobispo Toribio de Mogrovejo en esas visitas? ¿Qué busca? ¿Qué le mueve? Nuestro Santo Padre Benedicto XVI en su obra *Jesús de Nazaret* escribe «¿qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído? La respuesta es muy sencilla: a Dios. Ha traído a Dios»³⁸. Pues, análogamente, Toribio, configurado con Jesús el Buen Pastor, lleva Dios a sus fieles, lleva la vida divina que dispensa mediante los sacramentos; la verdad divina que ilumina la vida humana proclamada en su tarea de evangelización; lleva el amor de Dios mediante su actitud amorosa y caritativa.

5. Promotor de vocaciones y de la santidad del clero

Santo Toribio era consciente que sólo podría desempeñar fielmente la misión que el Señor le había confiado si contaba con aquellos que, en la teología del Concilio Vaticano II, son considerados los cooperadores del ministerio episcopal³⁹.

Santo Toribio tiene en mente al sacerdote que enseña la doctrina, que busca a los fieles, incluidos los indios en sus lugares de trabajo, para enseñarles la doctrina cristiana. Por otra parte, espera que por el ministerio sacerdotal sus fieles puedan recibir los sacramentos, por eso considera que es prudente que no sean muchos los fieles que deba atender un sacerdote, a fin de que la evangelización sea profunda y duradera, de allí que estableció que hubiese un sacerdote por cada mil almas.

Porque buena parte de la población india desenvolvía su vida habitualmente fuera de sus pueblos, trabajando en fábricas, minas o ingenios, el Concilio, alentado por el Arzobispo, dispuso que se pusiese sacerdote propio para explicar la doctrina en la misma fábrica, mina o ingenio⁴⁰.

Santo Toribio es consciente de que sin la colaboración del clero la acción de un obispo sufre grave detrimento, por eso se empeña en poner en práctica lo mandado en el Concilio de Trento y se empeña en la fundación de un Seminario. Al Rey le escribió en 1583:

«El Seminario de clérigos que por el Sacro Concilio de Trento está ordenado, en ninguna iglesia es tan importante y necesario como en esta de las Indias, donde hay tanta necesidad de tener buenos obreros y ministros fieles del Evangelio, que por falta de ellos son forzados

³⁸ J. RATZINGER/BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Lima 2007, 69.

³⁹ CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el ministerio de los presbíteros, n. 4.

⁴⁰ Véase V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo I, 367-385.

los Prelados a proveer muchas veces las doctrinas e iglesias de clérigos de menos satisfacción y confianza de la que se requiere para encargarse de gente tan nueva en la fe y donde hay tantas ocasiones de vicios; y si no es criando con mucho cuidado la juventud de estas partes, no se puede esperar que hayan de ser de tanto provecho, ni cuales se desean, los que acá se hicieren de la iglesia»⁴¹.

Esta obra tuvo su realización en 1591 y no estuvo exenta de sacrificios para el Santo, comenzando por la negativa de muchos clérigos en aportar la contribución que para el efecto fijó el Concilio limense y los obstáculos que fue poniendo el Virrey. El Arzobispo, con todo, pagó siempre su cuota del tres por ciento de su renta, desde el año 1583 en que se publicó el Concilio. Poco a poco fue consiguiendo los fondos necesarios para la fundación, pero finalmente, de su propia hacienda, compró una casa en la cual hizo vivir a veintinueve muchachos, local que resultó insuficiente y debió ser ampliado comprando otras propiedades⁴². Comenzó con veintinueve muchachos, criollos, escogidos por rigurosa oposición entre ciento veinte estudiantes de la Universidad⁴³.

Pocos años después, en 1598, el Arzobispo Mogrovejo escribe al Papa:

«Hay en esta ciudad noventa y cinco sacerdotes, fuera de los curas, y treinta de Evangelio, y otros treinta de Epístola, fuera de otros muchos de menores órdenes, que padecen de mucha necesidad por no haber doctrinas que darles, en razón de estar ocupadas por frailes, muchas de ellas, como está dicho atrás, que ha de ser causa de ir con mucho tiento en hacer órdenes, como lo he hecho hasta ahora, porque no se vean en necesidad ni anden mendigando»⁴⁴.

La figura de Santo Toribio se yergue señera en el panorama histórico y eclesial latinoamericano. Él es un fiel discípulo de Jesucristo, fue aprendiendo el amor de Cristo y vivió movido por esa caridad. Hizo un verdadero proceso de discipulado. Una gesta y epopeya pastoral como la suya sólo se entiende realizada por un hombre que se abre a la gracia y se deja formar por el Espíritu de Dios a imagen de Cristo, el Buen Pastor. Sólo un orante, un hombre que oye la Palabra y recibe la gracia en la vida litúrgico-sacramental puede ser un discípulo de tal estatura espiritual.

⁴¹ C. GARCÍA IRIGOYEN, *Santo Toribio*, Tomo II, 33-34.

⁴² Sobre las vicisitudes en la fundación del Seminario, el poco apoyo que recibió el Santo de los clérigos, religiosos y de la autoridad civil, el régimen de independencia que finalmente le concede el Rey y otros aspectos de importancia, véase V. RODRÍGUEZ VALENCIA, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América*, Tomo II, 138-176.

⁴³ Al respecto en *Aparecida* se decía que en lo que se refiere a la formación de los discípulos y misioneros de Cristo, ocupa un puesto particular la pastoral vocacional (cf. *Aparecida*, 94; 314-315).

⁴⁴ J. A. BENITO, *La Iglesia de Lima de 1598 según Santo Toribio de Mogrovejo*, Lima 2006, 22.

Pero el discípulo auténtico deviene en actividad misionera. El encuentro con Cristo mueve a anunciar a Cristo a los demás para que ellos también hagan la experiencia del amor que renueva y salva. Y eso aconteció con el Santo Arzobispo de Lima. Fue un cristiano a carta cabal y por eso un obispo santo. Las palabras de S. Juan Pablo II tratando del obispo parecen una semblanza de Santo Toribio:

«El obispo, actuando en persona y en nombre de Cristo mismo, se convierte, para la Iglesia a él confiada, en signo vivo del Señor Jesús, Pastor y Esposo, Maestro y Pontífice de la Iglesia. En eso está la fuente del ministerio pastoral, por lo cual, como sugiere el esquema de homilía propuesto por el Pontifical Romano, ha de ejercer la tres funciones de enseñar, santificar y gobernar al Pueblo de Dios con los rasgos propios del Buen Pastor: caridad, conocimiento de la grey, solicitud por todos, misericordia para con los pobres, peregrinos e indigentes, ir en busca de las ovejas extraviadas y devolverlas al único redil»⁴⁵.

En estos tiempos de nueva evangelización estudiemos la vida y las obras de Santo Toribio para aprender de él y para pedirle que interceda por quienes hoy intentamos vivir el discipulado y la misión en estas tierras, a fin de poder comunicar a nuestros pueblos la vida de Cristo que todos necesitamos.

⁴⁵ JUAN PABLO II, «Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores gregis*», n. 7.

*El impulso misionero
de San Rafael Guízar Valencia*

REV. P. JAVIER GARCÍA GONZÁLEZ, L.C.,
*Rector del Centro Sacerdotal
María Mater Ecclesiae de Roma*

Introducción

San Agustín definió el tiempo como *mensura motus secundum prius et posterius* (medida del movimiento según un antes y un después). El hombre se apoya en un punto físico reducido, como esfera de metal, que es el presente; y apenas lo ha pisado, se desvanece bajo sus pies y se transforma en pasado. Del futuro no tiene sino barruntos, a lo más proyecciones aproximadas. Para el budismo y otras concepciones el tiempo es cíclico, con sucesivas reencarnaciones; para la concepción judeocristiana, el tiempo es lineal.

Juan Pablo II, en la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente* sobre la Preparación del Jubileo del Año 2000 (10 Noviembre 1994), glosando a San Pablo (cf. Gal 4,4), habla de Jesucristo como plenitud de los tiempos y recapitulador de la historia. Los cristianos y, sobre todo, los santos —puesto que están unidos a Cristo resucitado— participan en cierto modo de esa plenitud: son de ayer como son de hoy y de mañana. Al hablar yo de San Rafael Guízar, lo voy a hacer leyendo el pasado desde el futuro o, mejor, proyectando el pasado sobre lo que habría de venir. La podríamos llamar curvatura del tiempo en que el futuro se vive varias décadas antes. No sólo los profetas, sino también muchos hombres y mujeres de Dios, reciben el don de anticipar el futuro, encarnándolo en su propia vida.

Tal me parece que fue el caso de San Rafael Guízar Valencia, dotado por Dios de muchos dones preternaturales: tuvo también el instinto sobrenatural de vivir más de medio siglo antes lo que actualmente está viviendo la Iglesia de Dios que peregrina en América Latina. Yo voy a proyectar la vida de San Rafael Guízar sobre la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Aparecida (Brasil), el pasado mes de mayo. El tema central de la V Conferencia fue: «*Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que en él tengan vida. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn 14,6). Yo veo a San Rafael Guízar Valencia como una figura de plena actualidad, habiendo vivido como un perfecto discípulo y misionero de Jesucristo, en el cual tuvo vida no sólo él, sino cientos de miles de fieles a los que llegó su acción misionera.

Esta relación tendrá, pues, dos partes: primera, Rafael Guízar, discípulo de Jesucristo; segunda, Rafael Guízar, misionero de Jesucristo.

I. RAFAEL GUÍZAR VALENCIA, DISCÍPULO DE JESUCRISTO

Cuando Marcos narra el llamado de los discípulos, nos dice que Jesús eligió doce —y nos da sus nombres personales: nunca será un llamado en masa y anónimo, sino una invitación personal—, «*para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar*» (Mc 3,14)¹.

A partir del momento en que el joven Rafael Guízar, de 16 años, se siente llamado, ya no se separó de Cristo: se fue al seminario esa misma noche, a las tres de la mañana, hacia la estación de tren de Tingüindín, camino del seminario de Zamora². Luego vendrán los años de seminario preparándose para el sacerdocio: años hermosos, silenciosos, fecundos, en que su amistad con Cristo se ahonda y se hace compromiso de por vida con la unción sacerdotal.

El Documento de Aparecida nos dice que «*quienes se sienten atraídos (por Cristo), por la sabiduría de sus Palabras, por la bondad de su trato y por el poder de sus milagros, por el asombro inusitado que despertaba su persona, acogieron el don de la fe y llegaron a ser discípulos de Jesús*» (Aparecida, 21). Rafael Guízar tuvo ese encuentro con Jesús no en un momento dado, sino en un proceso largo y fecundo, en el seno de su familia, en la escuela de sus padres Natividad y Prudencio, que le iban hablando de él, de su doctrina, de sus misterios, de su vida entregada a los demás por amor. En el corazón del niño y del adolescente Rafael fue creciendo la admiración hacia el Maestro, que se transformó en fascinación, hasta decidir no separarse de él para siempre, y hacerse discípulo suyo como sacerdote y misionero.

El Documento de Aparecida nos describe el proceso que va del llamado a la decisión de hacerse discípulo y vivir según el estilo del Maestro: «*la admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre* (Jn 10,3). Es un “sí” que compromete radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6). Es una respuesta de amor a quien lo amó primero «*hasta el extremo*» (Jn 13,1). En este amor de Jesús madura la respuesta del discípulo: «*te seguiré adondequiera que vayas*» (Lc 9,57) (Aparecida, 136).

«*Para que estuvieran con él*»: el discípulo vive *con* el Maestro y vive *como* el Maestro, según su estilo.

¹ Cf. más ampliamente sobre el encuentro con Cristo, la exhortación apostólica JUAN PABLO II, «*Ecclesia in America*», 22 de enero de 1999, Ciudad de México, nn.8-12.

² PEDRO BARRAJÓN, *San Rafael Guízar Valencia, obispo misionero*, ed. El Arca, 2006, p. 27.

Vive con el Maestro:

Vive con el Maestro como los doce apóstoles, está cerca de Él, lo ve y lo escucha a diario. Rafael Guízar lo hace en la oración asidua cada día, en la Eucaristía, recibéndolo cada día en la misa, acompañándolo en la intimidad del tabernáculo. El P. Marcial Maciel, sobrino suyo y Fundador de los Legionarios de Cristo, que convivió con él en el seminario clandestino de Veracruz situado en Atzacapotzalco, nos cuenta que su oración ante el Señor en la Eucaristía no era de rutina ni de ritual: tenía la frescura y espontaneidad de un diálogo entre amigos. ¡Cuántas veces, siendo él seminarista, lo vio llegar de su trabajo tarde, cansado y agotado, asomándose a la capilla y diciendo desde la puerta en voz alta: « Señor, ya llegué. Mira, estoy muy cansado; no me entretengo. Estuve dando catecismo a los niños, confesando, visitando unos enfermos »... Y así seguía el relato de su jornada; luego se persignaba y se retiraba.

Vive como el maestro:

Y el discípulo vive como su Maestro, sigue su estilo, imita su modo de vida, acoge sus criterios y todo lo mide y juzga como él. Veamos dos o tres campos en los que más fácilmente destaca su parecido con el Maestro: humildad, pobreza, sacrificio.

Humildad

En el episodio de la suspensión *a divinis* durante dos años (1907 – 1909), cuando él tenía 27 años, por un escrito anónimo dejado en la sacristía de la catedral, vive la humillación, hundiéndose su frente hasta el polvo. Rafael lo acepta en silencio, sin defenderse, sin abrir la boca contra su obispo, sin buscar otra diócesis que lo acogiera libre de sanciones canónicas, acudiendo a diario como sacerdote a recibir la comunión entre los fieles a los que él días antes se la daba como celebrante; exponiéndose así a todo tipo de murmullos, hablillas e interpretaciones. Recuerda las palabras y el comportamiento del Maestro que fue llevado como oveja al matadero y sin abrir la boca.

Pobreza

Era proverbial su pobreza, que le llevaba a regalar a los pobres cuanto tenía. La austeridad con su persona, su modo de vestir pobre y casi desaliñado. Cuando le llega a La Habana el nombramiento de obispo, no tiene dinero para comprar los hábitos episcopales y es el obispo y el clero de la ciudad quien le compra hábitos, anillo, mitra y báculo. Un episodio que vale por todos: en su segundo exilio, además de trabajar en el sur de Estados Unidos (en Austin y San Antonio, Texas), va a Cuba unos meses, a Guatemala y finalmente a Colombia. Monseñor Guízar padece del corazón. A esto se suma la intensidad

de su trabajo misionero. En Bogotá tiene un agotamiento tan fuerte que ha de ser hospitalizado de urgencia y viene a dar en el hospital de los pobres: quizá porque el colapso sucede en la calle, quizá porque todavía nadie lo conoce, el caso es que lo llevan a un hospital de pobres. Nadie sabe que es un obispo mexicano. Se presenta como un pobre entre otros pobres, que necesita ser atendido de sus dolencias. Allí permanece cosa de unos días hasta que de modo casual lo descubre el P. Carlos Heredia, jesuita mexicano, conocido suyo, mientras visitaba a los enfermos. Y lo lleva inmediatamente a la residencia arzobispal de Bogotá.

Y cuando muere, habita pobremente en la casa de Otoño 48, en Atzacotalco, cerca del seminario para seminaristas más jóvenes: en la planta baja hay unas pocas habitaciones que hacen de almacén y despensa para el seminario, y en el piso superior dos cuartos, donde habita Mons. Rafael Guízar.

Sacrificio

Rafael Guízar, como su Maestro, carga cada día con gozo la cruz de sus enfermedades —insuficiencia cardíaca, diabetes, flebitis, además de su obesidad—, el peso de sus fatigas como misionero, en calor y en lluvias, donde lo acogen y donde lo rechazan; asume con fe y con fortaleza las tremendas contrariedades y dificultades de su ejercicio de pastor en tiempos de persecución. Repasemos algunas.

Con su seminario incautado por el gobierno de Veracruz, con amenaza de cárcel o incluso del paredón para él y para sus sacerdotes, se ve obligado al exilio, pero no renuncia a tener un seminario, fiel a su convicción: «*un obispo puede carecer de catedral, de báculo o de mitra, pero no de seminario*»³. Y lo tendrá en la clandestinidad, en la Ciudad de México, con casi trescientos seminaristas en tres diversas sedes. Con serenidad va afrontando las dificultades, confiando en el Señor y buscando creativa e ingeniosamente solución a cada adversidad.

Afronta el trabajo misional en medio de sufrimientos tremendos, como cuando hizo la misión cubana en el Castillo del Príncipe, donde vivían 1200 prisioneros: no pudo tocar la cama durante una semana y dormía apoyado en una silla por un forúnculo o divieso enorme que se le había formado en el cuello y que él trataba de disimular con un pañuelo.

El 26 de diciembre de 1937 no pudo terminar el sermón por un ataque de flebitis. Y cuando llegan los últimos días de su vida, el seminarista Ignacio Andrade que le acompañaba, lo oía exclamar como hablando consigo mismo: «*¡Qué bello es estar con Jesucristo en la cruz!*». A veces también se le escapaba esta oración: «*Jesús mío, sufro mucho, pero ¡qué hermoso es sufrir por ti! Quisiera seguir siendo*

³ PEDRO BARRAJÓN, o.c., p. 115.

misionero, seguir catequizando a los pobres y a los niños, pero si tú quieres tenerme en esta cruz para la eternidad, yo quiero lo que quieras tú»⁴.

En resumen, San Rafael Guízar vivió alegremente, con gozo, el discipulado, tras las huellas de su Maestro, y alcanzó la santidad, que viene a ser la identificación con el estilo de vida de Jesús. Mons. Hipólito Reyes Larios, arzobispo de Xalapa, escribe: «*Rafael Guízar Valencia, el santo obispo de Veracruz, es un excelente testimonio de cómo vivir la santidad, es decir, la unión con Dios, para los obispos, los sacerdotes, las consagradas y los consagrados y los fieles laicos [...]. El Papa Juan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal: El Obispo, servidor del Evangelio (Pastores Gregis, 13), nos dice que para el obispo la llamada a la santidad proviene del mismo hecho sacramental que da origen a su ministerio, o sea, la ordenación episcopal. Sin embargo, también afirma que la ordenación no infunde automáticamente la perfección de las virtudes y, por tanto, el obispo está llamado a proseguir su camino de santificación con mayor intensidad, para alcanzar la estatura de Cristo, el hombre perfecto*» (*Testimonio de San Rafael Guízar Valencia. La vocación del obispo a la santidad*).

Tras el encuentro con Cristo y su llamada, Rafael Guízar no quiso ya nunca separarse de su Maestro. Vivió cerca de él, vivió como él, siguiendo su estilo de humildad, de pobreza, de sacrificio y de entrega a los demás —pero ésta es otra dimensión que vamos a desarrollar en la segunda parte—.

II. RAFAEL GUÍZAR VALENCIA, MISIONERO DE JESUCRISTO

Para dar mayor eficacia expositiva a esta segunda parte, la divido en dos, en la primera, expongo sintéticamente el pensamiento de Aparecida sobre la misión y el misionero. Y en la segunda, presento como en un gran mural, cuadros de la vida de San Rafael Guízar misionando: el movimiento se demuestra andando y la misión, misionando. De esta visión panorámica se deducirá cómo Rafael Guízar no solo fue un auténtico misionero de Jesucristo, sino que realizó con creces cuanto enseña el Documento final del Episcopado Latinoamericano en Aparecida; más aún, cómo en Rafael Guízar tenemos un discípulo y un misionero eximio, que anticipa letra y espíritu, métodos y recomendaciones de Aparecida, y que bien puede servir de modelo y estímulo para cuantos hoy toman a pechos la misión de reevangelizar América Latina.

Aquí voy a referir un hecho personal en Aparecida: intenté proponer en Asamblea general que San Rafael Guízar Valencia fuera propuesto como patrón de los obispos en América Latina por su sentido fuertemente misionero.

⁴ PEDRO BARRAJÓN, o.c., p.156.

Alguien me disuadió diciéndome que quizá los obispos andinos no lo considerarían oportuno porque ellos ya tenían como patrono a Santo Toribio de Mogrovejo. Al día siguiente, sin previo acuerdo, Mons. Hipólito Reyes Larrios, arzobispo de Xalapa, hizo ante la Asamblea general una propuesta parecida en estos términos: «*San Rafael Guízar Valencia fue un extraordinario misionero primero como presbítero y, sobre todo, como obispo en muchos lugares de México, Cuba, Guatemala, Colombia y sur de Estados Unidos. Ejerció el ministerio episcopal durante 18 años en un tiempo de persecución religiosa, por lo cual estuvo más de 10 años fuera de su diócesis en continuas misiones y gobernando pastoralmente a través de cartas y de excelentes vicarios generales [...] Nuestra propuesta es la siguiente: que la V Conferencia resalte la importancia del testimonio de santidad de los obispos, especialmente de los ya canonizados y proclame a éstos últimos como patronos del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. También que el CELAM publique algunas biografías acerca de ellos*» (*Aparecida*, Mayo de 2007).

a) La Misión en el Documento de Aparecida

1. La situación de América Latina

Ante todo, nos da el Documento un bosquejo de la situación de América Latina y del mundo en la que los cristianos han de vivir su fe. Ante la confusión, las ideologías, el advenimiento de la globalización, el consumismo, el laicismo, el relativismo, el indiferentismo, la abierta agresión de las sectas, los discípulos de Cristo, lejos de replegarse y capitular, han de mostrar al mundo la fuerza prodigiosa de la novedad del Evangelio, profundamente arraigado en nuestra historia latinoamericana. La consigna es *renovarse y renovar el mundo*. Y no se hará con grandes programas o estructuras, sino con hombres y mujeres transformados por la novedad de Cristo —«He aquí que hago nuevas todas las cosas» (*Ap* 21,5)—: tal renovación es fruto solamente del encuentro personal con Cristo (*Aparecida*, 11).

Es significativo y hermoso ver cómo se subrayan los conceptos de *novedad, renovación*, aplicados al Evangelio y a Cristo como fuentes de *vida nueva* y a sus discípulos como colaboradores y protagonistas de dicha *renovación*. Pues bien, desde esta novedad hay que repensar la misión. Los hombres envejecemos, el Evangelio es novedad perenne y fuerza de renovación. En el momento de retomar la misión como tarea primordial de todo discípulo de Cristo, llevamos la certeza de que Cristo es fuente inagotable de vida que renace siempre.

2. Los pasos para la misión

Los pasos que llevan a asumir la misión de modo lúcido y responsable forman una secuencia lógica; *conocer, seguir, transmitir*. Dice el Documento: «*Conocer a Cristo por la fe es nuestro gozo, seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado*» (*Aparecida*, 18). Cuando yo conozco a Cristo y me enamoro de él, decido seguirlo, quiero vivir con él, imitar su estilo; luego, viendo que no puedo quedarme con la luz solo para mí, la haré irradiar también para los demás, es decir, me transformaré en heraldo de Jesucristo. En la raíz de la misión hay una vocación o llamado de Cristo: «*Sígueme*» (*Lc 5,27*), «*Venid y os haré pescadores de hombres*» (*Lc 5,10*). «El llamado es una acción orientada a un objetivo, unida a un encargo; “anunciar el Evangelio del Reino a todas las naciones” (*Mt 28,19; Lc 24, 46-48*). *Todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a él como amigo y hermano y lo hace testigo del misterio del Padre*» (*Aparecida*, 144).

3. El proceso de formación del discípulo misionero

Jesucristo es gozo admirable de discípulos misioneros. ¿Qué pasos ha seguido para formar a sus seguidores? Podemos configurar su pedagogía como un proceso en cinco fases:

Primera fase, *el encuentro con el discípulo*. Quienes serán sus discípulos ya lo buscan y él les da la oportunidad de encontrarlo cruzándose en su camino (*Jn 1,38*) por medio del anuncio de su doctrina, de su persona o del testimonio de un discípulo suyo.

Segunda fase, *la conversión*: la respuesta de quien ha escuchado al Señor con admiración y ha creído en Él por la acción del Espíritu Santo, es la decisión de ser su amigo, de seguirlo, de cambiar su forma de ser y de pensar, abrazando la cruz de Cristo. Es decir, han de realizar en su vida la conversión o cambio profundo de sus vidas.

Tercera fase, *el discipulado*: con conocimiento, amor y seguimiento de Cristo la persona profundiza en el misterio de Cristo, de su ejemplo, de su doctrina y misión. Aquí tiene su razón de ser la catequesis, la oración, la vida sacramental y la misión para dar testimonio en un mundo hostil.

Cuarta fase, *la comunión*: el discípulo vive la alegría de su fe en medio de los diarios desafíos del mundo, junto con sus hermanos, junto con la Iglesia, en la realidad concreta de su familia, de su parroquia, de sus conocidos, de su mundo social.

Quinta fase, *la misión*: el discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, siente que no puede tener para sí solo este tesoro, sino que ha de anunciar a sus

hermanos a Cristo resucitado. Siente la necesidad de gritarlo al mundo por medio de la misión; como Juan y como Pedro, «él no puede callar lo que ha visto y oído» (Hcb 4,20) (n. 278).

4. *La primera condición para la misión: el ardor y entusiasmo de nuestra fe*

Juan Pablo II en 1984 dio a los católicos de América Latina el programa de la nueva evangelización y la caracterizó así: «nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en sus expresiones»⁵. El Documento de Aparecida también insiste sobre la necesidad de vivir el gozo y la alegría de nuestra fe en Cristo, el recobrar el fervor espiritual. Lo dice admirablemente el texto de la *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI, que recoge el Documento:

«Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual — que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva. No a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo»⁶ (Aparecida, 552).

Y puedo decirles, como testigo de primera mano, que en el aula de las asambleas de Aparecida se vivía y se repetía con frecuencia la invitación a vivir y recobrar la alegría de ser cristianos, el gozo de conocer a Cristo, el honor de anunciar su Evangelio. Para que haya apóstol misionero, tiene que haber hombres y mujeres que vivan con gozo y agradecimiento el don de su bautismo, el inmenso tesoro de la gracia y el honor de ser hijos de Dios.

5. *Las nuevas dimensiones de la misión*

Recogiendo un texto de Benedicto XVI, el Documento habla de las nuevas dimensiones de la *missio ad gentes* o misión a los gentiles. Antes, cuando se hablaba de misión, se consideraba como anuncio del Evangelio en zonas donde nunca se había escuchado, por ejemplo, entre las naciones de Asia, de África o de Oceanía. Con el advenimiento de la sociedad urbana, secularista, hedonista e indiferente, los ámbitos de la misión a los gentiles se han ampliado: los gentiles o paganos ya no están en otros continentes, los tenemos en

⁵ Discurso a los obispos del CELAM reunidos en Por-au-Prince, Haití, en 1984.

⁶ PABLO VI, «Evangelii Nuntiandi», n.80.

casa, a nuestro lado. Por eso, también Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris missio* o la misión del Redentor, nos hablaba de las nuevas fronteras de la misión, que hoy en día llegan hasta nuestra sociedad latinoamericana —a nuestra sociedad mexicana, tradicionalmente católica o por lo menos cristiana—. La persona por evangelizar está a mi lado, en los ambientes laborales y culturales en que me muevo; nos insta, pues, a ir a los “nuevos areópagos” a anunciar a Cristo: tales son, los medios de comunicación, el mundo de la universidad y de la ciencia, el mundo de las finanzas y del turismo, del espectáculo y del deporte. He aquí el texto de Benedicto XVI: «*El campo de la Misión ad gentes se ha ampliado notablemente y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas o jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones*»⁷.

6. *El testimonio de los santos*

Finalmente también nos habla el Documento del testimonio de «*los santos de América Latina —tantos hombres y mujeres— que esparcieron en nuestra geografía las semillas del Evangelio, viviendo valientemente su fe, incluso derramando su sangre como mártires [...]. Los cristianos de hoy recogemos su herencia y nos sentimos llamados a continuar con renovado ardor apostólico y misionero el estilo evangélico de vida que nos han dejado*» (*Aparecida*, 275; ad sensum).

En resumen, *Aparecida* nos invita a encontrarnos con Cristo, a seguirlo, a renovar actitudes, a revitalizar la llama de las virtudes teologales de la fe, de la esperanza y del amor, a renovar espíritu, métodos, adoptando donde fuera necesario recursos de la moderna pedagogía y de las técnicas de la comunicación de un mensaje y a abrir compuertas a la creatividad cristiana para anunciar el Evangelio a todas las naciones y a todas las culturas.

b) La misión en la vida de Rafael Guízar

No me detendré demasiado en la exposición de su vida, sino que tenderé un hilo que vaya dando unidad a diversos episodios de su biografía, para que sean los hechos mismos quienes hablen. No hablaré de otros varios capítulos importantes de su vida, por ejemplo su solicitud por los sacerdotes y seminaristas, su espiritualidad —temas desarrollados ya en este congreso—. Elegiré

⁷ Discurso a los miembros del Consejo Superior de las Obras Misionales Pontificias, 5 de mayo de 2007.

como hilo conductor *la misión*: para mí, el Santo obispo de Veracruz es ante todo modelo de misionero.

1. *Rafael Guízar, misionero*

Lo primero que destaco y que parecería una afirmación de Perogrullo, es que San Rafael Guízar Valencia fue misionero: se sabía y se sentía ungido como sacerdote y como obispo, para misionar y predicar el Evangelio, en períodos de calma o de persecución, en su país o en el exilio: en todo momento, él se sabe y actúa como misionero. El exilio lo llevará a Estados Unidos, a Cuba, a Guatemala, a Colombia: cambiarán los escenarios, pero continúa la misma representación, anunciar a Cristo a todas las gentes, niños y adultos, pobres y ricos, enfermos y encarcelados, sacerdotes y laicos, en misiones sencillas y directas.

Esta autoconciencia de su misionariedad ontológica trasparece a lo largo de su vida, y lo empujará a todas las iniciativas y comportamientos que forman el entramado de su existencia. Es lo que vamos a ver a continuación.

2. *El método de la misión*

1) El ardor y el celo apostólico

Ante todo la intensa vida teologal, sobre todo el amor a Dios y un ardiente celo por la salvación de cada persona. Su tiempo, su salud, sus talentos los ponía todos al servicio del anuncio del Evangelio. Nunca las circunstancias históricas o políticas —la persecución, las restricciones que le ponían las autoridades—, ni su propia salud o las inclemencias del tiempo fueron una excusa o una causa plausible para dejar de misionar. Una vez que fue a misionar a un pueblo de negros, en la provincia de Santa Clara, en Cuba, caía una lluvia torrencial que impedía a la gente acudir a la iglesia. El P. Rafael Guízar hace esta oración espontánea: « *Mira, Señor, hace tiempo que quería venir aquí a predicar la misión a estas personas necesitadas y ahora viene la lluvia y lo quiere impedir. Te suplico, Tú que eres todopoderoso, que la quites* ». En cinco minutos se aclaró el cielo y no llovió más durante toda la misión⁸.

En otra ocasión el obispo de Tabasco lo había invitado a dar una misión en Villahermosa, la capital; pero hacía tanto calor que imposibilitaba la concentración de la gente en la catedral, muy mal ventilada. Entonces el P. Rafael pidió a sus colaboradores y al mismo obispo que fueran a la capilla a orar para que bajara la temperatura seis grados; y la temperatura bajo seis grados y así se mantuvo mientras duró la misión.

⁸ PEDRO BARRAJÓN, o.c., p.102.

Su trabajo era intenso. Se llamaba a sí mismo “el mulo de Dios”, comparándose con una bestia de carga que todo lo aguanta; sentía que con él Dios hacía maravillas a pesar de su ineptitud. Le costaba mucho el calor tropical, que tenía que soportar vestido en sotana, sudaba mucho y, por lo general, no disponía de baños para refrescarse. Pero a todo esto no le daba importancia con tal de que se llevara a cabo la misión y el anuncio del Evangelio.

2) Los pasos de la misión

Rafael Guízar nada dejó escrito de cómo montar una misión. El método se lo dictaba su instinto sobrenatural de misionero de raza. De su actuación en las diversísimas misiones que llevó a cabo, deducimos los siguientes elementos de lo que podríamos llamar “su método”.

La oración

Lo primero que suele hacer es acudir a los conventos de religiosos y religiosas, a las parroquias, para pedir oraciones por la misión. Cuando es un obispo el que le invita, lo pone a rezar por la misión, lo mismo que a los sacerdotes. Y él personalmente es el primero en intensificar su oración y en multiplicar sus sacrificios por la misión.

Salir a buscar a la gente

No espera a que la gente venga a los templos; él sale a buscarla y la invita a acudir a la misión con diversos modos: primero, forma una lista de las familias del pueblo, del barrio o de la parroquia donde la va a realizar. Luego, redacta una carta o invitación que imprime y hace llegar a cada casa. Veamos el texto de una de ellas:

«Deseando con toda mi alma ver a Usted y a su familia en el cielo cuando pase esta breve vida que disfrutamos en el mundo, he resuelto, de acuerdo con los superiores, dar una misión en este lugar que empezar el próximo día X... Les invita a Ustedes de la manera más atenta para que aprovechen este importante movimiento religioso en bien de su alma, tomando en cuenta la imperiosa necesidad que tenemos de buscar el Reino de Dios.

Rafael, obispo de Veracruz»⁹

Manda imprimir varios miles y por medio de laicos voluntarios los distribuye de puerta en puerta.

⁹ PEDRO BARRAJÓN, o.c., 113.

Otras veces recorre las calles anunciando a voz en cuello que se va a tener una misión e invitando a todos a congregarse en la iglesia o en el lugar escogido para la predicación. Otras veces también lleva el acordeón y mientras toca *La Adelita*, *la Cucaracha* o *el Jarabe tapatío*, invita a niños, jóvenes y adultos a la predicación en el templo.

El canto

Antes de iniciar la predicación invitaba a todos a hacerse la señal de la cruz y luego a cantar cantos sencillos, de fácil melodía, que él mismo había compuesto, pero cuya letra llevaba una carga religiosa y emotiva incontenible:

« *Oh Virgen santa,
Madre de Dios,
Sois la esperanza
Del pecador* ».

« *Vuela suspiro
del alma mía,
Lleva a María
Mi inmenso amor,
Haz que me mande
mi Madre amada,
Una mirada de compasión* ».

Predicación

Creada la atmósfera emotiva y espiritual, empezaba a hablar y a explicar la doctrina. Aquí San Rafael presenta el Evangelio, las grandes verdades de la fe, los novísimos (tema de la muerte, del juicio, del cielo, del infierno), siguiendo un esquema abreviado de las cuatro semanas de ejercicios espirituales ignacianos —recordemos que él había estado de alumno interno en el colegio de San Simón, de los jesuitas, cerca de su tierra natal—, o los misterios de la vida de Cristo. Pero lo que tocaba los corazones era sobre todo la convicción y la unción con que hablaba, el sentimiento y la pasión con que lo decía. Según el novelista y dramaturgo Federico Gamboa (1804-1939), que asistió a algunas de sus predicaciones, « *era capaz de arrebatarse a las almas, de encender a los más tibios, de llenar de fuego a los más apagados a pesar de su estilo sencillo, sin requiebros inútiles, sin adornos que sobran. Buscaba siempre lo eficaz, lo que compromete, lo que da fruto de vida eterna* »¹⁰. La gente comentaba que la convencía porque creía lo que decía.

¹⁰ PEDRO BARRAJÓN, o.c., p.98.

Imprenta

Dentro de lo que las circunstancias de falta de libertad y de pobreza le permitían, había compuesto un *Catecismo*, sobre todo para niños, del que se imprimieron en papel sencillo varios miles. También había hecho imprimir un libro que tituló «*Los Cuatro Evangelios*», con el texto de los mismos. Lo introducía con una frase que conmueve por su sencillez, su unción y su intencionalidad directa: «*Tomen estos cuatro evangelios, medítenlos atentamente y yo les prometo el cielo.*

Rafael Guízar Valencia»

Práctica sacramental

Venía luego la administración de los sacramentos, el encuentro del hombre con Dios en el sacramento de la confesión y en la Eucaristía. Mons. Guízar invitaba al mayor número de sacerdotes a confesar y él personalmente se pasaba días y noches enteras en el confesionario. La misión culminaba con la celebración de la misa en ambiente festivo y pascual en la que todos los asistentes comulgaban. Solía dejar clavada una cruz grande en el lugar más visible del pueblo y allí escribía un pensamiento conmemorativo. En el pueblo de Canalitos, Guatemala, escribió al pie de la cruz: «*Cruz bendita, te dejo en este lugar para que todos te veneren y hagan recuerdos de esta santa misión*»¹¹.

Destinatarios

Digamos una palabra sobre los destinatarios de la misión que solían ser, sobre todo, jóvenes y adultos, y entre ellos, los más necesitados, los encarcelados, los soldados, las parejas que vivían en estado irregular; pero también tenía misiones para sacerdotes —bajo forma de ejercicios espirituales— y para seminaristas. A los niños dedicaba una buena parte de su tiempo y sus atenciones, en la catequesis: con ellos tenía especial sintonía, los ganaba con puños de caramelos y al son de la música —nuevo flautista de Hamelín a lo divino—.

Acudían a escuchar su predicación gente sencilla del pueblo, pero también profesionales, como médicos y abogados. Y todo mundo quedaba tocado y conmovido. Desde que era joven sacerdote, el pueblo llano lo empezó a llamar padre “muevecorazones”.

3. Dificultades de la misión

Las misiones de Mons. Rafael Guízar no eran una lluvia de rosas o un prado verde y florido, sin asperezas. Se desarrollaban en medio de dificul-

¹¹ PEDRO BARRAJÓN, o.c., p.92.

tades casi insuperables, que le imponían el ejercicio constante de la paciencia, de la mortificación, de la fortaleza y de la fe. Repasemos algunos episodios.

Hostilidad de la gente

En Tancítaro, pueblo de Michoacán, se han peleado el párroco y sus feligreses; éstos no quieren saber nada de él ni de ningún otro cura. Llega el P. Guízar con un grupo de seminaristas a organizar una misión; lo reciben con hostilidad y murmuran por lo bajo: «*si son los que han dado la misión en Peribán y creen que aquí en Tancítaro va a poder hacerlas, están muy equivocados*». Las mamás encierran a sus hijos en casa, lo varones vigilan para que nadie salga del hogar. Todo mundo presagiaba un desastre; el P. Guízar responde: «*aunque viniera una sola persona, yo le daría la misión. Vale la pena ganar a Cristo una sola alma*». Para que no haya convocación, los habitantes esconden las campanas. El P. Guízar empieza a llamar a la gente con cohetes. Los habitantes también lanzan cohetes para neutralizarlo. Sin embargo, a la primera convocatoria, acudieron cincuenta personas; al día siguiente acudió un grupo mayor y un grupito de niños; al tercer día llegó todo el pueblo y el P. Guízar tuvo que llamar a otros sacerdotes para que le ayudaran a oír confesiones.

Inclencias de la naturaleza

Le pidieron que visitara a los habitantes de la sierra de Michoacán, a la que sólo se podía llegar por mar. Se fue a media noche con algunos seminaristas en la canoa de un pescador; hacia la madrugada se levantó una tempestad muy fuerte. La canoa hacia agua y el viento amenazaba volcarla en cualquier momento. El pescador estaba angustiado. El P. Rafael hizo esta oración: «*Señor, hemos venido hasta aquí por amor de tu nombre, por darte a conocer a nuestros hermanos. No nos abandones en este peligro, ayúdanos. Santísima Virgen, bajo tu amparo nos acogemos, no desoigas las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, líbranos de este peligro, Virgen gloriosa y bendita*». En el mismo momento una ola enorme y gentil, como mano protectora, los depositó en la playa¹²; y el misionero pudo evangelizar a las gentes durante varios días con gran fruto espiritual.

Misionando bajo las balas

Durante la “decena trágica”, 9 a 19 de enero de 1911, en que había una guerra civil en la capital de México —todos contra todos—, el P. Guízar acude al Zócalo de la Ciudad a auxiliar heridos: soldados tumbados en el suelo,

¹² PEDRO BARRAJÓN, o.c., p.57.

moribundos. Les ofrece un poco de agua, los consuela y los conforta. Allí se desarrollaba este diálogo:

– *Mire, quizá no le quede a Ud. mucho de vida, ¿no desearía confesarse para prepararse al encuentro con Dios?*

– *Claro que me gustaría, pero aquí no hay ningún sacerdote.*

– *Yo soy sacerdote. Le voy a pedir bajo juramento que, si se salva, no revele mi identidad. Y ahora estoy dispuesto a oír la confesión.*

Después de la confesión, saca de su pecho una pequeña caja plateada y le da el Viático al moribundo, que se queda sereno esperando su paso hacia la eternidad. Luego va a acompañar a otro soldado, y luego a otro y a otro. Así todo el día. Las balas silban cerca de él. El sombrero del P. Guízar queda agujereado y él mismo es herido levemente por impactos indirectos de balas; pero sigue ahí, inclinado ante los moribundos. Luego prosigue su visita a los hospitales en busca de heridos¹³.

4. “Capellán de los zapatistas”

Estamos en plena revolución mexicana. Por el norte se mueve Pancho Villa, al que se enfrenta Obregón; por el centro y el sudeste, Carranza y Zapata. En un típico escenario cinematográfico de Eisenstein en “Viva Zapata”, el P. Rafael se nombra a sí mismo capellán de los zapatistas. Durante dos años lleva una vida errante como vendedor de chácharas entre los soldados. Cuando llega el combate y los soldados empiezan a caer, el gordo vendedor de baratijas se acerca a ellos, ofrece la confesión a los moribundos y de una cajita de plata saca la Eucaristía y les ofrece el Viático para el último viaje. Luego se retira entre los árboles o los matorrales y desaparece: busca alguna capilla abandonada para celebrar la misa. Él mismo lleva siempre consigo un viejo cáliz plateado, pan y vino suficientes. Encomienda las almas de los soldados, pide por la paz de su país y se va en busca de una piedra donde reclinar la cabeza o de la sombra de una casa vieja y abandonada¹⁴.

Cuando ya no le creen que es vendedor de chácharas, busca otro cuerpo de ejército y aparece como médico homeópata: los soldados acuden “al doctor” a confiarle sus problemas de salud y, de paso, sus dudas y problemas personales.

Un día, un jefe zapatista, alertado por un soplón, mandó apresarle y juzgarlo por un tribunal revolucionario, que lo sentencia al paredón. Cuando lo ponen ante los fusiles, pide hablar y dice: « *antes de morir quiero hacerles*

¹³ *Ibid.*, 78.

¹⁴ *Ibid.*, 80-81.

un regalo, este reloj de oro y estas pocas monedas que me quedan». Los lanza al aire y mientras los soldaditos se abalanzan en rebatiña sobre lo que brilla, corre Don Rafael Guízar a pesar de su gordura entre los cañaverales que lo rodean.

Otra vez, trabajando en su seminario clandestino en la Ciudad de México, siendo ya obispo, le llegó la noticia de que el gobernador de Veracruz, general Adalberto Tejeda, había dado un decreto de condena a muerte. El obispo viaja inmediatamente a Veracruz y se presenta a Tejeda. En la escena, que parece arrancada de una página de Graham Green en «*El poder y la gloria*», se desarrolla este diálogo:

– *¿Qué hace Ud. aquí?, le interpela bruscamente el general.*

– *He venido a demostrarle que soy respetuoso de la autoridad. Usted ha ordenado que me fusilen en el lugar que me encuentren. He venido para que Ud. mismo pueda darse el gusto de hacerlo y evitar así que ninguno de mis feligreses tenga que mancharse las manos disparando contra su obispo.*

– *¿Sabe Ud. a lo que se ha expuesto?*

– *A que Ud. cumpla su orden.*

– *¿Qué pretende?*

– *Simplemente demostrarle respeto a su autoridad. Ud. ha pedido que me sacrifiquen y he venido a que Ud. lo haga. Estoy a su disposición.*

– *Puede retirarse.*

– *Gracias, Señor gobernador.*

Ya salía por la puerta cuando Tejeda lo llama:

– *¿Quiere darme la mano?*

Rafael Guízar lo mira al rostro y fijando sus ojos claros en los de Tejeda, con voz serena le dice, alargando la mano:

– *Con todo gusto. Que Dios lo bendiga¹⁵.*

¡De esta fibra estaba hecho el santo obispo misionero, Rafael Guízar Valencia!

Son episodios conocidos; y como éste habría tantos que narrar. No nos detenemos aquí; sólo hemos querido subrayar los peligros constantes en que tuvo que desarrollar su trabajo misionero y pastoral; y hacer ver cómo ni las dificultades, ni el exilio, ni el riesgo mismo de su vida lo detenían cuando se trataba de ayudar a una persona redimida por Cristo.

¹⁵ PEDRO BARRAJÓN, o.c., pp.146-147.

5. *Los varios exilios*

Sufrió Rafael Guízar tres períodos de exilio, el primero como sacerdote, en 1915 en el Sur de Estados Unidos, en 1916 en Guatemala, y en Cuba, de 1917 hasta fines de diciembre de 1919. Él aprovecha su destierro haciendo misiones. En Cuba le llega el nombramiento como obispo y regresa a Veracruz, ya consagrado a inicios de enero de 1920. El segundo destierro, como obispo, en Austin y San Antonio, Texas, en EE.UU., en 1927, en Guatemala, en Cuba y en Colombia, de 1927 a 1929 respectivamente: también esta vez se dedica a su actividad tan querida, misionar entre el pueblo. El tercer exilio, dentro de su propio país, tiene que abandonar su diócesis de Veracruz por las leyes estatales contra la Iglesia, de 1931 a 1937. De los 18 años de obispo, 10 los pasó fuera de sus diócesis por la persecución religiosa, pero la gobernó pastoralmente con eficacia y sabiduría, a través de cartas y de excelentes vicarios generales¹⁶.

Veamos un episodio de su exilio en Cuba. Llega en 1917 y sale en 1920, ya consagrado obispo. Se dedica a catequizar a los niños, a misionar entre el pueblo, a unir en matrimonio religioso las parejas que viven irregularmente, a confesar. Funda allí “Los pajes del Santísimo Sacramento”, para fomentar entre los niños la devoción a la Eucaristía. De acuerdo con el Vicario General de la Diócesis, Mons. Arteaga Betancur, da una misión en la cárcel de “El Castillo del Príncipe”. Oigamos el relato en primera persona de Mons. Arteaga Betancur —que llegaría a ser cardenal arzobispo de La Habana—. Yo lo escuché de labios del actual cardenal de La Habana, Jaime Ortega y Alamino, en un convenio que tuvimos en Roma hace un año¹⁷:

«Una mañana de 1917 en la sacristía de la catedral de La Habana, apareció a mi vista un sacerdote de extraña facha: bastante obeso, pálido y de ojos claros. Portaba sobre la sotana una capa madrileña, en la mano un gran sombrero de fieltro y un pañuelo amarrado al cuello. Nada dije. Dos horas después entraba en mi despacho el mismo extraño personaje. Se había evadido de México donde la persecución religiosa, desencadenada a la caída de Porfirio Díaz en 1910, arreciaba cada día más. Había pasado varios años disfrazado de vendedor de baratijas ejerciendo secretamente los ministerios sacerdotales con los heridos y moribundos.

Sentado junto a mí, me contaba estos episodios y a medida que me interesaba el relato, el fuego de sus grandes ojos azules, velados por una modestia angelical, me daban a comprender que aquél no era un hombre común. Era loco o santo. Pronto vi que no era loco...

¹⁶ Cf. Mons. HIPÓLITO REYES LARIOS, «Rafael Guízar Valencia y obispos canonizados en América Latina y el Caribe», intervención en la V Conferencia General de Aparecida, mayo de 2007.

¹⁷ Jaime Ortega y Alamino, «Rafael Guízar, misionero en Cuba», en «*San Rafael Guízar y Valencia. Ejemplo de caridad pastora*», ed. Ateneo Pontificio «Regina apostolorum», Roma, 2007, pp. 67-76.

Aquellos ojos azules que parecían mirar a lo lejos, se velaban como de una modestia angelical. No eran los ojos de un loco, eran los ojos de un santo.

Días después, él abría una misión en la catedral de La Habana, yo le acompañaba. «No me atrevo a proceder, me decía, sin buscar el auxilio en las oraciones, yo quiero pedir oraciones y comuniones». Lo llevé a visitar congregaciones religiosas. «Vengo a suplicar, decía a la superiora de la casa, que la comunión de mañana sea por el fruto de la misión..».

¿Qué hacía en la misión? Predicar, adoctrina, cantar y hacer cantar al público.

«Todos canten», repetía. En el púlpito inculcaba con vehemencia sentida la verdad enseñada, clamaba, urgía, suplicaba. Fuera del púlpito oraba y se humillaba.

Acompañado por el Padre Ruiẏ —el nombre falso que se daba en Cuba para huir de los espías del gobierno mexicano— me presenté en el Castillo del Príncipe una tarde de mayo de 197. En un patio interior del Castillo, unos mil doscientos presos estaban reunidos esperando. Una mesa de madera fuerte era la tribuna preparada. Subí a la mesa y a todo pulmón procuré hacer lo más elocuente posible un breve discurso de presentación del ilustre misionero mexicano.

Había entre los presos gente ruda, pero también gente de letras y espíritus fuertes, profesionales de la incredulidad. Terminé y el padre Ruiẏ subió a la mesa.

Sin preámbulos pidió que todos se persignaran con la señal de la cruz. Yo recibía una primera lección. Y después de repetir varias veces «todos», vi con sorpresa que la inmensa asamblea se persignaba. Esperábamos ahora alguna exhortación y... empezó cantando «Oh Virgen Santa», las manos en el pecho y los ojos en el cielo. «Canten todos», decía. Y vi, con nuevo asombro, que después de breve ensayo, todos cantaban. El Padre Ruiẏ había logrado el éxito de la misión antes de empezar a hablar.

Con influjo creciente sobre los ánimos, Trabajó seis días. Le veíamos con un gran pañuelo atado al cuello. Moraba en el obispado de La Habana y era extraordinariamente sobrio en la mesa; su lecho en siete días se veía intocado. Era el último día de la misión, cuando, picado de curiosidad, le pregunté cómo es que su cama estaba sin usar; me dijo: «es que no puedo acostarme, duermo apoyando la cabeza en el respaldo de esta silla porque tengo un forúnculo». Se quitó el pañuelo y a mi vista apareció la parte superior del cuello atormentada por un enorme forúnculo.

— Padre, le dije, ¿por qué no avisó que estaba enfermo?

— Señor, no quería interrumpir la misión.

Los mil doscientos presos comulgaron como niños de primera comunión. Es que a un hombre así sacrificado por su ardiente caridad, ¿podrían resistirle los corazones?».

6. Un corazón misionero

Santa Teresita del Niño Jesús quería pasar su cielo derramando una lluvia de rosas. San Rafael Guízar ha querido pasar el suyo misionando. Su corazón se conserva incorrupto. Su custodia está confiada a las religiosas

adoratrices perpetuas, de Xalapa, en la capilla del *Corpus Christi*. Es un corazón viajero, que va recorriendo constantemente las diversas comunidades de Veracruz. Hay ya todo un ritual establecido para llevar en procesión el corazón de San Rafael a la parroquia designada. Al llegar al templo, la gente canta:

« ¡Oh Virgen santa,
Madre de Dios,
Sois la esperanza
Del pecador! »

Al entrar al templo, se elevan a Dios las oraciones de los santos del cielo que en ese momento acompañan a la asamblea con su intercesión. Luego sigue una lectura de la Primera Carta de Juan, que recuerda a los fieles su dignidad de hijos de Dios, tema muy querido de San Rafael Guízar. Sigue el Evangelio de las bienaventuranzas y una breve catequesis. Se concluye el rito con una bendición al pueblo e inician los días de veneración de la reliquia en que los fieles acuden a venerar a San Rafael y a pedir a Dios favores por su intercesión. Dentro de estos días también se organiza una hora santa, tan querida y fomentada por San Rafael. Y así sigue la obra evangelizadora de San Rafael después de muerto.

Muchas iniciativas misioneras inspiradas por él y por su espíritu y estilo, van surgiendo, como “El Centro Misionero San Rafael Guízar Valencia”, en la localidad de Chilapa, al pie del Pico de Orizaba: fue fundado por los legionarios de Cristo. En él trabajan miembros de la organización “Juventud misionera” y “Familia misionera”, del *Regnum Christi*, cuyo fin es promover misiones populares sobre todo en las zonas apartadas y marginales. Este año de 2007 participaron 27.000 misioneros en toda la República mexicana. Sin ellos saberlo, el Centro ha surgido en el lugar mismo en que hace más de setenta años misionó el Santo Obispo, preparando a un grupo de treinta niños para su primera comunión. Fascinado por la belleza del lugar, les dijo: «este lugar es un sitio señalado. Yo no volveré aquí, pero vendrán otros después de mí y harán aquí un lugar de misiones. Este es un bonito lugar escogido por Dios. Yo no lo veré, pero algunos de Uds. sí. No digan a nadie esto. Es un secreto entre nosotros»¹⁸. Setenta años después, al volver al sitio y reconocer el paisaje, Sofía, una anciana que estuvo entre los treinta niños catequizados por Mons. Rafael Guízar, lo relata entre lágrimas de gozo.

¹⁸ PEDRO BARRAJÓN, o.c., p.201.

Conclusión

Concluimos con una afirmación luminosa del Documento final de Aparecida, que nos parece un resumen de los trazos del perfil de San Rafael Guízar Valencia, discípulo y misionero: « *cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo y el enamoramiento de él, crece también el anhelo de comunicar a otros el tesoro de este encuentro. La misión es compartir la experiencia del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la iglesia particular a todos los confines del mundo (Hcb 1,8)* ». A partir de su canonización, San Rafael Guízar Valencia ha iniciado una nueva misión desde la iglesia particular de Xalapa a toda la Iglesia y a todo el mundo.

San Rafael Guízar sigue misionando entre nosotros hoy. Con la irradiación de su testimonio nos impulsa a los discípulos de Jesucristo a hacer hoy otro tanto de lo que él, en su tiempo, supo hacer.

Nota biográfica:

Javier García, L.C., es profesor ordinario de Cristología en el Ateneo Pontificio “*Regina Apostolorum*”, de los Legionarios de Cristo en Roma, y Rector del Centro Sacerdotal “*Maria Mater Ecclesiae*”, también de Roma. Ha sido profesor invitado durante veinte años en la Pontificia Universidad Gregoriana. Ha participado como teólogo perito nombrado por la Santa Sede en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Santo Domingo, en la V Conferencia General, de Aparecida (Brasil), y en el Sínodo de América. Es autor de numerosas publicaciones, como « Santo Domingo en marcha. Una Iglesia en estado de nueva evangelización », « Historia del Sínodo de América », « El rostro indio de Jesús. Hacia una teología india en América ».

*San Ezequiel Moreno:
El deseo incontenible de anunciar a Cristo*

REV. P. ÁNGEL MARTÍNEZ CUESTA, OAR,

Juan Pablo II quiso canonizar a un santo que simbolizara la gigantesca obra de la evangelización de América. Y eligió a san Ezequiel Moreno. El 11 de octubre de 1992, víspera del quinto centenario del descubrimiento, en Santo Domingo, en el marco de las solemnes celebraciones del V Centenario de la evangelización de América y de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, ante más de trescientos obispos y miles de fieles, proclamó que Ezequiel «*en su vida y en su obra apostólica compendia admirablemente los elementos de la efemérides que celebramos. En efecto, en su vida aparecen España, Filipinas y América Latina como los lugares en que desarrolló su incansable labor misionera este insigne hijo de la Orden agustina recoleta [...]. Con su vida y con su obra de evangelizador, es modelo para los pastores, especialmente para los de América Latina, que bajo la guía del Espíritu Santo quieren responder con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión a los grandes desafíos con que se enfrenta la Iglesia latinoamericana. El nuevo santo se nos presenta ante todo como modelo de evangelizador, cuyo incontenible deseo de anunciar a Cristo guió todos los pasos de su vida*».

I. TRAYECTORIA BIOGRÁFICA

Hijo del pueblo

Dios elige a los humildes para hacer cosas grandes. Y humildes fueron los orígenes del que había de ser restaurador de los agustinos recoletos en Colombia, promotor de tres circunscripciones misioneras en esa misma nación, obispo de Pasto y defensor de la Iglesia en su enfrentamiento con el liberalismo en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX.

San Ezequiel Moreno nació el año 1848 en Alfaro (La Rioja, España). Como hijo del pueblo su niñez y adolescencia carecen de historia. No hay en ellas lances notables, dignos de ser recordados. Sus padres, Félix Moreno y Josefa Díaz, eran de extracción humilde y de religiosidad acendrada. Su padre, un modesto sastre, era conocido por su piedad.

Ezequiel, el tercero de sus seis hijos, asistió a la escuela pública, formó parte de la capilla de música del pueblo y sirvió a las monjas dominicas de monaguillo y sacristán. Era un muchacho de carácter despierto y responsable,

capaz de compartir la merienda con un compañero más pobre que él y de posponer la alegría de la fiesta a la atención a un joven enfermo. El obispo de la diócesis le invitó a ingresar en el seminario e incluso le ofreció una beca. Su madre apoyó la propuesta del obispo. Pero él se sentía llamado a salvar almas en tierras lejanas. Soñaba con predicar el evangelio en las islas Filipinas, de las que le hablaban tantos paisanos suyos. De 1861 a 1864 cursó latinidad con intención de ingresar en el noviciado misionero que los agustinos recoletos tenían en el vecino pueblo de Monteagudo, donde ya se encontraba su hermano Eustaquio. El 21 de septiembre de 1864 tomó el hábito religioso y al año siguiente pronunció los votos y el juramento de pasar a las misiones de Filipinas. Entre 1864 y 1871 completó su formación teológica y espiritual en los seminarios de la orden. El 2 de junio de 1871, a los 23 años de edad, recibió la ordenación sacerdotal en Manila.

Misionero y formador de misioneros, 1870-1888

De 1872 a 1885 ejerció el ministerio sacerdotal en varias islas de Filipinas: Palawan (1872), Mindoro (1873-76) y Luzón (1876-85). En Mindoro y Luzón sus ocupaciones fueron las ordinarias de un párroco de la época: misa diaria, catequesis infantil, homilía dominical, atención a los enfermos, dirección de asociaciones católicas, etc. Pero algo extraordinario debía de haber en él. Sus parroquianos lo tienen por hombre de Dios y dicen de él que es un santo, o “santulón” en su fonética especial. Ni en Las Piñas ni en Santo Tomás han conocido otro párroco igual, y, cuando sienten que se lo van a quitar, se agitan y elevan sentidas peticiones al arzobispo y al provincial de recoletos para que se lo conserven por más tiempo.

La catequesis, el confesonario, la atención a los enfermos y desvalidos, y las correrías misionales absorben la mayor parte de su tiempo. No descuida nunca la homilía dominical, aprovecha las novenas y otras devociones para instruir al pueblo, visita las escuelas todos los sábados y se esmera en la preparación de los niños para la primera comunión. Las primeras comuniones lo colmaban de felicidad. Más tarde escribirá que eran funciones «*que tienen lugar en la tierra, pero que saben a cielo*». Hacía también frecuentes visitas a los cristianos diseminados por campos, ríos y sementeras, y desprovistos de servicios civiles y religiosos.

De improviso, en 1885, a los 37 años, su vida da un brusco giro. Su provincia religiosa, reunida en capítulo a principios de mayo, le confía el priorato del convento de Monteagudo, el noviciado más importante de la orden, la fragua donde se moldeaba la personalidad de sus nuevos religiosos,

que él quiere totalmente imbuida de Dios. En sus pláticas a la comunidad torna una y otra vez sobre el culto litúrgico, las devociones populares, el aseo del templo y de los ornamentos sagrados, las ceremonias y el espíritu que debe nutrirlos. Privilegia a la oración mental y al oficio divino, pero de vez en cuando siente la necesidad de asociarse al pueblo y cantar con él las alabanzas del Señor. Saboreaba particularmente la Hora Santa del Jueves Santo, las primeras comuniones, las celebraciones de mayo y junio y otras funciones en honor del Sagrado Corazón y de la Virgen.

Su segunda preocupación fue la observancia regular. A ejemplo de san Pablo, veía en la ley un pedagogo insustituible, que señala al alma el camino que conduce a Cristo, la libra de falsos espejismos y le ahorra multitud de idas y venidas. Las constituciones, el ceremonial, el ritual, cualquier orden o precepto de los superiores suscitaban en su corazón reverencia y acatamiento, y como superior se sentía obligado a transmitir a sus súbditos esos mismos sentimientos.

En estos años la comunidad fue el centro de su vida, pero nunca la quiso aislada del mundo circunstante. El amor a Dios le fuerza a prodigarse en favor de sus hermanos. Mantiene relaciones frecuentes con el obispo diocesano y los párrocos circunvecinos, a quienes presta gustoso su colaboración. En 1886 predicó la cuaresma en Cascante y anuncia la palabra de Dios en Alfaro, Ágrede, Tudela, Tarazona, Cintruénigo, Fitero, Malón, Tulebras, Monteagudo y otros pueblos de la zona. Visita a los enfermos, ayuda a los menesterosos, asiste a las religiosas de la comarca y comparte de corazón el dolor del pueblo durante las calamidades que en aquellos años se abatieron sobre él. Durante la epidemia cólera que devastó las riberas del Queiles en la segunda quincena de agosto de 1885 comparte la inquietud general, se asocia a las parroquias en las preces y actos penitenciales y propone a la comunidad una disciplina semanal extraordinaria. Serviría para aplacar la ira de Dios y moverle a apiadarse de su pueblo. Durante la carestía de 1887 llegó a socorrer diariamente de 400 a 500 menesterosos.

Restaurador de los agustinos recoletos en Colombia y vicario apostólico de Casanare, 1889-1896

A finales de 1888 cruza el océano con rumbo a Colombia, donde residirá hasta principios de 1906, en que la enfermedad le obligó a tornar a su patria. Este viaje divide su vida en dos grandes secciones. La primera, según queda apuntado, es semejante a la de tantos religiosos y párrocos de la época. En la segunda adquiere relieve público y se convierte en símbolo de una causa. Actúa en ambientes más complejos y desempeña funciones más delicadas.

Hasta 1894 reside en Santafé de Bogotá, ocupado en la restauración de la antigua provincia agustino-recoleta de Colombia, reducida entonces a un minúsculo grupo de religiosos exclaustros, dispersos por parroquias y capellanías, y ayunos de espíritu corporativo. Simultáneamente desarrolla una intensa actividad apostólica. Durante cinco años desplegó en la capital colombiana una notable actividad, que le granjeó renombre de «*confesor docto y celosísimo, de predicador lleno de piedad y unción, y de religioso austero e intachable*». A los pocos meses de su llegada ya le conocía «*la ciudad entera*».

Gran parte de la mañana la consumía en el confesonario de la vieja iglesia colonial de La Candelaria, donde siempre le esperaban largas filas de penitentes, pertenecientes a todas las clases sociales. Acudían a él, indistintamente, gentes de las familias más encumbradas, como los Caro, los Narváez o los González Valencia, y gentes de humilde extracción social. Por las tardes tocaba el turno a las comunidades femeninas, que se habían apresurado a reclamar sus servicios al arzobispo de la ciudad. «*Tengo tarea de religiosas*», escribía en abril de 1890, «*para unas cuantas tardes a la semana y voy a los conventos después de haber pasado la mañana en el confesonario de nuestra iglesia*». Alguna vez intentó sacudirse la carga, pero hubo de rendirse ante la presión conjunta del arzobispo y de las monjas: «*Dije que no podía confesar a tantas religiosas sin desatender nuestra iglesia [...], pero, a ruego del señor obispo y de las religiosas, no pude menos de ceder*». Por de pronto se encargó de las religiosas de La Enseñanza y de la Concepción y de los jóvenes de un colegio. Poco después le confiaron la dirección de las carmelitas descalzas. Y también desempeñó funciones de confesor extraordinario, escrutador y consejero de las betlemitas, salesas y otras comunidades.

El padre Ezequiel no se contentaba con reconciliar a los penitentes, sino que procuraba estimularlos a emprender el camino de la perfección. Muchas de esas almas continuaron proponiéndole por carta las dificultades que encontraban en su itinerario espiritual. Casi todas estas cartas han desaparecido. Se conservan, sin embargo, más de 400 respuestas del santo, guardadas con veneración por sus destinatarios y recogidas al incoarse el proceso de beatificación. Ellas nos desvelan que estaba bien equipado para este difícil ministerio. Poseía sensibilidad religiosa, ilustración teológica y prudencia humana para penetrar en los repliegues del alma y detectar allí las corrientes de la gracia.

Generalmente, tendía a la indulgencia y benignidad, porque estaba convencido de que «*la bondad era camino más apto que el rigor para conducir las almas a Dios*». Aun con los liberales actuaba con comprensión y generosidad. Ya bastante adelantado en su vida, confió al padre Manuel Fernández que únicamente en dos ocasiones les había negado la absolución. Jamás reprende con aspereza, jamás humilla o da desaires, jamás sumerge a las almas en las tinieblas de la duda o de la desesperación. Cuando reprende, lo hace siempre con

dulzura y moderación, atento siempre a no abatir ni acobardar. Todo su afán radicaba en conducir las almas a Jesús, en avivar su esperanza y espolear su generosidad, poniéndoles delante el amor infinito del Corazón de Jesús.

Pero su bondad no entrañaba nunca acomodamientos o contemporizaciones. Él nunca se creyó dueño de las leyes eclesiásticas ni descuidó los derechos de Dios ni renunció a enfrentar a las almas con sus propias obligaciones. Tenía siempre presente que Dios pasa cuenta de toda gracia y que no se da un paso por el camino de la perfección hurtándose a las propias responsabilidades. A todos sus corresponsales les aconseja paciencia y resignación en los sufrimientos. A los mejor dispuestos les anima incluso a desearlos y demandarlos en la oración.

Simultáneamente promueve la restauración de las misiones de Casanare, en decadencia desde los días de la Independencia (1810-21) y desamparadas durante los últimos treinta años. En 1893 la Santa Sede creaba el vicariato apostólico de Casanare y confiaba su administración al padre Ezequiel, a quien elevaba a la dignidad episcopal. Casanare se convertía así en el primer vicariato apostólico de Colombia y abría una nueva época en la historia de sus misiones.

Su permanencia en Casanare no llegó a dos años, y durante varios meses se vio entorpecida por la guerra civil y los rumores de su traslado a la silla de Pasto. Sin embargo, recorrió casi todo su territorio y confeccionó un buen programa pastoral. Distribuyó a sus 16 misioneros en cuatro puntos: Arauca, al norte; Támara, en el centro; Orocué, al sur; y Chámeza, al oeste. Impulsó la catequesis y se interesó por los infieles guahibos y sálivas, para cuyos hijos preparó sendos orfanatos, organizó asociaciones católicas y, sobre todo, se empeñó en que la palabra de Dios volviera a resonar con regularidad en aquellos parajes abandonados durante más de treinta años.

Obispo de Pasto, 1896-1906

El 2 de diciembre de 1895 fue preconizado obispo de Pasto, pero hasta junio del año siguiente no pudo trasladarse a su destino. La diócesis de Pasto era vastísima. Erigida por Pío IX en 1859 con territorio desmembrado de la de Popayán, se extendía por una superficie de unos 160.000 Km.², poblados por unos 460.000 habitantes. En tan anchurosa geografía, sin apenas comunicaciones terrestres, se daban cita todos los climas y todos los contrastes. La costa del Pacífico y la depresión amazónica yacían en el mayor desamparo social y religioso, con abundancia de morenos e indígenas semicivilizados. En la cordillera central, a alturas que oscilaban entre los 1.500 y los 3.100 metros, surgían los pueblos mejor organizados. La capital, emplazada a 2.595 metros de altitud,

disfrutaba de clima templado. Todavía más altos se hallaban algunos pueblos importantes como Túquerres e Ipiales, de clima más bien frío. El litoral marino y las inmensas sabanas orientales eran de clima estrictamente tropical.

San Ezequiel fue un pastor vigilante, consciente de su responsabilidad y atento a las necesidades de sus ovejas, a las que supo alimentar con doctrina segura y abundante. Sus circulares, pastorales y opúsculos doctrinales, transparentes y transidos de fervor, eran buscados dentro y fuera de su diócesis, porque afrontaban los temas más candentes de cada momento y proponían una doctrina inspirada en los valores perennes del Evangelio. Su enfrentamiento con el liberalismo no es más que una simple manifestación de su celo pastoral. Veía en él un cuerpo de ideas y procedimientos contrarios al cristianismo y una voluntad explícita de desterrar a Cristo de la sociedad y de las almas. De ese modo el liberalismo no sólo desmantelaba las bases de toda vida religiosa, sino que ponía en peligro la misma paz social y el auténtico desarrollo de los pueblos. «*Catolicismo y liberalismo son sistemas de doctrina y procedimientos enteramente opuestos [...]. Lo que el liberalismo gana lo pierde el catolicismo*». Era, pues, un peligro grave y constante para la fe de sus fieles, y su conciencia le forzaba a señalarlo con toda claridad, para que todos pudieran percibirlo y soslayarlo. De otro modo, se habría sentido un mercenario, desinteresado de las ovejas que se le habían encomendado.

En todo momento busca las orientaciones de «*Nuestra santa madre la Iglesia*» y trata de ajustar a ellas su conducta, aun en los momentos en que su experiencia podría dictarle otro modo de proceder. «*No somos nosotros los llamados a enmendarle la plana*», escribía en 1894, «*sino a creer firmemente que sabe más que nosotros mismos*». En otra ocasión escribirá que el buen católico está siempre dispuesto «*a sujetar su débil inteligencia a toda insinuación de la que se cree maestra de la verdad, y ver las cosas, juzgarlas y sentirlas como ella las ve juzga, siente y propone*». A los profesores y maestros los exhorta a inculcar en sus discípulos el «*amor a la verdad católica*» y a formar sus inteligencias «*con doctrinas en un todo conformes con las de nuestra santa religión católica, apostólica, romana*».

Íntimamente persuadido de que la docilidad a la Iglesia es el medio más eficaz para preservar la fe, exhorta una y otra vez a sus fieles a estar siempre atentos a sus enseñanzas, a escuchar su voz y a dejarse guiar por ella. Personalmente sigue con pasión sus avatares, celebra sus triunfos y sufre con sus flaquezas. Los ataques de los enemigos desgarran las fibras más tiernas de su corazón. Le duele la marginación social de la Iglesia, primeramente, porque la ama como a madre y la quiere grande y gloriosa, pero también porque tenía fe ilimitada en la posibilidad histórica de una sociedad auténticamente cristiana, fundamentada en los principios del Evangelio y dirigida por la Iglesia. Para él la

utilidad social del Evangelio era evidente y veía en él fuente inagotable de progreso y bienestar.

Estas ideas proceden de las encíclicas de Pío IX y León XIII, del magisterio de otros obispos y de los más prestigiosos moralistas, canonistas y tratadistas religiosos de la época. En su biblioteca encontramos las grandes síntesis de Hettinger y Deharbe, los clásicos manuales para sacerdotes y catequistas —Mach, Frassinetti, Riccardi—, pero dominaban los comentaristas de tendencia tradicional como Sardá y Salvany, Alonso Perujo, Ángel María Arcos, Mateos Gago o el francés Pierre Benoît, autor de la *Ciudad anticristiana del siglo XIX*. También abundaban en ella los moralistas y canonistas romanos —Ballerini, Bucceroni, Berardi, Zitelli, Gasparri— y españoles —Gaínza, Gómez de Salazar, De La Fuente, Cadena, Villada—, así como predicadores —Planas, Lázaro Garzón, Troncoso—, y autores espirituales —Lapuente, san Alfonso María de Ligorio, Scaramelli, Arnoldo, Ramière, Baudrand—. Consciente del valor de la jurisprudencia, acudía regularmente a las colecciones documentales de las congregaciones romanas y a las revistas que publicaban las decisiones y decretos más recientes de la curia o, al menos, informaban de ellos en secciones especializadas: *Acta Sanctæ Sedis*, *Il Consulente ecclesiastico*, *La Ciudad de Dios*. Estas lecturas, unidas a la educación recibida, a la tradición antirreligiosa del liberalismo colombiano y la virulencia antieclesiástica del gobierno de Eloy Alfaro en Ecuador, contiguo y en estrecha comunicación con su diócesis, le indujeron a interpretar las orientaciones romanas en sentido restrictivo.

Giró varias visitas pastorales a su diócesis, llegando incluso a sus regiones más inhóspitas. Veía en ellas un medio excelente de comunicarse con sus diocesanos, de compartir su vida y de conocer y aliviar sus necesidades espirituales. A principios de septiembre de 1896, cuando apenas había tenido tiempo de formarse una idea del estado de su diócesis, salió de Pasto con su secretario y dos capuchinos, y durante tres meses recorrió los pueblos de la costa. Uno de sus acompañantes escribió que no dejó sin visitar «*caserío alguno*» de Barbacoas, Tumaco, Mosquera, Iscuandé y Guapi. Durante los dos años siguientes visitó las parroquias restantes. Siguió luego cuatro años en que el viaje a Roma y la guerra civil le obligaron a suspender las visitas. Pero apenas retornó la calma, volvió a reanudarlas con renovado fervor. Entre 1902 y 1905 recorrió de nuevo todas las parroquias del obispado.

Estas visitas eran siempre largas y extenuantes. A menudo regresaba de ellas con la salud quebrantada. El clima, los caminos, las posadas, las comidas deparaban privaciones y sufrimientos a manos llenas. Sus acompañantes recuerdan las jornadas en ayunas, porque en la fonda de turno se habían olvidado de preparar la comida, noches insomnes, catres inmundos y, más a menudo,

comida escasa y de mala calidad, traslados agotadores, mareos y trabajo agobiante.

Solía entretenerse en cada pueblo de dos a tres y cuatro días, dedicado íntegramente a revisar el estado de la iglesia, a la catequesis y a la administración de los sacramentos. Además de confirmar a centenares de fieles, confeccionaba de tres a cuatro horas diarias y predicaba a la gente en la función de la tarde. Se interesaba por la instrucción religiosa en las escuelas y exhortaba a los párrocos a fomentarla. Le gustaba asistir personalmente a la catequesis, «*sentado en cualquier asiento rústico y a veces en el suelo*». Otras veces la dirigía él mismo, al aire libre y sentado sobre un tronco de árbol.

Heliodoro de Túquerres, su confesor y compañero en algunas de estas visitas, cuenta que se complacía en reunir en torno a sí a grupos de niños y campesinos y les explicaba la doctrina con sencillez y entusiasmo. No era infrecuente que los campesinos abandonaran su tradicional timidez para participar activamente en la lección y hasta se atrevían a interrumpirlo y a discutir con él. Cuando advertía que la catequesis surtía efecto, no podía contener el entusiasmo. Una noche después del catecismo corrió al encuentro de sus compañeros para comunicarles su gozo: «*Hoy sí que he gozado, porque esos hombres morenitos han aprendido lo necesario necessitate medii para salvarse*», es decir, la existencia de Dios, su justicia remuneradora y los misterios de la Trinidad y la Encarnación, que la teología tradicional retenía como absolutamente necesarias para la salvación.

Su solicitud apostólica aparece con especial claridad en las visitas pastorales. Pero éstas no fueron ni la única ni la más importante de sus manifestaciones. Se puede decir que su vida toda fue acción pastoral, porque no deseaba ni aspiraba a otra cosa que a llevar Dios a las almas y las almas a Dios. Ése era su objetivo tanto cuando redactaba una pastoral como cuando censuraba una hoja volante o respondía a una carta particular. Todo procedía, en palabras de Juan Pablo II, de su «*incontenible deseo de anunciar a Cristo*».

Durante los meses que permanecía en Pasto practicaba otras obras de apostolado. Promovió la creación de sendas prefecturas apostólicas en el Caquetá y Tumaco. Dio impulso a las misiones populares, al culto al Sagrado Corazón, ya muy intenso en toda la diócesis, y, sobre todo, a la catequesis, a la que dedicó varias circulares y pastorales. A los párrocos les recordó repetidamente la obligación de no omitir la homilía durante la misa del domingo ni la instrucción religiosa después de ella. Todas las semanas visitaba el orfanato y el hospital y, menos a menudo, la cárcel. De vez en cuando se sentaba en el confesonario; las fiestas más solemnes y los domingos de adviento y cuaresma predicaba en la catedral. Seguía con interés la formación de sus seminaristas, a

los que visitaba con frecuencia, y envió a dos de ellos a ampliar estudios en Roma.

Con el clero, tanto secular como regular, estuvo siempre en buenas relaciones. Con los sacerdotes seculares mantuvo relaciones frecuentes y, con algunos, incluso cordiales. Procuró elevar su nivel intelectual y moral por medio de frecuentes circulares, conferencias mensuales en las sedes de las vicarías, la celebración anual, en el mes de agosto, de los ejercicios espirituales, a los que solía asistir él mismo, y también por medio de amonestaciones y correcciones privadas. Con los ancianos y enfermos fue comprensivo y generoso. En casos extremos les asignaba una ayuda mensual, al igual que a los curas de parroquias pobres. No admitía acusaciones contra un sacerdote que no estuvieran sufragadas por varios testigos, rechazaba por principio las de quienes no estaban dispuestos a sostenerlas en juicio y nunca les condenó sin oír sus descargos, aunque la acusación procediera de las autoridades civiles.

También las comunidades religiosas, tanto masculinas como femeninas, recibieron de él muestras continuas de aprecio. Distinguía con especial afecto a las betlemitas, en cuya capilla celebraba misa con cierta periodicidad y, con más frecuencia, les dirigía pláticas, retiros y ejercicios espirituales. En 1902 comenzó a atender a un grupo de señoritas, con las que dos años más tarde formó un instituto religioso dedicado a «*la enseñanza de la doctrina cristiana a los ignorantes*» y las envió a regentar escuelas en Sibundoy, San Francisco, Santiago, Mocoa y otros lugares apartados de su diócesis.

En los primeros años de su episcopado contribuyó generosamente a la restauración y edificación de nuevos templos parroquiales, y meses antes de la guerra civil (1899-1902) encargó planos para una nueva catedral y un templo digno de la Virgen de las Lajas, el santuario más querido de la región. Desgraciadamente, la guerra paralizó ambos proyectos y le obligó a disminuir la ayuda a las iglesias parroquiales. Al final de la guerra volvió a pensar en la catedral y en el santuario de la Virgen y con la ayuda del padre Henry Collins reasumió sus antiguos proyectos. Pero en ambos tropezó con obstáculos insalvables. El del templo de las Lajas zozobró totalmente y el de la catedral sufrió aplazamientos y retrasos, debidos a problemas financieros y a la mediocridad de los planos. Sólo sus sucesores, mejor aconsejados y con más recursos, fueron capaces de llevarlos a término.

En esos años cayeron algunos aniversarios que supo aprovechar para reavivar la fe del pueblo con novenas, peregrinaciones y fiestas especiales. Al siglo xx lo saludó con un solemne homenaje a Cristo Rey; durante el cincuentenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada (1904) promovió misiones populares, prescribió actos religiosos para el 8 de cada mes y participó en una multitudinaria peregrinación a la Virgen del Rosario en An-

cuya. Los 25 años del pontificado de León XIII le depararon una excelente ocasión para expresar al papa, en manifiestos firmados por miles los fieles, la fidelidad y el cariño de sus diocesanos.

En estas fiestas en las que veía la exaltación social de la religión no quería ahorros ni economías. Había que celebrarlas con el esplendor que exigía su significación religiosa y social. Al capellán del santuario de la Virgen de la Merced, que le proponía ciertos ahorros en la celebración de una novena le respondió que no hiciera economías «*de ninguna clase*» y le diera «*el mayor esplendor posible y aun mayor si se pudiera*» (1897).

Última enfermedad y muerte

San Ezequiel no fue mártir en sentido estricto. Pero sufrió penas y dolores de auténtico mártir. Su vida entera rezuma privaciones, sufrimientos, dolores físicos y morales. Y sus últimos meses fueron un martirio prolongado.

A finales de junio de 1905 advierte la presencia de unas llagas malignas en la nariz. Se siente débil, con la cabeza cargada y molestias en la boca. Pero durante meses conduce la vida de siempre. Se levanta a la misma hora, despacha los asuntos ordinarios y hasta piensa en la erección de una prefectura apostólica en Tumaco. A finales de octubre recibe con la máxima serenidad la confirmación de que el origen de todos sus males es un cáncer maligno: «*Me he puesto en las manos de Dios. Él hará su santa voluntad*».

El clero de la diócesis no compartió su indiferencia y le *ordenó* viajar a Barcelona, donde se esperaba que un célebre cirujano pudiera operarlo con éxito. Él acata la voluntad de su clero y el 18 de diciembre sale rumbo a Barcelona. Iba postrado, sin apetito y con dolores continuos. Sin embargo, no se le escapa un lamento y tiene ánimos para ir a despedirse de la Virgen de Las Lajas, ordenar a un diácono en el camino y celebrar misa todos los días.

El 10 de febrero llegaba a Madrid, pero tan desmejorado, que los religiosos de su orden no le permitieron seguir a Barcelona. El 14 entraba en el quirófano del sanatorio del Rosario, donde durante tres horas soportó horribles torturas «*con heroísmo de santo y bienaventurado*», sin una queja, sin un movimiento de protesta. Le extirparon las tumoraciones de las dos fosas nasales, el vómer y el hueso etmoides, todo lo cual exigió la resección completa de la nariz. Luego le rasparon el velo del paladar, el cielo de la boca y otros tejidos cancerosos. Varios de estos cortes y raspamientos los soportó en estado de plena conciencia, porque «*la situación especial de su lesión*» aconsejó la suspensión de la anestesia. Las mismas muestras de fortaleza dio en una segunda operación a que fue sometido el día 29 de marzo, así como en las cauterizaciones, raspamientos

y amputaciones de los apéndices cárnicos que periódicamente se le reproducían en la boca.

Por desgracia estos tormentos no le devolvieron la salud y ni siquiera aliviaron sus dolores. Consciente de la proximidad de su fin, el 31 de mayo decide abandonar Madrid y viaja a Monteagudo (Navarra) para rendir su alma al Creador al lado de su amada Virgen del Camino: «*voy a morirme al lado de mi madre*». El 19 de agosto, tras ajustarse él mismo las ropas de la cama y con la mirada fija en el crucifijo, exhalaba su último suspiro. Poco antes había enviado un telegrama de agradecimiento al Santo Padre. Ningún broche más apropiado para cerrar una vida consagrada enteramente al servicio de Dios y de la Iglesia.

El halo de santidad que le había rodeado de vivo creció con su muerte. En 1910 la autoridad diocesana abrió en Pasto el proceso informativo sobre su vida y virtudes, que, tras más de sesenta años de estudio, habrían de conducir a su beatificación el 1 de noviembre de 1975 y a su canonización el 11 de octubre de 1992. Su cuerpo incorrupto se venera en la iglesia del convento de Monteagudo.

II. ASPECTOS DE SU ESPIRITUALIDAD Y APOSTOLADO

La silueta humana y espiritual de san Ezequiel es clara y límpida, de contornos netos y perfectamente delineados. Su trayectoria biográfica es rectilínea, sin altibajos, sin rodeos, sin accidentes de relieve. Se mueve de continente a continente, cambia a menudo de ocupación, varían otras mil circunstancias, pero su espíritu permanece siempre fiel a las mismas pautas. En todo lugar y en todo momento se siente y actúa como religioso consagrado al servicio de Dios y sacerdote «*sacado de entre los hombres*» y ordenado para trabajar en favor de los hombres «*en las cosas que se refieren a Dios*» (Heb 5,1). Dios y las almas constituyen siempre su horizonte vital, lo mismo cuando trabaja en las parroquias de Filipinas o en las misiones de Casanare, que cuando la obediencia le encomienda la administración de una hacienda agrícola, la dirección de un noviciado o el gobierno de una diócesis.

Aparentemente, su vida espiritual fue uniforme y quizá hasta rutinaria y monótona, en cuanto que no se aparta jamás de los dictados de la ascética tradicional. Sin embargo, fue sumamente dinámica, en perpetuo movimiento, abierta de par en par a las mociones de la gracia, que la fue purificando y transformando hasta conformarla totalmente con Cristo. Los moldes son siempre los mismos: la oración prolongada, la búsqueda incesante de la voluntad de Dios, la devoción cordial e intensísima a la Eucaristía, al Sagrado Corazón y a la Virgen, la abnegación, la penitencia corporal, el amor a las

almas, pero su contenido se va enriqueciendo día tras día. A partir del año 1899, la devoción a los dolores internos del Sagrado Corazón confirió a su vida un tinte más penitente y abnegado. Durante toda su vida dedicó largos ratos a la oración tanto mental como vocal, se esforzó por someter su voluntad a la del superior y maceró su cuerpo con ayunos y disciplinas abundantes. Ésos son los rasgos más visibles de su fisonomía espiritual. El espacio disponible sólo nos permite tratar aquí de dos de ellos: el servicio a los enfermos y el celo misionero.

Al servicio de los enfermos

El paisaje biográfico de san Ezequiel está poblado de enfermos. A menudo le tocó vivir a su lado y siempre los llevó en su corazón. De niño renuncia a las vaquillas para no dejar solo a un compañero enfermo. En su última enfermedad, cuando las fuerzas apenas lo sostenían en pie, encuentra ánimos para confortar a los enfermos hospitalizados en la sala de pobres del sanatorio en que acaba de operarse. Entre ambas escenas corre toda una vida dedicada al servicio de la humanidad doliente. Tanto en Filipinas como en Colombia acude a sus llamadas a cualquier hora del día o de la noche, sin oponer nunca el más mínimo reparo ni soltar la carga sobre hombros ajenos.

« ¡Puerta de La Candelaria!, ¿qué noche no has sido golpeada, y bien a deshora, por quien venía en busca del padre Moreno para asistir a un moribundo? ¿Cuántas noches habrá pasado tranquilo en su pobre lecho sin ser despertado, una o más veces, a las doce, a las dos de la mañana, para ir a esos barrios del Derrumbe, de Belén y de Egipto, ordinariamente llenos de lodo y de charcos para asistir a un enfermo? »

En estas palabras condensa Nicolás Casas, su sucesor en el provincialato y en el vicariato de Casanare, el servicio del padre Ezequiel a los enfermos. Trepida en ellas una mezcla de admiración, circunspección y reserva. Como si Casas hubiera querido subrayar este aspecto de su fisonomía espiritual y, por miedo a traspasar el umbral o a desvelar secretos e intimidades, se hubiera contentado con guiar hasta él al lector y excitar allí su imaginación.

Los testimonios son abundantes y concordes. El notario Augusto García, que trató al santo con cierta familiaridad desde el año 1890, declaró que «*era muy solícito en ir a confesar a los enfermos a cualquier hora del día o de la noche*». El senador Enrique de Narváez añade que se sentía feliz cuando lo llamaban a la cabecera de un enfermo. Sor Susana González observa que «*estaba siempre tan dispuesto a ir a confesarlos que, a pesar de sus múltiples ocupaciones, parecía que no tenía otra cosa que hacer*». En términos semejantes se expresan el cirujano Aurelio

Sicard, que convivió con él varios años en Bogotá, Támara y Pasto, monseñor Santos Ballesteros, sor María Luisa Ferreira, el padre Julián Moreno y otros.

Siempre está dispuesto a correr a confesarlos, a aliviar sus dolores, a socorrerlos en sus necesidades materiales. Pero su solicitud resplandece de modo especial en sus frecuentes e interminables viajes, en los que nunca se olvida de preguntar por los enfermos de los lugares por donde pasa ni de llevarles una palabra de consuelo, y en las epidemias, que jalonan gran parte de su vida.

En 1882, siendo administrador de la hacienda de Imus (Filipinas), se desvió por que a ninguno de los centenares de enfermos de cólera de los barrios de Salinas y Mambog les faltara el consuelo de la religión en los últimos momentos de su vida. Del mismo modo había actuado meses antes en el barrio manileño de Santa Cruz. En 1910 uno de sus coadjutores filipinos recordaba emocionado su heroica atención a los coléricos del barrio, a pesar de la anemia y fiebre que minaban su organismo. En Casanare hubo de hacer las cuentas con la desnutrición, el paludismo y otras dolencias tropicales.

Ezequiel se preocupaba ante todo de las alma de los enfermos. Si lograba purificarlas con el sacramento de la penitencia, exultaba de gozo y glorificaba al Señor. Si tropezaba con alguna resistencia, sufría, se disciplinaba, alargaba la oración y tornaba a insistir. Pero también tenía ojos para otras exigencias más terrenales. Sabía que los enfermos tienen necesidad de compañía, de comprensión, de calor humano, de aliento ..., y se esforzaba por satisfacerla. Participaba cordialmente en su dolor y a menudo acertaba a amortiguarlo y aun a devolver el ánimo y la alegría de vivir tanto a los enfermos como a sus familiares.

Cecilia Molano, una salesiana de Bogotá, refiere que en cierta ocasión tranquilizó a su padre, desesperado por la muerte de un hijo de once años. En otra mitigó los sufrimientos de su madre, «*víctima de un inmenso dolor*». En Pasto acudía todas las semanas a confesar a una religiosa betlemita, anciana y ciega. Después de confesarla, llamaba a otras religiosas y entre todas procuraban entretenerla un rato con conversaciones agradables. En Monteagudo solía bajar a entretener largos ratos a un joven mentalmente trastornado, que sólo con él se sentía sereno. Del mismo modo se comportó en Casanare y Bogotá con parientes de Caro, Narváez y otros funcionarios muertos, hechos prisioneros o caídos en desgracia. Para los frailes atacados por la viruela o el cólera consigue la mejor vacuna disponible, se preocupa de que nunca les falte compañía y él mismo interrumpe el reposo nocturno para velar el de sus hijos enfermos.

FUNDACIÓN SAN EZEQUIEL MORENO

En mayo de 1976, con el fin de perpetuar el servicio del santo a los enfermos, el padre Sebastián López de Murga dio vida en Bogotá a la *Fundación san Ezequiel Moreno*, «dedicada a visitar a los enfermos graves, donde ellos se encuentren, especialmente a los de cáncer y a los más pobres, con el fin de llevarles consuelo, amistad y calor cristiano [...]. Cuando el enfermo es muy pobre, la Fundación le ayuda con una suma mensual en efectivo». En 40 años de actividad siempre creciente, la Fundación ha realizado más de un millón de visitas, ha repartido entre los enfermos miles de millones de pesos y les ha facilitado medicamentos, ropa, instrumentos de trabajo, sillas de ruedas y otros aparatos ortopédicos difíciles de conseguir en un país con una seguridad social muy deficiente. Los enfermos atendidos en la hora de la muerte también se cuentan por miles. Actualmente, la Fundación cuenta con oficinas en 33 ciudades de Colombia y atiende a unos 3.000 enfermos, entre los que reparte todos los meses más de cien millones de pesos.

El 18 de enero de 1985 el mismo padre López de Murga fundó la congregación de Agustinas Recoletas de los Enfermos con el fin de atender a los que sufren y animar, formar y acompañar al voluntariado de la Fundación. Actualmente son nueve religiosas con dos casas en Bogotá y una en Bucaramanga.

Misionero en Filipinas y Colombia

San Ezequiel fue misionero por vocación personal y por pertenencia a una comunidad de antigua raigambre misionera. De niño sueña con llevar el evangelio a los indios de Filipinas y rechaza con decisión una beca del obispo de Tarazona, que, prendado de su voz, quería llevárselo a su seminario. El mismo día de su profesión se obliga con juramento a trabajar de por vida en las misiones de Filipinas. Sus primeros desvelos sacerdotales los dedica a evangelizar a los indígenas de Palawan y una de sus últimas satisfacciones en esta tierra fue el encuentro en Pasto, cuando ya su cuerpo estaba minado por el cáncer, con el primer prefecto apostólico del Caquetá, una prefectura que él había promovido con empeño y clarividencia.

Fundador de Puerto Princesa

El 16 de febrero de 1872, con el sacerdocio recién estrenado, recibe el nombramiento de misionero y capellán castrense de Puerto Princesa, una colonia agrícola de tipo militar, que el gobierno trataba de fundar para colonizar el sur de la isla de Palawan y salir al paso de las apetencias que su situación estratégica suscitaba en las cancillerías europeas.

La construcción de la capilla y casa cural y la atención a la variopinta población de la colonia, compuesta en gran parte de presidiarios y víctima de la malaria y otras enfermedades tropicales, absorben gran parte de su tiempo. Pero él se sentía misionero y no tarda en volver la mirada a los numerosos infieles de los alrededores. Primeramente, se adentra por el *hinterland* de la bahía, visita las rancherías situadas en la ribera de los ríos y entra en contacto con unos 400 tagbanuas, una tribu de negritos muy primitivos, e inmediatamente intenta catequizarlos y reducirlos a poblado. Los negritos son lentos a la hora de cumplir sus promesas, pero él no cesa y continúa animándolos a concentrarse en un poblado. El 14 de octubre, en una de sus visitas, constata con gozo que algo comienza a moverse: «*donde antes vi una sola casa, ya encontré ocho con ocho familias, más cuatro que estaban para llegar de un momento a otro y algunas otras que tengo por cierto que también se juntarán*». Poco después le llega noticia de la existencia de otras rancherías de infieles en las márgenes de dos ríos algo más lejanos, y enseguida corre a visitarlas.

Insensiblemente, las necesidades espirituales y materiales de estos indígenas pasan a ocupar el centro de su actividad sacerdotal. Los visita repetidas veces, comparte su modo de vivir y los anima a agruparse en un poblado. Se informa sobre las interrelaciones de los diversos grupos, sobre sus costumbres religiosas, su forma de gobierno, la calidad de sus campos; pregunta a los viajeros sobre la marcha de las reducciones, acaricia planes y proyectos, y los eleva a las autoridades civiles y eclesiásticas. A su superior religioso lo apremia a que envíe inmediatamente algún misionero. Tendrá que sufrir la soledad, la insalubridad de la tierra, la escasez de alimentos y en algún sitio estará expuesto a las incursiones de los moros. Pero no hay que reparar demasiado en esas dificultades. No son más que gajes del oficio, «*trabajos anejos al asunto*». Él se ofrece gustoso a abrir el camino, si bien reconoce que cualquier otro podrá «*hacerlo tan bien o mejor que yo*».

Por desgracia, a finales de noviembre de 1872, durante una noche pasada a la intemperie en una playa, el paludismo hizo presa en su cuerpo y le obligó a retirarse a Manila. Pero su paso por Palawan no había sido inútil. El aguijón de las misiones se le había clavado en el corazón y ya nunca podría liberarse de él. Por otra parte, sus cartas e informes atrajeron la atención de las autoridades

sobre las necesidades de la isla y prepararon el camino a su evangelización sistemática, que comenzaría en 1886 con la llegada de un grupo relativamente numeroso de jóvenes misioneros recoletos.

Al año siguiente fue destinado a Mindoro como vicario provincial y párroco de Calapán, cabecera de la isla. También allí tuvo ocasión de desplegar su celo misionero. La vastísima jurisdicción de Calapán estaba salpicada de aldehuelas y rancherías, en las que fieles e infieles convivían pacíficamente. Ezequiel atiende a todos con la misma solicitud, internándose por montes, ríos y esteros, sin parar mientes en el calor, las distancias o las enfermedades.

Como vicario provincial apoyó la creación de cinco nuevos centros misionales. Todos los cree necesarios, porque las enormes distancias y la inexistencia de caminos entorpecían gravemente la acción de los pocos sacerdotes de la isla. Pero insiste, sobre todo, en la atención que esas misiones podrían prestar a su todavía copiosa población infiel. Por eso aboga calurosamente por el establecimiento de una misión entre los infieles de Santa Cruz: *«Se someten con obligaciones ventajosísimas a la religión y al Estado; son nuevos súbditos que quieren obedecer a la autoridad que antes no obedecían ni siquiera conocían; es gente que busca y pide nuestra religión y nuestras costumbres, y es razonable, es justo que los acojamos»*.

El misionero deberá tratarlos con la máxima delicadeza, armarse de paciencia y estar dispuesto a afrontar toda clase de privaciones y sacrificios, *«a vivir con el manguián y a sufrir cuando ellos sufran y gozar cuando ellos gocen. Con su carácter dulce y de paciencia dulcificará el de ellos; los acostumbrará a su trato paternal y tranquilo y al social y laborioso, haciendo de modo que se agrupen en poblaciones que serán regidas en un principio del modo más conducente al fin que nos proponemos»*. La misión se cobrará *«acaso la vida de algunos misioneros. Las condiciones poco saludables de todo terreno inculto y virgen, las fatigas en las excursiones, y otros trabajos nos robarán esas vidas que tanto valen. Pero ¿qué importa? Siempre ha sucedido lo mismo; que eso no se tenga en cuenta como contrariedad a esa grande obra, porque aún hay fe, hay todavía heroísmo, aún hay apóstoles e imitadores del Crucificado, aún hay hombres que anhelan dar la vida en provecho de sus hermanos y morir con la muerte de los mártires»* (1876).

Restaurador de las misiones de Casanare

En Colombia vuelve a avivarse el rescoldo misionero que anidaba en su alma. En perfecta consonancia con los planes del delegado apostólico y del gobierno de la nación emprende inmediatamente una correría por los Llanos de Casanare. De diciembre de 1890 a abril de 1891 recorre aquellas inmensas planicies administrando sacramentos, regulando matrimonios, visitando enfer-

mos y, sobre todo, tomando apuntes sobre la situación de sus habitantes. En todo momento su preocupación dominante es la suerte de los infieles. La presencia de sálivas y guahibos en las inmediaciones de Orocué le mueve a dejar allí a sus tres compañeros.

Esta correría, que tan bien supo contar a los lectores de la prensa bogotana, marca un hito notable en la historia moderna de las misiones colombianas, porque divulgó las necesidades de sus habitantes y preparó el terreno al primer vicariato apostólico de la nación. Al revés que otros exploradores religiosos de la época, el padre Ezequiel, consciente de que *«una sola alma vale más que la vida del hombre»*, no se asustó ante la soledad de los misioneros, la insalubridad del terreno o la escasez de recursos y dejó en Casanare a tres religiosos con el encargo de atender a los indígenas de las riberas del Meta y de estudiar su lengua, que por el momento es lo que más le interesa. Con sumo gusto se habría quedado él mismo con ellos. Pero no pudo dar oído a sus deseos, porque las obligaciones de su cargo reclamaban su presencia en Bogotá.

En Bogotá vive pendiente de Casanare. Procura paliar el aislamiento de sus misioneros con cartas frecuentes, transidas de solicitud paternal. Los pone en guardia contra la tentación del desaliento y los halagos de una vida más cómoda, pero, a la vez, quiere que anden juntos, que no cometan excesos que puedan dañar su salud, que se muevan con libertad. Les manda socorros materiales, les suscribe a un periódico de Bogotá *«para que estén al corriente de las cosas de aquí»*, y, apenas le fue posible, les envía otros tres compañeros. Otras veces responde a sus consultas y les resuelve casos de orden moral y práctico. Les indica el modo de conducirse en un determinado caso moral o el emplazamiento más conveniente de un nuevo centro misional. Los anima a moverse con libertad de espíritu y a no escrupulizar demasiado en la cuestión de los impedimentos matrimoniales. Quiere que se dediquen al estudio de las lenguas de los indígenas: *«Aprender su idioma es lo que por ahora interesa y lo único que casi se puede hacer [...]. Lo que ahora aprendan fácilmente lo podrán aprender los que después vayan»*.

Simultáneamente, promueve en Bogotá la creación de un vicariato apostólico, a pesar de darse perfecta cuenta de que con ello se está acercando una cruz de la que desea huir con toda su alma. El 17 de julio de 1893 Roma erigía el vicariato apostólico de Casanare y el 25 de noviembre del mismo año le encomendaba su administración.

Ezequiel llegó a Casanare con *«la firme persuasión de permanecer en aquella región hasta su muerte»*. Le halagaba la idea de pasar a la *«eternidad desde las playas de sus ríos o la espesura de sus bosques»*. Pero la Providencia tenía otros planes y apenas le permitió permanecer en él unos pocos meses. El 30 de junio de 1894 hizo su

entrada en la sede del vicariato y el 8 de febrero de 1896 se despedía en Nunchía del último de sus misioneros.

En tan breve tiempo recorrió todo el territorio, estructuró su administración en torno a cuatro centros, en los que colocó a sus dieciséis misioneros, estableció una comunidad de religiosas en Támara y preparó la instalación de otras en Orocué y Arauca, así como sendos orfanatos para hijos de guahibos y sálivas, promovió la creación de escuelas rurales, se esforzó por moralizar la vida pública y, sobre todo, se empeñó en que la Palabra de Dios volviera a resonar con fuerza y regularidad en toda la región.

Las ideas y sentimientos que embargan su alma al hacerse cargo de Casanare las expuso con toda claridad y precisión en su primera carta pastoral, firmada en Bogotá el mismo día de su ordenación episcopal, y, de modo más disperso, en su correspondencia con seglares y religiosos. En ambas insiste en la sublimidad de la vocación misionera, en su naturaleza religiosa y en la necesidad de que los fieles participen en ella por medio de la oración y la limosna.

Promotor de las prefecturas apostólicas del Caquetá y Tumaco

También de obispo de Pasto tuvo ocasión de mostrar su amor a las misiones. El abandono de vastas zonas de su inmensa diócesis hirió su corazón de apóstol apenas puso pie en ella. Ya en su primera carta pastoral cierne su mirada sobre la región del Caquetá, en donde vivían unos 50.000 infieles y unos 7.000 cristianos perdidos en más de 100.000 Km.² de selva, y prorrumpe en exclamaciones de dolor y compasión. «*¡Dilatadas regiones del Caquetá! ¡Desgraciados infieles que las recorréis y habitáis en ellas! ¡Presentes estáis en mi memoria y no os olvidaré!*».

Estas exclamaciones no se redujeron a simples desahogos líricos o a vanas promesas. Inmediatamente entra en contacto con los capuchinos, que, si bien no aceptan por el momento hacerse cargo de un vicariato formal, le prometen el envío de algunos religiosos a Mocoa, desde donde, además de atender a sus habitantes, podrán recorrer las riberas de los ríos. El santo sigue sus trabajos con sumo interés. Se mantiene en constante comunicación con ellos, carga con todos sus gastos y sale en su defensa siempre que comerciantes poco escrupulosos tratan de mancillar su nombre.

Ezequiel estaba contento de su labor, pero seguía creyendo en la conveniencia de erigir un vicariato. Nadie mejor que un vicario con carácter episcopal podría atender a aquellas almas. En 1898 aprovecha la visita *ad limina* para

solicitarlo oficialmente. En 1902 envía a sus principales poblados maestras de su plena confianza y a finales de 1903 vuelve a ocuparse del Caquetá en sus conversaciones con el delegado apostólico en Bogotá. Para estas fechas los capuchinos ya se habían alineado con sus posiciones y, al igual que el gobierno de la república, presionaban por la pronta erección del vicariato.

Por fin, el 20 de diciembre de 1904 la Santa Sede acogía tan repetidas instancias, erigía la prefectura apostólica del Caquetá y la encomendaba a los capuchinos. Su primer prefecto, el catalán Fidel de Montclar, llegó a Pasto en octubre de 1905, cuando el cáncer ya había hecho estragos en el organismo del santo obispo. En 1930 esta prefectura dará origen a los vicariatos apostólicos de Sibundoy y Florencia; y en 1952, a la prefectura de Leticia.

La costa de Tumaco, con sus pueblos solitarios e insalubres, también atrajo pronto su atención. Pero aquí fue menos afortunado. En sus visitas a los pueblos de la costa se percató de que el clero secular no se hallaba en condiciones de atenderlos debidamente y de que la solución había que buscarla en otras direcciones. En 1897 cree encontrarla en alguna de las comunidades expulsadas de Ecuador y entra en contacto con agustinos, mercedarios y dominicos. El provincial de los dominicos pareció interesado en el proyecto, pero, al fin, sólo pudo mandar a un padre que, desde mediados de julio de 1897 hasta mediados de 1899, atendió las parroquias de Tumaco y Guapi. En 1898 aprovecha su viaje a Europa para buscar sacerdotes dispuestos a encargarse de su administración:

«Además de estos fines propios de la visita ad limina, nos ocuparemos [...] de otro importante asunto, que será buscar sacerdotes de alguna comunidad o congregación religiosa que vengan a administrar los pueblos de esta diócesis que comúnmente llamamos de la costa. Estos pueblos se hallan siempre, o casi siempre, mal administrados por falta de sacerdotes que se hallen en condiciones de poder vivir en aquellos territorios, poco o nada sanos, por una parte, y, por otra, solitarios y faltos de recursos. Una comunidad cuenta con más medios para poder atender a tantas almas como se hallan extendidas por ese extenso territorio, sin que sus individuos se lleguen a encontrar tan faltos de recursos espirituales y corporales como los sacerdotes particulares que se pudieren mandar» (1898).

Llamó repetidas veces a las puertas de los capuchinos, agustinos recoletos y aun a la de sacerdotes diocesanos catalanes, pero sus gritos no encontraron el eco deseado y hubo de contentarse con simples remiendos. Ninguno de sus planes llegó a cristalizar. Pero no por eso fueron inútiles. Antes bien, hay que ver en ellos el primer germen de la prefectura apostólica, que, tras no pocas dilaciones, fue erigida por la Santa Sede el día 1 de mayo de 1927.

BIBLIOGRAFÍA: SAN EZEQUIEL MORENO, *Obras completas*, Madrid, Editorial Avgvstinvs, 2006 (publicados cuatro de los siete vols. previstos); *Cartas pastorales, circulares y otros escritos del ilmo Ezequiel Moreno*, ed. de T. MINGUELLA, Madrid 1908; T. MINGUELLA, *Biografía del Ilmo. fr. Ezequiel Moreno*, Barcelona 1909; A. MARTÍNEZ CUESTA, *Beato Ezequiel Moreno. El camino del deber*, Roma 1975; Idem, *San Ezequiel Moreno, fraile, obispo y misionero*, Madrid 1992; Carlos Valderrama Andrade, *Un capítulo de las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Miguel Antonio Caro y Ezequiel Moreno*, Bogotá 1986; AA.VV, *El santo de Alfaro. Simposio sobre san Ezequiel Moreno*, Madrid, Editorial Avgvstinvs, 1994; AA.VV, *San Ezequiel y su circunstancia*, Madrid, Editorial Avgvstinvs, 2008.

APÉNDICE

**SESIÓN INAUGURAL DE LOS TRABAJOS
DE LA V CONFERENCIA GENERAL
DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE**

DISCURSO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Salón de Conferencias, Santuario de Aparecida
Domingo 13 de mayo de 2007

*Queridos hermanos en el episcopado,
amados sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos.
Queridos observadores de otras confesiones religiosas:*

Es motivo de gran alegría estar hoy aquí con vosotros para inaugurar la V Conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe, que se celebra junto al santuario de Nuestra Señora Aparecida, Patrona del Brasil. Quiero que mis primeras palabras sean de acción de gracias y de alabanza a Dios por el gran don de la fe cristiana a las gentes de este continente.

Deseo agradecer igualmente las amables palabras del señor cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, arzobispo de Santiago de Chile y presidente del CELAM, pronunciadas en nombre también de los otros dos presidentes de esta Conferencia general y de los participantes en la misma.

1. La fe cristiana en América Latina

La fe en Dios ha animado la vida y la cultura de estos pueblos durante más de cinco siglos. Del encuentro de esa fe con las etnias originarias ha nacido la rica cultura cristiana de este continente expresada en el arte, la música, la literatura y, sobre todo, en las tradiciones religiosas y en la idiosincrasia de sus gentes, unidas por una misma historia y un mismo credo, y formando una gran sintonía en la diversidad de culturas y de lenguas. En la actualidad, esa misma fe ha de afrontar serios retos, pues están en juego el desarrollo armónico de la sociedad y la identidad católica de sus pueblos. A este respecto, la V Conferencia General va a reflexionar sobre esta situación para ayudar a los fieles cristianos a vivir su fe con alegría y coherencia, a tomar conciencia de ser

discípulos y misioneros de Cristo, enviados por él al mundo para anunciar y dar testimonio de nuestra fe y amor.

Pero, ¿qué ha significado la aceptación de la fe cristiana para los pueblos de América Latina y del Caribe? Para ellos ha significado conocer y acoger a Cristo, el Dios desconocido que sus antepasados, sin saberlo, buscaban en sus ricas tradiciones religiosas. Cristo era el Salvador que anhelaban silenciosamente. Ha significado también haber recibido, con las aguas del bautismo, la vida divina que los hizo hijos de Dios por adopción; haber recibido, además, el Espíritu Santo que ha venido a fecundar sus culturas, purificándolas y desarrollando los numerosos gérmenes y semillas que el Verbo encarnado había puesto en ellas, orientándolas así por los caminos del Evangelio. En efecto, el anuncio de Jesús y de su Evangelio no supuso, en ningún momento, una alienación de las culturas precolombinas, ni fue una imposición de una cultura extraña. Las auténticas culturas no están cerradas en sí mismas ni petrificadas en un determinado punto de la historia, sino que están abiertas, más aún, buscan el encuentro con otras culturas, esperan alcanzar la universalidad en el encuentro y el diálogo con otras formas de vida y con los elementos que puedan llevar a una nueva síntesis en la que se respete siempre la diversidad de las expresiones y de su realización cultural concreta.

En última instancia, sólo la verdad unifica y su prueba es el amor. Por eso Cristo, siendo realmente el Logos encarnado, "el amor hasta el extremo", no es ajeno a cultura alguna ni a ninguna persona; por el contrario, la respuesta anhelada en el corazón de las culturas es lo que les da su identidad última, uniendo a la humanidad y respetando a la vez la riqueza de las diversidades, abriendo a todos al crecimiento en la verdadera humanización, en el auténtico progreso. El Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura.

La utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería un progreso, sino un retroceso. En realidad sería una involución hacia un momento histórico anclado en el pasado.

La sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos:

- El amor a Cristo sufriente, el Dios de la compasión, del perdón y de la reconciliación; el Dios que nos ha amado hasta entregarse por nosotros;
- el amor al Señor presente en la Eucaristía, el Dios encarnado, muerto y resucitado para ser Pan de vida;
- el Dios cercano a los pobres y a los que sufren;

– la profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, de Aparecida o de las diversas advocaciones nacionales y locales. Cuando la Virgen de Guadalupe se apareció al indio san Juan Diego le dijo estas significativas palabras: «¿No estoy yo aquí que soy tu madre?, ¿no estás bajo mi sombra y resguardo?, ¿no soy yo la fuente de tu alegría?, ¿no estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?» (*Nican Mopohua*, nn. 118-119).

– Esta religiosidad se expresa también en la devoción a los santos con sus fiestas patronales, en el amor al Papa y a los demás pastores, en el amor a la Iglesia universal como gran familia de Dios que nunca puede ni debe dejar solos o en la miseria a sus propios hijos. Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar.

2. Continuidad con las otras Conferencias

Esta V Conferencia general se celebra en continuidad con las otras cuatro que la precedieron en Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo. Con el mismo espíritu que las animó, los pastores quieren dar ahora un nuevo impulso a la evangelización, a fin de que estos pueblos sigan creciendo y madurando en su fe, para ser luz del mundo y testigos de Jesucristo con la propia vida. Después de la IV Conferencia general, en Santo Domingo, muchas cosas han cambiado en la sociedad. La Iglesia, que participa de los gozos y esperanzas, de las penas y alegrías de sus hijos, quiere caminar a su lado en este período de tantos desafíos, para infundirles siempre esperanza y consuelo (cf. *Gaudium et spes*, 1).

En el mundo de hoy se da el fenómeno de la globalización como un entramado de relaciones a nivel planetario. Aunque en ciertos aspectos es un logro de la gran familia humana y una señal de su profunda aspiración a la unidad, sin embargo comporta también el riesgo de los grandes monopolios y de convertir el lucro en valor supremo. Como en todos los campos de la actividad humana, la globalización debe regirse también por la ética, poniendo todo al servicio de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios.

En América Latina y el Caribe, igual que en otras regiones, se ha evolucionado hacia la democracia, aunque haya motivos de preocupación ante formas de gobierno autoritarias o sujetas a ciertas ideologías que se creían superadas, y que no corresponden con la visión cristiana del hombre y de la sociedad, como nos enseña la doctrina social de la Iglesia. Por otra parte, la economía liberal de algunos países latinoamericanos ha de tener presente la equidad, pues siguen

aumentando los sectores sociales que se ven probados cada vez más por una enorme pobreza o incluso expoliados de los propios bienes naturales.

En las Comunidades eclesiales de América Latina es notable la madurez en la fe de muchos laicos y laicas activos y entregados al Señor, junto con la presencia de muchos abnegados catequistas, de tantos jóvenes, de nuevos movimientos eclesiales y de recientes Institutos de vida consagrada. Se demuestran fundamentales muchas obras católicas educativas, asistenciales y hospitalarias. Se percibe, sin embargo, un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones seudorreligiosas.

Todo ello configura una situación nueva que será analizada aquí, en Aparecida. Ante la nueva encrucijada, los fieles esperan de esta V Conferencia una renovación y revitalización de su fe en Cristo, nuestro único Maestro y Salvador, que nos ha revelado la experiencia única del amor infinito de Dios Padre a los hombres. De esta fuente podrán surgir nuevos caminos y proyectos pastorales creativos, que infundan una firme esperanza para vivir de manera responsable y gozosa la fe e irradiarla así en el propio ambiente.

3. Discípulos y misioneros

Esta Conferencia general tiene como tema: «*Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*» (Jn 14, 6).

La Iglesia tiene la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser *discípulos y misioneros* de Jesucristo. Esto conlleva seguirlo, vivir en intimidad con él, imitar su ejemplo y dar testimonio. Todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: «*Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará*» (Mc 16, 15). Pues ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida “en él” supone estar profundamente enraizados en él.

¿Qué nos da Cristo realmente? ¿Por qué queremos ser discípulos de Cristo? Porque esperamos encontrar en la comunión con él la vida, la verdadera vida digna de este nombre, y por esto queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en él. Pero, ¿es esto así? ¿Estamos realmente convencidos de que Cristo es el camino, la verdad y la vida?

Ante la prioridad de la fe en Cristo y de la vida “en él”, formulada en el título de esta V Conferencia, podría surgir también otra cuestión: Esta prioridad, ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo

religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?

Como primer paso podemos responder a esta pregunta con otra: ¿Qué es esta “realidad”? ¿Qué es lo real? ¿Son “realidad” sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas.

La primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. La verdad de esta tesis resulta evidente ante el fracaso de todos los sistemas que ponen a Dios entre paréntesis.

Pero surge inmediatamente otra pregunta: ¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo? No podemos entrar aquí en un complejo debate sobre esta cuestión fundamental. Para el cristiano el núcleo de la respuesta es simple: Sólo Dios conoce a Dios, sólo su Hijo que es Dios de Dios, Dios verdadero, lo conoce. Y él, «*que está en el seno del Padre, lo ha contado*» (Jn 1, 18). De aquí la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad. Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad.

Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. Cuando el discípulo llega a la comprensión de este amor de Cristo «*hasta el extremo*», no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: «*Te seguiré adondequiera que vayas*» (Lc 9, 57).

Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8, 9).

Pero antes de afrontar lo que comporta el realismo de la fe en el Dios hecho hombre, tenemos que profundizar en la pregunta: ¿Cómo conocer realmente a Cristo para poder seguirlo y vivir con él, para encontrar la vida

en él y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo? Ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la palabra de Dios. Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y del Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia general en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo de la palabra de Dios.

Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. *Jn* 6, 63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la palabra de Dios. Para ello, animo a los pastores a esforzarse en darla a conocer.

Un gran medio para introducir al pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la *catequesis*. En ella se transmite de forma sencilla y substancial el mensaje de Cristo. Convendrá por tanto intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños como de los jóvenes y adultos. La reflexión madura de la fe es luz para el camino de la vida y fuerza para ser testigos de Cristo. Para ello se dispone de instrumentos muy valiosos como son el *Catecismo de la Iglesia católica* y su versión más breve, el *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*.

En este campo no hay que limitarse sólo a las homilías, conferencias, cursos de Biblia o teología, sino que se ha de recurrir también a los medios de comunicación: prensa, radio y televisión, sitios de internet, foros y tantos otros sistemas para comunicar eficazmente el mensaje de Cristo a un gran número de personas.

En este esfuerzo por conocer el mensaje de Cristo y hacerlo guía de la propia vida, hay que recordar que la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana. «*Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios*» (*Deus caritas est*, 15). Por lo mismo, será también necesaria una catequesis social y una adecuada formación en la doctrina social de la Iglesia, siendo muy útil para ello el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*. La vida cristiana no se expresa solamente en las virtudes personales, sino también en las virtudes sociales y políticas.

El discípulo, fundamentado así en la roca de la palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la buena nueva de la salvación a sus hermanos. *Discipulado y misión* son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo él nos salva (cf. *Hcb* 4, 12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro.

4. «Para que en él tengan vida»

Los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, «pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura [...] a la cooperación en el bien común... hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin» (*Populorum progressio*, 21).

En este contexto me es grato recordar la encíclica *Populorum progressio*, cuyo 40º aniversario recordamos este año. Este documento pontificio pone en evidencia que el desarrollo auténtico ha de ser integral, es decir, orientado a la promoción de todo el hombre y de todos los hombres (cf. n. 14), e invita a todos a suprimir las graves desigualdades sociales y las enormes diferencias en el acceso a los bienes. Estos pueblos anhelan, sobre todo, la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural.

Para formar al discípulo y sostener al misionero en su gran tarea, la Iglesia les ofrece, además del Pan de la Palabra, el Pan de la Eucaristía. A este respecto nos inspira e ilumina la página del Evangelio sobre los discípulos de Emaús. Cuando éstos se sientan a la mesa y reciben de Jesucristo el pan bendecido y partido, se les abren los ojos, descubren el rostro del Resucitado, sienten en su corazón que es verdad todo lo que él ha dicho y hecho, y que ya ha iniciado la redención del mundo. Cada domingo y cada Eucaristía es un encuentro personal con Cristo. Al escuchar la palabra divina, el corazón arde porque es él quien la explica y proclama. Cuando en la Eucaristía se parte el pan, es a él a quien se recibe personalmente. La Eucaristía es el alimento indispensable para la vida del discípulo y misionero de Cristo.

La misa dominical, centro de la vida cristiana

De aquí la necesidad de dar prioridad, en los programas pastorales, a la valorización de la misa dominical. Hemos de motivar a los cristianos para que participen en ella activamente y, si es posible, mejor con la familia. La asistencia de los padres con sus hijos a la celebración eucarística dominical es una pedagogía eficaz para comunicar la fe y un estrecho vínculo que mantiene la unidad entre ellos. El domingo ha significado, a lo largo de la vida de la Iglesia, el momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado.

Es necesario que los cristianos experimenten que no siguen a un personaje de la historia pasada, sino a Cristo vivo, presente en el *hoy* y el *ahora* de sus vidas. Él es el Viviente que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, entrando en nuestras casas y permaneciendo en ellas, alimentándonos con el Pan que da la vida. Por eso la celebración dominical de la Eucaristía ha de ser el centro de la vida cristiana.

El encuentro con Cristo en la Eucaristía suscita el compromiso de la evangelización y el impulso a la solidaridad; despierta en el cristiano el fuerte deseo de anunciar el Evangelio y testimoniarlo en la sociedad para que sea más justa y humana. De la Eucaristía ha brotado a lo largo de los siglos un inmenso caudal de caridad, de participación en las dificultades de los demás, de amor y de justicia. ¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y el Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del amor!

Los problemas sociales y políticos

Llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿Cómo puede contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y de la miseria? Los problemas de América Latina y del Caribe, así como del mundo de hoy, son múltiples y complejos, y no se pueden afrontar con programas generales. Sin embargo, la cuestión fundamental sobre el modo como la Iglesia, iluminada por la fe en Cristo, deba reaccionar ante estos desafíos, nos concierne a todos. En este contexto es inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean injusticia. En realidad, las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad. Pero, ¿cómo nacen?, ¿cómo funcionan? Tanto el capitalismo como el marxismo prometieron encontrar el camino para la creación de estructuras justas y afirmaron que éstas, una vez establecidas, funcionarían por sí mismas; afirmaron que no sólo no habrían tenido necesidad de una precedente moralidad individual, sino que ellas fomentarían la moralidad común. Y esta promesa ideológica se ha demostrado que es falsa. Los hechos lo ponen de manifiesto. El sistema marxista, donde ha gobernado, no sólo ha dejado una triste herencia de destrucciones económicas y ecológicas, sino también una dolorosa opresión de las almas. Y lo mismo vemos también en Occidente, donde crece constantemente la distancia entre pobres y ricos y se produce una inquietante degradación de la dignidad personal con la droga, el alcohol y los sutiles espejismos de felicidad.

Las estructuras justas son, como he dicho, una condición indispensable para una sociedad justa, pero no nacen ni funcionan sin un consenso moral de

la sociedad sobre los valores fundamentales y sobre la necesidad de vivir estos valores con las necesarias renunciaciones, incluso contra el interés personal.

Donde Dios está ausente —el Dios del rostro humano de Jesucristo— estos valores no se muestran con toda su fuerza, ni se produce un consenso sobre ellos. No quiero decir que los no creyentes no puedan vivir una moralidad elevada y ejemplar; digo solamente que una sociedad en la que Dios está ausente no encuentra el consenso necesario sobre los valores morales y la fuerza para vivir según la pauta de estos valores, aun contra los propios intereses.

Por otro lado, las estructuras justas han de buscarse y elaborarse a la luz de los valores fundamentales, con todo el empeño de la razón política, económica y social. Son una cuestión de la *recta ratio* y no provienen de ideologías ni de sus promesas. Ciertamente existe un tesoro de experiencias políticas y de conocimientos sobre los problemas sociales y económicos, que evidencian elementos fundamentales de un Estado justo y los caminos que se han de evitar. Pero en situaciones culturales y políticas diversas, y en el cambio progresivo de las tecnologías y de la realidad histórica mundial, se han de buscar de manera racional las respuestas adecuadas y debe crearse —con los compromisos indispensables— el consenso sobre las estructuras que se han de establecer.

Este trabajo político no es competencia inmediata de la Iglesia. El respeto de una sana laicidad —incluso con la pluralidad de las posiciones políticas— es esencial en la tradición cristiana. Si la Iglesia comenzara a transformarse directamente en sujeto político, no haría más por los pobres y por la justicia, sino que haría menos, porque perdería su independencia y su autoridad moral, identificándose con una única vía política y con posiciones parciales opinables. La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido. Sólo siendo independiente puede enseñar los grandes criterios y los valores inderogables, orientar las conciencias y ofrecer una opción de vida que va más allá del ámbito político. Formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector. Y los laicos católicos deben ser conscientes de su responsabilidad en la vida pública; deben estar presentes en la formación de los consensos necesarios y en la oposición contra las injusticias.

Las estructuras justas jamás serán completas de modo definitivo; por la constante evolución de la historia, han de ser siempre renovadas y actualizadas; han de estar animadas siempre por un *ethos* político y humano, por cuya presencia y eficiencia se ha de trabajar siempre. Con otras palabras, la presencia de Dios, la amistad con el Hijo de Dios encarnado, la luz de su Palabra, son siempre condiciones fundamentales para la presencia y eficiencia de la justicia y del amor en nuestras sociedades.

Por tratarse de un continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas. Los movimientos eclesiales tienen aquí un amplio campo para recordar a los laicos su responsabilidad y su misión de llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política.

5. Otros campos prioritarios

Para llevar a cabo la renovación de la Iglesia a vosotros confiada en estas tierras, quisiera fijar la atención con vosotros sobre algunos campos que considero prioritarios en esta nueva etapa.

La familia

La familia, «patrimonio de la humanidad», constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos. Ella ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en el que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Sin embargo, en la actualidad sufre situaciones adversas provocadas por el secularismo y el relativismo ético, por los diversos flujos migratorios internos y externos, por la pobreza, por la inestabilidad social y por legislaciones civiles contrarias al matrimonio que, al favorecer los anticonceptivos y el aborto, amenazan el futuro de los pueblos.

En algunas familias de América Latina persiste aún por desgracia una mentalidad machista, ignorando la novedad del cristianismo que reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre.

La familia es insustituible para la serenidad personal y para la educación de los hijos. Las madres que quieren dedicarse plenamente a la educación de sus hijos y al servicio de la familia han de gozar de las condiciones necesarias para poderlo hacer, y para ello tienen derecho a contar con el apoyo del Estado. En efecto, el papel de la madre es fundamental para el futuro de la sociedad.

El padre, por su parte, tiene el deber de ser verdaderamente *padre*, que ejerce su indispensable responsabilidad y colaboración en la educación de sus hijos. Los hijos, para su crecimiento integral, tienen el derecho de poder contar con el padre y la madre, para que cuiden de ellos y los acompañen hacia la plenitud de su vida. Es necesaria, pues, una pastoral familiar intensa y vigorosa. Es indispensable también promover políticas familiares auténticas que respondan a los derechos de la familia como sujeto social imprescindible. La familia forma parte del bien de los pueblos y de la humanidad entera.

Los sacerdotes

Los primeros promotores del discipulado y de la misión son aquellos que han sido llamados “para estar con Jesús y ser enviados a predicar” (cf. *Mc* 3, 14), es decir, los sacerdotes. Ellos deben recibir, de manera preferencial, la atención y el cuidado paterno de sus obispos, pues son los primeros agentes de una auténtica renovación de la vida cristiana en el pueblo de Dios. A ellos les quiero dirigir una palabra de afecto paterno, deseando que el Señor sea el lote de su heredad y su copa (cf. *Sal* 16, 5). Si el sacerdote tiene a Dios como fundamento y centro de su vida, experimentará la alegría y la fecundidad de su vocación. El sacerdote debe ser ante todo un “hombre de Dios” (*1 Tm* 6, 11) que conoce a Dios directamente, que tiene una profunda amistad personal con Jesús, que comparte con los demás los mismos sentimientos de Cristo (cf. *Flp* 2, 5). Sólo así el sacerdote será capaz de llevar a los hombres a Dios, encarnado en Jesucristo, y de ser representante de su amor.

Para cumplir su elevada tarea, el sacerdote debe tener una sólida estructura espiritual y vivir toda su vida animado por la fe, la esperanza y la caridad. Debe ser, como Jesús, un hombre que busque, a través de la oración, el rostro y la voluntad de Dios, y que cuide también su preparación cultural e intelectual.

Queridos sacerdotes de este continente y todos los que habéis venido aquí como misioneros a trabajar, el Papa os acompaña en vuestra actividad pastoral y desea que estéis llenos de alegría y esperanza, y sobre todo reza por vosotros.

Religiosos, religiosas y consagrados

Quiero dirigirme también a los religiosos, a las religiosas y a los laicos consagrados. La sociedad latinoamericana y caribeña necesita vuestro testimonio: en un mundo que muchas veces busca ante todo el bienestar, la riqueza y el placer como objetivo de la vida, y que exalta la libertad prescindiendo de la verdad sobre el hombre creado por Dios, vosotros sois testigos de que hay una manera diferente de vivir con sentido; recordad a vuestros hermanos y hermanas que el reino de Dios ya ha llegado; que la justicia y la verdad son posibles si nos abrimos a la presencia amorosa de Dios nuestro Padre, de Cristo nuestro hermano y Señor, y del Espíritu Santo nuestro Consolador.

Con generosidad, e incluso con heroísmo, seguid trabajando para que en la sociedad reine el amor, la justicia, la bondad, el servicio y la solidaridad, según el carisma de vuestros fundadores. Abrazad con profunda alegría vuestra consagración, que es medio de santificación para vosotros y de redención para vuestros hermanos.

La Iglesia de América Latina os da las gracias por el gran trabajo que habéis realizado a lo largo de los siglos por el Evangelio de Cristo en favor de vuestros

hermanos, sobre todo de los más pobres y marginados. Os invito a todos a colaborar siempre con los obispos, trabajando unidos a ellos, que son los responsables de la pastoral. Os exhorto también a la obediencia sincera a la autoridad de la Iglesia. Tened como único objetivo la santidad, de acuerdo con las enseñanzas de vuestros fundadores.

Los laicos

En estos momentos en que la Iglesia de este continente se entrega plenamente a su vocación misionera, recuerdo a los laicos que también ellos son Iglesia, asamblea convocada por Cristo para llevar su testimonio al mundo entero. Todos los bautizados deben tomar conciencia de que han sido configurados con Cristo sacerdote, profeta y pastor, por el sacerdocio común del pueblo de Dios. Deben sentirse corresponsables en la edificación de la sociedad según los criterios del Evangelio, con entusiasmo y audacia, en comunión con sus pastores.

Muchos de vosotros pertenecéis a *movimientos eclesiales*, en los que podemos ver signos de la multiforme presencia y acción santificadora del Espíritu Santo en la Iglesia y en la sociedad actual. Estáis llamados a llevar al mundo el testimonio de Jesucristo y a ser fermento del amor de Dios en la sociedad.

Los jóvenes y la pastoral vocacional

En América Latina, la mayoría de la población está formada por jóvenes. A este respecto, debemos recordarles que su vocación consiste en ser amigos de Cristo, sus discípulos, centinelas de la mañana, como solía decir mi predecesor Juan Pablo II. Los jóvenes no tienen miedo del sacrificio, sino de una vida sin sentido. Son sensibles a la llamada de Cristo que les invita a seguirle. Pueden responder a esa llamada como sacerdotes, como consagrados y consagradas, o como padres y madres de familia, dedicados totalmente a servir a sus hermanos con todo su tiempo y capacidad de entrega, con su vida entera. Los jóvenes afrontan la vida como un descubrimiento continuo, sin dejarse llevar por las modas o las mentalidades en boga, sino procediendo con una profunda curiosidad sobre el sentido de la vida y sobre el misterio de Dios, Padre creador, y de Dios Hijo, nuestro redentor dentro de la familia humana. Deben comprometerse también en una continua renovación del mundo a la luz de Dios. Más aún, deben oponerse a los fáciles espejismos de la felicidad inmediata y de los paraísos engañosos de la droga, del placer, del alcohol, así como a todo tipo de violencia.

6. « Quédate con nosotros »

Los trabajos de esta V Conferencia general nos llevan a hacer nuestra la súplica de los discípulos de Emaús: « *Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado* » (Lc 24, 29).

Quédate con nosotros, Señor, acompáñanos aunque no siempre hayamos sabido reconocerte. Quédate con nosotros, porque en torno a nosotros se van haciendo más densas las sombras, y tú eres la Luz; en nuestros corazones se insinúa la desesperanza, y tú los haces arder con la certeza de la Pascua. Estamos cansados del camino, pero tú nos confortas en la fracción del pan para anunciar a nuestros hermanos que en verdad tú has resucitado y que nos has dado la misión de ser testigos de tu resurrección.

Quédate con nosotros, Señor, cuando en torno a nuestra fe católica surgen las nieblas de la duda, del cansancio o de la dificultad: tú, que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Palabra; ayúdanos a sentir la belleza de creer en ti.

Quédate en nuestras familias, ilumínalas en sus dudas, sostenlas en sus dificultades, consuélalas en sus sufrimientos y en la fatiga de cada día, cuando en torno a ellas se acumulan sombras que amenazan su unidad y su naturaleza. Tú que eres la Vida, quédate en nuestros hogares, para que sigan siendo nidos donde nazca la vida humana abundante y generosamente, donde se acoja, se ame, se respete la vida desde su concepción hasta su término natural.

Quédate, Señor, con aquellos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad. Quédate, Señor, con nuestros niños y con nuestros jóvenes, que son la esperanza y la riqueza de nuestro continente, protégelos de tantas insidias que atentan contra su inocencia y contra sus legítimas esperanzas. ¡Oh buen Pastor, quédate con nuestros ancianos y con nuestros enfermos! ¡Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros!

Conclusión

Al concluir mi permanencia entre vosotros, deseo invocar la protección de la Madre de Dios y Madre de la Iglesia sobre vuestras personas y sobre toda América Latina y el Caribe. Imploro de modo especial a Nuestra Señora —bajo la advocación de Guadalupe, Patrona de América, y de Aparecida, Patrona de Brasil— que os acompañe en vuestra hermosa y exigente labor pastoral. A ella confío el pueblo de Dios en esta etapa del tercer milenio

cristiano. A ella le pido también que guíe los trabajos y reflexiones de esta Conferencia general, y que bendiga con abundantes dones a los queridos pueblos de este continente.

Antes de regresar a Roma, quiero dejar a la V Conferencia general del Episcopado de Latinoamérica y el Caribe un recuerdo que la acompañe y la inspire. Se trata de este hermoso tríptico que proviene del arte cuzqueño del Perú. En él se representa al Señor poco antes de ascender a los cielos, dando a quienes lo seguían la misión de hacer discípulos a todos los pueblos. Las imágenes evocan la estrecha relación de Jesucristo con sus discípulos y misioneros para la vida del mundo. El último cuadro representa a san Juan Diego evangelizando con la imagen de la Virgen María en su tilma y con la Biblia en la mano. La historia de la Iglesia nos enseña que la verdad del Evangelio, cuando se asume su belleza con nuestros ojos y es acogida con fe por la inteligencia y el corazón, nos ayuda a contemplar las dimensiones de misterio que provocan nuestro asombro y nuestra adhesión.

Me despido muy cordialmente de todos vosotros con esta firme esperanza en el Señor. ¡Muchísimas gracias!

**DISCURSO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A LOS CARDENALES, ARZOBISPOS,
OBISPOS Y PRELADOS SUPERIORES
DE LA CURIA ROMANA**

Sala Clementina
Viernes 21 de diciembre de 2007

*Señores cardenales;
venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado;
queridos hermanos y hermanas:*

Como primer acontecimiento destacado de este período, que ha pasado tan velozmente, quiero mencionar el *viaje a Brasil*. Su finalidad fue el encuentro con la V Conferencia general del Episcopado de América Latina y del Caribe, y, por consiguiente, más en general, un encuentro con la Iglesia del vasto continente latinoamericano.

Antes de referirme a la Conferencia de Aparecida, quiero hablar de algunos momentos culminantes de ese viaje. Ante todo, conservo grabada en mi memoria la *solemne velada con los jóvenes en el estadio de São Paulo*. En ella, a pesar de las temperaturas rígidas, nos encontramos todos unidos por una gran alegría interior, por una experiencia viva de comunión y por la clara voluntad de ser, en el Espíritu de Jesucristo, servidores de reconciliación, amigos de los pobres y de los que sufren, y mensajeros de aquel bien cuyo esplendor hemos encontrado en el Evangelio.

Existen manifestaciones de multitudes que sólo tienen como efecto una auto-afirmación; en ellas los jóvenes se dejan llevar de la embriaguez del ritmo y de los sonidos, acabando por encontrar alegría sólo por sí mismos. En cambio, en nuestro encuentro abrimos realmente nuestras almas. La profunda comunión que se estableció espontáneamente esa tarde entre nosotros, al estar los unos *con* los otros, implicó estar los unos *para* los otros. No fue una fuga de la vida diaria, sino que se transformó en la fuerza para aceptar la vida de un modo nuevo. Por eso, de corazón quiero dar las gracias a los jóvenes que animaron aquella velada por su compañía, por sus cantos, por sus palabras y por su oración, que nos purificó interiormente y nos mejoró, también en beneficio de los demás.

Asimismo es inolvidable el día en que, rodeado de un gran número de obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos y fieles laicos, canonicé a *fray Galvão*, un hijo de Brasil, proclamándolo santo para la Iglesia universal. Por doquier nos saludaban sus imágenes, de las que emanaba el resplandor de la bondad de corazón que había suscitado en él el encuentro con Cristo y la relación con su comunidad religiosa. De la vuelta definitiva de Cristo, en su *parusía*, se nos ha dicho que no vendrá él solo, sino juntamente con todos sus santos. Así, cada santo que entra en la historia constituye ya una pequeña porción de la vuelta de Cristo, de su nuevo ingreso en el tiempo, que nos muestra la imagen de un modo nuevo y nos da la seguridad de su presencia. Jesucristo no pertenece al pasado y no está confinado a un futuro lejano, cuya llegada no tenemos ni siquiera la valentía de pedir. Él llega con una gran procesión de santos. Juntamente con sus santos ya está siempre en camino hacia nosotros, hacia nuestro hoy.

Recuerdo muy vivamente el día que visité la *Hacienda de la Esperanza*, en la que personas caídas en la esclavitud de la droga recuperan libertad y esperanza. Al llegar a ella, percibí inmediatamente de un modo nuevo la fuerza sanadora de la creación de Dios. Las montañas verdes que rodean el amplio valle nos hacen elevar la mirada hacia las alturas y, al mismo tiempo, nos dan un sentido de protección. Del sagrario de la iglesita de las Carmelitas mana una fuente de agua límpida, que recuerda la profecía de Ezequiel sobre el agua que, saliendo del Templo, desintoxica la tierra salada y hace crecer árboles que proporcionan la vida. Debemos defender la creación no sólo para nuestra utilidad, sino por sí misma, como mensaje del Creador, como don de belleza, que es promesa y esperanza.

Sí, el hombre necesita la trascendencia. Sólo Dios basta, dijo santa Teresa de Ávila. Cuando él falta, entonces el hombre debe tratar de superar por sí mismo los confines del mundo, de abrir ante sí el espacio infinito para el que ha sido creado. Entonces, la droga se convierte para él en una necesidad. Pero pronto descubre que se trata sólo de una infinitud ilusoria, —podríamos decir— una burla que el diablo hace al hombre.

En la *Hacienda de la Esperanza* los confines del mundo quedan realmente superados, la mirada se abre hacia Dios, hacia la amplitud de nuestra vida; así se produce una curación. A todos los que allí trabajan les manifiesto sinceramente mi gratitud; y a todos los que allí buscan la curación, les expreso mi cordial deseo de bendición.

También quiero recordar el encuentro con los obispos brasileños en la catedral de São Paulo. La música solemne que nos acompañó es inolvidable. Fue especialmente hermosa por el hecho de que la ejecutaron un coro y una orquesta compuestos por jóvenes pobres de esa ciudad. Así, esas personas nos

hicieron experimentar la belleza, que forma parte de los dones por medio de los cuales superamos los límites de la cotidianidad del mundo y podemos percibir realidades superiores que nos dan la seguridad de la belleza de Dios. Además, la experiencia de la “colegialidad efectiva y afectiva”, de la comunión fraterna en el ministerio común, nos permitió experimentar la alegría de la catolicidad: más allá de todos los confines geográficos y culturales somos hermanos, juntamente con Cristo resucitado, que nos ha llamado a su servicio.

Y, por último, Aparecida. De un modo muy particular me conmovió la estatuilla de la Virgen. Algunos pobres pescadores, que repetidamente habían arrojado en vano sus redes, sacaron la estatuilla de las aguas del río, y después, por fin, se produjo una pesca abundante. Es la Virgen de los pobres, que se hizo también pobre y pequeña. Así, precisamente mediante la fe y el amor de los pobres, se formó en torno a esta figura el gran santuario, que, haciendo siempre referencia a la pobreza de Dios, a la humildad de la Madre, constituye día tras día una casa y un refugio para las personas que rezan y esperan.

Fue un acierto que nos reuniéramos allí y elaboráramos el documento sobre el tema: «*Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida*». Ciertamente, alguien podría formular inmediatamente la pregunta: ¿Era ese el tema más adecuado para esta hora de la historia que estamos viviendo? ¿No era quizá un giro excesivo hacia la interioridad, en un momento en que los grandes desafíos de la historia, las cuestiones urgentes sobre la justicia, la paz y la libertad exigen el compromiso pleno de todos los hombres de buena voluntad y, de modo particular, de la cristiandad y de la Iglesia? ¿No hubiera sido mejor que afrontáramos, más bien, esos problemas, en vez de retirarnos al mundo interior de la fe?

Más tarde afrontaremos esta objeción, pues antes de responder a ella es necesario comprender bien el tema mismo en su auténtico significado; cuando lo hayamos hecho, la respuesta a la objeción llegará por sí misma. La palabra clave del tema es: encontrar la vida, la vida verdadera. Así el tema supone que este objetivo, sobre el que tal vez todos estén de acuerdo, se logra en el discipulado de Jesucristo, así como en el compromiso en favor de su palabra y de su presencia. Por consiguiente, los cristianos en América Latina, y con ellos los de todo el mundo, están llamados ante todo a ser cada vez más “discípulos de Jesucristo”, algo que, en el fondo, ya somos en virtud del bautismo, lo cual no quita que debamos llegar a serlo siempre de forma nueva mediante la asimilación viva del don de ese sacramento.

¿Qué significa ser discípulos de Cristo? En primer lugar, significa llegar a conocerlo. ¿Cómo se realiza esto? Es una invitación a escucharlo tal como nos habla en el texto de la sagrada Escritura, como se dirige a nosotros y sale a

nuestro encuentro en la oración común de la Iglesia, en los sacramentos y en el testimonio de los santos.

Nunca se puede conocer a Cristo sólo teóricamente. Con una gran doctrina se puede saber todo sobre las sagradas Escrituras, sin haberse encontrado jamás con él. Para conocerlo es necesario caminar juntamente con él, tener sus mismos sentimientos, como dice la *carta a los Filipenses* (cf. *Flp* 2, 5). San Pablo describe brevemente esos sentimientos así: tener el mismo amor, formar una sola alma (*sympsychoi*), estar de acuerdo, no hacer nada por rivalidad y vanagloria, no buscar cada uno sólo sus intereses, sino también los de los demás (cf. *Flp* 2, 2-4).

La catequesis nunca puede ser sólo una enseñanza intelectual; siempre debe implicar también una comunión de vida con Cristo, un ejercitarse en la humildad, en la justicia y en el amor. Sólo así avanzamos con Jesucristo en su camino; sólo así se abren los ojos de nuestro corazón; sólo así aprendemos a comprender la Escritura y nos encontramos con él. El encuentro con Jesucristo requiere escucha, requiere la respuesta en la oración y en la práctica de lo que él nos dice. Conocer a Cristo es conocer a Dios; y sólo a partir de Dios comprendemos al hombre y el mundo, un mundo que de lo contrario queda como un interrogante sin sentido.

Así pues, ser discípulos de Cristo es un camino de educación hacia nuestro verdadero ser, hacia la forma correcta de ser hombres. En el Antiguo Testamento, la actitud fundamental del hombre que vive la palabra de Dios se resumía con el término *zadik*: el justo; el que vive según la palabra de Dios, llega a ser un justo. El justo practica y vive la justicia. Luego, en el cristianismo, la actitud de los discípulos de Jesucristo se expresaba con otra palabra: el fiel. La fe lo comprende todo. Esta palabra ahora indica a la vez estar con Cristo y estar con su justicia. En la fe recibimos la justicia de Cristo, la vivimos nosotros mismos y la transmitimos.

El Documento de Aparecida concreta todo esto hablando de la buena nueva sobre la dignidad del hombre, sobre la vida, sobre la familia, sobre la ciencia y la tecnología, sobre el trabajo humano, sobre el destino universal de los bienes de la tierra y sobre la ecología: dimensiones en las que se articula nuestra justicia, se vive la fe y se da respuesta a los desafíos del tiempo.

Ese mismo Documento nos dice que el discípulo de Jesucristo también debe ser “misionero”, mensajero del Evangelio. También aquí surge una objeción: ¿es lícito también hoy “evangelizar”? ¿No deberían, más bien, todas las religiones y concepciones del mundo convivir pacíficamente, tratando de hacer juntas lo mejor para la humanidad, cada una a su modo?

Ciertamente, no conviene hacerse falsas ilusiones: no son pequeños los problemas que plantea el laicismo de nuestro tiempo y la presión de las

presunciones ideológicas a las que tiende la conciencia laicista con su pretensión exclusiva de la racionalidad definitiva. Nosotros lo sabemos, y conocemos el esfuerzo que exige la lucha que afrontamos en este tiempo. Pero también sabemos que el Señor mantiene su promesa: «*He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 20). Con esta alegre certeza, acogiendo el impulso de las reflexiones de Aparecida a renovar también nosotros nuestra comunión con Cristo, salimos con confianza al encuentro del nuevo año. Salimos a su encuentro con la mirada materna de la *Aparecida*, de Aquella que se definió «la esclava del Señor». Su protección nos da seguridad y nos llena de esperanza.

Con estos sentimientos, os imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, aquí presentes, y a todos los que forman parte de la gran familia de la Curia romana.

I N D I C E

Introducción: Líneas maestras de Aparecida

- S.E.R. Cardenal Giovanni Battista Re*, Prefecto de la Congregación para los Obispos, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina . . . 3

I.

LAS GRANDES PERSPECTIVAS TEOLÓGICAS DE APARECIDA

Jesucristo Camino, Verdad y Vida: eje transversal de Aparecida

- Rev. P. Darío Vitali*, Profesor de Teología Dogmática, Pontificia Universidad Gregoriana de Roma 19

Alcance eclesiológico de Aparecida

- S.E. Mons. Octavio Ruiz Arenas*, Arzobispo emérito de Villavicencio, Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina 39

María, discípula y misionera

- Rev. P. Stefano De Fiores, SMM*, Profesor emérito de Mariología Pontificia, Universidad Gregoriana de Roma 61

La gran opción pastoral de Aparecida

- S.E.R. Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa*, Arzobispo de Santiago de Chile 97

Conciencia y fidelidad de los discípulos misioneros

- Rev. P. Francesco Petrillo, OMD.*, Superior General de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios en Roma 121

El Sínodo de los Obispos y las Conferencias Episcopales Latinoamericanas

- S.E. Mons. Nikola Eterovic*, Secretario General del Sínodo de los Obispos . 143

II.

EL EMPEÑO EVANGELIZADOR DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

El Obispo animador y acompañante de los agentes de la Evangelización

- S.E. Mons. Raymundo Damasceno Assis*, Arzobispo de Aparecida, Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano CELAM 163

Compromiso evangelizador de los presbíteros

- S.E.R. Cardenal Darío Castrillón Hoyos*, Prefecto emérito de la Congregación para el Clero, Presidente de la Pontificia Comisión “Ecclesia Dei” . . . 175

Necesidad del testimonio y del aporte de la Vida Consagrada	
<i>S.E.R. Cardenal Frank Rodé, C.M.</i> , Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica . . .	195
Responsabilidad y protagonismo de los laicos en el hoy de América Latina	
Lic. Manuel Gómez Granados, Director del Instituto Mexicano de Doctrina Social IMDOSOC	211
La tarea evangelizadora de la Mujer en América Latina	
<i>Sra. Norma Treviño Cueva de Villareal</i> , Directora de la Asociación A.C. del grupo interdisciplinar para los temas de las Mujeres, México	235
El despertar de los movimientos eclesiales en América Latina	
<i>S.E.R. Cardenal Stanislaw Rylko</i> , Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos	257

III.

LOS GRANDES COMPROMISOS DE APARECIDA

El gran reto de la Misión Continental en América Latina	
<i>S.E. Mons. Víctor Sánchez Espinoza</i> , Obispo Auxiliar de México, Secretario General del CELAM	275
La exigencia de una Conversión Pastoral	
<i>S.E. Mons. Mario De Gasparín Gasparín</i> , Obispo de Querétaro	295
El sustrato católico de América Latina y el preocupante proceso de debilitamiento de la fe	
<i>S.E. Mons. Fernando Sáenz Lacalle</i> , Arzobispo de San Salvador	317
El compromiso social de la Iglesia: expresión del rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre	
<i>S.E.R. Cardenal Jorge Liberato Urosa Savino</i> , Arzobispo de Caracas	327
Necesidad de impregnar con el Evangelio los ámbitos político, económico y cultural	
<i>Dr. Guillermo León Escobar Herrán</i> , Profesor de Sociología Política con especialización en Ciencias sociales para el desarrollo humano	345
Incidencia de los Medios de Comunicación en la tarea Evangelizadora	
<i>S.E. Mons. Cipriano Calderón Polo</i> , Vicepresidente emérito de la Pontificia Comisión para América Latina	359

La problemática de las migraciones y desplazamientos forzados en América Latina	
<i>S.E. Mons. Agostino Marchetto</i> , Secretario del Pontificio Consejo de la Pastoral para los Migrantes y los Itinerantes	367
La preocupación de Aparecida por el cuidado de la creación	
<i>S.E. Mons. Marcelo Sánchez Sorondo</i> , Canciller de la Pontificia Academia de las Ciencias	387

IV.
MODELOS DE DISCÍPULOS MISIONEROS

Santo Toribio de Mogrovejo: modelo de evangelizador	
<i>S.E.R. Cardenal Juan Luis Cipriani Thorne</i> , Arzobispo de Lima y Primado del Perú	409
El impulso misionero de San Rafael Guízar Valencia	
<i>Rev. P. Javier García González, L.C.</i> , Rector del Centro Sacerdotal María Mater Ecclesiae	427
San Ezequiel Moreno: El deseo incontenible de anunciar a Cristo	
<i>Rev. P. Ángel Martínez Cesta, OAR</i>	449

APÉNDICE

Discurso de la Sección Inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe	
Su Santidad Benedicto XVI	473
Discurso del Santo Padre a los Cardenales, Arzobispos y Prelados Superiores de la Curia Romana el 21 de diciembre de 2007	
Su Santidad Benedicto XVI	487

TIPOGRAFIA VATICANA